

Banu Qasi

Los hijos de Casio

LA APASIONANTE HISTORIA DEL REBELDE
QUE LLEGÓ A SER CONSIDERADO EL TERCER REY DE LA PEN

Destinado desde su nacimiento a dirigir a su pueblo, Musa ibn Musa toma su nombre del gran conquistador de la Península, que varias generaciones antes había alcanzado el valle del Ebro para someter al conde visigodo Casio. Sus descendientes, los Banu Qasi, ya convertidos al Islam, desempeñarán un papel más que relevante en la región durante el siglo IX de nuestra era. Junto al caudillo árabe, comparten el protagonismo de esta historia Íñigo Arista, hermano de madre de Musa, que ha de convertirse en el primer rey de Pamplona. Por otra, el emir de Córdoba, Abd al Rahman II, artífice del esplendor político y cultural de Al Ándalus en este período. En un escenario caracterizado por el enfrentamiento entre el Islam y el Cristianismo, Musa e Íñigo tratan de mantener la soberanía y la independencia de sus pueblos colocando sus lazos familiares por delante de sus diferencias de credo. Sometidos a los vaivenes de la historia, ambos se convertirán, también, en sus protagonistas.

Carlos Aurensanz

Banu Qasi

Los hijos de Casio

ePUB v1.0
Sirhack 13.12.11

1.ª edición: enero 2011

B29O06S11S

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España) *www.edicionesb.com*
Printed in Spain
ISBN: 978-84-9872-469-1
Depósito legal: B. 40.949-2010
Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.
Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo
08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

A mis padres, cuyo esfuerzo de toda una vida ha hecho posible que este libro pudiera ser escrito. A mi esposa y a nuestros hijos, por su paciencia y por soportar mis ausencias. A todos los que creyeron que esto era posible y en especial a la gente de Ediciones B, a quienes ya considero mis amigos.

Dramatis personae

Abulfath Nasr: Eunuco que alcanzó gran influencia y poder en la corte de Abd al Rahman II.

Abd al Karim ibn Mugith: Hayib de Al Hakam I, general de prestigio y hombre de confianza del emir.

Abd al Rahman I: Primer emir de Córdoba (756-788).

Abd al Rahman II: Cuarto emir de Córdoba (822-852).

Abd al Wahid al Iskandaraní: General del emir Abd al Rahman II.

Abd Allah ibn Abd al Rahman: Hermano del emir Hisham I, que luchó contra él junto a Sulayman, el primogénito.

Abd Allah ibn Kulayb: General y gobernador con Abd al Rahman II.

Abd Allah ibn Yahya: Gobernador de Zaragoza con Muhammad I.

Ahmed ibn Qasi: Personaje ficticio. Familiar de Zahir que reside en Zaragoza.

Aisha: Supuesta hija de Fortún, que algunas fuentes consideran hija de Musa.

Al Hakam I: Tercer emir cordobés (796-822).

Al Harraní: Famoso médico cordobés en la corte de Abd al Rahman II.

Al Walid ibn Al Hakam: Hermano del emir Abd al Rahman II.

Alfonso II: Rey de Asturias (791-842). Aparece como «Alfuns» en las crónicas árabes.

Almugirah ibn Al Hakam: Hermano del emir Abd al Rahman II.

Álvaro de Córdoba: Monje cordobés, amigo y biógrafo de Eulogio de Córdoba.

Amir ibn Kulayb: General de Abd al Rahman II, hermano de Abd Allah ibn Kulayb.

Amrús ibn Yusuf: General oscense de origen muladí, gobernador de Talavera, más tarde de Toledo y posteriormente de la Marca Superior. Fortificó Tudela en 802, y por ello se le considera fundador de la ciudad.

Assona Íñiguez: Hija de Iñigo Arista, y esposa de Musa ibn Musa.

Auriya ibn Musa: Hija mayor de Musa ibn Musa. El nombre árabe se corresponde al «Oria» de las crónicas cristianas.

Ayab: Personaje ficticio. Esposa de Lubb, antigua esclava en Córdoba.

Aznar Galindo: Conde aragonés enfrentado a los vascones y a los Banu Qasi.

Bahlul ibn Marzuq: Rebelde oscense enfrentado con los Banu Sa- lama, que llegó a hacerse con el control de Zaragoza en 799.

Balask al Yalaski: Velasco el Gascón, personaje pamplonés partidario del dominio carolingio, que intervendrá en la vida de la ciudad durante décadas.

Carlomagno: Rey de los francos (768-814) que en 778 acude a Zaragoza. A su regreso, tras destruir Pamplona, la retaguardia de su ejército es diezmada en la Batalla de Roncesvalles. Creador de la Marca Hispánica, en el año 800 se hizo coronar emperador por el papa León III.

Céntulo Aznárez: Hijo del conde Aznar Galindo.

Conde Casio: Conde visigodo que dominaba las tierras del Ebro a la llegada de los musulmanes en 714. Adoptó la fe de los conquistadores y se convirtió en maula del califa de Damasco, conservando así el gobierno de sus tierras. Sus descendientes, los Banu Qasi, mantendrían este poder durante generaciones.

Conde Eblo: Conde de Gascuña, enviado por Ludovico contra Pamplona.

Conde Gastón: Hermano de Ordoño I, general del ejército cristiano.

Enneco Íñiguez: Conocido como Iñigo Arista, primer rey pamplonés, hermano de sangre de Musa ibn Musa.

Enneco Jimeno: Caudillo vascón, primer esposo de Onneca, padre de Enneco Arista y Fortuño.

Eulogio de Córdoba: Religioso cordobés, impulsor de la respuesta mozárabe ante el emir.

Fortuño: Personaje ficticio. Abad del Monasterio de Leyre.

Fortún Garcés: Hijo primogénito de García Íñiguez.

Fortún ibn Musa: Hermano mayor de Musa ibn Musa, hijo de Musa ibn Fortún y Onneca. Jefe de los Banu Qasi hasta su muerte en Zaragoza.

Fortún ibn Musa: Cuarto hijo de Musa ibn Musa.

Fortún ibn Qasi: Hijo del conde Casio, padre de Musa ibn Fortún y de Zahir ibn Fortún.

Fortuño Íñiguez: Hermano de Enneco Arista, hijo de Enneco Jimeno y Onneca.

Galindo Aznárez: Hijo del conde Aznar Galindo.

Galindo Belascotenes: Padre de García el Malo, señor de la Cerretania hasta su desalojo del poder por Aznar Galindo.

Galindo Garcés: Personaje ficticio. Hijo de García el Malo y Nunila.

Galindo Íñiguez: Personaje ficticio. Supuesto hermano adoptivo de García Íñiguez.

García el Malo: Caudillo aragonés, enfrentado a Aznar Galindo, que casó con Nunila, hija de Enneco. También conocido como García de Sirtaniya.

García Garcés: Caballero vascón, esposo de Auriya y yerno de Musa.

Hakam ibn Atihah: Gobernador de Toledo.

Harith ibn Bazi: General del emir Abd al Rahman II y gobernador de Zaragoza.

Hisham I: Segundo emir de Córdoba, entre 788 y 796.

Ibn Firnás: Poeta cordobés en la corte de Abd al Rahman II.

Ismail ibn Musa: Hijo menor de Musa ibn Musa.

Izraq ibn Mantil: Gobernador de Guadalajara, esposo de Aisha.

Jazar ibn Mu'min: Alto oficial del ejército cordobés enfrentado con Musa.

Leodegundia: Hija de Ordoño I de Asturias, segunda esposa de García Íñiguez, rey de Pamplona.

Lubb ibn Musa: Segundo hijo de Musa ibn Musa.

Ludo vico Pío: Hijo de Carlomagno. Emperador y rey de los francos desde 814 a 840.

Ludriq: Caballero asturiano al que Fortún ibn Musa se enfrenta en su primera campaña. Corresponde al nombre de Rodrigo.

Matrona: Hija de Aznar Galindo, primera esposa de García el Malo.

Matruh ibn Sulayman: Jefe de los yemeníes de Zaragoza, desalojado del poder y muerto en 791.

Muhagir ibn Alqatil: Cabecilla de los rebeldes de Toledo.

Muhammad I: Quinto emir de Córdoba (852-886).

Muhammad ibn Rustum: General del emir Abd al Rahman Mujtar: Personaje ficticio. Sahib al suq de Tudela.

Musa ibn Fortún: Padre de Musa ibn Musa y hermano de Zahir. Muerto en Zaragoza en el año 788 antes del nacimiento de su hijo Musa.

Musa ibn Musa: Protagonista de la novela, nacido en 788. Hijo de Musa ibn Fortún y de Onneca.

Musa ibn Nusayr: Conquistador de la Península Ibérica a partir de 711.

Mutarrif ibn Musa: Tercer hijo de Musa ibn Musa.

Mutarrif ibn Musa: Hermano mayor de Musa ibn Musa, hijo de Musa ibn Fortún y Onneca. Gobernador de Pamplona en 799.

Onneca: Esposa de Musa ibn Fortún y madre de Mutarrif, Fortún y Musa ibn Musa. Casada en primeras nupcias con Iñigo Jimeno, de quien tuvo a sus dos primeros hijos: Iñigo Íñiguez (Iñigo Arista) y Fortún Íñiguez.

Ordoño I: Rey de Asturias (850-866). Aparece como «Urdun» en las crónicas árabes.

Perfecto: Sacerdote cristiano de Córdoba.

Qalam: Esclava, cantante y mujer polifacética de origen vascón trasladada a Medina y de allí a la corte de Abd al Rahman II.

Rabí ben Teodulfo: Qumis cordobés de origen cristiano que llegó a controlar las finanzas del emirato durante el reinado de Al Hakam I.

Ramiro I: Rey de Asturias (842-850).

Recafredo: Obispo metropolitano de Córdoba en tiempo de Muhammad I.

Sa'dun al Ru'ayní: Zado. Gobernador de Barcelona hasta la conquista por los francos en 801.

Sabrit: Muladí oscense emparentado con Amrús ibn Yusuf, origen de la familia de los Banu Sabrit.

Sa'dun: Funcionario de alto rango en la corte de Abd al Rahman II, sustituto del eunuco Nasr.

Said al Husayn: Protagonista de la rebelión contra el emir en Zaragoza en 788.

Sancho Garcés: Segundo hijo de García Íñiguez.

Sebastián: Personaje ficticio. Supuesto nombre del monje que auxilió a Musa tras la batalla de Clavijo.

Sulaaf ibn Hazim: Personaje ficticio. Jefe militar de la guarnición de Tudela.

Sulayman ibn Abd al Rahman: Primogénito del primer emir que luchó por la sucesión contra su hermano Hisham I.

Tariq ibn Ziyad: Lugarteniente de Musa ibn Nusayr, conquistador de la

Península Ibérica a partir de 711.

Tarub: Esposa de Abd al Rahman, madre de su hijo Abd Allah.

Toda: Esposa de Iñigo Arista, madre de García Íñiguez, Assona y Nunila.

Ubayd Allah: General cordobés protagonista de gran número de aceifas contra las tierras cristianas del norte.

Urraca de Gascuña: Primera esposa de García Íñiguez, madre de Fortún Garcés.

Willesindo: Obispo de Pamplona.

Yusuf ibn Amrús: Hijo de Amrús ibn Yusuf. Gobernador de Tudela.

Zahir ibn Fortún: Hermano de Musa Ibn Fortún, tío y tutor de Musa ibn Musa.

Ziryab: Músico, literato y polifacético miembro de la corte cordobesa, procedente de la corte del califa de Bagdad.

Ziyab ibn Hub: Personaje ficticio. Amigo de Musa ibn Musa desde la infancia que le acompañará durante toda su trayectoria.

Capítulo 1

Año 788,171 de la hégira

Onneca respiraba fatigosamente, aferrada a ambos bordes del lecho de madera, mientras la *qabila* se inclinaba sobre ella para hablarle con voz tranquila pero enérgica. Sus manos, ocultas bajo los pliegues de una tosca sábana de lino, dejaban adivinar movimientos decididos y precisos: no en vano se había dado aviso a la partera más experimentada de la comarca. Cada pocos minutos, la cara de la parturienta se contraía en una mueca de dolor, y sus nudillos se tornaban blancos al sentir las contracciones. La comadrona había mandado disponer junto al lecho una mesa con dos jofainas de agua limpia y caliente y varios paños. Ella misma se había protegido con un mandil que la cubría hasta los pies. Cada cierto tiempo introducía sus dedos en un recipiente cilíndrico de barro que contenía una sustancia oscura y aceitosa, y continuaba sus maniobras. Entretanto, dos criadas se esforzaban por cumplir sus órdenes, tratando de ocultar su temor y su nerviosismo. Habían intentado caldear la alcoba con dos braseros metálicos que sustituían periódicamente, pero el viento se colaba entre los espesos cortinajes que velaban la vista desde el patio central de la vivienda, en la alcazaba de Arnit.

Zahir ibn Fortún aguardaba impaciente. La mujer que se encontraba a punto de alumbrar en la habitación contigua era la viuda de su hermano, muerto tres meses atrás en Saraqusta. Aunque trataba de apartar de su mente el momento trágico en que les fue comunicada la noticia, el recuerdo pugnaba por volver, y una conocida sensación de angustia le encogía el estómago. Su hermano, Musa ibn Fortún, había sido llamado a Saraqusta para sofocar la rebelión que había surgido en la ciudad tras el ascenso al trono de Qurtuba del emir Hisham I, protagonizada por Said al Husayn. Musa consiguió dominar la revuelta tras deshacerse del cabecilla, y tomó el control de la ciudad, aunque debió permanecer en ella para garantizar la estabilidad. El peligro parecía haber sido superado, y Saraqusta volvió a la calma. Pero pasadas tres semanas, un liberto del rebelde Said asaltó a Musa a la salida de la mezquita tras la oración del viernes y atravesó su corazón con una daga, sin que su guardia pudiera hacer nada por impedirlo.

En ese mismo momento, Zahir era incapaz de apartar la imagen de su hermano sin vida, porque en la habitación contigua llegaba al mundo, huérfano, el último hijo de Musa.

Onneca era una mujer fuerte, como todas las de su raza vascona, originaria de los

valles pirenaicos. Había casado con Musa en segundas nupcias, tras el fallecimiento de su primer esposo, el caudillo vascón Enneco Jimeno, con quien había tenido a sus dos primeros hijos: Enneco y Fortuño, que ya contaban dieciocho y diecisiete años. Tras la muerte de Jimeno, Onneca se trasladó a Arnit con su nuevo esposo, pero sus hijos quedaron en su valle natal, para crecer en contacto con el pueblo al que un día estaban destinados a dirigir. Aunque la separación resultó dolorosa para Onneca, era consciente del papel relevante que los hombres de su estirpe desempeñaban entre los vascones desde hacía generaciones.

Al escuchar los sonidos procedentes de la habitación contigua, los pensamientos de Zahir regresaron a Onneca, viuda por segunda vez y en el trance de alumbrar a un hijo que no conocería a su padre. Las voces de la *qabila* se volvieron imperiosas, confundidas con los gemidos de la madre.

Durante un momento se hizo el silencio, roto al fin por el llanto de un niño. La partera había cortado el cordón umbilical y había abierto con sus dedos los orificios de la criatura. Luego empezó a lavarlo, mientras la madre observaba desde el lecho. La *qabila* era una mujer experimentada, y sabía que aquella mirada ausente era producida por el agotamiento del parto. Pero en el caso de Onneca se adivinaba algo más: una tristeza que surgía desde lo más profundo.

La partera tomó largas tiras de lienzo que había mandado cortar a las criadas, y comenzó a envolver el pequeño cuerpo, fajándolo hasta que quedó prácticamente inmovilizado. Después alzó al recién nacido en brazos y lo acercó al lecho, invitando a la madre a acogerlo en su regazo. Por un momento Onneca pareció no entender, pero al fin extendió sus manos y acomodó al niño junto a su pecho.

—Un niño precioso, fuerte, sano y bien formado —dijo la *qabila*.

—Como su padre —respondió Onneca con un hilo de voz.

La partera simuló no percibir las lágrimas que resbalaban por el rostro de la madre, y continuó con voz animada:

—Ahora voy a acabar contigo, limpiaremos todo esto y te dejaremos descansar. He escogido una nodriza de confianza que estará al llegar y se hará cargo del pequeño.

Onneca asintió pausadamente y dejó hacer a la mujer, que tomó al niño de nuevo y lo depositó con cuidado en una pequeña cuna de mimbre preparada junto al lecho.

Una vez finalizado su trabajo, permitió que las dos criadas, ya más tranquilas, se ocuparan de retirar las ropas de cama.

—Es la cuna que han utilizado todos mis hijos —dijo Onneca en un susurro a las muchachas, esbozando una sonrisa.

Zahir se levantó como un resorte cuando se abrió la puerta de la estancia contigua. No tenía experiencia como padre, porque su único matrimonio no había sido bendecido con la llegada de los hijos. Su esposa había muerto años atrás, y no había tomado otra, así que el nacimiento al que acababa de asistir era lo más parecido a la paternidad que había vivido.

La partera, que abandonaba la casa, le informó: había sido un varón, y tanto la madre como el hijo se encontraban bien. Él volvió la cabeza en dirección a la Qibla y dio gracias a Allah.

—La madre quiere veros, y yo debo despedirme. No dudéis en mandar recado si surge algún contratiempo.

—No dudaremos —repuso, al tiempo que depositaba una pequeña bolsa de cuero en su mano—. Agradecemos el trabajo que has realizado.

Zahir penetró en la alcoba, y contempló a la mujer de su hermano, que abrió los ojos cuando sintió su presencia. El hombre se acercó al lecho, y Onneca le tomó la mano.

—Es un niño, entero y sano —anunció.

—Lo sé, Onneca. Al menos esto ha salido de acuerdo con tus deseos.

Onneca afirmó suavemente con la cabeza, aunque sus ojos se habían arrasado de nuevo.

—Ahora que el niño está aquí, debes poner en práctica todo lo que hemos planeado juntos. Mis hijos...

—Descansa ahora —la interrumpió Zahir—. Tiempo habrá de ocuparse de ello cuando te recuperes.

—Sólo una cosa: he pensado en el nombre que voy a dar al niño. Se llamará Musa, como su padre: Musa, hijo de Musa.

—Suena bien, Musa ibn Musa...

—¿Sabes? Tengo un buen presentimiento —le confió—. Estoy segura de que va a hacer grandes cosas. No me resulta fácil explicarlo, pero es como si en nuestras vidas se hubiera apagado una estrella y con él se encendiera otra.

Zahir asintió con una sonrisa y, sentado al borde del lecho, apretó la mano de la mujer hasta que percibió que su respiración se hacía regular y pausada. Entonces se levantó con cuidado y abandonó la alcoba.

Entró en la estancia donde esperaba Mutarrif y encontró al muchacho sentado sobre la bancada de piedra cercana al fuego, con la mirada perdida en las llamas que caldeaban la habitación. Al notar la presencia de su tío le dirigió una mirada interrogante, pero consiguió mantener firme la postura, en un esfuerzo por ocultar la

zozobra que sentía.

Zahir percibió la preocupación en sus ojos, demasiado brillantes, y sonrió para tranquilizarle antes de hablar:

—Todo ha ido bien, Mutarrif. Tenéis un nuevo hermano..., un varón. Tu madre se encuentra bien, aunque muy cansada.

El muchacho asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa, pero se mantuvo en silencio. Su tío se sentó junto a él. En el banco de la pared opuesta, el pequeño Fortún dormía profundamente, a juzgar por su respiración acompasada. Allí dormían habitualmente los dos hermanos, sobre ligeros colchones rellenos de paja que durante el día servían como asiento.

—Tu madre descansa ahora, pero mañana podréis verlos a los dos.

—Gracias.

Zahir se inclinó para apoyar los codos sobre sus rodillas, y se llevó las manos al rostro mientras reprimía un ligero bostezo. El día había sido largo y agotador.

—Mutarrif —dijo incorporándose—, quiero que sepas que he estado hablando con tu madre... Los últimos meses han sido muy duros para ti y para tus hermanos, lo sé. La muerte de tu padre nos ha afectado mucho a todos. —Hizo una pausa para respirar profundamente, calculando cómo continuar—: Tienes catorce años ya, Mutarrif, eres casi un hombre, y ahora tenemos que afrontar el futuro. Allah Todopoderoso ha permitido la muerte de mi hermano, pero en su misericordia sólo ha querido que sucediera cuando Fortún y tú habéis dejado de ser niños.

El muchacho esbozó un gesto que indicaba que aquello no le consolaba demasiado.

—He prometido a tu madre —prosiguió Zahir— que me ocuparé de vosotros mientras sea necesario. No sólo en cuanto a vuestro mantenimiento, que por la posición que ocupamos tenemos asegurado, ¡Allah sea loado! Lo que más nos debe preocupar a partir de ahora es vuestra formación. Como sé que mi hermano tenía pensado, debéis dedicar todo el esfuerzo al estudio y a la formación en la milicia.

—Mi padre ya había hablado de ello conmigo. Quería que empezara a acompañarle en algunas de sus expediciones. Sólo tenía que esperar a cumplir los quince años.

Zahir notó el esfuerzo que hacía el muchacho por mantener la voz firme.

—Sí, lo supongo, Mutarrif. Sin embargo, tendremos que modificar algo esos planes. Conozco tu gusto por la milicia, y he concretado con los oficiales de la guarnición tu traslado a sus dependencias. Convivirás con ellos mientras te inicias en el uso de las armas y en las artes militares.

Por un momento se iluminó el rostro de Mutarrif.

—Pero no debes descuidar tu aprendizaje en la escuela de la mezquita con los otros muchachos de tu edad. No pretendo asustarte, pero el *imām* está dispuesto a

emplearse a fondo contigo —dijo en tono despreocupado, tratando de romper la tensión.

—Tengo que aprender a montar bien. Mi padre dijo que para ser un buen general del ejército hay que saber manejar las armas a caballo.

—Ah, creo que en eso podré serte de ayuda, es mi especialidad —repuso con vivacidad.

Esta vez Mutarrif miró a su tío y esbozó una sonrisa. Un momento después se habían fundido en un abrazo.

—No te preocupes, muchacho..., todo va a ir bien —consiguió decir Zahir—. Nos vamos a entender.

Capítulo 2

Año 799,183 de la hégira

La inestabilidad en Saraqusta se prolongó tras la muerte de Musa ibn Fortún. Las revueltas y los intentos de toma de poder por parte de distintas facciones árabes se sucedían, y el emir de Qurtuba, Hisham I, se veía obligado a enviar sus ejércitos para sofocar las algaradas en la que se consideraba la plaza más importante del Uādi Ibru.

Sin embargo, no era el de Saraqusta el único problema que mantenía ocupado al emir Hisham I. Desde su ascenso al trono cordobés, había tenido que enfrentar rebeliones dentro de la propia Al Ándalus, además de las sucesivas campañas contra los territorios fronterizos del norte.

Su padre, Abd al Rahman I, el primer emir de Qurtuba, había tenido tres hijos, pero no había designado a su primogénito, Sulayman, para sucederle, sino al segundo de ellos, Hisham. En el momento de la muerte del emir, Hisham, que se encontraba en Marida, se apresuró a volver a Qurtuba para tomar posesión del trono, pero cuando Sulayman tuvo noticia de la proclamación de su hermano, se levantó en armas y partió a la conquista de Qurtuba. El tercer hermano, Abd Allah, que no había visto con buenos ojos la elevación de Hisham al emirato, se unió al primogénito.

Así pues, una de las primeras tareas del emir fue luchar por el trono contra sus dos hermanos. Tuvo que movilizar al ejército para repeler el ataque de Sulayman y poner cerco a Tulaytula. Tras un año de conflicto, los dos hermanos ofrecieron la sumisión a Hisham y, después de recibir de éste setenta mil dinares de oro, partieron hacia el exilio en el Magrib.

El apoyo prestado por la familia de los Banu Qasi al emir en Saraqusta, que había costado la vida a Musa ibn Fortún, no cayó en el olvido. Mutarrif acababa de cumplir veintiún años cuando fue llamado a la capital por el gobernador de la Marca. Desde la muerte de su padre, el muchacho, junto a su hermano Fortún, había dedicado cada minuto de su tiempo a prepararse para asumir el liderazgo de la familia que algún día le correspondería, bajo el control y con el apoyo de su tío Zahir. Cuando Mutarrif partió de Arnit en dirección a Saraqusta, siguiendo la ruta que bordeaba el curso del río, poco se imaginaba el motivo de la llamada.

Ochenta años atrás, cuando los musulmanes alcanzaron las tierras del Ibru al mando de Tariq, éstas se hallaban bajo el dominio del bisabuelo de Mutarrif, el conde visigodo Casio, que no dudó en firmar un pacto con los recién llegados y convertirse en *maula* del califa de Damasco. Pero los caudillos de Banbaluna, igual que en

muchas otras ciudades visigodas, optaron por una relación diferente: mantuvieron su dominio de la zona a cambio de un tributo anual para las arcas de Qurtuba.

El impago de dicho tributo era motivo frecuente de intervención armada del emir, como había ocurrido precisamente en Banbaluna, que estaba bajo control de los *baskunish,* cuyos cabecillas dominaban la zona del Pirineo occidental. Un nuevo intento de desligarse del compromiso contraído había obligado al gobernador de la Marca a intervenir, y para garantizar la continuidad en el pago del tributo, decidió dejar al frente de la guarnición un *wāli* en representación del poder de Qurtuba.

La entrevista en Saraqusta fue breve, pues el gobernador no era hombre de muchas palabras. Intercambió los saludos protocolarios correspondientes con Mutarrif y elogió el papel de su padre. Precisamente en reconocimiento a este papel de los Banu Qasi, dijo, había decidido llamar al joven muladí a su presencia: él sería el nuevo valí de Banbaluna. Debía desplazarse a la ciudad sin pérdida de tiempo y asumir sus nuevas funciones. Tras ser informado por un alto oficial de los pormenores de la situación en la tierra de los vascones, y después de recibir las instrucciones oportunas, Mutarrif abandonó Saraqusta al frente de una nutrida comitiva.

Desde entonces habían pasado ya cuatro años en los que las cosas habían cambiado mucho para los Banu Qasi. Tras la partida de Mutarrif, Fortún se había convertido en un joven fuerte y orgulloso que había sabido ganarse el respeto y la consideración de sus compañeros de armas en la guarnición de Arnit. De forma paulatina había visto cómo todos los habitantes de la zona reconocían su condición de líder natural, tal como había sucedido con su padre y antes con su abuelo.

Mutarrif llevaba un año al frente del gobierno de Banbaluna cuando llegó la noticia de la prematura muerte Hisham I en Qurtuba, al que había sucedido en el trono su hijo Al Hakam I, que contaba sólo veintiséis años.

Desde que Mutarrif llegara a la ciudad, se habían estrechado las relaciones con sus hermanos por parte de madre, Enneco y Fortuño, que continuaban en sus tierras del valle pirenaico de Salazar, a dos jornadas de viaje.

En varias ocasiones Zahir había acompañado a Onneca hasta allí para visitar a sus hijos mayores. El pequeño Musa viajaba entusiasmado, ansioso por ver de nuevo a sus hermanastros, a los que profesaba una admiración sin límites. Durante los

primeros años de vida de Musa las estancias en Isaba, donde Enneco tenía su residencia, eran más bien cortas, y se limitaban a la época de verano, cuando el buen tiempo permitía al muchacho disfrutar del juego en las verdes e inacabables praderas, darse baños en las aguas heladas del río, espantar a las ovejas y ordeñar a las vacas. Sin embargo, con los años, las visitas se prolongaron, y Musa comenzó a pasar algunas temporadas al cuidado de sus hermanos, en especial del primogénito, que se divertía con el carácter despierto y espontáneo del pequeño y le permitía compartir con él algunas de sus actividades. Durante aquellos veranos Enneco se convirtió en el padre que Musa nunca había conocido.

Muchas fueron también las ocasiones en que Fortún, desde Arnit, acudió a visitar a su hermano Mutarrif en Banbaluna. Zahir asistía con satisfacción a esas entrevistas, y se sentía orgulloso de aquellos dos jóvenes de poco más de veinte años que, quizá forzados por las circunstancias, actuaban con una madurez casi impropia de su edad. En tales encuentros trataban de la situación política en la zona, fundamentalmente en Saraqusta, donde nuevamente reinaba la inestabilidad.

Pero tampoco en Banbaluna la situación era tranquila: un numeroso grupo de pamploneses, encabezados por Balask al Yalaski, se oponía a la autoridad del emir sobre la ciudad, y habían surgido algunos conatos de enfrentamiento. Hasta Mutarrif llegaban noticias de que Balask y sus seguidores eran partidarios de entablar relaciones con Carlomagno, el monarca carolingio cuyo inmenso territorio se extendía más allá de los Pirineos.

Los dos hermanos sabían que el papel de liderazgo de su familia en las tierras del Uādi Ibru, tras el paréntesis impuesto por la muerte de su padre, les llevaría tarde o temprano a intervenir en los acontecimientos que se estaban desarrollando en la Marca, fundamentalmente en Saraqusta. Por ello, de acuerdo con Zahir, ambos decidieron dejar Arnit y trasladarse con el grueso de la guarnición militar hasta Tutila, situada a menor distancia de Saraqusta y mejor comunicada.

Tutila era entonces una pequeña población situada en la confluencia del Uādi Qalash con el Uādi Ibru, al pie de una elevación coronada por una modesta fortaleza defensiva. La existencia de un puente sobre el caudaloso cauce hacía del enclave un punto estratégico en las comunicaciones a lo largo del valle. Muchos de sus habitantes aún relataban a los más jóvenes el paso por la ciudad, veinte años atrás, del imponente ejército de Carlomagno a su regreso de Saraqusta, camino de Roncesvalles.

Un pequeño muro, con más pretensión de lindero que de defensa, marcaba los límites de la ciudad, y dentro del recinto se arracimaban las modestas viviendas

construidas, en su mayoría, a base de adobes y provistas de techos de caña, barro y paja. Las calles eran estrechas e intrincadas, muchas de ellas sin salida, al modo musulmán, que ya dejaba ver su impronta. Una pequeña mezquita se alzaba en el centro, junto a la única zona con cierta amplitud de la ciudad, donde semanalmente se instalaba el *suq* que permitía a los habitantes de Tutila abastecerse de todos los productos necesarios para la vida diaria. La mayor parte de la población se dedicaba a la cría de ganado y al cultivo de la tierra, algunos como pequeños propietarios de su fundo, y la mayoría, en régimen de aparcería.

La residencia de los Banu Qasi se alzaba al pie de la muralla defensiva y duplicaba en tamaño al resto, pero no podía competir en espacio ni en comodidad con la que acababan de dejar en Arnit.

Musa era entonces un muchacho de once años, todavía ajeno a las preocupaciones de sus mayores. Tras su llegada a Tutila, no tuvo ninguna dificultad para adaptarse a la nueva situación, y pronto se le vio recorriendo los alrededores de la ciudad en compañía de un numeroso grupo de muchachos de su edad. Su carácter inquieto y extrovertido le granjeó pronto la simpatía de los demás. Aunque se vio sometido a las pruebas de rigor que debían superar todos los recién llegados, acostumbrado a la convivencia entre los hombres de la guarnición de Arnit junto a su hermano Fortún y a las largas temporadas con Enneco en las montañas del Pirineo, no sólo se colocó a la altura de sus más osados compañeros, sino que pronto les puso en dificultades y se convirtió en un reto para ellos. Las reticencias iniciales dieron paso a la camaradería, y, poco más tarde, a la admiración.

Onneca veía crecer a su hijo menor sano y activo, y sonreía cuando al caer la tarde, antes de la última llamada del muecín a la oración desde el alminar de la mezquita, Musa regresaba a casa exhausto y hambriento.

Zahir pronto estableció los contactos necesarios para proseguir con la formación del muchacho. El *imām* de la mezquita lo acogió entre sus alumnos, y Musa retomó la práctica de la lectura, la escritura, la aritmética y el Corán. Se preguntaba por qué muchos de sus amigos no asistían a la escuela. De hecho, después de la enseñanza más elemental, sólo continuaban sus estudios los hijos de las familias más prósperas o relevantes de la ciudad: los comerciantes y artesanos acomodados, alfaquíes y otros funcionarios, y algunos propietarios de tierras. El resto salían al campo con sus padres en cuanto su edad se lo permitía, o trabajaban como aprendices en los talleres de los artesanos.

Con sus amigos Musa solía hablar en lengua romance, la habitual entre una población mayoritariamente muladí y mozárabe. Pero en la escuela todos debían

expresarse en árabe, la lengua utilizada en la enseñanza del Corán y en las relaciones entre las familias más acomodadas. Musa, además, tenía contacto con la lengua de los vascones, que, aunque no dominaba, había aprendido a través de su madre. Sus estancias en el valle de Salazar con sus hermanos le habían ayudado a afianzarla durante su infancia, y era la que utilizaba cuando acudía a Isaba. Fue la única condición que Enneco le impuso cuando quiso quedarse a pasar su primer verano con él: se trataba de la lengua de su pueblo, y uno de sus deberes era conservarla. En los valles pirenaicos su uso era generalizado, pero no así en las tierras llanas del Uādi Ibru, sometidas a una fuerte romanización.

Además del tiempo dedicado a la escuela, Fortún se encargaba de la formación de Musa en la milicia. El muchacho asistía a la mezquita con regularidad, y su actitud era la correcta ante sus maestros, pero rebosaba entusiasmo en el momento de acudir junto a su hermano. Se presentaba a la cita antes de tiempo, y le tiraba impaciente de las ropas si se entretenía hablando con alguno de los hombres de la guardia. El entrenamiento en el manejo de las armas se realizaba dentro del recinto de la alcazaba, en presencia de los soldados y oficiales de la guarnición, y con armas apropiadas para la práctica, hasta que por su edad y preparación eran considerados capaces de utilizar y disponer de un arma propia.

Cada vez que tenía ocasión, Musa se colaba entre los oficiales, atento a sus conversaciones sobre tácticas, procedimientos de combate, sistemas de asedio o formas de defensa para evitar ser heridos..., y no perdía la oportunidad de asaltar a Fortún o a su tío Zahir con continuas preguntas, hasta que éstos lo mandaban entre risas a jugar con los demás.

La equitación era una parte fundamental del aprendizaje: no sólo se les enseñaba a cabalgar, sino que debían conocer todo lo relativo a los cuidados de las monturas, arreos, alimentación, herrado y la forma de solucionar los problemas más frecuentes.

Aguas arriba de Tutila, a poco más de una milla de distancia, un meandro del río había acabado formando una extensa península rodeada de agua y cubierta durante casi todo el año por un abundante pasto. Cerrada por un fuerte vallado, en ella pastaban y se reproducían cientos de yeguas. Los sementales habían sido elegidos entre los mejores ejemplares de raza árabe que llegaban desde Qurtuba con las caravanas de comerciantes.

También en los montes de Al Bardi los caballos se reproducían en libertad, y las crías eran recogidas anualmente para ser trasladadas a recintos cercados, después de ser marcadas con el hierro del emir. Casi a diario, los mozos al cuidado de las caballerizas trasladaban a los animales al gran descampado existente fuera del muro de la ciudad, la *musara,* donde se trabajaba en su doma y se practicaba el arte ecuestre.

Mutarrif había prometido a Musa llevarlo con él a Banbaluna para entrenarse en el uso de las armas, pero le puso una condición: antes debía dominar la monta. El manejo de las armas a caballo exigía una gran destreza por parte del jinete, ya que en ocasiones debía controlar la cabalgadura sin usar las manos ni las riendas. Por eso el muchacho se afanaba cada día cuando los soldados llevaban los animales hasta la almozara para que alguno de ellos le permitiera montar. No cesaba en su intento hasta que sonaba el canto vespertino de llamada a la oración, y entonces acudía en busca de su hermano para acercarse a la mezquita.

Aquel año, debido a la inestabilidad en Saraqusta, Zahir y Fortún decidieron que la familia pasaría el verano en Tutila. Las temperaturas eran mucho más elevadas que en el valle de Salazar, donde habían pasado los meses más calurosos durante los últimos años, así que Musa y sus amigos combatían las horas de la canícula bañándose en una gran alberca para riego que se había construido en la ribera del Uādi Qalash. En ocasiones nadaban también en la orilla del Ibru, aunque tenían prohibido hacerlo solos, por el peligro que suponían las corrientes.

Musa cabalgaba ya aceptablemente, pero no estaba satisfecho con sus progresos. No tenía un caballo propio, y en las sesiones de entrenamiento en la almozara no podía montar todo lo que hubiera deseado.

Una cálida noche del mes de Rajab, Musa aguardó en su lecho atento a los sonidos de la casa. Cuando estuvo seguro de que todos dormían, se puso en pie y avanzó con cuidado hasta alcanzar el zaguán, levantó el pesado cerrojo de la puerta y salió a la calle. Había elegido una noche clara, y se deslizó entre las sombras de las paredes bordeando el monte al pie de la alcazaba. Cuando llegó al muro en el extremo norte de la ciudad, trepó sin esfuerzo y de un salto cayó al lado opuesto, entre los arbustos que crecían apoyados en la obra. Se entretuvo un instante dando pequeños pasos en círculo hasta encontrar lo que buscaba: un tosco saco de tela que se echó sobre el hombro.

A la luz de la luna bajó a grandes zancadas la ladera del monte hasta el camino que discurría junto al río y lo siguió remontando la corriente durante un buen trecho. Habría andado media hora cuando llegó a un bosquecillo, tras el cual se extendía un amplio soto cubierto de vegetación, en una zona que las crecidas del río inundaban cada año. En un pequeño cercado de madera, varios caballos se removían inquietos. Musa abrió la portezuela sujeta sólo con una atadura, dejó el saco en el suelo y extrajo su contenido. Con la vieja cabezada de cuero se aproximó a uno de los animales, tranquilizándolo con la voz, tal como Zahir le había enseñado. El caballo cabeceó inquieto y se apartó de Musa. El muchacho le acarició el cuello, acercándose poco a poco hasta que, esta vez sí, el animal se dejó colocar el arreo. Hizo lo mismo con una rudimentaria silla y, tras sujetar firmemente la cincha, condujo a su montura

hasta el exterior de la cerca.

Se encaramó a la silla con facilidad aun sin estribo. Con las riendas en la mano, el corazón le palpitaba con fuerza. La escapada, la noche, una montura que no iba a compartir con nadie..., nunca había experimentado una sensación así. Se puso en marcha con cuidado hasta que llegó de nuevo al camino, donde comenzó a trotar mientras adquiría confianza y ambos se acostumbraban a la penumbra.

Musa no habría podido asegurar el tiempo que pasó a lomos del animal. A galope bajo la luz de la luna, le invadió una sensación de euforia desconocida hasta entonces. Avanzó por el camino de la ribera hasta vislumbrar una lejana luz que supuso debía pertenecer a Al Faru, situada a sólo diez millas aguas arriba de Tutila.

Era consciente del riesgo que corría, pues los asaltos en los caminos no eran infrecuentes. Además, una caída podría dejarle malherido sin que nadie conociera su paradero, a merced de un jabalí o incluso de un oso. Tiró de las riendas y emprendió el regreso, esta vez con un ritmo más sosegado para no agotar al animal. No tuvo dificultades para localizar el cercado, donde, cansado y satisfecho, retiró los aparejos de su montura. Esta vez ocultó el saco en un enorme zarzal junto al camino y emprendió el regreso a pie.

Esperaba que nadie hubiera descubierto su ausencia, pero cuando se acercaba a la ciudad no pudo evitar un estremecimiento al pensar en un posible encuentro con la guardia. Intentó elaborar una excusa para justificar su presencia en la calle antes del amanecer, pero todas se le antojaban ridículas. Al aproximarse al muro extremó la precaución, trató de no hacer ningún ruido y comprobó que todo estaba tranquilo antes de trepar por él. La puerta de la casa no podía abrirse desde fuera, así que tuvo que rodearla hasta la parte trasera, donde la edificación se apoyaba en la muralla. Aprovechó el ángulo que formaban ambos muros y los salientes entre las enormes piedras para elevarse sobre la tapia y, conteniendo la respiración, se descolgó dentro del pequeño patio. En unos segundos se había desvestido y descansaba sobre su ligero colchón. No habría podido asegurar si escuchó o soñó que escuchaba la primera llamada a la oración, antes de la salida del sol.

Estas salidas nocturnas se repitieron durante semanas, aunque tuvo que espaciarlas cuando el imán se quejó a su tío Zahir por la falta de atención del muchacho durante las explicaciones en la mezquita. Durante aquellos meses de verano, fue un secreto que no compartió con nadie. A punto estuvo cuando alguno de los muchachos trataba de presumir ante los demás de sus pequeñas hazañas, pero sabía que de hacerlo sus escapadas tendrían que acabar. Cuando Fortún alababa los progresos que hacía montando a caballo, Musa no podía sino ocultar una sonrisa.

A mediados del verano, Musa notó un cambio en la actitud de su hermano y su tío. Se les veía más preocupados y mantenían frecuentes conversaciones con

expresión grave. En el plazo de una semana, convocaron a los notables y jefes militares de la ciudad en dos ocasiones, y permanecieron encerrados en uno de los salones de la alcazaba durante varias horas. Sin embargo, cuando Musa se alejaba para reunirse con sus amigos, estos relámpagos de inquietud desaparecían al instante.

Una de aquellas noches, cuando regresaba a casa, escuchó voces en la sala que se abría hacia el pequeño patio interior de la vivienda, donde habitualmente se recibía a las visitas. Encontró a su madre en la reducida cocina que comunicaba con el mismo patio, inclinada sobre el hornillo de barro preparando la cena. Onneca sonrió al ver a su hijo, que regresaba sucio y sudoroso.

—Anda, lávate y ven a comer algo. Debes de estar hambriento.

—Lo estoy, madre —respondió el muchacho—. ¿Quiénes son?

—Tu tío y tu hermano se han reunido con los oficiales de la guardia. Ha llegado un pariente de Zahir con noticias de Saraqusta.

—¿Ha ocurrido algo?

—No sé, hijo, no me han dicho nada.

Musa se sentó y en un instante dio buena cuenta del plato de legumbres y verduras que su madre había preparado, junto con un delicioso trozo de empanada de carne de pichón.

Onneca dispuso con esmero dos grandes fuentes con diversas viandas, y cuando estuvo satisfecha de su aspecto las llevó a la sala donde se hallaban los hombres.

A su regreso, se sentó a comer.

—Parece que la reunión se va a alargar, Musa. Han comenzado a cenar ahora, y supongo que luego tratarán de los asuntos que les han traído aquí. ¿Por qué no vas ya a descansar?

—Sí, lo haré, madre, estoy cansado —reconoció.

—No olvides recitar tus oraciones.

La noche era muy calurosa. Normalmente tras la última llamada a la oración la temperatura descendía, y una ligera brisa refrescaba el ambiente, pero aquel día la calma era absoluta, y el calor no cedía. Musa se desvistió y se tumbó en su lecho, atento a las atenuadas voces que llegaban a su alcoba a través del patio, mezcladas con el canto de los grillos en el exterior. Tras la cena, Zahir debió pedir a Onneca que dejara abierta la puerta de la sala para refrescarla, lo que permitió a Musa escuchar gran parte de la conversación.

—Te ruego que empieces el relato por el principio, Ahmed —oyó decir a Fortún.

—Y no descuides los detalles, pueden ser importantes —insistió Zahir.

—Bien, es una historia larga, pero tienes razón, os ayudará a comprender. Será

mejor que nos pongamos cómodos.

—Adelante —urgió Zahir.

—Recordaréis que hace unos años Uasqa estaba dominada por miembros de la familia de los Banu Salama, tristemente conocidos por la crueldad de su gobierno y la iniquidad de sus acciones. Aún permanecen frescos en la memoria de sus habitantes episodios horribles como el del halcón, que supongo que ya conoceréis.

—Alguna noticia llegó, pero muy deformada y falta de detalle —dijo Zahir—. ¿Qué sucedió exactamente?

—Sí, ocurrió en la *musara* de la ciudad, ante docenas de testigos. Uno de los miembros del clan practicaba la caza con halcón en la explanada; sus esclavos lanzaban gallinas al aire y la rapaz alzaba el vuelo para lanzarse contra ellas en el suelo. Pues bien, en uno de los lances, el halcón se apartó de la gallina y fue a posarse sobre un niño al que una mujer daba el pecho. La madre intentó apartar a su hijo, pero el *wāli* se lo impidió y dejó que el halcón devorara al niño.

»Los Banu Salama cometieron en público muchas atrocidades como ésta, e imponían a los habitantes de sus pueblos duros trabajos y toda clase de obligaciones. Las gentes, horrorizadas, acudieron a solicitar la ayuda de un caudillo de la Barbitaniya llamado Marzuq ibn Uskara. Este Marzuq tenía treinta hijos varones y vivía en el castillo de Qasr Muns, prácticamente inexpugnable.

»Enterados los Banu Salama de la amenaza, se propusieron capturar a Marzuq y se dirigieron al castillo. Marzuq se extrañó de su hostilidad y, como garantía de que no debían temer nada de ellos, entregó varios rehenes, entre los que se encontraba Bahlul, el más apuesto de sus hijos.

El inicio del relato capto la atención de Musa, que se levantó del lecho y bajó las estrechas escaleras situadas en una de las esquinas del patio. Se apostó junto a la jamba de la puerta, con la espalda apoyada en la pared: no estaba dispuesto a perderse un detalle.

—Una esclava del harén de Ibn Salama acudió a la celda donde se hallaba encerrado Bahlul, y cautivada por su belleza, le hizo la promesa de sacarlo del alcázar. Él se mostró conforme, y huyeron de noche llevándose abundantes riquezas de Ibn Salama.

»Cuando echaron de menos a la esclava, su señor corrió a ver a Bahlul y descubrió que éste también había desaparecido. Montó a toda prisa y llegó de noche a Qasr Muns, donde se encontraba el padre de Bahlul. "No sabemos nada de él desde que lo dejamos en vuestro poder como rehén", le contestaron allí. Ibn Salama no se conformó hasta que obtuvo su juramento.

»Cuando el wāli reemprendió el camino de regreso, Bahlul entró en el castillo en compañía de la muchacha y pidió a su padre que los protegiera, pero éste le dijo: "Si no te vas de mi lado te entregaré al que te anda buscando."

»Bahlul huyó entonces con la muchacha y llegó a tierras de Barsaluna, donde vivió algún tiempo, hasta que, hastiado de aquel lugar, partió de regreso a la Barbitaniya, al pueblo donde vivían su hermana y su cuñado, a quien el'*amil* también sometía a excesos y arbitrariedades. Enterado de la presencia de Bahlul, el marido de su hermana dejó el trabajo para ponerse al corriente de los acontecimientos. Pero un criado del *'amil* llegó con la orden tajante de que regresara, sin atenerse a otros razonamientos. Bahlul arremetió con su espada contra el criado y le dio muerte. Consideró lo que acababa de hacer, y por miedo a perderse, se dirigió al'*amil* y lo mató también.

»Los hombres del pueblo dieron su apoyo a Bahlul, y cuarenta de ellos le prestaron juramento de lealtad. Se dirigieron al castillo de Robres, refugio seguro de los Banu Salama. Los valíes de Uasqa tomaron los hombres disponibles y acamparon junto al castillo, donde trabaron con Bahlul un violento combate. Cuando los soldados, en plena canícula, aflojaron la lucha a mitad del día para descansar, dejaron desatendida la protección del *wāli*, cuya tienda se alzaba al fondo del campamento. Arengados los hombres, se precipitaron contra la tienda, lo encontraron acostado y lo asesinaron.

».Las tropas se echaron a temblar, pero Bahlul les habló: "Nada tenéis que temer de mí. Si me he levantado ha sido contra la iniquidad de estas gentes, que violan vuestras cosas más íntimas y os utilizan como juguetes a vosotros y a vuestros hijos." A continuación les relató el suceso del halcón y el niño, y les concedió el *aman*. Todos ellos le prestaron acatamiento.

»Dieron muerte a los Banu Salama que se encontraban entre las tropas, y Bahlul se adueñó de sus bienes y monturas. Se dirigió entonces a Uasqa y se hizo con el poder de la ciudad.

Ahmed hizo una pausa.

—Hasta aquí el relato de lo sucedido, aunque no os oculto que ésta es la versión referida por los partidarios de Bahlul que nos llegó a Saraqusta —aclaró.

—¿Y qué relación tiene con los acontecimientos actuales? —inquirió Fortún.

—Es Bahlul ibn Marzuq quien ha entrado en Saraqusta este verano con sus tropas y se ha declarado en rebeldía.

—¿Y con qué apoyos cuenta en la ciudad?

—No lo sabemos, pero la situación de Saraqusta no tiene nada que ver con la que se vivía en Uasqa con los Banu Salama. Saraqusta es una ciudad próspera y sus habitantes agradecen al emir la estabilidad que les ha procurado.

—¿Y no hay noticias de Qurtuba? —intervino Zahir.

—Sí, parece que se encuentra en camino Amrús ibn Yusuf, el mismo que desalojó de Saraqusta a Matruh hace diez años. Si es así, se trata de un general implacable. Llega después de apaciguar Tulaytula, en cuya toma se vivieron sucesos terribles,

según me relataron testigos presenciales.

—¿Tenemos nosotros alguna oportunidad de intervenir en la situación? —preguntó uno de los invitados.

—Yo recomendaría esperar acontecimientos —repuso Ahmed—. De ser cierta la información, Amrús ibn Yusuf debe de estar a punto de llegar. A veces no es bueno arrancar la fruta, sino esperar a que esté madura para que nos caiga en las manos.

—Es lo que haremos, Ahmed —concluyó Zahir—. Sólo te pedimos que nos mantengas al tanto de cualquier cambio en la situación de Saraqusta. Aunque tenemos informadores allí, tu opinión nos es de gran utilidad.

Continuaron largo rato tratando de diversos asuntos y, ya de madrugada, Zahir y Fortún acompañaron hasta el zaguán al resto de los hombres y despidieron a Ahmed, que partía al día siguiente. Musa había desaparecido escaleras arriba en cuanto intuyó que la reunión tocaba a su fin.

Aquel verano estaba resultando el mejor de la vida de Musa. Disfrutaba colándose con Fortún en la alcazaba, en medio de la soldadesca, se divertía con sus amigos y, pensando en la próxima escapada nocturna, los días se le pasaban en un suspiro.

Su relación con el resto de los muchachos había ido cambiando. Todos sabían ya quién era Musa, y muchos se acercaban a él con cierta admiración. Le preguntaban por su hermano Mutarrif, wāli de una ciudad importante como Banbaluna, y por sus hermanastros vascones, y Musa no escatimaba en detalles sobre sus estancias allí y en Isaba, a veces aderezados con una buena dosis de fantasía. Sin embargo, la posición de su familia también le proporcionó algunos disgustos, en especial con un pequeño grupo de chicos que vivían en la parte más alejada de la ciudad, junto a la puerta de Qala't al Hajar. Éstos, desde el primer momento, se habían mantenido al margen del grupo principal, con el que había ido creciendo una cierta rivalidad, que se traducía en frecuentes batallas con sus arcos de madera, o con las piedras del río. Nunca tales refriegas se habían saldado con resultados más graves que alguna pequeña brecha en la frente.

El cabecilla de este grupo era un muchacho de la edad de Musa llamado Essam, que desde el principio parecía buscar el enfrentamiento con Musa, haciendo comentarios hirientes sobre su familia. De las palabras pasaron a los hechos una tarde en la que los muchachos se disponían a iniciar uno de sus combates con arcos y cerbatanas en un soto junto al río. Essam se dirigió a su grupo y en tono melifluo dijo:

—Ya sabéis, mucho cuidado con Musa, no vayáis a hacerle daño.

Musa se volvió sorprendido, y se encontró con la sonrisa de Essam. El resto de los chicos reían disimuladamente.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que si te roza alguna flecha irás corriendo a ver a tu hermano para que nos encierre en la alcazaba.

Las risas fueron en aumento, y Musa sintió cómo la sangre se le agolpaba en la cabeza, pero prefirió no responder a la provocación. Sin embargo, Essam no había terminado:

—Nos estábamos preguntando, Musa..., ¿duermes con sábanas de lino..., o son de seda?

Esta vez provocó un estruendo de carcajadas.

Musa se abalanzó sobre Essam, y juntos rodaron por el suelo. Todos los muchachos les rodearon para animar a uno o al otro. Musa dejó escapar su rabia a través de los puñetazos que asestaba en el rostro y en el pecho de Essam, pero el rival era un muchacho fuerte y corpulento, que además esperaba la reacción de Musa. Rodaron por el suelo entre golpes hasta que dos de los chicos mayores decidieron intervenir y separarlos.

Se miraron de frente mientras eran retenidos por los brazos, respirando con dificultad por el esfuerzo y la tensión. Essam sangraba por la nariz y tenía una brecha profunda en la ceja derecha. Musa sólo presentaba un corte en el labio superior, pero sentía todo su cuerpo dolorido. Con un movimiento brusco, se liberó de los brazos que lo sujetaban, dio media vuelta y salió en dirección a la puerta de la ciudad, mientras con la cabeza vuelta mantenía la mirada de su rival. La mayor parte de los muchachos lo siguieron.

Aquel incidente pareció haber liberado la tensión, porque en los días siguientes no surgió ningún otro problema. Ambos se ignoraron al verse a la salida de la escuela, y no hubo ningún gesto cuando Musa y Zahir coincidieron con Essam y su padre a la entrada de la mezquita. Pocos días después habían olvidado la pelea, e incluso pasaron una tarde juntos nadando y refrescándose con los demás en la alberca.

Sucedió el último día del mes de Rajab.{1} Aquella mañana, los almadieros habían estado trabando troncos para transportarlos hasta Saraqusta, y todos los chicos, tras la *salat al zuhr,* la segunda llamada a la oración, se acercaron a la orilla del río para contemplar la partida. Salieron por la Puerta del Puente, y cruzaron la imponente construcción de madera que salvaba los más de seiscientos codos{2} del cauce. Alcanzaron la orilla opuesta, donde los hombres se afanaban aireando a las mulas que tiraban de los gruesos troncos y dando órdenes a varios esclavos que, con el agua hasta la cintura, los empujaban para mantenerlos unidos mientras eran amarrados con fuertes sogas de esparto.

Una vez finalizada la tarea, los capataces dieron las órdenes oportunas, y varios de los almadieros, junto a los esclavos y las mulas, tomaron de nuevo el camino en dirección a los montes de Al Bardi, de donde se extraía la madera. El resto, sin duda los más experimentados, saltaron a las improvisadas embarcaciones provistos de largas varas de acacia y las empujaron hacia la corriente.

Los muchachos siguieron las almadías río abajo durante un buen trecho, saludando y haciendo gestos entre risas a los hombres que trataban de mantenerlas en el centro de la corriente. Casi una milla más adelante una zona de espesa vegetación con abundantes zarzas les impidió continuar avanzando, y vieron cómo el cargamento de madera desaparecía de su vista al describir una amplia curva en el cauce.

Se disponían a desandar el camino para cruzar de nuevo el puente y volver a sus casas cuando uno de los chicos de mayor edad comentó en voz alta:

—¿Os imagináis poder cruzar ahora el río de un salto? Estaríamos en casa en un momento.

—De un salto no, pero se puede cruzar. Mi hermano mayor lo cruzó a nado el verano pasado —explicó otro.

—Es peligroso —dijo Musa—. Mi tío dice que hay muchas corrientes y remolinos. Ni siquiera a mi hermano le han permitido hacerlo.

—¿Tú siempre haces lo que te dice tu tío?

Musa se volvió hacia quien hablaba, y se encontró frente a frente con Essam, que le miraba con gesto serio, provocador, y con un extraño brillo en los ojos.

—¿Quién se atreve? —continuó Essam—. Yo voy a cruzar.

Muchas miradas se dirigieron al suelo. Todos sabían que se trataba de un reto, que quien lo aceptara ganaría la consideración de los demás..., y quien lo rechazara la perdería.

—Voy a cruzar, pero pongo una condición —prosiguió Essam.

Todos los ojos estaban centrados en él, todos aguardaban con impaciencia lo que iba a decir a continuación..., aunque la mayoría lo sabía.

—Quiero que Musa cruce conmigo.

«Ya lo ha dicho —pensó Musa—. Ya lo han oído todos.» Las palabras de Essam le hicieron sentir un calambre en el estómago, se estremeció su pecho y palideció.

—No lo hagas, Musa —dijo el primer muchacho—. No es necesario.

—Vámonos de aquí —añadió otro tirándole de la manga—, sólo quiere provocarte.

Ahora todas las miradas estaban fijas en él. Essam esperaba su respuesta con una sonrisa en los labios, y alzó las cejas en señal de interrogación.

En aquel instante, Musa decidió aceptar el desafío y, sin darse tiempo para recapacitar, lo expresó en voz alta:

—Lo haré.

—¿Alguien más? —inquirió Essam, y barrió con la mirada a todo el grupo.

—Yo cruzo—dijo uno de los chicos que solían acompañarle.

—Bien por Ismail. Sólo tres valientes —alardeó Essam—. Vamos, cuanto antes mejor, se va a hacer tarde.

Los tres muchachos se quitaron toda la ropa, salvo los *sarauil*, sujetos a la cintura con un cordón.

—Llevad las ropas al otro lado, nos veremos allí—dijo Essam mientras se acercaban a la orilla.

—¿Preparados?

Desde aquel punto la distancia no parecía excesiva, aunque el río bajaba bastante turbio, posiblemente por alguna tormenta aguas arriba. Los tres entraron en el río hasta que los calzones quedaron mojados. Essam se lanzó al agua y comenzó a nadar, y los otros le imitaron.

Musa no estaba seguro de sus fuerzas, nunca había nadado una distancia como ésa, así que braceó despacio para no agotarse demasiado pronto. Essam le sacaba ya varios codos de ventaja y, mientras avanzaban, el agua empezó a arrastrarlos río abajo. Entraron en la zona de mayor corriente, y Musa avanzaba con dificultad. Percibía la fuerza del agua a su alrededor, que tiraba de sus miembros en todas las direcciones. El braceo enérgico de Essam iba perdiendo fuerza, pero Ismail nadaba al límite tratando de darle alcance.

Musa empezó a sentir miedo cuando una zona de remolinos hizo que apenas pudiera avanzar a pesar del fuerte movimiento de sus piernas. Lo mismo debía sucederles a los otros, porque habían dejado de nadar y sólo trataban de mantenerse a flote. Musa entró en uno de los remolinos, se sintió arrastrado hacia el fondo y por unos segundos permaneció bajo el agua. Essam ahora luchaba contra la corriente, y a Musa le pareció escuchar un grito de ayuda. Ismail había desaparecido de su vista. Se sintió angustiado. Se estaba quedando sin fuerzas, y la orilla opuesta no se acercaba. Essam estaba gritando, lo oía claramente. La corriente los arrastraba y los zarandeaba. Musa dejó de moverse para recuperar el aliento, pero el agua le cubrió la cara. Con dos patadas subió a la superficie de nuevo. Estaba extenuado, y sabía que no iba a aguantar mucho más. Se hundió de nuevo, esta vez sin aire apenas en los pulmones. No veía nada debajo del agua y perdió la orientación zarandeado por las corrientes. No sabía dónde estaba la superficie. Sintió un tirón, y sus pulmones se llenaron de nuevo. Uno de los muchachos que habían permanecido en tierra tiraba de él de regreso a la orilla. La corriente los seguía empujando aguas abajo. Musa intentaba colaborar, pero estaba desfallecido y los calambres inmovilizaban sus piernas. Ambos tragaban agua en su esfuerzo por llevar aire a los pulmones.

La misma curva del río por la que habían desaparecido las almadías les salvó la vida. Al entrar en ella, la corriente les introdujo en una zona de remanso, donde al

menos podían mantenerse a flote. Sin embargo, no habrían alcanzado la orilla si varios de los chicos no se hubieran lanzado al agua para sacarlos a los dos. Los arrastraron hasta la hierba, donde quedaron tendidos. Musa vomitó violentamente y perdió el conocimiento.

Recobró la conciencia aún tumbado en la hierba y envuelto en una tosca manta de lana. Junto a él se encontraba Fortún, con una expresión de angustia y preocupación como nunca le había visto.

Habría preferido seguir inconsciente para no tener que enfrentarse a la tragedia que temía.

—¿Los han sacado? —consiguió articular.

Su hermano negó con la cabeza. Tenía los ojos arrasados en lágrimas.

Musa se volvió y vio al muchacho que lo había salvado, con el rostro descompuesto y una palidez de cadáver. Intentó esbozar una sonrisa, pero sólo consiguió componer una mueca grotesca. Era uno de los muchachos del grupo de Essam. Ni siquiera sabía su nombre. Intentó preguntárselo, pero no pudo. Fue su hermano quien lo hizo, quizás adivinando su intención.

—Ziyab ibn Hub —repuso con voz casi inaudible.

—¿Eres hijo del carpintero? —preguntó Fortún.

El muchacho asintió con la cabeza.

En ese momento, un hombre de unos cuarenta años llegó corriendo a toda la velocidad que le permitían sus piernas, con los ojos a punto de saltar de sus órbitas, y preguntando a gritos por su hijo. Fortún le hizo una seña con el brazo, y el hombre se abalanzó sobre Ziyab. Le cubrió el cabello de besos mientras le sujetaba la cabeza entre sus manos y pronunciaba frases ininteligibles. Ziyab se abrazó a su padre llorando desconsoladamente. Aún permanecieron allí un buen rato, hasta que alguien hizo traer una carreta y colocaron en ella a los dos muchachos, que emprendieron así el camino de regreso a casa. Musa tuvo que atravesar el puente con los ojos fuertemente cerrados, sin valor para mirar de nuevo aquellas aguas en cuyo seno debían encontrarse los cuerpos de Essam y de Ismail.

La búsqueda se prolongó durante el resto del día, y toda la ciudad se volcó en ella. Al caer la noche se encendieron docenas de antorchas con las que se rastrearon palmo a palmo ambas orillas del río. El *albáytar* informó a los responsables de la búsqueda de que, en caso de muerte de una bestia por ahogamiento, el cuerpo permanece hundido hasta que los gases intestinales empiezan a hincharlo y sale a flote, generalmente al cabo de un día, sobre todo si el tiempo es caluroso.

Las mujeres acudieron a las casas de los dos muchachos desaparecidos para tratar

de consolar a las madres destrozadas. Nadie durmió en Tutila aquella noche. Los hombres se turnaron en la búsqueda a pesar de la oscuridad, excepto los familiares de los dos chicos, que recorrían el río por ambas márgenes, hasta llegar varias millas aguas abajo, sin tregua para el reposo. Con las primeras luces del alba, todos se lanzaron de nuevo hacia las orillas. Tronzaban las ramas de los árboles que caían sobre el río y tanteaban con largas varas las zonas de remanso. Se lanzaron al agua las barcas utilizadas para cruzar el cauce cuando las avenidas arruinaban el puente, y las que algunos hombres utilizaban para lanzar sus redes.

No fue hasta bien entrado el día, con el sol a punto de alcanzar su cénit, cuando las voces alertaron de la aparición de un cuerpo. Habían encontrado a Ismail en una zona en la que el río se ensanchaba y la profundidad era menor, a más de dos millas del punto donde había desaparecido. Los gritos desgarrados de su padre atravesaron el aire cálido y en calma de aquel desgraciado día de finales de verano.

En vano sonó en el alminar la llamada a la oración de la tarde, pues todos los hombres disponibles rastreaban el río, y la mayor parte de las mujeres acompañaban a las dos familias. Poco antes de la puesta del sol, entraron por la puerta de Saraqusta los hombres que portaban el cuerpo de Essam.

Las horas transcurridas desde el accidente habían sido terribles para Musa. Cuando lo llevaron a la casa, empezaba a ser consciente de la tragedia que se vivía a su alrededor y, al ver la cara asustada de su madre frente a él, toda la tensión acumulada se liberó de golpe. Mientras Fortún le relataba lo que había ocurrido en el río, Onneca mantenía fuertemente abrazado el cuerpo aún semidesnudo de su hijo menor, sacudido por incontenibles accesos de llanto y continuas convulsiones producidas por el hipo.

Recostaron al muchacho en su cama y cambiaron sus ropas aún mojadas. Fortún se quedó junto a él para tratar de tranquilizarlo, mientras su madre se dirigía a la cocina.

Onneca puso agua a calentar y extrajo de la alacena varios saquetes de tela encerada. Se los acercó uno a uno a la nariz para identificar las hierbas que contenían, y eligió dos de ellos. Cogió un pellizco del primero, que contenía valeriana, lo vertió en el agua, y a continuación añadió una cantidad similar de tila del segundo envoltorio. Sin embargo, no estaba segura de que el remedio fuera suficiente para tranquilizar al muchacho, cuyos sollozos se habían convertido en auténticos gemidos que atravesaban el patio y llegaban hasta la cocina. Abrió un nuevo saquete, y añadió a la infusión una pequeña cantidad de aquel polvo de amapola que adormecería al muchacho y le permitiría descansar. Vertió el contenido del recipiente en un tazón junto con un cacito de miel y regresó a la estancia donde se encontraba Musa.

Halló al muchacho hipando, apoyado sobre el cuerpo de Fortún, que pasaba los

dedos entre su cabello para tratar de calmarlo. Una inmensa lástima se apoderó de Onneca e hizo que las lágrimas le inundaran los ojos, pero trató de sobreponerse y disimular el temblor de su voz.

—Hijo, debes tomar esto, te hará bien.

Con una mirada de su madre, Fortún comprendió. Cogió el tazón, lo acercó a los labios de Musa y, a pequeños sorbos, consiguió que tomara gran parte de su contenido.

—Buen chico. —Fortún forzó una sonrisa.

—Ahora tiéndete sobre el colchón, vida mía —susurró Onneca al tiempo que pasaba su brazo por el cuello del chico—, pronto te sentirás mucho mejor.

Apoyó la cabeza de Musa sobre la almohada de lana y estiró sus piernas sobre el lecho. Con un leve gesto señaló a Fortún la cortina que separaba la alcoba del corredor, y éste salió dejando la estancia en semipenumbra.

Onneca permaneció junto a su hijo, susurrándole palabras de consuelo mientras acariciaba su frente, hasta que la bebida hizo efecto y el muchacho comenzó a relajarse y se sumió en un profundo sueño.

La vida en Tutila se detuvo durante los días siguientes. Una vez recuperados los cuerpos, dieron comienzo los actos de duelo y los preparativos para las exequias. Aunque la tradición establecía que los familiares más próximos, varones en este caso, debían preparar los cadáveres, los padres de ambos muchachos fueron incapaces de enfrentarse a la visión de los cuerpos de sus hijos sin vida. Los parientes de Ismail recurrieron a Zahir como hombre de edad, notable de la comunidad y conocedor de los usos establecidos.

Cuando llegó a la humilde vivienda de la familia, comenzaba a anochecer. Un nutrido grupo de hombres ocupaba el centro de la calle y rodeaba al padre del muchacho, que se encontraba sentado en una bancada de obra junto a la puerta. Su imagen era la de un ser humano derrotado, con la cabeza hacia atrás apoyada en la pared encalada, los ojos cerrados y los brazos colgando sin fuerza a ambos lados del cuerpo. El círculo se abrió al paso de Zahir, que se detuvo ante aquel hombre superado por el dolor. Había indagado su nombre, y supo que se llamaba Hakim. Con evidente esfuerzo se había puesto en pie, y tendió las manos hacia el hombre que iba a amortajar a su primogénito. Zahir lo atrajo hacia sí, tratando de transmitir con su abrazo la pesadumbre que se sentía incapaz de expresar con palabras. Hakim lloraba con un lamento sordo que Zahir sólo percibía por los movimientos irregulares y convulsos contra su pecho.

Cuando se separaron, Hakim pareció recomponer el gesto y condujo a su visitante

hasta el interior de la vivienda. Se trataba de una única estancia rectangular, de no más de ocho codos de longitud, casi desprovista de mobiliario. Zahir supuso que habían desalojado sus pocas pertenencias para dejar espacio a las mujeres, que no dejaban de proferir lamentos desgarrados.

La estancia se hallaba iluminada por varios velones y algunos candiles de grasa. El muchacho descansaba sobre una tosca mesa de madera cubierta por un tejido impregnado de cera, de tamaño apenas suficiente para acoger la totalidad del cuerpo tapado, cuyos pies sobresalían por un extremo. La madre, de luto, era sostenida por dos mujeres que sumaban sus voces al coro de lamentaciones. Dos niños pequeños, seguramente los hermanos de Ismail, miraban a su alrededor asustados por unos acontecimientos que no comprendían, pero que sin duda adivinaban terribles, a juzgar por la expresión de sus rostros.

Hakim se aproximó al improvisado catafalco y las mujeres comenzaron a desfilar hacia la calle con las cabezas veladas e inclinadas. Zahir supuso que se trasladarían a una casa vecina mientras, en presencia de los hombres más allegados, se procedía a la preparación del cadáver. Una de ellas indicó a Zahir una pequeña mesita donde se encontraban los materiales necesarios para la ceremonia. Cuando todas las mujeres hubieron abandonado la casa, comenzaron a entrar los familiares varones más cercanos y se dispusieron en un lado de la habitación.

Zahir inició el ritual lavando sus manos con agua limpia, en señal de purificación, antes de tocar el cadáver. Se colocó frente al muchacho y retiró el paño que lo cubría.

El color amoratado y la hinchazón desfiguraban el pequeño cuerpo, y le causaron una viva impresión. Por un momento asaltó su mente la imagen de su sobrino Musa colocado sobre una mesa como aquélla. Trató de sobreponerse a la zozobra y se concentró en el trabajo sistemático que le esperaba. El primer paso era quizás el más desagradable, ya que consistía en retirar las impurezas adheridas a la piel y presionar vientre y pulmones para evacuar cualquier líquido que pudiera corromper la mortaja. Una vez eliminados los restos impuros, procedió al primer lavado con agua de *alhínna*. Comenzó por la cabeza, siguió por el costado derecho y terminó con el izquierdo. A continuación tomó otro recipiente y procedió al segundo lavado, esta vez con alcanfor diluido en el agua. Tuvo buen cuidado de asegurar que cada parte del cuerpo recibiera las sucesivas aguas, y finalizó con un tercer lavado en el que utilizó sólo agua pura.

El padre aguantó en pie hasta ese momento, pero al concluir abandonó la vivienda precipitadamente. Un tío del muchacho se adelantó para ayudar en la colocación de la mortaja. Las tres piezas de tela de algodón blanco estaban cuidadosamente dobladas en un borde de la mesa, y Zahir tomó la primera, una faja con la que envolvieron el cuerpo desde el ombligo hasta las rodillas. La segunda pieza era una *qamis* que sirvió para cubrirlo desde el cuello hasta los pies, y finalmente colocaron el sudario, que

acabó de ceñir el cuerpo por completo, incluida la cabeza. El improvisado ayudante tomó asiento de nuevo y dejó que Zahir prosiguiera. Éste ungió el cuerpo con una crema alcanforada, especialmente en las partes que tocaban el suelo durante la oración: la frente, las palmas de las manos, las rodillas y los dedos de los pies. Finalizado el ritual, Zahir volvió a purificarse antes de retirarse.

Afuera era ya noche cerrada, y algunos vecinos habían acudido con hachones y antorchas que conseguían disipar la oscuridad en torno a la puerta de la casa de Hakim. Sin embargo, las llamas aportaban a la escena que se ofreció a los ojos de Zahir un aspecto irreal, casi fantasmal. Sólo pudo intercambiar unas palabras con los hombres allí reunidos, porque de inmediato asomó por la puerta el cuerpo amortajado sobre unas sencillas parihuelas, llevadas a hombros por dos familiares. El silencio en la calle era inusual, un silencio que se hacía evidente a los oídos, alterado tan sólo por los lamentos de las mujeres.

Poco a poco, todos los presentes se dispusieron a ambos lados de la calle y formaron una comitiva encabezada por el cadáver, sus padres y los familiares más cercanos, que se dirigió calle abajo hacia la mezquita. Cada cierta distancia, alguien había colocado nuevas antorchas encendidas que permitían avanzar sin contratiempos por aquellas calles oscuras y de piso irregular.

Junto a la mezquita, en la plazuela que se abría a sus puertas, se congregaba ya una auténtica muchedumbre, de la que extrañamente sólo surgía un ligero murmullo. A medida que el cortejo se aproximaba, un pasillo se iba abriendo ante él, hasta que los hombres que portaban las parihuelas se detuvieron ante el portón de madera. Durante un momento quedaron allí inmóviles, como si no supieran qué hacer a continuación. Zahir, que había seguido a los familiares a escasa distancia, se adelantó y entró en la mezquita, para dar aviso de la llegada de la comitiva fúnebre.

El *imām*, un hombre enjuto de edad avanzada, se encontraba en el interior acompañando a los familiares de Essam, cuyo cuerpo había sido depositado ya frente al *mihrāb*. Al percibir la presencia de Zahir, buen amigo suyo, se apresuró hacia la salida, donde ambos intercambiaron unas palabras. Poco después, el cuerpo de Ismail era depositado en el suelo de la mezquita junto a su amigo, y los asistentes ocuparon sus lugares para asistir a la preceptiva plegaria fúnebre.

Pese a que la mezquita no era un edificio demasiado espacioso, de ordinario los otros dos pequeños oratorios dentro del recinto de la ciudad suplían esa carencia. Sin embargo, en esta ocasión, todos los habitantes habían acudido en masa para asistir a la plegaria, de modo que el edificio resultaba a todas luces insuficiente. Los hombres se habían situado en la parte delantera y las mujeres ocupaban la zona posterior. Algo llamó la atención a Zahir: a pesar de la aglomeración, quedaba desocupado un reducido espacio en uno de los laterales.

Descubrió el motivo al ver entrar desde la parte posterior a un grupo de

muchachos acompañados por el *sahib al suq*, un hombre pulcramente vestido y tocado con turbante blanco. Musa se encontraba entre ellos, cabizbajo y abatido. Zahir adivinó lo ocurrido: tras el grave suceso del día anterior, el almotacén había intervenido y, reunidas las familias de los muchachos implicados, habrían decidido obligar a todos ellos a asistir a los actos fúnebres, para que pudieran comprobar en primera persona las dramáticas consecuencias de sus acciones. Los muchachos fueron conducidos al hueco reservado para ellos, desde donde podían contemplar perfectamente no sólo a sus compañeros sin vida, sino a sus familias destrozadas por la pérdida.

El *imām* se situó frente a los dos cuerpos amortajados, dando la espalda a los asistentes. Explicó en voz alta a la congregación la manera de llevar a cabo la plegaria, y recitó la llamada de apertura a la oración:

—*Allahu Akbar*![3] —Elevó sus manos con las palmas abiertas a la altura de sus oídos.

—*Bismillahí Rahmáni Rahim*[4] —recitaron todos el pasaje de la apertura del Corán.

El oficiante siguió con la plegaria mientras Zahir observaba a su sobrino, que repetía mecánicamente el texto árabe, con la mirada fija en el suelo. En una pausa de la oración, volvió la vista hacia la parte posterior y entre la multitud distinguió la cabeza de Onneca, que con gesto preocupado trataba de alcanzar a su hijo con la mirada.

Cuando llegó el momento en que cada participante debía realizar para sí una súplica por los difuntos, Zahir se esforzó en concentrarse y recitó en voz baja: «Señor Nuestro, ten misericordia de ellos y perdónalos, sálvalos del castigo de la tumba. Perdónales sus pecados y multiplica sus buenas obras. Indúltalos y haz de su tumba un refugio feliz. Ingrésalos en Tu divino paraíso. Señor, consuela a sus padres, recompénsales y haz de sus hijos sus intercesores ante Ti.»

Finalizada la ceremonia, la mayor parte de los fieles fueron abandonando la mezquita, excepto los familiares más allegados, que se turnarían hasta el día siguiente para velar los cuerpos antes de su enterramiento.

Zahir apenas había tenido tiempo de estar con Musa, pues tras las tareas de búsqueda había sido requerido para embalsamar el cadáver de Ismail. Esa noche, reunida la familia en la sala de la parte baja, junto al patio, el chico continuaba muy afectado, y aún no había podido probar un solo bocado, excepto los tazones de leche con miel que su madre casi le había obligado a tomar. Onneca le confirmó la visita, la tarde anterior, del *sahib al suq*, quien había interrogado al chico a solas, aunque antes de despedirse le había asegurado que no debían preocuparse, porque las causas del

accidente estaban claras. Tras casi dos días de extrema tensión, toda la familia, incluido Musa, se retiró extenuada a descansar.

Al día siguiente tuvo lugar el entierro de los dos muchachos. Un nuevo cortejo los trasladó en dirección al cementerio, ubicado en la parte exterior de la muralla. Pocos eran los que observaban el paso de los cadáveres desde fuera de la comitiva, y daban gracias a Allah por permanecer con vida a la vez que rogaban por los difuntos.

Zahir se colocó junto a la familia de Essam para ofrecerles su apoyo, como la noche anterior había hecho con la de Ismail. Una vez salvada la Puerta de Tarasuna, las piedras labradas que señalaban los sepulcros se extendían desde el muro hacia el sur, a la izquierda del camino. Avanzaron unos cien codos hasta llegar a dos profundas fosas recién abiertas en el suelo, en sentido transversal a la Qibla.

Cada una de las familias se colocó junto a una de las tumbas. Los muchachos a los que el *sahib al suq* había convocado se encontraban entre ellos, vigilados por su atenta mirada. Quienes portaban el cuerpo de Essam hicieron tres pausas para descender el cadáver, y en la tercera lo introdujeron en la fosa, donde se encontraba uno de los familiares, que lo colocó en posición correcta, tumbado sobre un lado y de frente a la Qibla. Aflojó las ataduras de la mortaja y acomodó su cabeza en una especie de almohada de tierra, mientras recitaba una breve oración. Después, el hombre salió de la tumba y comenzaron a cubrirla, hasta formar un pequeño montículo sobre el terreno, de no más de un palmo de altura.

Finalizadas las exequias, ambas familias se colocaron al borde del camino para recibir el pésame y las palabras de consuelo de quienes regresaban a la ciudad. Zahir tomó por los hombros a Musa, y se incorporó con él a la fila.

—Todo está predestinado..., entereza y sosiego —dijo cuando llegó junto al padre de Essam.

El hombre hizo un gesto de asentimiento, y entonces dirigió su mirada hacia Musa. Éste no sabía qué esperar. Después de todo su hijo había muerto cuando competía contra él. El padre de su rival dobló las rodillas y colocó su cara a la altura del chico, levantó las manos y sostuvo su cabeza entre ellas. En la mirada de aquel hombre, Musa vio reflejada toda la tristeza que albergaba su corazón. Tomó al muchacho por el cuello, lo atrajo hacia sí y se fundió con él en un abrazo mientras ambos rompían a llorar en silencio.

—Dios ha querido llevarse a mi hijo cuando comenzaba a vivir..., y ha querido dejarte a ti con vida. Si es cierto que todo está predestinado, como Zahir acaba de decir, tu destino debe de ser grato a los ojos de Allah. Alcanza tu destino, Musa..., y no te culpes por lo sucedido... Yo no lo hago.

Después de aquellas palabras, Musa pareció recuperar la tranquilidad de espíritu que, sólo dos días atrás, había creído perdida para siempre, y esa noche consiguió por

fin conciliar el sueño.

El viernes siguiente, Zahir decidió invitar a la casa tras la oración de la tarde a Ziyab ibn Hub, el muchacho que había arriesgado su vida para salvar a Musa. Su padre era un carpintero modesto que tenía un pequeño taller en la parte suroeste de la ciudad, junto a la Puerta de Qala't al Hajar. Ziyab era su único hijo, pues su esposa había fallecido en el parto al dar a luz a su segunda hija, que también murió unas horas después. Ambos llegaron poco antes de la puesta del sol. Zahir los recibió con efusividad y los condujo hasta la habitación donde habitualmente recibían a las visitas, para disfrutar de la principal comida del día.

Al principio padre e hijo dieron muestras de sentirse algo intimidados, pues no estaban acostumbrados a compartir mesa con una familia tan influyente como los Banu Qasi. Fortún también se encontraba allí, junto a dos compañeros de la guarnición, y su presencia parecía causar una viva impresión a Ziyab, que no quitaba la vista de sus ropas militares y, sobre todo, del hermoso sable que colgaba de su cinto. Onneca se había ocupado de preparar los platos que iban a degustar, y se encontraba ultimándolos en la cocina. Había convenido con Zahir que la velada sería sobria y evitarían cualquier signo de celebración o de alegría, pues sólo habían transcurrido unos días desde la desgracia y el luto aún se mantenía en todas las casas de Tutila. Dado el motivo de la visita, Musa y Ziyab fueron invitados a compartir la mesa con los mayores, y se sentaron juntos en uno de los extremos.

Onneca dispuso varios platos con salazones de carne y pescados en escabeche, frutos secos y otros entremeses, de los que pronto dieron cuenta entre todos. Una vez roto el hielo, la conversación se fue animando, y Zahir acabó encargando al carpintero unos escabeles de madera tallada para la casa. Tras degustar un aromático guiso de cordero con especias, la conversación derivó hacia los sucesos de la semana anterior.

Zahir tomó la palabra, y adoptó un tono solemne:

—Como tutor de Musa, quiero expresaros en nombre de la familia nuestro profundo agradecimiento por la acción que sin duda le salvó la vida. —Se dirigió hacia Ziyab, que, avergonzado y ufano a la vez, no sabía dónde colocar las manos—: Onneca y yo queremos que sepas que, a partir de aquel funesto día, nos sentimos obligados hacia ti y hacia tu padre, y te puedes considerar un miembro más de esta familia.

Ziyab se había ruborizado, y los ojos enrojecidos de su padre demostraban la emoción y el orgullo que sentía. Musa miraba a su amigo con una sonrisa y, al ver su apuro, trató de acortar el momento pidiendo permiso para levantarse.

—Tomad antes unos dulces que he preparado especialmente para hoy —dijo Onneca—. Son de almendras, harina y miel.

Los chicos se llenaron los puños de dulces, salieron al patio, se sentaron junto al brocal del pequeño pozo y allí, sin pronunciar palabra, dieron buena cuenta de ellos. Musa metió en su boca la última porción y tragó varias veces como preparándose para hablar. Cuando se decidió, dijo simplemente:

—Ziyab..., gracias.

Ziyab se había dado cuenta del trabajo que le costaba y sonrió.

—No tienes que dármelas..., estoy seguro de que habrías hecho lo mismo. Lo único que lamento es no haber podido hacer también algo por Essam e Ismail. Además, tenemos que olvidar ya lo que pasó, Musa.

—No es nada fácil, no me los quito de la cabeza.

—Pues tendremos que hacer un esfuerzo.

Siguieron hablando durante un buen rato, hasta que se oyeron movimientos en el interior y los mayores salieron al patio, donde comenzaron a despedirse.

—¿Nos vemos mañana en la placeta de la mezquita? —preguntó Musa.

—Después de la escuela. Allí estaré.

El verano tocaba ya a su fin, y los días iban siendo más cortos. El grupo de muchachos había vuelto a reunirse, aunque sus juegos ya no eran los mismos, y la anterior agresividad había desaparecido por completo. Era frecuente verlos sentados en las eras donde se aventaba el trigo, o en lo alto de un muro junto a alguna de las puertas, donde preguntaban a quienes las atravesaban por su procedencia y por las mercancías que cargaban sus mulas.

A Musa le gustaba especialmente pasar las tardes en el taller del padre de Ziyab. Su amigo ya trabajaba allí como aprendiz, y él le acompañaba ayudando en lo que podía o jugueteando con las pequeñas piezas de madera que el artesano desechaba. El olor de la resina le fascinaba y, muchas veces a lo largo de su vida, aspirar el aroma de la madera recién cortada le haría revivir esos días de su infancia.

Los dos muchachos acabaron por hacerse buenos amigos, y compartían las mañanas en la escuela, los ratos en el taller de carpintería y gran parte de sus horas de juego. La mayoría de los chicos de su edad abandonaban la escuela para incorporarse como aprendices a los talleres de sus familiares o para trabajar en el campo. Sin embargo, el maestro que enseñaba en la mezquita había acudido al taller de carpintería para hablar con el padre de Ziyab y había insistido en que su hijo era un muchacho inteligente, despierto y perfectamente capaz de avanzar en sus estudios al menos unos años más. El carpintero no podía prescindir de dos nuevas manos, que llevaba años esperando, pero ante la perseverancia del maestro decidieron que iría a la mezquita por la mañana y después trabajaría en el taller.

Una tarde de otoño, Musa y Ziyab estaban sentados junto al puente del Uādi Ibru, sobre un pequeño muro de adobe, lanzando piedras al río mientras sus piernas se balanceaban sobre el talud de la orilla.

—Cuéntame algo sobre tus hermanos mayores, Musa. ¿Es verdad que Enneco estuvo en la batalla de Roncesvalles?

—No... —rio Musa—. Sería muy pequeño entonces. Fueron otros jefes vascones quienes dirigieron a sus hombres en la emboscada. Enneco me contó la historia el verano pasado, cuando estuve con él en Isaba.

—La conozco. Antes de que llegarais aquí, un *qass* congregó a la multitud junto a la muralla y representó la derrota de Carlomagno entre grandes aspavientos. No había visto un espectáculo igual en mi vida, puedes creerlo. Toda la ciudad acudió a verlo, y repitió su actuación durante varios días.

—Y tú asististe a todas —se burló Musa.

—Sin dejarme ni una —rio Ziyab—. Y ahora resulta que la madre de mi mejor amigo era la esposa de uno de aquellos hombres.

—Creo que el padre de Enneco había muerto ya entonces, pero fue un jefe muy importante. Algo parecido ocurre ahora con Enneco: es el cabecilla de todos los vascones de los valles del Pirineo.

—¿Parecido a un rey?

—Creo que sí—mintió Musa, orgulloso de sus lazos familiares.

Lanzó varias piedras al paso de una pequeña rama que flotaba río abajo, pero fue Ziyab quien acertó con la suya a la primera.

—Debe de ser estupendo tener un hermano casi rey, y otro *wāli* de Banbaluna. ¡Cuánto me gustaría poder conocerlos!

—Pues si conoces a Enneco quizá te lleves una decepción. Sus vestiduras parecen más las de un soldado que las de un rey. Aunque su fuerza y su envergadura te asombrarían.

Un pequeño séquito cruzaba el puente de madera hacia ellos. Lo encabezaba un hombre a caballo de edad ya avanzada a quien seguían dos más jóvenes que, a juzgar por su aspecto, debían de ser sus hijos. Tras ellos seis mulas cargadas de fardos eran conducidas por otros tantos esclavos de piel oscura.

—Por sus vestiduras debe tratarse de un comerciante muy rico —dijo Ziyab.

—Y fíjate en las cabalgaduras. No había visto nunca unas sillas tan ricamente adornadas. Se arriesgan mucho viajando así por los caminos: están infestados de salteadores.

—Parece que vienen de Banbaluna. Seguramente habrán viajado con algún destacamento militar y a la vista de Tutila se han adelantado.

—Me gustaría visitar de nuevo Banbaluna. Mi hermano Mutarrif ha prometido llevarme con él cuando vuelva el buen tiempo, si he aprendido a montar bien a

caballo.

—¡Pero tú ya montas bien! Mucho mejor que yo..., y eso que hemos practicado lo mismo. No sé cómo lo has hecho.

—Bueno..., tiene su explicación.

Musa se moría de ganas de contar a su amigo sus escapadas nocturnas, pero tenía miedo. De todas maneras, si no podía confiar su secreto a Ziyab, no podría contárselo a nadie. ¿Para qué servía pues un amigo?

—¿Conoces la finca de Abd al Aziz, río arriba? —se decidió.

—¿La del comerciante de ganado?

Musa asintió.

Ziyab se quedó mirando a su amigo con los ojos abiertos en cuanto comprendió el significado de su sonrisa.

—¿Quieres decir...?

—Por las noches, este verano...

—¿Tú solo?

Musa asintió de nuevo. Rio al ver la cara de estupefacción de su amigo.

—Bueno, ya te lo he dicho. Ahora tendrás que acompañarme, ¿no?

Sorprendido, Ziyab valoró mentalmente los riesgos...

—¿Y cómo sales de la ciudad por la noche? ¿Y la guardia? ¿Y los bandidos en el camino? ¿Y cómo ensillas los caballos? —recitó con tono de incredulidad.

—Y salir de casa sin que te oigan y los lobos y la oscuridad..., no te he dicho que no haya riesgos.

—Además, las noches son frías ya.

—Pero más largas —sonrió Musa.

—¿Cuándo?

Los dos muchachos chocaron sus manos.

—Hace falta luna, y que la noche sea despejada.

Esperaron ansiosos durante varios días en que el cielo se mantuvo encapotado por el viento del sur que arrastraba las primeras borrascas del otoño. El viernes anterior al inicio del mes de Ramadán el tiempo cambió, y un viento del norte mucho más fresco se llevó las nubes. Los dos chicos se vieron en la mezquita durante la oración, y Musa miró hacia lo alto en un gesto que Ziyab comprendió de inmediato. Esa noche, fueron dos las sombras que se deslizaron sobre el muro camino del río. Y fueron dos los jinetes que cabalgaron por la ribera bajo la luna creciente, lanzando gritos y disfrutando de una libertad ahora compartida.

Durante las semanas siguientes repitieron su aventura, practicando a solas los ejercicios que en la *musara* les proponían junto al resto de los muchachos. Intentaban recoger un fardo del suelo al trote, utilizaban palos a modo de lanzas que arrojaban al

galope contra el tronco de un árbol, trataban de dominar al caballo con las piernas mientras sostenían un arco imaginario. Se reían de sus fallos, se admiraban de sus dianas y en alguna ocasión acabaron en el suelo tan doloridos como satisfechos.

En las sesiones de la *musara* con el resto de los muchachos, el progreso de Musa no pasó desapercibido, e incluso fue elegido varias veces para demostrar a sus compañeros la forma correcta de realizar un ejercicio. Uno de aquellos días de instrucción, a principios del mes de Shawal, cuando se dejaban sentir los primeros fríos, dos oficiales de la guarnición que supervisaban el entrenamiento de los futuros jinetes se acercaron a él para felicitarle con una palmada en el hombro.

—No desmereces de tu padre, muchacho —dijo uno de ellos—. Cuando lo conocí era poco mayor que tú, y ya manejaba las armas a caballo como un auténtico *zanáti*.

—¿Conociste a mi padre?

—Y tuve ocasión de luchar con él en Saraqusta, poco antes de su muerte. Un hombre valeroso, y un gran líder. Habrías estado orgulloso de él, chico.

—Lo estoy —aseguró Musa, y bajó los ojos.

El oficial se dio cuenta de que la mención de su padre había entristecido al muchacho.

—Si continúas así vas a superarlo —dijo sonriente.

Esta vez Musa levantó la mirada y sonrió también.

—Puedes decir a tu hermano y a tu tío Zahir que las prácticas a caballo las tienes superadas.

—Montas mejor que algunos veteranos —rio el otro.

—Gracias, se lo diré —repuso Musa, emocionado por el elogio.

—Ya tardas, ¡corre!

Los dos oficiales contemplaron entre risas cómo el chico atravesaba el puente sobre el pequeño Uādi Qalash y entraba en la ciudad por la Puerta de Saraqusta.

Musa estaba exultante. Atravesó las callejuelas hasta llegar a la mezquita, y descendió hacia el pequeño arroyo que discurría por la falda del monte. La subida por el camino empedrado y la excitación le hicieron alcanzar la puerta de la alcazaba cubierto de sudor. Cruzó el patio a zancadas sin reparar en la inusual presencia de algunas mujeres en el recinto.

—¡Fortún! —llamó—. ¡Fortún!

Entró en la sala central del edificio después de empujar prácticamente a uno de los guardias apostados junto a la puerta y se detuvo mientras sus ojos se adaptaban a la penumbra. A pesar de la falta de luz, pudo distinguir a su madre derrumbada sobre un banco, junto a su tío Zahir. Cuando Fortún se dio cuenta de la presencia del muchacho, se dirigió a grandes pasos hacia la puerta, le pasó el brazo sobre los hombros y le hizo regresar al exterior.

—¿Qué pasa, Fortún? —Musa se volvió hacia la cara desencajada de su hermano.

—Tranquilo, Musa —respondió intentando calmarlo.

—¿Qué pasa, Fortún? —gritó esta vez.

Fortún se colocó frente a su hermano, lo cogió de los hombros con ambas manos y apoyó una rodilla en el suelo para quedar a la altura de su cara.

—Es Mutarrif, Musa. —Se le quebró la voz—. Ha sido asesinado en Banbaluna.

Musa recibió el mazazo con una sensación de irrealidad. Fortún estaba allí, frente a él, agachado, mirándole con los ojos arrasados, pero no lo veía. Los momentos que siguieron parecieron transcurrir ralentizados. Sus oídos no captaban sonido alguno, sólo un agudo pitido que lo ocupó todo. Vio la cara de un guardia que le miraba con expresión de lástima, y vio también que Zahir salía al patio, giraba la cabeza tratando de localizarlos y se encaminaba hacia ellos. Musa se preguntó por qué tardaba tanto en alcanzarlos. Cuando por fin llegó, vio que sus labios se movían..., pero no percibió sonido alguno. A partir de ahí, sólo recordaba haber iniciado una carrera frenética monte abajo, pero le hubiera resultado imposible decir hacia dónde se dirigió. Corrió durante lo que creyó una eternidad, sin ser consciente de las imágenes que pasaban veloces junto a él.

Fortún lo dejó ir, y tomó a Zahir del brazo para regresar de nuevo al interior. El mensajero llegado desde Banbaluna aún se encontraba allí, exhausto tras una cabalgada sin descanso, y era preciso conocer los detalles de lo ocurrido. Los dos hombres se trasladaron a una estancia más pequeña, y dieron orden a uno de los guardias para que llevaran allí al correo.

El joven jinete entró en la sala y se quedó de pie frente a ellos.

—Toma asiento. —Zahir le indicó una bancada de piedra junto a un ventanal—. Lo necesitas.

El mensajero, agradecido, musitó unas palabras y siguió el consejo. Fortún se sentó en el lado opuesto y se inclinó con la frente apoyada sobre las manos, que ocultaban su rostro por completo. Zahir en cambio permaneció en pie, caminando cabizbajo de un lado a otro de la sala con las manos a la espalda.

—Cuenta lo que sepas —dijo.

—Fue ayer, poco después del amanecer. Mutarrif partía hacia el norte para recorrer algunas villas próximas y negociar con los cabecillas locales el pago de la capitación. Salió del palacete del *wāli* acompañado por una numerosa comitiva, y descendieron por el camino que conduce al puente del río. Pero, durante la noche, Balask al Yalaski había apostado a sus hombres en los bosquecillos situados a ambos lados.

—¡Balask! —aulló Fortún—. ¡Otra vez ese hijo de perra!

—Al paso del puente, los hombres del gascón asaltaron al grupo desde ambas

márgenes y no les dejaron escapatoria. Los nuestros lucharon por su vida, pero el número de los atacantes era mucho mayor. Fue una carnicería, según se contaba ayer en Banbaluna.

—¡Miserable hijo de perra! —gritó Fortún al tiempo que se levantaba con brusquedad—. ¿Y dices que se ha hecho con el control de la ciudad?

—Sí, Balask al Yalaski llevaba meses movilizando a sus partidarios y agitando a la población contra Mutarrif, y contra Qurtuba. Todo el mundo conocía sus actividades. Al parecer consiguió reunir un numeroso grupo de hombres armados, que tomaron los puntos estratégicos de la ciudad y convencieron a la guarnición para que depusieran las armas.

—¿No hubo lucha en la ciudad? —interrogó Zahir.

—Algunos enfrentamientos aislados, pero la guarnición se rindió cuando... —El muchacho pareció dudar.

—¡Habla!, ¿qué te ocurre? —apremió Fortún, que se había vuelto súbitamente.

—No sé si debo... —balbució el jinete con voz queda.

—Habla, te lo ruego —intervino Zahir con tono sereno.

—Mostraron a los defensores de la fortaleza... la cabeza cortada de Mutarrif.

Fortún lanzó un gemido, y buscó de nuevo el asiento de piedra. Zahir se acercó a él y colocó la mano en la parte posterior de su cabeza, en un esfuerzo por transmitir un apoyo que bien necesitaba para sí mismo. Los tres permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Qué pretende ese bastardo, Zahir?

—Su inclinación a favor de la alianza con los carolingios es conocida. No me extrañaría que en estos momentos algún correo viajara camino de Paderborn para poner la ciudad en manos de Carlomagno.

—Puedes ir a descansar —ordenó Zahir al mensajero—. Pasa por la cocina y pide que te sirvan lo que necesites.

Cuando quedaron a solas, Fortún interrogó a Zahir:

—¿Qué vamos a hacer? La situación es grave. La caída de Banbaluna en manos carolingias supondría una cuña de los francos al sur de los Pirineos y dejaría nuestro territorio expuesto de nuevo a la ambición de Carlomagno.

—¿Arriesgándose a un nuevo Roncesvalles?

—Todo el mundo aprende de sus errores, y mucho más alguien como Carlomagno.

—Encárgate de reunir al Consejo. Esta misma noche. Yo salgo en busca de Musa.

A Musa lo encontraron dos horas después, acurrucado junto a un árbol, aterido por el frío de la noche y sin más lágrimas que verter.

Capítulo 3

Año 801,185 de la hégira

La muerte de Mutarrif trajo cambios importantes en la familia. Fortún, con sólo veintitrés años, asumió la responsabilidad y, por tanto, el control del territorio de los Banu Qasi, aunque de hecho esto venía siendo así desde la marcha de su hermano a Banbaluna.

La relación de clientela de los Banu Qasi con el emir de Qurtuba habría aconsejado que Fortún acudiera a Saraqusta para entrevistarse con el gobernador, pero en Saraqusta ya no había gobernador: la situación continuaba siendo de extrema inestabilidad, con Bahlul ibn Marzuq alzado frente a Qurtuba en rebeldía. Se habían roto los contactos, y eran muy escasas las noticias que llegaban de Saraqusta. Sin embargo, la amenaza de una Banbaluna en manos carolingias podía ser grave. Partieron de Tutila mensajeros a todas las villas y ciudades de la zona bajo el gobierno de los Banu Qasi: Arnit, Qala't al Hajar, Tarasuna, Al Burj y Siya entre otras, con el objeto de convocar a sus notables a una reunión del Consejo.

El encuentro tuvo lugar un frío día de Dhul Hiyah[5] en el interior de la alcazaba. Unas cuarenta personas se hallaban reunidas en aquella sala donde pocas semanas antes Musa había visto a su madre derrotada por la muerte de Mutarrif. Fortún, reconocido de forma natural como caudillo legítimo por todos los allí presentes, repasó los recientes acontecimientos, tanto en Banbaluna como en Saraqusta, y se entabló una agitada discusión.

—Mientras Saraqusta no esté en calma, no podemos esperar ningún apoyo de Qurtuba frente a Balask —recordó el representante de Tarasuna—. Propongo que armemos a todas nuestras fuerzas para intervenir y pacificar la capital.

—Eso sería muy arriesgado, quedarían desprotegidos nuestros flancos norte y occidental. Los asturianos podrían ver la ocasión que seguramente están esperando para intervenir solos o junto a los francos —atajó un anciano procedente de Qala't al Hajar, cuyo cabello era ya completamente blanco.

—Además, las últimas noticias hablaban de la llegada inminente de Amrús, el general del emir, para pacificar la capital —intervino otro.

—Sin embargo, parece que su intervención se retrasa: otros asuntos lo han retenido en Al Qubba —interrumpió Ahmed, el pariente de Zahir de Saraqusta, que había conseguido asistir a la asamblea.

—¿Qué posibilidades hay de atacar con éxito Banbaluna para recuperar la ciudad,

Fortún? —preguntó un oficial.

—Con nuestras fuerzas, ninguna. La única posibilidad sería contar con el apoyo de los *baskunish,* bajo el mando de mi hermano de sangre, Enneco. Sumadas las fuerzas, lo podríamos conseguir. Pero aun así habría que esperar el momento propicio, porque una acción precipitada comportaría el riesgo de atraer al propio Carlomagno —respondió.

—¿Qué razones tendría Enneco, un infiel, para luchar con nosotros y contra otro infiel?

—Los vascones se encuentran en la misma situación que nosotros, y ahora amenazados más de cerca, desde la propia Banbaluna, por su jefe pro carolingio... Además, es mi hermano, y si no lo conozco mal, te puedo asegurar que la diferencia de credo no supone un obstáculo para él.

—No creo que sea necesario recordaros que Mutarrif también era medio hermano de Enneco —intervino Zahir.

—Enviemos un correo para citarlo aquí.

—Había pensado en desplazarme hasta Isaba en persona, aún no he tenido oportunidad de tratar con él la muerte de nuestro hermano —explicó Fortún.

—Si nadie se opone, me parece acertado... Sea como tú dices —respondió el anciano de cabello blanco.

El asentimiento fue general, y la reunión terminó con el encargo hecho a Fortún de trasladar la situación a Enneco y tantear una posible coalición entre los *baskunish* y los Banu Qasi. Un mensajero partió ese mismo día a caballo hacia los valles pirenaicos donde Enneco residía, con la orden de concretar con él la fecha y el lugar de la entrevista.

Musa acudió a su hermano en cuanto se enteró de la salida de la delegación hacia Isaba.

—Llévame contigo, Fortún —le pidió, sin reparar en la conversación que mantenía con un *'arif*.

Fortún observó a Musa y frunció los labios con gesto severo, pero ante la mirada ansiosa del muchacho, no tuvo más remedio que sonreír.

—Hace más de año y medio que no he visto a Enneco —recordó.

—Lo sé, Musa. —Fortún se pasó la mano por la nuca, indeciso ante la respuesta que debía dar al chico—. Pero el momento no es el más adecuado para un viaje así: puede que tengamos que enfrentarnos al frío y la nieve, y va a resultar duro e incómodo. Debes permanecer aquí.

—Pero siempre habéis dicho que debemos prepararnos para soportar las condiciones más duras —replicó el muchacho—. Ésta es una buena ocasión, no hay peligro, no vais a una batalla. Quiero hacer lo mismo que el resto de tus hombres.

Fortún sabía que no había invertido suficiente energía en su negativa, y Musa comprendió que tenía la partida ganada. El tiempo que Fortún tardó en responder fue interpretado por el muchacho como una aceptación.

—¡Iré! —gritó apretando los puños con un gesto de victoria—. ¿Cuándo salimos? ¿Cuándo...?

—¡Tranquilo! —interrumpió Fortún—. Aún no tienes el permiso de nuestra madre. Y debemos esperar la respuesta de Enneco a nuestro correo.

La respuesta llegó dos días más tarde. Enneco viajaría hasta el extremo sur de sus dominios para evitar a Fortún y a sus hombres el penoso avance por los caminos cubiertos de nieve y barro de las montañas del norte. La reunión se celebraría en el plazo de una semana en Baskunsa, Adónde Enneco se trasladaría con los jefes vascones de cada uno de los valles. Este cambio facilitaba sin duda el viaje y hacía factible algo que rondaba la cabeza de Fortún desde hacía varios días: Onneca podría acompañarlos. Sabía que era su deseo, por el brillo de nostalgia que atravesó sus ojos cuando la informó de la visita a su tierra, pero ella entonces no se había atrevido a pedírselo, sin duda para no obstaculizar un viaje que sabía importante para los intereses de la familia y de su territorio.

Onneca había encajado el golpe de la muerte de Mutarrif con aparente entereza, pero su carácter había cambiado de forma evidente. Había adelgazado, sus ojos habían perdido viveza y la pesadumbre se había apoderado de su expresión. La separación de sus dos hijos mayores debía de representar un sacrificio adicional.

Fortún no se lo mencionó a nadie y reservó la sorpresa para su madre durante todo el día. Esa noche se aseguró de que la cena fuera familiar, sólo se reunieron a la mesa los dos hermanos, su madre y Zahir. Fortún disfrutó jugando con ellos, sin desvelar del todo el «secreto», recordando cómo su padre hacía lo mismo con él y con Mutarrif cuando tenía que darles alguna sorpresa agradable. Cuando por fin Onneca supo que podría ver de nuevo a sus dos hijos mayores y satisfacer así su callado deseo, las lágrimas hicieron brillar sus ojos, y abrazó uno tras otro a los hombres que compartían su vida, mientras acariciaba el momento en que el abrazo pudiera hacerse extensivo a sus otros dos hijos.

Los preparativos para la marcha se realizaron con rapidez. Los viajes largos en época invernal eran poco frecuentes, sobre todo hacia zonas de montaña, pero en este caso la distancia no excedía las cincuenta millas, así que, si no surgían dificultades, en tres jornadas llegarían a su destino, aun teniendo en cuenta que los días eran cortos. El frío tampoco les acobardaba, acostumbrados como estaban al viento gélido que en invierno barría con fuerza el Uādi Ibru. Onneca preparó para todos unas *qamis*

de algodón más gruesas de lo habitual, y dos pellizas de piel de oveja que los protegerían del frío y la nieve, además de las espesas medias de lana que mantendrían sus pies calientes dentro de las botas de cuero impermeabilizado con grasa de caballo.

El día de la salida amaneció con el viento en calma, pero una densa niebla impedía la visión más allá de unos cuantos codos. Musa se encontraba excitado ante su primer viaje largo a caballo, pero en presencia de los demás trataba de simular una tranquilidad que no sentía. La comitiva, compuesta por una delegación de los jefes Banu Qasi de la zona y una nutrida escolta a caballo, se reunió en el patio central de la alcazaba. Musa buscó con la vista a su hermano entre el bullicio de viajeros y familiares, pero no consiguió localizarlo. Quien sí apareció junto a él fue su tío, que permanecería en Tutila a cargo de los asuntos de la ciudad. Mientras le daba algunos consejos para el viaje, lo condujo hacia un lateral del recinto, donde se encontraban las caballerizas y donde Musa distinguió a Fortún con un hermoso alazán árabe sujeto de las riendas. El muchacho se dirigió hacia ellos, fascinado por la belleza del animal, sin poder apartar la vista.

—¡Has cambiado de caballo! ¡Es precioso! No lo había visto antes, ¿dónde lo tenías?

—Era otro pequeño secreto. Estaba en una cuadra apartada. Recién llegado de Qurtuba, y allí llegó desde Ifriquiya.

—¿Lo llevas contigo en el viaje?

—No —respondió Fortún con tono burlón—. Lo llevas tú.

Fortún contempló a su hermano con una sonrisa, esperando a ver el efecto de sus palabras.

—¿No lo llevas? ¿Aún no lo conoces lo suficiente? —continuó Musa, sin comprender.

—He dicho que lo llevas tú. Es tuyo —repitió Fortún marcando las sílabas.

Los ojos de Musa se abrieron de par en par. Quiso también abrir la boca para decir algo, pero ningún sonido escapó de sus labios. Miró a Fortún, luego a Zahir, y luego al caballo, pero seguía sin articular palabra.

—¿Quieres decir... mío? ¿Mi propio caballo?

—Eso quiero decir. Así no tendrás que salir por las noches...

—Pero... ¿cómo sabes...?

—Olvídalo —rio Fortún—. ¿Coges las riendas, o me lo quedo para mí? No creas que no me gustaría.

Musa se acercó al animal y lo tomó de las bridas. Le acarició el cuello y le dirigió las primeras palabras.

—Dale un paseo, tendréis que adaptaros rápido el uno al otro —aconsejó Zahir mientras se retiraba con Fortún para supervisar los últimos preparativos—. Por cierto,

aquello también es tuyo. Utilízalo.

Musa dirigió la vista al punto donde señalaba su tío. Se trataba de una silla de montar andalusí, nueva, brillante, de cuero repujado de primera calidad, con su gran pomo característico.

—¡La cabalgadura de un Banu Qasi no puede desmerecer ante ninguna otra! —gritó Fortún mientras se alejaba, riendo ante la cara de asombro del muchacho.

La comitiva se puso en marcha. Onneca viajaba en mula cerca de la cabeza, y cada jinete iba acompañado por un escudero a lomos de una acémila. Antes de atravesar el Uādi Ibru, fueron escoltados por una legión de chiquillos que corrían y daban voces junto a ellos, y un buen número de vecinos se congregó para despedirlos junto a la Puerta del Río. La imagen que Musa observó a lomos de su caballo cuando atravesó la puerta de la ciudad casi le atemorizó: una densa bruma se elevaba por encima del cauce del Ibru, y la calzada sobre el puente se perdía en la niebla. Pocos minutos después, el último jinete de retaguardia desaparecía de la vista camino de Baskunsa.

Avanzaron a buen ritmo, sin ver el sol hasta bien entrada la mañana, y pararon para abrevar y dar descanso a las monturas a la sombra del castillo de Balterra. Cuando reanudaron el viaje a través de los bosques de Al Bardi, la bruma había dado paso a una tarde despejada, y los viajeros agradecían los tímidos rayos de sol que de vez en cuando atravesaban la espesura y conseguían templar sus espaldas. Fortún dirigía miradas furtivas a Musa, que a todas luces disfrutaba del camino a lomos de su nuevo caballo.

Poco antes del atardecer alcanzaron el promontorio sobre el río Aragun donde se alzaba la fortaleza de Rada, un estratégico enclave defensivo en el límite septentrional de los dominios de los Banu Qasi. Un empinado camino empedrado conducía hasta el portón de la alcazaba, flanqueado por dos sólidos torreones de piedra similares a los que jalonaban el resto de la muralla. Un hombre de poco más de cuarenta años, de tez oscura y mirada franca, se adelantó hasta Fortún cuando éste se apeaba de su montura. La calidez del saludo sorprendió a Musa, pero pronto conoció la explicación. El hombre, jefe de la guarnición allí destacada, había vivido en Arnit y servido a las órdenes de su padre, aunque ni Musa ni Fortún habían nacido aún. Tras los saludos de rigor al resto de la comitiva, les invitó a acceder al interior del recinto.

Fueron recibidos con entusiasmo por los ocupantes de la fortaleza, al parecer ávidos de nuevas compañías y de noticias, aunque la ausencia de un edificio capaz de acoger a todos los visitantes hizo que éstos se distribuyeran entre las familias cuyas humildes viviendas se amontonaban dentro del recinto.

Una vez acomodados, Musa dispuso de unos momentos para recorrer las murallas encaramado a sus adarves y subir a los torreones trepando por las escaleras de

madera. Con una mirada desde lo alto, comprendió por qué habían elegido aquel lugar para edificar el recinto: la ladera junto al muro se desplomaba en un corte casi vertical hasta el río, que discurría a sus pies actuando como un foso natural. Desde el lugar en el que se encontraba, se podía divisar en toda su extensión el valle que se abría al norte, cerrado muchas millas más allá por la cadena de grandes montañas que azuleaban en la distancia.

Musa y su familia fueron alojados por el jefe de la guarnición y su esposa, una mujer corpulenta y vivaracha, a todas luces impresionada por la calidad de sus huéspedes, a quienes se desvivía por atender. Compartieron la humilde mesa con dos hijos del matrimonio, cercanos a la veintena, que jamás habían viajado más allá de las aldeas vecinas y asistían curiosos a la conversación entre su padre y Fortún. La velada no se alargó mucho porque debían reanudar la marcha al salir el sol.

Así lo hicieron y, tras una efusiva despedida, se pusieron en camino remontando la corriente del río. Pronto llegaron a Kara, donde atravesaron la antigua vía romana que unía Saraqusta con Banbaluna, y siguieron esta vez por la margen izquierda del río, hasta alcanzar Al Qastil. A partir de allí, la ruta se adentraba en un valle encajonado por montañas, sin un lugar habitado en varias millas, así que Fortún decidió agilizar la marcha para tratar de cruzar la sierra antes de la caída del sol.

Con las últimas luces, en una elevación a la izquierda del cauce, avistaron una pequeña alcazaba que identificaron como Galipenzo. La hospitalidad de sus ocupantes no envidiaba a la que habían disfrutado la noche anterior, y los viajeros pudieron descansar en las propias dependencias del castillo, algo que agradó a Musa, hasta que de madrugada comprobó la dificultad de mantener caldeada en pleno invierno una edificación como aquélla.

Antes del amanecer la comitiva estaba en pie, deseosa de acercarse al fuego de la amplia cocina, donde fueron dispuestas unas modestas viandas con las que comenzar el día. Partieron con las primeras luces y remontaron el río de nuevo, esta vez por su margen derecha. El terreno era aquí más abierto, y abandonaron el cauce para dirigirse directamente al norte en busca de la línea montañosa que ya se divisaba a lo lejos, donde se alzaba la fortaleza de Baskunsa.

A medida que transcurría la jornada, Onneca se iba mostrando más inquieta. Después de casi dos años, iba a tener la oportunidad de abrazar a todos sus hijos... y a sus nietas. Toda, la esposa de Enneco, había dado a su hijo mayor dos preciosas niñas: Assona, que ya tendría seis años, y la pequeña Nunila, de tres.

Fortuño Íñiguez, el segundo hijo de su primer matrimonio, no había tomado aún esposa a pesar de acercarse a los treinta años, y teniendo en cuenta el tipo de vida que le gustaba llevar, que no podía calificarse de ejemplar, Onneca ya desesperaba por verlo asentado y con una familia.

Sabía que Enneco estaba preocupado por la falta de un vástago varón que

asegurara la continuidad de su estirpe. Él era ahora el jefe de la familia, como lo habían sido sus antepasados. En aquellas tierras, cada uno de los jefes era tanto más poderoso cuanto más extenso fuera el territorio de su patrimonio familiar, y cuantos más parientes tuviera bajo su protección. Onneca lo sabía bien, porque ella misma pertenecía a una de esas familias prominentes, y su enlace con Enneco Jimeno había reforzado la influencia y el prestigio de su esposo.

El solar originario de la familia de Enneco se extendía en torno al valle de Salazar, entre los cursos del Irati y el Aragun. Allí se encontraban la mayor parte de sus propiedades y allí pastaban sus ganados. Aunque entre los vascones no hubiera nada parecido a una monarquía ni sus caudillos fueran designados hereditariamente, la función que desempeñaba Enneco había sido ejercida antes por su padre y por su abuelo. Pero era un puesto otorgado por el resto de los jefes vascones, y ganado por su prestigio y la demostrada capacidad y lealtad a su pueblo. Onneca se sentía orgullosa de su hijo, como lo había estado antes de su esposo.

Recordaba el día en que, aún adolescente, su padre la llamó para hablarle de quien iba a ser su esposo. No la sorprendió, pues sabía del interés de aquel Enneco Jiménez por ella desde su encuentro en una feria anual en el valle. Tras la fiesta, las muchachas habían comentado entre risas, bromas y un punto de envidia la atención que Enneco le había dispensado, aunque no hubiera pasado de un saludo cortés. Enneco era un joven fuerte y apuesto, guapo incluso, con buen dominio de las armas y el arte de la guerra, y conocedor de la cultura y tradiciones vasconas, condiciones que resultaban indispensables para quien pretendiera asumir la jefatura de los suyos. Además, su relieve social, que venía de generaciones anteriores, le había llevado a conocer la cultura latina que llegaba hasta las tierras llanas al sur de sus valles. Por ello Enneco se expresaba en el idioma vascón, su lengua materna, pero también conocía el romance, e incluso poseía algunos rudimentos de árabe, ya que se habían producido enlaces mixtos entre musulmanes y algunas muchachas del valle desde que los árabes hicieran su aparición hacía ya un siglo.

Aunque Onneca era sólo una muchacha de catorce años, había deseado secretamente y con todo su corazón que llegara el momento en que Enneco la pidiera en matrimonió, así que la preocupación de su padre se disipó al instante cuando comprobó la reacción de su hija ante la proposición.

La boda se había celebrado treinta años atrás, y unos meses más tarde había llegado al mundo Enneco, su primer hijo, al que seguiría un nuevo retoño un año después. Sin embargo, y aún sentía un nudo en el estómago al recordar aquellos días, su joven esposo había muerto en una escaramuza al cabo de unos meses, y ella quedó viuda a los diecisiete años.

Onneca avanzaba a lomos de su mula perdida en estos pensamientos cuando la sorprendió un sonido que no escuchaba desde hacía mucho tiempo. Dos jinetes se

habían acercado a la cabecera de la comitiva, y uno de ellos estaba hablando a Fortún, ¡en la lengua *baskiya*! Su música sacó a Onneca de inmediato de su ensimismamiento. A pesar de que había tratado de enseñar a sus hijos su idioma materno, la falta de uso les impedía mantener conversaciones fluidas, y menos con nativos. Además, en cada valle del Pirineo existían diversas variantes. Fortún le dirigió un gesto para que se acercara a ellos, y Onneca arreó a su mula. El hombre les dio la bienvenida, y explicó que Enneco se encontraba en el castillo de Baskunsa desde hacía tres días. Ellos habían sido enviados en su busca y les acompañarían en el resto del trayecto, apenas dos horas más.

—Espero poder practicar estos días, madre —dijo Fortún sonriente—. Apenas he entendido algunas palabras de bienvenida y el nombre de mi hermano.

Poco a poco se fue perfilando el contorno del castillo. A media milla de distancia, cuando el camino comenzaba a ascender por la ladera del monte hasta la gran roca sobre la que se asentaba la fortaleza, pudieron distinguir a un grupo que esperaba a las puertas su llegada. Musa fue el primero en localizar a Enneco, azuzó al caballo y salió al galope, tiró bruscamente de las riendas al llegar, y casi se abalanzó sobre su hermano. Enneco lo cogió en alto como un muñeco de paja y comenzó a dar vueltas entre las risas del chico.

—¡Mi pequeño Musa! ¡Si estás hecho un hombre! ¡Qué cambio has dado en dos años, muchacho!

—¿Has visto mi caballo? Ya sé montar perfectamente, ¿te has fijado? —La alegría del muchacho era incontenible.

Enneco no se separó de él hasta que Fortún llegó junto a ellos, encabezando la comitiva. Ambos se cogieron de los brazos y se miraron de frente antes de fundirse en un emotivo abrazo. Sin duda el recuerdo de Mutarrif flotaba en el aire.

—¿Cómo estás, hermano? —dijo Enneco, esta vez con gesto más grave.

—Bien, Enneco, bien —respondió Fortún ausente, más pendiente de lo que ocurría tras él—. Te traemos una sorpresa.

Enneco dirigió la vista hacia el lugar que le indicaba su hermano, y entonces se fijó en la mujer que acababa de detener su montura. Al principio se quedó inmóvil, con la boca entreabierta y los ojos entornados, como si no distinguiera bien a quien tenía frente a él, a sólo diez codos. Dirigió una mirada a Fortún, que sonreía abiertamente, y entonces empezó a acercarse despacio hacia ella. De repente, como impulsado por un resorte, en tres zancadas, se plantó junto a la mula, tomó a su madre por la cintura y la ayudó a apearse.

—Madre... —titubeó—. No te esperaba. Estoy...

—Dame un abrazo, Enneco, hijo. —Onneca intentaba aparentar desenfado.

El joven rodeó a su madre, menuda e insignificante entre sus enormes brazos. Ella

alzó los ojos hacia la cara de su hijo, y comenzó a hablarle en lengua vascona, mientras las lágrimas comenzaban a caer por sus mejillas. Enneco dio la espalda a los que contemplaban la escena y dirigió su mirada hacia el fondo del valle. No quería que nadie viera un rastro de debilidad en sus ojos húmedos.

Los demás reanudaron los saludos y discretamente dejaron a madre e hijo continuar su conversación a solas.

Unos minutos después se incorporaron al grupo, y Enneco invitó a todos a entrar en el recinto.

—Yo también tengo una sorpresa, madre.

—¿Está Toda aquí? —adivinó Onneca.

—Y tus nietas. El tiempo no era del todo malo, así que decidí traerlas conmigo. Les he pedido que esperen dentro.

—¿Y tu hermano?

—No sabemos. En el valle no estaba, así que mandé recado a otros señoríos. No son extrañas sus ausencias, incluso durante semanas. Si se encuentra en la zona, recibirá el aviso y acudirá —dijo al ver la expresión sombría en el rostro de su madre.

—Lía sido todo tan rápido e improvisado...

Atravesaron la arcada de piedra que daba acceso al patio de armas del pequeño castillo. Toda descendía una amplia escalera para dirigirse hacia ellos con su hija pequeña en brazos y Assona, la mayor, tiraba de las ropas de su madre.

—Madre, ¡es la abuela!

Toda sonrió, y empujó a la niña. Onneca se adelantó y la pequeña se abalanzó en sus brazos. Fortún tomó a Nunila de brazos de su madre.

—Es valiente. La última vez que me vio era un bebé, pero no se asusta a pesar de no conocerme.

—¡Toda! —exclamó Onneca al descubrir la abultada barriga de su nuera—. ¡Esperas un hijo! Déjame que te vea.—Se acercó y le acarició cariñosamente la mejilla. Después le apoyó la mano en el vientre y palpó con cuidado—. ¡Niño! —aseguró.

Todos rieron ante el derroche de seguridad en su predicción.

—¿Cuánto falta?

—Unas semanas tan sólo.

Los saludos se prolongaron durante un buen rato, mientras unos y otros se interesaban por los cambios ocurridos en los últimos años. Enneco había traído consigo a varios sirvientes, que habían dispuesto lo necesario para atender a la comitiva en el castillo.

Elsa tarde la dedicaron al descanso y a comentar desenfadados las novedades y los sucesos en sus tierras y en sus familias.

Al anochecer la cena fue servida en la sala principal de la fortaleza, que casi

quedó pequeña para tan nutrida asistencia. A pesar del cansancio del viaje, la velada se prolongó hasta bien entrada la noche, pero nadie aludió a la muerte de Mutarrif, cuyas circunstancias resultaban dolorosas para todos. Fortún y Enneco sabían que sus consecuencias iban a ser tratadas en los días posteriores y prefirieron dedicar la velada al reencuentro.

La mañana del día siguiente fue el momento elegido por los dos hermanos para reunir a todos los jefes y notables que habían acudido con ellos hasta Baskunsa. Enneco los condujo al salón donde la noche anterior se había celebrado la cena, que ahora aparecía dispuesto para la pequeña asamblea, con la enorme mesa de roble rectangular cubierta por una cálida tela carmesí y rodeada por dos decenas de cómodas sillas. Dos grandes chimeneas en los extremos, en las que chisporroteaban gruesos leños de roble, caldeaban el ambiente en aquella fría mañana invernal. Los hombres fueron presentados de una forma más solemne, a pesar de que habían tenido ocasión de conocerse e intercambiar impresiones durante la víspera. Seis eran los jefes vascones que acompañaban a Enneco, procedentes de otros tantos valles pirenaicos que señoreaban, y nueve los notables procedentes de las tierras del Ebro dominadas por los Banu Qasi.

Fue Enneco quien, ejerciendo de anfitrión, tomó la palabra y comenzó a exponer el motivo, ya conocido por los asistentes, de aquella cita. La muerte de Mutarrif en Pampilona a manos de Velasco el Gascón y la caída de la ciudad habían alterado de forma dramática el equilibrio político en el norte de la península. El anterior control de la ciudad por los musulmanes con un Banu Qasi a la cabeza no había inquietado a los vascones, unidos a aquéllos por lazos familiares durante generaciones.

El valor de Pampilona como capital de los vascones era más testimonial que estratégico, ya que su ubicación en el llano dificultaba su defensa, sobre todo tras la destrucción de las murallas por Carlomagno durante su retirada más de veinte años atrás, poco antes de su descalabro en Roncesvalles. Tras aquella derrota, el soberano franco había comprendido que, más que practicar una política ofensiva hacia los musulmanes hispanos, debía decantarse por afianzar la seguridad de la frontera, sin renunciar a posibles presas fáciles dentro del territorio del islam. De inmediato había creado al norte de los Pirineos un extenso reino, Aquitania, al frente del cual colocó a su joven hijo Ludovico, al que hizo proclamar rey en Roma por el papa Adriano I. La existencia ahora en Pampilona de un caudillo proclive al pacto con Ludovico podía hacer de la ciudad uno de esos objetivos fáciles.

De aquella reunión, expuso Enneco, debía salir un pacto para actuar conjuntamente frente a la amenaza de los francos.

Intervino a continuación uno de los jefes vascones llamado Arnaut, del valle de Roncal:

—Desde hace generaciones, nuestro pueblo ha albergado el deseo de independencia, a pesar de los muchos ataques que ha sufrido. Hasta ahora, gracias a las montañas, que nos han servido de refugio seguro frente a esas amenazas, hemos conseguido mantenernos unidos como pueblo. No veo por qué las cosas no deben seguir siendo así.

—Lo que dices es cierto, Arnaut —señaló Fortún—. El deseo de independencia de los Banu Qasi para nuestras tierras del Ebro no es menor. La relación de clientela que nos vincula al emir de Qurtuba es una garantía de tranquilidad y prosperidad para nuestro pueblo. Pero sabéis que Qurtuba está muy lejos del Uādi Ibru, y eso nos da un margen de maniobra muy amplio. Sin embargo, la amenaza para nosotros viene del norte, y Carlomagno estuvo a punto de materializarla. Algunos de vosotros y vuestros padres tuvisteis que luchar contra su ejército. ¿Qué habría ocurrido si a Carlomagno se le hubiese permitido entrar en Saraqusta como se le prometió? Lo sabéis muy bien: hoy todo el valle del Ebro y los Pirineos se hallarían en manos carolingias. No podemos arriesgarnos a que Carlomagno o su hijo Ludovico entren en Pampilona.

—Lo que dice mi hermano es de razón —terció Enneco—. Fortún es musulmán, nosotros somos cristianos, pero nos unen la sangre y el interés común. Mientras los Banu Qasi dominen el valle del Ebro, no tenemos nada que temer de un posible ataque desde Qurtuba: ellos son nuestro escudo. Y de la misma forma, hasta ahora los vascones éramos el escudo que los Banu Qasi tenían frente a los francos de la Galia. Nuestra alianza es provechosa para todos. ¿Creéis que las aceifas del ejército cordobés, que se han desviado cada año hacia Alaba y Al Qila, no habrían devastado ya nuestras tierras de no contar con el territorio de los Banu Qasi?

Enneco hizo una pausa que los asistentes aprovecharon para intercambiar opiniones con los más próximos. Fortún se levantó y se dirigió a uno de los ventanales, a través del cual entraba una luz atenuada por la fina placa de alabastro. Se volvió hacia la mesa e insistió:

—Pensad en ello. Este equilibrio puede romperse si Velasco pacta con Ludovico. Si los francos entran en Pampilona, ¿qué reacción podemos esperar del emir Al Hakam? De inmediato pondrá en marcha su extraordinario ejército y atacará Pampilona y las tierras en las que nos encontramos. Todo este territorio será tierra quemada, y vosotros tendréis suerte si podéis refugiaros con vuestras familias en lo más profundo de los bosques del Pirineo. Pero despedíos de ganados, cosechas y casas.

—Entonces debemos actuar pronto, y desalojar a ese Velasco de Pampilona —declaró otro vascón.

—Si decidimos intervenir, hemos de estudiar el momento más propicio —opuso Enneco—. Contamos con informadores en Pampilona que nos mantendrán al corriente de cualquier movimiento de Velasco, y lo mismo ocurre en la corte de

Tolosa con Ludovico. De hecho, ya han sido llamados, de modo que deberían llegar en cualquier momento.

—¿Cuántos hombres serían necesarios? —preguntó Arnaut.

—La guarnición de Pampilona no es numerosa, al menos de momento, y sus murallas están destruidas. Pero necesitaremos todos los hombres que podamos reunir —opinó Enneco—. Una vez que decidamos la acción, ése es el siguiente objetivo: concretar la cantidad de efectivos disponibles. Mientras esperamos la llegada de nuestros contactos de Pampilona y Aquitania, quiero que hagáis una estimación de los hombres en condiciones de luchar que podéis concentrar. Sería conveniente que los tuyos hicieran lo mismo, Fortún.

Los dieciséis hombres dejaron la mesa y volvieron al exterior hablando animadamente en pequeños grupos. Un viento helado les sorprendió cuando dejaron la protección del edificio.

Musa había pasado la mañana con Bernat y Emillen, los dos únicos chicos de su edad que había en el castillo. Los había presentado Toda, la esposa de su hermano, y congeniaron enseguida. Después de mostrar a Musa sus lugares de juego, lo llevaron a lo más alto de la gran roca que se alzaba por encima de las murallas. Desde allí divisaron el valle que se extendía hacia el sur, por donde discurría el camino que habían seguido al llegar. Al norte, a pocas millas, contemplaron la imponente sierra en la que, según le contaron sus nuevos amigos, un grupo de monjes llegados de más allá de las montañas había fundado un monasterio que llamaban de Leyre.

—El verano pasado estuvimos allí—dijo Emillen, el mayor de los muchachos—. La gente de Baskunsa y de las aldeas cercanas intercambia viandas y mercancías con ellos. Son muy buenos artesanos, pero dependen del valle para su sustento, porque allá arriba apenas tienen espacio para los cultivos.

—Y ahora comemos más carne —intervino Bernat.

—Sí, tienen muchas ovejas en sus pastos, y sacrifican los corderos porque utilizan la piel para fabricar... pergamino.

—Y la carne que les sobra nos la cambian por trigo y aceite.

—Buen negocio, provechoso para todos, por lo que veo —rio Musa al ver la cara de satisfacción del pequeño ante el recuerdo de alguna sabrosa comida.

—Tendremos que bajar a comer algo, que hablando de carne me ha entrado hambre. —Bernat se acarició el estómago—. Además, aquí arriba hace frío.

El viento del norte había hecho descender la temperatura, y el cielo se había vuelto plomizo. Mientras descendían por la estrecha senda que conducía a la explanada de acceso al castillo, comenzaron a desprenderse pequeños copos de nieve.

Al cabo de poco tiempo, los tejados quedaron cubiertos por un delgado manto blanco, y la nevada fue arreciando durante la tarde hasta convertirse en una auténtica

ventisca.

A punto de anochecer, se presentaron a las puertas de la fortaleza tres jinetes encapuchados cubiertos por gruesos mantos, que tras identificarse ante la guardia fueron conducidos al interior del castillo mientras sus monturas eran atendidas por dos mozos.

—Hacedlos pasar —ordenó Enneco al sirviente que había entrado a informar de la llegada—. ¿Han dicho de dónde vienen?

—De Tolosa, mi señor. Es Jakobe de Urraul, vuestro enviado a Aquitania.

—Que los atiendan en las cocinas. Da orden de que les preparen un baño caliente y comida en abundancia. En cuanto estén listos, traed aquí a Jakobe.

Enneco y los demás se habían refugiado de la ventisca en el caldeado salón, donde conversaban animadamente. Tras la comida, Onneca, Fortún y él se habían retirado a una pequeña sala y habían pasado gran parte de la tarde dándose noticia de lo ocurrido en los últimos meses de separación. Enneco quedó consternado al enterarse de lo ocurrido a Musa y a sus amigos en el río, pero la satisfacción que desprendía Onneca a solas con sus hijos fue suficiente para apartar esas sombras de preocupación. Aunque ella habría permanecido allí durante días, los dos hermanos acudieron a reunirse con el resto de los hombres, y Onneca volvió con Toda y las pequeñas.

Jakobe se presentó en la asamblea antes de la cena. Fue saludado por todos y, tras tomar asiento, continuaron la conversación interrumpida por la mañana.

—Estamos impacientes por conocer las noticias que traes de Tolosa, Jakobe. Te escuchamos.

—Hacedlo con atención, porque son realmente trascendentes para nuestros intereses. Esta tarde he temido que el temporal me impidiera llegar hasta aquí. Por las conversaciones con los lugareños durante mi viaje parece que no tenéis noticia sobre el asedio a Barsaluna. Carlomagno ha enviado su ejército a este lado de los Pirineos al mando de algunos de sus condes y ha puesto sitio a la ciudad. Pero el cerco se prolonga ya desde hace meses, y no tiene visos de resolverse pronto. Los asediados han encontrado la manera de abastecerse por mar, y siguen sosteniendo una férrea defensa al mando de su gobernador, Sa'dun al Ru'ayní, del que habréis oído hablar como Zado.

—Ciertamente interesante —interrumpió Fortún. Tanto él como Enneco se habían inclinado sobre la mesa y escuchaban con atención las palabras de Jakobe.

—Quizá sea más importante para vosotros saber que la asamblea reunida en Tolosa ha recibido solicitud de ayuda desde Barsaluna. En principio Ludovico se oponía a enviar su ejército porque tenía otros planes en mente.

—¿Cuáles eran esos planes? —preguntó Enneco alerta.

—Pampilona. —El recién llegado recalcó cada sílaba.

La sala quedó en un silencio sólo alterado por el crepitar de los troncos que ardían en las chimeneas, hasta que un torrente de murmullos se abrió paso alrededor de la mesa.

—Así que Velasco se ha dado prisa en ofrecerle la ciudad con las puertas abiertas —aventuró Fortún.

—Eso parece, pero los planes se han visto alterados. En la asamblea se discutió la urgencia de acudir en auxilio de los atacantes ante la posibilidad de que recibieran ayuda de Qurtuba. Sin embargo, Ludovico también tiene informadores y conoce la situación del emir Al Hakam, a quien las revueltas en Toledo y Zaragoza le impiden ayudar a los sitiados. Han decidido darse un plazo antes de partir hacia Barsaluna.

Todos los allí reunidos valoraban mentalmente las implicaciones de estas noticias. Fue Arnaut, el mismo que se había opuesto al ataque contra Velasco, quien habló:

—En ese caso, la acción contra Pampilona debe quedar aplazada hasta que Ludovico parta de Tolosa para cruzar el Pirineo...

—Esa posibilidad nos dejaría el campo abierto para el ataque, con los ejércitos francos concentrados a cientos de millas —concluyó unos de los jefes Banu Qasi.

—¿Y cuál es la actitud de los habitantes de Banbaluna? —preguntó otro.

—Esa información debería facilitarla nuestro contacto allí, pero desgraciadamente no ha llegado. En cualquier caso, muchos habitantes de la ciudad no ven con buenos ojos la sumisión al emperador franco.

Enneco se dirigió a Fortún y a sus acompañantes:

—Esperaremos entonces, si estáis de acuerdo. Reforzaremos nuestros contactos en la corte de Ludovico y en Pampilona, y nos mantendremos atentos. Mientras tanto debemos empezar a movilizar a nuestros hombres y organizar el ataque.

—¿ Qué ocurrirá una vez que Pampilona esté en nuestro poder?

—Tendré que trasladarme allí con todas las fuerzas disponibles y organizar la defensa de la ciudad, reconstruir las murallas y disponer una guarnición permanente.

—Nuestra participación deberá limitarse a la lucha por Banbaluna —señaló el jefe de Al Burj—. Tenga éxito o no, nuestras fuerzas tendrán que regresar, porque la inestabilidad en la zona de Saraqusta es grande y una intervención del emir resulta más que probable. Cabe la posibilidad de que los deseos de control de la zona por parte de Qurtuba no se limiten a Saraqusta.

—Seguiremos en contacto permanente a través de Fortún. —Enneco se puso en pie.

Los demás le imitaron y se dispusieron a disfrutar de una reconfortante cena caliente cuyos aromas ya llegaban desde las cocinas.

Continuó nevando durante toda la noche, y al amanecer el patio de armas estaba cubierto por una capa de nieve cuyo grosor superaba un palmo. El tiempo empeoraba,

y la nieve seguía cayendo con una tuerza inusitada. La vida cotidiana se detuvo, y los habitantes de Baskunsa se limitaron a permanecer en el interior de sus casas a la espera de que amainara la tormenta. En el castillo, sólo los pequeños se atrevían a salir al exterior para disfrutar de la nieve, hasta que regresaban entumecidos por el frío. Assona y Nunila, aliadas, perseguían a Musa entre caídas y risas, bajo la mirada atenta de Toda.

Sin embargo, la inquietud cundía entre las dos delegaciones. La inacción obligada alteraba a aquellos hombres acostumbrados a una actividad continua. Los vascones comenzaban a preocuparse por sus familias, que permanecían en la montaña en medio de un temporal tan intenso y prolongado. En aquella zona, no era extraño el aislamiento durante varios días, pero cabía la posibilidad de que se presentasen problemas que su ausencia impidiera resolver. Por su parte, los jefes Banu Qasi, poco acostumbrados a fenómenos como aquél en las tierras llanas del sur, veían prolongarse su estancia en el castillo hasta que el camino de regreso quedara lo bastante despejado para permitir el paso de la comitiva a caballo.

Pero si la inquietud general era difusa y no estaba basada en un problema real, un acontecimiento concreto y grave vino a reclamar la atención de todos. Durante la tercera noche de temporal, Toda despertó aterida por el frío. Sentía mojadas sus ropas de dormir, y enseguida comprendió que acababa de romper aguas. Quedó paralizada en el lecho por el temor, sin atreverse a despertar a su esposo. Sabía que allí no había nadie con experiencia capaz de atender su parto, y se hallaban totalmente incomunicados. La angustia se convirtió en un escalofrío al sentir los primeros dolores. Se levantó con cuidado y se desprendió de las ropas mojadas para cubrirse con una larga túnica enguatada. Avivó las brasas que aún ardían en la pequeña chimenea de la alcoba y encendió el candil de aceite que colgaba de la pared.

Cuando Enneco despertó y vio a Toda en pie, recortada junto al fuego, la inquietud se abrió paso y acabó de despejarlo.

—¿Ya todo bien? —preguntó temeroso.

—Nuestro hijo llega ya.

Las palabras de su esposa resonaron en los oídos de Enneco.

—¿Por qué no me has despertado, Toda? —protesto angustiado.

—Todos duermen.

—Voy a llamar a las sirvientas..., y a mi madre. Ella sabrá qué hacer.

Salió de la alcoba a grandes zancadas, y en pocos minutos todo el castillo sabía que algo grave sucedía. Onneca se sirvió de su propia experiencia para valorar la situación. Pidió una jofaina de agua caliente y una jarra de vino. Se lavó con una pasta de *sabun* que ella misma elaboraba con aceite de oliva y ceniza de madera y, como había visto hacer a las parteras en Arnit, mojó con vino su mano derecha y la

introdujo entre las piernas de Toda. Con su expresión intentó calmar a Enneco, más alterado de lo que se permitía demostrar.

—El parto no es inminente, el canal aún es estrecho. Creo que tenemos tiempo.

—Las gentes de la aldea dicen que la partera más próxima está en Qasida, a seis millas —dijo Enneco pensativo, hablando más para sí que para las dos mujeres.

—Pero el tiempo es infernal —repuso su esposa—. Con esta ventisca puede llevar todo un día llegar.

La cara de Toda se contrajo al sentir un nuevo aguijonazo de dolor. Tomó la mano de Onneca.

—¿Te sientes capaz de atender el alumbramiento?

Onneca respiró profundamente y exhaló un suspiro.

—No lo he hecho nunca, Toda. Me sentiría más segura con una partera aquí.

—Tendré que intentarlo —decidió Enneco.

—Cabe la posibilidad de que el parto se retrase lo suficiente. Y si no llega a tiempo, no tendremos más remedio que intentarlo nosotras —dijo Onneca, y trató de esbozar una sonrisa mientras apretaba la mano de Toda.

Varios de los hombres se ofrecieron para salir en busca de la partera, pero Enneco lo rechazó categóricamente. Sólo aceptó la compañía de un joven pastor de la aldea, Diego, que conocía a la perfección todos los caminos y peligros de la zona.

—Saldremos inmediatamente, Diego. He dado orden de que preparen una bolsa con viandas.

—Señor, a pie no llegaremos muy lejos con dos palmos de nieve en el camino.

—Lo sé, Diego. Están preparando unas raquetas para sujetar a nuestras botas, tal como hacemos con frecuencia en el Pirineo.

Al amanecer, los dos hombres abandonaban el castillo provistos de gruesos chaquetones de piel engrasada para evitar la humedad y bastidores de madera y cuero sujetos firmemente a las botas.

Diego tiraba de un rudimentario trineo de madera rescatado de la armería del castillo, sobre el que portaban un fardo con material y algunas provisiones.

Afortunadamente, la intensidad de la nevada había disminuido y pudieron avanzar libres del azote de la ventisca. Enneco caminaba con mayor dificultad, pues su envergadura hacía que las raquetas se hundieran más. Descendieron lentamente hacia el río que les serviría de guía, mientras la luz del día se abría paso entre el cielo encapotado. El manto blanco difuminaba cualquier referencia y hacía imposible distinguir caminos, campos y pedregales, así que Enneco se dejó conducir por Diego, confiado en su conocimiento del terreno, y antes de mediodía, según calculó a pesar de la escasa luminosidad, vieron los muros de Qasida.

Se dirigieron a la puerta de acceso a la villa y, ante un asombrado guardia, se

identificaron y preguntaron por la vivienda de Gadea, la partera. Los vecinos habían retirado gran parte de la nieve acumulada en las estrechas calles de la aldea, lo que les permitió desprenderse de las molestas raquetas. Fueron conducidos por uno de los guardias hasta una modesta vivienda en la parte alta de la población, donde salió a recibirles una mujer menuda, entrada en años, cuyo cabello blanquecino escapaba de un tocado de color indescifrable. Su tono de voz y sus modales eran rudimentarios incluso para Diego, pero en cuanto la pusieron al corriente de la situación, la mujer cerró el postigo de la puerta y les pidió que esperaran. Regresó al cabo de unos minutos con una ajada capa que le cubría la cabeza a modo de capucha y una bolsa de cuero a la espalda y se plantó frente a ellos.

—Supongo que tendréis forma de llevarme —espetó—. Mis piernas están viejas y ya no me obedecen como quisiera...

Enneco y Diego se miraron perplejos y no pudieron evitar una sonrisa. Deshicieron el camino calle abajo y cruzaron la puerta en busca del trineo. La mujer llegó, apartó el fardo, se hizo un hueco y se acomodó lo mejor que pudo.

—Lista —dijo, sin perder la seriedad de su cara.

Los dos hombres se volvieron a mirar, esta vez al borde de la risa. Era evidente que las raquetas que llevaban para ella en el fardo no iban a ser necesarias. Se ajustaron de nuevo las suyas y tomaron las cintas sujetas al trineo. Enneco sacó del fardo una gruesa piel que ofreció a la partera, y la mujer se envolvió en ella.

—Gadea..., va a ser un viaje de varias horas, largo e incómodo.

—Que acabará antes cuanto antes empiece —soltó la mujer—. No hay tiempo que perder, si aprecias en algo la vida de tu esposa y tu retoño.

No dijeron más y se pusieron en marcha. Por suerte, el peso de la mujer era liviano y el tiempo había mejorado. Ya sólo se desprendía algún pequeño copo de nieve, y aunque el viento suave que se había levantado era muy frío, comenzaba a desgarrar las nubes en jirones.

Avanzaron a buen paso al principio, con la mujer sujeta a los bordes del trineo con ambas manos y envuelta en las pieles de la cabeza a los pies, pero el cansancio empezó a hacer mella en los dos hombres, y se detuvieron en una zona arbolada donde la capa de nieve era mucho más fina. Comieron con avidez pan, queso de oveja y una cecina de ciervo que traían en el fardo, compartiéndolo con la partera, que aceptó sin rechistar y sin salir de su envoltorio.

Cuando reanudaron la marcha, el viento del norte había conseguido abrir pequeños claros entre las nubes, y por ellos se filtraba una luz más viva que les reveló un riguroso paisaje invernal de una belleza sobrecogedora. Enneco olvidó por un momento el motivo de su presencia allí, tirando de un desvencijado trineo en medio de una inmensidad blanca en compañía de una vieja y de un pastor. Pero una punzada de angustia lo devolvió a la realidad.

La luz disminuía cuando alcanzaron a ver Baskunsa. El avance se había vuelto penoso y lento, pero al comenzar a ascender la prolongada cuesta hasta el castillo, Gadea se apeó del trineo.

—Seguiré sobre vuestras huellas —dijo.

Los hombres asintieron, y continuaron tirando del trineo.

—¿Es necesario? —La partera señaló el trineo con la cabeza.

Enneco sonrió un tanto avergonzado, soltó la cuerda de cuero y se colgó al hombro la bolsa de la mujer, mientras Diego tomaba el saco de las provisiones.

Liberados de aquel peso, recorrieron la última milla sin esfuerzo y se presentaron ante la puerta de la fortaleza.

Gadea no se entretuvo en recibimientos ni saludos. Preguntó si había tenido lugar el alumbramiento y pidió que la llevaran de inmediato junto a la parturienta.

Toda se encontraba tendida en el lecho, pálida y con un rictus de sufrimiento en los labios. Onneca se hallaba sentada en una silla a su lado.

La partera avanzó decidida junto a una de las sirvientas, se detuvo un instante a dos pasos de la puerta para escrutar la habitación y se acercó al lecho. Tomó a Toda de la mano y luego le examinó un ojo colocándole un dedo bajo el párpado.

—Soy Gadea, muchacha—dijo sin dejar de examinarla—. No te preocupes, irá todo bien.

Onneca aún no había tenido ocasión de abrir la boca, pero sí de advertir la lamentable suciedad en las manos de la partera, de modo que, cuando ésta se disponía a introducirlas bajo las ropas para examinar a Toda, carraspeó.

—Hemos preparado la jofaina y un poco de *sabun* —insinuó.

La mujer se miró las manos durante un instante y decidió que no estaría de más aceptar la invitación. Tras el lavado con el rudimentario jabón, inició la exploración de la muchacha con actitud decidida.

—Dice tu esposo que has roto aguas esta madrugada...

Toda afirmó con la cabeza.

—¿Estás cumplida?

—Según mis cuentas faltan dos semanas.

La partera sacó la mano y se lavó de nuevo en la jofaina.

—Parto seco —juzgó—. Problemas. Y niño grande. O niña. ¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Onneca. Soy su suegra.

—Agua caliente, paños limpios y aceite de oliva, Onneca. Lo demás es cosa mía.

Enneco, como cualquier otro hombre, debía mantenerse al margen de las tareas del parto. Pero eso no mermaba su inquietud. A pesar de su agotamiento, trató de mantenerse activo, y en primer lugar se ocupó de que Diego fuera atendido como correspondía. La despensa permaneció a disposición del muchacho, que, después de

saciarse, volvió a su casa con viandas para todo el invierno, amén de una pequeña bolsa de monedas, suficientes para mantener a su familia una larga temporada.

Las preocupaciones políticas que habían llevado a Enneco hasta allí ahora le resultaban lejanas, por lo que rehuyó la conversación con el resto de los hombres, que se encontraban de nuevo reunidos en la gran sala central. Sólo Fortún acudió para acompañar a su hermano a la pequeña estancia privada donde Enneco se había refugiado. Aprovecharon aquellos momentos de intimidad para hablar de asuntos familiares, proyectos y deseos, así como de su madre, Onneca, que en breve regresaría a Tutila para seguir ocupándose de Musa, el menor de sus hijos.

Era noche cerrada cuando Enneco escuchó lo que llevaba esperando todo aquel largo día. Corrió hacia la alcoba que ocupaba su mujer y aguardó en la puerta, prudente y ansioso, deleitándose con el llanto de su tercer hijo tras la cerradura. Onneca debió de adivinar su presencia, porque de inmediato asomó su cara serena y sonriente y le anunció el nacimiento del primer varón de su estirpe.

Lo primero que hizo fue acudir a la alcoba que ocupaban sus hijas para darles la noticia y tranquilizarlas, pues imaginaba que estarían asustadas por la ausencia de su madre durante todo el día. Sólo Assona permanecía despierta, y Enneco percibió su alivio al saber que todo había ido bien y que al día siguiente podría conocer a su nuevo hermanito.

Los miembros de las dos delegaciones estallaron en vítores cuando Enneco entró en la sala y anunció el nacimiento. Uno tras otro felicitaron al dichoso padre, y se descargó la tensión que todos habían acumulado durante la jornada. En la mesa aparecieron jarras de vino especiado e hidromiel en atención a los invitados musulmanes, y se dio orden de vaciar las despensas. Alguien comenzó a tocar una especie de flauta de sonido agudo, al poco apareció un laúd, y la reunión de notables se transformó en una improvisada celebración. Fortún permitió la presencia de Musa en una ocasión tan especial, y el muchacho disfrutó de su primera fiesta entre aquellos hombres que por su edad le dedicaban su atención y sus bromas.

—¿Qué nombre vas a ponerle, Enneco? —gritó uno de los vascones, ya bastante alterado por efecto del vino.

—García —respondió.

—Pues levantemos las copas por él. ¡Por García Íñiguez! —bramó.

Todos alzaron los brazos.

—¡Y por el padre! ¡Por Enneco Íñiguez, el mejor..., conductor de trineos de Vasconia!

La sala estalló en carcajadas, pero Enneco hizo gestos para que callaran.

—Quiero que brindemos por mi esposa, Toda..., por las mujeres que han hecho posible que estemos aquí celebrando esta fiesta: por Onneca... y Gadea, la partera. ¡Y

por vuestras mujeres ausentes!

—¡Por todas las mujeres! —aulló uno de los comensales, entre el alborozo general.

Los representantes musulmanes se habían unido a la alegría de los vascones sin reservas, y sus jarras no sólo contenían aguamiel, sino que disfrutaban del buen vino elaborado por los habitantes del castillo. La mayoría procedían de familias autóctonas que habían adoptado el islam, pero el vino era un elemento cultural arraigado durante muchos siglos, y si bien no hacían ostentación pública de su consumo, no le hacían ascos en privado y cuando la ocasión lo requería.

El representante de Siya, reconocido y consumado poeta, con un familiar brillo en los ojos, se animó a recitar unos versos que se adaptaban muy bien al momento y que fueron muy celebrados.

La improvisada fiesta se prolongó hasta la madrugada, y poco a poco todos se retiraron a descansar.

Por la mañana se hicieron los preparativos para la marcha. Enneco y su familia permanecerían allí unos días más hasta que los caminos del norte quedasen expeditos y Toda y el pequeño estuviesen en condiciones de viajar, pero el resto de los jefes vascones regresaba sin más dilación.

A Fortún le inquietaba el estado de los caminos, aún cubiertos de nieve, pero el cielo se despejó a lo largo de la jornada, aumentó la temperatura y el deshielo progresó lo suficiente para anunciar la partida al día siguiente. Sabía además que, viajando hacia el sur, las dificultades por la nieve se reducirían.

Los jefes musulmanes estaban impacientes por iniciar el regreso, así que la despedida fue breve. Musa pasó las últimas horas con sus primas y con sus dos nuevos amigos, con los que había compartido su tiempo en los últimos días. Le entristecía abandonar Baskunsa, pero la perspectiva de repetir el viaje sobre su nueva montura era suficiente compensación.

—Siento no haberte prestado demasiada atención esta vez, Musa —le dijo Enneco—. Espero que regreses a pasar con nosotros una temporada como hacías años atrás...

—Yo también lo deseo, Enneco —respondió el muchacho con sinceridad.

—Puede que las cosas se compliquen en los próximos meses, pero la propuesta seguirá en pie —insistió con cierto tono de preocupación—. Nuestra madre se hace mayor, y sé que le gusta vernos juntos. Mientras tanto cuida de ella..., ¿lo harás?

—Sabes que sí—respondió Musa con gesto responsable.

Onneca se acercó a ellos.

—No sabes cuánto ha supuesto este viaje para mí, hijo —confesó a Enneco—. Llegué con dos nietos y regreso con tres. Sólo lamento no haber tenido oportunidad de ver a tu hermano.

—Estoy seguro de que su intención era presentarse aquí, pero el temporal ha debido de impedírselo.

—Yo también estoy segura. Dale un abrazo cuando regrese. Cuida de Toda, ha quedado muy débil. No emprendáis la vuelta hasta que se recupere.

—Descuida, madre. Estará bien cuidada.

Le tocó el turno a Fortún, y los dos hermanos se fundieron en un abrazo y, posiblemente para evitar emociones que ninguno quería demostrar, concretaron una vez más sus planes.

—Nos mantendremos en contacto permanente, intercambiando mensajeros ante cada novedad que surja —dijo Fortún.

—Y sin descuidar la leva y la preparación de los hombres. Debemos estar dispuestos ante cualquier imprevisto y armar a nuestras fuerzas. La situación es inestable en cuantas tierras nos rodean.

El grupo de musulmanes abandonó Baskunsa por el mismo camino que días atrás había seguido Enneco para llegar hasta Qasida en busca de Gadea. En esta ocasión hicieron breves paradas en cada una de las villas que atravesaban en su ruta para prevenir a los jefes locales y advertirles de una posible leva de hombres en los meses siguientes. Esa ruta les llevó a visitar más de una docena de castillos y ciudades de cierta importancia, lo que retrasó su vuelta a Tutila. Cruzaron el puente sobre el Uādi Ibru dos semanas después de su partida.

El asedio de Barsaluna se prolongó durante un año más, sin que Ludovico se decidiera a intervenir ni el emir de Qurtuba enviara fuerzas para romper el equilibrio militar. Sólo tras la deserción de Zado, el gobernador de la ciudad, el rey franco tomó la decisión de acudir para acabar definitivamente con el cerco, al frente de un ejército reforzado con tropas aquitanas, gasconas, provenzales y burgundas, a cuyo mando Ludovico había colocado a dos de sus jefes más experimentados: Rostaing, duque de Gerona, y Guillén, duque de Tolosa.

No tardó en llegar a Tutila un correo que advertía a Fortún de los movimientos de Ludovico, que había iniciado con sus tropas el camino hacia Barsaluna en el mes de abril, después de los rigores invernales. Ésa era la señal que los Banu Qasi esperaban para poner en marcha la maquinaria que habían engrasado durante el último año. Una

decena de jinetes partieron hacia todas las ciudades de su territorio con la orden de armar a sus hombres y dirigirse a un punto de concentración en las proximidades de Tutila. Las villas situadas en el camino hacia Banbaluna irían incorporando sus tropas al paso de la columna.

La actividad en la ciudad durante las semanas siguientes fue frenética. Los alrededores de la alcazaba eran un hervidero de nombres que se presentaban para cumplir con su obligación de servicio militar permanente, a los que se unían los voluntarios que se alistaban ante la perspectiva de un sueldo decente y una parte del botín. Aunque Tutila no era la ciudad más importante de la zona, Fortún había decidido utilizarla como punto de concentración por su estratégica situación junto al puente del río. Todas las huestes al sur del Uādi Ibru, las de Tarasuna, Al Burj, Askaniya o Al Faru atravesarían el río por allí. Sólo las de Arnit y Qala't al Hajar lo vadearían aguas arriba para reunirse con el grueso de las tropas cerca de Kabbarusho. El llano situado en la margen izquierda del río, entre el cauce y los bosques de Al Bardi, fue elegido como campamento temporal, en el que los recién llegados iban montando las tiendas con las que protegerse en las aún frías noches de primavera. Se destinó una amplia zona junto al río a albergar al creciente número de caballos, y a los cientos de mulas necesarias para transportar el diverso material de la columna. La cercanía del agua permitía abrevar con facilidad a las bestias, y los árboles de la ribera las protegían de la intemperie.

Fortún recibía en las dependencias de la alcazaba a los jefes militares que iban llegando, y mantenía con ellos continuas reuniones para coordinar el traslado de las tropas y la intendencia necesaria. La organización militar era similar a la del ejército cordobés. Fortún calculaba que podrían reunir unos cinco batallones de mil hombres, para los que contaba con cinco *qa'id,* nombrados entre los jefes militares de las ciudades más importantes de los Banu Qasi. Cada batallón se dividía en cinco grupos de doscientos hombres, al mando de un *naqib,* y éstos, a su vez, en cinco secciones de cuarenta hombres, encabezados por un *'arif.* Por último, cada sección estaba compuesta por cinco escuadras de ocho hombres, dirigidos por un *nazir.*

Durante el año anterior, los talleres de todo el territorio habían aumentado su producción de armas: miles de lanzas, hachones de doble filo, picas, mazas, escudos y arcos se almacenaron en los propios talleres o en las dependencias de las alcazabas, a la espera del momento de su reparto, y ese momento había llegado. Cada jinete tenía derecho, aparte del sueldo, a una cabalgadura, armas, alojamiento, gastos de alimentación, y atalaje y pienso para el caballo. El *sahib al 'ard,* encargado de la distribución de todas estas asignaciones, se encontraba al borde del colapso, y se le veía atravesando la alcazaba en una y otra dirección mientras repartía órdenes entre sus colaboradores. Él era el enlace entre los recaudadores de impuestos y la milicia. Una campaña como ésta consumiría gran parte de los recursos de los que disponían,

procedentes de la recaudación de los impuestos territoriales que pagaban todos los habitantes de las ciudades y aldeas y los tributos con los que eran gravados los mozárabes y los judíos a cambio de ver respetadas sus prácticas religiosas.

Musa y sus amigos tenían la sensación de estar viviendo algo irrepetible. A sus trece años nunca habían imaginado un despliegue como aquél, que para ellos resultaba un espectáculo fascinante. Se levantaban al amanecer y recorrían la ciudad deslumbrados por la actividad incesante que se desarrollaba ante ellos. Corrían hacia las puertas cuando alguien les advertía de la llegada de un grupo de soldados y salían a su encuentro en medio de una gran algarabía, para admirar un nuevo tipo de broquel en un caballo o la loriga especialmente trabajada del jinete.

Merodeaban alrededor de la alcazaba, en la que tenían prohibida la entrada, pedían a los soldados que les dejaran utilizar sus armas y se colaban en las improvisadas tabernas donde los hombres gastaban su soldada recién cobrada.

Ziyab demostraba un especial interés en todo cuanto resultaba novedoso, y a veces se separaba del resto del grupo, más interesado en armas, escudos y caballos, y se perdía entre los muchos comerciantes que habían llegado a la ciudad atraídos por la presencia del ejército, para curiosear entre mercaderías que nunca había visto antes.

Tampoco tenían permitido el acceso al gran campamento que se había formado al otro lado del río, lo cual probablemente acrecentaba su atractivo. Según Zahir, se trataba de una zona peligrosa, pues eran frecuentes las peleas entre soldados y las borracheras, y el ambiente no era el más apropiado para muchachos de su edad.

Sin embargo, hubo algo que les incitó a saltarse aquella prohibición: uno de los muchachos contó emocionado que alrededor de algunas tiendas especialmente frecuentadas cerca del río habían descubierto a mujeres ataviadas con vistosos y coloridos ropajes. A partir de aquel día, casi se turnaban en las guardias, escondidos entre los arbustos y el arbolado de la ribera, y se contaban unos a otros todo lo que habían visto.

—Seguro que es una *jarayaira* —dijo uno de los muchachos encaramado en una rama, cuando vieron salir de la tienda a una de las mujeres.

—Fijaos, lleva los ojos pintados con *alhínna* —añadió otro.

La mujer se dirigió a un grupo de soldados que parecían esperar algo, y después de intercambiar unas palabras entre risas y gestos voluptuosos, tomó de uno de ellos una pequeña bolsa y regresó al interior de la tienda. Tras un momento, uno de los hombres apartó la lona de la entrada y desapareció también en su interior.

—Adivinad lo que van a hacer ahí esos dos —dijo el muchacho de la rama.

Todos rompieron a reír en voz baja para evitar ser oídos por el resto de los soldados.

—¿Y si les espiamos?

—Si nos pillan nos matarán —advirtió Musa.

—Fijaos en ese arbusto. Llega hasta la tienda. Nadie nos verá.

Algunos de los muchachos se deslizaron por el borde del campamento entre la maleza, reptaron hasta llegar a la tienda y levantaron los bordes de la lona para curiosear en su interior. Aquel día Musa y sus amigos, inmersos en aquella concentración de gente en la que todas las actividades humanas tenían lugar, descubrieron con sus propios ojos lo que hacían hombres y mujeres a solas.

El primer día de Jummada al Awal, fue la fecha elegida para la partida de las tropas hacia el norte. Ya al amanecer se adivinaba una cálida mañana de primavera, y la ciudad entera se había echado a la calle para la despedida. Fortún, los jefes militares y todos los notables de Tutila y de las ciudades cercanas acudieron a la mezquita para la bendición de las insignias que colgarían de las lanzas y los mástiles. Desde allí fueron trasladadas por los jefes de cada unidad en un brillante desfile a caballo y a pie, que salió de la ciudad por la Puerta del Puente, atravesó el río y se dirigió a la gran explanada, donde esperaban las tropas formadas a ambos lados del camino. Cada uno de los *qa'id* se puso al frente de un batallón. El resto de las banderas, estandartes y banderolas se fueron distribuyendo al son de la estridente y rítmica música militar, hasta que cada hombre sujetó en el extremo de su lanza un distintivo de su unidad. La música cesó, y los *qa'id*, a caballo frente a sus batallones, iniciaron las arengas a los soldados.

Onneca observaba los preparativos desde la muralla norte de la alcazaba, subyugada por el espectáculo que se desarrollaba ante sus ojos. Envuelta en un ligero chal de lana para protegerse de la brisa del amanecer, contemplaba aquel mar de banderas de brillantes colores que esa misma brisa hacía ondear, los destellos de los correajes, los escudos y los petos repujados de hombres y monturas. Los soldados a pie se disponían junto al camino central a lo largo de una distancia considerable, mientras detrás de ellos, y superándolos en número, se removían inquietos cientos de caballos.

Nunca había tenido ocasión de contemplar algo semejante, y la emoción le producía un nudo en la garganta que le habría impedido articular palabra. Era una sensación difícil de explicar, mezcla del orgullo de ver a su hijo Fortún al frente de aquel despliegue, siguiendo el camino de su padre, y la honda preocupación por los riesgos que correrían aquellos hombres.

La víspera, la despedida de Fortún antes de dirigirse a la alcazaba para pasar la noche había sido un momento duro para todos. Ahora lo distinguía allá abajo, al otro lado del río, a caballo hacia la cabecera de la formación. Onneca sabía que Fortún vestiría para esa ocasión su mejor indumentaria de guerra, incluida la nueva cota de

malla que un comerciante había traído desde Qurtuba, ligera y flexible, que se adaptaba con facilidad al cuerpo. Sobre ella, la loriga de cuero lujosamente repujado y una brillante capa de tonos granas le daban un aspecto soberbio. Su montura había sido aparejada con una elegante silla y una adarga de cuero también repujado, y no desmerecía del jinete. Durante las jornadas de viaje se despojaría de semejante indumentaria, pero en aquel momento todo el ejército debía identificar inequívocamente al general de la tropa.

Fortún se dirigió al paso hasta el lugar donde lo esperaban los cinco *qa'id* a caballo y se colocó entre ellos frente a las tropas. Tomó su estandarte con el brazo derecho, y con voz potente dio la señal de partida mientras alzaba el mástil al cielo. Un rugido salió de inmediato de las gargantas de aquellos hombres, que elevaron al tiempo sus lanzas y estallaron en vítores.

La comitiva se puso en marcha con un grupo de jinetes en vanguardia. Le seguía el grueso de la tropa, protegida por los flancos por escuadrones de caballería, y a la zaga avanzaban la impedimenta con su escolta y un gran número de acompañantes encargados sobre todo de la intendencia.

Durante un tiempo considerable, el ejército maniobró para adoptar la formación en columna que les permitiera avanzar, y poco a poco fue perdiéndose en la lejanía hasta no ser más que una mancha de color, camino de los bosques de Al Bardi.

Musa había vivido la despedida con angustia. La agitación de los días previos y las andanzas con sus amigos habían conseguido mantener su mente ocupada, pero cuando se concretó el día de la partida, la desazón comenzó a abrirse paso. Lo que se desarrollaba ante sus ojos no eran sino los preparativos de una batalla que sin duda sería cruenta, y en la que iban a participar sus hermanos. Cabía la posibilidad de una rendición de la ciudad sin lucha, pero el muchacho tenía por seguro que ninguno de los tres rehuiría el enfrentamiento a muerte con Balask al Yalaski, el asesino de su hermano Mutarrif. Habría dado cualquier cosa por acompañar a Fortún, aunque hubiera sido como palafrenero, pero ni su hermano ni su tío Zahir habían siquiera considerado la posibilidad.

Aunque debía mantenerse en secreto hasta el último momento, Musa había conocido por su hermano la ruta que seguirían, por el valle del Aragun, los puntos de encuentro con el resto de los efectivos y los lugares de pernocta previstos. Tras superar Baskunsa, las tropas de los Banu Qasi continuarían hasta el pie de los valles pirenaicos, desde donde descendería Enneco al mando de los vascones para unir las dos milicias a las puertas de la villa de Lumbier. Banbaluna se encontraba a dos jornadas escasas de camino.

Musa calculaba cada día la posición que el ejército debería haber alcanzado y lo ubicaba mentalmente en el paisaje que él mismo había recorrido unos meses atrás.

También Onneca se mostraba inquieta, y su carácter habitualmente tranquilo y sereno se había tornado más irritable. Pensaba en Toda, en el pequeño García, que ahora contaría poco más de un año, y en sus dos nietas, Assona y Nunila. Si algo le sucedía a Enneco, los tres niños quedarían sin padre y Toda viuda en plena juventud..., exactamente en la misma situación que ella treinta años atrás. Trataba de desterrar de su mente todos estos pensamientos, concentrarse en la vida diaria, pero la misma zozobra la invadía una y otra vez. Entre las mujeres de Tutila había muchas madres y esposas de los combatientes que habían salido hacia Banbaluna, y a todas les proporcionaba cierto consuelo reunirse por las tardes en el *hammam* para compartir inquietudes y esperar juntas las noticias que no debían tardar en llegar.

Poco a poco Tutila había ido recobrando su aspecto habitual. Los mercaderes habían regresado a sus lugares de origen, volvían a funcionar las dos únicas tabernas con los mismos clientes de siempre y empezaban a desvanecerse las señales del paso por la ciudad de aquella pequeña invasión. En realidad, la actividad era menor de la habitual, porque muchos de los hombres jóvenes habían partido hacia Banbaluna, abandonando su trabajo en el campo, sus ganados o sus talleres.

Ziyab tenía poco tiempo libre para correrías: la carpintería de su padre era una de las pocas que continuaba abierta, y el trabajo se multiplicaba. Tampoco Musa tenía muchas ganas de diversión. Al atardecer, cuando Ziyab disponía de un rato de descanso antes de la cena, subían juntos a los muros de la alcazaba, ahora desierta excepto por la guarnición defensiva que había quedado en la ciudad, y desde allí oteaban el horizonte en dirección a Banbaluna, como intentando captar en el cielo alguna señal de lo que ocurría sesenta millas más al norte.

Transcurrió una semana completa, y Musa calculó que las tropas ya reunidas habrían alcanzado las puertas de Banbaluna. Si querían contar con la sorpresa para conquistar la ciudad, el ataque debía ser inmediato, de modo que las noticias no tardarían en llegar. El muchacho sabía que Balask no podría soportar un asedio prolongado, porque las defensas de la ciudad estaban arruinadas y los efectivos pamploneses no eran muy numerosos. Fortún y Enneco habían calculado bien el momento del ataque, ya que, en caso de necesidad, el gascón no podría obtener ayuda exterior: los francos luchaban en Barsaluna, y los asturianos se afanaban en la defensa frente a una aceifa enviada por el emir Al Hakam I contra sus tierras.

La falta de noticias empezaba a resultar incomprensible para Musa. No lograba concentrarse en ninguna actividad, y las noches se le hacían interminables, desvelado en la oscuridad. Recurrió a la única actividad que le servía para relajar los nervios en tensión: las largas cabalgadas a lomos de su caballo árabe, que se prolongaban hasta

que tanto jinete como montura quedaban extenuados. Durante el año que llevaban juntos, habían llegado a conocerse a la perfección, y *Baraka,* como le había bautizado, respondía a las órdenes de Musa de forma que daba la impresión de que se adelantaba a sus deseos. Pasaba largos ratos secándolo tras las salidas y cepillándolo a conciencia.

Cada día se alejaba un poco más de Tutila, y cada día demoraba un poco más la vuelta, con la esperanza de encontrar a su regreso al mensajero que debía traer las noticias que ansiaban. Pero, cada día, al llegar a la Puerta del Puente, el guardia apostado allí le indicaba con un gesto que no había novedad.

—No soporto más la incertidumbre, Ziyab —confió Musa a su amigo la tarde en la que se cumplían once días desde la partida de su hermano.

—Te entiendo —respondió el muchacho—. Debe de ser muy duro.

—Tengo que hacer algo, no puedo quedarme aquí de brazos cruzados. Me voy a volver loco.

—Vas a salir en busca de noticias, ¿verdad?

—Debo hacerlo. Son ya doce días, Ziyab. Algo tiene que haber salido mal. Debo ir y traer yo mismo las noticias, sean buenas o no. Sé que Onneca y Zahir no lo aprobarían, pero su ansiedad es igual que la mía. Debo hacerlo.

—¿Al amanecer?

Musa movió afirmativamente la cabeza.

No durmió. Antes de la primera llamada a la oración, aún noche cerrada, salió de la casa con un pequeño fardo a cuestas y se dirigió a las caballerizas, donde le aguardaba *Baraka*. Ensilló al animal y lo condujo de las riendas hasta la calle. El choque de las herraduras contra la piedra del suelo resonaba en el silencio nocturno, y Musa no comprendía cómo los vecinos no se asomaban a las terrazas para pedir silencio. No debía de ser tanto el ruido, porque nadie dio señales de vida, y avanzó sin contratiempos hasta la Puerta del Puente, abierta ya para los hortelanos más madrugadores. Se disponía a atravesarla, cuando el guardia cruzó su lanza ante él impidiéndole el paso.

—No son estas horas adecuadas para que un niño recorra las calles.

—Debo salir, es importante —respondió Musa.

—¿Tienes el permiso de tu tío Zahir?

—No estaría aquí si él lo supiera.

—Vuelve a casa Musa, no puedo dejarte salir.

—Esperaré a que amanezca.

—No es eso, Musa. No puedes salir de la ciudad sin permiso de uno de tus mayores.

—¿Quién va? —inquirió de repente el *'arif* de la guardia, molesto por las voces que sin duda le habían despertado.

Era el mismo que día tras día había movido la cabeza en señal de negación ante la falta de noticias de Banbaluna.

—Vas en busca de tu hermano, ¿no es cierto? —Enarcó las cejas en un gesto propio de quien se enfrenta a algo que espera pero que no le agrada.

—Voy en busca de las noticias que no llegan.

El guardia se pasó la mano abierta por la cara mientras reprimía un bostezo.

—Te entiendo, Musa..., yo tengo dos hermanos menores en Banbaluna.

Miró al muchacho durante un instante, pensativo, y al final tomó una decisión:

—Dejémosle pasar —dijo dirigiéndose a su compañero.

—Como quieras, tú mandas —contestó el otro.

—Decid a mi madre que sólo voy en busca de noticias. Estaré de vuelta en cuanto pueda, y aseguradle que no voy a colocarme en ninguna situación de peligro.

—¿Lo sabe alguien más?

—Sí, Ziyab, el hijo del carpintero.

—Entonces dejaremos que se lo diga él. Nosotros no te hemos visto salir.

Musa tomó a su caballo de las riendas y atravesó la puerta que daba al río. Cruzó el puente a pie, notando cómo las vigas de madera temblaban por la fuerza de la corriente. Hacia el este se adivinaba ya la primera claridad del día. Al llegar a la altura del humilladero, saltó sobre la silla y emprendió la marcha hacia el norte.

Durante los dos días siguientes no le faltó un jergón de paja donde descansar ni una escudilla de comida caliente en las aldeas que atravesó. Cuando le preguntaban por su identidad y descubrían que era el hermano menor de Fortún, e hijo de Musa ibn Fortún, las puertas se le abrían y se le prodigaban toda clase de atenciones. La inquietud era general en las aldeas, porque de todas habían partido los mejores hombres para luchar en Banbaluna, y en todas extrañaba la tardanza en recibir noticias. Pasó su segunda noche en el castillo de Kabbarusho, villa en la que se habían unido a Fortún las tropas de Qala't al Hajar y Arnit, según relataron sus habitantes. Pero de eso hacía ya once días.

A partir de ese punto Musa debía separarse del cauce del río Aragun y de la ruta que había seguido el ejército para acudir al encuentro de Enneco, pero desconocía la dirección que debía tomar. Las indicaciones que recibió le pusieron de nuevo en camino hacia el norte, en busca de la villa de Ulit. Una vez más, reemprendió la marcha al amanecer, pero el tiempo había cambiado y sobre la sierra que se recortaba en el horizonte habían surgido negros nubarrones que anunciaban lluvia a lo largo de la jornada. Decidió aligerar el paso, negándose a considerarlo un mal presagio, pero durante la mañana le resultó difícil deshacerse de esa sensación. No debía pasar mucho de mediodía cuando Musa alcanzó a ver los muros de la pequeña villa. Había empezado a caer una lluvia ligera que le obligó a colocarse la capa engrasada, pero,

cuando llegó ante las puertas de la aldea, la llovizna se había convertido en un pequeño aguacero, y quizá por ello no le extrañó encontrar casi desiertas las calles que atravesaba. Los guardias le habían indicado la dirección que debía seguir hasta la pequeña fortificación situada en el centro de la villa, donde esperaba recibir noticias y quizás alojamiento.

Había desmontado y caminaba con las riendas en la mano tratando de orientarse. Se encontraba en la que parecía la calle principal, que por su longitud debía cruzar Ulit de puerta a puerta. Allí no había nadie a la vista, pero en el extremo opuesto se percibía movimiento. Siguió calle adelante, y vio a varias personas que, con paso apresurado, salían de los portales protegiéndose de la lluvia con cualquier cosa, avanzaban unos codos y se perdían tras una esquina que se abría a la plaza, situada a la derecha de Musa. Avanzó hacia ese punto escuchando un murmullo de voces cada vez más audibles y se encontró en un espacio rectangular y amplio en el que confluían varias calles. Por todas ellas accedía gente que se dirigía hacia el fondo de la plaza, donde se abría la puerta de la fortificación. Musa, intrigado, tomó la dirección que seguía la muchedumbre y preguntó a un anciano que caminaba a su lado:

—¿Qué ocurre allí dentro? ¿Por qué os dirigís todos allí?

—Han llegado dos mensajeros. Parece que hay noticias de Pampilona.

A Musa le dio un vuelco el corazón. De repente se dio cuenta de que llevaba un caballo de las riendas, y que no podía moverse con él. En aquel momento habría sido capaz de abandonarlo, pero a su derecha vio una fuente de piedra con un abrevadero, junto al que había un poste para sujetar a los animales. Se dirigió hacia él lo más rápido que pudo y dejó a *Baraka* bien atado, sin preocuparse del fardo que seguía colgado de su flanco. Corrió hacia la puerta sorteando a quienes acudían, como él, en busca de noticias. Comenzó a subir las escalinatas que convergían en un elevado arco de piedra, pero ya la multitud se agolpaba y resultaba imposible avanzar más. Por encima de las cabezas pudo observar que en el pequeño patio interior un oficial, elevado por encima del gentío, trataba de hacerse oír.

—¿Qué dice? —gritó una mujer junto a él.

—¡Silencio! —exclamó otra.

—¡Desde aquí no se oye!

Musa estaba desesperado. Trató de abrirse paso hacia la puerta, pero a sus trece años era ya un muchacho corpulento, de modo que no le resultaba fácil meterse entre los huecos sin recibir los codazos y empujones de aquellos a quienes trataba de apartar. Lo intentó agachado, entre las piernas de los demás, y logró avanzar unos codos por la escalinata justo hasta la puerta misma. Cuando se puso en pie y asomó la cabeza entre las demás, el oficial había conseguido imponer un poco de silencio en el interior del recinto.

—... y después de tres días..., la ciudad..., vascones..., huyó hace dos noches...

—¿Qué ha dicho? —se oyó gritar a sí mismo.

Un hombre de unos cincuenta años que tenía delante se volvió.

—Han tomado Banbaluna, y Velasco ha huido, muchacho.

A Musa le temblaban las piernas. Tenía que hablar con aquellos hombres que venían de Banbaluna, fuera como fuese. Poco a poco las noticias se transmitieron de unos a otros, y la aglomeración inicial fue disolviéndose para dejar paso a la formación de corrillos en los que se comentaban los acontecimientos. Había quien insistía en pedir información sobre sus familiares, pero los mensajeros desconocían esos detalles. Tan sólo relataron que no se había producido una batalla abierta, y que las bajas no habían sido numerosas en ninguno de los dos bandos. Aquellas noticias tranquilizaron en buena medida a Musa, pero tenía que averiguar qué había sido de su hermano.

El oficial se retiró hacia el interior del edificio, a través de una pesada puerta de madera, que quedo flanqueada por dos guardias con la espada desenvainada. Musa se acercó a ellos y se identificó:

—Soy Musa ibn Musa, hermano de Fortún ibn Musa, el caudillo de los Banu Qasi. Busco noticias de mi hermano.

Los guardias, atentos a la multitud que aún se arremolinaba frente a la puerta, le dirigieron una mirada de soslayo.

—¡Por favor! Debo entrar, necesito hablar con los mensajeros.

—¡Lárgate, muchacho! Ya tienes edad para dejarte de juegos.

Musa comprendió que no tendría muchas posibilidades con aquellos hombres toscos y poco dados a las palabras.

Se acercó de nuevo, pero siguieron sin prestarle atención, así que se lanzó al suelo entre los dos hombres, se puso en pie de un salto y empezó a correr hacia el interior del edificio. Uno de los guardias le siguió de inmediato, pero Musa le llevaba varios codos de ventaja. Durante un instante trató de decidir qué puerta empujar y optó por la más grande, al fondo del zaguán. Se abalanzó contra ella, la abrió violentamente y se plantó en el centro de una sala repleta de hombres que lo miraban perplejos.

¡Soy Musa ibn Musa! —gritó el chico—. ¡Hermano de Fortún!

—¡Que lo expulsen de inmediato! —aulló el que parecía ostentar la autoridad.

Tres guardias entraron al instante y sujetaron a Musa de los brazos con brusquedad. Comenzaron a arrastrarlo hacia fuera, mientras el muchacho se debatía.

—¡Soltadme! —bramó.

—¡Un momento! —dijo uno de los hombres. A juzgar por el estado de su atuendo y de su aspecto general, debía de ser uno de los jinetes que acababan de llegar a Ulit —. ¡El muchacho dice la verdad!

Musa se había vuelto sorprendido, y se topó con el rostro de uno de los oficiales

de la guarnición de Tutila, uno de los mejores jinetes, con el que había compartido sus prácticas de monta años atrás. También el otro mensajero era de Tutila.

—Es el hermano de Fortún ibn Musa.

—¡Soltadle! —ordenó el *'amil*—. ¿Cómo has llegado aquí, muchacho?

Musa relató en pocas palabras su búsqueda de noticias mientras se acercaba a los dos jinetes.

—¿Qué noticias hay de mi hermano?

El oficial sonrió.

—Tranquilo, Musa, no tienes nada que temer. Ha habido bajas en nuestras filas, pero no pasan del centenar. Tu hermano está entero, y envía saludos para su familia en Tutila. Veo que te has adelantado —dijo riendo.

—No podía soportar más tiempo la incertidumbre.

—Hemos hecho un alto en Ulit para descansar a los caballos, reponer fuerzas y secar nuestras ropas, pero partimos de inmediato hacia Tutila.

—Entonces regreso con vosotros.

—¿Con quién has venido hasta aquí?

Musa levantó las cejas y movió la cabeza en señal de negación.

—¿Quieres decir que has venido solo desde Tutila?—exclamó perplejo el soldado —. ¿Sin el permiso de tu tío Zahir?

Musa inclinó afirmativamente la cabeza esta vez.

—De la misma pasta que tu hermano... —El soldado le revolvió el cabello—. Puedes estar tranquilo, la situación en Banbaluna está controlada. Tus hermanos se han instalado en la fortaleza y están organizando la defensa de la ciudad. Supongo que el grueso de las tropas Banu Qasi regresará de inmediato y Enneco se hará cargo del gobierno.

Musa acompañó a los dos mensajeros a las cocinas y, liberado de la angustia que lo atenazaba, comió junto a ellos con avidez. Aún quedaban varias horas de sol, de modo que salieron de inmediato en dirección a Tutila.

El camino era largo, y emplearon a fondo a sus monturas. *Baraka* respondió a la perfección al esfuerzo, y alcanzaron de nuevo Kabbarusho antes del anochecer. Durante el descanso, los dos jinetes tuvieron ocasión de explicar a Musa los detalles de la toma de Banbaluna.

—En los campamentos no se comenta otra cosa, Musa. Tanto Fortún como Enneco han causado admiración por el arrojo y el valor que han demostrado. Han sabido conducir a sus hombres y han reforzado su prestigio.

—¿Sabes cómo llaman a Enneco? —intervino el otro.

Musa negó con la cabeza.

—Ya empezaba a ser conocido con el sobrenombre de Arista[6] entre los vascones, pero después de esta campaña, el apodo se ha extendido entre las tropas. Ya todo el mundo se refiere a él como Enneco Arista.

Musa sonrió. Encajaba con la personalidad de su hermano.

—¿Y Balask?

—Huyó con sus fieles. Pero ayer circulaban rumores de que había solicitado el perdón y el regreso a Banbaluna. Eso te lo tendrá que confirmar Fortún a su vuelta.

Al atardecer del día siguiente, avistaron en la distancia el torreón de la alcazaba de Tutila. Conforme se aproximaban, la impaciencia se iba apoderando de Musa. Sabía que su madre estaría angustiada, sin noticias de ninguno de sus hijos. Alguien, sin embargo, había avisado de su llegada, porque al alcanzar el puente unos cuantos muchachos ya cruzaban hacia ellos, sin darles tiempo a apearse. Esta vez no iban a tener oportunidad de llegar a la alcazaba, porque un río de gente salía ya por la puerta del Ibru.

Musa dejó que los dos soldados se ocuparan de informar a todos, y sin bajar del caballo atravesó el arco de entrada a la ciudad. Bordeó la muralla para evitar a los transeúntes que corrían hacia el río y ascendió hacia la alcazaba. Al enfilar la calle que conducía a la casa familiar vio a Onneca. Avanzaba hacia él todo lo rápido que le permitían sus ropas, que se sujetaba con ambas manos por encima de los tobillos. Musa bajó del caballo de un salto, y corrió hacia su madre, hasta fundirse con ella en un abrazo casi violento.

Musa conocía bien la urgencia que su madre sentía por saber, así que no dejó pasar ni un segundo antes de hablar:

—Todo ha ido bien, madre. Enneco y Fortún están sanos y salvos.

Sintió cómo toda la tensión que Onneca le transmitía se aflojaba en un instante, y la mujer rompió a llorar con un llanto sordo, liberador, agradecido. A Musa se le hacía muy difícil articular palabra, pero la premura por contárselo todo le obligó a continuar:

—Han tomado Banbaluna, madre. Enneco se ha instalado en la capital de los vascones.

—Enneco... —musitó—. ¿Y Fortún?

—Con él, pero parece que volverá pronto con las tropas.

—¿Hubo batalla?

—Sí, pero no debió de ser un enfrentamiento abierto. Los mensajeros hablan de tan sólo un centenar de bajas.

—Pobres madres —dijo Onneca para sí, en tono quedo.

—¿Dónde está Zahir?

—En la alcazaba. Ve rápido, lleva días sin dormir y apenas come. Quiero que le des tú la noticia.

A Zahir lo encontró serio y tenso. Las novedades supusieron para él un enorme desahogo, y abrazó al muchacho con efusividad, pero aun así Musa percibió una cierta reserva. Sin embargo, Musa olvidó pronto cualquier inquietud. La ciudad hervía, se formaban corrillos en cualquier esquina y la casa familiar recibió esa noche decenas de visitas en busca de noticias.

Fue a la mañana siguiente cuando Onneca dijo a Musa que Zahir quería verlo en las dependencias de la alcazaba.

Rodeó el muro del pequeño castillo hasta la puerta de entrada al recinto y preguntó por su tío. Lo halló en una sala sin puertas del piso alto, ante una gran mesa cubierta de pergaminos apilados en varios montones, junto a otros muchos enrollados y sujetos por cintas. Se encontraba haciendo alguna anotación, porque en su mano sostenía un pequeño cálamo, que depositó con cuidado en la mesa al entrar Musa.

Zahir le saludó y señaló un pequeño taburete frente a la mesa.

—Dice Onneca que querías hablar conmigo.

—Sí, Musa. Lo habría hecho ayer, pero no hubo oportunidad.

Zahir guardó silencio durante un minuto. Parecía pensar por dónde empezar.

—¿Ocurre algo? —preguntó el muchacho, que comenzaba a inquietarse.

—Mira, Musa, voy a tratar de ser claro contigo. Tienes ya trece años, y estás a punto de convertirte en un hombre. Es hora de que empecemos a ponerte al tanto de algunas de tus responsabilidades. No perteneces a una familia cualquiera, ya lo sabes. Tu bisabuelo, el conde Casio, ya gobernaba estas tierras hace cien años, en la época de los visigodos, antes de viajar a Damasco y convertirse al islam. Y antes que él sus abuelos eran los condes de este valle. Desde entonces nuestra familia ha ejercido el gobierno de estas tierras, y ello a veces nos ha costado un alto precio, que hemos tenido que pagar incluso con la vida..., como tu padre o tu hermano Mutarrif.

Zabir hizo una pausa para que sus palabras calaran en el muchacho.

—Cuando murió tu padre, poco antes de que tú nacieras, yo asumí vuestra tutela, tal como habíamos acordado él y yo. No soy hombre de armas, pero he procurado que vuestra formación os permitiera asumir la defensa de vuestro pueblo. Y visto lo que acaba de ocurrir en Banbaluna parece que he cumplido bien mi cometido. Ahora es Fortún el que lleva esa carga sobre sus espaldas..., y después estás tú.

Zahir se levantó y comenzó a andar por la estancia. Le resultaba más fácil mantener el hilo de su razonamiento mientras caminaba.

—¿Te has preguntado lo que ocurriría si tu hermano Fortún muriera ahora?

—¿Por qué tendría que morir Fortún?

—Te lo pregunto de otra manera: ¿has pensado lo que habría ocurrido si Fortún hubiera caído en Banbaluna?

Musa se encogió de hombros, negando con el gesto.

—Nuestra familia ha regido estas tierras durante generaciones y goza de aprecio y prestigio entre su gente. Al morir tu padre, nadie cuestionó el liderazgo de los Banu Qasi, y cuando Mutarrif alcanzó la mayoría de edad, asumió con naturalidad su papel.

—Pero hasta entonces habías sido tú el *'amil*—dijo Musa.

—No te niego que yo he intentado todos estos años gobernar con justicia y mantener las arcas llenas, sin oprimir en demasía a nuestra gente. La vida que llevamos, la modestia de nuestra casa..., hacen que nos vean como uno de ellos, y se nos respeta. Fortún se ha convertido también en un gran jefe militar, lo que reforzará en gran medida su autoridad a partir de este momento. Ha concluido el periodo sin un líder fuerte que se abrió con la muerte de tu padre. Pero vuelvo a la pregunta que te he hecho, Musa, y que me angustia. ¿Y si Fortún muere? Sabes que tú estás llamado a sucederle.

Musa veía ahora la silueta de su tío recortada contra la ventana, de espaldas a él.

—Debes empezar a asumir tus responsabilidades, Musa. Hasta ahora has actuado como el niño que eras, pero tu última acción, viajar solo hasta Ulit sin nuestro permiso, ha puesto en riesgo tu vida. ¡Debes empezar a controlar tu arrojo, muchacho!

Zahir pronunció la última frase con dureza, y Musa captó la seriedad de la advertencia.

—Sabía que no me permitirías marchar —se excusó.

—Ese mismo día salió una columna hacia Banbaluna, con jinetes expertos y escolta suficiente. Un jinete sin escolta está expuesto a cualquier contratiempo, y lo sabes. Empiezo a conocer tu carácter decidido e impulsivo, pero es algo que vas a tener que aprender a controlar. —Se volvió hacia el muchacho—. Espero que no se vuelva a repetir.

Musa había bajado los ojos, con expresión grave. No había recibido una reprimenda así desde los acontecimientos del rio dos años atrás. Su tío se acercó a él.

—Sin embargo, quiero que sepas algo más... —Tomó la barbilla del chico y le obligó a alzar su mirada hacia él—. Estoy orgulloso de ti, muchacho.

Capítulo 4

Año 802,186 de la hégira

El regreso de las tropas de los Banu Qasi a Tutila fue acogido con alborozo por sus habitantes y por muchos visitantes de las villas cercanas, que se acercaron para participar en la celebración. Antes de disgregar las fuerzas que debían dirigirse a sus respectivas ciudades, Zahir se ocupó de preparar un desfile en la *musara,* junto al Uādi Qalash, que resultó especialmente brillante. A Musa le resultaba imponente el paso marcado por los soldados al ritmo de aquella música militar que, según su tío, se tocaba desde el retorno de Casio de Damasco, donde había quedado impresionado por su sonoridad y belleza.

Tras el desfile se celebró una ceremonia religiosa en la que fueron devueltos a la mezquita las banderas y estandartes que habían colgado de los mástiles y las lanzas durante la toma de Banbaluna.

Aquellos días, Zahir comprobó con satisfacción cómo sus previsiones respecto a Fortún se hacían realidad. Los oficiales adoptaban ante él una actitud de consideración y respeto que antes no existía, y durante el desfile fue repetidamente aclamado de forma espontánea por los soldados y las gentes que contemplaban el espectáculo. La actitud de los *'amil* del resto de las ciudades también había cambiado, pues incluso pedían su opinión y su permiso antes de tomar decisiones con sus hombres.

Fortún abandonó la residencia familiar y se trasladó a la alcazaba, donde comenzó a ponerse al corriente de los asuntos de la administración de la ciudad de la mano de Zahir.

Durante aquel año siguieron llegando noticias procedentes de Banbaluna: Balask había contado con el apoyo de una parte de los habitantes de la ciudad, partidarios como él de un pacto con los francos. Era cierto que, tras su derrota, el gascón había solicitado el perdón para sus seguidores y el permiso para regresar a Banbaluna, donde poseía importantes propiedades e intereses. Y Enneco, por razones que Musa no llegaba a comprender, había aceptado. Se había asegurado de que su oponente firmara un documento en el que se comprometía a no desarrollar ninguna actividad contraria a los intereses de Enneco so pena de perder todos sus bienes y ser expulsado de la ciudad con su familia y sus seguidores. En el pacto se destacaba la prohibición expresa de mantener cualquier tipo de contacto con Ludovico o con su padre, Carlomagno, recién nombrado emperador por el papa León III.

Enneco se había trasladado a la ciudad con Toda, Assona, Nunila y el pequeño García, que tenía ya dos años de edad. Fortuño Íñiguez les acompañó, deseoso de

desenvolverse en un ambiente menos rústico, y allí continuó llevando una vida más autónoma, pues no recaía sobre él la carga de la primogenitura ni las obligaciones como jefe del clan.

Las noticias que llegaban a Tutila desde Saraqusta, en cambio, seguían siendo preocupantes. La ciudad, al mando de Bahlul ibn Marzuq, continuaba declarada en rebeldía, y los impuestos recaudados no llegaban a Qurtuba, lo que garantizaba la intervención del emir tarde o temprano. Ésa era la preocupación de Zahir y de Fortún: poner la Marca Superior en el punto de mira del ejército cordobés siempre resultaba peligroso, y ni el emir Al Hakam I, ni su general Amrús ibn Yusuf, se caracterizaban por los escrúpulos o por reparar en medios a la hora de defender los intereses del emirato.

Ahmed, el pariente de Zahir, sirvió durante aquel año como enlace de los Banu Qasi con Saraqusta y les mantenía al corriente de los acontecimientos a través de sus visitas periódicas a la ciudad.

Fue en los primeros días del invierno siguiente cuando llegaron las noticias que confirmaban sus temores. Era víspera del viernes de oración, y Fortún se encontraba en el *hammam* junto a varios oficiales de la guarnición. También en esto se había notado su cambio de estatus tras la toma de Banbaluna: antes de acudir a los baños, enviaba a un mozo para advertir al encargado, el cual se ocupaba de desalojar a los clientes discretamente, y Fortún disponía del *hammam* para tratar los asuntos de la administración con cierta discreción mientras tomaba el baño con sus hombres de confianza.

Aquel día, un soldado de la guardia se presentó a la puerta del *hammam* con el aviso de que un mensajero y su escolta acababan de llegar, según decían procedentes de Qala't Ayub, con el encargo de ponerse en contacto con el jefe de los Banu Qasi.

Los hicieron entrar de inmediato. El mensajero traía un rollo de pergamino que tendió hacia Fortún, pero sus manos estaban mojadas y tenía el cuerpo cubierto de *sabun.*

—Supongo que conoces el contenido del pergamino...

Era habitual que los mensajeros aprendieran de memoria el mensaje que trasladaban, para asegurar el éxito de su cometido aun en caso de robo o deterioro.

—El ejército del emir avanza en dirección a Saraqusta, al mando del general Amrús ibn Yusuf. El emir le ha nombrado gobernador de toda la Marca Superior y le ha concedido plenos poderes para actuar bajo su propio criterio. Según los informadores llegados desde Qurtuba, Amrús dispone de todos los hombres y los fondos que considere necesarios para alcanzar el control de Saraqusta y de toda la Marca.

—¿De toda la Marca, dices?

—Ésas son las noticias, *sahib*. Parece que sus órdenes son no detenerse en Saraqusta.

—¿Dónde se encuentra el ejército?

—Cuando salí de Qala't Ayub hace dos días, la información provenía de Tulaytula, donde se encontraba Amrús. Desde allí hasta Qala't Ayub hay cuatro jornadas a caballo y siete a pie. Por tanto, calculo que llegará dentro de uno o dos días, quizá más si el ejército es grande o el tiempo no es bueno. Y desde Qala't Ayub a Saraqusta hay más de una jornada.

—Cuatro o cinco días más de camino —aventuró Fortún mientras apartaba al mozo que le aclaraba con agua tibia. Se levantó cubierto sólo con el *mi'zar*, el pequeño paño utilizado para el baño, y salió en dirección al guardarropa, donde el encargado ya le tendía una toalla de tela.

—¿Alguna orden, *sahib*? —preguntó el mensajero.

—No, puedes descansar. Quedaos y tomad un baño. Después de dos días de viaje, creo que lo necesitáis —dijo arrugando la nariz con gesto burlón—. Los demás nos veremos en la alcazaba tras la oración de la tarde.

Una docena de jinetes, que debían alcanzar su destino antes de acabar el día, salieron de Tutila por sus cuatro puertas poco después de que Fortún llegara a la pequeña fortaleza. Convocaba de nuevo a los notables para una asamblea que se celebraría dos días después. Quizá los caudillos de los lugares más lejanos, como los de Al Bayda y Baqira tuvieran dificultades para acudir, pero no había tiempo que perder. Siempre podrían enviar a un representante más joven capaz de cabalgar durante todo el día y que hiciese uso de la posta de Qala't al Hajar, situada a medio camino. Afortunadamente, Ahmed ya se encontraba en Tutila en una de sus periódicas visitas.

Durante la tarde siguiente fueron llegando los jefes de las villas cercanas: Tarasuna, Al Hamma, Al Burj, Al Faru, Arnit, Qala't al Hajar, Siya, Balterra, Kabbarusho...

La mayor parte de ellos no se habían visto desde la conquista de Banbaluna, y tras la cena continuaron la velada en la alcazaba, donde conversaban animadamente, sentados en los cómodos divanes que Fortún había hecho instalar en una de las salas.

Zahir había llamado a Musa y, ante el estupor del muchacho, le pidió que asistiera a la reunión, pues debía ir conociendo al resto de los Banu Qasi y tomando contacto con los asuntos de gobierno. Musa, un tanto cohibido, se sentó en un extremo de la sala y se dispuso a escuchar con atención.

—Os presento a mi primo, Ahmed ibn Qasi, aunque creo que la mayoría ya lo

conocéis —dijo Zahir—. Tenemos suerte de contar con su presencia, porque se trata de un hombre extraordinario, gran viajero y siempre interesado por conocer cuanto sucede a su alrededor. Algunos de vosotros recordaréis el relato que nos hizo sobre la rebelión de Bahlul ibn Marzuq, que ahora domina Saraqusta. Creo que esta noche podrá utilizar su conocimiento para hablarnos sobre Amrús, el nuevo gobernador de la Marca, con quien coincidió durante uno de sus viajes a Tulaytula..., ¿no es así, Ahmed?

—Así es, Zahir. Hace unos años tuve oportunidad de viajar hasta la antigua capital de los visigodos, la Toletum de los romanos, la que nosotros conocemos como Tulaytula. Un año antes de mi llegada, habían tenido lugar en la ciudad hechos gravísimos, cuyo protagonista no fue otro que Amrús ibn Yusuf, el muladí de Uasqa, a quien el emir Al Hakam había enviado allí para sofocar los continuos levantamientos de sus habitantes.

—Como ahora ha sido enviado contra Saraqusta... —interrumpió el *'amil* de Al Burj.

—Así es, mi buen amigo —asintió Ahmed—, aunque esperemos que los sucesos no se repitan..., por el bien de todos.

—Creo que deberías ponernos al corriente, Ahmed —intervino Zahir—. Por lo que sé, el relato puede ser muy ilustrativo para comprender con quién nos las hemos de ver.

—Algunos de vosotros conocéis mi afición a las letras y a registrar sobre el pergamino los acontecimientos que nos toca vivir. Por eso cuando llegué a Tulaytula mantuve conversaciones con algunos de sus habitantes, para tratar de reconstruir de la manera más fiel posible lo que allí había sucedido en los últimos años. Me llevó varios días reflejarlo en el pergamino, pero os lo cuento tal como lo recuerdo.

»Sabréis que Tulaytula es una ciudad situada sobre una colina y rodeada en gran parte por el Uādi Tadjo, que discurre encajonado a sus pies. La dificultad del acceso y la solidez de su fortaleza la hacían casi inexpugnable, así que los toledanos se sentían seguros y con fuerzas para desligarse de la autoridad del emir. En esta ocasión siguieron a un agitador llamado... —dudó— Ubayd Allah y se declararon una vez más en rebeldía.

»El emir Al Hakam, hastiado de las rebeliones en Tulaytula, decidió emplear un ardid contra ellos, y llamó a Amrús ibn Yusuf, que ya en Saraqusta le había prestado buenos servicios. Una vez en Qurtuba, el emir le confió en secreto su plan. Esperaba que los toledanos se inclinasen hacia Amrús por motivo de su condición de muladí, como la mayor parte de ellos. Lo nombró gobernador de Tulaytula y, para conseguir la aceptación de los habitantes, les envió una carta que tuve ocasión de sostener en mis manos durante mi visita. Más o menos decía:

»"He escogido a uno de los vuestros, con quien reposarán vuestros corazones,

eximiéndoos de la presencia de nuestros agentes, a quienes siempre aborrecéis. Reconoced pues el favor que supone nuestra decisión con vosotros y nuestro deseo de agradaros, y obrad rectamente con vuestro hermano Amrús, pues no tenéis excusa para aborrecerlo y perjudicarlo."

—¿Y fue aceptado? —preguntó un joven oficial.

—Ciertamente. Su designación los tranquilizaba, y además Amrús los trató bien, dio curso a sus esperanzas y pudo regirlos correctamente. Pero en secreto siguió informando al emir de la preparación del ardid que tramaba contra ellos.

—¿Qué ardid fue ése? Nos tienes intrigados, Ahmed —apremió el mismo joven.

—Amrús fue ganándose poco a poco su confianza. Se reunía con los cabecillas de las revueltas y les sugería que coincidía con ellos en la desafección a los omeyas y en el desagrado que causaba su autoridad, y que, cuando tuviese garantías de sus intenciones, se pondría de su parte.

Ahmed hablaba con una voz grave y pausada que resultaba agradable a quienes lo escuchaban, y la riqueza de su lenguaje era propia de un hombre cultivado. Dominaba bien el arte de la palabra y en cierto modo disfrutaba comprobando cómo la atención de todos aquellos hombres seguía centrada en su relato, así que siguió adelante.

—Pasado algún tiempo, cuando comprobó que la confianza y la tranquilidad que les inspiraba eran suficientes, reunió a los cabecillas. Les dijo que había estudiado las causas de las disputas que constantemente surgían entre ellos y los hombres del emir, y que había concluido que no era sino consecuencia de la convivencia y el trato con la guardia, que abordaba a sus mujeres e hijas. Así que le parecía conveniente construir una alcazaba junto a la ciudad, donde instalaría a toda la guardia y a las personas del entorno del sultán, de manera que quedaran aisladas y ellos estuvieran a salvo de sus abusos.

»Los toledanos aceptaron a condición de que levantara la alcazaba en el centro de la ciudad, y escogieron la meseta hoy conocida como Yabal Amrús. Se trazaron los planos de una fuerte ciudadela en cuyo centro Amrús ordenó excavar un espacioso foso que decidió no colmar hasta acabar la obra.

»Se trasladó junto a la tropa al nuevo alcázar desde la antigua sede de gobierno, y reunió allí cuanto antes tenía disperso, todo ello con conocimiento y designio del emir Al Hakam.

»Así siguieron las cosas durante algún tiempo, y entonces entró en la trama el emir. Con la excusa de una supuesta insurrección en la Marca Superior, Al Hakam I aparentó intranquilizarse y se apresuró a enviar un ejército numeroso, acompañado por cierto número de visires, alcaides, y por su hijo Abd al Rahman, que ya había dado alguna prueba de casta a pesar de su juventud.

»A1 pasar por Tulaytula, Abd al Rahman no hizo por entrar en ella, sino que acampó al este, en un lugar llamado Maharis, donde recibió supuestas noticias de la

Marca de que había desfallecido el empeño del enemigo en atacar terreno musulmán, y que Allah le libraba de tal cuidado, de manera que el ejército se detuvo y el príncipe Abd al Rahman se propuso volver a Qurtuba.

—¿Movilizó el emir a todo su ejército para llevar a cabo una estratagema? —preguntó el *'amil* de Tarasuna.

—Así es, pero dejadle continuar, y veréis hasta dónde llegan las artes de Amrús y del emir —intervino Zahir impaciente.

»Amrús explicó a los toledanos que debía salir a cumplimentar al príncipe Abd al Rahman, acampado junto a la ciudad, y les sugirió la conveniencia de acompañarle, de manera que Amrús salió en compañía de los principales de Tulaytula y, cuando llegó al campamento, agasajó al príncipe y le pidió audiencia para la delegación que lo acompañaba, cosa que éste concedió. Una vez en su presencia, los invitados recibieron honores, elogios y un trato considerado, lo que acentuó su confianza y les hizo alabar su decisión de tratar cortésmente al hijo del emir.

»Mientras tanto, un sirviente se las arregló para entregar en mano de Amrús una carta del emir en la que le ordenaba ejecutar en ese momento el ardid contra los toledanos. Amrús la leyó y se aprestó a la tarea.

«Aconsejó a la delegación pedir al príncipe que les acompañase a la ciudad, en señal de gratitud por su amabilidad, y en secreto les sugirió que la visita a la fortaleza que habían construido aumentaría el temor que los cordobeses les tenían. Esto complació a los toledanos, que lo tuvieron por prueba de la sinceridad de Amrús, de modo que solicitaron esa gracia a Abd al Rahman. El príncipe fingió desagrado y alegó que su padre no lo había aprobado, pero tras una teatral intercesión de su gobernador Amrús, simuló consentir y accedió a la petición de los toledanos.

Musa, sentado en su rincón, seguía absorto las explicaciones de Ahmed, aunque por el gesto de los presentes no era el único. En la expresión de aquellos hombres se reflejaba una mezcla de incredulidad y de expectación ante el desenlace de la historia, una maquinación que les parecía impropia de un soberano como Al Hakam.

—El traslado de Abd al Rahman a la ciudad semejaba un cortejo nupcial. El hijo del emir se alojó con Amrús en la alcazaba, a la que acudieron los toledanos como enjambres a demostrarle su regocijo. Rivalizaron por agasajarle, y él lo permitió en la más amplia medida.

»Amrús difundió que el príncipe, impresionado por el recibimiento, le había ordenado prepararles un gran banquete en su residencia, al que los invitaría para alcanzar a todos con su largueza, y quedaron atentos a la celebración del festín, ávidos de su favor. Mientras, Amrús comenzaba los preparativos y reunía lo necesario, empezando por el sacrificio de reses y la elaboración del pan y diversas clases de alimentos y postres, todo ello en gran cantidad. Mandó avisar a los principales toledanos, según sus categorías, para que asistieran a la celebración y

participasen en el agasajo que el príncipe Abd al Rahman les ofrecía.

»Por orden de Amrús, los porteros conducían a los que llegaban por una de las dos puertas de la alcazaba explicando que después saldrían por la parte posterior con el fin de evitar la aglomeración en el alcázar. Aconsejó también a sus invitados que mandasen a los palafreneros llevar las acémilas a la puerta de salida para esperarles.

A estas alturas del relato, todos los oyentes aguardaban un desenlace que ya aventuraban, pero al que en su fuero interno se negaban a dar crédito. Muchos de los que habían permanecido recostados en los cómodos divanes, ahora se incorporaban expectantes en sus asientos, invitando a Ahmed a seguir.

—Amrús había dispuesto a los verdugos con las espadas desenvainadas y los brazos remangados al borde de aquella excavación, una sepultura en el interior del alcázar: grupo a grupo les eran llevados, los degollaban y echaban sus cuerpos a la fosa hasta alcanzar la matanza a miles, sin cesar incluso cuando ya había amanecido.

En la sala se oyeron exclamaciones de incredulidad y asombro.

—La matanza se prolongó hasta que uno de los últimos en llegar no encontró en el camino a nadie que volviese, por lo que concibió sospechas y dijo a los que le rodeaban: «¡Eh, vosotros!, ¿qué ha sido de la multitud de vecinos que llegó temprano?» Éstos le contestaron: «Salen por la puerta de atrás de la alcazaba.» «¿Y Adónde van? Porque yo no he encontrado a ninguno. Sabed que han entrado en lugar del que ya no hay salida.» Alzó luego la cabeza y vio el vapor de la sangre que subía por el aire, por lo que gritó a la gente: «¡Toledanos, sois todos igual de insensatos! Es la espada la que se ceba en vosotros desde la mañana, y esto es vapor de sangre, y no de viandas.» Se volvió, y fue causa de que la gente se diera cuenta y se abstuvieran los que quedaban por ir a la muerte.

»Tras este suceso los toledanos quedaron hundidos y humillados y se sometieron a la obediencia del emir Al Hakam. En Tulaytula se recuerda aquel día como la Jornada del Foso.[7]

Ahmed terminó de hablar, pero durante unos momentos la sala permaneció en un silencio desconcertado.

—¿Asistió el príncipe Abd al Rahman a la matanza? Hace cinco años no sería más que un niño —se extrañó el *'amil* de Arnit.

—Según me contaron, sí, asistió personalmente a las decapitaciones, y también dicen que desde ese día se le aprecia una especie de guiño nervioso, no se sabe si por el destello de las espadas en manos de los sayones o por la impresión de la sangre a tan tierna edad.

—¿Qué padre permitiría a su hijo contemplar un espectáculo de crueldad semejante? —señaló uno de los oficiales.

—Supongo que pretenderá hacer como el lobo, enseñando a sus cachorros con el ejemplo —respondió Fortún con tono desabrido.

—No es la primera vez que llegan noticias sobre los métodos del emir Al Hakam. Y me temo que no serán las últimas. Debemos rogar a Allah para no ser nosotros sus próximas víctimas —comentó Zahir.

Ahmed había tomado asiento, y ahora era Fortún quien estaba en pie, con los dos brazos apoyados en el respaldo de uno de los sillones.

—Te agradecemos, Ahmed, la información que nos has traído, pero respecto a Saraqusta, ¿tienes noticias del estado de ánimo de sus habitantes? Hace tiempo que se esperaba la llegada de Amrús a la ciudad: habrá comentarios sobre ello...

—He tenido ocasión de hablar con notables, comerciantes, hombres de negocios y de letras. Todos sabéis que Saraqusta es una ciudad rica, bien situada y con una vega fértil y amplia. La agricultura y los oficios son prósperos, pero una situación de rebelión y falta de estabilidad política como la actual perjudica la buena marcha de los negocios. El comercio se retrae, los impuestos aumentan, los jóvenes son reclutados..., en suma, la mayor parte de la población vería con buenos ojos una autoridad que garantizase la estabilidad...

—Y ése es Amrús —apuntó Fortún.

Ése es Amrús, respaldado por la autoridad de Qurtuba, lo que asegura que Saraqusta no se vea asaltada por las aceifas que el emir envíe para imponer el orden en las Marcas. Por otra parte, Amrús procede de una familia muladí de Uasqa y son bien conocidos en Saraqusta.

—¿Quieres decir que Bahlul no cuenta con apoyos entre los notables? —aventuró el *'amil* de Siya.

—Los tiene, pero supongo que son apoyos circunstanciales, que podrían mudar de patrón si cambia la situación —conjeturó Ahmed.

Fortún se retiró de la mesa y comenzó a recorrer la sala por delante de los divanes que ocupaban sus aliados, disponiéndose a hablar:

—Hay algo más... —Se frotó el mentón—. Hemos leído con atención el pergamino que portaba el mensajero de Qala't Ayub, y os confieso que nos inquieta..., sobre todo después de relacionarlo con el relato de Ahmed. Las atribuciones de Amrús no se circunscriben a someter a Saraqusta, sino que le permitirán controlar todo el Uādi Ibru si ésa es su voluntad. El ejército que Al Hakam ha puesto a su disposición es numeroso, y cuantiosos son los recursos financieros. Es verdad que no parece traer orden expresa de someter sino la capital, pero tampoco se le ha impuesto ninguna restricción.

—Es cierto —intervino Zahir—. Los Banu Amrús y sus primos, los Banu Sabrit de Uasqa, siempre han tenido ambiciones en nuestra zona. Lo saben bien en Siya, ¿no es así? —dijo dirigiéndose a su *'amil*—. Mucho me temo que ésta es la ocasión más propicia para ellos: una vez controlada Saraqusta, nada les impide extenderse por todo el valle si no encuentran resistencia.

—Eso encajaría con la actividad que Sabrit está desarrollando en sus tierras —concedió el *'amil* de Siya con gesto preocupado—. Lo habíamos interpretado como movimientos de protección y defensa, pero escuchándoos parece más verosímil que Amrús y él estén preparando algo.

—¿Preparativos militares en las tierras de los Banu Sabrit, dices? —interrogó Fortún pensativo. Trataba de encajar las informaciones—. Eso vendría a confirmar nuestras sospechas.

—Entonces, ¿debemos movilizar a nuestras tropas de nuevo? —preguntó el *'amil* de Qala't al Hajar, en tono apremiante y agudo.

—Decisiones de tal gravedad han de ser adoptadas en asamblea y no en una velada entre amigos. Debemos informar y escuchar la opinión de los representantes que faltan por llegar —objetó el *'amil* de Arnit.

—No obstante, de ser ciertas nuestras suposiciones, el tiempo apremia: Amrús se presentará ante las puertas de Saraqusta en dos o tres jornadas —dijo Fortún—. De aquí debería salir la decisión de movilizar a nuestros hombres sin pérdida de tiempo..., incluso sin esperar a la llegada de los rezagados. Eso no implica que vayamos a lanzar de inmediato ataque alguno. Cuando lleguen los *'amil* de Baqira y Al Bayda serán informados convenientemente.

—¿Qué necesidad hay de enfrentarse al emir? —insistió el *'amil* de Qala't al Hajar—. Seguimos siendo clientes de los omeyas, y les debemos acatamiento.

—La clientela impone obligaciones a las dos partes, estimado amigo —respondió el representante de Al Burj—. Y después de la muerte de dos caudillos Banu Qasi defendiendo los intereses de Qurtuba, el emir no nos ha favorecido con su ayuda en la conquista de Banbaluna ni con el valiato de Saraqusta. Al contrario, envía a la Marca a un general con pretensiones sobre nuestras tierras y con carta blanca para actuar a su antojo. Poner a nuestro ejército en estado de alerta es lo menos que podemos hacer por el bien de nuestro pueblo.

Musa seguía sentado en el extremo de la sala, en el mismo lugar que ocupaba desde el principio de la noche, ahora sorprendido por el giro que empezaban a tomar los acontecimientos. ¿Significaba eso que iba a repetirse lo sucedido sólo un año atrás? Aún recordaba con angustia los días que habían transcurrido hasta que decidió salir hacia Banbaluna en busca de noticias. Para él, lo peor había sido la incertidumbre: habría preferido estar presente en el escenario de la lucha. Y las cosas no habían cambiado gran cosa en un año: Zahir y Fortún no iban a acceder tampoco esta vez a que los acompañara en caso de que tuviera lugar algún enfrentamiento. Su tío y su hermano no eran como el emir Al Hakam, que había enviado a su hijo a Tulaytula con su misma edad.

La velada, convertida ya en una auténtica sesión de estrategia política y militar, continuó hasta que se tomaron las decisiones oportunas para la jornada siguiente. Los

presentes partirían hacia sus lugares de origen para movilizar a las tropas y acudir al punto de concentración en cuanto fuera posible. La idea, por lo que Musa pudo deducir, era hacer una ostentación de fuerza que disuadiera a Amrús de posibles intenciones de ataque a los dominios de los Banu Qasi, aguas arriba de Saraqusta.

Se discutía si las tropas debían reunirse en Al Burj o en Tarasuna, las dos principales ciudades de la zona. La relativa cercanía a la capital de Al Burj presentaba el inconveniente de que la presencia del ejército pudiera interpretarse como un gesto hostil y una amenaza, pero poseía la ventaja de permitir una intervención más rápida en el curso del río si era necesario. Tarasuna quedaba más apartada, tanto del Uādi Ibru como de Saraqusta, y por ello se optó por la primera.

La avanzadilla del ejército de Amrús llegó ante las puertas de Saraqusta el décimo día del mes de Dul Hiyah,[8] y un día más tarde lo hicieron el grueso de las tropas y la impedimenta. Acamparon al sur de la ciudad, a una milla de distancia, y de inmediato salieron emisarios para solicitar la negociación con una delegación de la ciudad. Horas más tarde, un grupo de ocho hombres a caballo atravesó la puerta meridional y bordeó el río Uarba hasta alcanzar las primeras tiendas plantadas a su orilla.

Tras desmontar, fueron conducidos a las inmediaciones de una de ellas, que, con la altura de tres hombres, se destacaba nítidamente de las demás. Permanecieron en pie junto a la entrada durante un tiempo que se les antojó eterno. No se apreciaba actividad en el interior, nadie entraba ni salía, pero el toldo tampoco se abría para ellos. Se miraban unos a otros, y ya empezaban a sospechar de una posible celada cuando un chambelán ataviado con vistosos ropajes se dirigió a ellos y con un gesto les invitó a que lo siguieran. A una señal suya, dos esclavos sudaneses recogieron el toldo hacia los lados, y la comitiva pudo contemplar el interior de la tienda. Conducidos por el chambelán avanzaron hacia el centro, donde una gran estufa caldeaba el ambiente. El suelo estaba cubierto de alfombras, y las lonas laterales, forradas de llamativos tapices. La ausencia de ventanas hacía que sólo alcanzara el interior una luz tamizada, que habría resultado insuficiente de no ser por los cuatro sólidos pies de bronce que sostenían un sinnúmero de lámparas de aceite.

Al fondo, sobre una tarima, había una gran mesa de roble rodeada por una decena de sillas de cuero repujado, y sobre su superficie se extendían pergaminos y mapas sujetos con pequeñas figuras de plomo en las esquinas. En el lado opuesto de la mesa, un hombre de aspecto imponente parecía absorto en la contemplación de alguno de aquellos documentos.

Sólo cuando el chambelán llamó su atención, alzó la mirada hacia ellos. En su rostro se combinaban la solidez y la fortaleza de los hombres del norte con los rasgos

afilados y los ojos escrutadores de los árabes llegados de Siria cien años atrás. Con un gesto enérgico se alzó tras la mesa y se dirigió hacia el borde de la tarima, donde esperaban sus visitantes. Ninguno de ellos apreció el detalle, pero Amrús permaneció encima del escalón, lo que les obligaba a mirarle desde una posición de inferioridad.

—¿Qué noticias traéis de ese bastardo de Bahlul? —les espetó.

Como ninguno de los intimidados saraqustíes respondió, siguió hablando:

—He de suponer que sois los representantes de la nobleza de Saraqusta. Veo por vuestro aspecto que sois gente acomodada, que por su naturaleza no debería entregarse a veleidades subversivas. A no ser que queráis perder vuestras posesiones, vuestros negocios..., y quién sabe si vuestras vidas.

—Traemos una propuesta de pacto de Bablul ibn Marzuq —dijo uno de los delegados.

—¡Ese Bahlul no está en condiciones de presentar ninguna pro puesta! —aulló Amrús—. ¡La única propuesta que acepto es su rendición inmediata para ser cargado de cadenas!

—Pero sabéis que nunca aceptará una entrega deshonrosa. Prefiere la lucha y una muerte por la espada. ¡Y eso supondrá la destrucción de la ciudad!

—Eso depende de vosotros. Volved por donde habéis venido y convenced a los demás notables de la inutilidad de resistir. Bahlul no luchará solo, si no tiene el apoyo de la ciudad.

—Permítenos exponer los términos...

—¡No admito componendas! Tengo la determinación de acabar con esta situación que ya se ha prolongado demasiado. Y mis razones..., ¡están acampadas a vuestro alrededor! Tenéis tres días para acabar con esto, así que no perdáis más tiempo y volved para informar. Si no me entregáis a Bahlul, Saraqusta será arrasada —concluyó. Les dio la espalda y volvió a su puesto tras la mesa.

El chambelán se acercó, y los dos esclavos levantaron de nuevo el toldo de la puerta. La entrevista había finalizado.

La delegación regresó apenas dos días más tarde, pero ni siquiera tuvieron que bajar de sus monturas. Amrús recorría el campamento a caballo supervisando los preparativos para el asalto a la ciudad, y los visitantes fueron conducidos hasta él.

—Bahlul ha comprobado que no podía contar con el apoyo de los saraqustíes y ha salido de madrugada con sus fieles en dirección a Uasqa, donde tiene intención de hacerse fuerte. Se ha hecho cargo de la ciudad una asamblea de notables, que esperan en la alcazaba la llegada del nuevo gobernador que el emir nos envía.

Amrús esbozó una sonrisa y se tomó unos momentos para valorar mentalmente la situación antes de responder.

—Habéis tomado la decisión adecuada. Comunicad a la asamblea que mañana a primera hora entraré en la ciudad con algunas de mis fuerzas.

—Dispondremos lo necesario para tu toma de posesión como nuevo *wāli.*

—No será necesario —respondió Amrús—. No habrá ceremonia, al menos de momento. Me propongo partir de inmediato con el ejército en dirección a Uasqa.

Un viento frío del norte recorría las calles de Saraqusta aquella mañana de Dul Hiyah. La población de la Madinat al Bayda[{9}] se echó a la calle para contemplar la entrada del poderoso muladí que iba a gobernar su ciudad. El sonido de los timbales, címbalos y chirimías anunció la entrada del ejército por la puerta meridional de la *madinat*, el cual enfiló la espaciosa calle que la atravesaba de norte a sur y que terminaba en la Bab al Qantara, la Puerta del Puente. Saraqusta conservaba el trazado de la antigua ciudad romana, con dos calles perpendiculares en cuyos extremos se abrían las cuatro puertas de la muralla que aún permanecían intactas.

Amrús recorrió la calle a lomos de su caballo entre las aclamaciones de los miles de personas congregadas en el recorrido. Iba seguido por dos unidades de infantes a pie y otra de caballería cerrando el improvisado desfile. Giró a la izquierda cuando llegó a la confluencia de las dos arterias, en las proximidades de la aljama, para dirigirse al gran edificio fortificado que albergaba la sede del gobernador y las dependencias de la administración. Dejó a las tropas en el exterior, entró en el patio amurallado del recinto y, tras un breve saludo a los allí reunidos, comenzó a impartir órdenes, disponiendo lo necesario para organizar la guarnición de seis centenares de hombres que se encargaría del orden y la defensa durante su ausencia.

Permaneció en Saraqusta dos días y, en la madrugada del tercero, puso de nuevo en marcha el ejército, que atravesó la ciudad para cruzar el puente sobre el Uādi Ibru y emprendió la ruta hacia el norte en dirección a Uasqa.

La noticia de los acontecimientos en Saraqusta llegó a los Banu Qasi en la alcazaba de Al Burj, donde se iban congregando las tropas procedentes de todo su territorio.

Fortún no esperaba en modo alguno que Amrús abandonase la ciudad recién rendida para lanzarse en persecución de Bahlul hasta Uasqa, y sintió un estremecimiento que no supo explicar, pero desde ese momento comenzó a barajar una posibilidad nueva.

Reunió a todos los caudillos en el castillo y les transmitió las novedades llegadas desde Saraqusta.

—Es evidente que no quiere dar tiempo a Bahlul para hacerse fuerte en Uasqa —razonó Fortún.

—Y también está cada vez más claro que sus pretensiones no se limitan a Saraqusta —añadió el anfitrión, el'*amil* de Al Burj.

—Si me permitís, traigo una noticia que os interesará conocer —intervino el *'amil*

de Baqira, recién llegado—. No tuve ocasión de asistir a la reunión celebrada en Tutila, pero Fortún y Zahir me han puesto al corriente. Me temo que la información de que dispongo confirma vuestros temores. Por nuestra proximidad a las tierras de la Marca Media, hace tiempo que consideramos oportuno mantener observadores en algunas de sus ciudades más importantes. Y una de ellas es Madinat Salim, que se encuentra en la ruta entre Qurtuba y Saraqusta, y en la que hizo alto el ejército de Amrús hace unas semanas. Bien, pues días atrás llegaron noticias de nuestro hombre allí. Parece que los comentarios de Amrús a su wāli dejan claro que su objetivo es el dominio del Uādi Ibru, especialmente hacia poniente, con el fin de mantener bajo control la amenaza de Alfuns y crear avanzadillas contra los *baskunish*, cuya conquista de Banbaluna considera también una amenaza.

—Una información de vital importancia, Rashid —Fortún se puso en pie—, que nos enfrenta a una decisión grave. Desde esta mañana, cuando nos hemos enterado de la salida de Amrús hacia Uasqa, hay una posibilidad en la que no puedo dejar de pensar. ¿No os parece que el Todopoderoso ha querido apartar a Amrús de nuestro camino? ¿No es una invitación del cielo para ocupar el lugar que nos corresponde? Mi padre murió luchando por el emir, igual que mi hermano Mutarrif. ¿No hubiera sido justo a los ojos de Allah haber sido recompensados con el valiato de Saraqusta? En lugar de eso, Al Hakam nos envía a este lobo sanguinario..., ¡que pretende desalojarnos de la tierra que nuestro linaje ha ocupado durante generaciones!

Fortún hablaba con tono firme, pero la congestión de su rostro dejaba ver el grado de exaltación que lo dominaba. Un murmullo de excitación se alzó entre los presentes.

—¡Avancemos contra Saraqusta! —dijo enardecido.

—¡Un momento! —Zahir se levantó de su asiento con la preocupación reflejada en sus facciones—. No nos enfrentamos a una guarnición de unos cientos de hombres como en Banbaluna. Aunque seamos capaces de asentarnos en Saraqusta, ahora escasamente defendida, Amrús caerá sobre nosotros con todo su ejército.

—No eres hombre de armas, Zahir. Nuestro deber es luchar contra todo el que quiera arrebatar a nuestro pueblo lo que es suyo. ¿Pretendes esperar a que Amrús tome la iniciativa? Ya has escuchado a Rashid. Un ataque por sorpresa contra Saraqusta nos proporcionaría ventaja, y se trata de una ciudad bien fortificada. Sus habitantes recuerdan a Musa ibn Fortún, mi padre, y lo siguen apreciando.

—Nuestras fuerzas son inferiores, Fortún.

—Contaríamos con la protección del río y la muralla. —Fortún se acercó a su tío, y le habló con toda la vehemencia de que fue capaz—: Zahir, el enfrentamiento con Amrús es inevitable: aquí donde nos encontramos..., o tras los muros de Saraqusta.

Zahir, visiblemente alterado, apretó los labios y bajó la mirada.

—No quiero ser responsable de llevar a nuestra familia y a nuestro pueblo al

desastre. Pero yo soy ya un hombre viejo, y tú eres la cabeza del clan. Consulta a tus hombres y decidid lo mejor.

El ejército de los Banu Qasi se puso en marcha a diez días del final de Dul Hiyah. Descendió en busca del Uādi Ibru, y por la calzada que discurría junto al cauce alcanzó la desembocadura del Uādi Salun, a sólo doce millas de la capital de la Marca.

Al amanecer del día siguiente, la tropa empezó a convencerse de que su misión estaba bendecida por el Todopoderoso: el viento del norte había cedido durante la noche, y una bruma cerrada cubría todo el Uādi Ibru, lo que les permitió avanzar hasta las mismas puertas de Saraqusta sin ser detectados. La niebla en el valle durante el invierno alcanzaba en ocasiones tal densidad que era imposible descubrir la presencia de un caballo a veinte codos de distancia.

Fortún envió un destacamento de soldados a pie, que se acercó sigilosamente a la Bab Tulaytula y neutralizó con total facilidad a la guardia apostada en la puerta. Poco más tarde, tres millares de hombres penetraban en la ciudad y sorprendían a la guarnición. Muchos de los hombres de Amrús fueron apresados sin tiempo siquiera de tomar las armas, y tras reprimir algunos focos de resistencia, especialmente en el interior de la alcazaba, la calma retornó en apenas unas horas.

Fortún, rodeado por el resto de los jefes Banu Qasi, lanzó desde los muros de la alcazaba una proclama en la que declaraba Saraqusta en rebeldía contra el emir cordobés.

Zahir había regresado a Tutila antes de la salida del ejército de Al Burj. Su enfrenamiento público con Fortún y el apoyo que el resto de los notables habían demostrado a su sobrino ponían en entredicho su autoridad, siquiera moral, pero él estaba seguro de haber actuado correctamente al prevenir a Fortún del riesgo que asumía con el desafío a un hombre como Amrús.

En su encuentro con Onneca, no había querido ocultarle la gravedad de la situación a la que se enfrentaban. Afortunadamente, pronto llegó la noticia de la ocupación de Saraqusta sin apenas lucha, pero la preocupación de Zahir no se redujo por ello. Era consciente de que muy pronto sabrían de Amrús, y que la verdadera batalla por el control de Saraqusta aún no se había producido. Se angustiaba pensando que nada podía hacer por ayudar a su sobrino frente a la previsible embestida del muladí. Barajó la posibilidad de solicitar la ayuda de Enneco y de los *baskunish,* pero abandonar ahora Banbaluna sería tanto como abrir las puertas de la ciudad a Ludovico. Por otra parte, los vascones eran hombres acostumbrados a la guerra en sus montañas, con rápidos ataques y repliegues inmediatos, y una lucha

cuerpo a cuerpo en campo abierto supondría enviarlos a una muerte segura que no mejoraría la situación de Fortún.

Retornaron los días de angustia para Musa, pero esta vez tendría que esperar las noticias de Saraqusta, porque Zahir y Onneca le habían prohibido expresamente cualquier intento de escapada. De nuevo, su caballo y su amigo Ziyab constituían un bálsamo con el que calmar la aflicción en los momentos libres que a éste le dejaba mi quehacer en el taller cié carpintería. El padre de Ziyab había caído enfermo, de modo que su amigo se hizo cargo de todo el trabajo, que no era poco. Sin embargo, en pleno invierno, al caer la tarde se hacía imposible seguir por la falta de luz, y ése era el momento que compartían a diario los dos muchachos. A menudo se reunían en la mezquita, puesto que Ziyab había tenido que abandonar sus estudios, y su presencia allí le permitía al menos mantener el contacto con sus maestros y algunos de sus compañeros.

Musa no era un muchacho especialmente religioso. Tanto él como su familia respetaban los preceptos del Corán y las tradiciones, asistían al rezo en la mezquita a la llamada del muecín cuando sus obligaciones se lo permitían y no faltaban a la oración del viernes, pero no eran particularmente fervorosos. No obstante, durante aquellos días Musa sintió la necesidad de recogerse en el silencio de la sala de oración, donde rogaba a Allah que protegiera a su hermano Fortún. En una ocasión el *imām* se reclinó en la alfombra junto a él a los pies del *minbar*, y habló con Musa con la intención de llevar un poco de sosiego a su corazón atormentado. Sin embargo, oír hablar del más allá, de salvación eterna, de consuelo ante la muerte, no hizo sino confirmar en él la dolorosa sensación de que sería poco menos que un milagro volver a ver con vida a su hermano.

Todo el mundo en Tutila aguardaba angustiado la llegada del mensajero con las nuevas de Saraqusta. Y llegó, el mismo día que los mozárabes de la ciudad celebraban su fiesta de la Natividad. Entró en la ciudad por la puerta oriental, mudo, sombrío, rígido sobre su montura, con la mirada perdida al frente. Quienes se cruzaron en su camino hasta la entrada de la alcazaba supieron que portaba noticias de muerte.

También Zahir lo adivinó sin necesidad de que pronunciara palabra, incluso antes de que descabalgara en el patio helado de la fortaleza. Onneca lo supo cuando acudieron a su casa para advertirle de la llegada del correo. Y también lo supo Musa cuando, de regreso a las caballerizas con *Baraka* de las riendas, se cruzó con algunos vecinos que, a su paso, desviaban la mirada.

Un silencio sepulcral se abatió sobre la ciudad. Ni siquiera soplaba el viento. Sólo el ladrido lejano de un perro y el chirriar de una bisagra oxidada permitían asegurar que la vida no se había detenido con la entrada del emisario en las calles de Tutila.

Onneca llegó a la alcazaba arrastrando los pies, superando el cansancio infinito que se había apoderado de todos sus músculos. Zahir salió a su encuentro para evitarle parte del tormento en que se había convertido para ella avanzar un paso más sin desplomarse. Se abrazaron, se dejaron caer juntos en el suelo del patio y, sentados en una postura casi grotesca, lloraron.

Musa atravesó la puerta un instante después y observó la escena que se ofrecía ante sus ojos. Avanzó hacia su madre sin ser consciente de sus movimientos, y casi inmediatamente se encontró a su lado, contemplándola desde lo alto, con los brazos laxos colgando a ambos lados del cuerpo. Ella adivinó su presencia y lo miró. Entonces las piernas de Musa se doblaron y cayó de rodillas junto a aquella mujer destrozada por el dolor. Onneca se aferró a su hijo menor, lo apretó contra su pecho, y juntos lloraron como jamás lo habían hecho, hasta que no tuvieron más lágrimas que derramar. Sólo de vez en cuando se oía una frase entrecortada por el llanto:

—*Kaana maktub, kaana maktub…*[10]

Un grupo de mujeres había entrado en el patio y aguardaba a cierta distancia. Quizás alguno de sus hijos o esposos se hallara también entre los fallecidos en Saraqusta, aunque por el momento la única muerte cierta era la de Fortún. Contemplaron la escena durante unos minutos sin intervenir, pero la noche se echaba encima y el frío era demasiado intenso para dejar que permanecieran a la intemperie mucho tiempo más. Se acercaron a los tres y levantaron a Onneca y a Musa del suelo, colocaron mantas sobre sus hombros y se dispusieron a conducirlos hasta la casa familiar. En ese momento Ziyab llegó sofocado a la alcazaba y se paró delante de su amigo, que caminaba sujeto por los brazos y con la mirada perdida en el enlosado. Tomó su cabeza entre las manos y le obligó a levantar la vista, pero el dolor que se reflejaba en aquellos ojos le heló el corazón. Apartó a las mujeres que lo sostenían en pie, se lo colgó de sus hombros y emprendió el descenso hasta la casa.

Zahir se incorporó ayudado por los miembros de la guardia, que hasta el momento se habían abstenido de intervenir. Fue conducido i la sala de la fortaleza, donde alguien había prendido el fuego para combatir el frío de aquel fatídico mes de Dul Hiyah. Sabía que tenía que sobreponerse, porque a partir de ese momento comenzaba lo que tanto había temido: un nuevo periodo en el que tendría que asumir la jefatura de los Banu Qasi, hasta la mayoría de edad de Musa. De momento debía ocuparse de los preparativos para los funerales, pensó.

Pero ¿qué funerales? —se dijo—. No hay cuerpos, no sabemos nada de lo ocurrido... Debo hablar con el emisario.»

Debió de pronunciarlo en voz alta, porque de inmediato se presentó el mensajero

en la sala. Desprovisto de la ropa de abrigo, Zahir comprobó que era más joven de lo que había calculado, no tendría mucho más de veinte años.

—Cuéntame, muchacho.

—Sucedió ayer. Amrús regresó precipitadamente con su ejército después de tomar Uasqa. Acampó hace dos días en la margen izquierda del Uādi Ibru, y ayer ordenó el ataque. Fue brutal. El ejército entero atravesó el puente y tomó por asalto las murallas. Muchos cayeron atravesados por las flechas de los Banu Qasi, pero consiguieron abrir brecha, y a partir de ahí la diferencia numérica hizo el resto. Se sabe que Fortún se encontraba al frente de los defensores de las murallas, y que fue gravemente herido en los primeros momentos. Murió al poco tiempo.

—¿Cuántas bajas en nuestro bando?

—La defensa de las murallas no fue muy cara en vidas, pero sí la batalla posterior, cuando las tropas de Amrús consiguieron acceder a la ciudad. Sin embargo, la muerte de Fortún convenció pronto al resto de los jefes Banu Qasi, que depusieron las armas y prefirieron que sus hombres fueran apresados.

—¿Se han respetado los cuerpos de los muertos?

—No he tenido ocasión de comprobarlo: en cuanto he sabido de la muerte de tu sobrino he salido al galope hacia aquí.

—Está bien, puedes descansar.

El soldado se dirigió a la puerta con gesto abatido, pero antes de abandonar la sala se volvió y vaciló, como si no estuviera seguro de la conveniencia de lo que quería decir.

—*Sahib*..., siento lo sucedido. Pero, si es de alguna utilidad, quiero que sepa que Fortún era un gran hombre, y mantuvo la admiración y el respeto de la tropa hasta el último momento.

Zahir entrecerró los ojos y murmuró:

—Lo sé, hijo. Te lo agradezco.

Las últimas palabras resultaron inaudibles. Zahir no podía evitar un sentimiento de culpa. Se reprochaba no haber hecho lo suficiente para evitar la tragedia. Quizá debió hablar con el resto de los jefes, intentar convencerles de que midieran sus fuerzas antes de decidirse a atacar. Quizá sí hubiera sido necesario recurrir a los vascones. ¿Qué pensaría ahora Enneco al enterarse de la muerte de su hermano? ¿Qué futuro esperaba a los Banu Qasi? ¿Sería capaz de afrontar el reto de hacer con Musa lo mismo que había hecho con Fortún? Las preguntas se agolpaban en su cabeza.

Unos golpes en la puerta de la sala lo devolvieron a la realidad. Un oficial de la guarnición asomó la cabeza y pidió permiso para pasar.

—Zahir, han llegado varios hombres a caballo procedentes de Saraqusta. Son soldados que participaron en la lucha, y algunos regresan heridos.

Zahir tomó conciencia en ese momento de la necesidad de ponerse en acción. No podía permitirse permanecer hundido mientras hubiera alguien esperando su ayuda.

—Que los atiendan de inmediato. Seguramente no serán los últimos. Si ahora llegan los hombres que disponen de montura, habrá en el camino otros muchos que traten de volver a pie. Haz venir al resto de los oficiales disponibles. Hay que organizar de inmediato una partida que salga hacia Saraqusta en busca de heridos.

Cuarenta hombres a caballo, con otros tantos animales de reserva que cargaban parihuelas, ropa de abrigo, alimentos, odres de agua y otros materiales, iniciaron el recorrido en dirección a Saraqusta, por el i razado de la antigua vía romana. Los acompañaba Juan de Rada, un médico mozárabe que había permanecido en Tutila mientras los físicos árabes se unían a las tropas. Al poco de iniciar la marcha, toparon con algún otro hombre a caballo, pero todos ellos pudieron continuar por sus propios medios hasta la ciudad, donde serían atendidos. A unas veinte millas de distancia encontraron al primer grupo de hombres a pie, algunos ilesos y otros heridos, que fueron atendidos por el médico. A todos se les facilitó montura para regresar a Tutila. Al caer la noche, se acogieron al amparo de una pequeña venta en la que pudieron calentar sus cuerpos ateridos con una sopa caliente, y donde, a falta de espacio para todos, dispusieron de un establo en el que durmieron sobre la paja, apretados unos contra otros para mantener el calor.

El frío intenso de la mañana hizo retrasar la salida hasta que el sol apareció sobre los montes que bordeaban el Uādi Ibru. Reanudaron la marcha, pero no hallaron más hombres en el camino. Sólo tuvieron ocasión de recuperar el cadáver de un muchacho con una fea herida en la pierna que seguramente le había impedido encontrar refugio durante la noche.

El sol estaba alto cuando llegó hasta ellos un jinete. Detuvo su montura, descubrió su cara protegida contra el frío de la mañana y les preguntó por su procedencia.

—Venimos de Tutila. Recorremos el camino hasta Saraqusta para auxiliar a nuestros soldados.

—Allí me dirijo. ¿Quién está al mando?

El oficial responsable del grupo se adelantó y se identificó.

—No debéis seguir adelante. De hacerlo os toparéis con el ejército de Amrús.

—¿Qué quieres decir?

—No tenéis tiempo que perder. Amrús sabe que el territorio de los Banu Qasi se encuentra desprotegido y no va a perder la ocasión de apoderarse de él.

—¿Quién te envía?

—Ahmed ibn Qasi. Me dirijo a Tutila para advertir a su primo Zahir de la amenaza. Debéis regresar. He salido por la mañana de Saraqusta, y no hay hombres en el camino. Sé que algunos huyeron tras la derrota, pero no es extraño que sean

acogidos en las villas cercanas por campesinos que se apiadan de ellos hasta que se recuperan de sus heridas.

—¿Cuánto tiempo tenemos?

—Amrús está iniciando los preparativos. Ha concentrado sus tropas en la *musara*, junto a la puerta de poniente. Para evitar ser visto he tenido que salir de la ciudad antes del amanecer por la puerta meridional y dar un rodeo para tomar esta calzada.

—No será necesario que continúes. Tenemos hombres y caballos suficientes para llegar a Tutila lo antes posible.

El oficial hizo señas a dos de sus hombres, que tras recibir las instrucciones precisas, salieron a galope desandando el camino, y envió jinetes por parejas a otras villas del contorno, a Al Burj y a Tarasuna, para prevenirles de la llegada del ejército de Amrús a las tierras de los Banu Qasi.

El duelo por los muertos de Tutila hubo de ser interrumpido. Esa misma tarde habían llegado los soldados con el anuncio del inminente ataque.

Zahir tomó una determinación y reunió a todos los habitantes de la ciudad en los aledaños de la alcazaba. Se acercaba el ocaso en uno de los días más cortos del año, y no había tiempo que perder con indecisiones.

La multitud se fue congregando ante la puerta de la fortaleza. Zahir había pedido al *imām* de la mezquita, al *qādi* y al *sahib al suq* que lo acompañaran para dirigirse al pueblo y todos se colocaron en la parte exterior del muro. Los angustiados habitantes se distribuyeron por la ladera que separaba el muro de piedra de las primeras hileras de casas en la base del monte.

Los rumores se habían extendido con rapidez, y se veía a hombres y mujeres moverse de unos corrillos a otros tratando de calmar su inquietud. A una señal de Zahir, un oficial comenzó a golpear las losas del suelo con su lanza para pedir silencio. Todas las miradas se dirigieron hacia él, y desde su posición elevada pudo contemplar a los vecinos que aguardaban sus palabras: hombres con el rostro tenso, mujeres con niños en brazos, ancianos arrugados dentro de sus gruesos gabanes, unos cuantos mocosos colocados en primera fila que esperaban asistir a algo divertido...

Cuando se hizo el silencio, Zahir comenzó a hablar con el tono más alto y sereno que fue capaz de adoptar:

—La desgracia se ha abatido sobre nosotros. Nuestras fuerzas han sido derrotadas en Saraqusta y hemos perdido a muchos de los nuestros. La mayor parte de vuestras familias ha perdido a alguno de sus hombres.

Le costaba mantener la voz firme, pero continuó.

—Sin embargo, el Todopoderoso sigue sometiéndonos a duras pruebas, y se cierne sobre todos nosotros una nueva amenaza, más grave que la anterior. Son ciertas las noticias que os llegan: Amrús ibn Yusuf, el general del emir de Qurtuba, se

prepara para ocupar Tutila.

El murmullo que surgió de la multitud pronto se convirtió en vocerío, así que Zahir tuvo que detenerse hasta que se hizo de nuevo el silencio.

—Conocéis la fama que precede a Amrús, y no podemos pediros que permanezcáis en vuestras casas. He decidido trasladar el gobierno de nuestras tierras a la villa de Arnit, con todos aquellos que estéis en condiciones de realizar el viaje. Sé que algunos tenéis familiares en otras ciudades, como Tarasuna o Siya, que posiblemente queden al abrigo de las apetencias de Amrús, así que podéis trasladaros junto a ellos. Todos aquellos que no podáis o no deseéis abandonar vuestros hogares, no tenéis que temer: esperaré a Amrús a las puertas de Tutila, pediré audiencia y solicitaré personalmente el *aman* para vosotros y vuestras familias.

Zahir se vio interrumpido de nuevo por el revuelo y observó la conmoción que habían producido sus palabras. Los familiares se reunían en círculos para considerar su situación, surgieron discusiones, muchas mujeres lloraban abiertamente, y los niños que habían ocupado la primera fila ahora tiraban de las faldas de sus madres asustados por los lamentos y la angustia que percibían a su alrededor. Entre el millar y medio de personas que habitaban la ciudad se repetían las situaciones dramáticas: madres con niños pequeños que habían perdido a sus esposos en Saraqusta, ancianos que habían quedado sin hijos, enfermos e impedidos que no podrían dejar sus casas aunque quisieran...

El oficial llamó al orden de nuevo, y los congregados poco a poco volvieron a prestar atención a las palabras de Zahir.

—Quienes decidan abandonar Tutila tienen el día de mañana para ultimar los preparativos. Después, cuando amanezca, partirá la columna hacia Arnit. Los que posean algún tipo de carreta deben ponerla a disposición de la comunidad, al igual que las yuntas de bueyes. En cuanto a monturas, los hombres de la guarnición se en cargarán de trasladar a la *musara* todas las disponibles en los cercados y en las caballerizas, pero deberéis aportar todos los arreos aprovechables que guardáis. Hemos enviado recado a las villas que no se encuentran amenazadas para que envíen a lo largo de mañana los carros que tengan disponibles. Trataremos de que la evacuación de todos los que optéis por refugiaros en Arnit sea ordenada. La *musara* será el punto de concentración para la salida.

Zahir hizo una pausa tratando de no pasar por alto ningún aspecto importante.

—Ahora debéis volver a vuestras casas y tomar las decisiones que creáis más convenientes para vuestras familias. Atenderemos vuestros casos particulares en la alcazaba durante esta noche y el día de mañana.

Zahir atravesó de nuevo el portón de madera y comenzó a transmitir órdenes a los oficiales de la guarnición. Había descubierto que la actividad incesante constituía un bálsamo para su dolor, y la evacuación de Tutila no le permitiría darse un respiro sino

cuando el agotamiento le rindiera.

Musa no acudió a la alcazaba. Desde la tarde anterior había permanecido recluido en su alcoba, y Ziyab no se había separado de él más que lo necesario para atender a su padre. Onneca también había estado acompañada por las mujeres durante toda la noche, pero se había negado a acostarse, segura de que le resultaría imposible dormir. Sólo al amanecer había consentido en tomar unos sorbos de caldo caliente que preparó una de las mujeres. Poco después caía vencida por el sueño, y por la adormidera que habían añadido a la sopa.

También a Musa le habían ofrecido un poco del mismo caldo, pero rehusó tajante. Su único consuelo durante todas aquellas horas había sido la conversación con su amigo Ziyab, y el llanto que ante él no tenía que contener fue su válvula de escape. Cada vez que cerraba los ojos veía a Fortún, y lo veía decapitado, como sabía que les sucedía a los derrotados en muchas batallas. En ese momento sentía una punzada terrible y recordaba a su hermano Mutarrif, cuyo cadáver nunca habían recuperado.

Fue Ziyab quien llevó a Musa la noticia de la inminente llegada de Amrús y de los preparativos que se habían emprendido para evacuar la ciudad. En aquellas horas de angustia, Musa había pensado en las palabras de su tío Zahir tras su escapada hasta Ulit en busca de noticias. «¿Y si Fortún muere? Sabes que estás llamado a sucederle. Debes empezar a asumir tus responsabilidades», le había dicho entonces.

Ahora aquella posibilidad se había transformado en una trágica realidad. Pero sólo tenía catorce años. ¿Cómo iba él a ocupar el puesto de Fortún? Le vino a la mente el príncipe Abd al Rahman, que tenía su misma edad y ya había participado en misiones de importancia enviado por su padre. Quienes estaban destinados a gobernar a su pueblo debían saber enfrentarse a la muerte como Abd al Rahman lo hiciera en la Jornada del Foso, en Tulaytula. Tenía que presentarse en la alcazaba y ponerse manos a la obra para ayudar a su tío.

Ziyab se sorprendió cuando lo vio ponerse en pie.

—¿Qué ocurre, Musa?

—No puedo quedarme aquí escondido. En la alcazaba es necesaria toda la ayuda posible. Hacen falta hombres, Ziyab, vamos.

—Musa, a esta hora poco podemos hacer nosotros en la alcazaba, pero mañana va a ser un día agotador. Haríamos bien en descansar ahora y acudir allí a primera hora.

Musa comprendió que su amigo tenía razón y volvió a sentarse.

—Alguien tiene que imponer la cordura —dijo Ziyab, y trató de sonreír.

La primera oración del día, antes del amanecer, congregó en la mezquita a gran parte de la población de Tutila. El imán subió al *minbar* y dirigió a sus fieles un

mensaje que sonaba a despedida. Recordó cómo el profeta Mahoma, casi doscientos años atrás, había tenido que abandonar La Meca para huir hacia Medina, y cómo ese hecho había marcado un hito fundamental en la historia de su pueblo..., de la misma forma que la partida hacia Arnit podía significar algo igualmente importante para la comunidad.

Al amanecer, todo el mundo se afanaba ya en movilizar sus pertenencias, hacer acopio de los alimentos que tenían en reserva para todo el invierno y buscar el medio de transporte adecuado. Tres grandes carros tirados por bueyes llegaron hasta la puerta de la alcazaba, donde varios criados comenzaron a amontonar los sacos de trigo que se encontraban almacenados en sus silos, procedentes del pago de impuestos en especie. Repartirían parte del trigo entre las familias que se quedaban, y el resto lo llevarían con ellos.

Zahir había luchado desde la noche anterior por encontrar solución a los problemas de algunos vecinos: mujeres con niños pequeños incapaces de afrontar solas el traslado de sus pocas pertenencias, enfermos y lisiados a los que había que buscar acomodo en los carros disponibles... Ver aparecer a Musa en la alcazaba fue para él motivo de alegría y alivio, porque no había podido evitar un sentimiento de culpa por no estar junto a su familia en momentos como aquéllos.

Pidió al muchacho que le ayudara a elaborar una relación de todos los carros a su disposición, y los que iban siendo ocupados con víveres, así como un recuento de las familias que habían decidido quedarse para proceder al reparto del grano. Ziyab le ayudó en la tarea, que les mantuvo ocupados toda la mañana, y a medio día se unieron a los soldados de la guarnición para reponer fuerzas con el rancho común.

Mientras comían, Musa aprovechó para hablar con Ziyab:

—Ahora deberías acudir a casa para ocuparte de tus pertenencias. Tu padre estará preocupado.

—No voy a tener que preparar nada, Musa. Nos quedamos.

—Pensaba que...

—Mi padre está demasiado débil para soportar el viaje.

Musa se puso en el lugar de su amigo y comprendió la decisión, pero no pudo evitar el sentimiento de pérdida y de soledad que se apoderó de él.

—Supongo que no tienes otra opción... —murmuró Musa.

—Además, el taller es la única forma que tenemos de ganarnos la vida.

—No quisiera que te ocurriera nada, Ziyab..., eres mi mejor amigo.

—Dejemos esto para las despedidas, vamos a seguir trabajando. Queda mucho por hacer —dijo al tiempo que se incorporaba.

El día de la partida amaneció bajo un cielo oscuro y amenazante. Zahir rogó para sí que no pasara de ahí, porque un viaje bajo la lluvia sería desastroso. Dos largas

hileras de carros se extendían en la *musara*, junto a la ribera del Uādi Qalash. Muchos se encontraban ya cargados y cubiertos con gruesas lonas de tela engrasada. Los últimos esperaban la llegada de las pertenencias de quienes no dispusieran de medios propios de transporte. Los soldados de la guarnición se habían ocupado de ordenar la carga, siguiendo las instrucciones detalladas que había transmitido Zahir. Todos los ancianos, los enfermos y los niños más pequeños debían tener acomodo en las carretas. Hombres y mujeres harían el camino a caballo si había suficientes monturas; de no ser así, los hombres viajarían a pie, porque las mulas quedaban reservadas para el transporte de carga.

Todos los que vivieron aquella mañana la recordarían el resto de sus vidas. Muchos de los que partían llevaban en la ciudad toda su vida, y allí dejaban sus casas, las tierras que cultivaban y en muchos casos familiares y amigos. Otros habían llegado de Arnit tres años atrás, cuando Zahir y Fortún decidieron trasladar a Tutila el gobierno de sus tierras. Resultaba curioso que el motivo que entonces les había empujado a dar aquel paso, la cercanía a Saraqusta, ahora les obligara a deshacer el camino.

Musa acudió a la casa de Ziyab para despedirse de su padre, cada día más enfermo, pues los médicos no hallaban remedio para su mal. Al salir de la vivienda que hacía las veces de taller, los dos muchachos se encaminaron a la *musara*, pero, en lugar de atravesar las estrechas calles atestadas de vecinos que organizaban sus enseres, salieron por la puerta de Tarasuna y atajaron por el exterior de la muralla hasta llegar al Uādi Qalash, lo atravesaron por uno de sus vados y se internaron en el bullicio de hombres y animales de la explanada.

Musa se dirigió al punto donde habían dejado el carro con las pertenencias de la familia a cargo del criado que lo conduciría hasta Arnit. Allí se encontraba ya Onneca, ayudando a otras familias a acomodar sus enseres. En tres días parecía haber envejecido varios años. Sus movimientos se habían vuelto más lentos, como si alguien la empujara en contra de su voluntad. Sus ojos se habían hundido y no habían perdido aún las señales de las largas horas de llanto. Harían juntos el camino, a la espera de la llegada de Zahir.

En unas horas, los carros acabaron de llenarse y las cuerdas de esparto volaban sobre los toldos para asegurar la carga. Se colocaban colleras a los bueyes, dispuestos en yuntas si el peso del carro lo requería, y los fardos se sujetaban a lomos de las mulas. En el ambiente empezaba a respirarse la proximidad de la partida.

Zahir abrazó a Onneca, que parecía extrañamente serena e incapaz de derramar más lágrimas. Hablaron durante unos minutos, y luego se volvió hacia Musa.

—Cuida de tu madre estos días, hijo. En Arnit ya tienen noticia de vuestra llegada y posiblemente alguien haya preparado la casa familiar; no os faltará ayuda. En unos

días me reuniré con vosotros. Los oficiales que os acompañan tienen orden de alojar a la guarnición en la alcazaba de Arnit y habilitar las dependencias que hayan permanecido vacías durante estos años.

—¿Cuánto crees que tardará en llegar Amrús con su ejército? —preguntó Musa.

—Supongo que será inminente. Si es cierto que ya habían iniciado los preparativos, puede que mañana mismo los tengamos a las puertas.

Zahir vio la preocupación en el rostro del chico y trató de tranquilizarlo.

—Musa, no os preocupéis por mí. Cuando llegue pediré audiencia, pondré la ciudad en sus manos y solicitaré el *aman*. Conoces las reglas de la milicia, y sabes que se respetarán. Dentro de dos o tres días nos reuniremos en Arnit..., y comenzaremos allí una nueva etapa. —Le colocó las manos en los hombros—. Sobre todo tú, Musa. Nos espera mucho esfuerzo para recorrer el camino que siguió Fortún.

Musa sabía a qué se refería su tío y asintió con gesto serio. Se dirigió a la parte posterior del carro, donde había atado a *Baraka* mientras Zahir ayudaba a Onneca a subir a su montura. Ziyab se había mantenido al margen durante las despedidas, y ahora Musa le hizo un gesto para que se acercara. Trató de sonreír mientras se fundían en un abrazo.

—Cuídate, Ziyab.

—¿Cuándo volveremos a vernos, Musa?

Musa se separó de su amigo, y se miraron frente a frente.

—Ziyab, sabes quién soy y lo que me tiene reservado el futuro. Te juro que pondré todo mi empeño en regresar a Tutila lo antes posible. Volveremos a cabalgar juntos por la orilla del río.

Ziyab sonrió y se apartó para que Musa subiera al caballo.

La jornada iba a ser dura y no habría tiempo para el descanso. Los oficiales tenían órdenes de imprimir a la columna el ritmo más vivo posible, para tratar de cubrir las veinticinco millas hasta Qala't al Hajar antes de la puesta de sol. Los primeros carros se pusieron en marcha, y al poco le llegó el turno al suyo. Con un grito y el impulso del criado, los bueyes tiraron de su carga. Zahir les saludó con el brazo levantado y lo que pretendía ser una sonrisa, hasta que el carro le dejó atrás.

Ziyab avanzó unos codos junto al caballo de Musa antes de que la comitiva girara al oeste para enfilar el camino hacia Arnit.

—Hasta pronto —dijo, al tiempo que agitaba el brazo.

—No olvides lo que te he dicho, Ziyab. ¡Te lo juro!

El viaje fue duro a causa del frío intenso, acentuado por la presencia de unas nubes que, aunque impedían el paso del débil sol invernal, de momento no traían la temida lluvia. La columna avanzaba sin más voces que las órdenes de los soldados o los gritos de los arrieros a las bestias. Ni siquiera los niños mostraban intención de

jugar, contagiados del ambiente de abatimiento general, y traqueteaban sentados en el borde de los carros, unos con las piernas colgando y otros encogidos bajo las gruesas pieles que les protegían del frío. La ruta era la misma antigua calzada romana que bordeaba el curso del Uādi Ibru desde Saraqusta hasta Vareia, un camino llano que les llevó hasta las proximidades de Al Faru cuando el sol se adivinaba en lo más alto. Muchos de sus habitantes, advertidos de la llegada, salieron a la ruta para ofrecerles su hospitalidad, cargados con pan, cántaros de leche, miel y queso, que ofrecieron sobre todo a los más pequeños. El'*amil* de la ciudad se acercó al oficial al mando, y juntos recorrieron la columna mientras intercambiaban impresiones con el resto de los oficiales y con los propios viajeros.

La partida de Tutila se había demorado en exceso, y se encontraban en los días más cortos del año. Fue el propio *'amil* de Al Faru quien trató de disuadirles de continuar camino, seguro de que la noche les alcanzaría antes de llegar a Qala't al Hajar, de forma que el oficial dio la orden de entrar en la ciudad. Hasta la caída de la tarde, se buscó acomodo para todos en las casas de los vecinos, en pajares, caballerizas, almacenes y en la misma mezquita. El cerro que dominaba el poblado estaba coronado por un pequeño castillo con una torre central de planta cuadrangular y un recinto amurallado reforzado con torreones circulares. La base del cerro se hallaba horadada por decenas de cuevas que sus habitantes utilizaban como viviendas y en cuyo exterior habían construido curiosos patios utilizados también como pequeñas huertas. El *'amil* alojó en su casa a varios oficiales y les informó de que algunas familias tenían intención de unirse a la evacuación, temerosas de la reacción de Amrús, cuyas noticias habían llegado también a Al Faru.

Cuando la última mula desapareció tras el recodo, Tutila se había convertido en una ciudad semidesierta, habitada por medio centenar de familias con lisiados, ancianos y enfermos. Sólo una pequeña guarnición formada por catorce hombres había permanecido en la alcazaba a la espera de que la amenaza se hiciera visible. Zahir había dado orden de que las puertas de la ciudad se mantuvieran abiertas en señal de sometimiento, aunque sabía que los débiles muros de adobe poca resistencia podían ofrecer ante la acometida de un ejército como el de Amrús. No se había dado ninguna instrucción al respecto, pero los pocos habitantes que quedaban en Tutila se encerraron en sus casas, y los propios soldados aguardaban los acontecimientos sin poder ocultar su inquietud.

Desde lo alto de los muros de la alcazaba, se divisaba con claridad el camino que conduciría a Amrús hasta la puerta de Saraqusta, tras atravesar el pequeño río que desembocaba en el Uādi Ibru unos cientos de codos más adelante. Los soldados montaron guardia durante toda la jornada con turnos breves para evitar el intenso frío, pero nada sucedió. Sólo una hora antes de caer la noche dos jinetes se aproximaron a

menos de media milla y, tras observar la ciudad a todas luces deshabitada, volvieron grupas y partieron al galope. Cuando Zahir fue informado, supo que al día siguiente tendría oportunidad de conocer en persona al renombrado muladí de Uasqa.

El último día de Dul Hiyah del año 186 después de la hégira,[11] jueves, los quince ocupantes de la alcazaba de Tutila vieron aparecer la vanguardia del poderoso ejército del emir cordobés, conducido por su general Amrús ibn Yusuf. Zahir bajó la pequeña escalinata del muro, avanzó hasta el centro del patio y montó en el caballo que sujetaba uno de los soldados. Recorrió al paso las calles desiertas, en las que el sonido de los cascos sobre la tierra apelmazada resonaba como un estallido en medio del silencio, hasta alcanzar la mezquita. Desde allí, una ligera pendiente conducía a la parte más baja del muro, donde se abría al río la Puerta de Saraqusta.

Cuando atravesó el arco, el primer grupo de jinetes cordobeses alcanzaba la *musara*. Tres hombres a caballo avanzaban hacia él y al instante Zahir pudo identificar al nuevo gobernador de la Marca: su actitud, la riqueza de su vestimenta y la guarnición de su espléndido caballo ruano no dejaban lugar a dudas. Zahir se adelantó cruzando el puente de madera que lo separaba de la gran explanada, y se detuvo a diez codos de los tres jinetes, tratando de mantener el porte mientras ensayaba una inclinación de cabeza en señal de saludo y respeto.

—¡Alabado sea Allah!

—¡Que Allah sea alabado! —respondió Amrús con sequedad.

—Mi nombre es Zahir ibn Fortún, de la familia de los Banu Qasi, durante generaciones señores de estas tierras.

—Soy Amrús, de sobra me conoces, al menos por lo que habrás oído hablar de mí —respondió en tono mordaz—. ¿Qué tienes que decir?

—Me veo en la obligación de entregar la ciudad, y solicito del representante del emir el *aman* para los habitantes que aún permanecen en ella.

—Sus habitantes no sufrirán, pues no me han hecho daño. En cuanto a ti, no puedo decir lo mismo, aunque supongo que la muerte de tu sobrino será lección suficiente para quienes se atreven a mostrar tal deslealtad hacia Qurtuba.

—El único afán que guiaba a mi sobrino era el bienestar de su pueblo —respondió Zahir herido.

El militar ignoró el comentario.

—Es una lástima que hayan huido —prosiguió, mirando hacia la alcazaba por encima de Zahir—. Necesito manos para poner en pie el proyecto que tengo para esta *madinat.* Tutila...

—Una situación privilegiada; no se nos había informado mal —dijo el joven que permanecía a su derecha.

Zahir de repente reparó en el extraordinario parecido entre los dos hombres.

—Sí, es mi hijo Yusuf. He olvidado hacer las presentaciones —aclaró Amrús con tono sarcástico, al comprobar la extrañeza de Zahir, a quien de nuevo prestaba atención.

—Puedes ir a donde quiera que hayas mandado a tu gente y decirles que, si quieren cambiar de señor, aquí va a hacer falta mano de obra abundante —dijo Yusuf con una sonrisa asombrosamente parecida a la de su padre—. Tenemos intención de fortificar esta ciudad y hacer de ella un bastión frente a esos bárbaros del norte.

—Enviad patrullas a reconocer la ciudad —ordenó Amrús—. Estoy impaciente por comprobar desde la atalaya las posibilidades de defensa.

El tercer hombre que los acompañaba, evidentemente un oficial de alta graduación, regresó al lugar donde esperaba el grueso de las tropas.

—En cuanto a ti, ¿a qué esperas? Coge tu ejército —dijo Amrús separando las sílabas despectivamente, casi sin molestarse en mirar a Zahir— y corre a las montañas.

Zahir dio la espalda a los dos hombres, que reían abiertamente tras el comentario de Amrús, y se dirigió al puente. De haber estado más cerca habrían podido escuchar el viejo proverbio árabe que murmuró entre dientes mientras se alejaba: «Todo duerme excepto el rencor y el agua.»

Mientras Amrús entraba con sus tropas en Tutila, sus habitantes lo hacían en Qala't al Hajar, veinticinco millas aguas arriba. El viaje estaba resultando más lento y penoso de lo que habían previsto, pero hasta el momento se desarrollaba sin grandes dificultades. Juan de Rada, el médico mozárabe, y su colega judío sólo habían tenido que curar pequeñas heridas, atender problemas intestinales y tratar los sabañones producidos por el frío. Únicamente dos pequeños, de tres y cinco años, causaron mayor preocupación por la elevada fiebre que presentaban durante la noche anterior, pero una infusión de corteza de sauce había reducido su temperatura y calmó su malestar, hasta el punto de que ya correteaban alrededor de los caballos cuando hicieron alto a las puertas de Qala't al Hajar.

El *'amil*, buen amigo de Zahir, buscó a Onneca y a Musa entre las carretas y los condujo a su casa, donde quiso que pasaran la noche en compañía de su familia. En la ciudad aún proseguían los actos fúnebres en memoria de los hombres que no habían regresado de Saraqusta, por lo que el ambiente era de consternación, algo que sus vecinos trataban a duras penas de ocultar para no añadir sus desdichas a las preocupaciones que ya acompañaban a los fugitivos.

La vivienda del *'amil* se encontraba en el recinto de la alcazaba, y antes del anochecer Musa subió a lo alto de la muralla. Hacia el sur, se dominaba el valle del Uādi Zidaq, que descendía desde los montes de Arnit, a una jornada escasa de viaje. Musa se preguntaba si aún lo recordarían los amigos que había dejado allí tres años

atrás al partir hacia Tutila.

—¿Preocupado por el regreso?

Musa se sobresaltó al comprobar que su madre se hallaba junto a él. En lugar de responder a la pregunta inmediatamente, fijó la vista en el horizonte.

—Mira, madre, allí en aquella montaña, justo donde se oculta el sol, debe de estar Arnit.

—Mañana a esta hora estaremos allí, según ha dicho el oficial.

El cielo había adquirido unos hermosos tonos entre rojizos y rosáceos, aunque la temperatura bajaba por momentos, y ambos tuvieron que ajustarse las zamarras, forradas de piel alrededor del cuello.

—Me pregunto si ya habrá llegado Amrús a Tutila. Pienso continuamente en Zahir y en Ziyab.

—No debemos preocuparnos, hijo. Zahir estará pronto de regreso.

—No me gusta nada la incertidumbre, madre.

—Lo sé, Musa, lo sé. Ya has dado muestras de ello —dijo al tiempo que le revolvía el cabello.

Onneca se esforzaba por mantener la serenidad delante de los demás, especialmente en presencia de Musa, pero sus ojos enrojecidos evidenciaban lo que ocurría en los momentos de soledad.

Siguieron hablando un buen rato sobre sus planes tras la llegada a Arnit, hasta que el reflejo del sol desapareció por completo y hubieron de bajar para reunirse con el *'amil* y su familia.

El tercer y último día de viaje amaneció claro y despejado, pero el fuerte viento del norte hacía mucho más intenso el frío que atenazaba a los viajeros. Era viernes, y a primera hora habían acudido en masa a la *musalla* para realizar sus oraciones, ya que la mezquita era demasiado pequeña para acoger a tal cantidad de fieles.

Ese día, muchos de los que debían ocupar los carros prefirieron hacer parte del camino a pie para evitar que los miembros les quedaran ateridos. Hombres y mujeres orinaban sobre sus propias manos para curar las grietas que se les producían, a la vez que las calentaban durante unos momentos, y las bostas humeantes de los bueyes eran objeto de las risas de los más pequeños. El camino que bordeaba el río era ligeramente ascendente y describía una amplia curva, por lo que tomaron la ruta más corta, que unía las dos ciudades en línea casi recta, pero el avance era lento por el esfuerzo que se exigía a las bestias, que tiraban de los carros cargados hasta el límite. Sin embargo, la proximidad de la meta había animado a algunos viajeros, que incluso entonaban tímidamente algún viejo canto.

El sol comenzaba a descender cuando ganaron la cumbre de una loma y a sus pies apareció de nuevo el valle en cuyo fondo se alzaba el castillo de Arnit. Era un promontorio cuya forma asemejaba un enorme barco, con laderas inclinadas de proa a popa, como si una gran fuerza hubiera plegado la tierra. Esa inclinación había sido aprovechada para trazar el camino que ascendía hasta la cumbre fortificada. En la base, varias cuevas excavadas en la tierra arcillosa servían de vivienda a muchas de las familias más humildes, y junto a ellas arrancaba la red de estrechas callejuelas que constituían la ciudad de Arnit.

La llegada resultó emotiva. Muchos regresaban después de varios años de ausencia y se reencontraron con familiares y amigos. Otros llegaban por primera vez y se enfrentaban a la tarea de rehacer su vida en una ciudad desconocida y posiblemente tener que construir una nueva vivienda para su familia. Ése era el principal problema que debían afrontar los recién llegados. Parte de ellos ocuparían las casas que dejaron al marchar, a otros se les permitiría ocupar viviendas deshabitadas e incluso algunas de las cuevas, pero otros muchos debían aceptar la hospitalidad de las familias de Arnit hasta disponer de un lugar donde cobijarse. A esta tarea se entregarían todos sus habitantes en las semanas siguientes. Afortunadamente, en la zona abundaban los yacimientos de arcilla. Las casas que iban a levantar serían muy humildes y de reducido tamaño y en algunos casos, si no había hijos, servirían para alojar a más de una familia. Los tejados se cerrarían con maderos, cañas trenzadas y barro, y sólo más adelante se cubrirían con teja cocida.

Onneca y Musa ocuparon la casa familiar que habían abandonado tres años atrás, la más grande de Arnit, residencia de la familia que había señoreado aquellas tierras durante más de cien años. El traslado a Tutila había constituido un sacrificio para la familia, porque supuso dejar esa vieja y noble casa para trasladarse a una vivienda que no pasaba de ser digna, lo que a su vez implicaba prescindir de los criados que les habían servido en Arnit. Onneca entró en el zaguán con un nudo en el estómago. El olor a humedad y a abandono no conseguía esconder otros aromas que le resultaban familiares. Entre aquellas paredes habían resonado durante años los gritos y las risas de Mutarrif y Fortún, y su repentino recuerdo le hizo difícil seguir avanzando hacia el espacioso patio interior. Las hierbas habían crecido entre las piedras del enlosado, el brocal del pozo estaba cubierto de un suave musgo y las celosías de las salas que se abrían hacia el patio central habían perdido el color y el brillo originales.

—No llores, madre —oyó decir a Musa, a su lado.

Onneca no era siquiera consciente de las lágrimas que resbalaban por su mejilla, y se sobresaltó al oírlo.

—Son tantos recuerdos, hijo... En esta casa viví con tu padre, aquí nacieron tus

dos hermanos..., cuando tu padre murió naciste tú, y aquí crecisteis los tres. Pero cuánto ha cambiado todo en sólo tres años, Musa...

Onneca entró en la gran sala que ocupaba todo el lateral del patio, donde en su momento convivía la familia y donde se recibía a los muchos invitados que entonces frecuentaban la casa. Los muebles habían quedado allí y seguían cubiertos con viejas telas. Los recuerdos, las presencias casi físicas en aquella sala debieron de resultar demasiado dolorosas para Onneca, porque retrocedió sobre sus pasos y volvió con rapidez al corredor cubierto que rodeaba el patio. De repente tomó de la mano a Musa y tiró de él hacia las escaleras que conducían a la planta superior, donde las dependencias privadas de la casa quedaban separadas del patio central por una galería cerrada con celosías en toda su longitud. Sin soltarlo, avanzó hacia una de las alcobas.

—¿Recuerdas, Musa? En esa cama naciste tú.

Musa esperaba esa pregunta y sabía que no requería respuesta. Hizo un gesto de asentimiento, y apretó la mano de su madre dentro de la suya. Era como si Onneca necesitara compensar las ausencias en la casa con el recuerdo agradable del nacimiento de su hijo.

El recorrido se interrumpió cuando llegaron varios soldados enviados por el oficial para ayudarles a descargar sus pertenencias. Invirtieron en ello el resto de la tarde, y se retiraron a descansar agotados por la dura jornada.

Zahir salió de Tutila con sus hombres el mismo día de la llegada de Amrús, y el viernes a media mañana alcanzaron Qala't al Hajar, donde recibieron noticias del paso de la caravana. Podrían haber alcanzado Arnit esa misma jornada a lomos de sus caballos, pero Zahir prefirió pasar allí el resto del día conversando con el *'amil* sobre los planes de futuro de los Banu Qasi.

Mientras sus hombres comían y descansaban, Zahir y su viejo amigo Hakim se reunieron en la sala del castillo, en torno a una bien provista mesa.

—Se abre ante nosotros un futuro incierto, Hakim. En el plazo de un mes hemos perdido Saraqusta, Tutila, la amistad con el emir y al hijo de mi hermano, nuestro caudillo —reflexionó Zahir mientras contemplaba cómo crepitaban las llamas en la gran chimenea de piedra.

—Recuerda el proverbio, Zahir: «El ayer se fue, el mañana no sé si lo alcanzaré, ¿por qué he de afligirme?» —citó Hakim con una sonrisa.

Zahir se la devolvió mientras movía la cabeza afirmativamente.

—Debemos suponer que sí alcanzaremos el mañana, Hakim. Si no somos nosotros, que ya no podemos esperar mucho, serán nuestros sucesores. Y las decisiones que tomemos ahora, ellos las sufrirán. Muchas veces he deseado que Allah no me hubiera bendecido con esta responsabilidad.

—Te comprendo, Zahir, pero simplemente trata de hacer en cada momento lo que consideres mejor para tu pueblo. Como has hecho hasta ahora...

—Quizá debimos hacer más para impedir el ataque a Saraqusta..., no puedo apartar este pensamiento de mi cabeza.

—Hicimos lo que estuvo en nuestras manos, Zahir, pero nuestra voz no se escuchó. La sangre joven a veces no calcula bien las consecuencias. Fortún no quiso entregar sus tierras sin luchar...

—Supongo que no hubo elección —musitó Zahir—. Pero ahora debemos afrontar la nueva situación y me gustaría escuchar tu consejo. Tenemos dos opciones: seguir con la actitud de rebeldía hacia Amrús, y por tanto hacia Qurtuba, o bien retomar la recaudación y el pago de impuestos al nuevo gobernador de la Marca.

—Soy viejo, Zahir, y me parece tarde ya para cambiar de política. Desde que nací he vivido la relación de clientela hacia Qurtuba, primero en la época de los gobernadores y luego tras el inicio del emirato con Abd al Rahman I. Ahora es su nieto Al Hakam quien rige los destinos de Al Ándalus, y para mí nada ha cambiado, si él y sus generales respetan el tratado de clientela firmado por tu abuelo y el gran Musa ibn Nusayr.

Hakim observó un gesto de preocupación en el rostro de Zahir.

—Me preguntaba cómo habrán llegado hasta Arnit los documentos de nuestra administración. Estos traslados siempre son peligrosos. El pergamino del que hablas se encuentra entre ellos.

—Todo parecía ir bien cuando han salido de aquí. Ha habido suerte y la lluvia no ha aparecido. En todo caso, aquí se guarda una copia. Te la mostraré.

Hakim salió de la sala y al cabo de unos minutos regresó con un viejo rollo de pergamino anudado con una cinta de color indefinible. Desató el lazo y extendió el documento en un extremo de la mesa, pero la luz del exterior empezaba a escasear, de modo que tomó una lámpara de aceite que colgaba junto a la chimenea, la prendió con una brasa y la acercó.

Juntos leyeron una vez más el documento que había cambiado la vida de su gente noventa años atrás:[12]

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Escrito dirigido por Abd al-Aziz ibn Musa ibn Nusayr a Qasio, qumis del Uādi Ibru.

Este último obtiene la paz y recibe el compromiso, bajo la garantía de Allah y la de su Profeta, de que no será alterada su situación ni la de los suyos; de que sus

derechos de soberanía no le serán discutidos; de que sus súbditos no serán asesinados, ni reducidos a cautividad, ni separados de sus mujeres e hijos; de que no serán estorbados en el ejercicio de su religión; y de que sus iglesias no serán incendiadas ni despojadas de los objetos de culto que albergan; todo ello mientras cumpla las cargas que le imponemos. Le es concedida la paz mediante estas condiciones, que regirán en las ciudades siguientes: Arnit, Tarasuna, Qala't al Hajar, Al Faru, Al Hamma, Askaniya Al Burj, Siya, Tutila, Kabbarusho, Balterra, Baqira, Al Qastil, Al Bayda, Kara y Ulit. Además no deberá proporcionar asilo a nadie que huya de nosotros, o que sea nuestro enemigo; ni hacer daño a quien goce de nuestra amnistía; ni mantener ocultas las noticias relativas a los enemigos que lleguen a su conocimiento. Él y sus súbditos deberán pagar al año un tributo personal consistente en un dinar en metálico, cuatro almudes de trigo y cuatro de cebada, cuatro medidas de mosto, cuatro de vinagre, dos de miel y dos de aceite. Esta tasa quedará reducida a la unidad para los esclavos. Firmaron como testigos Utman ibn Abi Abda al-Quraixí y Habib ibn Abi Ubaida al-Fihrí y Abd Allah ibn Maisara al Fahtimí y Abul-Oasim al-Udhailí.

Escrito a 4 de Sawal del año 95 de la hégira.

—Poco antes de firmar este acuerdo con mi abuelo, en Saraqusta, Musa ibn Nusayr había recibido del califa Al Walid de Damasco órdenes directas de acudir a Siria junto con su lugarteniente Tariq, para dar cuenta en persona de sus sucesivas campañas —recordó Zahir—. Sin embargo, se concedió un plazo antes de partir hacia Oriente, porque no quería abandonar la Península sin asegurarse la posesión de la única franja que aún no controlaba, las montañas cántabras y la región de los castillos.

—Y fue entonces cuando ascendió por el Uādi Ibru y entró en las tierras de tu abuelo Qasi.

—Aún era conocido por su nombre de bautismo, Casio.

—El conde Casio, ¿no es cierto? —recordó Hakim.

—Así es, mi abuelo no abrazó el islam al principio. Cuando Musa ibn Nusayr y Tariq hubieron ocupado toda la Península, excepto el macizo montañoso cántabro, decidieron acudir a la llamada del califa. Dejaron al mando a Abd al Azid, el hijo de Musa, y mi abuelo les acompañó en su viaje. Se dirigieron primero a Qayrawan y continuaron luego por tierra el camino de Ifriqiya a Siria, entre un cortejo triunfal de jefes árabes y cautivos beréberes y visigodos. Recuerdo los relatos que nos contaban

cuando era niño: hablaban de cuatrocientos príncipes visigodos ataviados con cinturones y coronas de oro y una gran multitud de esclavos de guerra cargados con grandes y ricos tesoros. No sé qué parte de aquellos relatos era cierta y cuál era invención. Lo cierto es que llegaron a Damasco poco antes de la muerte del califa Al Walid, y allí debió de tener lugar una recepción con pompa y dignidad, en el patio de la gran mezquita, en presencia de cientos de príncipes de Oriente y Occidente. Allí fue donde mi abuelo se convirtió a nuestra religión bajo la protección del propio Musa, supongo que impresionado por la grandiosidad de la corte omeya y su perfecta organización política y social.

—Sin embargo, Tariq y Musa nunca regresaron de Damasco...

—No, Musa ibn Nusayr fue blanco de la animosidad del nuevo califa, Sulayman, quizá por envidia. Confiscó sus bienes y lo humilló, haciéndolo permanecer a pleno sol hasta caer agotado; murió poco tiempo después en Siria, dicen que en la más absoluta miseria. Y Tariq terminó su carrera en Oriente en completa oscuridad. Sólo regresó mi abuelo, convertido en cliente de los omeyas.

—Triste final para un hombre como él, que en sólo tres años dominó para Damasco toda Isbāniyā.

—Una gesta para la historia, sin duda. Aunque la situación que se vivía en la región visigoda era de desgobierno, enfrentamientos y caos. En muchas zonas se recibió a los árabes con los brazos abiertos, sobre todo en aquellas que controlaban los contrarios a Rodrigo. También los judíos, sojuzgados por la nobleza goda, colaboraron de forma activa en el éxito de la ocupación musulmana.

—Entonces el nombre de tu hermano y de tu sobrino, Musa... —Hakim dejó la frase sin terminar.

—Sí, mi padre llamó así a su primer hijo en recuerdo de la clientela y amistad con Musa ibn Nusayr, el mentor de la familia.

—¿Estaba casado ya tu abuelo cuando partió hacia Damasco?

—Y ya había nacido mi padre, Fortún, el único de sus hijos que recibió nombre cristiano. Tras su regreso, ya convertido al islam, nacieron cuatro hijos más, mis tíos: Abu Tawr, Abu Salama, Yunus y Yahya.

Hakim enrolló de nuevo con cuidado el pergamino.

—Durante todos estos años, tras la firma de este documento, los Banu Qasi se han mantenido fieles a la relación con los omeyas —recordó volviendo al tema inicial.

—Hasta que la ambición de Amrús se ha interpuesto.

—Pero Amrús ha sido nombrado por el emir Al Hakam, descendiente directo del califa, y tan omeya como él.

—Amrús se proponía romper el pacto firmado en ese pergamino, Hakim.

—Quizás habría sido más sensato recurrir directamente al emir.

Zahir no respondió inmediatamente. Sentado a la mesa, enderezó la espalda y se

cubrió el rostro con las manos, en un gesto de cansancio.

—Allah lo ha querido así, Hakim. ¿Quiénes somos nosotros para cuestionar sus designios? Ahora se trata de tomar las decisiones más acertadas para el futuro.

Esta vez fue Hakim quien se levantó, y se acercó a la chimenea para avivar el fuego. Se agachó junto a él y comenzó a mover los troncos con un atizador de hierro que colgaba de una alcayata.

—Creo que debemos dejar pasar el tiempo, Zahir. Ve a Arnit, y rehaced la vida allí. Cuando hayamos superado esta adversidad, convoca una asamblea.

—Ésa es mi intención, y me alegra ver que tu consejo va en el mismo sentido. Amrús parece decidido a hacerse fuerte en Tutila y de momento no le creo interesado en seguir avanzando. Eso nos proporcionará cierta tranquilidad.

—Y la vamos a necesitar, Zahir. Sobre todo vosotros, en Arnit.

Capítulo 5

Año 803,187 de la hégira

La muerte de Fortún estaba afectando a Musa más de lo que Zahir había imaginado en un principio. Tras conocer la noticia en Tutila, los acontecimientos se habían precipitado, entraron en la vorágine de la evacuación y los días que siguieron a la llegada a Arnit fueron de actividad constante. Musa llevó el peso de la instalación de su familia en la vieja residencia y, cuando el trabajo en su casa empezó a escasear, se implicó de forma compulsiva en la construcción de las nuevas viviendas para quienes aún no disponían de un techo estable. No se daba una jornada de reposo, y sólo pasaba en casa el tiempo necesario para alimentarse y descansar.

En algún momento Zahir sospechó que ese ímpetu podía obedecer a un deseo inconsciente de evitar enfrentarse al recuerdo doloroso de la muerte de su hermano, pero a medida que transcurría el invierno comenzó a pensar que su sobrino se había implicado de veras en el acomodo de su gente.

Sin embargo, la llegada de la primavera trajo consigo una cierta normalidad en Arnit. Todo el mundo estaba ya más o menos asentado, los hombres comenzaron a dedicarse a las tareas del campo y Musa recuperó un ritmo más pausado.

Fue entonces cuando empezó a manifestarse un cambio de carácter evidente en el muchacho. Se volvió más huraño y taciturno, pasaba más tiempo del habitual a solas en su alcoba o desaparecía una mañana entera con su caballo sin dar ninguna explicación. Zahir se había ocupado de que retomara su formación, tanto en la mezquita como en la alcazaba, entre la guarnición de Arnit, pero los informes que recibía sobre su actitud no eran tranquilizadores: respuestas inapropiadas a los oficiales, una actitud desconsiderada hacia algunos compañeros, peleas...

Zahir trató de mantener una conversación con el muchacho, pero lo encontró completamente impermeable a sus consejos y advertencias. Tuvo la sensación de haber chocado contra un muro, y lo peor era que no sabía cómo franquearlo.

Aquella misma noche, a principios del verano, Zahir trasladó a Onneca sus preocupaciones. Se encontraban en el amplio patio de la casa, sentados en bancos cubiertos de almohadillas bajo el porche que sustentaba la galería superior. Comenzaron hablando de los muchos problemas que aún persistían entre las familias recién asentadas en Arnit, pero pronto surgió el tema que más inquietaba a ambos.

—Sé que es una época difícil, va a cumplir quince años, y que a esa edad ya ha tenido que sufrir demasiado, pero...

Zahir hizo un gesto de preocupación sin acabar la frase.

—Debemos tener paciencia con él. Aún es casi un niño y en poco tiempo ha visto

morir a sus dos hermanos mayores. Y los adoraba... Está sufriendo terriblemente.

—Lo sé, Onneca..., pero precisamente esas muertes le van a obligar a asumir una gran responsabilidad. Cuando supere ese dolor, quedará reforzado, pero todos sus compañeros de armas permanecen atentos para ver cuál es la reacción de quien un día está llamado a ser su guía.

—Estoy segura de que no los defraudará: posee tantas cualidades como sus hermanos. Trataré de hablar con él cuando surja un momento apropiado...

—Debes hacerlo, Onneca..., tú eres su madre y siempre has estado muy unida a él. Quizá se muestre más receptivo contigo.

Musa sabía que no estaba actuando de forma correcta, que descargaba su rabia contenida contra quienes más le querían. Aquel gélido día en Tutila, cuando desde Saraqusta llegó la confirmación que todos temían, mientras abrazaba a su madre y a su tío derrotados sobre las losas de piedra, algo había anidado en su interior, algo que sabía que era malo para él y para todos, pero que había sentido crecer desde entonces. Y ahora que no tenía más opción que moderar la actividad frenética que se había impuesto, aquello pugnaba por salir. Sentía rabia, culpaba a todos de la muerte de su hermano..., a Zahir, que no impidió aquel ataque, al resto de los cabecillas de los Banu Qasi, que lo apoyaron, a los oficiales del ejército que no habían muerto como Fortún.

Al principio todos trataban de entender sus repentinos ataques de cólera, sus respuestas irritadas, su actitud casi pendenciera. Pero siete meses después de la llegada a Arnit, quienes tenían que convivir con él empezaban a demostrar su hastío y a perder la paciencia.

Una calurosa mañana a finales de Sa'ban, Zahir fue llamado con urgencia a la alcazaba porque al parecer había tenido lugar un incidente. Al entrar en el recinto notó un revuelo inusual, y los soldados que se encontraban hablando en corros dejaron de hacerlo. Se acercó a uno de los grupos y preguntó al que parecía mayor: el oficial había reprendido a Musa por unos comentarios poco afortunados, y el muchacho, humillado, tuvo que pedir excusas ante el resto de compañeros. Poco después, el mismo oficial trataba de mostrar a sus alumnos la técnica para detener un golpe de sable y había pedido a Musa que hiciera un amago de ataque, con la esperanza de que su elección sirviera para aflojar la tensión entre ambos. Pero el chico había arremetido de forma agresiva e inesperada contra el militar y le había producido un corte en el hombro.

Zahir, indignado, salió tras el muchacho y lo encontró en una de las dependencias de la casa, sentado en un rincón, con las rodillas recogidas contra el cuerpo.

—¡Levanta, Musa!

El chico se mostró remiso, pero ante la mirada encendida de su tío se puso en pie.

—Espero una explicación. ¡Y que sea convincente!

—¡Me ha humillado delante de todos mis compañeros!

—¡Es tu superior! ¡Te ha reprendido por tu actitud, como es su obligación!

—¡No tiene derecho a tratarme así!

—¿Acaso has olvidado los principios de la milicia? ¡Musa, mírame a la cara! ¿Has olvidado que tú, Musa ibn Musa ibn Fortún, estás llamado a dirigir a esos hombres antes de lo que imaginas? ¡Incluso al oficial al que has abierto el hombro!

El tono de voz de Zahir era cada vez más alto, dominado por la ira.

—¿ Cómo pretendes exigir de ellos disciplina y respeto a tu autoridad dentro de unos años? —siguió—. Musa, ¡tu actitud está siendo lamentable!

Zahir nunca había gritado así al muchacho. Y Musa jamás había visto a su tío en ese estado de indignación hacia él. Durante unos instantes se enfrentaron con la mirada, ambos respiraban agitadamente, hasta que Musa se giró sobre sus talones y salió de la sala. Zahir escuchó cómo tropezaba con un mueble en el zaguán antes de dejar la casa con un violento portazo, y se derrumbó sobre un banco.

Musa atravesó las calles polvorientas, al principio sin una dirección concreta. Tras un instante de indecisión volvió sobre sus pasos y se encaminó a las caballerizas. Encontró a *Baraka* tranquilo, y lo ensilló sin dar explicaciones a los dos mozos de cuadra que observaban sus crispados movimientos. Tomó al animal de las riendas y salió al exterior, donde el sol de mediodía ya empezaba a resultar molesto. Los dos muchachos salieron tras él y, bajo el tosco marco de la puerta, vieron cómo Musa montaba, espoleaba al animal con los talones y salía al galope hacia las puertas de Arnit.

Absorto en sus confusos pensamientos, no habría podido calcular el tiempo que llevaba cabalgando río abajo. El intenso calor de mediodía se hacía más llevadero a lomos del animal con la brisa, que refrescaba su cuerpo, pero *Baraka* pronto dio señales de fatiga, así que se dirigió hacia una alameda junto a la orilla del Uādi Zidaq y dejó al animal atado a una rama junto al agua. Él mismo se quitó sus vestiduras y aprovechó la parada para refrescarse en una pequeña poza que la corriente había excavado en la roca.

Con el baño desaparecieron el calor y parte del cansancio, pero no la sensación de angustia que le atenazaba la garganta. Tumbado en la hierba trató de ordenar sus pensamientos. ¿Por qué ese desasosiego que trataba de descargar en los demás? ¿Qué era lo que lo perturbaba de esa manera? ¿Por qué había enfilado inconscientemente el

camino río abajo y no el contrario? Aunque no quisiera reconocerlo, sabía que la respuesta a todas sus preguntas se encontraba en Tutila, y también sabía que iba a continuar hasta allí en lugar de volver a Arnit.

Cuando comenzó a ceder el calor de la tarde, montó de nuevo y siguió el curso del río unas millas más, hasta llegar a una pequeña aldea donde el cauce describía una cerrada curva y se dirigía al norte en busca del Uādi Ibru. Musa decidió abandonarlo y proseguir su camino hacia el este, dejando a su derecha los montes tras los que discurría otro río, el Uādi al Hamma, en el que más de una vez había disfrutado de las cálidas aguas que surgían de las entrañas de la tierra. Antes de salir de la vega pasó junto a una enorme higuera y aprovechó la ocasión para atracarse con los sabrosos higos negros y calmar así los pinchazos con los que su estómago protestaba, sobre todo tras el baño en el río. Cuando comenzó a oscurecer, buscó abrigo en un barranco excavado en la tierra arcillosa por el agua de lluvia, y se acomodó bajo un saliente rocoso que le protegería de la intemperie. El cansancio y la agradable brisa nocturna consiguieron que cayera dormido poco después de apoyar la cabeza sobre la pequeña manta enrollada que llevaba en su silla.

Despertó de madrugada y sintió frío. Su ropa de lino era fresca para los calurosos días del verano, pero no le protegía lo suficiente de la brisa de la madrugada. Se envolvió con la manta que le había servido de almohada hasta que la luz del amanecer fue suficiente para cabalgar de nuevo, y reemprendió el camino hacia el punto donde el sol estaba a punto de asomar. Sin embargo, acuciado de nuevo por el hambre, se desvió hacia una aldea próxima. Pensó que se estaba comportando como un fugitivo, y no sabía por qué. Podía entrar en la aldea y nadie le negaría un trozo de pan y un poco de queso, pero prefirió seguir adelante sin encontrarse con nadie. Comió dos jugosos pepinos y unos cuantos albaricoques en una huerta próxima, y guardó otra media docena en la bolsa que colgaba al costado de *Baraka*.

Aprovechó las primeras horas del día para cabalgar, cruzó el Uādi al Hamma en su camino hacia Al Faru e hizo un alto en su orilla durante las horas más calurosas. A media tarde reanudó la marcha y, antes de caer la noche, se encontró ante el alto desde el cual sabía que podría divisar Tutila. Dejó a *Baraka* atado a la rama de un nogal y ascendió a pie la ladera, atento a cualquier signo de presencia humana en los alrededores. Lo primero que le vino a la mente cuando coronó la cima es que se había equivocado de ciudad, porque apenas pudo reconocer lo que había abandonado sólo ocho meses antes. El primitivo muro que cercaba la villa se hallaba rodeado por elevados andamios de madera en varios tramos. Las zonas más próximas a los ríos aún se veían en obras, pero las que no estaban protegidas por el cauce se habían convertido ya en robustas murallas de quince codos de altura y tres de espesor, jalonadas a intervalos regulares por poderosos torreones circulares que sobresalían en sus adarves. Un ejército de jornaleros y esclavos pululaba entre los andamios y las

obras, en medio de voces y ruidos de todas clases.

Musa dirigió la mirada hacia lo alto del monte que dominaba la ciudad, aproximadamente a su altura, y descubrió que la pequeña alcazaba que lo coronaba estaba siendo ampliada hasta ocupar todo el patio exterior al tiempo que se levantaba una nueva muralla que resguardaba el recinto cerca de la base del monte.

Incluso el puente de madera sobre el Uādi Ibru se estaba reforzando y, a pesar de la distancia, se apreciaba que su nueva calzada fácilmente duplicaba en anchura a la anterior. Grandes troncos flotaban atados a la orilla del río, troncos que debían de haber llegado desde las montañas del norte, pensó Musa, porque en las zonas llanas no se conocían árboles de semejante porte. Otro gran edificio cuya función no alcanzaba a adivinar comenzaba a tomar forma junto a la muralla oriental, en un terreno antes ocupado por pequeñas huertas intramuros.

En ese momento el muecín iniciaba la llamada a la oración, y Musa pudo distinguirlo encaramado en el alminar de la pequeña mezquita. Los jornaleros empezaban a abandonar las obras y se dirigían al parecer al otro extremo de la ciudad, donde se encontraba la gran explanada junto al Uādi Qalash. También los últimos pastores y trabajadores del campo volvían de sus tierras junto al río.

Musa contemplaba ensimismado el panorama de la ciudad en plena transformación. Era ya casi de noche cuando llegó hasta él un crujido lejano y, aun en la penumbra, pudo apreciar que la guardia cerraba las puertas de la ciudad. Al cabo de un momento, varios puntos de luz fueron apareciendo a lo largo de las calles principales: desde su posición, en la parte de la villa que no quedaba oculta a su vista por la alcazaba, pudo adivinar la presencia de dos hombres con antorchas en la mano que iban encendiendo hachones colocados en los soportes de las esquinas.

Con la puesta del sol se levantó una ligera brisa que recordó a Musa la necesidad de buscar algún refugio para pasar la noche. Recordó una cueva próxima a la puerta de Qala't al Hajar donde solía jugar con los demás chicos poco después de llegar a Tutila. Descendió la loma, desató a *Baraka* y lo condujo a pie hasta el descampado que buscaba. Anduvo con cuidado, porque recordaba que junto .i la pared donde se abría la cueva discurría un barranco profundo y estrecho. Afortunadamente, la luna en cuarto creciente proporcionaba algo de luz y no tuvo problemas para encontrar el lugar. Después de dar cuenta de un pequeño talego de almendras que había recogido en el camino y de los albaricoques que había guardado por la mañana, se acomodó al abrigo de la cueva y se dispuso a pasar la noche.

Desde allí no escuchó la llamada a la primera oración del día, y el sol ya había aparecido cuando se levantó entumecido. No sabía qué iba a hacer. Dejó a *Baraka* bien sujeto junto a la cueva y salió a campo abierto, en dirección a la loma desde la que había divisado Tutila la noche anterior. Cruzó el camino de Qala't al Hajar, el mismo que meses atrás había seguido la columna que evacuaba a su gente, y

comenzó a subir la colina, pero a media ladera vio cómo un pastor con su rebaño coronaba un repecho del camino y se dirigía hacia él. Se sentó en el suelo junto a un arbusto y aguardó a que se acercara con la esperanza de que fuera alguien conocido. No tuvo que esperar mucho para reconocer a uno de los muchachos que tantas jornadas había compartido con él: era Faruq, uno de los que habían estado en el Ibru el fatídico día de la muerte de Essam e Ismail. Antes de que el pastor notara su presencia sus perros lo habían descubierto, así que Musa se levantó y llamó al muchacho con un breve silbido. Faruq se volvió hacia él y se acercó hasta reconocerlo.

—¡Musa! Pero ¿tú no...?

Musa sonrió a su antiguo amigo.

—Faruq...

El chico asintió alegremente.

—Pero ¿qué haces tú aquí?

—Estoy dando un paseo..., un tanto prolongado.

—No tendrás intención de entrar en Tutila, ¿no?

—En absoluto. Pero sí te voy a pedir un favor, Faruq.

—Dime, cuenta con ello —dijo el chico.

—¿Podrías dejar aquí el ganado conmigo y volver a la ciudad? Necesito que des un recado a Ziyab, el carpintero, ya sabes...

—Claro, eso está hecho. ¿Cuál es ese recado?

—Dile que lo espero después de la siguiente llamada del muecín en lo alto de aquella loma. Si hay algún problema, vuelve y me lo dices.

—Los perros cuidarán de las ovejas, no te preocupes. Vuelvo en cuanto pueda —respondió Faruq entusiasmado comenzando a andar hacia el camino. Seguramente esto era lo más emocionante que le había ocurrido en meses.

—Ah, dile que..., apenas he comido en los dos últimos días.

Faruq paró en seco, miró a Musa y retrocedió hacia él. Abrió su zurrón y le tendió un buen trozo de pan de panizo mientras cortaba un pedazo de queso elaborado seguramente con la leche de sus propias ovejas.

Musa comió con avidez mientras vigilaba el rebaño, hasta que vio regresar al pastor a buen paso.

—¡Hecho! —dijo al llegar—. Dice que allí estará.

—¿Qué cara ha puesto cuando se lo has dicho?

—¡Tenías que haberla visto! Hace tiempo que no se le veía una sonrisa en el rostro.

—¿Sigue enfermo su padre?

—Su padre murió dos o tres meses después de vuestra marcha, en medio de grandes dolores. Ni el jugo de la adormidera conseguía calmarlo. Ziyab también

sufrió mucho.

Musa quedó repentinamente serio, pero recompuso el gesto.

—Te agradezco lo que has hecho, Faruq.

—Me alegra poder ayudarte, Musa. Si hay algo más que pueda hacer...

—Sólo una cosa..., no hables con nadie, absolutamente con nadie, sobre este encuentro. ¿Lo harás?

—Tienes mi palabra —dijo el pastor, y le tendió una mano moleña y áspera.

Musa subió a la loma y se dispuso a esperar, contemplando de nuevo desde lo alto la actividad y el bullicio en la ciudad. Suponía que, tras la marcha de sus habitantes, Tutila habría quedado prácticamente deshabitada, pero en esos momentos sus calles eran un hervidero, aunque desde aquella posición no divisaba el centro, donde el zoco, los hornos de pan y los talleres concentraban a la mayor parte de los vecinos durante la mañana. Con la luz del día habían vuelto al trabajo cientos de obreros que se repartían por las nuevas murallas y la alcazaba. A sus pies, a sólo unos centenares de codos, se había habilitado una cantera, y una reata de carros y mulas iba y venía cargada de piedras hasta el punto de la muralla donde un grupo de canteros acababa de darles forma y las dejaba dispuestas para su colocación. Le llamó la atención una curiosa máquina en lo alto del muro que no había visto nunca: se trataba de una estructura de madera con un travesaño horizontal que sobresalía en el aire y de cuyo extremo colgaba una rueda de hierro. Los jornaleros pasaban una gruesa maroma alrededor de la rueda, y desde el suelo varios hombres, que por su aspecto eran esclavos, tiraban de ella para elevar las enormes piedras sin esfuerzo aparente. El color de la piel de los esclavos también le resultó extraño: muchos de ellos eran negros, más de lo que había visto nunca. Tiempo atrás, algún mercader se había convertido en el centro de atención al aparecer en el zoco con un esclavo negro, pero ahora su número era enorme y se veían por toda la ciudad.

Mientras contemplaba los trabajos le sorprendió la llamada del muecín, y casi al instante, como si estuviera esperando, una figura atravesó la puerta de Qala't al Hajar con un hato al hombro y al poco se perdió tras una elevación del terreno. No tardó en reaparecer al pie de la loma, y Musa pudo reconocer la peculiar forma de andar de su amigo, que miraba hacia el punto donde se encontraba. Musa se puso en pie y levantó un brazo para hacerse más visible, y un movimiento de cabeza de Ziyab le indicó que lo había localizado.

Musa hubo de contener el impulso de correr a su encuentro, pero no quería que nadie supiera de su presencia allí, y esperó sentado mirando sonriente a su amigo, que se acercaba con paso ligo ro a pesar de la pendiente. Se fundieron en un largo abrazo que Musa rompió para sujetar a Ziyab por los hombros, como si quisiera contemplarlo mejor.

—Pero..., ¿qué haces aquí? —dijo Ziyab riendo.

—No podía vivir sin vosotros —bromeó Musa.

—¿Cómo estáis todos? ¿Cómo van las cosas en Arnit?

—Fue duro, Ziyab. Hubo mucha gente que lo pasó mal, pero nuestros hermanos de Arnit abrieron sus puertas de par en par, y todos arrimaron el hombro. Todo el mundo está ya asentado, de mejor o peor manera —resumió Musa—. ¿Y tú? Faruq me ha contado lo de tu padre... No sabes cómo lo siento, Ziyab.

—Prefiero no recordar eso, Musa, fue demasiado doloroso —respondió el muchacho con la cabeza gacha. Tras unos instantes alzó la vista de nuevo y cambió de tema—: ¿Qué te parece lo que estás viendo? —dijo al tiempo que señalaba hacia Tutila.

—Ayer me quedé asombrado. Al principio pensé que había equivocado el camino y había llegado a otra ciudad.

—Sí, es sorprendente. Amrús carece de corazón, pero su capacidad como gobernante no tiene igual. No repara en esfuerzos, y parece que tampoco en el gasto.

—Pero ¿de dónde ha sacado a toda esta gente?

—Muchos han venido de Saraqusta con él, pero ha ofrecido numerosas ventajas a vecinos de ciudades próximas, como Tarasuna, Al Burj, Siya y otras, que se han trasladado aquí con sus familias. Muchos de ellos han ocupado las viviendas que habían quedado vacías. Hay también jornaleros llegados desde sitios mucho más lejanos...

—Y también hay esclavos...

—Sí, la mayoría son sudaneses, pero los hay también blancos, procedentes de las regiones eslavas. Todos han sido traídos al parecer desde Qurtuba, a través de Saraqusta, donde cuentan que existe un gran mercado.

—¿Y los artesanos?

—Han llegado por docenas, atraídos por los sueldos que ofreció Amrús. Hay canteros, carpinteros, herreros, albañiles, hasta un arquitecto cordobés se aloja en la alcazaba, con Yusuf.

—¿Yusuf, dices?

—Sí, claro, ¿no ha llegado a Arnit la noticia? Amrús volvió a Saraqusta para hacerse cargo del gobierno de la Marca que el emir le había encomendado, y dejó como gobernador de Tutila a su hijo Yusuf, tan despiadado como su padre, aunque dicen que no tan inteligente. ¿Ves aquel edificio que están construyendo junto a la muralla, en la antigua huerta? —Señaló hacia la construcción rodeada de andamios que ya había llamado la atención de Musa—. Es la nueva residencia de Yusuf, que más va a parecer un palacio.

—Y la alcazaba...

—Ahí es donde el arquitecto parece emplearse a fondo. Han derruido parte del interior, y la están ampliando hasta ocupar todo el antiguo recinto amurallado. Hay

cientos de obreros y esclavos trabajando de sol a sol. Les obligan a avanzar a tal ritmo que a veces tienen que parar por falta de material.

—Se ve mucha actividad en las calles también...

—Sí, llega gente nueva cada día. Yo creo que ya se ha superado la población que había anteriormente, y sigue aumentando de forma imparable. Desde aquí no lo ves, pero en la *musara* se ha instalado un campamento con grandes tiendas... En realidad dos campamentos: en uno de ellos alojan a los esclavos, y el otro está ocupado por los jornaleros y sus familias que aún no tienen acomodo dentro de las murallas. Además, toda esta actividad atrae a comerciantes y vendedores de mil clases de mercancías, se han abierto nuevos talleres, hornos y hasta cantinas.

—¿Cantinas?

—Parte de la población es mozárabe y judía, y su religión no les impide el consumo de vino. Pero te aseguro que no sólo entran ellos..., muchos musulmanes se saltan el precepto.

—Para disgusto del *imām*, supongo...

—Cierto, cada viernes lo menciona —dijo Ziyab con una sonrisa.

—¿Y tú? ¿Sigues con el taller?

—Sí, y no me falta trabajo, más del que puedo aceptar. Los sueldos son buenos y hacen falta muebles para todas las familias que se están instalando. Debo agradecer a Allah que mi padre me enseñara a tiempo todo lo que sabía. Soy joven, pero me esfuerzo por trabajar a conciencia y con detalle. Nada más morir mi padre no había pedidos, sólo algunos más guiados por la lástima que por la confianza. Pero cuando vieron que los trabajos estaban bien acabado» empezaron a multiplicarse los encargos.

—Me alegro mucho por ti, Ziyab. No puedo decir que a mí ni(vayan tan bien las cosas.

Musa confió a su amigo los problemas y las tensiones que estaba viviendo en Arnit. Ziyab lo escuchó con atención, tratando comprenderle.

—Ten paciencia, Musa. Mi padre me decía que no debíamos desesperar, porque las situaciones que hoy nos parecen insuperables mañana se pueden solucionar. En mi caso ya se ha hecho realidad: echo en falta unos padres, y os echo en falta a vosotros, pero voy rehaciendo mi vida. Tú también has pasado pruebas demasiado duras para tu edad, pero te quedan tu madre, tu tío y tu gente. No podemos fallarles, Musa.

Ziyab se sorprendió al oírse hablar así, e incluso temió pareen pedante y redicho. Cuando terminó se dio cuenta de que los ojos de Musa brillaban demasiado y comprendió que su amigo lo estaba pasando realmente mal en Arnit.

—No podemos volver atrás, Musa. Tienes que recordar a tu hermano Fortún y tratar de parecerte a él. Estás destinado a ocupar su puesto, y yo no renuncio a que algún día traigas aquí de nuevo los Banu Qasi y podamos volver a salir juntos a

montar a caballo. Ni Yusuf ni su padre son queridos aquí, por su carácter despótico y el trato injusto con el que mantienen sometidos a sus súbditos. La necesidad y el dinero se imponen, pero llegará un momento en que deban pagar sus excesos. Y para entonces tendrás que estar preparado al frente de los tuyos.

Musa se quedó mirando fijamente a su amigo con los ojos en tornados.

—Cuánto has madurado, Ziyab. Me parece estar escuchando a mi tío. Y sé que ambos tenéis razón.

Ziyab de repente pareció recordar la bolsa que llevaba en la espalda.

—Me había olvidado..., te he traído esto.

Sacó un pan redondo y plano hecho con harina blanca de trigo, un gran trozo de carne asada envuelto en hojas de higuera, una buena porción de queso y aceitunas en salmuera. En un saquete de tela había metido higos secos, dátiles y almendras, que Musa podría conservar para el camino de vuelta.

El muchacho comió con avidez y bebió agua fresca del odre de piel que Ziyab le ofreció. Comieron en silencio, contemplando juntos la actividad que se desarrollaba a sus pies.

—¿Para qué has vuelto a Tutila? —preguntó Ziyab al fin.

Musa no contestó inmediatamente, sino que empinó el odre y bebió agua.

—Supongo que lo necesitaba —respondió cuando hubo acabado de beber.

Ziyab asintió sonriendo, como si hubiera esperado la respuesta.

—¿Puedo pedirte un favor? —siguió Musa.

Ziyab respondió sin palabras, con un simple gesto de afirmación.

—Trata de estudiar la guarnición que tiene Yusuf aquí. Calcula el número de hombres, dónde se ubican, cómo hacen los cambios ilc guardia y a qué horas. Estoy seguro de que a Zahir le interesará esa clase de información. Hazla llegar a Arnit con algún comerciante de confianza.

—Descuida, lo haré. No será ningún problema.

—Regreso ya, Ziyab. Sé que mi madre y mi tío estarán preocupados y no quiero alargar esto más —dijo Musa al tiempo que se ponía en pie.

—Me alegro de haber podido verte de nuevo.

Musa asintió con la cabeza.

—Gracias por tus consejos, Ziyab. Estos días me están sirviendo para reflexionar, y sé que tú y mi tío tenéis razón.

—No te culpes por lo que ha ocurrido durante estos meses. Las pruebas que has tenido que soportar son demasiado duras —Ziyab agarró a su amigo por los hombros —. Si has superado esto, no hay duda de que eres fuerte... Serás un buen jefe para los Banu Qasi.

Los dos muchachos iniciaron el descenso de la colina en busca de *Baraka*, que permanecía tranquilo junto a la cueva donde habían pasado la última noche. Se

abrazaron con fuerza antes de que Musa montara sobre el animal.

—Cuídate, Musa —dijo Ziyab mientras el caballo giraba sobre sí mismo.

—Lo haré, amigo. Estaremos en contacto.

Musa regresó a Arnit tan rápido como pudo. Nada más atravesar la puerta de la ciudad, mandó a un mozalbete a dar aviso a Onneca de su llegada y se dirigió a la alcazaba en busca de su tío. Lo encontró en una de las salas, conversando en la mesa con dos oficiales. Al verlo aparecer Zahir dirigió su mirada a los pergaminos que tenía extendidos ante él y dejó de hablar. Los dos hombres salieron prudentemente de la estancia.

—Te debo una explicación, Zahir.

Al ver que su tío ni siquiera levantaba la vista hacia él, decidió proseguir con los argumentos que había preparado cuidadosamente en su viaje de vuelta.

—Sé que mi comportamiento durante los últimos meses no ha sido adecuado, y no quiero justificarme.

Le resultaba difícil encontrar las palabras adecuadas, pero siguió adelante.

—Durante estos días he tenido tiempo de reflexionar, y reconozco que tus consejos han sido acertados, y tus reprimendas, justificadas. Me he comportado como un estúpido, lo sé. Además he tenido ocasión de encontrarme con alguien que ha repetido tus palabras casi al pie de la letra, y reconozco que ambos tenéis razón.

Musa percibió un ligero cambio en el gesto de su tío, que interpretó como una mezcla de curiosidad y de satisfacción por sus palabras.

—Te juro que mi actitud va a cambiar a partir de ahora. —Musa hizo una pausa —. Quiero pediros disculpas... ¿Las aceptarás? —dijo en tono humilde.

Zahir miró a su sobrino a la cara por primera vez.

—¿Dónde has estado? —preguntó con voz grave.

—Llegué hasta Tutila.

Zahir asintió con un movimiento de cabeza.

—Lo suponía —dijo.

—Apenas la reconocí. Amrús ha llevado allí un auténtico ejército de obreros y esclavos, y están fortificando la ciudad, rodeándola de poderosas murallas. Han ampliado la alcazaba y la han rodeado de una nueva muralla en la base del monte. Están construyendo una gran residencia para el gobernador, que ahora es Yusuf, y el puente...

—Deja los detalles para más adelante, Musa—interrumpió—.

Quiero que me expliques el motivo de esta nueva huida. Tu madre está destrozada, y puedes imaginar los comentarios de nuestra gente... Tu imagen entre los hombres no es precisamente buena en este momento.

—Estaba fuera de mí, Zahir. El incidente con el oficial hizo colmar la copa. Me sentía avergonzado y cogí el caballo sin saber adónde iba.

—Y eso justifica haber pasado cuatro días sin dar señales de vida...

La puerta se abrió de repente y apareció Onneca, aparentemente calmada y digna, pero el color de sus mejillas y el cabello despeinado indicaban la agitación y la prisa que la habían conducido hasta allí. Su actitud demostraba que estaba luchando entre dos sentimientos: el alivio por ver a su hijo a salvo, y la indignación por su escapada sin noticias. Se dirigió a grandes pasos hacia Musa, que la recibió sin saber qué esperar, pero ella lo estrechó con fuerza, y el muchacho respondió a su abrazo.

—No vuelvas a hacerlo, hijo. No vuelvas a hacerlo —repetía con voz queda.

No fue Musa quien respondió, sino Zahir:

—No volverá a suceder... Acepto tus disculpas, Musa. Y tu juramento.

Dos días después del fin de Ramadán, llegó hasta Arnit un correo procedente de Banbaluna. Enneco solicitaba la presencia de Zahir y una representación de los Banu Qasi para tratar «asuntos de interés común para ambas familias», según aparecía literalmente escrito de su puño y letra en el rollo de pergamino que le entregó el mensajero. El mismo correo fue despachado al día siguiente con la respuesta de Zahir, que emprendería el viaje cuando hubiera convocado al resto de los jefes que debían acompañarlo.

Los caudillos no tardaron en llegar, y cinco días después se hallaban todos reunidos en la alcazaba de Arnit, dispuestos para salir hacia Banbaluna a la mañana siguiente.

Musa se encontraba en la casa del oficial al que había herido en el hombro. A su regreso, había acudido a visitarlo y, tras pedirle excusas sinceramente, se había ofrecido para ayudar a su familia durante su convalecencia. Estaba partiendo leña en el patio cuando un muchacho de corta edad entró para avisarle de que su tío Zahir lo buscaba. Musa dejó el hacha apoyada en la pared y se lavó la cara y los brazos sudorosos en un pequeño aljibe del patio.

Se dirigió a la alcazaba y un soldado le guió a la estancia donde le esperaba su tío. Musa abrió la puerta con tiento, y Zahir, sentado frente a él, le hizo una señal con la mano para que se colocara junto a él e indicó a los demás que interrumpieran su conversación.

—Bien, todos conocéis ya a Musa, mi sobrino. Quiero que sea él mismo quien responda a vuestras preguntas sobre su visita a Tutila.

Musa estaba sorprendido por su repentino protagonismo, y descubrió que los detalles sobre lo que había visto en Tutila despertaban gran interés. Cuando las preguntas terminaron, Zahir tomó la palabra.

—Bien, ya veis que Amrús no está reparando en medios. Evidentemente pretende hacer de Tutila un baluarte defensivo de importancia, y eso concuerda con lo que Ahmed nos ha confiado.

Musa dirigió la vista hacia el hombre al que se refería su tío, y vio con sorpresa

que el primo de Zahir, Ahmed ibn Qasi, había acudido desde Saraqusta.

—Si las noticias que nos trae Ahmed se confirman —prosiguió Zahir—, Amrús y su hijo esperarán a concluir la fortificación para iniciar su expansión río arriba, e incluso hacia Banbaluna. Con los Banu Amrús en Tutila, las ciudades que se encuentran entre ésta y Saraqusta no tienen posibilidad de defensa: Al Burj, Siya y Tarasuna no tardarán en caer.

—Podría acabar ocupando todo nuestro territorio —intervino Hakim, el viejo '*amil* de Qala't al Hajar.

—No creo que se mueva antes de la próxima primavera, pero en cualquier caso es poco tiempo para rehacer nuestras maltrechas fuerzas—añadió el *'amil* de Tarasuna.

—Afortunadamente conocer las intenciones de Amrús antes de reunimos con los vascones ha sido en verdad oportuno. Tu colaboración desde Saraqusta está resultando inestimable, Ahmed.

Todas las cabezas se volvieron hacia él, con gestos de asentimiento.

—No vamos a tomar ninguna decisión hasta reunimos con Enneco. Saldremos mañana a primera hora, así que lo más sensato será retirarnos a descansar. Nos esperan duras jornadas de viaje.

Algunos de los '*amil* se acercaron a Musa para felicitarle por la información que les había trasladado, y el muchacho comprobó con agrado que le trataban como a uno más de los reunidos, a pesar de su edad. Le sorprendió la voz de Zahir a su espalda:

—Deberías ir a descansar. Tendrás que levantarte pronto para preparar tu caballo.

La cara de extrañeza de Musa hizo reír a su tío.

—Sí, vienes con nosotros. Creo que tienes cosas que contar a tu hermano Enneco. Tu madre ya ha preparado lo necesario...

—¿Ella..., también...?

Zahir movió afirmativamente la cabeza.

—Sé que desea ver a Enneco y a Fortuño, y es una buena oportunidad.

Ninguna otra noticia le habría hecho más feliz en aquel momento. Por un instante, se disipó toda sombra de preocupación, e impulsivamente abrazó a su tío.

—¡Gracias! —le dijo Musa—. ¡Gracias, gracias, gracias! —repetía en voz baja mientras salía de la alcazaba con los brazos en tensión y los puños apretados.

Partieron al amanecer, y durante dos días recorrieron el camino hacia Banbaluna. Atravesaron el Uādi Ibru en Qala't al Hajar y cruzaron la pequeña sierra que limitaba el valle, hasta el curso del río que descendía de la ciudad vascona. Remontaron su cauce, recogieron por el camino a los representantes de Kara y Kabbarusho y pasaron la noche en Ulit. Al atardecer del día siguiente, alcanzaron el alto desde donde se divisaba la fortificación de la capital. Al aproximarse a las puertas de la ciudad, se cruzaron con varios grupos de campesinos que volvían a sus fundos tras pasar el día

vendiendo sus animales y hortalizas en el mercado. Parecía que su visita era esperada, porque todos los reconocieron y saludaron efusivamente en el camino. Un jinete se había adelantado para advertir de la llegada de la comitiva, y no se sorprendieron al ver aparecer entre las jambas del grueso portón a varios hombres a caballo que salían a recibirlos. Al frente del grupo se encontraba Enneco, pero esta vez, con su montura a la par, lo acompañaba otro caballero de igual porte y espléndido aspecto. Onneca no dudó y, a pesar de la distancia, distinguió a Enneco y a Fortuño.

Los miembros de la comitiva refrenaron sus monturas y dejaron que Onneca avanzara en solitario hacia sus hijos. La seguía Musa a apenas unos codos, y tras ellos sólo Zahir continuaba la marcha. Enneco, con una sonrisa, hizo un gesto a su hermano Fortuño, que desmontó y se acercó a grandes pasos a su madre. La multitud se había ido congregando en los alrededores de la entrada al recinto amurallado, y estalló en vítores y aplausos cuando ambos se fundieron en un abrazo que elevó a Onneca por los aires. Enneco, consciente del tiempo que había pasado desde la última vez que Onneca había visto a su hermano, intentó mantenerse apartado, pero ella lo reclamó junto a sí, igual que a Musa.

—Nunca podréis saber cuánto he deseado este momento —dijo mientras estrechaba a sus tres hijos.

Cuando pudieron liberarse del interminable abrazo de su madre, Enneco y Fortuño centraron su atención en Musa. En especial el segundo parecía sinceramente impresionado, porque no había tenido oportunidad de verlo en su anterior viaje a Baskunsa, y ahora se encontraba con un muchacho fuerte, serio y maduro que poco tenía que ver con el niño que recordaba jugando en las praderas del Pirineo.

Los saludos se extendieron a Zahir y al resto de la delegación, y antes de la puesta de sol atravesaron las puertas de Banbaluna en dirección a la alcazaba a cuyos pies discurría el Uādi Aruad.

Las emociones aún no habían cesado para Onneca. A las puertas de la fortaleza la esperaban sus nietos: Assona, Nunila, y el pequeño García, de tan sólo tres años. Los tres llevaban en sus manos hermosos ramos de flores silvestres, que entregaron a su abuela con una afectada inclinación de cabeza que la hizo reír. Toda se encontraba tras ellos, y sólo tuvo que hacer una señal para que se lanzaran hacia su abuela y la cubrieran de besos.

—Me alegra ver que has hablado a tus hijos de mí, de lo contrario no sería éste su comportamiento —dijo a su nuera cuando se encontraron.

—Su padre les enseña a amar a los suyos, Onneca —respondió Toda con una sonrisa sincera.

—El pequeño García ni siquiera me había visto nunca.

—A pesar de que estabas presente cuando vino al mundo, rodeado de nieve —recordó con las cejas enarcadas.

También Musa saludó a sus primos y a su tía. No pudo evitar mirar a Assona, que ya tenía nueve años y se había convertido en una preciosa niña de oscuros ojos almendrados y piel clara, con las mejillas sonrosadas quizá por la turbación que le producía el reencuentro. Nunila, que había cumplido seis años, también tenía un precioso cabello largo, pero mucho más claro que su hermana mayor. En ambas se adivinaban los rasgos y la fortaleza física de Onneca.

Pese a la alegría del reencuentro, ningún miembro de la familia podía apartar de su mente la ausencia de Fortún. La sombra de su recuerdo sobrevoló la reunión familiar que se prolongó hasta la cena, cuando se unieron a ellos los jefes musulmanes llegados desde las tierras Banu Qasi y los vascones que habían descendido de los valles del Pirineo a la llamada de Enneco. Nada se habló de política, al menos de manera formal, durante el abundante banquete con el que Enneco agasajó a sus invitados.

Una vez más, Musa no se extrañó cuando vio cómo los jefes musulmanes levantaban sus copas para ponerlas al alcance del sirviente que circulaba alrededor de la mesa para escanciar el vino de la ribera del Uādi Aragun. Puede que en la intimidad guardaran el precepto coránico, pero en ocasiones como ésta hacían pocos ascos a la bebida que alegraba sus espíritus y desataba su lengua. Fuera o no por esta causa, el final de la cena se convirtió en una Torre de Babel de lenguas entremezcladas: los vascones hablaban en su propia lengua, los musulmanes en árabe, algunos clérigos en latín y, como lengua común, compartían el romance.

A Musa no le pasó por alto el cambio en la relación de Enneco con el resto de jefes vascones. Su autoridad era ahora indiscutida, y el empaque de su hermanastro en el trato recordaba más al de un rey con sus súbditos que al de un igual revestido temporalmente de autoridad. Bastó un gesto suyo para que todos dieran la velada por terminada y, a pesar de que el vino escanciado con demasiada generosidad invitaba a lo contrario, todos fueron desfilando hacia sus aposentos.

Las celebraciones del reencuentro dieron paso en la jornada siguiente a una tensa sesión, celebrada en la misma sala donde tan sólo unas horas antes habían sonado cítaras y flautines. A Musa, sentado cerca de su tío Zahir, se le antojaba un escenario distinto, bañado ahora por la luz de la mañana y desprovisto de las telas que cubrían los muros la tarde anterior. Sólo la gran mesa rectangular, ahora con la madera de roble a la vista, permanecía en el mismo lugar.

Enneco era un hombre formado en las montañas, y la tendencia a la verborrea no se contaba entre sus defectos, así que comenzó su alocución en romance, agradeciendo a todos los presentes el esfuerzo del viaje, y sin más entró en materia.

—Desde hace generaciones ha sido imperativo para mi pueblo mantener su independencia ante las poderosas fuerzas que la amenazan desde el norte y desde el sur. Recientemente, hemos recuperado esta ciudad de las manos de quienes

pretendían ofrecer sus puertas abiertas a Ludovico, hijo del emperador de los francos. La providencial alianza entre nuestros dos pueblos, vascones y Banu Qasi, lo ha hecho posible.

Un murmullo recorrió la sala al recordar la batalla que precedió a la toma de Banbaluna de manos de Velasco el Gascón.

—No obstante, hoy la amenaza nos llega desde Qurtuba —prosiguió Enneco—. Nuestro hermano Fortún cayó en Saraqusta luchando contra ella, y ese condenado general se ha instalado en vuestras tierras —dijo dirigiéndose a los jefes musulmanes —. La información que traéis sobre los propósitos de ese tal Amrús no hace sino aumentar nuestra preocupación.

—He tenido ocasión de hablar con Enneco en privado y le he puesto al corriente de las noticias que nos llegan de Saraqusta a través de nuestro primo Ahmed —aclaró Zahir a los presentes.

—La ocupación de Tutila no parece sino el paso previo para el asalto a todo el valle, y corre peligro incluso la integridad del territorio vascón —recalcó Enneco, en un discurso más dirigido a los suyos que a los musulmanes allí presentes.

—Amrús no está respetando nuestro tratado de clientela con los omeyas, y por lo tanto los Banu Qasi nos sentimos desligados de nuestro deber de obediencia al emir —explicó Zahir.

—Sin embargo, nuestras fuerzas han quedado ciertamente mermadas tras el desastre de Saraqusta —intervino Hakim, el *'amil* de Qala't al Hajar.

Uno de los jefes vascones se puso en pie y dio un golpe en la mesa con el puño.

—Si es necesario, nuestras fuerzas están disponibles para apoyaros. Fortún luchó hombro con hombro conmigo bajo estas mismas murallas. Si llega la hora de devolver el auxilio a su pueblo, no seremos nosotros quienes nos echemos atrás —dijo impetuosamente, mientras se extendía un murmullo de aprobación.

—Los intereses que unen a nuestras familias y a nuestros pueblos son comunes una vez más —dijo Fortuño, que tomaba la palabra por primera vez.

Algunos jefes musulmanes mostraron su extrañeza ante la vehemencia de los vascones, así que Enneco se explicó:

—Hemos hablado de la amenaza que Amrús supone para los vascones, y ése ha sido el motivo para convocaros aquí. Vuestra presencia al sur de nuestras tierras suponía una barrera infranqueable ante las amenazas de los ejércitos del emir. De hecho, hasta ahora todos sus ataques se han desviado hacia tierras de Alaba y Al Qila. Sin embargo, la presencia de Amrús altera la situación, y Tutila puede pasar de ser nuestro escudo protector a servir como avanzada para una incursión hacia Banbaluna. Por ello os proponemos una alianza.

—¿Para atacar de nuevo a Amrús en Saraqusta? —preguntó uno de los Banu Qasi.

—Para recuperar Tutila. Antes de que concluya su fortificación —aclaró Enneco.

—Si unidos conquistamos Banbaluna, ¿por qué no podemos hacer lo mismo con Tutila? —intervino de nuevo Fortuño.

—Pero la fortificación es ya muy importante. Si el primer ataque es repelido, estamos abocados a un asedio que puede resultar muy prolongado —razonó el *'amil* de Tarasuna.

—Y Amrús acudiría de inmediato en ayuda de su hijo —dijo Hakim.

—¡Debemos intentarlo! —replicó Fortuño impetuosamente—. No podemos quedarnos quietos viendo cómo ese malnacido construye en Tutila una fortaleza y la utiliza para apoderarse de todo el valle del Ebro. Alguna forma habrá de atacar con garantías de éxito.

—Las puertas quedan cerradas durante la noche. Y durante el día nuestra presencia sería detectada y bloquearían los accesos igualmente. Habría que recurrir a material de asedio —explicó un oficial de la guarnición de Arnit.

—La mejor estrategia sería cruzar el Ebro aguas arriba de Tutila, en la zona de Al Faru, y atacar desde el noroeste, siguiendo el curso del río —intervino de nuevo Fortuño con tono apasionado—. Es impensable hacerlo desde el sureste, porque eso nos colocaría entre dos fuegos, el de Amrús y el de su hijo.

—¡Un ataque así causaría una masacre en nuestras filas! —exclamó un jefe vascón—. No estamos preparados para el asalto a una ciudad bien fortificada.

La discusión se extendió a todos los asistentes, mientras Enneco los contemplaba en silencio. No estaba convencido de sus posibilidades, y debía actuar con cuidado antes de conducir a sus hombres a una acción tan arriesgada. Sin embargo, esta responsabilidad no pesaba sobre Fortuño, buen caballero y aguerrido soldado, pero un tanto irreflexivo e impetuoso. También Zahir se encontraba indeciso. Ya había expresado sus dudas a Enneco en privado, pero ambos habían decidido escuchar al resto de los jefes antes de tomar una decisión.

Musa se puso en pie y trató de hacerse escuchar entre las voces.

—¿Puedo hablar? —dijo en voz alta.

Nadie pareció haberle oído.

—¡Por favor! ¿Puedo decir algo? —gritó.

—No es momento para interrumpir el debate, muchacho —dijo un vascón con gorro de piel sentado enfrente de él—. Se están tratando temas de importancia.

El rostro de Musa enrojeció de ira ante el tono grosero de aquel hombre.

—¿Creéis que sólo soy un niño? —gritó, y todos se volvieron hacia él. Al cabo de un momento se hizo el silencio—. Tengo quince años, me he criado sin padre y he visto morir a mis dos hermanos mayores. ¿Pensáis que no he vivido suficiente para dignaros prestarme un minuto de vuestras ocupadas existencias?

Cuando acabó la frase, todos los presentes observaban su cara congestionada con

expresión de asombro.

—Mi hermano tiene algo que decirnos —intervino Enneco con tono calmado—. Adelante, Musa...

Musa sintió el peso de todas aquellas miradas concentradas en él, pero empezó a hablar con aplomo:

—Lo siento, no era mi intención..., pero es que hay una manera de evitar el ataque directo.

—Habla, muchacho —dijo otro de los vascones.

—Según mi amigo Ziyab, entre los vecinos de Tutila existe un gran descontento por el modo autoritario de ejercer el poder de Yusuf. No sería difícil dar con alguien dispuesto a ayudar desde el interior de las murallas, alguien que elimine a la guardia desprevenida y franquee el paso a nuestros hombres. Si el ataque por sorpresa a la alcazaba durante la noche permite capturar a Yusuf, el resto de la guarnición debería rendirse sin lucha.

Los hombres se miraban unos a otros, escrutando las reacciones de los demás para expresar la propia. Quienes no conocían a Musa sólo podían ver en él a un adolescente un tanto desgarbado por el rápido y desigual crecimiento de sus huesos.

Fue Zahir quien interrumpió el silencio:

—Quizá no sea mala idea, pero hay un inconveniente..., en Tutila nos quedan pocos hombres de armas capaces de una acción así. La mayor parte de los Banu Qasi que permanecen allí son ancianos, comerciantes y artesanos.

—Ya había pensado en eso —respondió Musa—. Pero la actividad que se respira allí haría fácil que algunos de los nuestros se infiltraran como jornaleros o comerciantes, a la espera del momento adecuado para actuar.

Musa contemplaba los rostros atentos e imponentes de todos aquellos hombres, y sintió la tentación de sentarse y pedir que olvidaran lo que había dicho.

—Me parece brillante —dijo un oficial.

—Creo que podría dar resultado si se prepara bien —apostilló el *'amil* de Al Burj.

—Necesitaríamos a alguien de total confianza en el interior, para que coordine al resto de los hombres sin levantar sospechas —dijo Zahir.

—Sabes que lo tenemos —respondió Musa—. Ziyab estará dispuesto a encargarse de ello en cuanto se lo pida.

El vascón del gorro de piel se puso en pie.

—¿Cómo podéis dejar una responsabilidad como ésta en manos de dos muchachos de quince años? —rugió dirigiéndose a Enneco.

—La responsabilidad la asumo yo, Tibalt, y yo soy quien designa a la persona más apropiada para llevar a cabo cada tarea —respondió en tono enérgico—. En este caso, Musa ha demostrado iniciativa, ha aportado una estrategia que podría evitar muchas bajas, y él es el más indicado para volver a ponerse en contacto con ese

carpintero amigo suyo. Te ruego que tomes asiento de nuevo —dijo para zanjar la discusión.

El hombre lo miró con el ceño fruncido y se sentó lentamente, no sin antes dirigir a Musa una mirada de desprecio.

La mente de Enneco ya se concentraba en pergeñar los preparativos de su acción, y olvidó el incidente de inmediato. Durante más de una hora discutieron los pros y los contras, y finalmente la mayor parte de ellos, tanto musulmanes como vascones, decidieron que se llevaría a cabo.

—Tendréis que buscar entre vuestros hombres a algunos que se hagan pasar por jornaleros —dijo Enneco dirigiéndose a los musulmanes—. No pueden ser vascones, porque su lengua podría levantar sospechas. Deberán llegar a Tutila por separado, y no demostrar su relación en público hasta recibir la orden de actuar. Dos de ellos deben ser oficiales y asumir la responsabilidad en el interior de la ciudad de acuerdo con la información que les aporte Ziyab.

Zahir asintió, como si ya tuviera en mente a las personas apropiadas para llevar a cabo el cometido.

—Musa, ¿puedes ponerte en contacto con Ziyab sin despertar sospechas?

El muchacho reflexionó un instante y contestó afirmativamente con el mayor aplomo de que fue capaz.

—En ese caso, partirás de inmediato y le pondrás al corriente de lo que nos proponemos. Adviértele de que debe actuar con extrema prudencia: muchas vidas, entre ellas la suya propia, corren peligro. Te acompañará un grupo de oficiales de confianza, que se encargará de estudiar la actividad de la guarnición de Tutila.

Musa asintió, e iba a formular una pregunta, pero Enneco siguió hablando:

—En cuanto a los demás, debemos organizar a nuestros mejores hombres para preparar el ataque. Las fuerzas no pueden ser demasiado numerosas porque tienen que pasar desapercibidas. Las concentraremos en un punto cercano a la ciudad, posiblemente entre los bosques de Al Bardi, hasta el momento indicado. Recordad todos que la sorpresa es fundamental, nadie debe hablar del tema fuera de esta sala. Me apuesto la barba a que Amrús posee informadores en nuestra ciudad —dijo en un repentino acceso de buen humor.

En las semanas siguientes, a nadie llamó la atención en Tutila que dos albañiles recién llegados visitaran el taller del carpintero: sin duda deseaban encargar algunos muebles sencillos para sus nuevas viviendas. Tampoco extrañó a los miembros de la guardia que un par de locuaces comerciantes entablaran conversación con ellos y se interesaran por los efectivos de que disponían, por su ubicación o por los horarios de cambio de guardia. Unas rondas de vino en una de las tabernas recién abiertas ayudaron a soltar la lengua de dos oficiales que prestaban sus servicios en la

alcazaba.

La información recibida convenció a Enneco y a Zahir de que el plan propuesto por Musa era factible. Se habían trasladado con sus oficiales de más alta graduación a Qala't al Hajar, donde recibían y despachaban los correos. Fortuño también los acompañaba en esta ocasión. Los jefes locales musulmanes volvieron a sus ciudades con el encargo de reclutar a los hombres disponibles y enviarlos al punto de concentración de tropas con la mayor discreción posible. Las órdenes eran que viajaran como máximo en grupos de dos o tres hombres, sin armas, solos o sumados a alguna caravana de comerciantes de las muchas que recorrían la zona del Uādi Ibru.

Zahir se sentía especialmente satisfecho porque, de forma inesperada, se había presentado la ocasión para ir dando protagonismo a Musa. Accedió a que participara en los preparativos junto a sus dos hermanos y le encargó la tarea de mantenerse en contacto con los oficiales dentro de Tutila a través de Ziyab. Sabía que, a pesar de su juventud, el muchacho pronto tendría que asumir mayores responsabilidades.

Musa también estaba exultante. No sólo se había aceptado su iniciativa, sino que él era parte importante en su desarrollo. Sentía una responsabilidad añadida, y dedicaba todo su tiempo a los preparativos. En tres ocasiones viajó a caballo hasta Tutila, como había hecho el verano anterior, y de nuevo tuvo que dormir en la cueva del barranco, pero esta vez abrigado con una gruesa cobija de pieles de borrego. Recogía la información que le trasladaba Ziyab y le transmitía las instrucciones precisas. En el último contacto que mantuvieron, concretaron la fecha de la acción en la luna nueva del mes de Dul Hiyah, ya que precisarían ampararse en la oscuridad de una noche sin luna para no ser descubiertos.

La mañana del día elegido, Musa ascendió la misma loma desde la que había contemplado la ciudad meses atrás. Se entretuvo con la vista de las terrazas, muchas de ellas cubiertas todavía por los racimos de uva de la última cosecha secándose al tibio sol del otoño. Desde allí no tuvo dificultad para descubrir la señal convenida con Ziyab, un trozo de tela blanca atado a un mástil en la zona más próxima de la muralla. Esa tela significaba que todo iba bien: todos los hombres que habían introducido en la ciudad estaban preparados.

Satisfecho, Musa descendió la ladera a grandes zancadas, desató a *Baraka* y se lanzó a galope en dirección al lugar donde esperaban Enneco y Zahir con todos sus hombres, ocultos en una extensa alameda dos millas aguas arriba. Habían decidido cruzar el río y acceder a la ciudad por la puerta occidental, lo que evitaba tener que atravesar el puente de madera, mucho más expuesto a la vista de los guardias apostados sobre las murallas.

Se acercaba el invierno, y el día era ya ostensiblemente más corto. Con la llegada de la noche, la actividad en la ciudad se detenía casi por completo. Los más de cincuenta hombres que los Banu Qasi habían infiltrado en las murallas escucharon en tensión la llamada a la oración unos minutos después de ponerse el sol. Era la señal convenida para dirigirse a los puntos de encuentro dentro de las viviendas que habían ocupado. Se equiparon convenientemente para el momento de la lucha, prepararon sus armas y se sentaron en silencio a recitar sus oraciones.

Las cuatro puertas de la ciudad se cerraron casi al mismo tiempo y los guardias ocuparon sus puestos en el interior, protegidos del frío de la noche bajo un pequeño cobertizo, y en el adarve de la muralla, dentro de un castillete que les permitía escrutar la oscuridad.

Las tropas vasconas y los Banu Qasi también habían escuchado al muecín. Al oscurecer, habían tomado posiciones en los barrancos próximos a la salida hacia Qala't al Hajar y, cuando se cerraron las puertas, avanzaron con sigilo hasta apostarse a menos de trescientos codos de la muralla.

Una hora después, atravesó la oscuridad la última llamada desde el alminar, la *salat al 'atama*. Muchos de los vecinos de Tutila se dispusieron a recitar las oraciones finales antes de retirarse a descansar, pero para otros fue la señal que les alzó en armas. Varias puertas se abrieron con sigilo, y cuatro docenas de hombres se dirigieron entre las sombras hacia las cuatro entradas de la muralla. Los más diestros en el manejo de las armas habían sido elegidos para atacar a la guardia de la puerta de Qala't al Hajar, la más importante para sus propósitos.

El oficial que los encabezaba avanzó por el callejón que desembocaba en un punto cercano al portón. Asomó la cabeza hacia el espacio que se abría delante de la entrada a la ciudad y comprobó que todo estaba en orden: los dos guardas del interior ocupaban el chamizo levantado junto al muro, y en lo alto de la muralla se adivinaba la silueta de los otros dos. Un par de teas iluminaban tenuemente el lugar, pero fuera de su alcance la oscuridad era absoluta. Dos hombres se deslizaron junto al muro y se colocaron a ambos lados del cobertizo. El brillo de sus dagas sirvió al oficial para comprobar que ocupaban sus puestos. Inmediatamente hizo señas al resto de los hombres, y cuatro arqueros se colocaron en el centro de la calle, rodilla en tierra.

Todo ocurrió muy rápido. Un suave crujido de las cuerdas al tensarse, un sonido seco al disparar las flechas, y las dos figuras que se recortaban en el adarve del muro se desplomaron. Una de ellas cayó hacia el interior, a escasos codos de los dos guardas que conversaban dentro de la caseta. Su sorpresa duró sólo unos segundos, porque sus cuellos fueron seccionados en el momento que asomaban por la puerta

para comprobar la causa del ruido. El cuerno que debían utilizar para dar la alarma en caso de ataque seguía colgado de una alcayata.

El oficial avanzó hacia el portón con el resto de los hombres, y juntos levantaron el pesado travesaño que lo bloqueaba. Los goznes mal engrasados chirriaron, pero la puerta se abrió, y uno de ellos tomó una antorcha de la pared y la agitó varias veces a derecha e izquierda.

Sólo un momento después, los hombres de Enneco y de Zahir se presentaban ante ellos. El saludo fue breve, y encabezados por el mismo oficial y sus hombres enfilaron la calle que conducía a la alcazaba. Varios de los asaltantes portaban teas listas para ser usadas, una decena de traviesas de madera y dos pequeños toneles. Los vecinos que oyeron los inusitados ruidos en el exterior se limitaron a asegurar el cierre de puertas y postigos.

En el muro exterior de la alcazaba montaban guardia otros cuatro centinelas que vieron con asombro acercarse a un grupo de hombres, entre los cuales acertaron a identificar a alguno de los jornaleros que trabajaban en la ciudad. Los soldados se miraron unos a otros e imaginaron que acudirían a pedir ayuda a la guarnición por algún altercado grave... Sólo comenzaron a alarmarse cuando el grupo ignoró las voces de alto, pero apenas tuvieron tiempo para desenfundar sus sables antes de caer atravesados por las armas de sus oponentes.

La guarnición ocupaba un pabellón construido recientemente junto a la nueva, muralla. Una parte de los atacantes se apresuró hacia allí, y utilizaron las traviesas de madera para atrancar el portón que daba acceso a las dependencias. De inmediato comenzaron a oírse en el interior una serie de fuertes golpes y gritos, pero los bidones de nafta derramados bajo la puerta, y la amenaza de fuego, fueron suficientes para mantener a los soldados alejados de la salida.

Mientras tanto, Enneco y Fortuño, a la cabeza del resto de los hombres, asaltaron la fortaleza y redujeron a cuantos defensores salían a su paso. Encontraron a Yusuf ibn Amrús y a varios de sus oficiales en la sala principal de la alcazaba, alarmados por el repentino estruendo, pero completamente desarmados. La cara de estupor que se reflejaba en sus rostros indicaba que la acción era absolutamente inesperada.

—¡Qué está ocurriendo! —acertó a gritar Yusuf—. ¿Quiénes creéis que sois para presentaros aquí de esta forma?

Intentaba dominar la situación, conservar algún indicio de autoridad, pero le temblaba la voz.

—¿Quiénes sois vosotros? —continuó, mientras fijaba su mirada en aquellos hombres rudos cubiertos de pieles.

—Yusuf, el hijo de Amrús, supongo —dijo Fortuño.

—¿Y vosotros quiénes sois? —espetó de nuevo sin responder.

—Digamos que estamos aquí en representación de nuestro pueblo..., los vascones —dijo con tono irónico—. Soy Enneco Íñiguez.

—¿Tú eres Enneco, el caudillo vascón?

Esta vez el tono era de auténtica extrañeza.

—¿Qué te propones? ¿Cómo habéis conseguido llegar hasta aquí? —continuó.

—Tiempo habrá de que conozcas las respuestas a todas tus preguntas.

—Me habían hablado de ti, pero he de reconocer que las descripciones se habían quedado cortas, tu aspecto es realmente singular.

Una voz respondió desde la puerta en lugar de Enneco:

—Supongo que mi cara te resultará más familiar.

Era Zahir, que no había participado en primera línea en el ataque y había llegado momentos antes a la alcazaba. La sorpresa de Yusuf se reflejó de nuevo en su rostro.

—Así que...

—Sí, es lo que estás pensando. Los Banu Qasi y los vascones estamos emparentados, ya lo sabes. Y venimos a recuperar lo que nos ha pertenecido durante generaciones.

Yusuf entornó los ojos y habló con una voz llena de rabia:

—Sabes que mi padre os aplastará.

—Trataremos de evitarlo —intervino Enneco en tono despreocupado—. De momento tú vienes con nosotros.

Al trazar los planes para el ataque, habían tenido claro que una vez capturado Yusuf debían sacarlo con rapidez de la ciudad junto con sus oficiales de mayor rango, para evitar que su presencia actuara como un imán para su padre, el todavía temible Amrús. Todo estaba preparado para su traslado inmediato a la fortaleza de Sajra Qays, al noroeste de Banbaluna, un lugar de difícil acceso y apartado de Tutila. Esa misma noche, antes del amanecer, una recua de acémilas con los prisioneros cargados de cadenas atravesó el puente sobre el río y tomó el camino del norte.

Con el gobernador prisionero, la guarnición depuso las armas y se les permitió optar por marcharse de la ciudad libremente o quedarse a las órdenes de los nuevos mandos nombrados por Zahir.

La población de Tutila recibió a los nuevos ocupantes con sentimientos enfrentados. Yusuf se había comportado de forma tiránica y era odiado por la mayoría, pero sus ingresos provenían de la fortificación de la ciudad. Los jornaleros temían que las obras quedaran paralizadas y se vieran obligados a regresar a sus lugares de origen. Al amanecer, la ciudad era un hervidero, y los desorientados habitantes se concentraban en los alrededores de la mezquita.

Sin embargo, su inquietud duró poco. Antes de mediodía, Zahir, en nombre de los

Banu Qasi, se dirigió a todos ellos a las puertas de la alcazaba, en la misma ladera en la que apenas un año antes había anunciado la necesidad de evacuar Tutila. En una especie de toma de posesión de la ciudad, Zahir comunicó a los congregados que las cosas no iban a cambiar: garantizaba la continuación de las obras y el pago de los salarios de todos aquellos que quisieran seguir trabajando. El recelo inicial dio paso a una ovación, y Zahir fue aclamado como nuevo gobernador.

Musa había participado en el ataque, aunque en una segunda línea. Entró en la alcazaba junto a su tío Zahir, y su entusiasmo se desbordó ante la imagen de Yusuf encadenado. Varios oficiales musulmanes e incluso alguno de los jefes vascones lo saludaron con felicitaciones.

Ahora, mientras su tío era vitoreado por la población, Musa seguía a su lado y, por primera vez, con la multitud rugiendo en la ladera a sus pies, pudo experimentar de cerca la sensación de verse vitoreado por cientos de rostros anónimos.

—Zahir, ¿cómo puedes garantizar el pago de los salarios a cientos de jornaleros y artesanos? —preguntó a su tío cuando regresaban al interior de la alcazaba.

El hombre lo miró con expresión satisfecha, contento de que el muchacho mostrara aquella curiosidad por los asuntos del gobierno.

—Por suerte, nadie nos esperaba —dijo—. Y hemos encontrado las arcas repletas de oro. Según el funcionario que se encargaba de su administración, estaba destinado al pago de los proveedores, los obreros y los soldados de la guarnición. Hay piezas de oro suficientes para mantener el ritmo de las obras hasta el verano próximo, pero sus responsables nos han comunicado que estarán finalizadas antes de ese plazo.

Musa guardó silencio, y al cabo de un momento de reflexión volvió a preguntar:

—¿Crees que Amrús atacará Tutila de nuevo?

—No mientras Yusuf continúe en nuestras manos. Eso nos da tiempo para reforzar la defensa de la ciudad. Concentraremos aquí todos los efectivos disponibles, con la ayuda de los vascones.

—¿Y Al Hakam? El enfrentamiento con Amrús también supone desafiar al emir. Imagino que la fortificación de Tutila no se habrá acometido sin el apoyo de Qurtuba.

Avanzaban por uno de los nuevos corredores de la alcazaba, y se detuvieron ante la puerta de una sala donde varios funcionarios esperaban a Zahir para despachar asuntos de urgencia.

—¿Y si el emir envía una aceifa contra nosotros? —insistió Musa.

—Es una posibilidad que tendremos que afrontar. Hemos apostado fuerte por el control y la independencia de nuestras tierras, y eso entraña serios peligros. No nos ha tocado vivir tiempos tranquilos, hijo mío. Debemos estar preparados, pero en cualquier caso Qurtuba no va a enviar sus tropas con el invierno a punto de llegar.

Zahir entró en la sala, espaciosa y bien iluminada, e hizo un gesto a Musa para

que le siguiera.

—En este momento hay múltiples asuntos que atender para asumir de nuevo el gobierno de la ciudad —dijo Zahir—, y me gustaría que me acompañaras en ello. Será un buen aprendizaje para ti, pero antes tienes una pequeña tarea pendiente.

—¿Una tarea?

—Sí, volver a Arnit para buscar a tu madre —dijo sonriente.

Las semanas siguientes fueron de una actividad incesante. Gran parte de los funcionarios de Yusuf fueron confirmados en sus bien remunerados puestos, con lo que descargaron a Zahir de la pesada tarea de reorganizar la administración de la ciudad. El repaso a los libros de tesorería le reveló que la actividad económica de los últimos meses había contribuido a llenar las arcas a través de los impuestos a comerciantes y artesanos. También los cristianos mozárabes y los judíos residentes en la ciudad, ambos colectivos florecientes, habían seguido pagando su impuesto especial. Pero el mayor ingreso procedía de la aportación con la que el emir de Qurtuba había dotado a Amrús cuando lo nombró gobernador de la Marca Superior y le encargó su control. Una parte considerable de esos fondos había terminado en las arcas de Yusuf, por el interés de su padre por hacer de Tutila un bastión defensivo hacia el territorio cristiano del oeste y el norte del Uādi Ibru. Podía decirse que Tutila era una ciudad rica.

Los problemas no eran, sin embargo, menores. Uno de los temores de Zahir eran los inminentes conflictos por la propiedad de las viviendas. La evacuación realizada un año antes había dejado vacías muchas de ellas, y fueron ocupadas por los nuevos habitantes que llegaron de otras ciudades y aldeas, atraídos por las posibilidades de encontrar trabajo y prosperar.

El propio *qādi* le trasladó en los primeros días la misma preocupación, ante la posibilidad de desórdenes y enfrenamientos. Juntos decidieron retrasar el regreso de los antiguos habitantes, ahora instalados en Arnit, hasta la primavera siguiente, y tratar de reubicar a las familias llegadas recientemente en nuevas viviendas. Zahir dio a conocer un bando en el que instaba a los vecinos a dedicar todos sus esfuerzos a la construcción de nuevos hogares dentro de los muros de la ciudad.

La consolidación de la defensa fue otro de los asuntos que ocuparon su tiempo. Afortunadamente el espacio habilitado en la nueva alcazaba era suficiente para acoger a todos los efectivos que habían tomado parte en el asalto y otros más que fueron llegando como refuerzo procedentes del resto de las ciudades controladas por los Banu Qasi. Se unieron a ellos varias decenas de vascones que permanecieron en la ciudad tras el regreso a Banbaluna de Enneco y Fortuño con el grueso de sus tropas.

Pronto Tutila entró en una nueva rutina. Sus habitantes parecían contentos con la nueva situación, y Zahir pensaba que así sería mientras se les garantizara el pan en la

mesa y una vida sin demasiados sobresaltos.

Esperaba noticias de Saraqusta, la reacción de Amrús ante la noticia de la captura de su hijo, pero habían pasado casi tres semanas y nada sabía. Hizo venir de la capital a su primo Ahmed, siempre bien informado, pero esta vez no le pudo trasladar novedades. No había observado movimiento entre las tropas instaladas en Saraqusta, aunque sí una inusual entrada y salida de correos.

La mayor satisfacción para Musa fue recuperar a Ziyab. Aunque ambos estaban ocupados durante la jornada, siempre encontraban momentos para conversar. En ocasiones Musa acudía a la carpintería; le gustaba el olor a madera y a resina, y gozaba viendo cómo de las manos de su amigo surgían aquellos rústicos pero resistentes muebles. Ziyab tenía facilidad para el trato con la gente, y su inteligencia despierta y su locuacidad, infrecuente en un muchacho tan joven, eran cualidades muy útiles para su negocio. Sin embargo, Musa no dejaba de pensar que su capacidad se estaba desperdiciando en aquel taller.

Otro punto de encuentro en el que podían hablar relativamente tranquilos era el *hammam,* donde solían coincidir a última hora de la mañana. Antes de la fortificación de Tutila sólo existía un baño público, que los hombres ocupaban por las mañanas y quedaba reservado para las mujeres durante las tardes. Se hallaba ubicado junto a un pequeño riachuelo que atravesaba el centro del recinto amurallado antes de desembocar a escasa distancia del gran puente sobre el Uādi Ibru.

En ocasiones el caudal no era suficiente para abastecer a los baños, y meses atrás había abierto sus puertas un nuevo *hammam* junto a la muralla oriental, que tomaba el agua directamente del Uādi Qalash con un ingenioso sistema de elevación del agua mediante norias. Estos nuevos baños contaban con salas independientes, pero la fuerza de la costumbre les inclinaba a utilizarlo antes de la ligera comida del mediodía.

Allí, uno de los primeros días tras el regreso, Musa tuvo noticias de que su amigo ya no se encontraba totalmente solo.

—¿Recuerdas a una muchacha llamada Naylaa? —dijo Ziyab tumbado sobre la enorme y caliente losa central del *hammam.*

—Sí, la hija de Haakim; su padre tenía fama como arquero, ¿no es así?

—Tienes buena memoria para algunas cosas —respondió Ziyab con una sonrisa.

—Recuerdo que sus ojos eran preciosos.

—Eso es, hace honor a su nombre, *la de grandes ojos.* No sé si sabes que su padre murió en Saraqusta junto a Fortún.

Musa respondió con un gesto de sorpresa.

—Este verano, después de la muerte de mi padre, coincidimos en un par de ocasiones. Un día vino con su madre al taller para encargar unas sillas..., y fui

incapaz de apartar la mirada de sus ojos. A partir de aquel día no pude quitármela de la cabeza...

Musa rio con ganas.

—Ni de día ni de noche, ¿no?

—Ni de día ni de noche —repitió Ziyab—. Y no te rías —dijo, y le dio un empujón en el hombro.

—Sigue, sigue, se pone interesante... —se burló Musa.

—Si esto te parece interesante, espera a oír lo que sigue.

—Hummm..., me tienes en ascuas —bromeó.

—Un día, al final del verano, se presentó sola en el taller. Entró y cerró la puerta. «He notado cómo me miras», me dijo.

—¡Te pondrías colorado como una sandía!

—Supongo que sí. Aunque después me debió de cambiar el color. Se colocó frente a mí y poco a poco..., empezó a descubrirse.

—El velo, supongo —aventuró Musa.

—Yo estaba inmóvil, sin creer lo que estaba pasando. Se desvistió completamente y se acercó a mí, comenzó a acariciar mi cara, mis labios y..., puedes imaginar lo que ocurrió después.

Musa lo miraba con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—¿No me estás tomando el pelo? Siempre pensé que eras un tipo con suerte, pero...

—No he terminado la historia, Musa.

—¿Qué más hay? —dijo con tono de guasa.

—La parte que seguramente te quitará la sonrisa. Era la primera vez que estaba con una mujer, pero enseguida me di cuenta de que ése no era el caso de Naylaa. Se notaba que tenía mucha más experiencia.

—Pero..., ¿quieres decir...?

Ziyab movió afirmativamente la cabeza.

—Me pidió dinero al acabar. Se acababa de acostar conmigo... a cambio de dinero. Me sentí sucio, culpable...

—Pero tú no sabías...

—No, pero debí sospecharlo. Me confesó que la muerte de su padre las había dejado en la miseria..., y su madre comenzó a ofrecer su cuerpo a los obreros y a los soldados a cambio de dinero. Entre lágrimas, me contó cómo después le llegó el turno a ella...

Musa había quedado callado y serio, y dejó que su amigo siguiera hablando.

—Recuerdo que la obligué a recoger sus ropas, la tomé del brazo y casi la arrastré hasta la casa de su madre. Cuando le eché en cara lo que estaba haciendo con su hija se enfrentó a mí y pretendió echarme de aquella miserable choza, tuvimos una fuerte

discusión..., pero al final se derrumbó. Le exigí que dejara de utilizar a su hija y le aseguré que yo correría con sus gastos con tal de que no tuvieran que verse obligadas a prostituirse. Al fin y al cabo mi negocio da para vivir holgadamente y yo no tengo a nadie con quien compartirlo.

—¿Aceptaron?

—No tenían opción.

—¿Y has seguido viéndola?

De nuevo Ziyab afirmó con la cabeza.

—Musa, la quiero —dijo con toda la seriedad que pudo imprimir a sus palabras —. Me ha hecho descubrir sensaciones, sentimientos que ni siquiera imaginaba, y estos últimos meses..., puedo decir que me ha hecho feliz.

—Bueno, bueno..., te dejo una temporada y mira cómo te encuentro: enamorado y sentimental —rio Musa mientras le daba una palmada en la nuca para tratar de romper la tensión.

—Musa..., eres el único al que he contado esto. No hace falta que te pida...

—Descuida, Ziyab, no hace falta.

Llamaron al mozo, que frotó sus cuerpos con un áspero guante de crin hasta hacer enrojecer la piel. Con la hábil combinación de jabón, agua fría y caliente consiguió, como siempre, que salieran de los baños aseados y relajados.

Musa se sentía satisfecho por la confianza demostrada por su amigo. Él también confiaba en Ziyab para trasladarle algunas de sus preocupaciones y temores, lo cual suponía un alivio. Durante aquellos días fue consciente de cuánto había echado en falta en el último año a un amigo como él.

Faltaban tres jornadas para el nuevo mes cuando atravesó el puente el jinete que habría de alterar el breve periodo de tranquilidad que habían disfrutado. Recorrió las callejas a galope y se presentó a las puertas de la alcazaba, donde pidió entrevistarse con Zahir.

Musa se entrenaba en el manejo de las armas junto al resto de los soldados en la *musara*, cuando vio entrar en la explanada a un chiquillo que profería agudos gritos.

—¡Ataque!, ¡ataque! —gritaba a los oficiales, que lo rodearon para averiguar de qué estaba hablando.

Musa no perdió el tiempo, montó a *Baraka* y se lanzó hacia el puente sobre el Uādi Qalash. En lugar de entrar por la puerta de Saraqusta y atravesar el intrincado laberinto de callejuelas, rodeó la muralla y accedió a la ciudad por la puerta de Qala't al Hajar, desde la que partía una calleja que conducía directamente a la alcazaba. Atravesó la primera muralla sin detenerse y dejó las riendas del caballo en manos de un guardia a la entrada de la alcazaba. Las palabras del muchacho resonaron en sus oídos durante todo el trayecto. Sin resuello, buscó a su tío.

Lo encontró en el patio interior, junto al torreón central, con expresión grave.

—¿Qué ocurre, Zahir?

Zahir miró al muchacho mientras valoraba cómo darle las noticias que acababa de recibir, pero decidió que podía ser completamente claro con él.

—Como nos temíamos, Amrús ha respondido, pero una vez más ha demostrado por qué el emir lo eligió como su hombre de confianza.

—¡Habla, por favor! —urgió Musa.

—El primo de Amrús, Sabrit, atacó hace tres días desde Uasqa y puso cerco a la prisión de Sajra Qays. Según el emisario se ha producido una gran mortandad entre los defensores.

Ante la cara de alarma de Musa, Zahir lo tranquilizó de inmediato:

—No temas, tus hermanos están a salvo. Ésa es la parte buena.

—¿ Y la mala? —Musa entrecerró los ojos a la espera de la respuesta de su tío.

—Han conseguido liberar a Yusuf.

El muchacho valoró en un instante lo que aquella noticia representaba para ellos. Con su hijo libre, Amrús no tenía ningún impedimento para poner de nuevo cerco a Tutila.

Zahir pareció leer sus pensamientos.

—Amrús se encontraba en camino hacia Sajra Qays directamente desde Saraqusta, a través de la antigua vía romana, pero al parecer se ha detenido al norte de Ulit al conocer que las fuerzas de Sabrit ya habían conseguido su objetivo. Ha movilizado a un gran ejército.

—Pero eso significa...

—Que con Yusuf de nuevo junto a él, nada se opone a que dirija sus fuerzas contra nosotros. Los hombres de Enneco y Fortuño han sufrido una grave derrota y ahora no son una amenaza para él.

—Pero entonces..., ¿tenemos que abandonar Tutila de nuevo?

—Me temo que sí, muchacho —respondió Zahir derrotado.

Musa sintió lástima por su tío. Las circunstancias le habían obligado a dedicar su vida a una actividad que de ningún modo deseaba, y sólo recibía un golpe tras otro.

Zahir permaneció unos minutos con la cabeza apoyada en su antebrazo, contra el muro del torreón, a salvo de cualquier mirada.

Musa pensaba en el esfuerzo que le iba a costar volver a dejarTutila, pensaba en su madre, en Ziyab... ¡Ziyab! Su participación en la preparación del asalto era ya conocida en toda la ciudad: de ninguna forma podría permanecer en ella bajo el control de los Banu Amrús.

Musa interrumpió los pensamientos de su tío.

—Debo avisar a Ziyab. Tendrá que viajar con nosotros.

Zahir asintió con la cabeza.

—Vamos, no hay tiempo que perder. Debo reunirme con los oficiales.

Un año atrás, durante las celebraciones de la Navidad entre la comunidad mozárabe de Tutila, la noticia de la muerte de Fortún había puesto en marcha la evacuación de la ciudad. Ahora, de nuevo faltaban tres días para la Navidad cuando otra columna volvía a partir en dirección a Arnit. El estado de ánimo de Musa, sin embargo, era muy diferente: sus hermanos seguían con vida, y le acompañaba su mejor amigo.

Capítulo 6

Año 806,190 de la hégira

El oficial de más alto rango entre los Banu Qasi encabezaba el grupo de once hombres a caballo que avanzaba hacia Tutila. Era una hermosa mañana de finales de primavera y el camino que bordeaba el Uādi Ibru permitía a los viajeros disfrutar de la belleza de los sotos regados por el río, que en aquella época mostraban una eclosión de vida entre sus frondas. Zorros, ardillas y manadas de jabalíes con sus pequeños rayones se atravesaban en el camino desde la salida de Arnit la jornada anterior. Pocas semanas atrás, el cauce se había desbordado tras el deshielo y las extensas llanuras de la cuenca aparecían cubiertas por una fina capa de limo que las haría fértiles durante la estación más cálida. En las proximidades de las aldeas y en las alquerías, los primeros labriegos se afanaban ya en arar las huertas.

Musa se sentía optimista aquella mañana, aunque una sombra de preocupación persistía en su mente. Cuatro días antes, había llegado a Arnit un correo procedente de Tutila que portaba un pergamino lacrado con el sello de Yusuf ibn Amrús. Aún recordaba las cejas enarcadas y la cara de sorpresa de su tío Zahir cuando, tras su lectura, se lo tendió. Citaba en Tutila a una delegación de los Banu Qasi para «tratar asuntos de especial interés». Zahir esperó a que Musa terminara de leer antes de pedir su opinión, cosa que en los últimos meses se había convertido en algo habitual: ya no tomaba ninguna decisión sin consultarle. Había sido un proceso gradual, durante el cual Musa había ido ganándose la confianza de su tío, dando muestras de madurez e inteligencia.

—Es el hijo de Amrús, Zahir. No puedo olvidar quién fue al causante de la muerte de mi hermano —dijo Musa.

Zahir se encontraba de pie ante una de las estrechas ventanas de la alcazaba, de espaldas a su sobrino. Tras un momento de silencio se volvió hacia él.

—Hijo, ésa es una de las cosas que vas a tener que aprender si algún día quieres ser un buen caudillo para tu gente —respondió—, A veces los sentimientos personales tienen que quedar al margen, si ello supone un beneficio para los nuestros. Ignoro los propósitos de Yusuf, pero es nuestra obligación acudir.

—No me obligues a acompañarte, al menos.

De nuevo Zabir reflexionó un instante antes de contestar:

—Estaba pensando en darte el mando de la delegación.

Musa esbozó un gesto de sorpresa.

—¿Qué me respondes? Te considero perfectamente capacitado para asumir esa responsabilidad.

—Agradezco tu confianza, Zahir —dijo tras considerarlo—. Pero en esta ocasión preferiría tu compañía.

En los tres años transcurridos desde la reposición de Yusuf en el gobierno de Tutila, no se había producido ni un solo contacto entro los Banu Amrús y los Banu Qasi. Las únicas noticias que llegaban a Arnit eran las que portaban los numerosos comerciantes y viajeros de paso procedentes de Tutila. Por ellos habían sabido de los progresos en la fortificación de la ciudad, del refuerzo de tropas y del continuo aumento de su población gracias a la llegada de nuevos habitantes procedentes de las zonas vecinas, en especial de Tarasuna, capital administrativa y sede del obispado de la región desde la anterior dominación visigoda. La decisión de Amrús de fortificar la ciudad y las prerrogativas concedidas a sus nuevos pobladores, además de la riqueza de sus tierras y su posición estratégica junto al cauce del Uādi Ibru, estaban haciendo de la pequeña villa una auténtica ciudad. De hecho muchos de los visitantes ya se referían a ella como Madinat Tutila.

La comitiva que acompañaba a Zahir y a Musa estaba compuesta por otros tres jefes: el viejo Hakim, *'amil* de Qala't al Hajar, el *'amil* de Al Faru y el de Tarasuna. La presencia de Yusuf en Tutila había dificultado la comunicación con el resto de los líderes Banu Qadi de la zona y, aunque se les informó de la inminente cita, no se había recibido respuesta. Completaban la expedición tres oficiales v cuatro miembros de la guardia.

El sol estaba alto cuando llegaron a las proximidades de Tutila por el camino que bordeaba el río y que entraba en la ciudad por la Puerta del Puente. Bordearon el extremo norte de la nueva muralla que se alzaba ante ellos, imponente, admirados ante su fortaleza. I labia sido construida sobre la base de la anterior, con un revestimiento de grandes bloques de piedra caliza. Se hallaba jalonada a distancias regulares por torreones circulares de vigilancia, ahora ocupados por guardias armados.

Al aproximarse al puente, descabalgaron y caminaron hasta la puerta norte con las monturas de las riendas. Era evidente que la guardia tenía prevista su llegada, porque de inmediato varios mozos se hicieron cargo de los caballos, y un grupo de seis soldados se dispuso a conducirlos ante Yusuf.

Zahir y Musa se miraron extrañados al comprobar que los soldados no tomaban el camino ascendente hacia la alcazaba, sino que se internaban por las angostas calles del centro del recinto amurallado. Pasaron junto a la pequeña iglesia cristiana en el límite del barrio mozárabe y continuaron bordeando la muralla por el exterior del barrio judío. En el trayecto se cruzaron con docenas de caras conocidas. Algunos

saludaban a los recién llegados, pero otros desviaban la mirada, quizá por miedo a manifestar su amistad con quienes aparecían como enemigos del gobernador. Alcanzaron la Puerta de Saraqusta y siguieron hacia el sur, en dirección a lo que había sido una zona de huertas.

Ante ellos apareció una construcción magnífica, en comparación con el resto de las humildes viviendas, un auténtico palacio levantado con grandes bloques de alabastro. Destacaba en su fachada una puerta rematada por un bello arco de herradura, similar en forma a otros más pequeños sobre las ventanas cerradas con celosías. A pesar de su aspecto grandioso, la decoración era austera. Musa cayó en la cuenta: se trataba de la nueva residencia del gobernador de Tutila, la misma que años atrás había visto construir desde su atalaya en el monte, y que ahora debía de ocupar Yusuf.

Dos guardias vigilaban la gran puerta de acceso. Uno de ellos dio un golpe seco con un picaporte metálico, desde el interior abrió una puerta pequeña, y los visitantes accedieron a un pasaje que comunicaba la calle con el patio central del edificio. Musa quedó sorprendido por el contraste entre la sobriedad exterior y la magnificencia de la ornamentación en el interior. Una galería porticada recorría el perímetro del patio, decorada con arcos de herradura de estuco bellamente trabajado. En la planta superior, las dependencias se abrían hacia una terraza rematada por una balaustrada de alabastro tallado. El centro del patio estaba ocupado por una alberca rodeada por un asiento circular, con un surtidor de agua que manaba desde el centro, se derramaba hacia un canal de piedra en el pavimento y se perdía por fin en una alcantarilla en uno de los extremos. Las glicinias, las madreselvas y los rosales crecían junto a las columnas, ascendían hasta el segundo piso y aportaban al lugar un suave aroma que Musa agradeció, tras la pestilencia de las calles que acababan de atravesar.

La atmósfera tranquila contribuyó a relajar la tensión que los visitantes sentían ante la entrevista que estaban a punto de mantener. Los soldados fueron sustituidos por dos lacayos, que los condujeron hasta el interior de una sala que ocupaba toda un ala de la planta baja, donde se les rogó que esperaran a su anfitrión. Ninguno de los presentes había tenido nunca la oportunidad de contemplar una decoración semejante. Los muebles y los ornamentos eran exquisitos: divanes forrados con telas adamascadas, tapices que revestían las paredes, alfombras de seda que cubrían el frío pavimento de mármol y bellas lámparas de bronce con decenas de bujías listas para ser utilizadas en cuanto cayera la noche. Observaban embelesados los cortinajes y el fino taraceado de las mesas, cuando les sorprendió una voz desde el fondo de la sala.

—La estancia de mi padre en la corte de Qurtuba ha dejado su impronta—dijo Yusuf—. ¿Sorprendidos?

Todos se volvieron hacia el recién llegado, que se dirigía a ellos sonriente.

Musa no había imaginado cómo sería el encuentro, y esperaba actuar de acuerdo a

las circunstancias, pero el amistoso abrazo que recibió de Yusuf, al igual que el resto de la delegación, no entraba dentro de sus previsiones, y por eso lo acogió envarado y sin atreverse a corresponder al gesto.

Una mirada furtiva a su tío le hizo comprobar que el asombro era compartido.

—Agradezco vuestra rápida respuesta a mi llamada— decía Yusuf.

Musa lamentó no haber demorado más su llegada. Aquello debía de ser lo que algunos llamaban hacer política. ¿Era aquella actitud puro fingimiento? ¿Era sinceridad obligada?

Otro hombre aguardaba en la entrada de la estancia, y Yusuf le indicó que se acercara con un gesto.

—Os presento a Jalid, uno de los hombres de confianza de mi padre. Nos acompañará durante este encuentro.

Jalid saludó a los presentes y tomó asiento. Yusuf seguía hablando ufano, como si aquellos hombres no hubieran sido responsables de su cautiverio tres años antes, como si sólo se tratara de una delegación de embajadores o ricos comerciantes a la que hubiera que obsequiar.

—Os preguntaréis por el motivo de esta cita..., pero antes de hablar de ello debéis reponer fuerzas; el viaje ha debido de ser agotador.

Hablaba con una locuacidad extraña. Hizo una señal, y varios sirvientes entraron en la sala con bandejas de viandas que depositaron sobre las mesas bajas. Yusuf les invitó a tomar asiento en los divanes mientras los lacayos llenaban sus copas con aguamiel. Comieron sin saber muy bien qué actitud adoptar, limitándose a responder a las preguntas de cortesía formuladas por Yusuf que, aunque no parecía reparar en ello, no consiguieron evitar momentos de incómodo silencio.

Les informó de la reciente visita de Amrús a Qurtuba, y mientras duró la comida se extendió en prolijos detalles sobre la vida en la corte del emir Al Hakam. Sin perder sus recelos, Zahir trató de mostrar cortesía y aparentar interés en lo que Yusuf les relataba, aunque su verdadera curiosidad se centraba en lo que pudiera proponerles al finalizar. Se preguntaba si ese viaje de Amrús a Qurtuba tendría algo que ver con ello.

Por fin Amrús dio orden de retirar los restos de aquel pequeño festín, y los sirvientes salieron, no sin antes cubrir las mesas con nuevas bandejas de exquisitos dulces árabes. Yusuf adoptó un tono más circunspecto, decidido al parecer a entrar en materia.

—Bien, hablemos de lo que os ha traído hasta aquí —empezó—. Durante la estancia en Qurtuba que os acabo de relatar, mi padre tuvo ocasión de tratar con el emir de los asuntos de gobierno de la Marca Superior. Como sabéis, a Al Hakam se le reprochan sus métodos quizá demasiado expeditivos, pero su inteligencia es aguda y su decisiones sabias. Bajo su gobierno impera el orden y Qurtuba pro» pera. Quizás

os preguntéis por qué un soberano árabe con su podrí ha confiado en alguien como mi padre, un muladí de Uasqa, hasta el punto de encomendarle el gobierno de la Marca.

Era cierto que Zahir se había hecho esa pregunta, ya que lo» puestos más relevantes en la administración omeya siempre se habían reservado para la aristocracia de origen árabe, pero nunca la había formulado en voz alta, y menos al hijo de un muladí como Amrús.

—Al Hakam siente una proverbial desconfianza hacia las gentes, de su propio pueblo, quizá por ser hijo de una princesa carolingia. De hecho, ha delegado la dirección de todos los asuntos económicos del emirato en un *qumis* mozárabe llamado Rabí ibn Teodulfo.

»Para el gobierno de las Marcas ha preferido no imponer a generales árabes con escaso conocimiento de tierras fronterizas tan complejas, sino confiar en familias con arraigo en cada zona, fieles al emir mediante tratados de clientela. Y por ello os he convocado, en representación de mi padre.

—Habla —dijo Zahir al ver que Yusuf esperaba su reacción.

—El emir desea renovar la alianza con los Banu Qasi, y ha ordenado a mi padre acabar con la hostilidad que enfrenta a nuestras familias. Apela a nuestra fe común en Allah el Todopoderoso para que nos unamos en la defensa del emirato frente a los infieles.

—Algunos de esos que con desprecio llamas infieles son mis hermanos de sangre —espetó Musa.

—No es tal mi desprecio, ya que profesan la fe de nuestros antepasados. A veces los lazos de la sangre tienen más fuerza que los lazos de la fe. No encuentro obstáculo para el respeto de ambos..., si el respeto es recíproco.

—¿Cuál es la propuesta de Al Hakam? —atajó Zahir.

—Jalid estuvo presente en la audiencia con el emir junto a mi padre, y puede transmitírosla personalmente —respondió Yusuf—. Procura ajustarte a las palabras que escuchaste —añadió.

El hombre, de mediana edad, con el pelo y la barba entrecanos, se puso en pie.

—El emir reclama el retorno a la obediencia y el respeto del antiguo tratado de clientela. Con las prerrogativas que ello conlleva también para vosotros. Conservaréis el control sobre vuestra gente y sobre todas las ciudades que ahora ocupáis.

—¿También Tutila? —dijo Musa.

—Tutila ha adquirido importancia estratégica, y el emir desea que permanezca bajo control directo del gobernador de la Marca. Sin embargo, podréis instalaros aquí si es vuestro deseo.

—¿Y si nos negamos a aceptar?

Yusuf torció el gesto ante el tono insolente de Musa.

—Es una posibilidad que Al Hakam ha barajado, y que ya trató con mi padre. No

es necesario que os informe de los métodos que ha venido utilizando cuando no le queda alternativa. —Hizo una pausa—. En alguna ocasión, mi padre ha tenido que tomar parte activa en la solución... —finalizó con una sonrisa irónica.

Todos los asistentes entendieron que se refería a la Jornada del Foso en Tulaytula, y supieron interpretar la amenaza contenida en la alusión. Pero las insinuaciones veladas no eran el método utilizado por el emir, de modo que Yusuf continuó hablando:

—Si no hay acuerdo, Al Hakam enviará una aceifa contra todo el territorio vascón y Banu Qasi. Sabéis bien que Arnit, Banbaluna y las fortalezas de la zona quedarían arrasadas por el ejército cordobés.

La tensión emergió de nuevo en el ambiente.

—Sin embargo, estoy convencido de que ésa es una posibilidad que no debemos contemplar —continuó con un tono excesivamente amable—. Nuestros enemigos comunes son Ludovico en la Septimania y Alfuns en Asturias, y no Al Hakam.

—Sabes que no podemos responder a tu propuesta en este momento...

—Tomad vuestro tiempo. Imagino que debéis consultar vuestra respuesta con..., el jefe de los vascones. Planteadle las ventajas de un acuerdo con el emir. Al Hakam es más fiel a sus aliados políticos que a sus correligionarios. Los sucesos del pasado año en Qurtuba lo demuestran.

—¿A qué sucesos te refieres? —preguntó Zahir.

—¿No habéis tenido noticia? —se extrañó Yusuf—. Bien, supongo que hay tiempo. Después de nuestra cordial conversación, espero que no tengáis inconveniente en aceptar mi hospitalidad para pasar la noche. Jalid se encargará gustoso del relato. Es un» historia interesante y muy ilustrativa de la clase de soberano que tenemos.

Los cuatro visitantes se miraron encogidos de hombros, así que Yusuf les ofreció un té, se acomodó en uno de los divanes por primera vez desde el inicio del encuentro y se dispuso a escuchar.

Jalid se incorporó en su asiento, pero se mantuvo sentado, como si fuera a pasar un buen rato allí. Con voz grave y tranquila, empezó:

—Yusuf ya os ha hablado de Rabí ibn Teodulfo, el cristiano que administra la economía del emirato. Durante su estancia en el alca zar del emir, Amrús y yo mismo tuvimos conocimiento de muchas de las intrigas que se urdían en la corte, sobre todo por boca de algunos eunucos poco dados a la discreción. Rabí había acumulado tal poder que todos los asuntos financieros pasaban por sus manos, con gran satisfacción del emir, que, para asegurar su buena gestión, le había asignado un sueldo mensual de mil dinares que se extraían de la *kurah* de Ilbira. De esta manera, el cristiano llegó a reunir una enorme fortuna, lo que le granjeó la envidia de muchos de sus con ciudadanos, principalmente de algunos alfaquíes. Éstos, sin embargo, no dudaban en

acudir a sus arcas para pedirle préstamos o depósitos a cuenta de ese dinero que él había logrado, según sus propias acusaciones y reproches, de forma ilícita.

»Por otra parte, el ambiente social favorable hacia la población no árabe que estaba promoviendo el emir, hizo que muchas familias árabes sin fortuna material optaran por establecer alianzas matrimoniales con nobles de origen hispanogodo, clientes y colonos en su mayoría que continuaban detentando su antiguo rango y riqueza. El resultado fue una masiva conversión de cristianos al islam, que, no obstante, profesaban una fe islámica tibia y muy poco arraigada. El emir, a pesar de las reclamaciones de los sacerdotes, hacía caso omiso a tal indolencia en la fe, lo que exasperaba al partido de los alfaquíes.

»Todo ello desembocó en una conjura contra Al Hakam, urdida por uno de esos ilustres alfaquíes, junto al *sahib al suq,* el hijo del *qādi* más antiguo de la ciudad, y Masrur, un conocido eunuco. Eligieron como posible sucesor de Al Hakam a Muhammad ibn Qasim, uno de los tíos del emir, por su rango y por su sangre también omeya. Cuando le ofrecieron el trono y le juraron lealtad si aceptaba encabezar el alzamiento, él les hizo ver que aceptaba la proposición. Sin embargo, en cuanto se hubieron marchado montó una cabalgadura, acudió a ver al emir y le comunicó la conspiración, pero éste le exigió pruebas de la traición y quiso conocer la identidad de los conspiradores.

»En el día señalado, Muhammad se reunió con ellos, mientras otro pariente del emir se ocultaba en una alcoba tras pesados cortinajes. Muhammad exigió conocer el número y la identidad de los conspiradores antes de aceptar, no fuera que, por su escasez o por su poca relevancia, la conjura fracasara. De inmediato, entre los allí reunidos, nombraron a todos los implicados, empezando por ellos mismos, mientras los nombres eran anotados tras la cortina.

—¿Y nadie sospechó lo que pasaba? —interrumpió el *'amil* de Tarasuna.

—Si alguien sospechó algo, se lo guardó para sí, porque nadie descubrió la traición —respondió Jalid.

—En cualquier caso, se trataba de una traición a los traidores —intervino Yusuf desde su asiento.

—Así es, pero permitidme que continúe el relato —dijo Jalid.

»En total quedaron anotados setenta y dos nombres en aquel documento, todos ellos de personajes ilustres de la nobleza cordobesa. Una vez conseguido su propósito, Muhammad les juró fidelidad y estableció el momento para el derrocamiento: sería la mañana del día siguiente, viernes, durante la oración en la aljama. Pues bien, antes del anochecer del mismo jueves ya estaban todos encarcelados.

—¿Qué pasó con ellos? —preguntó interesado el viejo *'amil* de Qala't al Hajar—. Supongo que la notoriedad de los sublevados impediría al emir dictar las penas

reservadas para el vulgo.

—No hubo piedad ni juicio. A los pocos días, Al Hakam los hizo crucificar en fila delante de su alcázar, a orillas del Uādi al Kabir. Setenta y dos cruces plantadas a dos codos de distancia. Se desalojó la calzada, y la población, incluidas las familias de los crucificados, fue desplazada a la orilla opuesta del río, desde donde contemplaron el ajusticiamiento entre gritos tanto o más desgarradores que los de las víctimas. Tuve la desgracia de asistir al macabro espectáculo desde el mismo alcázar, y os aseguro que seré incapaz de olvidar aquellas escenas mientras viva.

—Y tras semejante despropósito, ¿ha conseguido Al Hakam atajar las desafecciones o las ha multiplicado? —inquirió Musa con gravedad.

Jalid miró con atención al muchacho.

—Eres joven, pero manifiestas buen criterio. Efectivamente, desde aquel momento Al Hakam se volvió desconfiado, y no sin razón. La crueldad de su acción le granjeó el odio de su pueblo, que se reunía en mezquitas y corros para hablar del asunto. Antes de nuestra partida de Qurtuba, había ordenado reparar y reforzar la muralla de la ciudad, e hizo cavar un foso a su alrededor. No se fiaba de nadie, y encargó a Rabí ibn Teodulfo, a quien elevó al rango de general, la organización de una fuerza de mercenarios cristianos que había hecho venir de Galicia, de la Marca Hispánica y de la Septimania Narbonense.

»Cuando Amrús y yo regresamos a Saraqusta, esta guardia personal contaba ya con cinco mil hombres, tres mil jinetes y dos mil peones, agrupados en compañías de a cien, cada una al mando de un *'arif*.

—¿Y qué funciones tenían? —se interesó Zahir.

—La infantería tenía encomendada la guardia de honor en todas las puertas y pasadizos del alcázar, mientras que la caballería permanecía acuartelada en dos pabellones construidos a la orilla del río, con un destacamento que se mantenía siempre alerta. Ya antes de nuestra partida se habían ganado el odio de la población, que les había aplicado el mote de *al jurs*[13] porque no sabían hablar árabe.

—Bien, Jalid, creo que será suficiente —dijo Yusuf al tiempo que se levantaba de su diván—. Nuestros invitados ya han tenido ocasión de valorar la personalidad de nuestro emir, a quien Allah guarde, pero necesitarán retirarse a descansar.

Era una forma revestida de cortesía de dar por finalizada la entrevista, en el mismo tono forzadamente cordial que había utilizado desde el principio.

—Quizá tengan a bien acompañarnos durante la cena, en este mismo lugar. Si es así, hasta pronto.

Yusuf llamó a un sirviente, le dirigió unas palabras y se retiró por la misma puerta que había utilizado para entrar. El criado les indicó la salida, y accedieron al amplio patio central. La luz había cambiado y la sombra de la tarde empezaba a ocupar la mayor parte del espacio. El riachuelo que atravesaba el pavimento producía con su

sonido una sensación de frescor y reposo, y Musa se sentó al borde de la alberca para refrescarse la frente.

—¿Cómo se consigue que el agua corra constantemente? —preguntó Musa al sirviente que los acompañaba.

—Se eleva desde el Uādi Qalash mediante la misma noria que abastece a los nuevos baños. Parte del agua se desvía hacia este palacio y vuelve al cauce por debajo del pavimento, y a través de la muralla, mediante tubos de cerámica. Antes de abandonar la casa se le unen también las aguas negras de todo el edificio. El agua no solamente brota en esta alberca, sino que llega hasta las cocinas y al *hammam* privado, que se encuentran en el lado meridional.

—¿Quién ha construido el palacio? —continuó Musa, aprovechando la ausencia del dueño de la casa para satisfacer su curiosidad.

—El mismo arquitecto cordobés que Amrús trajo para ampliar la alcazaba y las murallas. Ahora se trabaja en la construcción de la nueva aljama.

—¿Se está ampliando la vieja mezquita?

—Más que ampliar, yo diría que se está alzando una nueva donde se encontraba la anterior. Pero los señores pueden verla por sí mismos si lo desean.

Musa miró a Zahir con gesto interrogante.

—¿Por qué no? —respondió.

El sirviente los condujo a través del pasaje para abrirles el portón. Pese a que nada les impedía abandonar la residencia para visitar la ciudad, dos guardas armados se colocaron detrás de ellos aparentemente dispuestos a seguirlos allá donde fueran. Remontaron la calle de ligera pendiente que conducía a la mezquita, con una intensa sensación de nostalgia al volver a pisar aquellos callejones después de tres años de ausencia. La nostalgia dio paso a la sorpresa cuando alcanzaron la pequeña plaza donde se alzaba la mezquita. Alrededor de ésta se abría un solar de planta rectangular, fruto evidente del derribo de manzanas enteras de casas. En la parte oriental se alzaba ya el nuevo muro de la Qibla, y las obras del *haram* parecían avanzadas. La vieja mezquita continuaba en pie en el lugar que más tarde ocuparía el patio, prestando servicio hasta que el nuevo edificio pudiera utilizarse. La noticia de su presencia en b ciudad se había extendido, y pronto se vieron rodeados por viejo', conocidos que acudían a saludarlos o a interesarse por el estado de los familiares que vivían en Arnit. Casi aturdidos por la muchedumbre que empezó a congregarse a su alrededor, el tiempo transcurrió con rapidez, y cuando el sol se ocultó tras el horizonte, la voz del muecín llamó a los fieles desde el viejo alminar.

Zahir tomó a Musa del hombro y juntos entraron en la mezquita que tantas veces los había acogido. Los guardias que los acompañaban se miraron y optaron por permanecer en el exterior. Tras realizar las abluciones habituales, pasaron a la sala de oración seguidos de una multitud, ante la sorpresa del imán, que por su expresión no

parecía esperar una asistencia tan masiva. Al reconocer a Zahir y a Musa hizo un gesto de comprensión y saludó a los dos inesperados fieles con un movimiento de cabeza.

Musa se sentía dichoso en aquel momento. En el recogimiento de la oración, su pensamiento se desviaba hacia las emotivas escenas que acababa de vivir rodeado del aprecio de su gente, un gesto para él muy valioso, pues les exigía superar el temor a las posibles represalias por manifestar su amistad en público. Se dio cuenta de lo mucho que había echado en falta su ciudad en los últimos años, y en aquel momento decidió que volvería.

Sin embargo, había otro asunto que debía resolver en Tutila antes de su partida. Durante los tres últimos años, Ziyab había seguido enviando a Naylaa y a su madre el dinero suficiente para su sustento a través de un comerciante de confianza que con frecuencia visitaba Arnit para vender sus paños. Pero desde el invierno anterior el mercader no había dado señales de vida, y Ziyab se encontraba angustiado, sin noticias y sin medio de comunicarse con las dos mujeres. Al enterarse de la visita de Musa a la ciudad, le encargó que les hiciera llegar una bolsa con quince dinares, que el muchacho ahora sentía pegada a su cintura bajo la camisa. Ignoraba cómo iba a arreglárselas para hacerla llegar a su destino. Podía recurrir al imán, pero éste seguramente desaprobaría aquella relación y tal vez se escandalizase. Miró a su alrededor. No vio a nadie de suficiente confianza para entregarle una bolsa llena de monedas de oro. Cuando la oración en la mezquita llegó a su fin, aún no había dado con la solución.

Salieron al exterior, y uno de los guardias que les esperaba sugirió que debían volver a la residencia de Yusuf, de modo que tuvieron que despedirse apresuradamente de quienes trataban de acerrarse a ellos, y emprendieron el regreso.

El trayecto no era largo, así que en cuanto se apartaron de la multitud Musa se acercó a su tío e intercambió unas palabras con él. De repente la cara de Zahir se transformó con una expresión situada entre la sorpresa y el temor. Negaba con la cabeza, aunque su mirada se dirigía siempre al frente para seguir dando la espalda a los guardias. Al pasar junto a un estrecho callejón, Musa dio un codazo a su tío y este simuló tropezar, de forma que dio con sus huesos en el suelo. Los tres jefes y los dos guardias se adelantaron para tratar de auxiliar a Zahir, que se demoraba en el suelo sujetándose el tobillo con expresión de dolor. Tras unos instantes se puso de nuevo en pie ayudado por sus acompañantes, y trató de apoyar la pierna en el suelo, con ligeras muestras de padecimiento. Al final declaró que sólo era una pequeña torcedura y reemprendió el camino lentamente.

Los guardias retornaron a su posición tras los visitantes, pero de inmediato uno de ellos reparó en la ausencia de Musa.

—¡Un momento! —gritó—. ¿Dónde está el muchacho?

Zahir se volvió con sorpresa fingida y miró a su alrededor.

—Ha debido de aprovechar mi inoportuna caída para despistarse..., y mucho me temo que conozco el motivo.

—¿Adónde ha ido? —gritó el guardia irritado.

—Se trata de una muchacha —dijo Zahir sin mentir—. Son viejos amigos, y hace tres años que no se ven. Lo conozco bien y sé que regresará de inmediato, no debéis preocuparos. Supongo que sólo quiere volver a verla durante un instante. ¡Ah, quién tuviera dieciocho años...!

Zahir esbozó una sonrisa de complicidad, y el guardia respondió con un gesto mezcla de fastidio y comprensión.

—Si no está de vuelta a la hora de la cena, nos veremos en un aprieto.

—Lo estará, puedes estar seguro. Si no es así, yo asumiré la responsabilidad.

Poco después de la última llamada a la oración, Musa entró en al aposento que se les había preparado para pasar la noche. Zahir había puesto al corriente a sus tres acompañantes del motivo de aquella escapada, y todos lo recibieron con sonrisas y alivio.

—Me gustaría que todos mis amigos fueran como tú —dijo el *'amil* de Tarasuna entre risas.

—¿Saben nuestros dos vigilantes de tu regreso? —pregunto Zahir.

—Tenías que haber visto su cara. Casi me han entrado a escondidas para no tener que dar explicaciones —rio Musa—. Aunque tampoco yo las tenía todas conmigo, no sabía cuál iba a ser su reacción.

—En cualquier caso no vuelvas a hacerme esto, he estado a punto de romperme una pierna de verdad —bromeó Zahir.

—Tenía que hacerlo, por Ziyab —replicó Musa con gesto más grave—. Ahora ya podemos partir de aquí cuando os parezca.

—Precisamente de ello hemos estado hablando. La propuesta del emir es de suficiente trascendencia como para partir de inmediato hacia Banbaluna —dijo Zahir con tono repentinamente serio—. Hemos pensado hacerlo mañana mismo, al amanecer.

—Estoy de acuerdo. Aunque será necesario enviar a uno de los soldados para dar aviso en Arnit: la estancia y el viaje pueden demorar nuestro regreso al menos diez jornadas.

—Necesitaremos a esos soldados durante el viaje. Pediré a Yusuf que envíe correos a nuestras ciudades para notificar la partida hacia Banbaluna y el motivo que la hace necesaria. Yo mismo redactaré los escritos esta noche.

La cena transcurrió en un ambiente correcto pero tenso. La expectativa de un acuerdo entre el emir y los Banu Qasi no podía hacerles olvidar los graves

acontecimientos que les habían enfrentado; la desconfianza era mutua, y el rencor se adivinaba a pesar de la fingida amabilidad de Yusuf. Si los Amrús les trasladaban la propuesta de colaboración de Al Hakam no era por un aprecio repentino, sino por simple estrategia política. Y la razón de que ellos consideraran aceptar el trato tenía que ver más con la amenaza militar del emir que con sus deseos de transigir con la situación de ocupación de Tutila.

Comunicaron a Yusuf su deseo de abandonar la ciudad al amanecer con destino a Banbaluna, y el gobernador accedió al envío de sus correos con las cartas de Zahir tal como se le pidió.

Los once hombres abandonaron a caballo la ciudad a través del puente sobre el Uādi Ibru. Musa había sentido una especial fascinación por aquel lugar desde pequeño. La impresionante estructura que vibraba al paso de la corriente, las maderas que crujían bajo los cascos de los caballos, y las grietas entre las tablas, que permitían ver el paso veloz del agua muchos codos más abajo..., lo convirtieron en uno de sus lugares preferidos a su llegada a la ciudad. Después del accidente en el río y la trágica muerte de sus amigos evitó el lugar para no tener que evocar aquellos dolorosos momentos. Aun ahora, siete años después, tuvo que hacer un esfuerzo para apartar aquellas imágenes de su pensamiento.

Cruzaron el puente con las cabalgaduras sujetas del ronzal y al alcanzar el humilladero ocuparon su lugar en las sillas. Tutila y Banbaluna estaban separadas por algo menos de setenta millas,[14] así que en aquellas largas jornadas de principio de verano sólo tendrían que pernoctar dos veces antes de llegar. Avanzaron entre campos de cereales, que desaparecieron de su vista al tiempo que se perdía en la lejanía el castillo de Tutila, y se adentraron en zonas boscosas y de monte bajo, de mayor espesura cuanto más se alejaban del valle formado por el río. Trataron de planificar la ruta de manera que las paradas coincidieran con las villas y fortalezas del camino ocupadas por sus aliados, para ponerlos al tanto de la nueva situación. Así, hicieron alto en Balterra esa misma mañana, y pasaron la primera noche en la alcazaba de Kabbarusho. Retomaron la marcha hasta Ulit, y en la tarde de la segunda jornada alcanzaron el paso entre las dos cadenas montañosas que protegían el acceso a Banbaluna. En el castillo que vigilaba el valle hallaron alojamiento y calmaron su apetito con una abundante cena caliente en la víspera de su entrada en la ciudad dominada por los vascones.

Nadie esperaba su llegada cuando poco después del mediodía, en su tercera jornada de viaje, se presentaron ante las puertas de Banbaluna. El jefe de la guardia, casi tan joven como sus compañeros, no identificó a los visitantes y les impidió el paso mientras mandaban recado a la guarnición. Los viajeros descabalgaron, v entre

bromas se dispusieron a esperar protegidos del sol de la tarde a la sombra de la muralla. Un comerciante portaba sobre sus mulas varias jaulas repletas de aves para venderlas en la ciudad, y se disponía a pagar el impuesto de portazgo exigido por sus mercancías.

No pasó mucho tiempo hasta que un oficial de mayor rango apareció a galope en el otro extremo de la calle y se presentó ante ellos entre el revuelo de las aves. Azorado, desmontó de un salto y, tras dedicar una furibunda mirada a los guardias, dio las órdenes precisas para que se acompañara a los recién llegados a las dependencias del castillo. Al parecer, Enneco y Fortuño habían salido de la ciudad el día anterior con una partida de caza, y nadie sabía cuán do regresarían. Era habitual que tales partidas se prolongaran durante varias jornadas, así que Zahir no puso objeción a la salida di un jinete que debía localizarlos en las montañas próximas para dar les aviso.

Su entrada en la ciudad no pasó desapercibida. No era extraña la llegada de comerciantes musulmanes, pues el intercambio de mercancías era importante, y Banbaluna se encontraba situada en una de las principales rutas entre Al Ándalus y la Galia. Sin embargo, las mulas de los mercaderes no podían compararse con los preciosos caballos árabes que abrevaban en el pilón próximo a la gran puerta de acceso, ni sus atalajes llamaban la atención como lo ha cían los de aquellos recién llegados, especialmente la silla que *Baraka* llevaba sobre su lomo.

Un grupo de mozalbetes se unió a los visitantes en su camino a través de la ciudad, y el número fue en aumento cuando se extendió por las calles la noticia de que se trataba del hermano de sangre de Enneco y otros jefes Banu Qasi. Los pequeños, sucios y mal vestidos, se disputaban el honor de sujetar las riendas de los caballos mientras avanzaban por las embarradas y malolientes callejas que conducían hasta el fortín. Llegaron a sus puertas entre el revuelo de la guardia, que les franqueó el paso hacia el patio interior entre bienvenidas y excusas por la accidentada recepción.

Toda, la esposa de Enneco, descendió apresurada los escalones que comunicaban aquella explanada central con las dependencias del primer piso. Aún no habían desmontado de sus caballos cuando la mujer, recogiéndose los bajos del vestido para evitar tropezar, se plantó ante ellos con enorme alborozo. Hablaba en lengua vascona, sin percatarse de que, a excepción de Musa, sus visitantes no entendían ni una palabra. La cara de perplejidad de alguno de ellos la hizo caer en la cuenta y, azorada, cambió al romance.

—¡Ésta sí que es una sorpresa! —dijo casi a voz en grito dirigiéndose a Zahir—. ¡Me imagino la cara de Enneco cuando se entere!

Zahir reía mientras bajaba de su montura, divertido por la situación. De repente, Toda fijó la vista en Musa, perpleja. Habían pasado tres años desde la última vez que

el muchacho visitó Banbaluna, y el cambio físico que había experimentado dejó asombrada a la mujer de su hermano.

—¡Musa, muchacho! ¡Casi no te reconozco!

—¿Tanto he cambiado? —rio él.

—¡Y esa voz! ¡Estás hecho todo un hombre! ¡Y qué apuesto!

—Vas a conseguir que me sonroje —dijo Musa mientras se acercaba a ella para cogerla de las manos.

Estaban cerca, y Musa utilizó la lengua vascona para preguntar por su familia.

—¿Cómo están mis hermanos? ¿Y mis sobrinos?

—Enneco y Fortuño están en el monte, de caza. Están obsesionados por conseguir el mejor trofeo —explicó en tono condescendiente.

Giró la cabeza hacia la escalinata.

—Y ahí vienen Assona y Nunila.

Las dos muchachas se acercaban con expresión cohibida ante el cortejo que acababa de entrar en el castillo. La hija mayor de Enneco era ya una mujercita de rasgos marcados, con mejillas sonrosadas donde resaltaban unos grandes ojos oscuros. Nunila, en cambio, llamaba la atención por su cabello rubio, que contrastaba con una piel más morena que la de su hermana. Seguían sin parecerse físicamente entre sí, pero ambas tenían algo que recordaba a Musa el rostro de Onneca.

—Estaréis cansados del viaje —dijo al grupo—. Haré que os conduzcan a vuestros aposentos.

Los palafreneros se hicieron cargo de las monturas y los criados trasladaron el equipaje al interior mientras Toda conversaba animadamente con sus huéspedes. Un muchachito salió doblando una es quina, arrastrado literalmente por el enorme mastín que sujetaba con una correa de cuero. El perro se detuvo a olisquear a los recién llegados, y el muchacho logró recuperar el equilibrio.

—¡García! ¿Qué modales son ésos? —le riñó Toda simulando enfado—. ¡Saluda a tu primo Musa y a Zahir!

El muchacho se acercó decidido al grupo, pero se detuvo en seco mirando a todos aquellos hombres, preguntándose a quién tenía que saludar. La última vez que los había visto apenas tenía tres años. Su cara de desconcierto provocó una carcajada general, por lo que el pequeño se refugió en la falda de su madre hasta que Musa se acercó a él y lo levantó en el aire.

—Yo soy tu tío, ¿no me recuerdas?

García negó con la cabeza.

—Pues mírame bien, la próxima vez no quiero que te equivoques. O te quedarás sin regalo —dijo mientras tendía hacia él una bolsa con bandolera de cuero repujado.

Al salir de Arnit no habían previsto la visita a Banbaluna, pero durante su parada en Ulit habían adquirido algunas cosas en uno de los puestos del mercado.

—Para que guardes tus tesoros.

—¡Gracias! —respondió el muchacho. A velocidad de vértigo, cogió la bolsa, dio un abrazo a su tío y salió en busca de su perro.

Toda ejerció aquella noche de anfitriona, porque los hombres de la familia no regresaron hasta bien entrado el día siguiente. Aparecieron cubiertos de polvo y sudor, al frente de una partida de caza compuesta por algunos de los jefes vascones, varios mandos de sus tropas, lacayos, caballerizos, halconeros y criados. Una recua de mulas arrastraba las piezas cobradas, que fueron trasladadas de inmediato al interior del castillo. Musa pudo ver jabalíes, corzos, ciervos y bucardos. Pero el trofeo del que Enneco parecía especialmente orgulloso fue llevado hasta el centro del patio sobre un improvisado armazón de troncos arrastrado por dos mulas. Se trataba de un enorme oso de más de cuatro codos de altura, que mostraba profundas heridas en el cuerpo y la cabeza.

—¡Deberías haber estado allí! —le dijo Enneco a Musa, que había salido a su encuentro—. Te lo habría cedido gustoso. Aún no has pasado tu prueba de virilidad, como es costumbre entre nuestro pueblo —bromeó.

—Deja en paz al muchacho —interrumpió Fortuño—. Por suerte las costumbres que llegan de Al Ándalus son más refinadas que nuestros primitivos rituales —lo contradijo en tono irónico.

—Es un buen ejemplar —apreció Musa después de acercarse a tocar la piel del animal.

—Sí, es un macho adulto. Lo tenías que haber visto alzándose frente a nosotros —recordó Enneco en voz alta mientras daba la vuelta a las parihuelas para abrazar al muchacho.

Los saludos fueron cálidos, y durante un buen rato conversaron animadamente sobre los asuntos de la familia y en especial sobre Onneca, que esta vez había quedado en Arnit. Enneco no tardó en preguntar por el motivo de la visita. El anuncio en pleno monte de su repentina llegada les había inquietado, y temieron que algún incidente grave les hubiera obligado a acudir en busca de ayuda.

Zahir, que había salido a recorrer la ciudad y sus alrededores, se incorporó al grupo y, con Musa, puso a los dos hermanos al corriente de los últimos acontecimientos en Tutila.

Enneco, Fortuño y el resto de los vascones necesitaban un tiempo para reponer fuerzas, lavarse y descansar antes de reunirse con los recién llegados. La misma Toda exigió a su marido que se deshiciese de aquellas ropas y se diese un buen baño si quería entrar en las estancias de su residencia.

Pero, antes, Enneco insistió en estar presente mientras desollaban el hermoso ejemplar de oso, e incluso tomó el afilado cuchillo para retirar él mismo la piel en las zonas más delicadas de la cabeza. No se dio por satisfecho hasta que el enorme cuero quedó cubierto por una gruesa capa de sal procedente de las salinas próximas.

—Éste ya no hará contigo lo que su congénere hizo con el rey Favila —bromeó Zahir cuando Musa y él se acercaron para interesarse por el método de curtido que empleaban—. Más de uno de esos narradores que llegan a Arnit de tarde en tarde cuenta la historia, así que anda con cuidado cuando estés cerca de un oso.

—No hay cuidado, yo no soy el rey de Asturias —respondió Enneco siguiendo la broma.

—¿Qué harás con la piel? —preguntó Musa—. ¿La utilizarás como alfombra?

—Así es. La colocaré en la sala del Consejo.

Pareció calibrar otra posibilidad, con el ceño fruncido.

—Aunque estoy pensando... que va a ser para ti, Musa. Será mi regalo cuando tengas que cubrir el pavimento de la alcazaba de Tu tila como señor de la plaza.

Musa rio de buena gana.

—No es eso de lo que hemos venido a tratar contigo, Enneco.

—Lo sé, lo sé, dejémoslo hasta mañana. Voy a hacer caso a mi esposa..., ese baño debe de estar ya preparado.

La reunión tuvo lugar en el salón donde años atrás se habían celebrado las anteriores. La vieja mesa de roble ocupaba el centro de la estancia, rodeada por las mismas sillas. Sólo el número de asistentes era más reducido que en la última ocasión, porque lo inesperado de la visita había hecho imposible citar en Banbaluna a todos los jefes vascones de los distintos valles.

Zahir tomó la palabra para referir la propuesta que el emir les había transmitido a través de Amrús y su hijo Yusuf.

—Si he entendido bien —intervino Fortuño—, se trata de reescribir el viejo tratado de clientela y aceptar la autoridad de Amrús sobre toda la Marca Superior, incluida Tutila como ariete más cercano a tierras cristianas... y vasconas. Y todo ello a cambio de respetar vuestra situación actual... que no es realmente muy ventajosa.

—Al menos la situación actual permite que los Banu Qasi conserven los lazos de sangre y de lealtad que se mantienen desde hace décadas —respondió el *'amil* de Qala't al Hajar.

—Sin embargo, vuestra sumisión al emir deja nuestro flanco sur a merced de las posibles acciones que Amrús quiera emprender contra los vascones —razonó Enneco.

—Y por el norte ya tenemos la amenaza del ejército franco, con Ludovico instalado en Aquitania—añadió Fortuño—. ¡Quedaríamos atrapados entre dos fuegos, expuestos a carolingios y musulmanes, a la espera de ver quién ataca primero!

—Sé que me consideráis un hombre poco dispuesto a la lucha..., y es cierto —repuso Zahir—. Pero tengo el convencimiento de que, de haber seguido mi criterio en el pasado, nos podríamos haber evitado mucho sufrimiento y mucho derramamiento de sangre. Hemos perdido a nuestros hombres más jóvenes y valiosos, y no podemos permitirnos llenar nuestras aldeas de huérfanos y viudas. Nuestro pueblo reclama tranquilidad para cultivar sus campos, moler su trigo y rehacer sus vidas.

—¿Propones por tanto aceptar la sumisión al emir? —dijo Enneco.

—Y no sólo eso. Me voy a permitir sugerirte una política similar. A pesar de mi posición favorable al acuerdo con Amrús, no me fío de él, y no descarto que pretenda continuar su expansión, quién sabe si hacia vuestras tierras, con el apoyo del ejército del emir.

—¿Lo crees posible? —interrumpió Fortuño.

—No parece probable, dados los términos del acuerdo que nos propone. Si hubiera pretendido hacerlo, no necesitaba dar este paso.

—¿Cuál es esa propuesta de la que hablas? —urgió Enneco.

Zahir se levantó, y empezó a pasear en torno a la mesa con la vista al suelo y las manos a la espalda.

—Los Banu Qasi continuaríamos gobernando nuestras tierras del Ibru en buena relación con Qurtuba. Pero creo que vosotros deberíais buscar una alianza similar con los carolingios. Eso equilibraría las fuerzas y supondría una eficaz disuasión ante cualquier intento de expansión más allá de las fronteras actuales.

También Enneco se puso en pie, visiblemente nervioso.

—¡Pero eso va en contra de la política que hemos mantenido durante todos estos años! ¡Zahir, nuestro objetivo es gobernar estas tierras sin injerencias, y sin dependencias de ninguna otra autoridad, ni musulmanes ni carolingios! ¿Estás diciendo que te parece apropiado pactar ahora con Ludovico? ¡Su propio padre destruyó esta ciudad no hace muchos años!

—Si algo he aprendido, Enneco, es que la política obliga a alianzas aparentemente extrañas. No pierdo de vista nuestro objetivo común, que anhelo con la misma fuerza que tú. Llegará el momento de hacerlo realidad. La alianza de la sangre entre nuestros pueblos lo hará posible, estoy convencido de ello.

Zahir pronunció las últimas palabras con la vista puesta en Musa, y Enneco siguió su mirada.

—¿Cuál es tu opinión, Musa? —preguntó.

El muchacho era consciente de que había muchos ojos fijos en él, y trató de dotar a sus palabras de un aire solemne.

—Soy joven aún, Enneco, pero ya he tenido ocasión de vivir el sufrimiento de nuestra gente en demasiadas ocasiones. Y dudo quila muerte de mi padre y nuestros dos hermanos haya mejorado las expectativas de nuestros pueblos. Estoy de acuerdo

con Zahir en que no es momento de nuevos enfrentamientos: debemos esperar la ocasión propicia para llevar adelante nuestros propósitos. Y me parece razonable que los vascones se sometan al protectorado carolingio para afianzar Banbaluna ante posibles ataques de Amrús.

—Velasco el Gascón estaría encantado de oíros —espetó Enneco antes de volverse bruscamente hacia uno de los ventanales—. Mutarrif murió por enfrentarse a él, y ahora me proponéis que me pliegue a su política.

—Hicimos firmar a Velasco un documento en el que se le prohibía expresamente mantener ningún contacto con Ludovico ni con el emperador. ¿Y ahora vamos a ser nosotros quienes establezcamos esas relaciones? —intervino Fortuño.

—No olvides cuál es la política imperial: parece que su único objetivo sea el engrandecimiento del reino franco —continuó Enneco—. Carlomagno demuestra una ambición insaciable, incluso se ha hecho coronar como emperador por el papa León III. Acierta el dicho en este caso: «Si tienes a los francos por amigos señal es de que no los tienes por vecinos.»

—La estrategia de tu gobierno la decides tú, Enneco —respondió Zahir a ambos hermanos—. Sólo se trata de llegar a un pacto con las fuerzas francas, que actuarían como elemento de disuasión. Ludovico no tiene que poner un pie en vuestras tierras. Eso te garantizaría que la próxima aceifa que emprenda Al Hakam no va a acabar arrasando de nuevo las murallas de Banbaluna.

Enneco permaneció frente al ventanal durante un largo rato en el que nadie se atrevió a romper el silencio, hasta que regresó a su puesto en la mesa.

—Convocaré a todos mis hombres y debatiremos el asunto. Mientras tanto podéis permanecer aquí a la espera de respuesta —dijo.

Musa aprovechó los cuatro días que siguieron para conocer a fondo la ciudad y sus alrededores. Tenía un tamaño ligeramente superior al de Tutila, aunque su aspecto era del todo diferente, tanto por su ubicación y su orografía como por el trazado de las calles, mucho menos abigarrado, siguiendo la disposición ortogonal de la antigua urbe romana de Pompaelo. Tampoco la presencia de musulmanes era tan abundante como en las ciudades del Uādi Ibru, pero su mercado bullía de actividad y conformaba un mosaico de razas y lenguas por su posición estratégica en las rutas comerciales.

Toda se ocupó de que los tres *'amil* vieran cubiertas sus necesidades durante su estancia en el castillo, pero reservó un trato especial para Zahir y Musa, que compartieron mesa con el resto de la familia y tuvieron ocasión de ponerse al tanto de los últimos acontecimientos.

Musa admiraba a Toda por su hermosura, su elegancia y su serenidad, que combinaba con un carácter alegre y amable. Parte de esa belleza había sido heredada

por Assona, que sin duda estaba siendo educada en los mismos valores. Musa contemplaba divertido a la muchacha y a sus jóvenes amigas, consciente de que lo observaban y susurraban acerca de él, entre risas azoradas cuando se veían descubiertas. Estaba acostumbrado a ese tipo de juegos inocentes y era consciente de la atracción que ejercía en las chicas de su edad y de los comentarios que despertaba en los corrillos, pero las muchachas musulmanas actuaban de una forma mucho más comedida que aquellas vasconas que ahora reían abiertamente frente a él.

Trató de ignorar el familiar cosquilleo que comenzaba a experimentar y se dirigió hacia las cuadras, donde le esperaba *Baraka* para su salida diaria, en la que recorrían durante largo rato las verdes praderas que rodeaban la ciudad, descendiendo por la orilla del río hasta un vado situado varias millas al sur, para regresar por la orilla opuesta.

Musa agradeció aquellos días de tranquilidad en compañía do Enneco y Fortuño. Descubrió que al hablar de asuntos de importancia para sus familias habían dejado de tratarlo como a un mu chacho, solicitaban su opinión y apreciaban sus iniciativas. Él mismo era consciente de que su aplomo y la confianza en sí mismo eran ahora mayores, y en cierto modo agradecía que las duras circunstancias que había vivido le hubieran hecho madurar de forma precoz. La tarde anterior al Consejo de jefes vascones, Musa supo que Enneco ya había decidido la postura que defendería ante ellos, Los jefes que habían asistido a la primera reunión y habían escuchado los argumentos de Zahir estaban dispuestos a aceptar la pro puesta de éste, pero Enneco tendría que hacer gala de toda su capacidad de influencia para convencer al resto. El cambio de política era radical, y algunos de aquellos jefes habían luchado contra Carlomagno en Roncesvalles. Ahora él les iba a proponer buscar la alianza con su hijo Ludovico. Su liderazgo se vería puesto a prueba sin duda.

En la tarde del día señalado, Enneco y Fortuño se recluyeron en la sala del Consejo con el resto de los vascones llegados de los diferentes valles. Al cabo de una hora Fortuño salió de la cámara con gesto grave en busca de Zahir, Musa y los tres jefes musulmanes. Al parecer no había acuerdo, y Enneco había solicitado que escucharan a los Banu Qasi en primera persona para tratar de despejar las serias dudas que albergaban.

Ya había caído la noche cuando los vascones tomaron una decisión: bien fuera por conformidad con la estrategia política que se les planteaba, o por temor a una posible acción del emir de Qurtuba en sus tierras, acordaron enviar a Toulouse una embajada que negociara con el rey franco un tratado de amistad y protección. Sin duda influyó en su decisión el recuerdo, oportunamente rescatado por Zahir, de la acción emprendida tres años atrás por Amrús contra la fortaleza de Sajra Qays, a pocas millas de Banbaluna, en lo que había sido la última demostración de fuerza de

los musulmanes.

Cumplido su propósito, Zahir, Musa y sus acompañantes regresaron a Tutila mientras la embajada vascona tomaba el camino de las montañas en dirección a Aquitania. Hallaron a un Yusuf de nuevo extrañamente afable que mostró de forma ostensible su entusiasmo al escuchar la aceptación de la propuesta.

—Mi padre estará satisfecho —dijo sentado en el diván de su lujosa residencia—. Deseo que iniciemos una época de colaboración y que olvidemos los antiguos desencuentros.

Ni Zahir ni Musa mostraron la misma euforia que su anfitrión, pero éste prosiguió:

—A partir de ahora no veo ningún inconveniente para que os instaléis de nuevo en Tutila con vuestra familia, si ése es vuestro deseo. ¿Lo es?

Zahir y Musa se miraron.

—Lo consultaremos, y te haremos saber la respuesta —dijo Zahir.

—Vuestra antigua residencia continúa desocupada. Por supuesto, se encuentra a vuestra disposición. Es un detalle importante. Por otra parte seguimos necesitando mano de obra, y no nos vendría mal el regreso de todos los que abandonaron Tutila en su momento.

Zahir y Musa no entendían el interés que demostraba Yusuf, y sus mentes se esforzaban por hallar las posibles motivaciones ocultas que justificaran su actitud.

Pero Yusuf no había terminado.

—Dile a tu amigo —dijo dirigiéndose a Musa— que su negocio le espera. Y algo más que su negocio...

—¿Cómo sabes...?

Yusuf hizo un gesto que interrumpió la protesta de Musa, y con una enigmática sonrisa se puso en pie.

—Supongo que tendréis prisa por regresar a Arnit y a vuestras ciudades para dar cuenta de las novedades. No os retendré más.

Musa había previsto ya antes de la entrevista con Yusuf que se instalaría de nuevo en Tutila. De regreso a Arnit, avanzaba impaciente varios codos por delante de los demás, ansioso por contar las importantes novedades a Onneca... y a Ziyab. No sabía cómo había llegado a oídos de Yusuf la relación de su amigo con Naylaa, pero su alusión había sido clara. Seguramente la guardia le habría informado de su escapada para cumplir el encargo de Ziyab. ¿O quizá alguien lo había visto entrar en la casa de la muchacha? No tenía forma de saberlo, pero lo cierto es que Yusuf estaba al corriente, y eso no le gustaba demasiado. No confiaba en absoluto en él... ni en su padre. Sabía que ambos eran hombres ambiciosos y sin escrúpulos, y que no se comportarían así de no tener un buen motivo para hacerlo. ¿Era simplemente el deseo

de atraer a los Banu Qasi para evitarse problemas con aquella familia que dominaba el territorio desde hacía generaciones? Tal vez sí, pero no podía estar seguro, Quizás instalarse en Tutila, como Yusuf les había sugerido, era me terse en la boca del lobo. Pero la ciudad ejercía en él una fuerte atracción y deseaba volver. Además, estaba seguro de que, cuando Ziyab conociera el cambio de actitud de los Amrús, se pondría en camino de inmediato.

Dos semanas antes del comienzo del mes de Ramadán, partía de Arnit una columna con los primeros vecinos que retornaban a Tu tila. Salieron al amanecer para evitar el fuerte calor de mediodía, que en las últimas jornadas había sido especialmente intenso. Onneca ocupaba un asiento en uno de los carros que trasladaba sus pertenencias, Zahir y Musa montaban sus caballos, y les seguía el carro que conducía el mismo Ziyab. Unas doscientas personas habían decidido abandonar Arnit, atraídas por la promesa de trabajo abundante y bien remunerado. La mayor parte eran familias jóvenes con niños y algunas mujeres viudas que viajaban con la esperanza de contraer un nuevo matrimonio con alguno de los muchos trabajadores que habían acudido a Tutila en los últimos años. Ningún anciano, en cambio, había querido dejar la villa, seguros de poder subsistir con comodidad gracias a sus pequeñas fincas o sus oficios habituales.

Onneca se había sentido aliviada al conocer la decisión de sus hijos. Se abría ante su familia una época de calma que tranquilizaba su espíritu, bastante atormentado ya en el pasado. Cuando Musa le planteó la posibilidad de trasladarse a Tutila, ella respondió que su único interés era estar junto a él, en el lugar donde él decidiera vivir. En realidad Onneca se sentía más a gusto en Arnit, la primera ciudad musulmana que conoció tras su matrimonio con Musa ibn Fortún, y allí habían nacido sus hijos. En cambio había sido en Tutila donde había sufrido sus muertes. No podía evitar un estremecimiento supersticioso cuando revivía aquellos terribles momentos. Recordó un librito de pliegos cuidadosamente cosidos que había leído durante las largas tardes de ausencia de Zahir y Musa. Hablaba sobre la *baraka,* y desde aquel día siempre lo tenía cerca. Mientras el carro avanzaba con lentitud siguiendo el curso del río lo sacó de entre sus ropas, lo abrió por el pliego que tenía marcado con un doblez y leyó de nuevo:

La Baraka es una cualidad oculta e invisible que se adhiere a los seres y a las cosas, aportando beneficios.

Un efluvio misterioso que da fecundidad, que actúa principalmente por contacto y, debido a nuestra naturaleza, esencialmente porosa a lo sagrado, nos penetra cuando nos acercamos al ser que la posea.

Es ella la que proporciona prosperidad, multiplica los nacimientos y favorece el éxito.

Es la abundancia en la pradera, el crecimiento en el rebaño, el efecto saludable en el remedio.

La Baraka es ese secreto de Allah... en las cosas.

Es un poderoso tonificante espiritual que repercute positivamente en todas las dimensiones de la vida. Emana de ciertos objetos, de ciertos lugares y de ciertos momentos.

El Corán tiene Baraka —sus letras, sus sonidos, su recitación—: «Y este Libro que te revelamos es Mubarak», es decir, portador de Baraka.

Y las mezquitas, los olivos, las palmeras, el agua, La Meca, la noche vigésimo séptima de Ramadán, algunas piedras (¿qué sentido tiene, si no, tocar la Piedra Negra, que irradia una especialísima Baraka?), y también ciertas fuentes, ríos, lagos, grutas, bosques, montañas.

Definitivamente, en Tutila no había *baraka* para ella. Sin embargo, y volvió a leer el fragmento, se trataba de un «efluvio que nos penetra al acercarnos al ser que la posea». Y Musa tenía *baraka*, Lo sabía. Mientras permaneciera junto a él no tendría de qué preocuparse.

—¿En qué piensas, madre? Estás sonriendo.

Musa se había acercado a caballo, y ella, sumida en sus reflexiones, con el librito entre las manos, no había reparado en su presencia.

—En ti, hijo. Mira esto —dijo, al tiempo que le tendía el libro.

Musa leyó, con su madre atenta a su expresión.

—Tu también eres Mubarak para mí—explicó cuando Musa levantó la vista.

Musa sonrió a su madre.

—No sé si soy yo o mi caballo —bromeó.

Onneca cayó en la cuenta del nombre que su hijo había elegido para su montura. Musa avanzaba al paso junto al pescante del carro. Mantenía la mirada al frente, y ella lo contemplaba. Era su hijo pequeño, pero se había convertido en un hombre. Observó su cuerpo erguido, su cabeza poderosa, su barba incipiente y su rostro masculino y proporcionado. Un estremecimiento la recorrió.

—Te quiero, hijo —susurró.

En ese momento, Musa espoleó a su caballo para avanzar hacia la cabeza de la columna. Onneca pensó que no la había oído, pero Musa tuvo que enjugarse los ojos con el dorso de la mano antes de dirigirse a Zahir y sugerirle que era buen momento para hacer un alto.

Llegaron a Tutila en dos jornadas. Recorrieron el último tramo bajo la sombra de una fuerte tormenta de verano que amenazaba con descargar sobre ellos, y lo hizo

antes de que entraran en la ciudad por la puerta de Qala't al Hajar. Para Ziyab y Onneca habían pasado tres años desde que salieran por aquella misma puerta, y les pareció una ciudad desconocida, en parte quizá por el aspecto de sus calles y sus murallas bajo la extraña luz que acompañaba al aguacero. Bajaron de los carros ante el portón de su vieja residencia, y Ziyab les siguió a la espera de que amainara la tormenta.

Las puertas se encontraban abiertas y accedieron al interior. Al parecer nadie había habitado la casa desde su partida, pero no hallaron ni rastro de polvo o de telarañas. Todo estaba en su sitio, se aspiraba un agradable aroma a hierbas frescas... y había leña recién cortada en el zaguán.

Ziyab silbó sonriente.

—Es toda una bienvenida —dijo.

Zahir asintió con un gesto mientras observaba caer el agua en el i entro del patio.

—Da sensación de irrealidad —dijo Onneca—. No esperaba encontrarla así.

A Musa le ocurría lo mismo. La casa era la misma de siempre, poro la luz de la tormenta en aquellas dependencias perfectamente adecentadas producía un efecto extraño, casi inquietante.

—Nos falta un té recién hecho —bromeó.

—Eso lo solucionaremos pronto —repuso Onneca—. Quitaos esas ropas mojadas mientras lo preparo. No quiero que cojáis una calentura.

—Yo encenderé el fuego —se ofreció Musa.

Tomaron juntos el primer té después del regreso, con pastas de almendra horneadas en Arnit antes de la partida.

Amainó la tormenta, y los últimos rayos del sol de la tarde alcanzaron a iluminar el interior del patio.

—Deberías pasar aquí la noche, Ziyab —dijo Musa—. Tu casa estará vacía.

—Quizá tengas razón —asintió—. Simplemente iré a dar una vuelta por allí, pero esperaré a mañana para instalarme.

—¿Qué planes tienes? —se interesó Zahir.

—De momento retomaré el trabajo en el taller, es mi único medio de subsistencia.

—En Arnit asistías a la escuela coránica, ¿no es así? Y tengo entendido que con gran aprecio de tus maestros.

—Así es. Ése es mi objetivo, proseguir mis estudios aquí. Mis maestros me animaron a ello, dicen que tengo capacidad. Pero no sé si en la mezquita aceptarán a un simple carpintero para iniciar los estudios de nivel superior.

—¿Tienes verdadero interés en continuar esos estudios? —preguntó Zahir.

—En estos tres años se ha convertido en mi pasión. He tenido que perder muchas horas de sueño para compaginar el estudio con el taller. Más de un día he empezado a trabajar al amanecer después de una noche en vela.

—No es posible dedicarse de lleno al estudio con un trabajo así —dijo Zahir con el ceño fruncido en un gesto de reflexión—. Hablaré con el *imām* de la mezquita para que asistas a su escuela durante unos días. Eso será suficiente para valorar tus conocimientos y capacidades. Si el informe es favorable, haré lo que sea necesario para que puedas dedicarte al estudio sin necesidad de compaginarlo con el trabajo en el taller.

—¿Yusuf? —aventuró Musa.

Ziyab miró a ambos y comprendió lo que estaban pensando.

—No —replicó rotundamente, acentuando la negación con un movimiento de cabeza—. No puedo tolerar que hagas eso por mí.

—Pero, ya ves, al parecer está dispuesto a contentarnos en todo... —dijo Zahir.

—No es sólo eso..., no se trata sólo de mi manutención.

—Naylaa, ¿no es eso? —dijo Musa.

Ziyab asintió con la cabeza.

—Bien, acabamos de llegar. No pretendamos resolver el futuro de todos la primera noche —cortó Zahir—. Es hora de hacer algo.

Ziyab se despidió de sus anfitriones y salió de la casa para dirigirse a su taller. Sin embargo, no giró en la calle que conducía hasta él, sino que dobló la esquina opuesta en dirección a la muralla sur. Quería volver a ver a Naylaa, y había esperado con impaciencia el momento de salir sin desairar a Zahir. La noche era agradable, y aún se podía percibir el olor a tierra mojada que había dejado la lluvia. El cielo estaba ya despejado y la luz de la luna permitía ver con claridad el camino. Cubrió con rapidez el trayecto que lo separaba de la casa de la muchacha, y vaciló antes de golpear la puerta con los nudillos.

Había imaginado mil veces ese momento. Incluso había barajado distintas opciones: que abriera la puerta la propia Naylaa, que la abriera su madre... Se imaginaba la sorpresa de la muchacha, se la imaginaba entre sus brazos... En varias ocasiones alzó la mano con los nudillos cerrados y contuvo la respiración.

Golpeó al fin la puerta. No había luz en el interior, lo que indicaba que ya estarían dormidas. Llamó de nuevo, pero no se percibió ningún movimiento. La tercera vez golpeó la puerta con fuerza.

—Naylaa —llamó en voz baja con la boca pegada a la puerta—. ¡Naylaa! —repitió alzando la voz.

—¿Quién va? —preguntó una voz masculina desde el ventanuco de la casa contigua.

Ziyab, atemorizado, no sabía si responder o no a aquel hombre, que desde el ventano no podía verle. Su deseo de saber le hizo colocarse enfrente de él.

—Soy Ziyab, el carpintero. Busco a Naylaa y a su madre.

El hombre necesitó un tiempo para reconocerlo.

—Ya no viven aquí. Se marcharon hace dos viernes.

Sus palabras golpearon a Ziyab como un mazo.

—¿Adónde fueron? —acertó a preguntar.

—La puta de su madre ha engañado a un comerciante murciano y se las ha llevado a las dos. En buena hora —respondió, y cerró el postigo.

De buena gana hubiera tirado la puerta abajo para descargar toda su rabia sobre el rostro de aquel hombre, pero en vez de eso se dejó caer en la entrada de la casa de Naylaa. ¿Cómo era posible que se hubiera ido sin hacerle llegar un mensaje siquiera? Durante todo aquel tiempo se habían mantenido en contacto, y no había un solo motivo que la pudiera haber llevado a marcharse sin despedirse.

No habría podido calcular el tiempo que permaneció allí, perdido entre sus negros pensamientos. Bien entrada la madrugada, alguien le agarró por los hombros, y oyó que pronunciaba su nombre.

—Ziyab, despierta.

—¡Musa! ¿Qué haces aquí?

—Has debido de quedarte dormido. ¿Qué ha pasado, Ziyab? —preguntó Musa preocupado.

—No está. Se han ido —explicó en tono apremiante—. Dime la verdad, Musa, ¿te dijo algo cuando le trajiste la bolsa con el dinero?

—Nada en absoluto, Ziyab. Sólo habló de las ganas que tenía de verte.

Ziyab se cubrió el rostro con las manos y lloró con amargura.

Aquella noche Ziyab durmió en la casa de Zahir, como habían previsto, y dedicaron el día siguiente a acomodarse en sus recuperados hogares. Musa prefirió no dejar solo a su amigo, y ambos pasaron juntos la mañana descargando sus pertenencias. Hablaron In justo para intercambiar instrucciones durante la mudanza, pero el rostro del muchacho reflejaba el dolor que sufría en su interior. Al atardecer, también el carro de Ziyab estaba vacío, y los dos jóvenes se sentaron junto a una pequeña mesa en el interior de la casa.

—Ziyab, tendrás que afrontarlo —dijo Musa.

—Si al menos supiera Adónde fueron...

—No te tortures más. Si es un comerciante como dices, pueden haber ido a cualquier sitio. Tendrás que intentar olvidarla.

—¡Qué fácil es para ti decir eso! —espetó irritado.

Musa encajó el golpe en silencio.

—Perdóname, Musa. No te mereces que descargue mi rabia contigo. Quizá tengas razón y lo mejor sea olvidarla —dijo con un cambio repentino en el tono de su voz—. Vamos a divertirnos y a olvidar.

Ziyab se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde vamos?

—Ven conmigo.

Salieron cuando ya anochecía y se dirigieron al centro de la ciudad. A esa hora, pasados ya los momentos más calurosos, las calles estaban concurridas y Musa vio muchas caras conocidas, pero la prisa de Ziyab le impedía entretenerse con ninguno de ellos. Llega ron a la parte baja del recinto amurallado y entraron en una calle estrecha próxima a la muralla oriental, junto al barrio mozárabe. Musa sabía que allí había una cantina frecuentada por cristianos.

—Vamos —dijo Ziyab.

La puerta era baja, y a un lado alguien había clavado una tabla en la que se leía la palabra TABERNA, al parecer escrita con un trozo de carbón. Musa tuvo que agacharse para entrar, y se encontró en un recinto cerrado, sucio y oscuro, con varias mesas de madera dispuestas junto a las paredes. Echó un vistazo a los hombres sentados a su alrededor, y comprobó con sorpresa que la mayoría no eran mozárabes, sino musulmanes, algunos de ellos jornaleros llegados de fuera, pero otros conocidos de Musa.

—¡Pero si es Ziyab, el carpintero! —dijo una voz desde el fondo.

El humo blanco de olor característico impedía ver con claridad.

—¡Por las barbas de...! —empezó otro—. Pero ¿no es Musa el que entra con él?

Musa siguió a su amigo hasta la mesa y reconoció a tres muchachos de su edad con los que tantas veces había jugado de niño. Uno de ellos se encontraba con él el día de la muerte de Essam e Ismail en el río, y fue de los que ayudaron a sacarlo del agua. Creía recordar que su nombre era Mahmud.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamó el primero—. ¡Placedles sitio!

—No esperábamos veros por aquí, y menos tan pronto, amigos —dijo otro—. Regresasteis ayer de Arnit con los demás, ¿no es cierto?

Musa asintió, sin saber muy bien qué decir. Nunca había estado en un sitio como aquél, en teoría vedado para los musulmanes. El tabernero servía jarras de vino entre las mesas, y en cada una de ellas humeaban una o dos pipas.

Aparecieron dos sillas y les invitaron a sentarse. También en esa mesa los tres muchachos compartían una de aquellas pipas, evidentemente llenas de *hasis.*

—¡Tabernero! ¡Dos cuencos más! —gritó el que Musa había identificado como Mahmud.

—Es un honor teneros en mi casa —dijo el tabernero con voz chillona mientras colocaba dos recipientes de cerámica ante ellos.

Musa respondió con un simple movimiento de cabeza, no muy seguro de estar en el lugar adecuado, mientras el hombre les servía una generosa dosis de un vino aromático de fuerte color oscuro.

—Casi no recuerdo vuestros nombres —dijo Ziyab—. Tú eres Salim, ¿no es

cierto?

—Sí, y éstos son Mahmud y Yibraan. No nos habíamos presentado.

—Ya nos conocemos —dijo Mahmud.

—Es cierto, recordaba tu nombre —dijo Musa—. Tú estabas allí aquel día. Ayudaste a Ziyab a sacarme del agua.

—¡Bien, entonces tenemos un motivo de celebración! ¡Bebamos! —dijo Salim.

—Ziyab, ¿qué ha sido de Naylaa? —preguntó Yibraan—. Dicen que ha abandonado Tutila.

Ziyab levantó la vista sobresaltado, y atravesó al muchacho col la mirada.

—¿Qué sabes tú de Naylaa? —preguntó bruscamente.

Yibraan pareció extrañarse ante la reacción de Ziyab.

—Bueno, todos saben que es tu... amante.

—Pero ¿quién...? —gritó casi Ziyab.

—Tranquilo, Ziyab. Ya sabes que ésta es una ciudad muy pequeña, y las noticias se comentan. Pero no debes preocuparte, nadie te censura nada..., y menos nosotros —dijo con una sonrisa de complicidad.

—No creo que sea buena idea hablar de eso —intervino Musa.

—Déjalo, Musa. Ya me da igual.

—Perdona, Ziyab, si he... —empezó Yibraan.

—No pasa nada. Se ha ido con su madre sin dejar noticias..., eso es todo.

—Lo siento, Ziyab —se excusó Yibraan.

Por un instante se hizo el silencio, hasta que Salim habló:

—Entonces parece que lo que tienes es mal de amores, Ziyab. Nada que no se olvide con una jarra de vino y un poco de *basis*. Pásales esa pipa, Mahmud.

Ziyab no la rechazó, acercó a sus labios la boquilla de hueso y aspiró profundamente, mientras la cazoleta se iluminaba con un brillo rojizo. Cuando terminó se la ofreció a Musa, pero éste negó con la cabeza.

—¿Qué importa? Es sólo un día... —insistió Ziyab, e inhaló un poco más.

Musa tomó la pipa y aspiró. Inmediatamente el humo le hizo toser, lo que provocó la risa de los demás.

—Nuestro virtuoso Musa no está acostumbrado a estas transgresiones —rio Salim —. Tendrás que mezclarte más con el vulgo y conocer sus aficiones si quieres ser un buen caudillo —bromeó Mahmud.

—Mahmud, un jefe siempre debe ser modelo de virtud —siguió Yibraan.

Musa también rio de buena gana. En el segundo intento aspiró con más cuidado y ya no tosió.

El tabernero se acercó con un plato de cecina de vaca y encurtidos de pepino.

—Invita la casa. No todos los días nos acompañan tan ilustres visitantes —dijo satisfecho.

Mientras en el exterior el muecín llamaba a los fieles para la última oración del día, Musa y Ziyab reían con las ocurrencias de Salim y sus amigos. Ninguno de los dos estaba acostumbrado al vino, y mucho menos al *hasis*, y la sensación de euforia que les invadía era nueva para ambos.

—¡Otra ronda, cantinero! —gritaba Salim—. ¡Nuestros amigos están sedientos!

Ziyab apuraba cada vaso y se quedaba mirando a Musa, que le imitaba con gesto de satisfacción.

—¿Sabes dónde deberíamos acabar la noche, Ziyab? —dijo Salim—. En el único sitio de la ciudad donde uno se olvida del mal que tú tienes.

Todos estallaron en carcajadas. Les brillaban los ojos y comenzaban a tambalearse en los taburetes.

—¿Por qué no? —aceptó Ziyab.

—¿Qué lugar es ése? —preguntó Musa con los ojos entornados.

—Nosotros te lo enseñaremos —dijo Yibraan—. De nuevo vamos a tener que hacer algo por ti —rio.

Salieron al exterior, y el aire fresco de la noche supuso un alivio para los ojos enrojecidos de Musa. A pesar de la ligera camisa de lino que llevaba, el ambiente de la taberna resultaba agobiante.

—¡Chsss! —chistó Salim, y se llevó el dedo índice a los labios—. Ahora silencio, todos. Si el almotacén nos sorprende acabaremos ante el *qādi* y no nos libraremos de unos buenos azotes en público.

Caminaron por las calles ya desiertas en dirección a la Puerta del Puente, bordeando el barrio mozárabe. Dieron un pequeño rodeo a través de estrechos callejones para evitar a la guardia apostada en la salida de la ciudad, y ascendieron las primeras rampas del cerro sobre el que se adivinaba la alcazaba. Una nueva muralla rodeaba la base del monte, y avanzaron pegados a ella hasta alcanzar un edificio de dos plantas. Antes de llamar a la puerta, tuvieron que bajar unas escalinatas y atravesar el pequeño patio que separaba la casa del callejón, que quedaba por encima de sus cabezas.

Se abrió un ventanuco en la puerta y una voz masculina preguntó por la identidad de los visitantes.

—Soy Salim. Vengo con unos amigos.

El interior estaba a oscuras y no era posible identificar al dueño de la voz, pero era evidente que Salim lo conocía. Se oyó el sonido de un cerrojo y la puerta se abrió para dejarles paso, a la vez que el dueño tomaba un candil para iluminar el trayecto. A medida que avanzaban por el estrecho pasillo un murmullo cada vez más intenso se iba haciendo audible. Llegaron a una puerta de doble hoja que cerraba el paso, bajo la cual una rendija dejaba pasar un estrecho haz de luz... ¿y el sonido de alguna clase de música?

El hombre abrió una de las hojas de la puerta y apareció ante ellos una amplia habitación ricamente decorada con tapices e iluminada por docenas de lamparillas. Varios divanes se alineaban junto a los muros delante de media docena de mesas hexagonales decoradas con opulencia. Alrededor de las mesas, grandes cojines cubrían el suelo casi por completo, y una pequeña escalera situada en un extremo conducía hasta el piso superior. Al entrar, Musa quedó atrapado por el agradable aroma que flotaba en el ambiente: azahar, almizcle, quizá lima... no hubiera sabido identificarlo, pero era un aroma de mujer que evocaba sensualidad. Aquellos detalles pasaron como una exhalación por la retina de Musa, porque toda su atención quedó de inmediato concentrada en las cuatro mujeres que ocupaban aquellos divanes, con sus rostros vueltos hacia la puerta que se acababa de abrir.

Una de ellas se levantó y se dirigió hacia Salim, que había entrado en la sala en primer lugar.

—¡Pero a quién tenemos aquí! ¡El joven Salim! Y por lo que veo hoy muy bien acompañado —dijo mientras les lanzaba una mirada rápida—. Pero tened la amabilidad de pasar, no os quedéis ahí. Poneos cómodos.

Musa entró con la sensación de estar flotando. Era incapaz de quitar los ojos de los cuerpos de aquellas mujeres, apenas cubiertos por tenues velos de seda. Alguna de ellas no sería mayor que él. En circunstancias normales seguramente se habría visto intimidado ante semejante situación, pero hoy no. Se sentía desinhibido, alegre, capaz de cualquier cosa. Notó una conocida y agradable presión bajo los calzones que seguramente no pasaría desapercibida, pero tampoco eso le preocupaba.

—Mi nombre es Shazdaa. Salim ya me conoce, ¿verdad, amor? —dijo la que parecía mayor.

Se volvió hacia las demás y fue señalándolas mientras las nombraba:

—Ella es Munaa. Acaba de llegar de Al Mariya, tras un largo viaje en barco desde Damasco. Tuvo que abandonar precipitadamente la corte del califa por la envidia de alguna de sus esposas.

Dirigió la vista hacia la siguiente muchacha, que sujetaba un laúd entre sus manos.

—Ésta es nuestra cantante. Esperad a oír sus bellas melodías. Han subyugado a más de un príncipe. Su nombre es Anwaar. Y ésta es Layla, nuestra belleza venida del norte, como podéis apreciar.

Layla era una joven de cabello rubio y piel extremadamente clara. Musa la imaginó en uno de aquellos mercados de esclavos donde las mujeres eslavas eran tan apreciadas, y trató de figurarse las peripecias que habría sufrido hasta llegar allí, donde al menos parecía vivir con comodidad y sin grandes penalidades... a pesar del oficio que seguramente era obligada a ejercer.

—Y por fin, Marie, procedente de la Galia —prosiguió Shazdaa—. Fijaos en sus

preciosos ojos azules.

Salma y Naddira están... ocupadas en este momento.

Salim miraba con una sonrisa la cara embobada de sus amigos, que continuaban, como él mismo, con unos ojos extrañamente brillantes. Citó por su nombre a los cuatro para presentarlos mientras las muchachas los saludaban sonrientes con inclinaciones de cabeza.

—Poneos cómodos, y servíos —aconsejó Shazdaa con tono amable—. Probad este exquisito licor, recién traído de Qurtuba. Está hecho a base de avellanas.

Salim tomó la estilizada vasija en forma de ánfora de su soporte, y sirvió las pequeñas copas que se encontraban sobre la mesa.

—Y bien, así que este apuesto joven es Musa, el hermano de Fortún. Tuve ocasión de conocerlo en Saraqusta... y tengo que decir que en tu familia rivalizáis en apostura. Ven, siéntate a mi lado.

Musa se sentó donde le indicaba y se dio cuenta de que no sabía bien dónde colocar las manos, así que cogió una de las copas de la mesa y se la llevó a los labios. Notaba junto a él el intenso perfume que desprendía Shazdaa, se sentía un tanto cohibido, pero sus amigos le miraban, y decidió que debía mostrar más aplomo y dominio de la situación. Cambió de postura y se colocó de lado encogiendo una de las piernas para mirar de frente a la muchacha. Ella también tomó uno de los pequeños vasos y bebió con delicadeza.

—¿Os gustaría escuchar una de las piezas de Anwaar?

Todos asintieron, y la muchacha tomó su laúd y comenzó a interpretar una hermosa melodía. Pero cuando empezó a cantar, un escalofrío recorrió a Musa de la cabeza a los pies. Entonaba con voz dulce una bella canción de amor, sobre un joven guerrero que partía hacia la batalla y debía despedirse de su amada. Musa se dio cuenta de que tenía el vello erizado.

Anwaar siguió tocando el laúd, y Marie se levantó para traer hasta las mesas varias pipas más, estas finamente talladas, que Salim se ocupó de preparar y encender, para ofrecérselas a los demás.

Las dos muchachas que faltaban descendieron las escaleras, mientras en la parte alta se oían las voces de varios hombres y una puerta se cerraba sin apenas ruido.

Shazdaa tomó una de las pipas y aspiró de ella con un gesto voluptuoso. Era joven, no tendría más de veinticinco años, y de una belleza extraordinaria. Su aspecto demostraba que había pasado, como el resto de sus compañeras, muchas horas embelleciéndose, seguramente en los baños. Tenía el cabello negro teñido con *alhínna*, y en sus pestañas había aplicado *kuhl*, lo que aumentaba el tamaño de sus ojos, ya de por sí grandes y almendrados. Sus mejillas eran de un precioso color rosado, conseguido mediante algún tipo de polvo rojizo. Sin embargo, pensó Musa, sin nada de aquello debía resultar igualmente hermosa.

La muchacha aspiró nuevamente el humo de *hasis,* apartó la boquilla de sus labios y la acercó a los de Musa sin soltarla.

Anwaar continuaba entonando canciones bellas y relajantes, el *hasis* y el vino seguían haciendo efecto, y Musa se hallaba sentado junto a una preciosa muchacha que apenas cubría su desnudez con unas sutiles sedas. Por un momento pensó que aquello era lo más parecido a la felicidad que había experimentado. De hecho no sabía si la situación era real o sólo un sueño.

Ziyab y los tres amigos conversaban con alguna de las muchachas reclinados en los divanes, mientras saboreaban los licores y aspiraban de las pipas. Salim se levantó, tomó de la mano a Layla, y ambos se dirigieron hacia las escaleras hasta desaparecer en el piso superior.

Shazdaa dejó la pipa sobre la mesa, quitó a Musa el vaso que tenía en la mano y lo colocó sobre el tapete. Se recostó sobre el respaldo del diván, atrajo al muchacho hacia sí e introdujo los dedos entre las ataduras de la camisa para acariciarle el pecho con suavidad. Tomó su mano y la colocó sobre uno de sus senos. Musa se sentía a punto de perder el control. Shazdaa, con un movimiento estudiado, acercó su rostro al de Musa con una sonrisa, pasó el brazo tras su nuca y lo atrajo hacia sí.

Musa, flotando casi, quería continuar allí todo el tiempo del mundo, pero sintió cómo la muchacha se incorporaba y tiraba de él para que se pusiera en pie.

Sin soltarlo de la mano, lo condujo a través de la sala y juntos ascendieron aquellas escaleras que Musa no habría de olvidar nunca.

Capítulo 7

Año 812,196 de la hégira

Después de seis años en Tutila, Musa aún no era consciente de que estaba atravesando una de las etapas más dichosas de su vida. Yusuf seguía como gobernador de la ciudad, que, una vez terminada su fortificación, se había convertido en uno de los principales centros comerciales del Uādi Ibru. La repoblación había sido espectacular y, a pesar de la amplitud del nuevo recinto amurallado, las edificaciones ocupaban ya gran parte del espacio disponible, por lo que huertas y corrales de ganado habían sido trasladados extramuros.

Las buenas relaciones políticas con Amrús y con el emir Al Hakam se habían traducido en un aumento de la actividad comercial que se reflejaba en el animado mercado semanal, que había rebasado las calles del centro de la ciudad y ahora se extendía también por la *musara*, en el exterior de la Puerta de Saraqusta. Los miércoles, el zoco se convertía en centro de atracción de visitantes que llegaban desde las dos márgenes del río, e incluso a través de él, porque Amrús había ordenado construir un gran embarcadero que permitía el amarre de las naves que remontaban el cauce desde Saraqusta.

El arquitecto cordobés que había levantado la nueva alcazaba acababa de demostrar de nuevo su genio con la construcción de un dique que terminaba en una gran plataforma flotante hecha con grandes troncos y sujeta a cuatro vigas verticales mediante gruesos aros de hierro, de forma que se elevaba o descendía según el nivel del agua en cada época del año. El ingenio produjo la admiración de los comerciantes que cargaban en Tutila la madera de los bosques del norte y de los intermediarios que trataban con los cereales cultivados en la zona, que estaban adquiriendo justa fama incluso más allá de la desembocadura del Ibru.

Las primeras embarcaciones que llegaron a la ciudad causaron un gran revuelo, sobre todo entre los mozalbetes, que corrían por el puente y acompañaban el avance de los barcos por la ribera saludando a las tripulaciones. Luego su presencia se hizo familiar y aquellos barcos de escaso calado pero de ancha manga pasaron a formar parte del paisaje del río.

El éxito del pequeño puerto hizo necesaria también la construcción de un *funduq* donde depositar las mercancías, en cuyo piso alto se habían dispuesto habitaciones para alojar a los viajeros de paso.

Poco después de su regreso, Yusuf había hecho llamar a Zahir para proponerle

que, como notable de la ciudad, participara en las reuniones de gobierno, e incluso le ofreció ocupar un cargo de confianza. Era ya evidente para ellos que Amrús, o quizás el propio emir, había dado órdenes para que se implicara a los Banu Qasi en el aparato de la administración, como medio para ganarse su lealtad y evitar confrontaciones. Sin embargo, Zahir había rechazado el ofrecimiento.

Acudió a la cita de Yusuf, pero su intención era aprovechar la ocasión para iniciar algo que ya llevaba tiempo pergeñando: hablarle de Musa. Alabó su capacidad y su inteligencia despierta y sugirió la posibilidad de que fuera él quien participara en el gobierno de la ciudad. La edad del muchacho, que entonces contaba veinte años, constituía un obstáculo, pero la disposición de Yusuf seguía siendo extrañamente favorable, y aceptó tenerlo a su lado.

El gobernador percibió pronto la gran valía de Musa, y fue encomendándole labores de mayor envergadura, que siempre eran resueltas con eficacia y diligencia. Musa no encontraba dificultades en tareas que el mismo Yusuf consideraba ingratas y engorrosas. Éste descubrió el motivo tras observar su forma de trabajar: todos sus subordinados respondían a los requerimientos de Musa con rapidez, casi con entusiasmo, por lo que éste disponía de colaboración antes de haberla solicitado siquiera. Era evidente que el prestigio de su estirpe se trasladaba de una generación a otra y, a pesar de su edad, los habitantes de Tutila estaban dispuestos a depositar su confianza en el representante más joven de los Banu Qasi. Si esto producía algún recelo en el flamante gobernador, se abstenía de manifestarlo, y ante secretarios, recaudadores y tesoreros alababa la capacidad del joven para la gestión.

A medida que Musa progresaba y adquiría experiencia en los asuntos de la *kurah,* Zahir delegaba sus antiguas funciones de forma imperceptible pero progresiva. Cada día en sus oraciones daba gracias al Misericordioso por permitirle llevar a buen puerto la misión que por segunda vez había recaído sobre sus hombros, y que a todas luces estaba a punto de cumplir. Junto a Onneca, veía con satisfacción los progresos del joven no sólo en el ámbito de la administración, sino también en su preparación militar, en la habilidad y destreza en el manejo de las armas y en sus dotes de mando sobre los hombres de la guarnición. Sin duda también intervenía su apariencia física. Ahora, a sus veinticuatro años, se había convertido en un hombre cuyo aspecto imponía a sus interlocutores: de altura considerable, fornido, su voz potente y grave se alzaba sobre las demás sin dificultad. Quizá lo que más llamaba la atención en su figura era su rostro, de rasgos marcados, mirada profunda y un mentón cubierto por una barba negra cuidadosamente recortada. Onneca era la única capaz de descubrir en aquellos rasgos la mezcla de sangre vascona y árabe que hacía de él un hombre especial y cautivador, como lo había sido su hermano Fortún.

Para quienes no pasaba desapercibido su atractivo era para las muchachas

casaderas del contorno. Musa había recibido en los últimos años varias propuestas de matrimonio por parte de ricos comerciantes y altos funcionarios de Saraqusta, pero hasta el momento no les había prestado la más mínima atención. Eran otras sus preocupaciones, y sus necesidades afectivas se hallaban bien cubiertas desde que años atrás descubriera los placeres del lecho.

La Marca Superior, en manos de Amrús, gozaba desde hacía años de un extraño período de paz. Tras la entrada de Banbaluna bajo el protectorado carolingio, el emir Al Hakam y Carlomagno cruzaron durante meses varías embajadas y, después de largas discusiones, pactaron una tregua.

Esto ocurría en el año 191 de la hégira y desde entonces la guerra se había mantenido alejada de la Marca. Después de la firma del tratado, el emir emprendió una aceifa contra Galicia, y un año después se produjo la rebelión de Ushbuna que Al Hakam tuvo que sofocar enviando a su hijo Hisham. Pero el ruido de las armas era lejano, y Saraqusta disfrutó de una época de prosperidad que Amrús supo aprovechar para impulsar el desarrollo de la ciudad.

Sin embargo, dos años atrás Ludovico había roto el armisticio y había atacado Turtusa en la desembocadura del Uādi Ibru. El emir envió al príncipe Abd al Rahman al frente de su ejército, y Amrús fue reclamado para reforzar sus contingentes. La llegada de Amrús resultó providencial y, tras una dura batalla ante los muros de Turtusa, Ludovico fue derrotado y se vio obligado a retirarse.

Quizás esto fuera lo que impulsó a Amrús a replantearse su relación con Qurtuba. Era un hombre ambicioso, y su genio en todos los campos sólo rivalizaba con su falta de escrúpulos a la hora de conseguir sus objetivos.

La primera señal había llegado a Tutila dos veranos antes, en forma de un correo de Ahmed ibn Qasi, el fiel informador de Zahir en Saraqusta. Las noticias que portaba eran de primera mano, algo que sólo podía explicarse por la existencia de un confidente de Ahmed en la misma oficina del gobernador. Según estas informaciones, a las que Musa concedía total credibilidad, Amrús estaba tanteando a sus generales y altos cargos sobre la conveniencia de apartarse de la obediencia al emir... y declararse independiente de la autoridad de Qurtuba. El objetivo en ese caso sería ampliar su zona de influencia hacia el Mediterráneo, a su alcance tras la victoria en Tortusa, pero también hacia el Cantábrico, a través del territorio vascón, desde la plaza fuerte de Tutila.

Sin embargo, los Banu Qasi no resultaban ser los únicos que disponían de

informadores en Saraqusta, porque también a oídos del Emir llegaron los rumores de insumisión, quizá motivados, en algunos casos, por la maledicencia de altos cargos celosos del poder de Amrús en la Marca. Ante el temor de perder a tan valioso colaborador, el emir envió a su propio hijo, el príncipe Abd al Rahman, que acampó en las proximidades de la ciudad mientras los Banu Amrús se parapetaban en Saraqusta, con lo que dejaban claras sus intenciones. También Yusuf, en Tutila, había dado órdenes de poner en guardia a todos sus hombres y reforzar la defensa de la ciudad. El príncipe no quiso entrar en batalla con Amrús, y regresó a Qurtuba para comunicar a su padre la rebeldía ya declarada del gobernador.

Al Hakam le envió entonces a su chambelán Abd al Karim con todo su ejército, que al final del verano acampó de nuevo frente a Saraqusta en actitud conciliadora e invitó a Amrús a someterse garantizándole sus demandas, hasta que se ganó su confianza y el gobernador accedió a salir a su encuentro. El chambelán le transmitió el deseo del emir de celebrar una entrevista personal con él, a lo que Amrús accedió, y ambos partieron de regreso a Qurtuba por delante del grueso del ejército.

El propio Yusuf, meses más tarde, había mostrado a Musa una misiva de su padre desde Qurtuba, en la que hablaba de la bienvenida dispensada por el emir, satisfecho de tenerlo de nuevo a su lado. Contaba a su hijo cómo Al Hakam lo había introducido en su círculo íntimo, hasta el punto de hacerlo su invitado, jugar al polo con él en los jardines del alcázar y agasajarlo con múltiples regalos. Tras pasar parte del invierno en Qurtuba, se declaraba libre de las dudas acerca de su lealtad hacia el emir. En el último párrafo le informaba de su próximo regreso a Saraqusta como gobernador de la Marca con plenos poderes y con la confianza recuperada del soberano.

Así ocurrió, y las cosas habían vuelto a la normalidad la primavera anterior. Sin embargo, el incidente había provocado de nuevo el recelo de Musa. No podía evitar pensar que el futuro de su pueblo se hallaba en manos de los deseos de un hombre como Amrús, cuya ambición había demostrado no tener más límites que la precaución ante fuerzas superiores a las suyas. ¿Y si había desistido de su actitud rebelde a cambio de la anuencia del emir ante sus deseos de expansión por las tierras del Ibru y de Vasconia?

Asomado a la muralla de la alcazaba, con la ciudad bulliciosa a sus pies, se preguntaba si hacía bien manteniendo aquella actitud mi misa y colaboradora hacia Yusuf. Contemplaba el puente atravesado por caballerías y reatas de mulas que entraban y salían de la ciudad, y se respondía a sí mismo que de momento no tenía

otra opción.

Seguía participando en el gobierno de la ciudad, y ya se había convertido en pieza fundamental del mismo. Poco apoco había ido ganándose la confianza de Yusuf, que no perdía ocasión para alabar en público sus cualidades. La administración de la *kurah* se dividía en varias oficinas: una secretaría, para la correspondencia oficial de Saraqusta y Qurtuba; el servicio fiscal, para fijar, recaudar y repartir la cifra del impuesto; y por último una caja de recluta, donde se mantenía al día el censo de hombres disponibles en la ciudad. Las distintas salas de la alcazaba estaban ocupadas por tesoreros, recaudadores, tasadores de cosechas, tenedores de libros y oficiales de la guarnición militar, pero sobre todos ellos Yusuf había colocado a Musa, encomendándole la tarea de supervisar y coordinar las labores que llevaban a cabo.

Si en los primeros años las funciones que le asignaba le habían servido para demostrar a Musa su buena voluntad y su deseo de colaboración, había llegado un momento en que el joven se había hecho imprescindible: organizaba el pago de las tropas de la guarnición, cifraba los emolumentos del personal y establecía la cuantía de los impuestos en función de la abundancia de cosechas y beneficios comerciales. Durante los últimos meses, la presencia de Musa en la alcazaba era constante, mientras que las visitas de Yusuf se espaciaban cada vez más, limitadas a las reuniones en las que se daba cuenta al gobernador de la marcha de los asuntos administrativos.

Sin embargo, durante todo este tiempo, había un aspecto al que Musa había dedicado un especial cuidado: el cultivo de las relaciones con los miembros de la guarnición, con las familias más importantes de la ciudad y con los funcionarios de más alto nivel. De hecho había dejado la vivienda familiar y se había trasladado a las dependencias de la alcazaba construidas con el fin de dar cabida al gobernador y a su familia, y que Yusuf había abandonado una vez construida su lujosa residencia junto a la muralla oriental. Convivía así con los oficiales de mayor graduación incluso fuera de las horas de actividad en la alcazaba, y los recelos iniciales se fueron convirtiendo en camaradería y respeto.

El jefe militar de la guarnición, Sulaaf ibn Hazim, un hombre relativamente joven, de poco más de cuarenta años, no tardó en apreciar la capacidad de Musa y no tuvo ningún reparo en aceptarlo dentro de su círculo. Las largas tardes de invierno en el interior de la alcazaba propiciaban el conocimiento mutuo y la cordialidad entre aquel grupo de oficiales, que pronto empezaron a sentirse más compañeros que competidores. No era extraño tampoco verlo aparecer por los lugares de diversión de la tropa, a menudo en compañía de Ziyab, y sumarse a ellos en la celebración de un matrimonio o del nacimiento de un hijo, momentos en los que disfrutaba tanto o más que durante una cena formal en la casa de un rico comerciante.

Sus orígenes como Banu Qasi, descendiente directo de Casio, el antiguo comes, le

habían abierto de par en par las puertas de los hogares más influyentes. A nadie extrañaba que asistiera a sus fiestas y celebraciones, lo que incluso había dado lugar a rencillas entre algunas familias que se disputaban su asistencia. No era ajeno a todo ello el deseo de algunos de los patriarcas de exhibir en tales festejos a sus hijas casaderas delante del soltero más codiciado de la *kurah.*

Pero en lo que quizás había puesto mayor empeño era en engrosar el *bait al mal.* A pesar de que Musa, como responsable político, no tenía ninguna jurisdicción sobre estos fondos, que eran administrados por los responsables religiosos y por el *qādi,* había favorecido su crecimiento mediante algunas medidas sencillas como la condonación de deudas a cambio de donaciones o la entrega al *imam* de algunos bienes confiscados. Musa había vivido desde muy joven situaciones dramáticas provocadas por la muerte de los hombres más jóvenes en el campo de batalla, que dejaban viudas y huérfanos sin posibilidades de subsistencia. Sabía que el papel que desempeñaba este Tesoro de la Comunidad Religiosa era fundamental para muchas de esas familias, y trataba de buscar los medios para acrecentarlo. Con ello se había ganado además el favor del *imam* de la mezquita, que no dudó en varias ocasiones en ensalzar su esfuerzo ante toda la comunidad durante la oración del viernes.

Zahir veía con satisfacción, casi con asombro, el progreso de su sobrino. Siempre había confiado en su inteligencia, pero hasta ahora no había estado seguro sobre su capacidad para utilizarla en la buena dirección. Hacía ya tiempo que había concluido el proceso de cesión de sus responsabilidades, que poco a poco había ido asumiendo Musa, y ya era él quien se encontraba al frente de los Banu Qasi, con una posición destacada dentro del gobierno de la ciudad y con el aprecio creciente de todos los estamentos.

Musa buscaba con frecuencia a su tío, y ambos mantenían largas conversaciones en las que no evitaban los asuntos políticos. Más de una vez Zahir manifestó su extrañeza por la actitud de Yusuf, últimamente más interesado en asuntos triviales que en las decisiones que se tomaban en la alcazaba. Era frecuente verlo en los alrededores de la nueva mezquita, cuyas obras avanzaban a buen paso, en compañía de Ammar ibn Faruj, el arquitecto cordobés afincado en Tutila desde el inicio de la fortificación de la ciudad. Yusuf lo había embarcado en un nuevo proyecto: la construcción de una *almúnya* en las afueras, a orillas del Uādi Qalash, lo que no había despertado las simpatías de los habitantes de Tutila.

Las familias más acomodadas empezaban a envidiar el lujo y la ostentación de que hacía gala el gobernador, y los más desfavorecidos comprobaban cómo los perros que guardaban su residencia eran mejor alimentados que sus propios hijos. Se hacía trasladar a bordo de un palanquín soportado por cuatro esclavos, incluso para recorrer distancias que fácilmente podían salvarse a pie. Para recorrer los quinientos codos

que separaban su residencia de las obras de la mezquita, movilizaba a una guardia de ocho hombres que rodeaban la litera, además de un retén que comprobaba previamente el recorrido para asegurarse de que estuviera libre de desperdicios, animales o mendigos de aspecto desagradable. El trato desconsiderado que dispensaba a sus criados y esclavos tampoco era popular entre quienes lo observaban.

En una ocasión, durante el ascenso hacia la alcazaba, uno de los esclavos tropezó y el palanquín acabó apoyado en el suelo. Yusuf no dudó en apearse y, encolerizado, tomó el látigo del jefe de su guardia y descargó una docena de azotes sobre la espalda desnuda del desgraciado, que fue obligado a volver a su puesto y hacer el resto del camino a paso ligero.

Así estaban las cosas cuando el último día de Ramadán, a caballo entre la primavera y el estío, llegó a Tutila un jinete por el camino de Saraqusta. Levantó una nube de polvo cuando detuvo en seco su cabalgadura ante las puertas de la ciudad, intercambió unas palabras con el oficial de la guardia y entró de nuevo a galope en dirección a la residencia de Yusuf. Minutos más tarde, otro hombre a caballo recorrió la distancia que separaba la residencia de la alcazaba y pidió entrevistarse sin pérdida de tiempo con Musa y con Sulaaf, el jefe militar de la guarnición.

Los habitantes de Tutila preparaban las celebraciones del fin del ayuno y empezaban a percibir que algo poco habitual estaba sucediendo. El paso como una exhalación de Musa y Sulaaf a través de las calles a lomos de sus caballos acabó de avivar los rumores.

Yusuf esperaba a los dos hombres en el interior de la espaciosa sala que Musa conocía bien. Paseaba inquieto por la estancia con las manos a la espalda, y volvió la cabeza cuando uno de los criados abrió las puertas y anunció su presencia.

—Tú dirás, Yusuf —empezó Sulaaf.

—Debo abandonar Tutila por unos días —dijo en tono grave—. Mi padre ha muerto.

La noticia cayó sobre los dos hombres como un mazo. Musa quedó aturdido y por unos momentos no supo cómo reaccionar. Fue Sulaaf quien habló de nuevo:

—Lo lamento, Yusuf. ¿Cómo ha ocurrido?

—Según me dicen ha caído sin sentido esta mañana en la *musara* de Saraqusta, durante unos ejercicios militares, y ha muerto poco después mientras lo trasladaban a sus aposentos.

—Mis condolencias, Yusuf —acertó a decir Musa, aún confuso. Su mente no acertaba a valorar las consecuencias de la noticia que acababa de recibir.

—Debo trasladarme sin pérdida de tiempo hasta Saraqusta. Saldré al amanecer

con algunos de mis hombres.

—¿Quién queda al mando? —preguntó Sulaaf alerta.

—Tú te ocuparás de la guarnición. Musa se hará cargo de los asuntos ordinarios de la administración —dijo, e hizo una pausa—. En mi ausencia no deberán tomarse decisiones de trascendencia, sino atender los asuntos habituales como es costumbre.

—¿Alguna orden en especial?

—No para ti, conoces bien tu cometido —dijo mirando a Musa—. Quiero que tú organices una delegación de notables de la ciudad y la envíes a Saraqusta para asistir a los funerales de mi padre. Hoy es lunes, así que calculo que la ceremonia tendrá lugar el viernes próximo en la Mezquita Mayor. Ocúpate de que estén allí para esa fecha. Confío en tus dotes para el protocolo, así que te doy libertad para elegir a los representantes. Utiliza mi autoridad si es preciso.

—¿Ordenas algo más? —preguntó Sulaaf marcial.

—Podéis retiraros, no dudo de vuestra capacidad. Espero estar de vuelta en el plazo de una semana.

Musa se excusó por no participar en la celebración del fin del ayuno, que se extendía por toda la ciudad, y se retiró a sus dependencias. En esta ocasión la festividad se confinó a la intimidad de los hogares, pues el luto oficial decretado impedía las demostraciones públicas de júbilo. Justificó su ausencia por un repentino malestar y la necesidad de descansar ante la dura jornada que le esperaba.

Pasó la noche en vela, incapaz de conciliar el sueño. Trataba de asimilar las consecuencias que podían derivarse de la muerte de Amrús... y de la ausencia de Yusuf. ¿No era aquello una señal de Allah? Desde su regreso a Tutila esperaba el momento oportuno para poder poner en marcha los planes que llevaba años pergeñando, pero de los que nunca había hablado a nadie, ni siquiera a Zahir. ¿No era éste el momento que esperaba? Se incorporó en el lecho y respiró hondo, tratando de buscar alivio para la ansiedad que le impedía llenar de aire los pulmones. No había amanecido, y por tanto Yusuf aún permanecía en Tutila. La muerte de Amrús implicaba el nombramiento de un nuevo gobernador para Saraqusta y para toda la Marca Superior, lo que despertaba de nuevo la incertidumbre sobre el futuro de la zona. ¿No debería adelantarse a los acontecimientos? Pero ¿con quién contaba? De momento estaba solo.

Era cierto que en los últimos años se había ganado el aprecio y el respeto de la mayor parte de la población, pero la guarnición debía obediencia a Yusuf...

Se levantó y caminó hacia la ventana de la estancia, cerrada por el postigo de madera. Sólo la luz del pequeño candil de sebo que había ardido durante la noche disipaba la oscuridad. Al abrir el postigo sintió en el rostro el aire fresco de la mañana, que acabó de disipar los últimos rastros de somnolencia. Sobre los montes

que delimitaban la cuenca del Ibru se apreciaba ya un atisbo de claridad, y el firmamento empezaba a adquirir el color añil del amanecer. Vertió una cantidad generosa de agua en la jofaina y, tomándola con las dos manos, se lavó enérgicamente la cara, la nuca y el cabello. Se colocó la túnica sobre la *qamis,* se calzó las babuchas y salió al pasillo aún oscuro y desierto para descender el tramo de escaleras que lo separaba de la planta noble, donde se encontraban las principales dependencias de la administración.

Zahir se hallaba sentado en una de las bancadas de piedra adosadas a la pared, donde habitualmente entretenían su espera quienes acudían allí en busca de solución para sus asuntos. Al escuchar el sonido de sus pasos alzó la cabeza y se puso en pie al verlo.

—Veo que te has recuperado de tu malestar. No has necesitado mucho descanso...

—¿Qué haces aquí? Está amaneciendo.

—He visto claridad en tu ventanuco durante toda la noche. Quizá deberíamos retirarnos a un lugar más discreto y hablar de lo que te preocupa.

—Antes daré orden de que nos sirvan un buen té con algunos dulces. Espérame en la sala principal.

Pocos minutos después un criado depositaba sobre la mesa una bandeja con una jarra humeante y se retiraba discretamente tras cerrar la pesada puerta.

—Y bien, Musa... —empezó para incitarle a hablar.

—¿Tú tampoco has podido dormir? —dijo sin responder.

—Lo suficiente. Dime... ¿qué te preocupa?

—Sé que lo imaginas. Amrús ha muerto, Zahir. Y Yusuf está saliendo de la ciudad en este momento. Tenemos Tutila a nuestro alcance si...

—¿Si...?

—Si conseguimos ganarnos a las personas clave...

—Si te sirve de algo, te diré que conservo mis relaciones con los notables de la ciudad, y últimamente he dispuesto de tiempo para mantener largas conversaciones con muchos de ellos. No obstante, hay media docena de terratenientes y comerciantes que mantienen una fidelidad absoluta a Amrús, y por tanto a su hijo. Supongo que tú estarás más enterado de la opinión de los oficiales de la alcazaba.

—No tengo por costumbre hablar con ellos alrededor del fuego de mis intenciones de sublevación —bromeó Musa.

—Pensaba que no se hablaba de otra cosa en ausencia de Yusuf —rio Zahir.

—Ni yo mismo me había planteado seriamente algo así hasta la noche de ayer. Nadie esperaba la muerte de Amrús. Ha ocurrido todo tan rápido...

—Tienes siete días... si te mueves con inteligencia quizás...

—He pasado la noche dando vueltas a...

Musa paró de hablar en seco cuando oyó abrirse a su espalda la puerta de la sala y

Sulaaf se deslizó en el interior.

—¿Interrumpo algo importante, Musa?

Musa, sorprendido por la entrada inesperada del jefe militar, no respondió.

—¿En qué has estado pensando toda la noche? —dijo—. Al abrir la puerta no he podido evitar oír...

—Son asuntos entre Zahir y yo, siento...

—Vamos, Musa... seamos claros. Anoche tu cara era un espejo. Algo te quema entre los dedos...

—Te aseguro que...

—No te molestes en negarlo, hace mucho tiempo que nos conocemos. Sé lo que piensas, Musa. ¿Quizá si te dijera que estoy dispuesto a subir a tu barco, tú...?

—No sé qué quieres decir, Sulaaf —dijo Musa precavido.

—Musa, cuando ayer Yusuf nos anunció la muerte de Amrús,

tu cabeza empezó a echar humo. Los pensamientos se agolpaban en tu mente y apenas pudiste balbucear palabras inconexas. Y creo saber cuáles eran esos pensamientos.

—Si es así, y eres capaz de interpretar lo que pasa por la cabeza de los demás... entiendo por qué eres tan excelente oficial.

—Créelo. Amrús ha muerto, y de alguna manera vuestro pacto de fidelidad a la palabra que le disteis ha muerto con él.

—No es así exactamente.

—Musa, basta ya de rodeos. Aquí estáis hablando de algo que nos afecta a todos y debo estar al tanto. Quiero que sepas que muchos oficiales de la guarnición estarían dispuestos a participar en un golpe de mano en el que tú fueras el cabecilla. Al fin y al cabo se trata de recuperar el control de una ciudad que os fue arrebatada por la fuerza y que tu familia ha gobernado durante generaciones con el beneplácito de gran parte de sus habitantes. No tenemos motivos para pensar que de ahora en adelante pueda ser diferente. Hemos visto cómo manejas los asuntos de la ciudad, y no albergamos dudas sobre nuestras preferencias.

Musa se sentó en una de las sillas, apoyó los brazos sobre la mesa y ocultó su rostro entre las manos mientras emitía un profundo suspiro.

—Me consta que hay oficiales que aún respaldan a Yusuf, e importantes familias con fuertes intereses ligados a su permanencia en el gobierno.

—Pero tenemos un arma que el propio Yusuf nos ha facilitado, Musa.

—Sé a qué te refieres: la delegación para los funerales.

—Exacto. Las familias más ligadas a Yusuf serán las primeras interesadas en acudir a Saraqusta. Lo mismo ocurre con los oficiales: no tendría más que pedir voluntarios, y si no surgen, yo mismo los designaré.

—¿Y no despertaría sospechas una estrategia tan evidente?

—No si guardamos una discreción absoluta, al menos hasta que la delegación esté lejos de Tutila.

Zahir se había mantenido al margen del diálogo, e hizo un gesto afirmativo con la cabeza cuando Musa dirigió su mirada hacia él. Tras un momento de espera, Musa repitió el mismo gesto mirando de frente a Sulaaf.

El militar avanzó hacia él cuando se levantaba, y sellaron su pacto con un abrazo en presencia de Zahir.

—Nada de lo que hemos hablado debe salir de estas paredes —dijo— Sulaaf.

Musa y Zahir hicieron un gesto de asentimiento.

—Debemos programar nuestros pasos durante esta semana. Es vital no cometer errores y no precipitarnos en nuestras decisiones dijo Musa.

En primer lugar debemos organizar la comitiva. Yo designaré a los oficiales que supongo contrarios a nuestra acción e incluso a los que puedan plantear dudas.

Y yo convocaré a los notables a una asamblea extraordinaria en esta sala, esta misma tarde.

—¿Se puede disponer todo para que salgan de aquí mañana a primera hora?

En ese caso habría que adelantar la asamblea a esta misma mañana. Puede hacerse.

Adelante, pues. Será una delegación numerosa, como nunca se ha visto en Saraqusta—rio el militar.

Tras su marcha, habrá que enviar correos a todas nuestras ciudades. El domingo próximo deben estar aquí todos los refuerzos disponibles.

¿Cuántos hombres crees que podrás reunir? —preguntó Sulaaf.

En un primer momento no habría dificultad para reunir a dos mil soldados. Con más tiempo, el doble.

La mayor parte de la guarnición actual seguirá mis órdenes, estoy convencido. Con las sólidas defensas de la ciudad, debería ser suficiente.

Así lo espero, Sulaaf.

La tarde del miércoles, Tutila vibraba inquieta ante la convocatoria de una asamblea de todos los vecinos en la *musara*. Los rumores circulaban de boca en boca, y los más avispados presumieron el motivo de la cita. La idea de que Musa fuera a aprovechar la ausencia de Yusuf para hacerse con la ciudad se extendió como un reguero de pólvora y atrajo hasta la orilla del Uādi Qalash a todos los vecinos que pudieron desplazarse. Se vieron madres con niños recién nacidos agarrados al pecho, ancianos transportados en angarillas y tullidos que se arrastraban entre la indiferencia y la prisa de los demás, interesados en ocupar un buen lugar cerca de la rudimentaria tribuna que se había levantado para la ocasión.

Cuando Musa atravesó la Puerta de Saraqusta a caballo en compañía de Sulaaf,

un griterío ensordecedor se elevó sobre la explanada, mientras el gentío abría paso a sus monturas. Cruzaron el robusto puente de madera sobre el Qalash, y desmontaron al alcanzar la plataforma. Varios oficiales hicieron gestos a la multitud para conseguir que guardaran silencio, y Musa comenzó a hablar. No le fue necesario lanzar la arenga que tenía preparada, porque a aquella gente le bastaron las primeras palabras para confirmar sus sospechas, y a partir de ahí le fue imposible hacerse oír más. Sonrientes, volvieron a montar en sus cabalgaduras, y con exasperante lentitud entraron de nuevo en la ciudad y se dirigieron a la alcazaba. Acompañados por la multitud alcanzaron la muralla que circundaba la base del monte de Tutila, y los soldados que montaban guardia en la puerta se retiraron de sus puestos y permitieron que el gentío se extendiera por el espacio semideshabitado que separaba el primer muro de la muralla propiamente dicha. Musa y Sulaaf llegaron hasta la puerta de acceso a la alcazaba, que se encontraba cerrada. Se hizo el silencio cuando el jefe militar de la ciudad comenzó a hablar con el tono de voz más potente que fue capaz de adoptar.

—¡Os habla vuestro oficial en jefe! ¡Abrid las puertas!

La marea humana que los había seguido aulló tras él, mientras las hojas de madera del portón se separaban y los dos hombres a caballo accedían al interior. Instantes después, aparecieron sobre el adarve de la muralla entre el griterío constante de la multitud.

—¡Habitantes de Tutila! —gritó Sulaaf—. ¡Aquí está vuestro nuevo *'amil*!

Con las últimas palabras, tomó el brazo derecho de Musa y lo alzó en el aire. Una explosión de vítores y aclamaciones reverberó entre las paredes de piedra de los muros, y en el bramido ensordecedor que salía de aquellos miles de gargantas, empezó a tomar forma una palabra que fue ganando en intensidad y claridad:

—¡Musa! ¡Musa! ¡Musa! ¡Musa!...

El informador apostado en el camino de Saraqusta, a cinco millas de distancia de Tutila, llegó al galope para anunciar el avistamiento de la comitiva que debía traer a Yusuf de vuelta. Sulaaf y Musa acudieron a la puerta oriental de la ciudad y dispusieron a sus hombres tal como habían planeado. Era martes, el octavo día del mes de Sawal, ocho jornadas después de la muerte de Amrús. La cabalgada del jinete les proporcionaba al menos una hora de margen, tiempo que Musa y Sulaaf pasaron conjeturando sobre las posibles reacciones de Yusuf.

Una nube de polvo en la lejanía señaló la inminente llegada del antiguo gobernador. Junto a la puerta, como era habitual, se hallaban apostados cuatro guardias a ambos lados del río que hacía las funciones de foso natural. La vanguardia de la comitiva se encontraba a doscientos codos de distancia, en el extremo opuesto de la *musara*, cuando Sulaaf dio orden a la guardia de replegarse en el interior, y las puertas se cerraron y bloquearon con dos gruesas traviesas de madera. Entre la

comitiva que había acompañado a Yusuf y la delegación que acudió posteriormente, regresaban a Tutila un centenar de hombres. Los primeros jinetes parecieron vacilar, y cedieron el paso al caballo de Yusuf, que siguió avanzando hasta llegar al extremo del puente.

—¿Qué ocurre con la guardia? ¿Es que no reconocéis a vuestro gobernador?

En ese momento, Musa asomó sobre el pretil del muro.

—La guardia ya no obedece tus órdenes, Yusuf. No eres bienvenido en esta ciudad.

A pesar de la distancia, Musa apreció claramente cómo el rostro de Yusuf viraba al blanco para después adquirir un tono violáceo.

—¿Qué clase de broma de mal gusto es ésta, Musa? ¿Te has vuelto loco?

—Nunca me he sentido tan cuerdo, Yusuf.

—Me voy a ver obligado a ordenar tu arresto. ¿Dónde esta Sulaaf?

—Estoy aquí—dijo al tiempo que aparecía junto a Musa—. Me temo que te está diciendo la verdad.

—Pero... ¡por las barbas de...! ¿Qué es esto, una actuación de mis bufones? ¡Abrid las puertas de inmediato!

—Yusuf, el pueblo de Tutila ha decidido deponerte como gobernador. Aquí tienes a quien han elegido para ocupar tu puesto.

Una hilera de soldados armados con lanzas surgió a lo largo del adarve de la muralla hasta el punto en que ésta formaba una curva y se perdía de vista.

El color de Yusuf seguía fluctuando entre un blanco cadavérico y un rojo intenso. Intentaba convencerse de que no se trataba de una broma.

—¡No podéis enfrentaros así al poder del emir! ¡Os arrasará!

—Vuelve a Saraqusta, Yusuf. No tenemos nada contra ti ni contra los hombres que te acompañan. Si alguno de ellos desea permanecer en Tutila bajo el mando de Musa, consideraremos sus peticiones. El resto debe regresar contigo.

—¡Pero estos hombres tienen en Tutila sus familias y sus haciendas! ¡No pueden abandonarlas sin más!

—Tienes razón y hemos pensado en ello. Te rogamos un poco de paciencia.

Transcurrido un instante, por el extremo meridional de la muralla apareció una hilera de carretas tiradas por bueyes y varias mulas cargadas hasta extremos inverosímiles. Junto a ellas, a caballo o en el interior de los carros, un grupo de jóvenes, mujeres y niños avanzaba en dirección al puente. Al reconocer a sus familias, algunos de los nobles que acompañaban a Yusuf se abalanzaron hacia ellas. Sulaaf había dado orden de abrir la puerta meridional en el momento en que Yusuf llegara a la ciudad, para permitir el paso de las familias de aquellos que seguían fieles a los Amrús.

Se produjeron escenas de emoción entre las asustadas esposas que dejaban la

ciudad y sus maridos, que debían retroceder sobre sus pasos.

—¡Yo os maldigo! —aulló Yusuf en dirección a la muralla—. ¡Juro que volveréis a tener noticias mías!

Volvió la grupa, y con un trote corto atravesó el grupo de notables y oficiales que habían compuesto la flamante delegación, y alcanzó el borde de la *musara* seguido por algunos de ellos. Muchas familias se vieron obligadas a decidir su futuro en aquel instante. Por fin, Yusuf dio la orden de partir, y el grupo enfiló el camino por el que habían llegado. Varios terratenientes y algún mercader quedaron voluntariamente rezagados, y con el grupo ya fuera de la vista volvieron sus monturas y sacaron los carros con sus pertenencias de la fila que se dirigía hacia el camino. Lo mismo ocurrió con algunos oficiales, que decidieron permanecer en Tutila a las órdenes de Sulaaf. Ese mismo día, Musa dio la orden de colocar en carros todas las pertenencias de Yusuf y enviarlas a Saraqusta junto con sus criados, esclavos y caballos.

Musa envió un correo a Banbaluna para informar a Enneco de los últimos acontecimientos y pedirle una entrevista en el plazo más breve posible. Y en verdad fue breve, porque una semana después cruzaba el Uādi Ibru una inesperada comitiva. Un soldado de guardia dio aviso a Musa, que bajó desde la alcazaba para recibir a los recién llegados, y su sorpresa no pudo ser mayor: allí estaban Enneco y su esposa, Toda, pero también sus sobrinos, Assona, Nunila y García. Desde la última visita de Musa a Banbaluna, los dos hermanos sólo se habían encontrado en una ocasión a mitad de camino, y aun así habían pasado ya más de dos años desde entonces. Pero hacía seis largos años que no veía a Toda y a sus hijos.

Se saludaron calurosamente. Enneco abrazó a su hermano entre carcajadas de alegría, golpeándole con fuerza la espalda. A sus cuarenta y dos años era un hombre en la plenitud de sus facultades, aunque el cabello plateado empezaba a cubrir sus sienes.

También Toda se acercó, y Musa besó sus mejillas con suavidad, sin dejar de sonreír. Ella lo apartó y se quedó sujetándolo de los brazos, sin dejar de mirarlo hipnotizada.

—¡Por el amor de Dios, Musa! ¡No he visto un hombre más apuesto en mi vida!

Musa rio divertido.

—Da gracias a que tengo quince años más que tú, si no... —bromeó.

Sus tres primos se habían mantenido un tanto apartados, y se acercaron cuando su madre los llamó. Entonces Musa se fijó en ellos. García era ya un muchacho de doce años, y avanzó hacia él tendiéndole la mano a modo de saludo.

—Sí, señor, como corresponde, la forma de saludar de un hombre hecho y derecho —rio.

Sin embargo, no prestó más atención al muchacho. Incluso cuando le estaba estrechando la mano su mirada se dirigía inevitablemente hacia otro punto. La

criatura que se había parado a seis pies de él poseía la belleza más cautivadora que había visto jamás en una mujer. Sus rasgos eran un compendio de lo mejor de las tres razas que corrían por sus venas: el rostro vascón de rasgos marcados, los grandes ojos almendrados, árabes sin duda, y el color claro de su piel propio de las mujeres del norte. Según sus cálculos, debía de tener unos dieciocho años.

—Es un placer verte de nuevo, tío —dijo Assona con amabilidad.

—No sabes cuánto me alegro de teneros aquí, Assona —respondió azorado mientras besaba su mejilla.

Habría seguido allí contemplando aquel rostro delicioso, pero Nunila se acercaba ya y desvió su atención hacia ella.

Musa hizo un gesto a un oficial y le ordenó que se ocupara de trasladar a la alcazaba el equipaje de sus invitados y de alojar a los acompañantes.

Enneco se había separado del grupo y observaba los sillares y el sistema de construcción de la nueva muralla.

—Es la obra de un experto —dijo.

—Afortunadamente Ammar aún sigue con nosotros. Aunque Yusuf era su mentor, supongo que no ha podido dejar inacabada la obra en la que lleva años empeñado —explicó—. La aljama está prácticamente finalizada.

—¿Cómo está nuestra madre?

—Bien, Enneco, teniendo en cuenta su edad. Tiene problemas con las manos, que apenas puede mover, y camina con dificultad, pero es fuerte. Cuando os vea se va a olvidar de todos sus achaques —dijo con un tono repentinamente animado.

—¿Sigue en vuestra misma casa?

—Sí, allí se encuentra a gusto. Es cómoda y no muy grande. Y sigue con los criados de siempre, que son ya para ella parte de la familia. Ella y Zahir son felices allí.

—¿Estarán ahora en la casa?

—Zahir sale a dar largos paseos, pero a ella la encontrarás allí con seguridad. Disfruta preparando la comida para todos. Tú ya no lo recuerdas, pero sigue siendo una excelente cocinera.

—Quizá sea mejor que nosotros nos quedemos en la alcazaba, y tú vas a buscarla con alguna excusa —propuso Enneco jovial.

Musa aceptó divertido y emprendieron el ascenso por las calles que conducían a la parte alta de la ciudad. Enneco quedó sorprendido por la solidez de la nueva fortificación y la transformación operada en la alcazaba.

—Definitivamente, ese arquitecto sabe lo que hace —exclamó admirado.

—Parece que tuvo buenos maestros en Qurtuba. Los comerciantes que la han visitado sólo cuentan maravillas sobre su nueva mezquita. Ammar estuvo allí durante los primeros años de su construcción y, según dice, ha utilizado aquí algunos

elementos e ideas. Incluso tuve ocasión de contemplar en su casa la copia de alguno de los planos de Qurtuba que él mismo realizó.

—¿Y no tiene experiencia en templos cristianos? —bromeó—. Quizás el obispado de Banbaluna le haga algún pequeño encargo.

Musa dejó instalados a sus inesperados huéspedes en la alcazaba, con instrucciones de que le esperaran en la gran sala del primer piso. También advirtió de sus intenciones a la guardia y a los criados, que aceptaron el juego encantados.

—¡Madre! ¿Estás en casa? —llamó al llegar a la vieja residencia.

—¡Hijo! ¿Ocurre algo? Es extraño verte por aquí a esta hora.

—No ocurre nada, madre. Sólo que necesito que me acompañes. Tengo una pequeña sorpresa para ti.

—¡Ay, la juventud! Qué ganas de diversiones. Una ya no está para sorpresas.

—Ponte algo encima —respondió él riendo.

Musa había llevado consigo una mula sobre la que acomodó a su madre y emprendió el ascenso hacia el castillo. No respondió a ninguna de las preguntas durante el trayecto y la ayudó a bajar del animal a la puerta del edificio. Con lentitud, la tomó del brazo para subir los escalones ante la mirada divertida de todos los presentes.

—¿Qué miran todos, Musa? ¿Qué te traes entre manos? —preguntaba con el ceño fruncido—. ¿Es que no tienen nada mejor que hacer que ver subir las escaleras a una pobre vieja?

—¿Preparada? —dijo Musa con la mano en el pomo de la puerta.

—No lo sé, hijo mío. ¿Para qué debo prepararme?

Musa abrió las dos puertas de la sala de par en par, y se hizo a un lado, atento sólo al rostro de Onneca. Primero abrió mucho la boca, luego entornó los ojos como si quisiera asegurarse de lo que veía, al cabo de un instante sus labios empezaron a temblar sin control y sus viejos ojos se llenaron de lágrimas mientras permanecía sin moverse bajo el dintel.

—¡Pero si es...! —dijo con una voz apenas audible, rota por la emoción—. ¡Pero si son...! —repitió.

Levantó las manos hacia ellos aún paralizada en su sitio, hasta que Musa la tomó del brazo y la ayudó a entrar en la estancia. Enneco fue el primero en adelantarse, y rodeó a su madre con los brazos. Onneca apoyó la cabeza en el hombro de su hijo y se mantuvo así con los ojos cerrados, sin decir nada, mientras las lágrimas resbalaban por su rostro. Enneco trataba de cerrar los párpados con fuerza, pero las lágrimas escapaban entre ellos y se perdían en su espesa barba. La anciana parecía insignificante entre aquellos poderosos brazos, que la apartaron para poder observarla.

—Déjame que te vea —dijo Enneco, que respiraba con dificultad a través de la boca entreabierta.

Onneca miró por encima del hombro de su hijo.

—¡Toda, hija mía! ¿Tú también has venido?

Se deshizo de las manos de Enneco y se fundió en un nuevo abrazo con su nuera.

—¡Y mis nietos! ¡Hijos míos, acercaos!

Intentó abarcar a los tres muchachos entre sus frágiles brazos, mientras ellos besaban a su abuela.

—¿Cómo estás, abuela? —preguntó Assona con los ojos también arrasados.

—Feliz, criatura —dijo con una gran sonrisa—. No recuerdo haber estado tan bien jamás. ¡Tenía tanto miedo!

—¿Miedo, abuela? —preguntó García curioso.

Ella acarició su rostro infantil.

—Tenía miedo de morir sin volver a veros a todos —respondió con una sonrisa —. Pero ahora mis preocupaciones han desaparecido. Ya os tengo a todos aquí.

Se volvió para contemplarlos a todos de nuevo.

—¿Y Fortuño? —inquirió, como si hubiera reparado de repente en la ausencia de su otro hijo.

—Se quedó en Banbaluna al frente de la ciudad, madre. Te envía saludos.

Onneca respiró profundamente.

—Acercaos, sentaos conmigo —indicó a sus nietos con voz dulce—. ¡Tenemos tantas cosas que contarnos!

Musa tomó a su hermanastro del brazo, lo condujo hasta el exterior de la sala y, mientras paseaban por el corredor ahora solitario, empezó a ponerlo al corriente de los últimos acontecimientos.

—¿Crees que Yusuf tratará de responder? —peguntó Enneco cuando Musa acabó el relato.

—No tiene con qué. La mayor parte de sus hombres están en Tutila, y en Saraqusta debe reinar el desconcierto tras la repentina muerte de Amrús. Aún no se conoce el nombre de su sucesor, y Yusuf no puede arrogarse la autoridad. Además —añadió tras una pausa—, se enfrentaría a una ciudad que él mismo fortificó a conciencia.

—Has conseguido lo que querías, hermano —dijo Enneco, al tiempo que le daba un golpe cariñoso en el hombro.

—Sabes que no es así. Pero puede que haya llegado el momento de intentarlo.

—Sé lo que piensas —dijo Enneco—. ¿Ludovico?

Musa miró a Enneco y afirmó con la cabeza mientras avanzaban con los brazos a la espalda.

—No podemos prever la reacción del emir ante lo que ha ocurrido. Pero sería un

argumento a nuestro favor habernos deshecho del protectorado del rey Luis en Banbaluna. De esa forma podríamos presentarnos como garantes de la seguridad de la Marca, alejando la influencia carolingia de sus límites.

—Hasta ahora no hemos tenido oportunidad de ser simultáneamente dueños del destino de nuestros pueblos. Quizás ésta sea la ocasión —dijo Enneco evocadoramente.

—La situación continuaría siendo incierta, Enneco. La amenaza de un nuevo ataque no va a desaparecer de momento. Te soy sincero si te digo que aguardo una respuesta de Al Hakam, aunque espero poder evitar el enfrentamiento con él. Acaricio la idea de un pacto que sea conveniente para sus intereses y los nuestros.

—Lo difícil será pactar con ambos al mismo tiempo.

—Por eso habrá que decidir qué partido tomar —razonó Musa—. Tú conoces bien las implicaciones políticas de la actual situación de protectorado, y debéis valorar las consecuencias de su ruptura.

—El Consejo es el lugar adecuado para decidirlo. A mi regreso convocaré a sus miembros.

Los días que Enneco y su familia pasaron en Tutila transcurrieron con rapidez. Onneca no recordaba, si es que había existido para ella, otro momento de tanta felicidad. Musa citó de nuevo a los caudillos Banu Qasi en una asamblea extraordinaria, en la que se trataron los asuntos que ya había esbozado con Enneco, quien también asistió a las discusiones, aunque desde un segundo plano.

Los dos hermanos pudieron hablar con calma de todo aquello que la distancia les había impedido compartir. Pasearon por la ciudad, visitaron juntos las obras de la mezquita, recorrieron las murallas. Enneco expresó su deseo de asistir a la oración del viernes en el nuevo edificio, y Musa correspondió a su gesto acompañando a su familia a la celebración de la misa dominical en el pequeño templo cristiano del barrio mozárabe.

—En el fondo el mensaje no es tan diferente —comentó Musa al terminar.

—No lo es. Pero media humanidad es capaz de matar y morir por aquello que la separa de la otra media.

—Quizá la religión no sea más que la excusa, Enneco.

—Parece que los que salimos de la norma somos nosotros dos: diferente credo, diferente lengua..., y sin embargo nos soportamos —bromeó.

—Nunca me lo había planteado así. Si algún día nos enfrentamos en un campo de batalla, no podremos decir que no había motivos —rio también Musa.

Enneco y su familia regresaron a Banbaluna, y Musa se dedicó por entero a los

asuntos de gobierno de la ciudad. Durante aquellos días se le vio poco fuera de la alcazaba, entregado a las reformas obligadas en la administración por la marcha de algunos funcionarios. Dictó nuevos bandos y edictos, estableció nuevas normas de acuerdo con el cadí y el zabazoque, y encargó a Sulaaf la reorganización de la guarnición y de sus cuadros de mando.

En Banbaluna, Enneco convocó al Consejo para debatir la actitud a tomar tras la recuperación de Tutila. Los vascones anhelaban el gobierno de sus asuntos sin ningún tipo de injerencia externa, y el protectorado franco había sido una elección forzada por las circunstancias. Por otra parte, la animadversión que despertaba entre ellos la figura de Velasco el Gascón, el cabecilla de la facción pro carolingia, tampoco era un factor baladí. Paradójicamente, durante las épocas de dominación musulmana de aquellas tierras habían mantenido una razonable libertad política, y los más viejos aún recordaban a Ludovico como el hijo de quien había destruido las murallas de la ciudad a su paso.

Así, los ánimos estaban predispuestos para romper las relaciones con el rey franco, aunque varios de los representantes de las familias nobles de la ciudad se mostraban en desacuerdo con el resto. Enneco sabía que no podían actuar de forma imprudente, por lo que decidieron posponer la declaración hasta que Ludovico emprendiera una nueva campaña, posiblemente con la llegada de la primavera.

Probablemente fue alguno de aquellos disidentes quien trasladó a Velasco los propósitos de la asamblea la misma noche de su celebración. Apenas amanecía cuando dos jinetes abandonaron la ciudad en dirección al sur, sin duda para no levantar sospechas, porque, una vez fuera de la vista de la guardia, describieron un arco a través del paisaje ondulado que rodeaba Banbaluna para dirigirse al norte, en dirección a las montañas. El pergamino que tenían orden de entregar al propio Ludovico en su corte de Dax estaba escrito por la mano de Velasco, quien le informaba, en los términos más alarmantes, de la rebelión en ciernes.

No había transcurrido mucho tiempo cuando Enneco recibió al correo franco que portaba una misiva lacrada con el sello real, en la que Ludovico reclamaba su presencia inmediata ante la corte de Dax.

Enneco no albergaba dudas sobre el motivo de aquella llamada, y convocó de nuevo a la asamblea.

Una vez leída la epístola en voz alta ante los miembros del Consejo, recabó la opinión de todos ellos. Los notables de la ciudad eran partidarios de enviar una representación a Dax que calmara los ánimos y encauzara la situación, y los jefes vascones de las montañas se inclinaban por no responder.

Fortuño, impetuoso y vehemente, tomó la palabra tras una larga discusión.

—Llevamos seis años bajo la tutela carolingia, con legados que deciden por nosotros. Y todo a cambio de la protección de un peligro que, tras la muerte del general Amrús, ya no existe. Yo voy más allá y propongo que se le responda por escrito, dejando clara la ruptura formal de cualquier relación.

—Enviemos a sus funcionarios de vuelta en las mismas mulas que los trajeron —apostilló otro vascón.

—Cometéis un error si no acudís. Ludovico lo tomará como una afrenta, y quién sabe cuál será su reacción —intervino uno de los nobles en tono vehemente.

—¡Prefiero volver a nuestras montañas y gobernar nuestro pueblo a nuestra manera que vivir aquí bajo el yugo de los galos! —gritó Fortuño.

—¡Tu insensatez es proverbial! ¡Los francos caerán sobre la ciudad! —repuso uno de los partidarios de Velasco.

—¿Cómo te atreves? —cortó Enneco indignado—. Amenazas con un peligro que vosotros mismos habéis provocado. ¿Cómo si no se ha enterado Ludovico de nuestras intenciones? ¿Quién de vosotros hizo de alcahueta para correr a contar a Velasco lo que aquí se había hablado en secreto? ¿Fuiste tú, quizás?

El otro enrojeció aparatosamente.

—Salid corriendo de nuevo y decidle a Velasco que la exigencia de Ludovico va a quedar sin respuesta.

Casi al mismo tiempo que en Banbaluna se debatían las posibles respuestas, a Tutila llegaba la noticia de que el príncipe Abd al Rahman se dirigía hacia la ciudad al frente de su ejército, enviado por su padre Al Hakam con la intención de someter a los rebeldes.

Al leer el despacho, el corazón de Musa había dado un vuelco. ¿Iba a tener que enfrentarse al asedio de la ciudad? ¿Tendría que rendirla de nuevo?

Llamó a Zahir.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó el anciano en tono sombrío.

—Esperar, necesito más información. No es lo mismo una aceifa compuesta por miles de hombres a caballo y miles de infantes, dispuesta a arrasar cuanto encuentre a su paso, que una expedición con un contingente menos numeroso, más destinada a intimidar y a negociar conmigo.

—No creo que nos encontremos en el primer caso. Una aceifa necesita meses de planificación.

—Pienso lo mismo, así que debemos prepararnos para negociar. Nuestros argumentos deben ser convincentes.

—Abd al Rahman es un hombre joven, de tu misma edad si no me equivoco.[15] Y dicen que de carácter más dialogante que su padre.

—Pronto tendremos ocasión de comprobarlo —concluyó Musa.

Musa envió informadores al encuentro del príncipe que pronto volvieron con noticias. Efectivamente, no se trataba de un gran ejército, pero tampoco era una simple expedición de reconocimiento. Los enviados calcularon en unos cinco mil los efectivos militares y describieron una columna formada por numerosos civiles que, por su aspecto, debían de ser funcionarios, criados, eunucos y cortesanos. La impedimenta que acarreaban sobre mulas y carros se extendía a lo largo de varias millas, y los campamentos de *haymah* que se instalaban al anochecer ocupaban una superficie mayor que la propia Tutila.

El día 19 de Muharram, con el otoño recién estrenado, la avanzadilla del ejército cordobés llegó a las inmediaciones y se detuvo en una amplia llanura situada a dos millas de distancia, en el camino de Tarasuna. El grueso de la expedición llegó al día siguiente, y una auténtica ciudad surgió donde antes sólo crecían romero, espliego y tomillo.

Los muchachos de Tutila y no pocos adultos se acercaron a la loma que dominaba la explanada para contemplar aquel espectáculo insólito. A su regreso, todos sin excepción describían impresionados las magníficas jaimas del príncipe, que destacaban sobre las demás tanto por su tamaño como por la riqueza de sus materiales. Su estructura no se asentaba sobre simples postes, sino sobre auténticas esculturas de motivos vegetales con esferas cubiertas de oro, rematadas por la media luna y el estandarte de seda blanca con el símbolo de los omeyas. La tela que cubría las tiendas no era del tono terroso del resto, propio de la piel de camello con la que habitualmente estaban confeccionadas, sino que presentaba un vivo colorido que combinaba el azul índigo con el dorado.

Las rodeaban un grupo de tiendas de menor tamaño, seguramente ocupadas por los cargos de confianza, los generales y los principales cortesanos, y alrededor de todas ellas se había levantado un cinturón de alojamientos para la guardia personal del príncipe.

El resto del campamento estaba formado por miles de pequeñas tiendas ocupadas por una o dos personas. Los jornaleros de Tutila que con anterioridad habían servido en el ejército del emir explicaban con entusiasmo cómo cada infante o cada jinete iba acompañado de un escudero con una mula que portaba armas e impedimenta, además de la tienda en la que ambos se cobijaban durante la noche.

Los curiosos asistieron incrédulos a la llegada de la zaga del ejército, compuesta por cientos de mulas y extraños animales de mayor tamaño que un caballo con dos grandes jorobas en los lomos. Una multitud de esclavos comenzó a descargar muebles, baterías de cocina, utensilios de aseo, tableros, caballetes e incluso molinos transportables para fabricar el pan con el que alimentar a tal muchedumbre.

El día de la llegada del príncipe, Musa envió su solicitud de parlamento para Abd

al Rahman con un oficial de confianza, pero éste regresó a la ciudad sin respuesta. Fue en la mañana del segundo día cuando un nuevo emisario abandonó el campamento en dirección a la ciudad, cuyas puertas permanecían abiertas por orden de Musa, como señal de su buena disposición. Entró en el recinto por la Puerta de Tarasuna y ascendió hasta la alcazaba. Sulaaf lo estaba esperando y lo condujo hasta la sala donde se encontraba el *'amil*. Tras un saludo protocolario, le hizo entrega del pergamino lacrado que portaba, en el que Musa reconoció el sello personal del príncipe.

Lo primero que llamó su atención al romper el lacre y leer la misiva fue el tono formal en el que se hallaba escrita, empezando por su nombre completo, Musa ibn Musa ibn Fortún. Además de protocolario, el texto era directo y conminatorio: Abd al Rahman aceptaba el parlamento y lo convocaba ante su presencia de forma inmediata.

Esa misma tarde, los habitantes de Tutila se echaron a la calle para contemplar a la comitiva que atravesó la ciudad en dirección a la puerta meridional. Un total de doce hombres a caballo desfilaron entre la muchedumbre ataviados con sus mejores túnicas de lana y seda y sus cabalgaduras ricamente enjaezadas. Zahir, como representante de mayor edad de los Banu Qasi, acompañaba a Musa junto a Sulaaf, en calidad de jefe militar. Con ellos cabalgaban tres jefes locales de otras tantas ciudades cercanas, dos altos oficiales y tres miembros del Consejo elegidos entre los notables de Tutila. El cadí y el imán de la mezquita, como autoridades judicial y religiosa, completaban la solemne embajada. Abandonaron la ciudad por la puerta de Tarasuna escoltados por un grupo de jinetes y avanzaron durante dos millas siguiendo el camino que bordeaba el Uādi Qalash.

El primer contacto de la delegación se produjo con un oficial, de elevado rango a juzgar por su indumentaria, que ocupaba junto a varios guardias fuertemente armados una tienda situada al borde del camino. Avisado por uno de ellos, esperó a que la comitiva se acercara para salir a su encuentro. Los recién llegados bajaron de sus monturas.

—Bienvenidos —dijo con tono formal—. ¿Quién está al frente de la delegación?

Zahir y Musa se miraron por un instante, pero fue éste quien dio un paso al frente.

—Yo soy —dijo.

—Acompañadme. Os conduciré al recinto noble, donde el chambelán del príncipe os dará instrucciones.

Precedidos y escoltados por varios soldados, fueron introducidos en el campamento. El camino por el que avanzaban aparecía delimitado por estacas y estaba siendo cubierto de grava por un grupo de esclavos que la transportaban en mulas desde algún lugar cercano, sin duda para evitar el barro en caso de lluvia.

Llegaron al cinturón de tiendas que rodeaba el espacio central y se internaron en una zona de jaimas de mayor envergadura. Musa contemplaba la distribución del campamento sin perder detalle e intercambiaba comentarios con Sulaaf. Quizá su gesto de extrañeza hizo que el oficial cordobés se acercara a ellos.

—La línea que acabamos de atravesar está formada por la guardia personal del príncipe, y en esta zona se alojan sus secretarios, escribientes y asesores. En aquel extremo se encuentran las tiendas ocupadas por sirvientes, camareros y eunucos.

Se aproximaban a las jaimas de mayor tamaño y Sulaaf hizo al oficial un gesto de interrogación con la cabeza.

—La de mayor altura contiene las estancias privadas del príncipe. Aquél es el pabellón utilizado para la recepción de visitantes, a donde nos dirigimos. Y en el lado opuesto, donde podéis ver aquellos palanquines, se alojan las mujeres.

—¿Mujeres? ¿En una expedición? —dijo Sulaaf con asombro.

El oficial sonrió.

—Abd al Rahman nunca abandona Qurtuba sin parte de su harén. El príncipe es un hombre muy especial —siguió explicando ante las expresiones de desconcierto—. En la corte es bien conocido su amor a las artes y las ciencias de cualquier signo, pero no es menos comentada su proverbial afición a las mujeres. No sería la primera vez que interrumpe una exitosa campaña para volver precipitadamente a Qurtuba en busca de una de sus favoritas.

Sulaaf sonrió abiertamente e hizo a los demás un significativo gesto.

El comentario no vino mal, pensó Musa, para romper la tensión que los atenazaba.

—¿Y este mismo campamento se ha montado al final de cada jornada desde que salisteis de Qurtuba? —preguntó Musa.

—Así es. Como verás, el bulto de la impedimenta es mayor que el ejército en sí mismo. Y he de decirte que no es una expedición demasiado numerosa, aunque sí un tanto especial, porque al parecer nos dirigimos a Saraqusta y no regresaremos a Qurtuba.

En las inmediaciones del gran pabellón, el oficial desapareció en su interior. Al cabo de unos instantes volvió acompañado de un hombre de porte distinguido y ricas vestiduras, que se acercó a ellos con el rostro serio y escrutador.

—Es Rashid, el chambelán del príncipe. Os proporcionará las instrucciones necesarias para acudir ante Abd al Rahman cuando se reclame vuestra presencia.

Sin más explicación, el oficial reemprendió el camino de regreso a su puesto, y el chambelán lo sustituyó.

—Seguidme, os lo ruego.

Atravesaron la lona entreabierta que daba acceso al pabellón, y que ahora, ya en

su interior, parecía mucho más grande. Sin embargo, Rashid les pidió que tomaran asiento en una antesala separada del resto por espesas cortinas y comenzó por preguntar sus identidades y sus cargos. Les dio indicaciones sobre el protocolo, su ubicación en la sala y el trato que debían dispensar al hijo del soberano y, cuando consideró repasados todos los aspectos formales, les rogó que esperaran allí el momento de la entrevista y atravesó los cortinajes.

Musa decidió no dejarse impresionar por aquel boato, que estaba seguro no dejaba de ser una forma de intimidación para quienes se acercaban al príncipe, sobre todo si, como en su caso, se trataba del primer contacto con el protocolo de la corte cordobesa. No obstante, no pudo evitar estremecerse cuando las cortinas se abrieron y fueron invitados a acceder a la sala donde se celebraría la reunión. El suelo se había allanado cuidadosamente, y todo él se hallaba cubierto por alfombras de colores discretos, excepto en el pasillo central, donde adoptaban un rojo escarlata. Las paredes estaban forradas con fantásticos tapices de lino y seda con bordados de hilo de oro, sin duda procedentes de los *tiraz* del emir. La luz del día atravesaba tímidamente la lona del techo, pero su escasez se veía compensada por la multitud de lamparillas colocadas sobre pedestales dorados en los laterales del pabellón. Ningún detalle se había descuidado para crear una sensación de lujo y bienestar: un perfume de sándalo, ámbar gris y maderas exóticas emanaba de varios pebeteros colocados estratégicamente. Y por si algún sentido quedaba por deleitar, una suave música de cítara y laúd surgía de algún rincón oculto a la vista.

El chambelán los condujo a la parte delantera del salón, donde les esperaban tres escabeles de madera tallada. Musa, como se le había indicado, ocupó el lugar central, y a sus lados, ligeramente retrasados, tomaron asiento Zahir y Sulaaf. Inmediatamente, Rashid les indicó con un gesto que debían permanecer en pie. El resto de la delegación ocupó los cómodos y lujosos asientos dispuestos para ellos a ambos lados del pasillo central. Frente a Musa, tres escalones conducían a un estrado que ocupaba el fondo del pabellón, flanqueado por espesos cortinajes en los laterales, a modo de escenario en una representación teatral, en cuyo centro se hallaba el sitial más suntuosamente decorado que jamás habían visto los recién llegados. Musa se preguntó cómo se las habrían arreglado para trasladar aquel pesado sillón, sin duda fabricado de una sola pieza, a lo largo de cientos de millas. Giró la cabeza y pudo observar el gesto de admiración de sus acompañantes, que dirigían su mirada de uno a otro rincón tratando de grabar en sus retinas los detalles de aquella magnífica estancia.

Sobre la suave música de los laúdes se superpuso el sonido más intenso de algún tipo de clarín o chirimía, y todos los presentes volvieron instintivamente la vista hacia el fondo del estrado. Efectivamente, acompañado por un aumento del volumen de los instrumentos, Abd al Rahman apareció con andar pausado y cruzó la escena hasta

ocupar el lugar central. La voz potente del chambelán resonó en la sala:

—¡Presentad vuestros respetos a Abd al Rahman ibn Al Hakam, príncipe de Ard al Ándalus, primogénito de nuestro señor el emir Al Hakam, el primero de tal nombre, enviado por Allah para regir nuestro destino!

De acuerdo con las instrucciones recibidas, todos inclinaron la cabeza con el rostro hacia el suelo. Sólo Musa mantuvo la cabeza alta, lo que provocó un gesto de indignación contenida por parte de Rashid, que continuó presentando a los visitantes.

—Musa ibn Musa ibn Fortún, representante de los Banu Qasi, descendiente directo del primer conde Casio, que estableció con vuestra familia fructífera relación de clientela, os presenta sus respetos en nombre de su pueblo.

Musa se adelantó y ascendió la escalinata hasta el príncipe, que inició un movimiento con su mano derecha, cuyo dedo corazón lucía el sello de los Omeya, mientras escrutaba con rostro circunspecto a su joven interlocutor. Musa se inclinó ante él e hizo el gesto de besar el anillo que le tendía, lo que originó un disimulado suspiro de alivio del chambelán. A continuación retrocedió a su puesto, a la espera de que el hijo del soberano se dirigiera a él.

Dos hombres más, seguramente consejeros del príncipe, accedieron a la sala y se colocaron en uno de los laterales del estrado.

Abd al Rahman tomó asiento e hizo una seña a los demás para que le imitaran. Aquélla era la primera ocasión en la que todos ellos veían al joven príncipe, del que sólo contaban con referencias por los escasos comerciantes que llegaban de Qurtuba y que habían tenido ocasión de compartir con él la oración del viernes en la Gran Mezquita. Sólo conocían su edad, la misma que Musa, y gruesos trazos sobre su aspecto relatados por los viajeros, que aseguraban también que el príncipe había sido sietemesino. Ahora se encontraban ante él, la persona que probablemente ocuparía el trono de Qurtuba en un futuro no muy lejano. Su rostro era agraciado, y su aspecto, agradable, de hermosas formas y atuendo elegante.

—Vengo hasta aquí comisionado por mi padre, el emir. Al parecer habéis roto el tratado de amistad y clientela que unía a nuestras familias. ¿Qué tienes que decir?

Su voz era suave, y utilizaba un árabe refinado y culto, con un acento que delataba su origen noble. Pero el tono era firme, incluso duro, y no había utilizado ningún circunloquio para exigir a su interlocutor la explicación de su actitud.

Musa había esperado este momento, y le parecía haberlo vivido anteriormente. En su cabeza, durante las noches anteriores, se había forjado el temor de no saber responder adecuadamente, a las interpelaciones del príncipe. Sin embargo, su mente en aquel momento funcionaba con claridad, y tras un breve instante respondió:

—Majestad, como habéis visto, acabo de postrarme ante vos en señal de acatamiento de vuestro poder soberano. Como bien sabéis, desde que mi bisabuelo el conde Casio prestara juramento ante el gran Musa ibn Nusayr, cuyo nombre perdura

en mi familia, hemos defendido fielmente los intereses del emirato que hoy representa vuestro padre, Al Hakam.

—No son ésas mis noticias —atajó el príncipe—. Yusuf ibn Amrús es el representante del emir en esta ciudad, y tú y tus hombres lo habéis derrocado. Mi padre considera tal hecho una afrenta a su persona, y por ello se os ha reclamado.

—Ciertamente, Majestad, la decisión fue difícil de tomar y ése fue nuestro principal reparo: que vuestro padre interpretara nuestra acción como un gesto de enemistad, cuando no es tal.

—¿Impedir la entrada en la ciudad al *wāli* de la misma nombrado por un decreto del emir? ¿Dices que no debo interpretarlo como un gesto de enemistad hacia el emir?

—Sinceramente, Señor, desde aquel momento he tenido la esperanza de poder explicaros mis actos en persona. Y me siento profundamente agradecido porque me permitáis hacerlo.

El príncipe hizo un gesto de impaciencia para que siguiera.

—Sin duda estáis al tanto de la situación política en estas tierras del Uādi Ibru. Son tierras de frontera, sometidas a la presión de nuestros enemigos comunes. Como sabéis, el tratado de clientela dejaba en manos de mi familia el gobierno de las tierras que hasta entonces dominaba. Durante generaciones las hemos defendido con nuestra sangre de las incursiones de los infieles, que Allah confunda. A ello han contribuido los lazos familiares que nos unen a los vascones de las montañas del norte, aledañas al país de los francos. Juntos hemos luchado y hemos mantenido nuestro territorio dentro de la órbita del poder que representáis.

—Me sorprende tu capacidad oratoria, pero te ruego que respondas a la cuestión que he planteado —cortó abruptamente.

—Permitidme, Señor. Mi infancia estuvo marcada por la muerte de mi padre, a quien no llegué a conocer, en la defensa de Saraqusta. Mi hermano Mutarrif corrió la misma suerte enfrentado a la facción pro carolingia en Banbaluna, y por último mi hermano Fortún murió en Saraqusta frente a Amrús ibn Yusuf cuando yo era aún un niño. Tenemos la misma edad, Majestad, y sé que ya conocéis la naturaleza humana y entenderéis qué siente alguien como yo cuando debe someterse ante el asesino de su hermano. Amrús servía bien a los intereses de vuestro padre, pero su ambición desbordaba su cometido y le llevó a violentar los términos del tratado entre nuestras familias. Ese tratado dejaba claro que el gobierno de Tutila seguiría en manos de los Banu Qasi, y, sin embargo, se nos impuso al hijo de Amrús como *wāli*.

—Nombrado por el emir —recordó Abd al Rahman de nuevo.

—No teníamos constancia de ello, mi Señor. Se nos informó de que había sido designado para el puesto por su padre, Amrús, el gobernador de la Marca. Por otra parte, los métodos de gobierno de Yusuf sometían a nuestro pueblo a la injusticia y la

opresión, y el descontento amenazaba con provocar una revuelta sangrienta. Su jefe militar, aquí presente —se volvió para señalarlo—, puede dar fe de ello.

El príncipe miró a Sulaaf sin excesivo interés, se llevó la mano al mentón y permaneció con la vista perdida en el fondo de la sala durante unos instantes.

—Por otra parte —prosiguió Musa—, nunca hemos dejado de cumplir con nuestras obligaciones económicas hacia Saraqusta, y por tanto hacia Qurtuba.

Abd al Rahman se incorporó ligeramente.

—Hay una cosa que nos une, Musa, y no es sólo el momento de nuestro nacimiento. Siempre he despreciado los métodos de Amrús. Habréis oído hablar de los sucesos de Tulaytula durante la Jornada del Foso. Pues bien, yo tuve que estar presente allí mientras todos los representantes de la ciudad eran pasados a cuchillo uno tras otro. Era tan sólo un niño. Han transcurrido..., quince años ya, y aún recuerdo con horror aquellas caras de angustia mientras caían al suelo degollados, entre estertores de muerte. Fueron cientos los cadáveres que se amontonaban en aquel horrendo lugar. Pasé semanas vomitando todo lo que me obligaban a comer, y rara es la noche que no despierto sobresaltado por las pesadillas.

La cara de Abd al Rahman se había descompuesto súbitamente, y Musa sintió una corriente de afecto por aquel hombre que, como él, había visto su infancia marcada por traumas indelebles. Sintió la tentación de hacer un comentario a las palabras del príncipe, pero, inseguro, prefirió guardar silencio.

—Estar en contra de los métodos de Amrús —siguió— es estar en contra de mi propio padre. Pero así es, y así debo confesarlo. Sin embargo, no puedo aprobar el uso de la fuerza para despojar de sus funciones a un gobernador nombrado por el emir.

—Si me permitís... —empezó Musa.

—Adelante...

—La situación actual es más ventajosa para Qurtuba a causa de nuestra alianza familiar con mis hermanos de sangre. Enneco, asentado en Banbaluna, es el caudillo vascón que hubo de entregar la ciudad a la protección de Ludovico precisamente para protegerse de la amenaza que representaba Amrús. Vos mismo tuvisteis que desplazaros a Saraqusta para volver a la obediencia a vuestro gobernador. Nuestras informaciones también indicaban que su intención era extender su poder hasta la costa del norte.

Abd al Rahman empezaba a asentir casi imperceptiblemente.

—Me sentiría satisfecho si consiguiera transmitiros los motivos de nuestras acciones —siguió Musa—. La situación actual, con el flanco sur de los vascones en manos de los Banu Qasi, permite a Enneco dedicar sus esfuerzos a protegerse de la amenaza de Ludovico, que no hace mucho intentó atacar por Turtusa. Rechazado allí, ¿quién nos asegura que no lanzará una nueva ofensiva a este lado de los Pirineos? Si

la defensa de la tierra de los vascones es férrea, lo será la de la Marca, al menos en el sector occidental. Ambos ejercemos de colchón defensivo entre los dominios musulmanes y los cristianos, lo cual se adapta a la perfección a los intereses de Qurtuba, y por ello os ruego que así se lo trasladéis al emir, vuestro padre.

El príncipe afianzó un codo en el brazo del sitial y durante un instante permaneció con la cabeza apoyada en la mano, mirando fijamente a Musa. Poco a poco una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Debo confesarte que tu vehemencia me ha dejado sorprendido, Musa.

—Es un honor para mí escuchar esas palabras pronunciadas por el que auguro que será un gran emir para Ard al Ándalus.

Esta vez Abd al Rahman sonrió francamente.

—Eres inteligente, Musa.

Se levantó de su sillón y se dirigió a todos los presentes.

—Ahora debéis excusarme. Trataré el asunto con mis consejeros y os trasladaré mi decisión.

Inició el regreso hacia el fondo de la sala, pero antes de alcanzar la salida se volvió.

—¡Chambelán! Ocúpate de que los invitados sean atendidos conforme a su rango.

Fueron conducidos a una de las jaimas que se levantaban junto al pabellón de recepciones, y allí se les ofreció un abundante refrigerio que todos ellos agradecieron después de la tensión que habían experimentado. Una vez que Rashid los hubo dejado solos, Zahir, Sulaaf y el resto de los componentes de la comitiva se abalanzaron literalmente sobre Musa para felicitarle por su discurso, que aparentemente había conseguido encandilar a Abd al Rahman. El más emocionado era Zahir, que veía cómo su sobrino había conseguido salir airoso de la prueba más comprometida a la que se había sometido como gobernante.

—Habrías convencido al propio Yusuf de que su salida de Tutila era lo mejor que podía haberle sucedido —dijo Sulaaf entre risas.

—Como habéis visto, me he tomado algunas libertades, y he cargado las tintas en algunos puntos no muy favorables para él.

—Ya me he fijado —dijo uno de los jefes locales—. Cuando has dicho que Tutila estaba al borde de la rebelión...

—Por un momento he temido que saliera Yusuf de entre los cortinajes a desmentirme.

—Por suerte parece que Abd al Rahman odiaba a Amrús tanto como nosotros —dijo Zahir.

Degustaron los deliciosos platos que se les ofrecían con un repentino optimismo, entre risas y bromas. Anochecía ya cuando se acercó de nuevo Rashid.

—El príncipe Abd al Rahman me envía en tu busca, Musa. Los demás podéis

permanecer aquí o regresar al pabellón de recepciones, donde se han colocado divanes en los que podréis descansar.

El chambelán guió a Musa en dirección al mismo pabellón, donde esperaba encontrar de nuevo al hijo del emir, pero, para su sorpresa, lo condujo a su *haymah* privada. Curiosamente estaba decorada de forma acogedora pero de ninguna manera con la ostentación que se observaba en la anterior. El espacio estaba dividido en estancias mediante pesados cortinajes, y Musa fue conducido a uno de los más cercanos a la entrada, amueblado como un confortable despacho. Un sirviente entró portando unas lámparas que disiparon las primeras sombras de la noche, y casi a continuación hizo su entrada el propio Abd al Rahman, esta vez sin las presentaciones formales anteriores.

—Puedes sentarte, Musa.

—Con vuestro permiso...

—Bien, he estado despachando consultas con mis consejeros, y se han mostrado de acuerdo en mis apreciaciones. La autoridad del emir no puede ser menoscabada, de forma que Yusuf volverá a ocupar su puesto al frente del gobierno de Tutila.

Musa recibió las palabras de Abd al Rahman como un mazazo en el rostro.

—Sin embargo, tengo que comunicarte que mi destino en esta expedición es la ciudad de Saraqusta, donde tomaré posesión personalmente del gobierno de la Marca Superior tras la muerte de Amrús.

Musa empezó a hablar, aunque a duras penas había podido reponerse del golpe que acababa de recibir.

—Majestad, lamento no haber sido capaz...

—No sigas. Veo la decepción en tu rostro. Tú me has pedido comprensión para tus razones, y yo ahora te pido comprensión para las mías. No se puede gobernar un país si se permite al primero que llega deponer al gobernador nombrado por el soberano. Apelo a tus dotes para la política, y espero que lo entiendas.

—¿Y en qué posición quedamos quienes nos opusimos a su mando?

—Yusuf tiene órdenes concretas de asumir el mando respetando la organización que tú has puesto en marcha. Mis referencias sobre tu gestión son inmejorables... —Hizo una pausa—. Incluso algunos de esos informes llevan la firma de Yusuf ibn Amrús. Simplemente el *wāli* regresa a su residencia y asume el puesto de responsabilidad que le corresponde. Tú te mantienes inmediatamente debajo de él en la escala.

Musa experimentaba una sensación agridulce: por un lado valoraba los elogios procedentes del propio hijo del emir y, sin embargo, éste le comunicaba que las cosas volvían al punto en que estaban antes de la muerte de Amrús. Al menos no habría un nuevo desalojo de Tutila...

—Ha sido una gran satisfacción para mí comprobar que hay hombres de valía al frente de los asuntos del emir, aun a tan gran distancia de la corte. Mañana parto hacia Saraqusta, donde tomaré posesión... y pronto tendréis noticias mías.

Musa hizo ademán de inclinarse antes de abandonar la sala, pero el príncipe lo sujetó por los hombros y lo atrajo para despedirlo con el tradicional saludo musulmán.

—Al fin y al cabo nuestras familias están unidas por fuertes lazos desde hace generaciones —sonrió.

Era noche cerrada cuando Musa comunicó a sus acompañantes las novedades, de forma que accedieron a pernoctar en el propio campamento. Nadie esperaba la decisión de Abd al Rahman después de la entrevista de la tarde, así que la frugal cena que les fue servida transcurrió entre caras circunspectas. Fueron despertados al amanecer por la repentina actividad en el campamento. Supusieron que el príncipe se ponía en marcha hacia Saraqusta, lo que no tardó en confirmar el chambelán, que acudió a despedir a la delegación. Salieron del campamento cuando la luz del sol comenzaba a iluminar la explanada, pero para entonces ya habían desaparecido todas las tiendas de la tropa y parte de las del propio séquito de Abd al Rahman.

La situación en Tutila durante las siguientes semanas fue de tensión y desconfianza. Yusuf regresó y se instaló en su residencia, que había permanecido desocupada, pero su presencia en las dependencias de la alcazaba se hizo continua. Al parecer había decidido seguir de cerca los trabajos en la administración de la ciudad, y pasaba los días reunido con secretarios y tesoreros revisando las anotaciones sobre la recaudación de impuestos, los pagos al personal y a la tropa o las remesas enviadas a Saraqusta. Sulaaf fue requerido para que entregara informes sobre todos los cambios realizados en los cuadros militares, nombramientos y ceses o gastos de manutención de la guarnición. Pero quien más sufrió su regreso fue Musa, a quien pidió explicación de cada una de las decisiones tomadas en su ausencia. También revisó cada uno de sus nombramientos y, aunque manifestó su disgusto ante un buen número de ellos, no se atrevió a revocar ninguno. Lo que sí hizo fue enviar correos para reclamar el regreso de algunos de los militares y colaboradores fieles que habían abandonado Tutila con él.

Los habitantes de la ciudad no habían percibido ningún cambio al margen de la presencia de Yusuf, que, orgulloso, acudía a la mezquita y ocupaba un lugar destacado junto al *imam,* y el *qādi* durante la oración del viernes. La actividad se desarrollaba con normalidad: con los primeros fríos las familias se afanaban en hacer acopio de leña, que cortaban y apilaban cuidadosamente, mientras en los campos se

comenzaba la siembra de cereales, tras el inicio del mes de Safar, que había resultado lluvioso y desapacible.

Habían pasado tres semanas completas desde la partida de Abd al Rahman. Musa se encontraba en una de las almenas de la alcazaba. Había mantenido un fuerte desencuentro con Yusuf a causa de la partida destinada a engrosar el Tesoro de la Comunidad y, como siempre, le resultaba muy útil para recuperar la paz de espíritu asomarse desde lo alto y contemplar la ciudad a sus pies. Un viento frío del norte había sustituido a las nubes cargadas de lluvia de las semanas anteriores, y Musa agradeció su azote, que alivió la quemazón producida por la cólera. Con el cabello agitado por las rachas de viento, se solazó con la vista del río que discurría caudaloso bajo el puente de madera y contempló la actividad en el pequeño puerto fluvial y el trabajo de los hortelanos en los feraces sotos que se extendían a ambos lados del cauce. También en el interior del recinto amurallado se observaban las pequeñas figuras que llevaban el pan a cocer al horno público o regresaban del *hammam.* Desde el lugar que ocupaba se divisaban dos de las puertas de la ciudad: la del puente, a sus pies, y la de Saraqusta, en la muralla oriental. Precisamente el movimiento en esta última llamó su atención; dos de los guardias habían ocupado el arco de entrada con sus lanzas cruzadas en aspa, en actitud de prevención. Dirigió su vista más allá y divisó a dos jinetes que se acercaban a la ciudad a galope. Al alcanzar el puente sobre el Uādi Qalash redujeron el paso y, sin bajarse de sus monturas, mantuvieron un diálogo con la guardia. Uno de ellos extrajo un objeto de su talega, posiblemente una acreditación, pues a continuación los guardias se retiraron y los dos hombres a caballo se internaron en la ciudad. Musa perdió su pista entre las estrechas callejuelas, pero al cabo de unos minutos reaparecieron en el vano de la puerta que se abría en el muro inferior de la alcazaba. Allí repitieron la operación con el oficial de guardia, y atravesaron el terreno pendiente que separaba la muralla exterior de la fortaleza. A esa distancia pudo observarlos con detenimiento: se trataba de correos, sin duda procedentes de Saraqusta y, por la calidad de sus monturas y su equipamiento, enviados por alguien de relevancia.

Descendió la empinada escalinata que lo había llevado hasta su puesto de observación a tiempo para llegar al salón de la planta noble, donde recibiría a los recién llegados. No esperaba hallar la sala ocupada, pero Yusuf se encontraba allí, y a juzgar por su rostro no había cedido su irritación.

—Acaban de llegar dos correos, posiblemente de Saraqusta —dijo Musa.

Yusuf lo miró con interés, hizo un gesto de asentimiento, se dirigió a la puerta y la abrió justo en el momento en el que el oficial de la guardia se disponía a golpearla.

—Hazlos subir —dijo Yusuf sin esperar a su anuncio.

Dejó la puerta abierta y se entretuvo alrededor caminando con las manos a la

espalda. Durante la espera ninguno de ellos habló, y cuando Yusuf adivinó la presencia de los correos en la entrada por el ruido de pisadas y el roce de sus ropas, les hizo pasar con un gesto de su mano derecha.

Los dos hombres esperaron a que el oficial se retirara, y uno de ellos habló con gesto marcial:

—Nos envía el príncipe Abd al Rahman con el encargo de entregar los pergaminos que veis. Las instrucciones son que debemos hacerlo personalmente a cada uno de los destinatarios: el gobernador Yusuf ibn Amrús, y Musa ibn Musa, caudillo de los Banu Qasi.

Yusuf se adelantó y cogió el rollo de pergamino que le tendía el mensajero. Se acercó a la mesa central y recogió un estilete con el que rasgó la cinta que lo rodeaba. Musa tomó el suyo y examinó el sello real estampado en el lacre.

Yusuf leía ya la misiva con los ojos entornados y el entrecejo fruncido, si bien pronto su expresión se distendió y una sonrisa asomó a sus labios. Levantó la vista hacia Musa, pero reparó en la presencia de los dos mensajeros.

—No es necesario que esperéis respuesta. Podéis retiraros. Daré orden de que se os atienda.

Una vez solos, y ya con una franca sonrisa, Yusuf se acercó a Musa.

—Bien, parece que nuestros destinos se separan. Debo presentarme de inmediato en Saraqusta.

Hizo una pausa para disfrutar del momento de incertidumbre que estaba proporcionando a Musa.

—¿No me preguntas con qué fin? ¿Acaso no te interesa? —dijo en tono mordaz.

—Has de ser tú quien decida si debes o no ponerme al corriente.

—El príncipe me reclama para hacerme cargo del valiato de Saraqusta, puesto que él mismo abandona para ocuparse del gobierno de toda la Marca Superior.

Esta vez fue el rostro de Musa el que se iluminó dejando traslucir su alivio. Recordó con nitidez las palabras de Abd al Rahman en su despedida: «Pronto tendréis noticias mías.» Así que eso era lo que había pergeñado ya en aquel momento. Con esa operación mantenía a salvo la autoridad del emir, pues reponía a Yusuf en el cargo para el que había sido nombrado, para relevarlo sólo tres semanas después.

—No has abierto tu correo. —Yusuf le entregó el estilete.

Musa aún miraba el sello del príncipe, perdido en sus pensamientos y, sobresaltado, aceptó el pequeño cuchillo. Cortó el precinto y desenrolló con cuidado el pergamino.

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Yo, Abd al Rahman ibn Al Hakam, príncipe de Al Ándalus, gobernador de

la Marca Superior, firmo este documento y acredito con mi sello el nombramiento de Musa ibn Musa ibn Fortún ibn Qasi como gobernador de la Madinat Tutila...

No necesitó seguir leyendo.

Tres días después, Yusuf abandonaba irritado Tutila en dirección a Saraqusta, tras una ceremonia en la que había pretendido que su despedida de la ciudad restara protagonismo a la toma de posesión de Musa. El flamante wāli de la Madinat Tutila, esta vez por nombramiento directo del príncipe, recibió todo el calor que la población había negado al gobernador saliente. Sólo algunos representantes de las familias más influyentes acudieron a la residencia de éste para presentarle sus respetos y manifestarle su apoyo.

Musa era consciente de que las relaciones con Saraqusta debían mantenerse dentro de la cordialidad, y por ello en el momento de la partida también acudió en persona a manifestar a Yusuf su gratitud por la confianza que había depositado en él. Fue sincero al hacerlo, si bien era cierto que aquello era lo único por lo que podía estarle agradecido.

Tras la partida de Yusuf, Musa deseaba recuperar la rutina de la vida diaria, la normalidad, y más en aquel momento en que disfrutaba de todo el poder para conducir el destino de la *kurah* de Tutila. Algunos de los proyectos que durante mucho tiempo había acariciado se agolpaban ahora en su cabeza ante la posibilidad de que se materializaran. Musa gozaba al ver la satisfacción que experimentaban Zahir y, sobre todo, Onneca, cuyo hijo acababa de ser nombrado, por el propio hijo del emir, valí de la ciudad que habían elegido para establecerse. Poco después de recibir la noticia de su nombramiento, Musa había enviado un correo a Enneco y Fortuño para darles cuenta de los acontecimientos, y esperaba con ansiedad su respuesta desde hacía unos días.

Sin embargo, no fue una carta de felicitación lo que llegó desde Banbaluna. Un jinete agotado por el esfuerzo atravesó el puente sobre el Uādi Ibru en un frío atardecer de finales de otoño y fue trasladado de inmediato a la alcazaba, donde fue recibido por el *wāli*.

—Traigo noticias de tus hermanos.

—¡Habla! —dijo Musa impaciente.

—El ejército de Ludovico ha caído sobre Banbaluna. Enneco no tuvo tiempo de preparar la defensa de la ciudad y dio orden de evacuarla. Se han retirado a las montañas.

—¿Hubo lucha?

—No. Tras la evacuación, la ciudad quedó en manos de Velasco el Gascón, que al parecer conocía de antemano las intenciones de Ludovico, si no fue él quien solicitó su intervención.

—¡Balask otra vez! —exclamó Musa indignado.

—Ha sido nombrado gobernador de Banbaluna por el rey franco.

Capítulo 8

Año 813, 197 de la hégira

Tras tener conocimiento de los sucesos de Banbaluna, Musa había enviado informadores al valle de Salazar, donde suponía refugiados a sus hermanos. Sus montañas eran resguardo seguro, y ni Balask ni el rey galo se atreverían a adentrarse en ellas con sus hombres. Las primeras e intensas nevadas habían sorprendido a Ludovico en Banbaluna, así que decidió estacionar allí a su ejército y esperar un momento más propicio para regresar a Aquitania a través de los peligrosos pasos de las montañas: pesaba aún en el recuerdo el desastre sufrido por su padre Carlomagno en los mismos desfiladeros de Roncesvalles.

Al regreso de sus enviados, recibió de Enneco el relato de la nueva traición de Velasco, fraguada durante meses a sus espaldas. Sin embargo, el tono empleado por su hermano en las misivas no era de derrota y dejaba entrever un cierto optimismo que Musa no acertaba a comprender: al fin y al cabo habían perdido Banbaluna en el preciso momento en que ganaban Tutila, lo que les impedía llevar adelante sus planes políticos largamente acariciados.

La explicación a tal actitud llegó con la primavera, en forma de un nuevo correo de su hermano, con el que también llegó la constatación de que su optimismo había sido injustificado. Enneco sabía que Ludovico seguía atrapado en Banbaluna por el frío y por el miedo a un ataque vascón durante su regreso a la Galia, y también sabía que ese regreso se produciría en cuanto el deshielo permitiera, aun con dificultad, la travesía de las montañas. Junto a Fortuño, había planeado un nuevo ataque con la misma táctica que en el pasado, y para ello envió hacia el norte a gran parte de sus hombres, que se unieron a los vascones que habitaban cerca del paso natural a través de los Pirineos. Buenos conocedores del terreno y habituados a aquellas condiciones de vida extremadas, prepararon durante los meses más crudos del invierno su ataque a las tropas carolingias.

Pero Ludovico al parecer tampoco había permanecido ocioso y, cuando emprendió la marcha, lo hizo con todas las precauciones. Envió una avanzada de doscientos hombres que se internaron en los estrechos desfiladeros, consciente de que, si los vascones acechaban, les dejarían paso y esperarían para atacar al grueso del ejército. Ludovico aguardaba en las estribaciones de las montañas con su vanguardia dispuesta a avanzar. Ése fue el momento escogido por los vascones para descender de las cumbres y atacar, con un grupo reducido de hombres, a las primeras unidades, con la esperanza de provocar la persecución y conseguir que todo el ejército se adentrara tras ellos en lo más abrupto del terreno. Pero esta vez no había

ocurrido tal cosa: la primera avanzadilla había vuelto sobre sus pasos, de modo que atraparon a los vascones entre dos fuegos. Algunos de ellos fueron capturados, y el resto, perseguidos laderas arriba. Al final de aquella jornada Ludovico tenía en su poder a varias decenas de vascones y, lo que suponía un mayor triunfo, a varias de sus mujeres y sus hijos atrapados tras la batida.

Al amanecer, el que parecía el líder del grupo fue colgado de una soga a la vista de todos, y otros dos prisioneros fueron liberados con el encargo de transmitir a los jefes vascones la suerte que correrían aquellos hombres, mujeres y niños si sus tropas sufrían el más mínimo ataque durante la travesía de los desfiladeros.

Los escudos humanos fueron distribuidos en grupos a lo largo de la columna, que inició la marcha sabiéndose vigilada desde la altura. El ejército franco al completo dejó atrás el terreno montañoso, y sólo entonces devolvió la libertad a sus rehenes.

Ludovico había escapado con su ejército intacto, y las tropas que había dejado acantonadas en Banbaluna eran muy numerosas. Por otra parte, Velasco y Alfonso II intercambiaban embajadas y negociaban la intervención del rey asturiano si era precisa. Al leer las informaciones que Enneco le enviaba, Musa fue consciente de que las esperanzas de gobernar ambos territorios se veían definitivamente truncadas, y en su mente empezó a formarse la imagen de Abd al Rahman como una luz al final de un túnel.

Musa salió de Tutila en dirección a Saraqusta acompañado por los caudillos de las ciudades más próximas, Arnit, Qala't al Hajar, Al Faru y Tarasuna, a los que se sumarían durante el trayecto los de Al Burj y Siya. Con ellos viajaban Sulaaf como jefe militar y dos de los principales hombres de negocios de la ciudad. Por primera vez, Zahir había declinado la invitación de su sobrino para formar parte de la delegación. El príncipe había accedido con prontitud a su petición para celebrar esa entrevista, y Musa se puso en marcha de inmediato.

Tras dos jornadas de viaje entraron en la ciudad por la puerta occidental y enfilaron la amplia avenida que hacía de Saraqusta una urbe tan diferente a Tutila. Hacía años que Musa no visitaba la capital de la Marca, y quedó impresionado por el número de palacios y suntuosas viviendas, el bullicio de sus calles y bazares y la abundancia de mercancías de todo tipo. Según se les había informado, el príncipe se había establecido en un antiguo palacio romano recientemente reconstruido cercano a la mezquita mayor y al centro de la ciudad, delimitado por el cruce de las dos calles principales, que unían sus cuatro puertas.

Fueron recibidos por Rashid, el chambelán que habían conocido meses antes en Tutila, y conducidos a un amplio salón en el que esperaban ya algunos de los consejeros del príncipe. Una vez ubicados en sus puestos alrededor de la gran mesa central, Rashid anunció la presencia de Abd al Rahman. Todos los presentes se volvieron en dirección a uno de los extremos de la estancia y, en pie, saludaron con

una inclinación de cabeza la entrada del hijo del soberano.

—Podéis tomar asiento —dijo el príncipe con un gesto de la mano—. Vuestra presencia me es grata y espero que resulte provechosa para todos. Te ruego, Musa, que expongas ante mis consejeros los asuntos que han llevado a celebrar esta entrevista.

—Majestad, no quiero empezar mi exposición sin expresaros el profundo agradecimiento que sentimos por la confianza depositada en mi humilde persona y en mi pueblo al designarme para regir el destino de la *kurah* de Tutila.

Abd al Rahman sonrió con un gesto que parecía de complicidad y, dibujando rápidos círculos en el aire con los dedos extendidos, le indicó que prescindiera de formalidades y siguiera adelante.

—Conocéis, Majestad, los últimos acontecimientos de Banbaluna, que modifican la situación que hace tan sólo unos meses esbocé en vuestro campamento. Desde entonces, Ludovico ha caído sobre los vascones y ha impuesto su ley en su capital. Mis hermanos y el resto de los señores vascones han optado por buscar seguro refugio en los valles pirenaicos. Y de nada han servido sus intentos de diezmar las fuerzas del rey infiel a su regreso hacia la Galia. La guarnición de Banbaluna es ahora la más numerosa, y su posición es prácticamente inexpugnable con nuestras fuerzas.

—Se trata de una ofensiva más amplia —dijo Abd al Rahman—. Hace sólo unos días se nos ha informado de que uno de los condes oriundos del somontano pirenaico, Aznar Galindo, se ha hecho con el poder en esa zona..., al parecer con el apoyo del mismo Ludovico, si no con el de su padre Carlomagno.

—Llegan noticias también del intercambio de embajadas entre Balask y el rey de Asturias —continuó Musa—. Nuestra posición puede verse comprometida..., y ése es el motivo de esta entrevista, Majestad. Sólo la intervención decidida del emir de Qurtuba puede acabar con la situación de riesgo en la frontera. ¡Quién sabe hasta dónde pueden llegar las cosas si Ludovico, su padre Carlomagno y Velasco alcanzan un acuerdo con Alfonso!

—¿Estás pidiendo una aceifa contra Banbaluna?

—No soy quién para pediros tal cosa; me limito a someter esta propuesta a vuestra consideración.

Abd al Rahman, pensativo, ocultó el rostro entre las manos e inspiró profundamente. Al cabo de un instante alzó de nuevo la cabeza y miró a los presentes.

—Pocas veces una aceifa habría estado tan justificada. Mañana mismo saldrán correos hacia Qurtuba para explicar la situación al emir. No dudo que tenga ya en mente la preparación de la expedición de este próximo verano. Haré lo posible por que sea dirigida hacia Banbaluna. Tienes mi palabra.

—Es todo lo que pretendíamos exponeros, Majestad.

—¿Consideras que existe riesgo para nuestros dominios procedente de Banbaluna o de Al Qila? —continuó Abd al Rahman.

—No si la alianza entre los reyes cristianos no se materializa. Por el momento su relación parece limitarse al intercambio de embajadas.

—Me preocupa la ambición de Ludovico —siguió el príncipe—. Carlomagno está viejo y enfermo, y de sus tres hijos, él es el único que sigue con vida.

—Entonces, ¿ha muerto el rey Pipino? No tenía noticia de ello.

—Murió en Italia, cuando Ludovico se encontraba en Banbaluna. Carlomagno cambió entonces sus planes de sucesión, porque la muerte de sus hermanos permitía a Luis heredar el título de emperador. Según las noticias que nos han llegado desde la corte carolingia, Ludovico acudió a Aquisgrán a su vuelta de Banbaluna y se hizo proclamar emperador sin esperar siquiera a la presencia de su Papa, que no ha tenido más remedio que aceptar los hechos consumados.

—¿Coronado emperador en vida de su padre?

—Así es. Es por eso que te hablo de su ambición desmedida y su afán de poder.

—Os ruego que nos mantengáis informados de los acontecimientos que puedan afectar a nuestra seguridad. Nosotros haremos lo mismo —dijo Musa.

—Me precio de tener buenos servicios de información —concluyó el príncipe.

—Majestad, por nuestra parte es todo cuanto veníamos a solicitar de vos.

—En ese caso os dejo en compañía de mis consejeros para tratar con ellos el resto de los asuntos que traéis. Consideraos mis invitados personales y os ruego que aceptéis acompañarme esta noche durante la cena en mis dependencias privadas.

El príncipe se levantó y se dirigió a la puerta. Musa y sus hombres quedaron a solas con los miembros de su administración para debatir asuntos sobre las relaciones mercantiles entre las dos cosas, sobre la potenciación de las vías comerciales fluviales y terrestres y otros asuntos relacionados con el cobro de impuestos y su liquidación con la capital.

Se trasladaron posteriormente a la alcazaba donde se había instalado Yusuf, y trataron con él algunos aspectos de común interés para sus ciudades, aunque la visita era más de cortesía, decidido como estaba Musa a mantener las relaciones fluidas con el gobernador de la capital de la Marca. Dedicaron el resto del día a visitar la ciudad y asistieron a la oración en la gran mezquita que se alzaba junto al palacio de Abd al Rahman.

De vuelta en Tutila, Musa se concentró en sus proyectos, a la espera de la respuesta de Al Hakam sobre un posible ataque a Banbaluna. Mediada ya la primavera, convocó el Consejo de los Banu Qasi, al que acudieron todos los jefes locales de sus ciudades, representantes de las familias más poderosas, cadíes, imanes y alfaquíes, jefes militares y los más altos funcionarios. La cita reunió a más de un centenar de hombres y se prolongó durante dos jornadas completas, en las que Musa

estableció las directrices de su gobierno, ampliando al resto de las ciudades las medidas que ya había empezado a implantar en Tutila.

Zahir asistió a las sesiones presididas por su sobrino y, satisfecho, se sorprendía a sí mismo asintiendo ante la respuesta de Musa a la objeción de un alfaquí o a las quejas airadas de un comerciante por las cargas fiscales en sus transacciones. Experimentaba cierta emoción al pulsar las opiniones de sus conciudadanos sobre la gestión de Musa, cosa que hacía a menudo durante sus frecuentes paseos, las visitas a la mezquita o las reuniones con antiguos amigos.

En general, y a pesar de algunas reticencias, nadie dejaba de reconocer que la situación de la ciudad era satisfactoria. Las medidas implantadas para socorrer a la población más desfavorecida a través del *bait al mal* habían acallado el descontento, y la paz social favorecía el desarrollo de las actividades habituales y del comercio. Musa había sabido ganarse el favor de los alfaquíes, cuya opinión influía decisivamente en sus fieles, y las protestas iniciales de los más acomodados por lo que consideraban unos impuestos elevados se fueron apagando cuando comprobaron que sus negocios prosperaban, disponían de mano de obra abundante y poco conflictiva, y el auge de la ciudad les proporcionaba abundantes beneficios.

Sentado en un lugar discreto de la sala, Zahir admiraba la capacidad de persuasión que Musa había desarrollado. Sabía atraer las simpatías de una parte de los consejeros para aislar a quien se oponía a una decisión, y nunca recurría al enfrentamiento directo, sino que insinuaba las consecuencias negativas de determinada propuesta hasta que su autor desistía incapaz de defenderla ante el resto. Dejaba hablar a los demás sobre un determinado problema, intervenía lo justo para apuntar la posible respuesta que tenía ya en mente y esperaba a que alguien la expresara en voz alta para elogiar su agudeza.

La cara de satisfacción de Musa cuando se cruzó con Zahir al finalizar el Consejo no pudo ser más elocuente.

Se ofreció una cena a todos los asistentes antes del regreso a sus respectivos lugares de procedencia. Afortunadamente la gran sala central de la alcazaba permitía, tras su ampliación, albergar este tipo de celebraciones. En el ambiente distendido de la velada, Musa tuvo ocasión de recibir las felicitaciones de gran parte de los asistentes, tanto por su reciente nombramiento como *wāli* como por el éxito de la reunión.

Tras la cena, mientras un grupo de músicos interpretaba alegres piezas en el salón, Musa coincidió con Zahir en uno de los pasillos.

—Descansando del bullicio, supongo... —dijo Musa.

—Así es, sólo son los años —dijo el anciano con un gesto de despreocupación—. Pero, dime, ¿quién te ha enseñado todo eso? —rio el anciano.

—¿A qué te refieres ? —respondió Musa aparentando ingenuidad.

—A ese despliegue de elocuencia de los dos últimos días. Se van creyendo que te han convencido con sus razonamientos, y no saben que han aprobado todas las propuestas que llevabas en tu cartapacio.

—Algo tendrán que ver la formación que tú me has dado y las mañanas de lectura de aquellos amenos tratados de dialéctica—dijo con tono risueño e irónico.

—No me gustaría tener ahora que enfrentarme a ti en público.

—Si fuera ahora, yo tendría todas las de perder, estoy agotado. Creo que necesito una conversación en la que no se hable de libros de tesorería, de recaudaciones y de pagos.

—Quizá debas prestar más atención a tus amistades y descansar un poco de tanto ajetreo.

—No es mal consejo —sonrió Musa.

—¿Qué es de Ziyab? Hace tiempo que no lo he visto contigo.

—Enfrascado en sus estudios, supongo. Se pasa el día en la escuela coránica de la mezquita y encerrado en su casa. Ni siquiera ha querido asistir a la cena. Yo tampoco he tenido mucho tiempo últimamente...

—Creo que os vendría bien a los dos olvidar vuestras obligaciones por un día... —dijo Zahir pasando el brazo sobre el hombro de su sobrino mientras regresaban al salón.

—Mañana le mandaré recado. Es miércoles, día de mercado, y tengo previsto visitar el zoco con el *sahib al suq*. Estoy seguro de que le gustará acompañarnos.

A primera hora de la mañana Ziyab acudió a la alcazaba en respuesta a la petición de su amigo.

—¡Musa!, mi más sincera enhorabuena —dijo en tono desenfadado cuando se encontraron—. Tu nombre va de boca en boca por toda la ciudad.

—¿Y de alguna de esas bocas sale algo bueno? —bromeó el valí.

—No sé lo que ocurrió ayer en la alcazaba, pero los forasteros abandonan Tutila haciéndose lenguas sobre su gobernador. ¡Empiezo a sentirme celoso! —rio.

—No debes. A mí también me llegan noticias de tus progresos.

—Es cierto, he tenido la inmensa suerte de coincidir con un viejo clérigo que impartía sus enseñanzas en la escuela de Al Mariya. Echaba en falta el contacto con sus alumnos, y me ha adoptado como pupilo. Es un pozo de sabiduría, Musa. Me pego a él como una sanguijuela e intento empaparme de todo su saber.

—Me alegro por ti, Ziyab. Verte así, hablando de ello con esa vehemencia, me reconforta. ¿Y tu nuevo trabajo como maestro?

—Es gratificante enseñar a esos mocosos. Intento transmitirles mi amor por el conocimiento..., pero creo que aún no lo entienden.

—Dales tiempo, Ziyab, recuerda que tu vocación también ha sido tardía.

—Y bien que me arrepiento de los años preciosos que he perdido.

—Pero a cambio eres un buen carpintero —dijo Musa al tiempo que tomaba a su amigo del brazo—. Vamos, he citado al zabazoque junto a la mezquita.

Descendieron a pie el camino que conducía a la parte baja de la ciudad, cruzaron el pequeño arroyo que la atravesaba y se internaron en las callejuelas siguiendo la referencia del alminar, que se recortaba contra el sol de la mañana. Iban acompañados por cuatro guardias, de los que Musa no podía ya prescindir debido a su cargo.

Las obras de la nueva mezquita tocaban a su fin y junto a sus muros se había asentado definitivamente el zoco, que, cada día más concurrido, se había convertido en centro de atracción para todos los habitantes de la comarca. Desde la zona central se extendía por las callejas aledañas, algunas sin más salida que la vivienda de los artesanos que exponían sus mercancías delante de sus puertas. Muchas de las calles eran tan estrechas que los aleros se tocaban, y en algunos puntos incluso aparecían cubiertas, dejando angostos pasajes que se comunicaban entre sí. Algunos negocios, en especial los artesanos, habían comenzado a establecerse en locales permanentes que abrían sus puertas a diario, pero la mayor parte de la venta se realizaba en tenderetes ambulantes que se ubicaban en los lugares establecidos por el *sahib al suq.*

Al acercarse a la explanada de la mezquita, el bullicio se fue incrementando y, cuando desembocaron en ella, se hacía ya difícil caminar entre vendedores que pregonaban su mercancía, barberos, aguadores y aldeanos que acudían a la ciudad a vender sus hortalizas y sus gallinas.

Bajo el bello arco de herradura que daba acceso al patio de la mezquita les esperaba Mujtar, el *sahib al suq,* con dos de sus alguaciles, para iniciar la ronda habitual de control de las actividades del mercado.

Mujtar era un hombre cercano a los cuarenta años perteneciente a una noble familia y había sido nombrado para el cargo por el propio Musa tras la expulsión de Yusuf.

—Bienvenido, Musa. Bienvenido, Ziyab.

—Mujtar... —saludó Musa.

—Va a ser un día de ajetreo... el cobro del *zakat al suq* de esta mañana ha sido especialmente provechoso.

—Ayer llegó un barco desde Saraqusta, ¿no es así? —dijo Ziyab.

—Y bien provisto, viene de Turtusa con mercancías recién llegadas de Alejandría e Ifriqiya. Muchas de ellas están ya a la venta. El único problema sigue siendo el escaso calado de los barcos que pueden llegar hasta aquí. Permiten el transporte de materiales ligeros, pero las cargas más pesadas aún deben viajar por tierra.

—Mujtar, te he llamado hoy porque quiero que me pongas al corriente de todos los detalles del funcionamiento del zoco —dijo Musa—. Y no dudes en hablar de los problemas que existen. Nadie mejor que tú para hacerlo.

—Te agradezco el interés, Musa, porque no te ocultaré que los problemas son importantes, en gran parte por el crecimiento desordenado que ha experimentado en los últimos tiempos. Pero ahora tendrás ocasión de verlo por ti mismo.

—Hoy disponemos del tiempo que sea necesario, voy a dedicar el día a ello.

Los tres hombres se pusieron en marcha, y a duras penas hubieran podido avanzar de no ser por los alguaciles, que advertían de la llegada del zabazoque. El día de mercado multitud de habitantes de la ciudad y de las aldeas y villas cercanas, hombres en su mayoría, se daban cita en las atestadas calles. Los barberos rapaban cabezas y barbas en rincones y escalinatas, los aguadores recorrían las calles con el tintineo de sus vasos de metal, transportando el preciado líquido en odres de cuero, los escribanos redactaban documentos y misivas, y artesanos de todo tipo cantaban las excelencias de sus productos. Los musulmanes, muladíes y mozárabes eran mayoría, pero también se advertía la presencia de judíos, beréberes e incluso sudaneses y eslavos, estos últimos libertos que habían conseguido la manumisión por parte de sus antiguos dueños.

—Últimamente no se respeta tanto la ubicación de los vendedores separados por oficios —observó Ziyab.

—Es cierto, las calles ocupadas por cada oficio han quedado saturadas en muchos casos y no ha quedado más remedio que asignar nuevos lugares a los recién llegados. Ya ves que en esta misma calle no caben más vendedores de viandas frescas, pero encontrarás a muchos otros cerca de la Puerta de Saraqusta.

—¿Y por qué se celebra el miércoles el mercado semanal? Siempre me lo he preguntado.

—Bueno, podría ser otro día, mientras se respetase el día de descanso de las tres religiones, así que viernes, sábado y domingo están descartados. Y dejamos el lunes y el martes como margen para la llegada de comerciantes y forasteros.

Mientras hablaba, Mujtar se había acercado a un puesto en el que un hombre de mediana edad vendía miel a granel que transportaba en cántaras de barro. Utilizaba una jarra metálica que servía de medida para verter la miel en los recipientes de los compradores.

—Muéstrame la jarra, viejo amigo.

—Te mancharás de miel, *sahib* —se excusó el hombre—. Permíteme que te obsequie con este tarro de mi mejor mercancía..., pura miel de romero.

—No quiero tu miel, sólo quiero que me dejes ver la medida.

El hombre extendió el brazo a regañadientes, con la jarra llena de miel.

Mujtar la vació en la cántara y miró en su interior. Luego pasó el recipiente a Musa.

—Echa un vistazo. Es uno de los fraudes más frecuentes.

En el fondo del recipiente se veía una gruesa capa de cera, que disminuía

considerablemente su capacidad.

—Mañana deberás presentarte ante el *qādi.* Ya has sido advertido lo suficiente —dictó—. Alguacil, toma nota de su nombre y del fraude cometido.

Siguieron adelante y entraron en la alcaicería, un local cerrado donde se comerciaba con seda, pero también con oro, plata y otras de las mercancías más preciosas. Dos guardias de más de cuatro pies de altura protegían la entrada, y en cada uno de los puestos que se disponían a derecha e izquierda del patio central se apostaban hombres de aspecto refinado alrededor de pequeñas básculas e instrumentos propios de su oficio.

Al ver a los distinguidos visitantes, todos dejaron lo que tenían entre manos y acudieron a saludarlos, llenándolos de cumplidos y halagos. Al fondo del mismo local varias oficinas de prestamistas y empeños abrían sus puertas, aunque al menos a aquella hora no estaban muy concurridas.

—Una fuente habitual de conflictos... —dijo Mujtar—. La ambición humana a veces parece no tener límites, incluso cuando se alimenta de la desgracia de sus semejantes.

Mujtar bajó la voz, y Ziyab tuvo que acercarse a él para entender sus palabras.

—Y estos de ahí atrás no son mejores. —Miró de reojo a los joyeros—. Algunas de esas básculas parecen no pesar lo mismo en las compras que en las ventas.

Al regresar al aire libre su olfato se vio asaltado de nuevo por los intensos olores del zoco. La calle que enfilaron en dirección a la muralla estaba repleta de pequeños puestos que ofrecían comida caliente: salchichas de cordero con comino y canela, platos de cuscús que parecían volcanes humeantes con un arco iris de verduras sobre el cráter, churros, buñuelos y dulces con canela y miel. Todo ello generaba una mezcla inmisericorde de aromas que actuaba como apetitoso reclamo para los hambrientos, que a aquella hora empezaban a ser legión.

Pero si los aromas de fritura parecían intensos, la calle donde se asentaban los vendedores de especias era un placer para los sentidos. Desde la apertura de la ruta fluvial, sus puestos se habían convertido en un colorido mosaico de sacos de esparto repletos, apoyados unos en otros, procedentes de los puertos del Mediterráneo: sésamo de Persia, pimienta negra de la India, cardamomo de J ava, nuez moscada de las Malucas, canela de Ceilán, áloe de Socotora... No pocos de estos especieros eran también perfumistas, pues muchas de las materias primas confundían su utilidad culinaria con su uso como esencias. Mujeres y hombres gustaban de acudir a estos puestos en busca de afeites y perfumes antes de entrar en el *hammam.* Durante el baño era frecuente el masaje con aceites de almendras, de manzanilla o de jazmín, teñirse el cabello con alheña mezclada con aceite de oliva era una práctica habitual, e incluso se había extendido el uso de un colirio elaborado con jugo de bayas de arrayán y *kuhl* que aumentaba el tamaño de los ojos.

Sin embargo, aquella mañana el efecto relajante de aromas y aceites no parecía ser muy poderoso, porque la llegada de Musa y Mujtar interrumpió una agria discusión entre dos hombres.

—¿A qué se debe la disputa? —interrogó el zabazoque.

—Este hombre pretende que le pague dos dinares por este saquete de cilantro.

—¡Es su precio! —dijo el especiero—. Hay escasez de mercancías, y nuestros abastecedores de la lonja de Turtusa nos piden auténticas fortunas por cada cargamento. No tengo capacidad para traer más que pequeñas cantidades de cada producto... y si esto sigue así tendré que abandonar el negocio —se lamentó.

—¡Mientes! —dijo otro.

—¡Quién eres tú para acusarme! —gritó el vendedor fuera de sí.

—¿Qué pruebas tienes de que miente? —dijo Mujtar.

—Yo mismo estuve presente ayer mientras descargaba grandes fardos de especias del barco atracado en el río. Y no las veo aquí. Este hombre oculta su mercancía para elevar el precio artificialmente.

—Es muy grave tu acusación —dijo Mujtar.

—Hablad con el encargado del *funduq*. Estoy seguro de que oculta su mercancía allí.

—Tendréis que acompañarnos los dos.

Los alguaciles condujeron a ambos hombres hacia la puerta de Saraqusta, y el resto del grupo les siguió unos pasos más atrás.

—¿Son frecuentes este tipo de disputas? —se interesó Musa.

—Más de lo que nos gustaría. Unidas a los problemas por la falta de espacio, el cobro de la alcabala, los controles habituales de pesas y del respeto a las reglas del mercado..., confieso que hay momentos en los que nos vemos desbordados.

—¿Sería una solución para ti dispensaros de la recaudación del impuesto?

Mujtar se paró y miró a Musa sorprendido.

—¿Sería eso posible?

—Lo consultaré con el tesorero, pero tengo entendido que en otras ciudades se ha delegado el cobro en un concesionario.

—Nos permitiría dedicar el tiempo a mejorar la organización del mercado. Tengo planes aparcados por falta de tiempo.

Siguieron andando detrás de los alguaciles en dirección a la alhóndiga. Nada más atravesar la puerta de la ciudad se toparon con el mercado de ganados, que se celebraba en la gran explanada exterior para evitar la suciedad y los olores dentro de las calles. El mes de Ramadán estaba cerca y la compra de corderos paridos esa misma primavera se hallaba en su apogeo. Bordearon el Uādi Qalash hacia la desembocadura y cruzaron la zona donde se concentraban curtidores y tintoreros, apartados del resto del mercado por los fuertes olores que producían sus negocios. A

Musa siempre le había gustado contemplar aquel estallido de colores de las telas recién teñidas en las tinas de barro, que luego eran extendidas al viento sobre cuerdas de esparto bajo grandes cubiertos de lona adosados a la muralla para protegerlas del sol. El azul del *anníl*, el rojo de la raíz de rubia y del brasil, el amarillo de la cúrcuma y el azafrán, la agalla y el vitriolo para el negro... componían un mosaico de colores que habría atraído la curiosidad de los paseantes de no ser por la pestilencia que lo acompañaba.

En la margen derecha del Ibru, junto al muelle de madera utilizado para atracar los barcos que remontaban la corriente, se levantaba el edificio de la alhóndiga. Era una gran nave con un amplio espacio central rodeado por almacenes que se alquilaban a los comerciantes que deseaban depositar allí sus mercancías. En la planta superior, una galería daba acceso a pequeñas dependencias donde mercaderes y viajeros podían pasar la noche a cambio de unos pocos dírhemes.

Mujtar se adelantó e hizo llamar al encargado del *funduq*. Un hombre de mediana edad y corta estatura tocado con un gorro de fieltro verde se acercó mientras se limpiaba las manos en un delantal, visiblemente sobresaltado por la inesperada visita.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó Mujtar.

—Sí, lo conozco —respondió después de examinarlo con atención—. Tiene alquilado uno de los almacenes.

—Llévanos hasta él.

El hombrecillo dio media vuelta y los condujo a uno de los primeros locales en el lado derecho de la nave.

—Éste es. Pero no puedo abrirlo, la llave se entrega al cliente cuando paga el alquiler.

Todas las miradas se dirigieron hacia el vendedor de especias.

—No tienes derecho —dijo éste descompuesto.

—Si no abres esa puerta, mis guardias la tirarán abajo.

El hombre, encarnado, sacó una tosca llave metálica anudada a su cinto y la tendió bruscamente hacia el alguacil que tenía a su lado.

La puerta se abrió y un intenso aroma inundó la nave. El encargado acercó la lámpara que sujetaba, y ante ellos aparecieron docenas de sacos apilados que llenaban por completo el almacén. Mujtar entró, introdujo la mano en varios de ellos y se acercó parte del contenido a la nariz.

—Pimienta, cardamomo, sésamo, canela, clavo, comino... No parece que sea la escasez lo que te aflige.

—¡Yo marco los precios! Quien quiera comprar que compre.

—Conoces tan bien como yo cuáles son las normas de la *hisba* al respecto —cortó Mujtar con tono autoritario—. Esta mercancía queda inmovilizada, y el almacén, precintado, hasta que el *qādi* decida sobre la multa o la pena que se te deba

imponer. La mercancía es prenda y garantía de tu presencia ante el juez mañana a mediodía en la puerta de la mezquita.

Sin dar opción a respuesta, Mujtar se dirigió a la salida.

—Supongo que en tu círculo de amistades no abundan los comerciantes —bromeó Musa.

—Todo lo contrario. Estoy pensando en pedirte que me cedas a tu guardia de forma permanente.

Regresaron a la ciudad y se introdujeron de nuevo en las callejuelas, ascendiendo esta vez hacia la mezquita a través de la zona ocupada por los locales de los artesanos, que dividían su espacio entre el taller propiamente dicho y el puesto de venta abierto al exterior. Herreros, carpinteros, sastres, caldereros, molineros... se disponían en las distintas bocacalles que se abrían a su paso. De vez en cuando una pequeña plaza cuadrada en una confluencia entre calles contribuía a reducir la aglomeración de viandantes. Alcanzaron de nuevo la plaza de la mezquita, y allí se despidieron de Mujtar y sus ayudantes.

—¿Tienes tiempo, Ziyab? —dijo Musa—. Me gustaría acercarme al embarcadero al otro lado del puente.

—Te acompaño. Creo que paso demasiado tiempo encerrado, y una mañana como la de hoy invita a dar un paseo.

Los dos hombres, seguidos por la guardia, rodearon el muro occidental de la mezquita y descendieron por una de las calles que desembocaban junto a la Puerta del Puente. Los viandantes que reconocían a Musa saludaban con amabilidad, y alguno lo paraba para plantearle alguna cuestión o simplemente para felicitarlo. La zona próxima al río estaba ocupada por el barrio cristiano, y a esa hora muchas de sus mujeres volvían del zoco o hablaban animadamente con sus vecinas.

—Todavía me resulta extraño comprobar los contrastes de nuestra ciudad. En las zonas musulmanas no es posible ver a tantas mujeres en la calle sin sus maridos —comentó Musa.

—Y sin el velo —respondió Ziyab con una leve sonrisa—. ¿Te refieres a eso?

—No, sólo que me satisface ver cómo conviven gentes tan diversas. ¿Te has fijado en los puestos de los carniceros en el zoco esta mañana? La carne *halal* de los establecimientos musulmanes compartía la calle con dos carniceros cristianos y otros dos puestos judíos de carne *kosher.*

—Sin embargo, esa convivencia no ha sido tan pacífica en otros lugares ni en otros momentos —dijo Ziyab—. Supongo que tendrá que ver con el ejemplo de sus caudillos.

—Las creencias religiosas han sido utilizadas con pocos escrúpulos por muchos dirigentes políticos para azuzar el fervor de las masas contra sus semejantes, Ziyab.

—No es el caso de tu familia...

—Difícilmente podría ocurrir en mi familia. Mi madre fue educada en la religión cristiana, su primer esposo era cristiano, y también sus hijos mayores. Después, al enviudar, casó con mi padre y adoptó su religión, y nosotros fuimos educados en el islam. ¿Es Onneca mejor o peor después de su conversión? Y mis hermanos de sangre... ¿cómo podría enfrentarme a ellos por nuestras creencias?

—Ciertamente, tus raíces son una garantía contra la intolerancia.

—Ojalá todos lo entendieran igual, Ziyab.

Pasaron el resto de la mañana comprobando el estado del muelle fluvial y las mejoras y ampliaciones que podrían ser necesarias. Regresaron a través del puente con el sol de final de primavera en lo más alto.

En lugar de enfilar la puerta de acceso a la ciudad, Ziyab tomó el camino de la derecha, que conducía hacia las huertas situadas en la margen del río.

—¿Recuerdas el tiempo que pasábamos subidos a este pretil viendo llegar por el puente a la gente del campo con sus mulas? —Ziyab se apoyó en el muro de piedra.

Musa cogió unos guijarros del suelo, se acercó a su amigo y comenzó a lanzarlos con fuerza al centro del río.

—Entonces no llegábamos tan lejos —sonrió.

—¿Cuántos años han pasado? ¿Diez?

Musa asintió.

—Aún me resulta doloroso recordar aquel momento.

Ziyab lamentó haber traído a la mente de Musa el recuerdo de la muerte de sus amigos.

—Oye, ¿te has fijado en las dos muchachas que nos hemos cruzado en el barrio mozárabe? —trató de cambiar de tema.

—Las que llenaban sus cántaros en la fuente...

—¡Ja, ja, ja! —rio Ziyab—. ¡He observado como las mirabas!

—¿Y tú no? —sonrió Musa.

Ziyab quedó callado un momento con los ojos en la corriente.

—Oye, Musa —dijo en tono más serio—, tú... ¿no has pensado en casarte? ¿No hay ninguna mujer en Tutila... que te haya robado el corazón?

Musa se quedó mirando a su amigo..., y negó con la cabeza.

—Pues tienes ya veinticinco años. Y hay quien murmura ya: un buen musulmán debe formar una familia y dedicarse a procrear.

Musa siguió en silencio, y Ziyab temió haber tocado el tema de forma inconveniente. Pero desde siempre se habían hablado con total confianza, y no habían existido los secretos entre ellos.

—Me has preguntado si no hay ninguna mujer en Tutila —dijo Musa al fin—. Y te he respondido que no.

Ahora era Ziyab quien miraba a Musa con expectación, porque su tono indicaba

que pensaba decir algo más...

—Hay una mujer..., pero no en Tutila.

Ziyab trató de pensar en las mujeres que Musa podía haber conocido... en Arnit, en Banbaluna, en Saraqusta...

—¿La conozco?

Musa sonrió y movió la cabeza afirmativamente.

—¡Suéltalo ya! —dijo riendo.

—Es algo que me quema por dentro desde hace tiempo, Ziyab. Y no me he atrevido a confiárselo a nadie. Tengo miedo.

—¿Miedo tú?

—Sí, miedo a que me rechace, o a que no sea posible.

—¡Pero dime quién es!

—Assona.

Ziyab se quedó quieto, mirando fijamente a su amigo mientras valoraba mentalmente las implicaciones del nombre que acababa de escuchar.

—Assona... ¿la hija de Enneco?

Musa asintió.

—Pero es la hija de tu hermanastro...

—Así es.

—¿Sería posible el enlace?

—Ésa es mi duda, Ziyab. Pero al parecer las leyes islámicas y las cristianas contemplan permisos para uniones con ese grado de parentesco.

—Aun así ella tendría que adoptar tu religión.

—Como hizo mi madre.

Ziyab volvió a apoyarse en el pretil de cara al río.

—Hace mucho tiempo que piensas en ello, ¿no es cierto? Veo que has considerado ya todos los impedimentos.

—Incluso he consultado la cuestión con un alfaquí... sin revelar el motivo de la duda, claro está. Pero el mayor impedimento aún está por resolver...

—Que Enneco acepte ese enlace... —aventuró Ziyab.

—Que Assona lo acepte —dijo Musa—. Nunca me casaré con una mujer en contra de su voluntad.

—Deberías hablar con tu hermano —aconsejó Ziyab, y se apoyó en el muro con una pierna, de espaldas al río.

—Ziyab, si te he contado esto... es porque quiero que lo hagas tú.

—¿Quieres que vaya a Banbaluna a pedirle a Enneco la mano de su hija en tu nombre?

—Eres rápido de entendimiento —rio Musa.

Sin embargó, cuando se volvió hacia su amigo la expresión de su rostro era seria.

—¿Lo harás, Ziyab?

—Musa, tu madre es la madre de Enneco... ¿no deberíais tratar este tema en familia? Incluso Zahir podría mejor...

—¡No! —cortó Musa—. Precisamente eso es lo que trato de evitar. Dime, Ziyab, ¿lo harás?

—Lo haré —respondió Ziyab tras un instante.

—Gracias —murmuró Musa bajando la vista al suelo.

Permanecieron sin hablar más durante un momento, hasta que Musa miró a los guardias que esperaban junto al puente.

—Debemos regresar.

Se pusieron en marcha y cruzaron la puerta mezclados con visitantes, mercaderes y hortelanos. Ascendieron la calle de los alfareros y regresaron al bullicio que reinaba en los alrededores de la mezquita. A aquella hora los olores a fritura que asaltaban a los paseantes se convertían en una tentación irresistible.

—¡Comamos en el zoco! —dijo Musa.

Ziyab miró a los guardias.

—No hay problema. Hoy es un día importante para mí —se anticipó Musa visiblemente contento.

Tomaron la calle que habían recorrido por la mañana en compañía de Mujtar, dejaron atrás la alcaicería y el mercado de ropas, y se adentraron en las calles donde se agolpaba una multitud de gente hambrienta dispuesta a acabar con la existencia de panecillos de carne, salchichas o arroz. En un pequeño ensanchamiento de la calle que no llegaba a ser una plaza, Ziyab anduvo listo y ocupó un banco de piedra bajo la sombra de una morera, que en ese momento dejaba libre un grupo de hombres que acababan de comer. Musa sacó su bolsa y entregó un dírhem de plata a uno de sus guardias, que al poco regresó con varios trozos de empanada de carne y verduras. Los aguadores que pasaban por allí continuamente les sirvieron para calmar la sed. Los guardias habían preferido apartarse discretamente y hablaban entre ellos de pie a unos codos de distancia. Musa saboreaba su sabroso trozo de empanada.

—¡Hacía tiempo que no comía tan a gusto! ¡Estaba hambriento!

Ziyab asintió con la boca llena.

Musa acabó de masticar y se limpió la boca con la manga.

—Oye... Yo te he hablado de mis intenciones de matrimonio. ¿Y tú? ¿No me cuentas nada? Desde que se fue Naylaa no has vuelto a tener una relación duradera...

—Es cierto, en eso me he parecido a ti —rio.

—Pues tienes la misma edad que yo. ¿Es que los estudios no te dejan tiempo para ninguna otra cosa?

—Sabes que sí—rio de nuevo con cierta guasa—. Pero tienes razón, Musa, has dado en el clavo... Mis estudios tienen algo que ver.

—¿Tus estudios te impiden prometerte?

—Bien, parece que hoy va a ser día de confidencias, Musa. No pensaba contarte nada todavía, pero...

—¿Contarme qué?

—Recuerdas que esta mañana te he hablado de ese clérigo de Al Mariya que está actuando como mi preceptor, ¿no?

—Sí, claro.

—Ya te he dicho que su aparición ha sido providencial, porque nada tenía que aprender ya en Tutila. Pero incluso su caudal de conocimientos se agotará. El *imam* dice que avanzo rápido, alaba mi capacidad y me estimula a seguir estudios en una ciudad mayor. Aquí no disponemos de una biblioteca que merezca tal nombre, ni hay un ambiente de hombres de letras con quienes te puedas enriquecer en conocimientos...

—¿Sugieres que te gustaría trasladarte a Saraqusta? —dijo Musa.

Ziyab negó con la cabeza.

—¿A Tulaytula? —dijo con extrañeza.

Ziyab siguió negando.

—Sabes que me gusta conversar con mercaderes y viajantes procedentes de otras ciudades, porque siempre traen noticias interesantes... Pues bien, ya hace años se viene hablando sobre el desarrollo de las ciencias y el esplendor cultural de Qurtuba. Al parecer fue el propio príncipe Abd al Rahman quien les dio un gran impulso antes de partir hacia Saraqusta. Ha hecho venir de Damasco, Constantinopla y Alejandría a hombres de letras, poetas, historiadores, juristas... pero también a técnicos y hombres de ciencia: médicos, botánicos, geógrafos, arquitectos..., y empieza a ser legendaria la biblioteca de palacio en el alcázar de Qurtuba, engrosada por miles de volúmenes mandados copiar por Abd al Rahman en monasterios, palacios, mezquitas y madrazas de todo el orbe.

—¡Quieres ir a Qurtuba! —dijo Musa con los ojos muy abiertos.

—Pero para eso necesito tu ayuda, amigo mío.

—¿Abd al Rahman...?

—Me cuesta pedirte algo así, pero resulta que por azares del destino mi mejor amigo tiene una relación estrecha con un príncipe apasionado por el saber y las letras. Y dueño de la que dicen que es ya una de las mayores bibliotecas del Bahr Arrum.

—¡A Qurtuba! —repetía Musa.

—Me gustaría estudiar leyes, y allí se encuentran los mejores maestros de Al Ándalus. Podría trabajar como maestro o como escribiente para sufragar mis gastos...

—Si ése es tu deseo, Ziyab, haré las gestiones necesarias ante el príncipe. Un documento con su sello te abriría todas las puertas en Qurtuba.

Ziyab emprendió el viaje hacia el valle de Salazar el primer día del mes de Sawal, tras las celebraciones de la ruptura del ayuno de Ramadán. Era portador de una misiva para Enneco, y otra más para la propia Assona. Musa quedó en Tutila aguardando su regreso, esperanzado y anhelante, aunque más tranquilo tras la reacción de Onneca y Zahir al comunicarles a ambos su propósito. En un principio habían opuesto las mismas objeciones que Ziyab, pero a medida que Musa les explicaba sus consultas con alfaquíes y sacerdotes cristianos sus reparos se fueron aplacando. Zahir incluso iba más allá de las simples repercusiones familiares, y pensaba en los positivos efectos que una unión así podría tener en las relaciones políticas entre los pueblos de ambos contrayentes, vascones y muladíes del Ibru.

Transcurrida una semana desde su partida, Musa comenzó a impacientarse. Recordaba que Ziyab había marchado en domingo porque cuando atravesaba el puente sobre el río las campanas de la pequeña iglesia en el barrio mozárabe llamaban a sus fieles a la celebración de su fiesta semanal. Hacía cálculos mentales sobre la duración del viaje, las gestiones en Banbaluna y el regreso con la respuesta. Empezó a subir subrepticiamente a lo alto de las almenas para otear el camino en la distancia e intentar descubrir el polvo levantado por el caballo de Ziyab, pero en varias ocasiones su emoción se convirtió en desencanto al comprobar que el recién llegado era un comerciante o un correo. A mediados de Sawal la impaciencia se había convertido en preocupación, y ya no la ocultaba a sus ayudantes. Quince jornadas eran mucho tiempo, y dio órdenes a la guardia para que se dispusiera un vigía en lo más alto de la almena central mientras durara la luz del día. Esa misma tarde, con el sol declinando ya, un oficial entró en la sala donde se encontraba despachando asuntos rutinarios con uno de sus ayudantes.

—Se acerca un grupo de jinetes por el camino de Balterra, *sahib* —dijo.

—¿Un grupo, dices? ¿Cuántos son?

—No se puede precisar, aún se encuentran a demasiada distancia.

Musa hizo una seña al ayudante para que se retirara, y salió de la sala. Descendió las escaleras hasta el zaguán de la planta inferior, salió a la explanada exterior de la alcazaba y, dando la espalda al sol, se dirigió a la parte norte de la muralla. Ascendió con rapidez los empinados escalones de acceso al adarve y escudriñó el horizonte. A una milla de distancia, siguiendo el camino que bordeaba la vega del río, distinguió al grupo. En ese momento se dirigían hacia Tutila en línea recta, así que era imposible distinguir el número de monturas que avanzaban entre el polvo que levantaban las primeras. Esperó allí, porque los jinetes se dirigían hacia una curva marcada, que les liaría cabalgar en paralelo a la muralla durante un trecho. Entretanto, contempló a un grupo de mozalbetes que chapoteaban en la orilla del gran río para protegerse del calor intenso que todavía se hacía sentir a aquella hora. Cuando dirigió de nuevo la vista a lo lejos el grupo sobrepasaba la curva del camino y pudo contemplarlo en toda

su longitud. Musa comprobó que se aproximaban a la veintena, sin contar una recua de mulas cargadas con voluminosos bultos y algo parecido a un palanquín.

«Una caravana de mercaderes —pensó—. Dentro de dos jornadas tiene lugar el mercado semanal. Debe de ser un comerciante muy rico cuando se hace llevar en litera.» Decepcionado de nuevo, inició el descenso de la muralla y se encaminó a la pequeña fuente que abastecía de agua potable la alcazaba. Se trataba de un depósito artificial hecho de piedra y recubierto por una gruesa capa de arcilla que lo impermeabilizaba. Una segunda capa de piedra lo protegía de las inclemencias del tiempo y ayudaba a mantener una temperatura constante. Se llenaba con el agua que los sirvientes subían de las fuentes cercanas a lomos de las mulas en grandes tinajas de barro, y del agua de lluvia que era conducida hasta él desde los tejados y terrazas circundantes. Retiró del caño de bronce el trozo de corteza de alcornoque que servía como tapón, y utilizó la cazoleta que colgaba junto al grifo con un cordel de cáñamo para verter el agua fresca sobre su nuca y su cabello. Cruzó la explanada recalentada por el sol, y buscó de nuevo el frescor del zaguán, antes de regresar a la sala donde habitualmente desempeñaba su trabajo para tomar asiento delante de la mesa cubierta de pergaminos, cálamos y tinteros. Apoyado sobre los codos, permaneció durante un buen rato perdido en sus reflexiones, hasta que la luz fue disipándose y quedó prácticamente en penumbra. Tomó una pequeña tea empapada en resina, la acercó a la llama del candil de aceite que ardía permanentemente junto a la entrada y prendió las lamparillas que iluminarían la estancia. Se disponía a sentarse de nuevo cuando sonaron dos golpes en la puerta.

—¡Adelante!

La puerta se abrió de forma mucho más suave de lo habitual en un oficial de la guardia, y una figura conocida se perfiló casi a contraluz.

—¡Ziyab!

Musa se levantó como un resorte y se dirigió hacia su amigo.

—Pero ¿cuándo has llegado? ¿Venías con la caravana de comerciantes?

—No eran comerciantes, Musa —respondió riendo.

—¿Y todas esas mulas cargadas de mercancías?

—Es la dote de tu futura esposa.

Ziyab esperó a ver el efecto que esas palabras causaban en su amigo.

—Entonces... ¿Enneco ha aceptado? —dijo Musa incrédulo.

—Enviaste un buen embajador... —siguió bromeando Ziyab.

—Pero... ¿cómo te han dejado llegar hasta aquí sin anunciarte? —dijo Musa extrañado.

—Yo soy el responsable, se lo he pedido al oficial al mando de la guardia.

—Entonces... ¿quiénes son los que han llegado contigo? —preguntó, y extendió los brazos con un gesto de incomprensión.

—Compruébalo por ti mismo. Esperan en el patio.

Ziyab sostuvo la puerta para dejar paso a su amigo, que lo miró con enfado fingido cuando se cruzó con él, y descendieron por la escalinata a buen paso. Cuando Musa alcanzó la puerta principal el corazón le latía con fuerza. Aquella actitud y las palabras de Ziyab sólo podían significar una cosa... Cruzó el dintel, pero la oscuridad se había adueñado del exterior y sólo pudo distinguir, entre bultos y sombras, el palanquín que había divisado desde la distancia, así que se volvió hacia un criado y casi le arrebató la lámpara que trataba de acercarle. Con ella en la mano se aproximó a la litera que ahora descansaba sobre el suelo del patio y corrió la cortina que ocultaba el interior. Primero identificó a Toda, la esposa de Enneco, y a su lado, también sonriente, se sentaba Nunila. A la velocidad del rayo dirigió la mirada al asiento del lado opuesto... y allí estaba: el rostro con el que había soñado durante meses. Tenía el corazón desbocado, sólo acertó a retroceder hasta Ziyab, para pedirle una aclaración con la mirada.

—Te traigo a tu prometida, Musa, con su madre y su hermana, que la acompañarán durante los preparativos por deseo de Enneco. Tu hermano llegará aquí para la firma de las capitulaciones matrimoniales, cuando todo esté dispuesto.

Mientras Ziyab hablaba, Toda había abandonado la litera y saludaba a su cuñado con afecto. Hizo lo mismo con Nunila, y por fin Musa tendió su brazo para ayudar a bajar a Assona. La luz de las lamparillas se reflejaba en sus grandes ojos oscuros y acentuaba el contraste entre el color de su pelo y la blancura de su tez, sólo teñida por el rubor que la situación debía provocarle. Sin embargo, su mirada era serena y sólo Nunila, su hermana y confidente, comprendió el significado del brillo de sus ojos al contemplar por primera vez al hombre que había pedido su mano.

Los mozos de servicio se afanaban en colocar antorchas en los soportes que rodeaban el patio cuando un pequeño grito hizo que todos se volvieran hacia la puerta exterior del recinto, por donde Onneca llegaba con paso apresurado en compañía de Zahir.

Entre exclamaciones de alegría, la anciana abrazó a Toda y a sus nietas, y Musa se alegró de que la atención se desviara hacia ellas, porque se sentía inseguro acerca de la mejor forma de tratar a Assona ahora que se había convertido en su prometida, aunque todavía no de forma oficial.

Onneca hablaba sin parar, preguntaba, iba de una a otra igual de sorprendida que Musa ante la llegada imprevista de las tres mujeres. Toda le confirmó el motivo de su viaje, y Onneca, emocionada, no puedo reprimir las lágrimas. Tomó a sus nietas de los hombros y las separó de ella toda la distancia que permitían sus brazos para contemplarlas mejor, sin dejar de hacer comentarios sobre su hermosura y la elegancia de sus vestidos.

—Os alojaréis en dependencias de la alcazaba hasta que se celebre la boda. Nos

ocuparemos de que no os falte nada —explicó eufórica—. Tú, Musa, tendrás que dormir en nuestra casa. No es aceptable que pases las noches demasiado cerca de la novia.

Musa miró a Zahir divertido ante el ímpetu de su madre.

—Tengo que presentaros a alguno de mis acompañantes —dijo Toda.

Musa no había reparado en un monje de hábito marrón que permanecía en pie en un segundo plano.

—Es fray Geraldo, un viejo amigo de la familia.

El monje se adelantó y saludó a Musa tomando su mano entre las suyas.

—Se me envía para tratar con vosotros y con vuestros alfaquíes los aspectos canónicos de vuestro compromiso. Hay cuestiones delicadas que deberemos considerar.

—Sin duda —repuso Musa moviendo la cabeza afirmativamente.

—Y éste es Milian —interrumpió Toda de nuevo—, escribano y ayudante de mi esposo, que tratará con vosotros de los asuntos económicos.

El hombre se acercó a Musa, que lo saludó y a continuación lo tomó del hombro antes de dirigirse a los demás:

—Pasemos al interior, donde podamos vernos las caras con claridad... y podáis descansar del viaje.

Antes de acompañar a los recién llegados, Musa dio a los criados las órdenes oportunas para que se alojara a las doncellas y sirvientes que acompañaban a Assona. Habló también con los guardias para que hicieran descargar las mulas y custodiaran su carga.

Apenas pudo dormir aquella noche. El sueño que llevaba años acariciando en lo más profundo de su corazón estaba a punto de hacerse realidad. Ahora se daba cuenta de que aquella muchacha se había adueñado de sus sentimientos cuando apenas eran unos niños, y por eso el placer carnal que había encontrado con tantas otras mujeres desde entonces nunca acababa de satisfacerlo plenamente. Assona cubriría ese vacío, estaba absolutamente seguro, y ahora que se hallaba tan cerca de ella nada ni nadie iba a impedir que su dicha se hiciera real.

Los días que siguieron estuvieron dedicados a la negociación de los términos del casamiento. Musa había pedido a Zahir que estuviera presente en las reuniones como representante de la familia junto a un alfaquí designado por el imán de la mezquita. Fray Geraldo y Milian traían instrucciones de Enneco, pocas pero precisas, acerca de algunas cláusulas que deseaba incluir en las capitulaciones. La unión entre dos personas de diferente credo acarreaba no pocos inconvenientes, no sólo en el aspecto

religioso, sino también en el legal. La esposa adoptaría la religión del marido en una ceremonia previa al casamiento, después de la firma del documento legal.

El contenido del contrato fue objeto de no pocas discusiones entre fray Geraldo y Abd al Hadi, el alfaquí. El fraile se mostró inflexible en su exigencia de incluir en la redacción un apartado que obligara al novio a mantener la fidelidad a su esposa y le hiciera renunciar al mantenimiento de concubinas y a cohabitar con esclavas u otras mujeres. Abd al Hadi se opuso con vehemencia y se enzarzaron en una discusión doctrinal que acabó cuando fray Geraldo abandonó la sala ofendido y malhumorado.

Avisado Musa del incidente, acudió en persona e hizo sentarse de nuevo a ambos.

—¿Cuál es el motivo de la disputa, alfaquí? —interrogó.

—Fray Geraldo pretende que un hombre joven y con recursos como tú renuncie para siempre a mantener una *umm ualad.*

—Es una de las condiciones que pone el padre de la novia—opuso el fraile.

Musa sonrió.

—Abd al Hadi, no sufras por ello. Assona es cristiana, y su concepción del matrimonio choca de lleno con nuestras costumbres en ese aspecto. Redactad ese punto según el dictado de fray Geraldo.

—Como tú quieras, pero...

—¡Hazlo, por favor! —cortó Musa—. Quiero el documento finalizado mañana mismo. De hecho Enneco ya ha sido avisado y estará aquí en los próximos días para su firma.

—Sería conveniente perfilar el calendario, Musa, si lo que quieres como veo es acelerar los preparativos.

—Si Enneco está de acuerdo con los términos firmaremos las capitulaciones tras su llegada.

—Después debe celebrarse la ceremonia en la que Assona abrace nuestra fe —dijo el alfaquí.

—E inmediatamente pueden iniciarse los actos preliminares de la boda —siguió Zahir.

—Habla pues con el *imam* para que inicie los preparativos —pidió Musa—. Y encárgate personalmente de elaborar la lista de invitados.

Enneco llegó a Tutila cuatro días antes del fin de la luna de Sawal acompañado por su hijo menor, García, con el consiguiente revuelo por parte de Onneca, encantada de poder disfrutar de nuevo y por unos cuantos días de su familia reunida. Especialmente emotivo fue el reencuentro con Musa: a partir de ese momento ya no iban a ser sólo hermanos de sangre, sino que pasarían a ser suegro y yerno. El agradecimiento de Musa quedó de manifiesto para todos en el abrazo lleno de emoción con el que recibió a Enneco y las palabras que intercambiaron mientras, con

fuerza, se sujetaban los brazos uno a otro.

La oficina del *qādi* fue el escenario de la firma de las capitulaciones matrimoniales, en una ceremonia que se celebró al día siguiente de la llegada del padre de la novia a la que asistieron ambas familias al completo, además del juez y los redactores del contrato. Musa había pedido a Ziyab que actuara como testigo suyo, y fray Geraldo lo hizo por parte de la novia.

Una mesa presidía la espaciosa sala donde el juez celebraba sus vistas cuando no era posible realizarlas al aire libre, en el atrio que se disponía al efecto junto a la puerta de la mezquita. El *qādi* se situó en el centro, y Enneco y Musa ocuparon los sillones dispuestos a derecha e izquierda, junto a los testigos. Enfrente de la mesa se extendía una hilera de bancos para los asistentes a los juicios, que en esta ocasión ocuparon el resto de los familiares, con Assona en primer lugar junto a su madre, Toda, sus hermanos, Nunila y García, y su abuela Onneca.

Tras dar la bienvenida a los asistentes, el *qādi* ofreció algunas explicaciones sobre el acto que iba a tener lugar y se dispuso, con voz solemne, a dar lectura en voz alta al contrato nupcial:

En el nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso.

Allah os bendiga, os salve y os dé perfecta paz.

El Profeta, Allah le salve, ha dicho: «Casaos y tened hijos y os haré mas numerosos que los gentiles el día de la Resurrección.»

Éste es nuestro Registro, que declara según la Verdad:

Éstas son las capitulaciones matrimoniales que Musa ibn Musa ibn Fortún ibn Qasi, hijo de Musa ibn Fortún, de veinticinco años de edad, otorga a su prometida doña Assona Íñiguez, hija de Enneco Íñiguez, que cuenta diecinueve años.

Le constituye un acidaque de cien dinares y cien dírhems, del cuño en curso en Qurtuba en la fecha de la presente escritura. Han sido percibidos por cuenta de Assona Íñiguez y de manos de su esposo Musa ibn Musa por Enneco Íñiguez, padre de Assona, pues ella es virgen y está bajo su potestad y tutela. Tal cantidad ha quedado en poder del padre para proporcionar ajuar a la novia.

Musa ibn Musa se obliga voluntaria y generosamente ante su futura esposa Assona, para ganar su amor y satisfacerla, a no casarse con otra, no cohabitar con esclava ni mantener *umm ualad.* Si lo hiciera, la esposa tendría la plena disposición de sus actos, pudiendo optar entre seguir casada o exigir el repudio, la concubina sería libre y la situación de la esclava quedaría al arbitrio de la esposa.

El marido se compromete a no ausentarse del lado de su esposa por un tiempo superior a seis meses consecutivos, sea cerca o lejos, excepto para hacer la peregrinación a La Meca para sí mismo, ausencia que puede durar tres años, contados desde el día de su partida y siempre que haya expresado que éste es el motivo de su

viaje, se dirija hacia allí y corra con los alimentos, vestuario y alojamiento de su mujer. En caso de que se prolongue cualquiera de estos dos plazos, el asunto quedará en manos de la esposa, y su palabra habrá de ser creída, tras lo cual ella será dueña de sus actos.

Musa ibn Musa se compromete a no hacerla trasladarse de su casa, sita en la localidad de Tutila, salvo tras obtener su consentimiento; si la hiciera desplazarse en contra de su voluntad, ésta sería dueña de sus actos.

Musa ibn Musa se compromete a no impedirle visitar a todos sus parientes femeninos, ni a los masculinos en grado prohibido. No impedirá a éstos visitar a su esposa dentro de los límites de lo correcto y aceptable en las visitas entre familiares y parientes. En caso de que él incumpliera esta obligación, ella sería dueña de sus actos.

El esposo ha de dar a la esposa un trato afable y esforzarse por hacerle placentera la convivencia, tal como Allah, Bendito y Exaltado sea, manda. Ella tiene para con él idéntica obligación de trato afable y convivencia agradable, pues, como dijo el Altísimo, «los hombres tienen sobre ellas preeminencia».

Musa ibn Musa declara tener conocimiento de que su mujer, Assona, no atiende a sus necesidades personales, ya que, dada su posición y origen, siempre dispuso de servicio. El esposo declara que puede costear quien la sirva y tiene bienes bastantes para ello, aceptando la obligación de proporcionarle servicio.

La toma en matrimonio según la palabra de Allah, ensalzado y glorificado sea, siguiendo el uso tradicional del profeta Muhammad, Allah le bendiga y le salve. Ella morará con su marido bajo la salvaguarda de Allah, bendito y ensalzado sea, de acuerdo con lo que Allah, ensalzado y glorificado sea, ha impuesto a los esposos para con sus esposas, de cuidarlas como corresponde o dejarlas partir de buena manera.

Enneco Íñiguez, hijo de Enneco Jimeno, padre de la novia, la concede en matrimonio virgen y sana de cuerpo, bajo su potestad y tutela, conforme al poder que Allah, ensalzado y glorificado sea, le otorgó sobre el cuerpo de su hija y la autoridad que el padre tiene para concertar el matrimonio.

Los testigos, cuya declaración refrenda la validez de este documento, dan fe de lo manifestado por el novio Musa ibn Musa, hijo de Mmsa ibn Fortún, y por el casador, Enneco Íñiguez, mencionados en esta escritura, con testimonio invocable contra ambos acerca de lo expuesto, habiéndolo oído de boca de ambos contratantes, cuya identidad conocen, y constándoles que están sanos y con plena capacidad.

La firma de este contrato otorga a Musa ibn Musa el derecho de mirada, por el que puede, a sabiendas y con el consentimiento de su prometida, ver su rostro y sus manos.

Asimismo le otorga el derecho de prioridad, por el que Assona no puede ser pedida por ningún otro.

Escrito en Tutila, el penúltimo día de Sawal, en el año 197 de la hégira.

El *qādi* concluyó la lectura y realizó una pausa. Tomó el cálamo del tintero y se volvió hacia su lado derecho.

—Enneco Íñiguez, ¿estás de acuerdo con las condiciones que figuran en este documento y estás dispuesto a certificarlo así con tu rúbrica?

—Lo estoy —respondió. Tomó la pluma y grabó su firma sobre el pergamino.

—Musa ibn Musa ibn Fortún, ¿estás de acuerdo con las condiciones que figuran en este documento y estás dispuesto a certificarlo así con tu rúbrica?

—Sí, estoy dispuesto.

Sólo quienes ocupaban la mesa principal pudieron apreciar el ligero temblor en la mano de Musa al tomar el cálamo emocionado.

A continuación fueron Ziyab y fray Geraldo quienes estamparon su firma.

—Así ha sido notificado y aceptado. Que Allah sea testigo —concluyó el *qādi,* que alzó ligeramente el documento y, tras un momento solemne, lo depositó de nuevo sobre el tablero, humedeció su sello en la almohadilla y lo presionó sobre el pergamino.

Los días que siguieron a la firma fueron para Assona, que se convirtió en el centro de atención de todas las miradas femeninas. Onneca la tomó bajo su protección y se impuso la obligación de conducirla y hacerle entender los bellos rituales del complejo ceremonial del matrimonio árabe, desconocidos para la joven.

Durante las mañanas que precedieron a la ceremonia de conversión, Assona fue instruida en los principios del islam por el *imam* de la mezquita, a la que acudía acompañada por Onneca. Pasaba las tardes en el patio de la casa de Zahir junto a su madre, sus hermanas, su abuela y también junto a mujeres jóvenes como ella de las principales familias de la ciudad, muchas de ellas casaderas, que le ofrecieron su amistad y su ayuda. Una de ellas era Farah, la hija de Sulaaf, el jefe militar de la guarnición. Era una muchacha despierta, inteligente y alegre, que pronto supo ganarse el aprecio de Assona, ávida por encontrar nuevas amigas después de haber abandonado en Banbaluna a todas las que lo habían sido hasta entonces.

Assona adoptó el islam en un acto sencillo celebrado en la mezquita el primer viernes del mes de Dul Qa'da, y a partir de ese momento fue absorbida por la vorágine que la debía conducir hasta el día de su boda, fijado para una semana más tarde.

La misma noche del viernes acudió por primera vez al *hammam* en compañía de las mujeres, para iniciar la serie de siete visitas consecutivas que perseguían la purificación física y espiritual antes de la entrega al esposo.

Assona demostraba una curiosidad insaciable y preguntaba acerca de los detalles más insignificantes de cuanto observaba. Y Farah estaba siempre atenta a sus dudas, para responder con toda la claridad de que era capaz.

—¿Por qué es necesario todo esto? —preguntó Assona mientras se dirigían a los baños en compañía del cortejo de mujeres.

—Para nosotros el agua es un don divino, pero también significa la sabiduría profunda y la pureza, la bebida que apaga la sed del alma. El *hammam* es el espacio purificador, el pasaje obligatorio para los grandes momentos de la vida: el nacimiento, la circuncisión y el matrimonio.

—Nunca he estado en uno, Farah.

—No te preocupes por eso, Assona. Sólo déjate guiar.

Llegaron a la entrada de los nuevos baños edificados junto a la muralla oriental, cerca del Uādi Qalash, de donde tomaban el agua. Atravesaron la puerta principal y se encontraron en una gran sala provista de bancos a su alrededor. Una mujer corpulenta y entrada en años parecía ser la encargada de controlar el acceso.

—Ésta es la sala de guardarropa. Ahora debes quitarte tus vestidos para entrar al baño. La *gallasa* se hará cargo de ellos.

—¿Toda la ropa? —preguntó Assona.

—Para nosotras es algo normal —respondió Farah riendo—. Lo hacemos desde que tenemos uso de razón. Pero si eso te produce embarazo puedes cubrirte. —Le tendió un suave paño de seda.

Toda y Nunila mostraban una actitud reservada, igual que Assona, pero Onneca se despojó de todas sus ropas y con total naturalidad se dirigió a la puerta que daba acceso a la primera sala del *hammam.* Farah la siguió y señaló el camino a las demás.

Se trataba de una sala de tamaño reducido, con una superficie circular de mármol en el centro donde las mujeres se fueron sentando a medida que entraban. Disponía de ventanas cubiertas por finas láminas de alabastro que dejaban pasar la luz pero impedían la visión del interior. Assona volvió la cabeza y comprobó que había al menos doce mujeres.

—Ésta es la sala intermedia —explicó Farah—. Estaremos aquí sólo el tiempo necesario para ir acostumbrando el cuerpo al calor.

—¡Es todo tan diferente a lo que conocía hasta ahora! —dijo Assona.

—Y sólo a dos jornadas de Banbaluna —apostilló Toda.

La *gallasa* entró en la sala con un puñado de velas que las muchachas recogieron y prendieron. En su mano llevaba también un pequeño incensario humeante que pronto extendió su aroma por todos los rincones. Algunas de las muchachas comenzaron a gritar con voces agudísimas mientras realizaban extraños movimientos con los cirios en sus manos. Assona, Toda y Nunila miraban anonadadas a las mujeres desnudas que se movían a su alrededor.

—Están invocando el beneplácito de los *yenun.* Es una arraigada creencia que los genios malignos, los *yenun*, habitan donde hay agua abundante, y que en los baños hay demonios que se apoderan de quienes vienen a molestarles —explicó Farah.

Acabadas las invocaciones las muchachas devolvieron las velas y se dirigieron a la puerta que comunicaba con la sala contigua. Assona sintió el golpe de calor húmedo al atravesar el dintel, y se introdujo en aquel ambiente acogedor cargado de notas de agradables aromas. Se trataba de una estancia octogonal, y en cuatro de sus lados se abrían pequeñas capillas que contenían hermosas fuentes de alabastro con sencillos asientos al lado. El centro de la sala estaba ocupado por una gran plataforma también octogonal sobre la cual una cúpula traslúcida filtraba los rayos de sol a través de los múltiples orificios que dejaba un entramado de mármoles labrados. Los rayos de sol se reflejaban en las superficies mojadas y dibujaban miles de trazos al azar a través del aire cargado de vapor. Assona miraba embelesada los caprichosos esbozos que parecían relampaguear sobre las paredes húmedas.

En aquella ocasión las muchachas no parecieron atender a su propio baño, sino que se colocaron alrededor de las recién llegadas dispuestas a ayudarlas. La *gallasa* entró en la sala con una gran jofaina que llenó en una de las fuentes humeantes, y la volcó sobre la superficie de mármol.

Las tres mujeres siguieron la indicación de Farah y se sentaron en el borde de la plataforma, entre exclamaciones al sentir la elevada temperatura.

—Se calienta desde la sala que se encuentra exactamente debajo.

Las tres mujeres se tumbaron sobre el mármol, con las caderas cubiertas por los paños que les habían facilitado. Las muchachas comenzaron a entonar preciosos cánticos que Assona fue incapaz de entender, pero que le provocaron escalofríos.

Farah tomó una cántara de agua caliente y la volcó sobre el cuerpo de Assona, que apoyaba su cabeza sobre los brazos.

—Necesitas tener la piel húmeda para poder extender el *sabun.*

Tomó una pasta de color marrón oscuro y textura parecida a la mantequilla y la extendió sobre la piel de Assona.

—Ayuda a humedecer la piel para que la suciedad salga por sí misma. Y en el pelo vamos a poneros *ghasul.*

—*¿ Ghasul?* —Assona levantó la cabeza.

—Es una mezcla de arcilla especial, importada de Ifriqiya, con clavo, lavanda y pétalos de rosa. Se frota el cabello con ella, como estoy haciendo... antes de aclarar con cuidado.

Farah volvió a mojar todo el cuerpo de Assona con agua caliente para retirar el *sabun,* y cogió una manopla de crin, con la que empezó a frotar el cuerpo de la muchacha.

—Esto limpiará tu piel y se llevará la parte que ya se ha desprendido.

Frotó enérgicamente hasta hacer aparecer un color rosado en cada uno de los rincones del cuerpo de Assona, que comenzaba a sentir cómo el sudor corría por su piel. Una de las muchachas acercó un aguamanil de una de las fuentes laterales, y

vertió parte del agua sobre Assona, que agradeció el contraste de temperatura que la aliviaba del calor.

—Ahora pasaremos a la tercera sala —dijo Farah.

En uno de los ocho lados de la sala principal se abría una pequeña puerta, que la joven amiga de Assona abrió para dejarla pasar. Farah rio ante su exclamación de sorpresa. En el interior de la pequeña sala no había más que un banco de mármol adosado a la pared, que a duras penas se veía a causa del espeso vapor que la inundaba.

—Me cuesta respirar —dijo Assona.

—El agua hirviendo y el vapor purifican a la novia antes de contraer matrimonio. Pero esto te refrescará —explicó, y volcó sobre ella un poco de agua fresca de una jarra.

En la sala principal la esperaban el resto de las mujeres, que contemplaron cómo Farah volcaba jofainas de agua cada vez más fresca sobre Assona.

—Y ahora el final: voy a aplicarte este aceite de argana mezclado con agua de rosas antes de terminar.

—Gracias, Farah —dijo Assona—. Te estás portando bien conmigo, y te estoy agradecida. A todas vosotras —añadió dirigiéndose a las demás.

—No nos lo agradezcas, Assona —dijo una de ellas—. Sólo nos estamos aprovechando de ti. Las muchachas casaderas que completen el rito del *hammam* junto a la novia tendrán suerte a la hora de encontrar un buen marido.

—Como el tuyo —dijo una muchacha de larga melena—. Es el hombre más guapo y más apuesto que he conocido —rio.

—En eso yo tengo algo de parte —siguió Onneca la broma.

—Gracias a pesar de todo. Había oído hablar de los placeres de los baños, y en verdad es una experiencia maravillosa.

—Aún no has experimentado todo el proceso. El día anterior a la boda es el más importante —aclaró—. Y el más excitante.

—No es cierto, Farah —dijo la chica de la melena—. El día más excitante es el *posterior* a la boda —bromeó mientras hacía un gesto que despertó la risa de todas las demás.

Los días siguientes, Assona acudió puntualmente a su cita en el *hammam* con el resto de las mujeres. Esperaba con ansiedad ese momento, que pronto se convirtió en el más agradable del día, agobiada como estaba con los consejos y las advertencias que recibía por parte de todos. Onneca trataba de hacerle comprender los aspectos más importantes de la vida cotidiana de una mujer musulmana, intentó explicarle lo que cualquier hombre árabe espera de su esposa, empezaron a ensayar algunos puntos de la ceremonia que iba a celebrarse en pocos días y junto a Toda trataron de hacer

entender a las costureras el tipo de vestido que deseaban para la novia.

Musa, en cambio, durante aquellas semanas se vio relegado al papel de simple espectador, como era habitual en las bodas árabes. Sin embargo, Zahir observaba extrañado que se había embarcado en una actividad incesante, acompañado por Ziyab, y ni siquiera obtuvo respuesta cuando interrogó a su ahijado sobre su febril labor. De lo que no tenía ninguna duda era de la felicidad que Musa irradiaba desde que Ziyab apareciera ante él con la noticia de la llegada de Assona.

La semana fue pasando con rapidez para todos, pero a partir del miércoles, día de mercado, los vendedores que acudían al zoco comenzaron a confundirse con los invitados a la ceremonia, procedentes de todas las ciudades y aldeas de los alrededores. Muchos de los que se acercaron para comprar o vender sus productos decidieron permanecer en Tutila dos días más para no perderse los festejos. Pronto las posadas y la alhóndiga quedaron ocupadas y no pocos habitantes de la ciudad comenzaron a recorrer los alrededores de la mezquita anunciando a voces el alquiler de habitaciones en sus propias casas a cambio de unos pocos *fals* de cobre. Durante aquellos días, las calles de la ciudad respiraron actividad y jolgorio. Los tenderetes no se desmontaron, e incluso durante la noche no dejaron de verse grupos de hombres que entraban y salían de las cantinas, que a todas luces se habían quedado pequeñas. Las calles que debía atravesar el cortejo nupcial fueron adecentadas y engalanadas con ramas de olivo y trenzados de parra por un ejército de mujeres de todas las edades.

Hombres, mujeres y niños recorrían la ciudad curiosos e inquietos, atraídos por el bullicio de los visitantes y por la presencia de saltimbanquis, malabaristas y narradores, que hacían las delicias de sus espectadores arremolinados en grandes círculos en cualquier ensanchamiento de las callejuelas.

Junto a la puerta de Saraqusta un grupo de titiriteros disfrazados de lugareños imitaba los torpes gestos y el pasmo de éstos al entrar por primera vez en la ciudad de Qurtuba, entre las risas del público, que no vacilaba en recompensar el esfuerzo y echaban su moneda en la gorra que un pequeño muchacho les acercaba colándose entre la gente arremolinada. Tampoco faltaba la clientela a las adivinadoras, asediadas sobre todo por madres de muchachas casaderas que querían saber si sus hijas, como Assona, encontrarían pronto un buen marido.

A las turbas de curiosos y muchachos que corrían de un lado a otro en busca de un recitador de cuentos o una exhibición de sombras chinescas, se sumaban aguadores, sahumadores que agitaban sus cazoletas humeantes... y tampoco faltaban los rateros. Raro era el espectáculo que no acababa con los gritos de un forastero al que acababan

de robarle la bolsa o con las voces de algún altercado por problemas en las compras y las ventas. Mujtar se vio obligado a incrementar la vigilancia de la ciudad con un nuevo grupo de soldados de la guarnición que Sulaaf cedió gustoso.

A medida que pasaban las horas, llegaban nuevos visitantes y curiosos atraídos por la promesa de los festejos que tendrían su culmen el mismo día de la boda, con la celebración de carreras de caballos, exhibiciones y duelos militares, y lo que todos esperaban con ansiedad: el espectáculo de lucha entre perros y toros que tendría lugar en el recinto que se levantaba a marchas forzadas en la explanada de la *musara.*

Assona acudió la tarde del jueves a su séptima sesión purificadora en el *hammam,* pero esta vez rodeada de un ejército de mujeres que debían ocuparse de su preparación para la celebración que tendría lugar en las horas siguientes.

Desde la casa de Onneca, una comitiva con velas encendidas acompañó a 1a. novia entre cantos y fórmulas rituales recitadas para ahuyentar a los malos espíritus. Se entretuvieron más de lo habitual en la zona de acceso para atender a todas las mujeres que se acercaban a saludar a la novia, a darle consejos... o simplemente a satisfacer su curiosidad. Una mujer de mediana edad que se identificó como esposa de un terrateniente la retuvo sujetándola por los brazos.

—¡Eres tan bella como dicen! Debe ser verdad que la proximidad de la boda acentúa la belleza de una mujer. ¿Estás contenta, Assona? Todas las muchachas de Tutila te envidian hoy. Musa es el hombre más apuesto desde aquí hasta la Galia.

Assona sonrió ante toda aquella verborrea, y Farah trató de ayudarla a deshacerse del abrazo de la mujer. Juntas se dirigieron a la entrada del *hammam.*

—¿Qué respondes a la pregunta de esa mujer? —preguntó sonriente—. ¿Te sientes feliz?

—Lo soy, Farah. Es todo tan sensual, os estáis portando tan bien conmigo, he descubierto tantos placeres que desconocía...

—¡Y los que vas a descubrir! ¡Mañana mismo! —rio una muchacha de mayor edad que las demás y que no parecía pertenecer al grupo.

—Bien que lo sabes tú —contestó otra con ironía.

Assona hizo un gesto de desagrado que no pasó desapercibido a Farah, quien se acercó para susurrarle al oído:

—Es Suad, no está muy bien de la cabeza. Y es una desvergonzada. Procura no darle mucha conversación.

Sin embargo, ante la cara de desconcierto de Assona, la muchacha había empezado a dar explicaciones.

—Estuve casada, pero mi marido me repudió porque sospechaba que no había llegado virgen a la boda.

—¡Y tenía razón! —se apresuró a aclarar la otra estallando en risas.

Assona se dirigió con discreción hacia Farah:

—¿No se exige el certificado de virginidad para firmar el acta matrimonial? —preguntó.

Sin embargo, Suad había escuchado la pregunta y se adelantó:

—Como es costumbre... pero hay *qabilas* que se dan buen arte zurciendo descosidos —rio con vulgaridad—. Y para engañar a un hombre en la noche de bodas, basta un saquete lleno de cristalillos.

Farah se acercó de nuevo.

—Como ves, su moralidad y sus modales son escasos. Si te parece pediré a la *gallasa* que le prohíba la entrada.

—No, no me molesta —repuso también en voz baja.

—Entonces trata de ignorarla. Puede llegar a ser muy pesada... y desvergonzada.

—A veces la desvergüenza es útil para aprender —dijo Assona con un gesto de picardía.

En la semana última Assona había conseguido vencer el pudor inicial y, en esta ocasión, se despojó de todas sus vestiduras para disfrutar plenamente de su última sesión de baños antes de la boda. Farah sonrió al verla, abrió la puerta de acceso a la sala templada del *hammam* y se retiró para dejar paso a la gran protagonista del día. La sorpresa se reflejó en el rostro de Assona cuando su llegada fue recibida, a ritmo de tambores y flautines, por las voces de todas aquellas mujeres que cantaban, desnudas y sonrientes. Sobre la superficie de mármol se había dispuesto un pequeño banquete a base únicamente de dulces y pastelillos para acompañar el té que humeaba en una gran tetera de cobre. Assona tomó asiento y escuchó durante unos instantes, emocionada.

—No entiendo lo que cantan, Farah. Tradúceme algunos versos —rogó Assona a su amiga—. Si las letras son tan bellas como esta música...

Farah intentó traducir al romance lo que en aquel momento entonaban en un emotivo pasaje dos de las muchachas acompañadas sólo por el laúd:

Ella es luna, sol, tallo que nace
y perfume de almizcle.
Perfecta, brillante, floreciente
y aroma enamorado.
Quien la mira se prenda de ella,
pero es coto cerrado...

La luz del atardecer filtrada a través de la cúpula de alabastro, el aire caliente y perfumado y la suave y exótica melodía inundaban sus sentidos, y por un momento se sintió plena, dichosa. No pudo impedir que una lágrima resbalara por su mejilla.

—¿Lloras? —pregunto Farah alarmada.

Assona negó con la cabeza y trató de sonreír.

—Son lágrimas de felicidad... ¡Estaba tan asustada cuando llegué! —se sinceró.

—Puedes desahogarte, Assona. Es bueno que lo hagas ahora.

—No tengo ninguna duda de mis sentimientos hacia Musa. Le amo, y no podría pensar en un mejor esposo. Y sé que él me ama a mí, hasta el punto de renunciar sin dudar a derechos conyugales que pocos hombres rechazarían. Pero abandono a mi familia, a la gente que habla mi lengua, a mis amigas... Tenía miedo de ser rechazada, de no poder adaptarme a vuestra forma de hacer las cosas. Pero en tan sólo dos semanas, sé que voy a ser feliz aquí.

Farah tomó su mano y la apretó mientras la miraba y hacía un gesto de afirmación con la cabeza.

—Lo serás. Y harás feliz a tu esposo.

En ese momento, dos de las muchachas tomaron a Assona de las manos, la hicieron colocarse en el centro de la habitación y ejecutaron a su alrededor lo que parecía una danza ritual, tocando al ritmo de la música su cabeza, su pecho y su vientre, hasta que el sonido cesó bruscamente con un golpe seco de tambor. Entonces comenzaron a servir té en pequeñas tazas y ofrecieron a Assona la primera de ellas. Lo mismo ocurrió con los pastelillos y dulces, que ninguna probó hasta que lo hizo la novia. Una vez finalizada la apetitosa merienda, todas juntas pasaron a la sala principal del *hammam.*

—Ahora empieza el verdadero ritual, Assona —explicó Farah—. El ceremonial y las alegorías en las que vas a participar significan la muerte simbólica de tu vida anterior hasta la transformación final en una mujer madura que ocurrirá mañana con la consumación del matrimonio. Aquí llega la *neggacha*, que es la encargada de conducir esta ceremonia. ¿Estás preparada?

Assona asintió y se sentó en el borde de la plataforma de mármol.

Las muchachas dieron comienzo al proceso del baño, mientras la mujer, de unos cuarenta años y rostro amable, preparaba una pasta negra en un recipiente de cerámica.

—¿Es *alhínna?* —preguntó Assona mientras soportaba un duro masaje en su espalda.

—Así es —respondió Farah—. Se prepara con polvo de alheña, aceite de oliva y clavo de olor.

Concluido el baño Assona fue cuidadosamente depilada: axilas, brazos, piernas e incluso su sexo sufrieron la suave tortura de la cera de abeja, inmediatamente aliviado

con la aplicación de un aromático ungüento sobre las zonas enrojecidas. Por fin, la *neggacha* tomó un poco de alheña con sus dedos y aplicó una ligera capa sobre las manos y los pies de Assona, y al instante la retiró utilizando leche para lavarla.

La mujer pronunció unas palabras en árabe que Farah se encargó de traducir:

—Dice que la leche es símbolo de pureza y prosperidad.

A continuación le secó pies y manos con un paño de lino y comenzó a crear en ellos un tatuaje con la misma *alhínna* a base de arabescos, signos caligráficos y extraños símbolos.

De nuevo la mujer hizo un esfuerzo por explicar a Assona lo que estaba haciendo a través de Farah:

—Dice que los dibujos siguen reglas de origen remoto transmitidas de madres a hijas. Y que han traído prosperidad a muchas mujeres, desde las abuelas de sus abuelas.

Assona observó aquellos extraños signos sobre sus manos mientras la mujer volvía a hablar.

—El círculo es el símbolo de lo absoluto. El triángulo representa el fuego y el sexo masculino, y el que tiene a su lado, con el vértice hacia abajo, representa el agua y el sexo femenino.

—Normalmente esta pasta de *alhínna* se utiliza para teñir el cabello de la novia, pero en tu caso no lo utilizará, para que conserves tu precioso color.

El proceso siguió con la aplicación por todo su cuerpo de una mezcla de aceite de argana y aceite de almendras dulces.

La mujer habló de nuevo.

—Dice que este aceite de argana es bueno para quedarte encinta y evita los abortos si lo tomas con asiduidad. Y también es bueno para tu marido. Te recomienda añadirlo en vuestras comidas, y te lo ofrece como regalo.

Assona lo tomó con una sonrisa y un gesto de agradecimiento.

Dos muchachas cepillaron su cabello cuidadosamente, y cuando estuvo lista, la *neggacha* tomó asiento junto a ella, sacó un pequeño frasco del que cogió una reducida cantidad de polvo y lo aplicó en las pestañas de Assona.

—Puede que eso te produzca un pequeño escozor, pero es pasajero —explicó Farah atenta—. Es *kuhl*, para embellecer tus ojos. Después de esto ya sólo quedará el último detalle: el *suak* para colorear tus labios y tus encías y perfumar tu boca. Acompáñame —pidió con una sonrisa.

La introdujo en una de las capillas laterales y le pidió que se asomara a una pequeña tina de alabastro llena de agua cuya superficie era negra como el azabache ya que sólo recibía luz desde un punto situado en lo alto. Al hacerlo, sobre la superficie completamente inmóvil del agua se reflejó su rostro con una perfección

que casi asustó a Assona.

—Eres muy bella —dijo Farah—. Tu esposo ha sabido elegir bien... Vas a deslumbrar a quienes te contemplen hoy en la mezquita.

Volvieron al centro de la sala y comprobaron que las muchachas habían dispuesto varios frasquitos en hilera sobre la superficie de mármol.

—Ahora puedes elegir el perfume que más te agrade —dijo una muchacha.

Con astillas de madera aplicó pequeñas cantidades de cada frasco en el anverso de sus muñecas, y Assona, con los ojos cerrados, aspiró las diferentes fragancias. Al final se decantó por una de ellas y señaló el frasquito elegido.

—Es un perfume a base de jazmín y azafrán... muy apropiado —dijo la chica.

—Ahora debemos regresar a la alcazaba para ayudarte con el vestido. Allí esperan tu madre y tu hermana. Vamos, el sol está a punto de ponerse —apremió Farah.

El cortejo de doncellas de nuevo provistas de cirios acompañó entre cánticos y expresiones de gozo a Assona por las calles de Tutila hasta la entrada a sus dependencias privadas en la alcazaba.

Onneca, Zahir y Musa se encontraban ya en su casa a la espera de los acontecimientos que debían tener lugar a continuación.

Tras la oración de la puesta de sol, y encabezado por Ziyab, un numeroso grupo de amigos del novio se dirigió, provisto de lanzas y picas y entre gran algarabía, hasta lo alto del monte donde se alojaba Assona.

El grupo de jóvenes, acompañado por dos *naggafat*, mujeres que ejercían como maestras de ceremonia, se agrupó ante la puerta del edificio que ocupaban Assona y el resto de las mujeres. Ziyab, teatralmente, dio dos fuertes golpes en la puerta de entrada y esperó. Al cabo de un instante, la puerta se abrió y tras un intercambio de palabras las dos *naggafat* se introdujeron dentro y aparecieron momentos después sujetando a Assona por los brazos, ataviada con un magnífico vestido de seda cruda y cubierta con un velo blanco, para entregársela a los amigos del novio que esperaban fuera.

Los hombres se dispusieron en dos filas paralelas para escoltar a la novia raptada, y las mujeres les emularon colocándose tras ellos.

Las calles que conducían hasta la casa familiar de Musa habían sido provistas de grandes hachones que iluminaban el camino ahora que la luz del sol decaía.

La multitud se agolpaba a ambos lados de las callejuelas, y lanzaba al paso de la novia pétalos y hojas de plantas aromáticas. Sulaaf puso a disposición del cortejo al grupo de tamborileros que normalmente marcaban el paso de las tropas, de modo que hoy anunciaban la llegada de la comitiva a quienes esperaban impacientes su paso. Abriéndose camino entre la muchedumbre, alcanzaron por fin las inmediaciones de la

casa de los Banu Qasi.

Musa esperaba en el umbral ataviado con una elegante túnica blanca de seda y lana y tocado con un gorro cilíndrico de fieltro bordado del mismo color.

Ziyab tuvo el honor de presentar a Assona ante su esposo, y antes de retirar el velo que cubría su rostro, recitó unos versículos del Corán frente a ella, en medio del silencio de la gente que pretendía escuchar uno de los momentos más importantes del ceremonial. El silencio se convirtió en una aclamación estruendosa cuando Musa retiró la tela blanca que cubría el rostro de Assona y se acercó a ella para besarla en la frente.

Entonces Musa se apartó para dejar paso a Onneca, que apareció en el dintel con una bandeja con dátiles y leche, un manojo de llaves y un pan.

—Assona, te ofrezco la leche, que teñirá de blanco tu vida como esposa de mi hijo. Te ofrezco este pan y estos dátiles, que simbolizan la abundancia y la fortuna que os deseamos en vuestro matrimonio. Las llaves son señal de que eres bienvenida a tu nuevo hogar.

Assona aceptó los presentes con una inclinación de cabeza sin perder su dulce sonrisa, y Musa no apartaba los ojos de su rostro, impresionado por la transformación que las mujeres habían obrado en ella durante las sesiones del *hammam.* Se acercó de nuevo y la tomó de las manos, mirándola embobado y sonriente, para conducirla a un palanquín situado en las proximidades. Tomaron ambos asiento en su interior para cumplir el ritual habitual, según el cual los novios eran paseados entre los invitados para finalmente ser trasladados hasta la mezquita, donde tendría lugar la ceremonia religiosa. Los porteadores enfilaron la calle con el palanquín abriéndose camino entre los asistentes, muchos de los cuales siguieron al cortejo calle abajo.

Onneca, Zahir, Enneco, Toda, Nunila..., todos se incorporaron al cortejo que avanzaba por las estrechas calles de Tutila abarrotadas por vecinos y visitantes en dirección a la plaza de la mezquita. La ceremonia fue sencilla y a ella asistieron todos los familiares e invitados de la novia, a pesar de procesar una religión distinta. Concluido el ritual religioso, la litera con los nuevos esposos salió otra vez a la plaza central de la ciudad entre las aclamaciones de todos los presentes. Ziyab se incorporó al cortejo con los familiares más próximos; lucía una enigmática sonrisa. Salieron de la plaza y el palanquín comenzó a descender en busca de la Puerta de Saraqusta.

—¿Dónde vamos? La procesión debería dirigirse a la casa del novio —dijo Zahir extrañado.

Ziyab se encogió de hombros y enarcó las cejas en un gesto que denotaba que estaba al corriente del destino.

En el momento en que el palanquín abandonó la calle que conducía a la salida de la ciudad y bordeó la muralla oriental, Zahir supo adonde se dirigían, y la mirada divertida de Ziyab se lo confirmó.

—¡La residencia del gobernador! ¡Eso es lo que habéis estado urdiendo durante estas semanas!

Ziyab asintió risueño.

—Musa deseaba mantenerlo en secreto hasta este momento. Ha conseguido recuperar todo el esplendor que tuvo cuando Yusuf la ocupaba, e incluso mejorar algunas cosas. La alcoba nupcial es nueva y digna de un príncipe.

En ese momento el palanquín se detuvo, y Musa se apeó para ayudar a bajar a su nueva esposa y conducirla hacia la gran puerta de entrada al edificio.

—Assona, aquí tienes mi primer presente: la casa que a partir de ahora será nuestro hogar, y donde veremos crecer a nuestros hijos, si Allah Todopoderoso bendice con ellos nuestro matrimonio.

—Esposo mío —respondió Assona—, me hace feliz ver tus desvelos por proporcionarme un lugar como éste para vivir... pero junto a ti sería feliz en la más humilde de las moradas.

Musa sonrió ante una respuesta tan apropiada y volvió a besar a su esposa en la frente antes de cederle el paso hacia el interior de la casa. La puerta se cerró tras ellos y por fin quedaron solos.

—¡Hace tanto que esperaba este momento! —confesó Musa—. Estás deslumbrante.

Tomó a su esposa por la cintura, la acercó hacía sí y besó sus labios todavía coloreados por la corteza de nogal. Assona correspondió a su gesto de cariño en su primer momento de intimidad desde que se conocían.

—Ven, tengo algo que enseñarte. —Musa la tomó de la mano.

Pasaron del zaguán al patio iluminado por las antorchas ante el asombro de Assona, que nunca había conocido un lugar tan agradable y lleno de comodidades como aquél. Entraron en la sala que se abría bajo la galería del piso superior, y Musa mostró a su esposa un cúmulo de objetos que desbordaban la gran mesa central y se extendían junto a ella hasta la pared posterior.

—Son regalos de boda de nuestros invitados. Vas a tener trabajo.

Assona sonreía asombrada y se acercó a la mesa, sin saber muy bien qué envoltorio tomar. Le llamó la atención un rollo de tela de Damasco bordada con hilo de oro y plata, que tomó entre sus manos durante un momento antes de dejarlo en su sitio para apreciar el tacto de varias piezas de seda. Allí había alfombras de brocado para la oración, piezas de cerámica y marfil, una lámpara de bronce, brazaletes y medallones con pequeñas piedras engastadas. Assona tomó una magnífica espada con empuñadura de plata dorada y marfil, y la alzó sonriente hacia Musa.

—Es el regalo de una familia de comerciantes de Balansiya que con frecuencia remontan el río hasta aquí. Y aquella ballesta no se queda atrás.

—Tienes amigos generosos —observó Assona.

Varias piezas de cerámica destacaban por su intensos motivos verdes y pardos sobre el fondo blanco, dos pequeños escabeles de taraceado..., e incluso una piel de oso.

—Esa piel...

—Regalo de Arnaut, uno de los jefes vascones.

—¡El viejo Arnaut! —evocó Assona—. ¡Con toda seguridad lo abatiría con sus propias manos!

Siguió recorriendo la mesa repleta de obsequios, agachándose para observar una mesita de ebanistería incrustada de nácar, o riéndose con Musa al probarse un aro de plata para el tobillo.

—Ven conmigo —dijo Musa al fin.

Tomó a su esposa de la mano y la hizo subir el tramo de escaleras que los separaba de la planta superior. La condujo por el corredor y se detuvieron ante una de las puertas. Musa se adelantó, la abrió y se retiró para dejar paso a Assona. Al cruzar el umbral la sorpresa se reflejó en el rostro de la muchacha. La alcoba estaba iluminada por docenas de lamparillas, el pavimento cubierto en su totalidad por ricas alfombras, y las paredes decoradas con grandes tapices. Un gran tocador ricamente labrado e incrustado con piezas de marfil y maderas exóticas se apoyaba en la pared opuesta, pero lo que más llamaba la atención era el lecho conyugal, cubierto con un dosel del que colgaban unas vaporosas sedas del color de la arena.

—Onneca se ha encargado de preparar la alcoba. Es la única que conocía esta pequeña sorpresa, además de Ziyab y los criados. Desea que sea de tu agrado.

Assona permaneció un momento en silencio, emocionada.

—Quería enseñarte algo más —dijo Musa.

Sobre el tocador había una magnífica arqueta de marfil decorada con arabescos, motivos geométricos y figuras de animales. Musa retiró su tapa y ante sus ojos apareció un ejemplar del Corán iluminado con magníficas imágenes de colores brillantes y dorado en alguno de sus caracteres. Lo tomó entre sus manos y dejó que Assona lo contemplara despacio.

—Es un ejemplar elaborado por los mejores copistas de Qurtuba.

—¿Quién...? —acertó a decir Assona.

—¿No lo sospechas? Está realizado en los propios talleres del alcázar real...

—¿El príncipe?

Musa asintió.

—Llegó hace unos días desde Saraqusta con una misiva del propio Abd al Rahman, en la que lamentaba no haber sido invitado a las celebraciones.

—¡Pero cómo ibas a saber...!

—Su tono era irónico —aclaró Musa riendo.

—¡Ojalá pudiera comprender lo que dice esa maravillosa caligrafía!

—No tardarás en hacerlo —repuso Musa cariñosamente—. Tenemos una vida por delante para aprenderlo todo el uno del otro.

Assona miró a su esposo a los ojos, y estuvo segura de que aquello que veía en ellos no era otra cosa que amor.

—Oh, Musa, tenía tanto miedo... y en cambio ahora soy tan feliz... —Se alzó ligeramente para aferrarse a su cuello.

Musa la abrazó durante un instante y luego la separó de él con suavidad. Tomó su rostro entre sus manos, y mirándola a los ojos acercó sus labios a los de su esposa.

No precisaron de palabras para entenderse a continuación, y el deseo tanto tiempo contenido les guió hasta el lecho. La tenue y acogedora luz de las lamparillas, el delicado perfume que inundaba la alcoba y el suave tacto de la seda sobre sus cuerpos desnudos alimentaron sus sentidos ávidos, mientras su unión se perfeccionaba a los ojos de Allah.

La jornada de celebraciones dio comienzo poco después del amanecer, con el alborozo y los cánticos de los jóvenes amigos del novio, que habían entrado al patio central de la nueva residencia. Musa sabía lo que estaban esperando de acuerdo con la tradición, de forma que vistió su túnica y sus babuchas y se asomó al corredor del piso alto. Sus amigos, Ziyab incluido, coreaban su nombre, y las voces se convirtieron en un bramido cuando alzó ante los ojos de todos la prueba de la consumación de su matrimonio y de la virginidad rota de la novia. La ciudad se preparaba para una jornada muy especial, y ya la primera oración del día en la mezquita dejó claro que sus habitantes aguardaban ansiosos el inicio de las celebraciones. Quienes se encontraban en Tutila en aquella ocasión recordarían durante mucho tiempo los desfiles en la *musara*, las competiciones, los espectáculos de lucha y la aparición en lo alto de la muralla de los nuevos esposos para recibir la aclamación y el cariño de todos los habitantes y curiosos que se habían dado cita allí. Por encargo de Musa, se repartieron en el patio de la mezquita cientos de *dírhemes* de plata entre los menesterosos, y hubo pan, dulces y aguamiel para todos los que se acercaron a la alcazaba. El zoco rebosó actividad durante toda la jornada, la música y los cantos no dejaron de sonar, y las calles engalanadas fueron el escenario de una fiesta que se prolongó hasta bien entrada la noche.

La jassa de la ciudad, junto al resto de invitados, se reunió en los salones de la alcazaba para asistir al banquete. A las mesas generosamente surtidas se incorporó un ejército de músicos, bufones, cantantes y bailarinas que hicieron las delicias de todos cuantos asistieron a la celebración, que comenzó de manera formal y ceremoniosa, y acabó con un recital de cantos y bailes improvisados por muchos de los invitados árabes, vascones, cristianos y judíos. Entrada la tarde, todos ellos se trasladaron a la *musara* para asistir a un desfile de la guarnición en honor de los novios, seguido del

espectáculo de lucha en el recinto vallado al efecto. La multitud rugía desde sus tablados al ver cómo los perros entrenados atacaban a dos toros bravos, se colgaban de sus orejas o mordían su rabo, hasta que tarde o temprano alguno era alcanzado por el cuerno de la bestia y caía reventado en el suelo hasta morir desangrado.

Musa, al ver la cara de desagrado de Assona ante aquel espectáculo cruel al que no estaba acostumbrada, decidió retirarse, y juntos recorrieron la ciudad. Recibían las felicitaciones de sus habitantes y asistían a las representaciones que prestidigitadores, malabaristas y bufones realizaban en su honor.

La fiesta y el jolgorio se prolongaron hasta el siguiente día de mercado, casi una semana después del comienzo. Los invitados fueron abandonando Tutila escalonadamente y poco a poco la normalidad retornó a la ciudad. La víspera de su marcha, Enneco buscó a Musa y lo encontró en la alcazaba, tratando de retomar los asuntos del gobierno que durante la semana anterior habían quedado en gran parte en manos de sus colaboradores. Salieron al exterior y Musa invitó a su hermano a subir hasta lo alto de la muralla, desde donde se podía contemplar la excelente vista de los meandros del río de la que tanto disfrutaba. Era una tarde de otoño y resultaba agradable recibir los rayos del sol, que comenzaba a declinar, antes de ocultarse tras las montañas.

—Cuida de Assona. —Enneco miraba a lo lejos por encima de la muralla.

—Sabes que lo haré.

Enneco asintió.

—La quiero más que a mi vida. Nunca habría accedido a separarme de ella así... de no haber sido tú quien me lo pidió.

—La haré feliz. Te lo juro.

—De hecho creo que ya lo es. Hemos tenido una larga conversación, y sé que no va a sufrir con nuestra marcha. Es fuerte...

—Quiera Allah bendecirnos con unos hijos como los tuyos.

—Dios lo quiera —respondió Enneco, e hizo una pausa—. Me voy tranquilo y contento, Musa. Veo cómo ha prosperado la ciudad, cómo se te respeta. Y añoro el momento de poder asomarme a lo alto de la torre más alta y ver a mi pueblo en paz y satisfecho, como tú ves al tuyo desde aquí.

—Sé que estás pensando en la promesa que te hice respecto a Abd al Rahman y el emir. Hace unos días, junto al regalo de boda del príncipe, recibí una carta. Hablaba sobre la situación de Banbaluna..., y me confirmó que su padre el emir tiene entre sus planes inmediatos la expulsión de Ludovico. Sin embargo, las continuas revueltas en Tulaytula le han impedido hasta ahora acudir en nuestra ayuda.

—Me satisface oír tales noticias.

—Quería que partieras con buenas impresiones.

—No pueden ser mejores..., hermano.

Los dos hombres se abrazaron con fuerza. Sus siluetas se recortaron a contraluz frente al sol del atardecer, mientras el muecín entonaba su llamada allá abajo, en el nuevo alminar de la mezquita, y casi al mismo tiempo una vieja campana de bronce convocaba a los fieles cristianos a la celebración de su misa vespertina.

Dos días después de la partida de Enneco hacia el norte, Musa salía de nuevo en dirección a Saraqusta con la intención de entrevistarse con el príncipe. En esta ocasión había tres asuntos en su agenda: agradecer a Abd al Rahman en persona su espléndido regalo, recabar información de primera mano sobre los planes del emir respecto a Banbaluna y cumplir la promesa que le había hecho a Ziyab, pidiendo al príncipe patrocinio para su traslado a Qurtuba.

Capítulo 9

Año 817,201 de la hégira

Una pequeña bola de fieltro forrada de cuero servía como juguete a la preciosa niña de tres años que correteaba en el patio de la residencia del *wāli* de Tutila. Su madre, sentada sobre el borde de piedra del aljibe central, disfrutaba de los tibios rayos de sol de aquel mediodía de principios de la primavera.

—Auriya, no te mojes las manos —advirtió Assona tras levantar la vista del bordado que tenía entre manos.

La pequeña obedeció al instante, y se alejó del estanque en busca de su pelota, pero se detuvo al escuchar un breve llanto en el interior.

—¡Se ha despertado, mamá! —chilló la niña con lengua de trapo antes de precipitarse hacia la puerta.

Auriya era una niña despierta e inteligente que disfrutaba con cualquier cosa, pero su juego favorito era hacer de mamá con Lubb, su hermano pequeño, nacido dos veranos antes.

Una de las jóvenes criadas que ejercía las funciones de niñera se ocupó de limpiarlo y ponerle un nuevo fieltro mientras el bebé no dejaba de llorar. Una vez atendido, lo acercó hasta su madre. Auriya tiraba sin parar de su falda para que la dejara cogerlo en brazos, pero la criada se negó en redondo. Assona tomó al pequeño y se dispuso a amamantarlo, tras lo cual éste dejó de llorar al instante.

—¡Qué tragón! —dijo Auriya riendo.

El matrimonio con Musa pronto se había visto bendecido con la llegada de su primera hija, para satisfacción de ambos. Assona bromeaba en los baños con Farah y el resto de sus amigas sobre la eficacia de los rituales de fertilidad a los que había sido sometida antes de su boda. Sin embargo, la llegada de los hijos no supuso para ella una carga demasiado pesada porque, como se había establecido antes del matrimonio, disponía de servicio suficiente para hacerse cargo de su cuidado mientras ella se ausentaba o simplemente descansaba.

Se había adaptado admirablemente bien a la vida con su esposo. El clima era más benigno que el de sus montañas del norte y la lluvia era mucho menos frecuente, por lo que podía salir a dar largos paseos aunque fuera acompañada de alguna de sus doncellas.

Sólo el viento que soplaba habitualmente en el valle conseguía disgustarla, porque todavía no había logrado acostumbrarse a él. La vida entre los musulmanes era más recogida para las mujeres, no les estaban permitidas cosas que para ella habían sido habituales, como hablar con vecinos y conocidos en la calle, o salir sola a

realizar compras en el mercado. Pero había aprendido a disfrutar de las ventajas de aquel estilo de vida, y en especial de las largas sesiones vespertinas en el *hammam*, donde se sucedían las habladurías, las confidencias y las noticias de todo cuanto acontecía a su alrededor. Se sentía querida y acompañada por sus nuevas amigas, y Musa la adoraba y le dedicaba gran parte de su tiempo cuando no estaba ocupado en el quehacer diario en las dependencias de la alcazaba o ausente en uno de sus frecuentes viajes a las ciudades próximas. Si en los primeros meses hubo momentos en que añoraba a su familia, ese sentimiento fue haciéndose cada vez más llevadero, hasta desaparecer casi por completo con el nacimiento de Auriya.

También Musa había experimentado un sentimiento de pérdida cuando Ziyab abandonó Tutila con destino a Qurtuba, hacía ya dos años. La entrevista de Musa con Abd al Rahman había sido provechosa, y cuando le habló de las indudables cualidades de su amigo, el príncipe se mostró dispuesto a facilitar su estancia en Qurtuba, pero pidió que Ziyab acudiera en persona a Saraqusta para entrevistarse con él. El joven casi se desplomó cuando Musa le comunicó la petición de Abd al Rahman.

—¿De qué voy a hablar yo con el hijo del emir? —dijo asustado—. No soy más que un estudiante, y él es uno de los hombres mejor educados y más cultivados del orbe.

Musa se reía de su turbación.

—¿No pensarás desaprovechar la oportunidad de tu vida por un ataque de timidez?

Ziyab acudió a la cita, y tuvo oportunidad de admirar el vasto conocimiento de su anfitrión, que abarcaba todas las ramas del saber, pero algo llamó todavía más su atención: la pasión con la que hablaba de sus libros, de la biblioteca que había hecho trasladar en parte desde Qurtuba, de los embajadores que distribuía por los palacios, monasterios y bibliotecas de todo el orbe en busca de nuevas obras desconocidas para él, que hacía copiar y trasladar de regreso hasta que caían en sus manos y podía devorarlas con avidez. Ziyab descubrió con sorpresa que Abd al Rahman era capaz de leer tales obras en árabe, en latín o en griego, y no desconocía otras lenguas como el romance o el beréber. A pesar de su capacidad, hacía traducir los manuscritos de las obras clásicas al árabe con el objeto de darles difusión entre sus eruditos.

Ziyab no lo sabía, pero su simple pretensión de adquirir conocimientos había predispuesto ya al príncipe en su favor, y había despertado en él el deseo de dar acceso a sus tesoros a quien sabía preparado para apreciar su valor, una capacidad poco frecuente lejos de Qurtuba.

Cuatro días duraron sus conversaciones, casi un monólogo por parte de Abd al Rahman, salpicado sólo por las preguntas y comentarios admirados de Ziyab. En la

mañana del quinto día, el príncipe le comunicó su decisión de enviarlo al propio alcázar de Qurtuba, donde tendría oportunidad de disfrutar de su fabulosa biblioteca y seguir su formación con algunos de los mejores eruditos de Occidente.

Musa compensó la ausencia de Ziyab, el único de sus amigos con quien no mantenía secretos, con la compañía de su esposa. Assona era inteligente y había recibido una educación más completa que cualquier otra mujer de su entorno. Cuatro años de convivencia habían contribuido a limar las inevitables asperezas que surgieron al principio, derivadas de la diferencia de costumbres y de cultura.

Musa había decidido continuar la construcción de la *almúnya* que Yusuf había empezado a edificar a orillas del Uādi Qalash, en parte para compensar a su esposa por el cambio en su estilo de vida.

Prescindiendo de los lujos innecesarios proyectados por el anterior gobernador, las obras habían finalizado con rapidez, y tras el nacimiento de Auriya pudieron disfrutar de la llegada del buen tiempo en la nueva casa de campo.

El traslado a la *almúnya* a principios de aquel verano había permitido a Assona liberarse del único inconveniente al que no acababa de adaptarse: el aislamiento dentro de los muros de su nueva casa. El arquitecto de Yusuf, junto a unas estancias amplias y luminosas, había diseñado lo que Assona más valoraba: una gran superficie de jardines arbolados rodeados por un muro que le proporcionaba intimidad y le permitía disfrutar de largos paseos sin salir de la finca. Allí acudían con frecuencia Farah y muchas de sus nuevas amigas a disfrutar de la sombra de cipreses, moreras y emparrados, de las fuentes y de la intrincada red de canalillos y albercas conectados al río, que proporcionaban un agradable frescor en las calurosas tardes del verano. El rumor del agua que corría por las acequias y caía en pequeñas cascadas escalonadas acompañaba sus conversaciones y se mezclaba con los gorjeos de la pequeña Auriya... Assona se sentía feliz.

También Musa lo era y trataba de disfrutar de aquella época de calma, porque sospechaba que no tardarían en llegar momentos de zozobra. La comunicación con Saraqusta era habitual, y por ello conocía la situación en Qurtuba. Dos veranos antes se había recogido en todo el sur de la Península una cosecha excepcionalmente mala, que había originado escasez y carestía de productos básicos. El hambre no había tardado en hacer su aparición y muchos llegaron a cruzar el mar hasta la costa norteafricana, donde había mayor abundancia de víveres. En esas circunstancias, el emir no consideró prudente emprender ninguna expedición hacia el norte, ya que de camino su ejército debía mantenerse de las reservas de grano existentes en las ciudades que atravesaba.

Quizá fueron la hambruna y el descontento de la población lo que aprovecharon los toledanos para rebelarse una vez más contra su gobernador, que salvó la vida

huyendo de la ciudad de noche. Por ello, el emir Al Hakam empleó todas sus fuerzas en el verano siguiente, el año doscientos de la hégira, para lanzar una devastadora incursión contra Tulaytula, lo que frustró de nuevo las esperanzas de Musa y de Enneco, que hacía cinco años que esperaban la ayuda del emir para atacar Banbaluna.

El propio príncipe Abd al Rahman relató a Musa los detalles de la expedición en una de sus entrevistas. Para no levantar las sospechas de los toledanos y justificar sus preparativos, el emir hizo correr la noticia de que se dirigía contra la *kurah* de Tudmir. Partió con el ejército, siguió su camino hasta allí y aparentó combatir algunas de las fortalezas rebeldes locales. Los toledanos se sintieron seguros y se dispersaron por sus alquerías para recoger sus cosechas, de las que estaban tan necesitados. Al cerciorarse de que la ciudad se encontraba vacía y sus defensores ocupados en la cosecha, avanzó desde Tudmir sin concederse descanso, a marchas forzadas, de día y de noche.

Cuando estuvo cerca de Tulaytula, mandó un escuadrón de caballería formado por sus mejores soldados, que llegaron apenas entrada la noche y se encontraron con una ciudad descuidada y con las puertas desatendidas, de manera que se apoderaron de ella y se instalaron dentro de sus murallas. Durante los días siguientes llegó el resto de las unidades del ejército, que acabaron de cercarla e impidieron que volvieran a ella los ausentes y que salieran los de dentro. Al Hakam regresó victorioso a Qurtuba después de quemar las casas y campos de los toledanos y humillarlos de tal manera que muchos de sus notables se mudaron a Qurtuba y a otras ciudades desesperados por librarse de aquel yugo.{16}

Los días alargaban ya, y Musa sabía que, si a lo largo del invierno el emir había pergeñado con sus generales un ataque contra Balask, los preparativos para la aceifa no tardarían en ponerse en marcha y las coras que el ejército fuera a atravesar serían advertidas y movilizadas. Habían llegado noticias de una oportuna rebelión de los gascones contra Ludovico en Aquitania, que retendría al emperador en su feudo tratando de sofocarla, lo cual garantizaba que no podría acudir en auxilio de Balask en caso de ataque. Musa había dado ya las órdenes precisas a su jefe militar para preparar la leva de tropas en sus ciudades, y Sulaaf, diligente, había empezado a comprobar las listas de hombres inscritos y su disponibilidad antes de dar el siguiente paso, la revista de tropas y armamento. Durante los años anteriores, los armeros habían trabajado para abastecer los depósitos de la alcazaba con material suficiente que sería entregado a los hombres en el momento de su movilización. Las praderas junto al río y el extenso meandro cubierto de pasto estaban ya atestados de caballos árabes criados con esmero y adiestrados durante interminables jornadas por los soldados en la *musara*. Sólo la prosperidad económica de la ciudad en el lustro

anterior había permitido sufragar el gasto que todo ello suponía, y sólo el entendimiento con Abd al Rahman había hecho posible que Musa detrajera de su contribución a las arcas de Saraqusta y Qurtuba una parte sustancial para preparar la campaña que ambos sabían inminente.

La primera indicación de que esta vez podría ser la definitiva le llegó a Musa no en forma de una comunicación oficial desde Saraqusta, sino por una carta de Ziyab desde Qurtuba. Había recibido una igual con una periodicidad asombrosa desde su partida: cada tres meses le había dado cuenta de sus impresiones sobre la corte, de los avances en su formación y en ninguna de sus largas misivas había dejado de informar a Musa sobre las últimas noticias y acontecimientos en la capital.

El correo había atravesado el Uādi Qalash al caer la tarde, y portaba el pergamino cuidadosamente enrollado y protegido en un estuche cilíndrico de cuero que colgaba de su hombro. Musa se encontraba en su gabinete de la alcazaba, pero decidió no romper el precinto aún. Prefirió subir a la muralla para hacerlo, seguro de que el tibio sol del atardecer haría más grata la lectura. Trepó por la empinada escalera hasta su lugar predilecto sobre el adarve de la muralla, y apoyado sobre los sillares retiró la cinta del precinto grabado sobre cera. El pergamino era de excelente calidad, como los anteriores; tanto que los escribanos de la alcazaba los habían reutilizado tras raspar y pulir de nuevo su superficie.

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso —empezaba como era habitual la misiva de Ziyab.

Estimado hermano en la fe, querido Musa.

Mi corazón está dividido, pues al anhelo de reencontrarnos se opone el deseo de seguir disfrutando de esto que me ha sido otorgado vivir. Ni en mis más extravagantes sueños hubiera podido pensar en la existencia de un lugar como es esta ciudad de Qurtuba. En este tiempo he tenido ocasión de conocerla más a fondo, y nuestra querida Tutila a su lado sería sólo una de sus más pequeñas barriadas, y aún crece sin cesar. Sus más de cuatro centenares de *hammam* y otras tantas mezquitas te darán razón de las dimensiones de la urbe, pero no te permiten hacerte a la idea de su grandeza. Me he informado ya de la longitud total del muro que protege la ciudad, pues por dos veces en mis paseos he intentado rodearla y las dos he tenido que abandonar el intento: son catorce millas, según me confirman los agrimensores. Cuando recorro el centro de la medina, los alrededores del alcázar y me adentro en la Mezquita Mayor, me corroe la pena de que no puedas estar aquí y disfrutar conmigo de su magnificencia. Suelo hacerlo a menudo, saliendo del recinto amurallado por la Bab al Qantara, que desemboca directamente en el antiquísimo puente romano sobre el Uādi al Kabir. A su izquierda, bordeando la muralla, discurre el Rasif, una calzada que conduce, siguiendo el río, hasta la explanada de la *musara* y al gran oratorio al aire libre. ¡Cuántas tardes he paseado a la orilla del cauce mientras evocaba su

parecido con nuestro Uādi Ibru! Fue en este Rasif donde Al Hakam mandó crucificar a los más de setenta nobles que osaron conspirar contra él.

Mis estudios avanzan más de lo que había previsto, en parte gracias a los experimentados maestros con quienes tengo ocasión de compartir mis horas. Es difícil describir el ambiente intelectual que se respira en la corte, en gran parte potenciado por el propio emir, y por el príncipe Abd al Rahman antes de partir hacia Saraqusta. Muchos cordobeses emprendieron hace ya años la ruta hacia Medina, Bagdad o Damasco, los grandes centros de la cultura oriental, para cumplir con el deber de peregrinación, pero también para beber de las fuentes mismas del saber islámico. Y algunos de ellos, afanosos por instruirse, no regresaron sino después de adquirido un bagaje de conocimientos que les procurase consideración y prestigio a su vuelta. Así se han formado muchos de los que ahora son mis maestros. No te oculto que me tienta seguir su camino y cruzar el mismo mar que ellos cruzaron, pero ahora estoy alimentando mi espíritu con la sabiduría que ellos han trasladado desde esas fuentes, y de momento resulta suficiente para calmar mi sed. El saber humano es vasto, y serían necesarias varias vidas para abarcar los conocimientos contenidos en los miles de volúmenes que contiene la fabulosa biblioteca del palacio del emir. Medicina, botánica, agronomía, astronomía, filosofía... las mejores traducciones de los autores clásicos se encuentran entre sus fondos, que a diario son engrosados con los ejemplares que los viajeros traen consigo de regreso, en algunos casos por encargo expreso del príncipe Abd al Rahman.

El espacio limitado no me permite extenderme contando los detalles de la vida diaria. Dejo para el final lo que más va a conmover tu corazón: por mi contacto con miembros de la administración sé que cuando leas esta carta se habrán iniciado los preparativos de la aceifa anual, y puedo adelantarte que la intención del emir es lanzar su ataque contra Banbaluna. Supongo que en breve recibirás la confirmación oficial.

Ruego al Todopoderoso que te recompense con la victoria si debe emprenderse la lucha y ruego que os preserve a ti y a los tuyos de cualquier desdicha.

La carta terminaba, apurando al límite el espacio del pergamino, con las fórmulas habituales de despedida, que Musa ya no leyó. Regresó a su gabinete y mandó convocar a los altos cargos militares, al tesorero y al encargado del alistamiento de tropas, sin esperar al emisario de Saraqusta, cuya llegada no tardaría en producirse.

El día más largo del año, en el que los mozárabes celebraban la festividad de San Juan, transcurrió en Tutila en medio de una agitación sin precedentes. Por segunda vez en el plazo de pocos años, el ejército del emir se acercaba hacia la ciudad, pero en

esta ocasión no acudía a imponer a sus habitantes la voluntad del soberano, sino a apoyarles en sus pretensiones contra los infieles. La inmensa columna había alcanzado Saraqusta y allí había permanecido acampada durante dos semanas, tiempo suficiente para que las tropas se repusieran del largo viaje desde Qurtuba, y los generales atendieran la complejísima intendencia que precisaba un movimiento de hombres como aquél. Se encontraba al mando de la expedición el *hayib* Abd al Karim ibn Mugit, un general de prestigio y hombre de confianza del emir, que había ultimado los planes del ataque junto al propio Abd al Rahman.

Aquella mañana, Musa y Sulaaf culminaban el trabajo de varias semanas de recluta y adiestramiento de sus hombres, de distribución de pertrechos, preparación de impedimentas, tiendas y provisiones. Era el día previsto para la llegada de la vanguardia del ejército desde Saraqusta, y los más de cinco mil hombres que aportaban los Banu Qasi a la aceifa se hallaban formados ya, concentrados en la orilla opuesta del Uādi Ibru, listos para tomar el camino de Banbaluna.

Por primera vez, la nueva mezquita fue testigo de la bendición de las banderas y estandartes que identificarían a cada una de las unidades, trasladados luego en desfile hasta quedar firmemente sujetos a los mástiles que portarían los abanderados, en una ceremonia presidida por Musa y cuya dirección asumió Sulaaf.

Esta vez dos mujeres unidas por la ansiedad observaban temblorosas el espectáculo desde las murallas de la alcazaba. La de mayor edad contemplaba desde la distancia a su hijo menor, que pasaba revista a las tropas. Quince años atrás había hecho lo mismo, pero entonces era su otro hijo, Fortún, quien se dirigiera a las tropas para arengarlas. Aquello había ocurrido un año antes de su muerte, y la mujer, casi una anciana, no podía evitar pensar en lo que sucedería si también Musa caía herido: los Banu Qasi quedarían sin cabeza, y quién sabía cuál sería el destino de su pueblo. Pero no era Musa el único motivo de preocupación: Enneco, su hijo mayor, esperaba cerca de Banbaluna para unirse a éste en la lucha.

La mujer más joven pensaba en los mismos hombres, Musa y Enneco, su esposo y su padre. Conforme se acercaba el momento de la partida, se había ido apoderando de ella una angustia insuperable, y en las últimas semanas una náusea continua que le impedía soportar siquiera el olor de la comida. Sin embargo, ahora sabía que la náusea no era debida al miedo, sino a la nueva vida que se agitaba en su interior, cuya existencia de momento sólo ella conocía.

La revista de las tropas llegó a su fin, y cesó también la estridente música militar que la había acompañado. El silencio cayó como una losa sobre las dos mujeres. Onneca miró a Assona y su aparente entereza se derrumbó cuando vio resbalar las primeras lágrimas por la mejilla de su nuera. La tomó por el hombro y la acercó hacia sí, cabeza con cabeza. Entonces la anciana puso su mano sobre el vientre de la muchacha, y Assona supo que la llegada de su nuevo hijo ya no era un secreto. En esa

postura, en silencio y con los ojos arrasados en lágrimas, permanecieron ambas hasta que Musa, ataviado con su mejor indumentaria de campaña, cruzó de nuevo el puente en dirección a la ciudad.

Las tropas comandadas por Abd al Karim ibn Mugit hicieron su entrada en la *musara* poco antes de la oración de mediodía. Varios hombres a caballo las condujeron por un nuevo camino construido especialmente para el paso del ejército cordobés a través del puente. Hasta ese momento para cruzar el río era necesario atravesar la ciudad por sus estrechas callejuelas hasta alcanzar la puerta norte, que se abría sobre el puente mismo. El nuevo camino bordeaba la ciudad entre el río y la muralla, y permitía conectar con el paso sobre el cauce en un torreón arqueado de planta cuadrada que se había edificado en la parte exterior de la puerta, entre ésta y el puente, de forma que se abría a los cuatro puntos cardinales. Tutila se había echado a la calle para contemplar de nuevo aquel inusual espectáculo, esta vez junto a las murallas de su propia ciudad.

De inmediato, el general solicitó una entrevista con Musa y con el oficial militar al mando de las tropas de los Banu Qasi. Ambos cruzaron la puerta de Saraqusta para recibirlo, pero el general ya avanzaba a grandes pasos sobre el puente del Uādi Qalash. Abd al Karim podía aún rivalizar con el propio Musa en porte y presencia física a pesar de doblar su edad. El atuendo dejaba ver bien a las claras la elevada extracción del personaje, y ni siquiera la capa de polvo que lo cubría conseguía ocultar su calidad. Tras los saludos y las presentaciones, el *hayib* fue conducido hasta las dependencias más nobles de la alcazaba, pues no en vano se hallaban ante el hombre con mayor influencia y poder de la corte después del propio emir.

—Esa es una noticia de importancia, aunque he de confesaros que ya entraba en nuestros cálculos —valoró Abd al Karim.

Sólo dos días atrás se había recibido un correo desde Banbaluna, con el que uno de los hombres de Enneco informaba de la firma de un tratado de vasallaje entre el rey Alfonso II de Asturias y Velasco el Gascón.

—Sin embargo, parece indicar que Velasco está al tanto de nuestros planes —aventuró Sulaaf.

—Como os digo, la planificación de esta aceifa ha previsto el enfrentamiento con los ejércitos más poderosos. Ya eran numerosas las fuerzas que partieron de Qurtuba, entre las que se encontraban los jinetes beréberes llegados desde Ifriqiya, y durante el trayecto se han incorporado las levas de las coras: Tulaytula, Uādi al Hiyara, Madinat Salim y Saraqusta. Más de veinte mil hombres bien pertrechados. ¿Con qué fuerzas cuentas tú?

—Al otro lado del río acampan cinco mil hombres —respondió Musa con cierto orgullo—. Y cerca de Banbaluna mis hermanos se sumarán a nosotros con un número similar.

—Debería ser suficiente para aplastar a esos politeístas —dijo Abd al Karim tras valorar mentalmente el número total de efectivos—. Además las cosas parecen haberse complicado para Ludovico en Aquitania, lo que nos librará de su molesta compañía. Mañana nos reuniremos en esta misma sala con mis generales para trazar los planes definitivos de ataque.

—¿Cuántas jornadas tienes previsto demorarte en Tutila? —preguntó Musa.

—Pasado mañana partiremos al amanecer. La ociosidad en las tropas sólo crea conflictos... y esta noche tendrás ocasión de comprobarlo. Desde que salimos de Qurtuba han sido pasados a cuchillo más de cincuenta hombres.

—El almotacén ha sido puesto sobre aviso y se ha multiplicado la guardia. Se ha prohibido la venta y el consumo de vino incluso en las tabernas cristianas, y ninguna mujer se aventurará sola por las calles sin la compañía de su marido.

—Espero que sea suficiente. —El general se puso en pie—. Debo regresar a mi tienda para supervisar la llegada del resto de las tropas.

—Si es tu deseo, dispones de los mejores aposentos en la alcazaba —ofreció Musa.

—Agradezco tu hospitalidad, pero en campaña prefiero pasar las noches en la jaima, cerca de mis asesores y generales.

Musa y Sulaaf despidieron a Abd al Karim en la puerta exterior de la alcazaba y se dirigieron a la parte oriental de la muralla, desde donde esperaban contemplar los movimientos de las tropas. Muchos de los funcionarios de la ciudad ocupaban ya aquel privilegiado puesto de observación sobre ambas orillas del río. Al coronar la escalera, el espectáculo que se ofreció ante sus ojos hizo estremecerse a los dos hombres. Bajo una nube de polvo rojo que ya envolvía toda la ciudad, una marea humana se extendía en los descampados que rodeaban el recinto amurallado. Oficiales a caballo daban órdenes a sus unidades, que habían comenzado a bordear la muralla en dirección al puente del Uādi Ibru, estirándose en el estrecho espacio existente entre los muros y la orilla del cauce. Hasta ellos llegaba amortiguado el sonido rítmico del paso de los hombres en formación sobre el puente de madera.

—Semeja una columna de hormigas portando su botín hasta el hormiguero —dijo Sulaaf absorto.

Al atravesar el río, las unidades se recomponían y avanzaban hasta el lugar que se les había asignado, donde pronto empezaban a montar sus tiendas cubriendo grandes superficies de terreno. Sin embargo, no se apreciaba desorden ni aglomeraciones: varios soldados de cada unidad marcaban el suelo con cal a lo largo de una línea, y las tropas se disponían a ambos lados con sus tiendas y sus caballerías.

Los infantes que avanzaban a pie llevaban sus pertrechos y armas a lomos de mulas conducidas por los jóvenes asistentes con quienes compartían la pequeña

tienda.

—Fíjate, Musa. Deben de ser bereberes.

Sulaaf se refería a un grupo de hombres a caballo ataviados con amplias vestiduras de color claro abombadas en la parte inferior y tocados con turbante.

—Curiosa forma de montar, a la jineta. Mira sus estribos: son mucho más cortos que los nuestros, y eso eleva sus rodillas por encima del lomo del animal.

—De ahí su proverbial agilidad en la lucha. Al cabalgar, apoyan todo su peso sobre los estribos, casi en pie, y su movilidad es total. Además, sus sables son mucho más ligeros, y ninguno lleva cota de malla.

—A nuestro regreso debemos intentar que alguno de ellos permanezca en Tutila. Sus enseñanzas pueden sernos muy útiles —dijo Musa—. He oído que su destreza en el manejo del arco a caballo es inigualable.

—Compara su ligereza con la unidad que viene por detrás —apuntó Sulaaf.

Una unidad de guerreros cordobeses a caballo enfilaba el camino de la ribera. Montaban al estilo tradicional, a la brida, con los estribos largos y las piernas estiradas, como lo hacían los cristianos, soportando entre el caballo y el guerrero el peso de las grandes rodelas y escudos de hierro, lanzas de anchas hojas, corazas de cota de malla y cascos metálicos, y algunos llevaban largas y pesadas espadas, lo que hacía sus movimientos lentos y poco eficaces.

—Sin embargo, es grande su utilidad en el combate trabado —respondió Musa—. Quizá lo ideal sea combinar ambos tipos de jinetes. Debemos tenerlo en cuenta en el futuro.

Ante ellos seguía desarrollándose un espectáculo fascinante. Las grandes tiendas de los generales y oficiales se alzaron en la explanada de la *musara* j unto a las murallas y, desde su atalaya, el movimiento de las tropas que continuaban llegando semejaba un mecanismo bien engranado que se prolongó hasta bien entrada la tarde. Al ponerse el sol, empezaron a encenderse pequeñas hogueras en las que grupos de soldados calentaban sus escudillas, y un mar de puntos luminosos rodeó la ciudad.

Aquélla fue una noche de despedidas y de oraciones solitarias y colectivas. Las puertas de la mezquita permanecieron abiertas, y un desfile de fieles mantuvo encendidas cientos de lamparillas, de forma que en ningún momento dejó de escucharse el rumor de las oraciones. No sólo eran soldados insomnes ante la inminente partida, sino padres, madres y esposas que rogaban al Todopoderoso por el regreso de sus familiares. También Musa hubo de despedirse. La noche anterior lo había hecho de su madre y de su tío Zahir. Antes del amanecer entró con Assona en la alcoba de sus dos hijos y emocionado los besó en la frente. Luego salieron al corredor. A la luz de la luna y con el reflejo de las antorchas en el patio, Musa abrazó a su esposa y besó sus labios impregnados con el sabor salado de las lágrimas que

corrían por sus mejillas.

—Vuelve, Musa —dijo con voz entrecortada—. Por nosotros, vuelve.

—Volveré. Debo hacerlo. Por nuestros hijos...

En ese momento depositó su mano sobre el vientre de Assona.

—Por nuestros tres hijos.

Se agachó junto a ella y besó la pequeña hinchazón que ya se adivinaba.

Assona rompió a llorar, con un llanto quedo e incontenible.

—Te juro, esposa mía, que no dejaré que mi hijo llegue a este mundo sin conocer a su padre. No permitiré que sufra lo que yo sufrí.

La llamada del muecín desde el alminar fue escuchada aquel día por más oídos que nunca antes, y la oración colectiva se llevó a cabo en oratorios improvisados al aire libre en diferentes puntos del campamento. Varios imanes acompañaban al ejército desde Qurtuba, pero no eran los únicos que demostraban un fervor religioso fuera de lo común: parte de los soldados no habían sido reclutados por la leva obligatoria, sino que eran voluntarios movidos por el deseo de cumplir el precepto coránico de luchar contra los infieles. A veces eran ellos mismos quienes alentaban a sus camaradas, seguros de su fe y convencidos de que Allah les premiaría con el Paraíso en caso de caer bajo las armas cristianas.

Los mandos principales, con Abd al Karim al frente secundado por Musa, asistieron a la primera oración en la aljama, y desde allí se dirigieron hacia la vanguardia junto al resto de los altos oficiales, dispuestos a dar la orden de partida. La ciudad al completo presenció el paso de la comitiva acompañada por un incontable número de músicos que golpeaban timbales y címbalos o soplaban chirimías y trompas al ritmo de la marcha. Dispuestos todos junto a sus respectivas unidades, Abd al Karim dio la señal, y el sonido del cuerno se alzó sobre Tutila. Los últimos elementos de la retaguardia atravesaron el puente sobre el río cuando el sol llegaba a su punto más alto y una inmensa nube de polvo cubría el valle hasta donde alcanzaba la vista.

Tres días más tarde, en la víspera del ataque a Banbaluna, los vascones al mando de Enneco se unieron al ejército. Faltaban dos jornadas para la luna de Dul Hiyah cuando cayeron sobre la ciudad, que se encontraba dispuesta para el asedio. Para su sorpresa, comprobaron que Velasco contaba sólo con sus propias fuerzas. Al parecer el ejército de Alfuns, quizá dando Banbaluna por perdida, se había atrincherado mucho más al oeste, no lejos de los dominios del rey asturiano.

Negociada la rendición, se permitió a Balask y a sus hombres abandonar la ciudad, que los vascones ocuparon sin oposición. Sin embargo, el objetivo de Abd al

Karim era la derrota de los infieles allá donde se encontraran, y la expedición avanzó hacia poniente durante varias jornadas. Quizás Enneco no habría tenido necesidad de acompañar al general árabe, pero la deuda de lealtad contraída tras la liberación de Banbaluna le obligaba moralmente, así que dejó la ciudad en manos de Fortuño con una numerosa guarnición y se unió a Musa con el resto de sus hombres.

Los dos ejércitos se encontraron cerca del estrecho que el Uādi Ibru atravesaba en los confines de las tierras de Alaba, y allí se entabló la batalla. Trece días duraron los combates: los enfrentamientos entre hombres a caballo, cristianos y musulmanes, se sucedieron alternados con acciones de castigo a cargo de los rápidos jinetes bereberes... y los cadáveres se contaron por cientos. La versatilidad de sus fuerzas determinó la victoria de Abd al Karim, que durante dos jornadas consintió la persecución de los cristianos en desbandada. El ejército del emir dedicó tres semanas más a recorrer la zona arrasando fortalezas y capturando un sustancioso botín en pequeñas ciudades y aldeas, que, unido al rescate pagado por los nobles caballeros de alcurnia capturados tras la batalla, bastaría para recompensar largamente a los hombres, llenar las arcas y aun dedicar una parte a las obras pías.

El retorno se realizó en medio de un ambiente de euforia hasta las proximidades de la villa de Al Bayda, donde los caminos de unos y otros se separaban. Las fuerzas cordobesas debían dirigirse hacia la fortaleza de Baqira para atravesar la cadena montañosa que separaba el Uādi Ibru de la planicie central y enfilar el camino que les conduciría hasta Tulaytula. Enneco emprendería el regreso a Banbaluna, donde le esperaba la toma de posesión al mando de la capital vascona. Y Musa, al frente de los Banu Qasi, seguiría el curso del río hasta alcanzar Tutila de nuevo.

La noche anterior a la separación, el campamento se convirtió en una fiesta. Los responsables de la intendencia recorrieron las aldeas cercanas comprando a buen precio rebaños enteros de corderos que fueron sacrificados y puestos a asar en grandes espetones sobre las brasas de un fuego que se extendió a lo largo de cien codos. Corrieron el vino y el aguamiel, y nadie puso impedimento más allá de las protestas condenadas al fracaso de alguno de los imanes y hombres de ley.

Esa noche Enneco y Musa pudieron compartir una de las jaimas que se levantaban alrededor de la tienda del general Ibn Mugit. Hacía mucho tiempo que los dos hermanos de sangre no tenían la oportunidad de mantener una larga conversación a solas y no desaprovecharon la ocasión.

—De manera que en casa te espera un pequeño Banu Qasi. —Enneco dio un golpe a Musa en el hombro.

—Así es. Y parece que voy a poder cumplir la promesa que hice a Assona antes de partir.

—Hace poco más de un mes... y parece haber transcurrido una vida.

Musa asintió pensativo.

—Nuestra madre verá satisfecha cómo su sangre se perpetúa —evocó Enneco de nuevo.

—Las dos lo pasaron mal antes de la expedición, y se apoyaron la una en la otra. Supongo que ahora respirarán tranquilas sabiéndonos sanos y salvos. Piensas trasladarte de nuevo a Banbaluna con tus hombres, supongo...

—Y espero que esta vez sea la definitiva.

—Nuestras relaciones con Qurtuba serán fundamentales para que Ludovico se lo piense dos veces antes de intentar un nuevo ataque. Sabe que hacerlo desatará una nueva aceifa, y puede que esta vez el emir no dude en atravesar los Pirineos.

—Sin embargo, me preocupa el flanco oriental. La Sirtaniya está bajo el control de Aznar Galindo y sabes que es favorable a la sumisión ante los carolingios.

—Bien, Ludovico de momento tiene bastante con dominar la rebelión de los gascones. Y no parece que vaya a hacerlo en breve plazo.

Ambos quedaron pensativos durante unos momentos hasta que Musa volvió a hablar.

—¿Te das cuenta, Enneco, de que a partir de ahora está en nuestras manos el control de las tierras entre los Pirineos y el Uādi Ibru?

—Con el permiso del emir... —bromeó Enneco escépticamente.

—Llegará un día en que no sea así —respondió Musa con tono evocador—. En nuestras manos está unir nuestros esfuerzos para conseguirlo...

Enneco se removió en su litera.

—¿Estás pensando en una especie de condado independiente?

—Sé que eres tú quien lo piensa.

—Mi alma no tiene secretos para ti —dijo Enneco riendo—. Pero imagínalo, Musa. Mi pueblo ha mantenido durante siglos su idiosincrasia, su cultura y su lengua. Nos falta asentar un territorio y dejar de vernos sometidos a los vaivenes políticos y a los intentos de control por parte de francos y musulmanes.

—Al menos los musulmanes os han permitido siempre gobernaros según vuestras leyes; sólo se os ha exigido un tributo a cambio.

—Ésa es también una forma de sumisión. No quiero que mi pueblo tenga que pagar más por su libertad. Y te considero parte de ese pueblo, Musa. Tu sangre también es vascona.

—Pero me temo que no soy ejemplo de buen vascón —repuso Musa en tono risueño—. Mi soltura con vuestra lengua no es la misma que antes.

—No se lo perdonaré a nuestra madre —bromeó Enneco.

—Me trae tantos recuerdos oír a Onneca hablar en vuestra lengua... mis estancias en las montañas durante aquellos veranos... fuiste para mí el padre que me faltaba.

—En nosotros concurren circunstancias difíciles de repetir, Musa. Debemos utilizarlas para que nuestra alianza revierta en el interés de nuestros pueblos.

—Eso debería quedar sellado como un compromiso entre nosotros. —Musa se incorporó.

Los dos hombres se acercaron y se fundieron en un abrazo.

—Lucharemos juntos por la independencia de nuestro pueblo —sentenció Enneco.

—Mientras vivamos —apostilló Musa—. Éste es el pacto de Al Bayda.

Dos días después Musa y sus hombres partían hacia Tutila siguiendo el curso del Ibru. El avance era lento, en parte porque algunos de los hombres que volvían estaban heridos, y en parte porque acarreaban con un enorme cargamento en una interminable reata de mulas, como parte del botín que les había correspondido.

El recibimiento en las ciudades del camino fue triunfal, y por primera vez Musa fue aclamado por la multitud. La llegada a Qala't al Hajar fue acompañada de un desfile a través de sus calles empinadas al ritmo de las marchas militares. Ya antes de alcanzar la ciudad, se habían producido escenas de reencuentro entre los hombres que regresaban y sus familias, que salían al camino en busca de los hijos, padres o esposos.

Musa fue informado de la muerte de Hakim, el viejo *'amil* de la ciudad, durante su ausencia, y fueron recibidos por su hijo primogénito, que llevaba el mismo nombre y le había sucedido en el cargo. Por primera vez en varias semanas, Musa pudo deleitarse con un baño en el *hammam* antes de asistir a la cena preparada para ellos en uno de los salones de la fortaleza.

Escenas similares se repitieron al día siguiente cuando alcanzaron la vecina ciudad de Al Faru, separada de Tutila tan sólo por doce millas. La cercanía hizo posible que algunos de sus habitantes llegaran desde allí en busca de noticias de sus familiares. La mayoría se sumó a la celebración tras el reencuentro, pero otros sólo pudieron recibir la confirmación de la desgracia para sus familias. Musa estaba preparado para afrontar la desesperación de quienes habían perdido a alguien, y desatendió las celebraciones para acudir junto a sus vecinos y ofrecer el poco consuelo que podían recibir. La mayor parte eran esposas jóvenes o hijos de cierta edad, los únicos que habían sido capaces de cubrir la distancia que separaba las dos ciudades. Musa se ocupó de que fueran atendidos y les ofreció lo único que estaba en sus manos: la garantía de la atención a los huérfanos y a las viudas. En el reparto del botín, ellos serían tratados con preferencia, de manera que ninguno quedara desamparado.

La comitiva que llegó a Tutila no era ya tan numerosa, pues muchos efectivos habían ido quedando en las ciudades del camino. Sin embargo, toda la ciudad se echó

a la calle para recibir a las tropas vencedoras. Rodearon en formación la ciudad entre saludos, vítores y el sonido casi inaudible de la marcha militar. Los muchachos corrían junto a los hombres que regresaban, y muchos de ellos cogieron en hombros a los más pequeños de brazos de sus madres. La formación se deshizo en la explanada, ante la puerta de Saraqusta, para permitir el reencuentro de las familias. Allí estaba Assona con Auriya agarrada a su túnica y el pequeño Lubb en brazos. Allí estaban también Onneca y Zahir. Musa bajó de su caballo sonriente, y Auriya corrió hacia él, se agachó hasta quedar a su altura y recibió su abrazo. En aquel momento Musa olvidó las interminables jornadas de cabalgada, el miedo en la víspera de la batalla y el olor de la muerte. Sintiendo la presión de los pequeños brazos de su hija ni el resultado de la batalla importaba nada. Pensó en los muchos brazos que habían quedado sin un padre al que rodear y sus ojos se nublaron. Se incorporó con Auriya aferrada a él y besó a Onneca, que se había acercado ya. Zahir también se colocó a su lado y con la mano abierta le acarició la cabeza y lo besó en la sien. Ambos se retiraron emocionados, y Musa quedó frente a su esposa. Con las manos libres se rodearon y Musa cerró los ojos para concentrarse en aquel momento que llevaba esperando tantas semanas.

—Te lo prometí, Assona —acertó a decir Musa—. Otra vez juntos, los cuatro... los cinco.

—Eres hombre de palabra —dijo Assona a medio camino entre la risa y el llanto.

—¿Cómo está? —Señaló al vientre de Assona.

—Todo va bien —respondió con una sonrisa tranquilizadora.

Musa tomó a Lubb en su otro brazo.

—¿Cómo se han portado mis pequeños?

—Bien —dijo Auriya con voz casi inaudible.

—Si es así quizá tenga algo para vosotros... pero tendremos que esperar un poco hasta llegar a casa.

Los pequeños bajaron al suelo contentos ante la promesa, y Musa se acercó de nuevo a su madre con Assona a su lado.

—Enneco os manda saludos. Ha tenido que regresar a Banbaluna para hacerse cargo de la ciudad, pero promete que vendrá en cuanto tenga oportunidad. Ya sabéis que Fortuño permaneció allí.

—Sí, envió un correo poco después de vuestra marcha —dijo Zahir.

—Tendrás mucho que contar, pero antes debes reposar —dijo Assona solícita—. Has adelgazado, y se te ve cansado.

—Tiene razón, hijo mío —corroboró Onneca—. Tiempo tendremos de escuchar vuestro relato. En casa te espera una buena mesa y un buen lecho.

Poco a poco la normalidad fue retornando a Tutila después del regreso y la

desmovilización de las tropas. Los hombres retomaron su actividad en sus tierras y en sus quehaceres. Las mujeres, los hombres de edad y los muchachos demasiado jóvenes para acudir a la guerra se habían ocupado de recoger las cosechas de cereales, y ahora, mediado el verano, una de sus principales ocupaciones era conseguir el agua suficiente con la que regar los campos y proteger los cultivos del calor abrasador. Después de la tormenta que suponía la movilización para la guerra, la ciudad parecía anhelar la calma, y el verano discurría con placidez.

Las vides empezaban a colorear cuando, un atardecer, una comitiva llegó hasta las puertas de la ciudad a través del puente del río, procedente de los bosques de Al Bardi. Pidieron parlamentar con el gobernador, y Musa fue avisado en su *almúnya*, donde pasaba las horas de más calor del día cobijado por la sombra y el frescor del agua. Los visitantes fueron conducidos por la guardia hasta el patio en el interior de la alcazaba, adonde Musa se trasladó a lomos de su caballo para celebrar la entrevista.

De los seis hombres que componían el grupo, uno mostraba un aspecto más noble por su porte y por su vestimenta, que incluía una loriga de bella factura y un yelmo que portaba en la grupa de su cabalgadura sujeto con un arnés. Fue precisamente el que se adelantó.

—Mi nombre es García de Sirtaniya. Hasta ahora yerno del conde Aznar Galindo, del que supongo has oído hablar.

—No sólo de él, sino de ti mismo también. Debes de ser el hijo mayor de Galindo Belascotenes.

—¿Conoces a mi padre?

—He oído hablar de él. Si no me equivoco era quien gobernaba vuestras tierras después de hacerse tributario del emir, de la misma forma que lo hacía mi hermano Mutarrif en Banbaluna. Y de la misma forma debió ser desalojado del poder por Aznar Galindo, partidario del emperador.

—No de la misma forma... mi padre no fue muerto como tu hermano, sólo fue derrocado, pero vive.

—¿Y cuál es la causa de tu... de vuestra visita?

García reparó en que no había presentado a sus acompañantes.

—Éstos son mi escudero y cuatro fieles amigos que me siguen en mi destierro.

—¿Destierro, dices?

—Es una larga historia... y el calor del camino ha sido agotador.

—Perdonad mi falta de hospitalidad. Os ruego que me acompañéis a mi residencia, allí tendréis ocasión de reponeros de las fatigas del viaje.

Los cinco acompañantes declinaron la invitación, y prefirieron quedarse en las dependencias de la alcazaba. Sólo García aceptó, y juntos se dirigieron hacia la casa, donde el recién llegado pudo asearse y compartió mesa con Musa.

—Bien —dijo Musa al finalizar la cena—. ¿Cuál ha sido la causa del destierro del que me hablabas?

—Te lo explicaré. Mi matrimonio con Matrona, hija de Aznar Galindo, fue concertado por el propio conde, supongo que con el deseo de neutralizar el deseo de venganza que pudiera quedar en mi corazón por el derrocamiento de mi padre. Precisamente siguiendo su consejo acepté el casamiento, pero pronto descubriría que había cometido un error. Las relaciones con mis cuñados, Galindo y Céntulo, nunca fueron buenas, pero sólo por no importunar a su hermana evitaban someterme a sus agravios. Sin embargo, la pasada noche de San Juan, en Bellosta, la villa donde vivimos, con la fiesta y el vino debieron quitarse sus mordazas, y los dos hermanos, junto a algunos de sus amigos, con la excusa de mostrarme algo, consiguieron atraerme hasta un hórreo que se alza junto a las eras del pueblo. Al verme dentro atrancaron la puerta y comenzaron sus chanzas: se ufanaban del triunfo de su padre y se burlaban del mío por haber pactado con los moros. Más de dos horas me retuvieron allí, escuchando sus risas y sus burlas. Hasta mi hombría pusieron en duda delante de todos los presentes porque Matrona no había quedado encinta desde nuestro matrimonio.

»Su propia embriaguez les impidió valorar el grado de cólera que habían infundido en mí. Apretaba los puños con tanta fuerza que me sangraban las palmas de las manos. Cuando la puerta se abrió fue como si alguien soltara de golpe la cuerda tensa de un arco: armado con el mango de alguna vieja herramienta me lancé ciego de ira contra el primero que encontré a mi paso, y la estaca quebró su sien. Céntulo cayó de rodillas con los ojos abiertos de par en par, y luego se dio de bruces contra el suelo, muerto ya.

Musa no había querido interrumpir su relato hasta entonces, pero aprovechó la pausa de García para preguntar:

—¿Qué hiciste entonces?

—Huí mientras trataban de ayudar... al muerto y me tiré a las montañas, y oculto en ellas he permanecido hasta ahora. Sin embargo, aún conservo la lealtad de muchos seguidores de mi padre, que me han acogido.

—¿Y tu esposa?

—Tiempo después del incidente supe que Matrona se había puesto de parte de su padre y de sus hermanos... no tuve más remedio que repudiarla.

—Bien, no puedo decir que tu causa me provoque rechazo, pero ¿por qué vienes a mí?

—No puedo vivir como un fugitivo en las montañas por defenderme de una ofensa. Busco asilo, Musa. Y si me he dirigido a tierras de los Banu Qasi es porque tu familia y la mía han mantenido una política de alianzas similar y rechazamos el dominio carolingio. Es más, os ofrezco una alianza que puede seros ventajosa... a ti y

a los vascones de Banbaluna.

—Habla.

—Os propongo combatir con vuestro apoyo a los Aznar y, en caso de hacernos con el condado, sumarlo a la alianza que ya tenéis establecida tú y tu hermanastro.

Musa no dijo nada durante unos momentos, concentrado en valorar las posibilidades que se abrirían en caso de llevar adelante el acuerdo.

—Creo... que Enneco estará interesado en escuchar tu propuesta —repuso al fin—. ¿Con qué medios cuentas?

—No dispongo de hombres dispuestos para la lucha, soy un fugitivo, ya lo sabéis. Pero partidarios de mi causa hay muchos en mi tierra, algunos de ellos representantes de grandes familias. Sin duda tendremos su apoyo. Pero los hombres deberás aportarlos tú.

—Tu ofrecimiento viene a dar respuesta a una preocupación que Enneco y yo ya hemos tratado: la debilidad de su flanco oriental.

Levantó la copa risueño invitando a García a hacer lo mismo.

—Apuesto mi barba a que acepta tu proposición.

Musa decidió aportar un millar de hombres bien pertrechados y otros tantos caballos, y con ellos se dirigió junto a García hasta Banbaluna, donde Enneco ya había sido advertido de la situación. En esta ocasión la conversación se desarrolló entre los tres hombres.

—... de manera que ésas son las ventajas que te ofrece el trato —acabó de exponer García.

—No te niego que tu iniciativa me seduce: no es la primera vez que me la he planteado. De poco me sirve guardar las puertas de mi tierra controlando el paso de los francos por los Pirineos, si en el condado vecino se les facilita la entrada.

—Además —terció Musa—, con los francos retenidos por la rebelión de los gascones, es el momento propicio. Nadie acudirá en ayuda de Aznar Galindo.

—Sea, pues —decidió Enneco—. Sellaremos nuestra alianza.

García había alzado la mano y, por su expresión, parecía querer añadir algo más.

—Habla —pidió Enneco.

—Hay una manera de reforzar para siempre los lazos entre nuestras familias. Quizá sea precipitado planteártelo así, pero...

—Di lo que tengas que decir, te lo ruego.

—Ya te he dicho que hube de repudiar a mi primera esposa, y no soy hombre que se acomode a vivir sin una hembra a su lado... Me gustaría pedirte la mano de tu hija menor, Nunila.

Enneco quedó sorprendido por la audacia, la determinación... y la brusquedad de aquel hombre. Durante un momento permanecieron en silencio, observándose,

mientras trataba de adivinar con una escrutadora mirada la calidad de las intenciones de aquel joven recién llegado.

—No seré yo quien conceda la mano de mi hija sin su beneplácito —respondió al fin para darse un plazo de reflexión.

—Me parece oportuno que sea ella quien lo decida. Trasladadle mi petición y concertad un encuentro si ése es su deseo.

—Lo haremos así.

—Ésta es pues mi propuesta: yo me pondré al frente de las tropas que podáis reunir y entablaré batalla con el que fue mi suegro. En caso de conseguir nuestros propósitos, yo quedaría como señor de la Cerretania y se celebraría la boda con Nunila. Se sellaría así ante el Todopoderoso la alianza entre nuestros pueblos. Si te parece necesario, antes podría quedar firmado el contrato de matrimonio, que se haría efectivo a mi regreso de la batalla, en caso de volver con las llaves del condado.

Musa y Enneco se miraron con expresión de sorpresa.

—Parece que nada de esto es fruto de la improvisación —dijo Musa.

—Y no lo es. En las tres lunas que han transcurrido desde la muerte de Céntulo he tenido ocasión de reflexionar y trazar planes... y creo que son planes que nos benefician a todos. Por ello os ofrezco esta alianza.

Las experimentadas tropas de Enneco recién llegadas de la campaña victoriosa contra los asturianos, reforzadas con los hombres que habían acompañado a Musa, no requirieron de un gran esfuerzo en el enfrentamiento que tuvo lugar en las cercanías de Iacca para expulsar de su territorio al conde Aznar, que no tuvo más opción que atravesar los Pirineos para buscar refugio al amparo de Ludovico. Con él partieron sus hijos Galindo y Matrona, tan airados como su padre y jurando que volverían en busca de lo que consideraban suyo.

Nunila, tras conocer en persona al hombre que la pretendía, no había tardado en dar su consentimiento a su padre y, una vez que García asumió el control de aquellas tierras en torno al Uādi Yallaq, fue conducida hasta allí junto a su madre, Toda. La ceremonia de la boda tendría lugar semanas más tarde en la ciudad de Iacca.

Musa decidió regresar a Tutila para retomar los asuntos de la *kurah*, que llevaban demasiado tiempo ya en manos de sus segundos. Una de las primeras tareas que acometió a su llegada fue informar de primera mano a Abd al Rahman acerca de los últimos acontecimientos, y de la alianza matrimonial que estaba a punto de concretarse, de evidente importancia estratégica para los intereses del príncipe frente a la amenaza procedente de la Galia. En su gabinete le esperaba también un correo llegado días atrás desde Qurtuba, en el que Ziyab le ponía al corriente de la situación de tensión que se vivía en la capital desde hacía meses. Al parecer los alfaquíes mostraban su descontento ante la actitud del soberano, cada vez más desconfiado y

tendente a apoyarse en su guardia personal, los mudos, para imponer sus decisiones a la ciudad. El grado de poder que habían alcanzado algunos personajes de la corte que no procedían de la aristocracia árabe cordobesa, y en especial Rabí ben Teodulfo, reavivaba las envidias. Pero esta vez la *jassa* cordobesa, que había tomado nota de la feroz represión con la que el emir había respondido a la conjura doce años atrás, estaba recurriendo a una estrategia diferente, consistente al parecer en extender el descontento entre la población, en base a los actos ciertos del emir o en rumores convenientemente extendidos. Los alfaquíes, hijos algunos de ellos de los crucificados junto a la orilla del río, acusaban al emir de impiedad por tolerar la existencia en puestos de responsabilidad de la administración cordobesa de infieles, a quienes culpaban de la extensión de toda clase de males en la sociedad. El malestar parecía extenderse, y Ziyab se mostraba preocupado, pero proseguía su formación, a la que dedicaba todos sus esfuerzos. Por la misma carta Musa supo que Abd al Rahman había sido llamado de nuevo a Qurtuba, y que en breve se nombraría un nuevo gobernador de la Marca.

Onneca contaba sesenta y siete años, pero a pesar de su edad y de la distancia, insistió en acudir hasta Iacca para asistir a la boda. Sabía que en aquella catedral estarían todos sus hijos y todos sus nietos, y sentía que no iban a ser ya muchas las ocasiones en que pudiera disfrutar de algo así. También Assona se obstinó en acudir junto a su hermana a pesar del avanzado estado de su embarazo. Musa estaba preocupado por el traslado de ambas y trató de buscar un medio de transporte cómodo que evitara el trote de las caballerías. Pensó en los tradicionales palanquines, pero la distancia era demasiado larga para transportarlas a ambas a hombros de esclavos. Fue Sulaaf quien sugirió la respuesta: tras el paso del ejército cordobés por Tutila se había encargado de que una recua de camellos se quedara en la ciudad con el objeto de iniciar su reproducción y su cría. Su andar era pausado y cómodo para quien montara en sus sillas especialmente adaptadas. Muchos de los habitantes de Iacca se asombraron al ver aparecer por sus calles, como parte del cortejo nupcial, a ambas mujeres cómodamente sentadas sobre almohadones de plumas en las cestas que colgaban a ambos lados de aquellos extraños animales que jamás antes habían visto.

Capítulo 10

Año 818, 202 de la hégira

Noticia del correo enviado por Ziyab desde Qurtuba, recibido en Tutila en el mes de Rajab del año 202 de la hégira:

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Estimado amigo Musa,

Los rigores del invierno no consiguen enfriar los ánimos enardecidos en la ciudad. Y es la soberbia de Rabí ben Teodulfo la que echa leña al fuego que arde soterrado en los arrabales. El emir Al Hakam le ha confiado todos los asuntos referidos al gobierno de la ciudad, y bien que lo ejerce sin ninguna clase de escrúpulos, protegido por la guardia personal de al jurs, que mantiene acuartelada en continua alerta junto a las puertas del alcázar.

El último motivo de descontento ha sido la aplicación de un nuevo impuesto a los musulmanes, que precisamente ahora no atraviesan buenos momentos. Temo que su manifiesta aversión hacia los árabes acabe provocando el odio de éstos hacia sus vecinos cristianos, que tampoco son responsables de los excesos del gobernador.

La fortuna que ha amasado es motivo de escándalo, y se permite conceder préstamos con abultados intereses incluso a alfaquíes a quienes ha contribuido a arruinar.

Uno de los eunucos del palacio que me aprecia y con el que mantengo cierta amistad se atrevió a contarme en voz baja que la intimidad de Rabí con el soberano le ha llevado a mostrarse altivo hasta tal punto que se atreve a hacer que los árabes y beréberes le besen la mano, y que al quedarse a solas con sus privados incluso les ha hecho traer agua para decirles: «Lavadme lo que me han manchado esos perros.»

Ruego a Allah el Misericordioso que ilumine a nuestro soberano y abra sus ojos. Que su inteligencia sea como el agua caída del cielo que apague las brasas que consumen a este pueblo. Muchos piensan que un simple soplo de aire puede inflamarlas y ser su perdición.

Ruego a Allah, el Justo y el Clemente, que toque los corazones de quienes

nos gobiernan e impida que el esplendor de esta urbe quede empañado por las miserias de sus hombres.

Que Allah Todopoderoso te bendiga.

Escrito en Qurtuba el segundo día de Rajab del año 202 de la hégira.

Noticia del correo enviado por Ziyab desde Qurtuba, recibido en Tutila finalizado el mes de Ramadán del año 202:

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Mi querido hermano,

Quisiera no tener que llenar este pergamino de palabras amargas, pero mis plegarias no han sido escuchadas. Al fin ha estallado la rebelión y Qurtuba se cubre de sangre. Fue hace siete días, un miércoles aciago, transcurridas trece noches del mes de Ramadán. La debacle se desató en el arrabal, al otro lado del río. Permíteme que te ponga al corriente de los hechos y de sus antecedentes, sin importar el número de rollos que tenga que emborronar, pues sé que escribir aliviará mi espíritu afligido.

Resulta que, después de que el anterior emir Hisham restaurase el puente romano sobre el Uādi al Kabir, el río dejó de ser obstáculo para que la ciudad se extendiese por la orilla izquierda, y así se formó un arrabal bullicioso y muy poblado, que acabó englobando a la vecina aldea de Shaqunda. Sin embargo, este arrabal no estaba habitado sólo por la plebe, porque muchos cordobeses encontraron acomodo en él por su cercanía a la Mezquita Mayor y al propio palacio del emir. Estudiosos y empleados del gobierno, alfaquíes y comerciantes empezaron a convivir en las mismas calles con los elementos más levantiscos del populacho. Este arrabal se había convertido hacía ya años en el núcleo de la oposición al emir, que tampoco dejaba de encontrar simpatías en el centro de la ciudad propiamente dicha.

Ya te he hablado en cartas anteriores del malestar de la población, exasperada con los últimos impuestos extraordinarios instituidos por Rabí ben Teodulfo. Y en estas semanas los alfaquíes se han guardado mucho de emplear su influencia para intentar aplacar a la plebe. Antes bien, han utilizado las mezquitas y la noche para ocultarse de los informadores del emir y seguir azuzando el descontento de los fieles.

Lo que extraña sobremanera es que Al Hakam parecía temer esta revuelta, pero no hizo nada por impedirla. Había reforzado las defensas de la ciudad, colocó sólidas hojas en todas las puertas, e incluso abrió un nuevo portón, que llaman la Puerta Nueva, del cual salía un camino que conducía a un vado sobre el río aguas arriba de la ciudad. La caballería estaba acantonada a la puerta del alcázar, como esperando el asalto.

Ya te conté que las brasas se encendían en Qurtuba bajo la aparente calma. Y el incendio se produjo allí, en el arrabal, el pasado miércoles.

Las cosas, según se nos ha informado en el palacio, ocurrieron así:

Al parecer, uno de aquellos soldados del emir apostados en la puerta de su alcázar y que eran mal vistos y odiados por el pueblo llevó una espada con herrumbre a uno de los espaderos del zoco para que se la bruñese y afilase por un precio que le pagó por adelantado. Le pidió que lo hiciese pronto, pero el espadero se dilataba y se dilataba, y el soldado insistía una y otra vez en que se la acabase, quejándose de que tenía miedo de ser castigado por su superior cuando pasase revista y no tuviese la espada. Pero el espadero seguía posponiéndolo, sin hacerle caso, hasta que el soldado le urgió para que fijase el momento, bajo amenaza de que mataría al villano que intentase mofarse de él. Se enfureció el soldado con el espadero y le hizo entrar a empujones en su local, con golpes y gritos. El odio del espadero se encendió, y se agitó lo peor que había en su espíritu, y no tuvo empacho en irse a la espada en cuestión, que yacía en un rincón de su tienda, y, tras sacarla de su vaina asestó un golpe al soldado y lo mató. Inmediatamente se produjo un tumulto, como si la gente estuviese esperando la señal. Se fueron a las armas y salieron dispuestos a luchar, los primeros los del arrabal meridional frente al alcázar. Pronto se unió a ellos la gente del resto de la ciudad, y frente a ellos los partidarios de los omeyas rodearon la fortaleza y se congregaron en defensa del emir.

Créeme, Musa, que el griterío salvaje que llegaba hasta las dependencias del palacio donde yo me encontraba en compañía de mis maestros podía helar la sangre de cualquiera.

Al Hakam subió de inmediato a la azotea, sobre la Puerta de la Azuda, para enardecerlos. Mandó distribuir armas y caballos a sus soldados y, tras formarlos en escuadrones al mando de sus mejores alcaides, los lanzó a combatir a los levantiscos. Almugirah ibn Hisham combatía en la Puerta del Puente, pero Ubayd Allah ibn Abdallah atravesó el río por la musara e Ishaq ibn Almundir salió por la Puerta Nueva y lo cruzó por la orilla del Arenal. Entre los dos rodearon a los rebeldes por detrás, cebaron sus armas en ellos y buscaron sus gargantas con las picas.

En lo más arduo del tumulto Abbas ibn Abdallah se introdujo en el arrabal,

prendió fuego a sus casas y las saqueó. El griterío de sus gentes llegó a la Puerta del Puente, donde combatían los hombres, que retrocedieron queriendo salvar a sus familias, pero en ese momento Almugirah les cayó encima: se desbandaron y fueron perseguidos por los demás alcaides, que perpetraron una carnicería y pasaron a cuchillo a los fugitivos, de los que pereció gran número.

Los alcaides llevaron a Al Hakam las cabezas de los líderes de la revuelta en la punta de sus lanzas: la derrota alcanzó a toda la gente del arrabal, la matanza se generalizó, y los rebeldes fueron perseguidos en casas y aposentos. De los muchos prisioneros, trescientos fueron crucificados en línea ante la Puerta del Puente hasta el final de la musara, junto a la orilla del río. Nunca antes se había visto mayor número de crucificados ni espectáculo más espantoso. La matanza, el pillaje de sus casas y la persecución de los escondidos continuaron durante tres días.

Uno de los visires, maestro y buen amigo, se encontraba junto a Al Hakam en la azotea del alcázar en el momento más intenso del combate. Anoche mismo me refirió una anécdota que te dará cuenta de la clase de hombre que es el emir. En lo peor de la lucha, con atronador estrépito de armas bajo sus pies, Al Hakam pidió que le trajeran un frasco de algalia. El criado se retrasó pensando que su señor disparataba al pedir tal cosa, pero finalmente le llevó el frasco, y el emir se lo echó sobre la cabeza. El criado, Lorenzo, creo recordar que era su nombre, no pudo contenerse e inquirió: «Pero, señor, ¿es éste momento de usar perfume?» A lo que el emir respondió: «Calla, desgraciado. ¿Cómo podría, si no, quien matase a Al Hakam distinguir su cabeza de otra cuando la arrastrase?» Esto te dará idea de su personalidad, su estoicismo, su indiferencia hacia la muerte: hacia la suya propia y la de los demás.

Al día siguiente de la revuelta, Al Hakam ordenó al propio Rabí ben Teodulfo demoler todo el arrabal meridional del que había surgido la sedición, destruirlo hasta dejar su suelo liso y borrar las huellas de su existencia, cosa que se está haciendo, hasta convertirlo en tierra de labor. El emir ha publicado un edicto en el que exige a sus hijos y descendientes, a manera de manda testamentaria, el más firme compromiso de mantenerlo sin edificar mientras la autoridad sobre Al Ándalus recaiga sobre los omeyas.

Transcurridos esos tres días, el emir ordenó suspender la matanza y cesar la búsqueda de los ocultos, y redactó un escrito de aman, que fue divulgado y pregonado, con tal de que todos salieran de la ciudad. Cada cual abandonó Qurtuba como pudo a lomos de cualquier tipo de cabalgadura.

Hoy, cuando quedan diez noches para el fin de Ramadán, han partido los últimos habitantes del arrabal. Al parecer, la mayoría ha huido a Tulaytula, ciudad elegida por la tradicional rebeldía de sus gentes hacia el emir. Otros

muchos parten con la intención de poner agua de por medio y cruzar hasta las costas de la Berberiya, en el norte de Ifriqiya.

La ciudad sigue en estado de guerra, pero la calma se ha impuesto, esta vez por la fuerza de las armas. El miedo hace acallar el odio de nuevo. Toda actividad oficial sigue interrumpida, hay toque de queda desde el anochecer y las calles siguen tomadas por la guardia personal del emir.

No sé cuánto tiempo durará esta situación. La actividad en las escuelas y entre los propios eruditos de la corte también se ha detenido, conmovidos como están nuestros espíritus ante la magnitud de la tragedia que hemos vivido, y que sin duda se recordará en la posteridad.

Ruego a Allah que en su Sabiduría pueda insuflar en los corazones de quienes conducen nuestros destinos el grado necesario de cordura para evitar que situaciones como ésta puedan repetirse.

En Qurtuba el vigésimo día de Ramadán del año 202 de la hégira. [17]

Noticia del parte de victoria enviado a todas las *kurah* de Al Ándalus desde la cancillería de Qurtuba.

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Allah tiene la gracia y el favor, el poder y la justicia y, cuando quiere disponer y completar algo a quien ha hecho digno y merecedor de ello, le otorga el acierto y el poder, y cumple su designio de que triunfe, no dando a ninguna de sus criaturas fuerza para oponerse e impedirlo, hasta cumplirse a su satisfacción su decisión, positiva o negativa, pues escrito está en el original del Libro que no hay quien tuerza las palabras de Él, Honrado y Ensalzado.

El miércoles, transcurridas trece noches del mes de Ramadán, se juntaron los depravados, la canalla y la gente ínfima de Qurtuba, esparteños de corto alcance y rústicos, en actitud petulante e insolente, sin mediar desmán, mala acción ni hecho censurable de nuestra parte contra ellos. Blandieron armas y se aprestaron al combate, dando gritos de defección y manifestación de rebeldía y arrogándose una autoridad que Allah no les había concedido para disponer del destino de Sus criaturas e invadir el ámbito de Sus sentencias.

Al ver en ellos este punto de traición y hostilidad, ordené guarnecer la muralla de la ciudad, lo que se hizo con hombres y armas; luego puse en acción a las tropas de caballería e infantería contra los rufianes que se unían contra mí en los arrabales, las cuales, metiendo los caballos por sus calles y callejones, les tomaron las salidas y atacaron esforzadamente, repitiendo sucesivos embates, de modo que aquellos esclavos no pudieron sino volver las espaldas y entregar sus miserables cabezas, que Allah puso en manos de los confirmados en la perspicacia, abandonándolos por su delito, derribándolos por su iniquidad y castigándolos por su deslealtad con la más terrible carnicería y destrucción general, víctimas de escarmiento infamante y público, en castigo por la violación de su juramento de lealtad y su rechazo de nuestra obediencia, aunque su castigo en la otra vida será más ignominioso y doloroso.

Puesto que Allah los hizo morir por su pecado y nos ayudó tan excelentemente, me he abstenido de expoliar sus propiedades, tomar en cautividad a sus menores y mujeres y matar a inocentes no implicados, por mor de ganar en consideración y beneplácito ante quien me auxilió contra ellos, el Poderoso y Majestuoso, disfrute yo de su amistad y parabién, y sea depositario de loa y agradecimiento a Él. Alabad a Allah, el que hace favores y gracias, gentes leales y súbditos, pues nos ha permitido, a nosotros y a todos los musulmanes, matarlos, humillarlos, reprimirlos y destruirlos, pues cuán grande ha sido la gracia que nos ha hecho, otorgándonos la capacidad necesaria y completándonos su benevolencia a nosotros y a vosotros en esto, pues era gente osada en el intento, depravada en su perdición y el menosprecio de los imanes, proclive a los politeístas, a los que se inclinaban al desear su égida. Sean dadas gracias repetidas a Allah, con reconocimiento acumulado, por haberlos exterminado y cortado su maldad.

He querido darte a conocer cómo ha obrado Allah contra ellos, dada tu lealtad hacia nosotros y la consideración en que te tenemos, para que seas partícipe con nosotros de la alegría por ello, y deis gracias a Allah, tú y nuestros obedientes seguidores que están a tu lado, por su espléndido favor en el caso: compartid el agradecimiento a Él, si Allah lo quiere.

Capítulo 11

Año 822, 206 de la hégira

El pequeño Ismail, de tan sólo dos años, gritaba excitado mientras veía cómo su padre era perseguido por el resto de sus hermanos en los extensos jardines de la *almúnya* junto al río. Auriya, con sus ocho años cumplidos, era ya una mujercita cuyo pasatiempo preferido consistía en asumir el papel de madre de sus cuatro hermanos varones. Aunque Lubb, sólo un año menor que ella, se había cansado de sus ansias de protección, Mutarrif y Fortún, de cinco y cuatro años, la adoraban y pasaban largos ratos entretenidos con los juegos que ella proponía. Pero su juguete preferido era Ismail: lo peinaba con un pequeño peine de marfil de Assona, le daba de comer y casi fue ella quien consiguió que diera los primeros pasos sujetándolo de los brazos hasta que pudo tenerse en pie.

Musa había decidido dedicar a su familia la última tarde de su estancia en Tutila, antes de emprender el largo camino hacia la capital de Al Ándalus. Sólo tres días antes, había llegado un jinete exhausto que portaba un recado de Abd al Rahman, en el que daba cuenta de la grave enfermedad del emir, desahuciado ya por los médicos. El desenlace fatal podía producirse en cualquier momento, y por ello el príncipe animaba a Musa a ponerse en marcha para asistir a los funerales de su padre y a la posterior ceremonia de coronación del nuevo soberano. No había tenido que pensarlo mucho: llevaba años deseando hacer aquel viaje, fascinado por los relatos que los viajeros hacían de la vida en la gran ciudad, de su gran mezquita, sus palacios, sus zocos repletos de mercancías llegadas de todo el orbe... Y tampoco era ajena a su decisión la posibilidad de volver a encontrar a su buen amigo Ziyab. De hecho, en alguna de sus muchas cartas le había propuesto ya emprender este viaje. El momento había llegado, y Assona supo comprender el deseo de su esposo: no estaría sola, porque Onneca y Zahir se habían trasladado a vivir con ellos en la amplia residencia, sus amigas la visitaban con frecuencia, en especial Farah, y el servicio era más que suficiente para hacerse cargo del cuidado de los cinco pequeños.

Los tres días anteriores habían sido de una actividad frenética: Musa atendió los asuntos de la ciudad que debían quedar ultimados, y con plena confianza los dejó en manos de Sulaaf. Habría preferido que su buen oficial y amigo lo acompañara en aquel viaje, pero la permanencia de éste en Tutila le proporcionaba una total tranquilidad. Convocó al Consejo de notables de la ciudad para darles cuenta de los acontecimientos en Qurtuba y de la invitación del príncipe, y en la reunión se decidió

la composición de la comitiva que viajaría con él: los más interesados parecían ser los comerciantes, pero también los alfaquíes y alguno de los maestros de la mezquita. Musa estaba especialmente interesado en conocer el funcionamiento de la cancillería y la administración de la capital, así que decidió que se sumarían al grupo dos de los funcionarios con mayor experiencia, además de dos altos oficiales designados por Sulaaf.

Nada más conocer la intención de Musa, se presentó en la alcazaba Juan de Rada, el viejo médico mozárabe, acompañado por su hijo mayor, que había seguido los pasos de su padre, con quien compartía nombre y profesión. El joven estaba muy interesado en viajar a Qurtuba, donde ejercían su oficio los mejores físicos, no sólo árabes, sino también judíos y cristianos. Sabía que viajar al lado de Musa podría abrirle las puertas de aquellos maestros y, de ser así, no descartaba permanecer allí durante algunos años recibiendo sus enseñanzas. Musa aceptó con agrado la petición, no sólo por la amistad que le unía a la familia, sino por el conocimiento del latín y el griego que el padre había transmitido al joven médico, y que quizá les resultara útil durante el viaje.

Mujtar, el jefe del mercado, fue otro de los elegidos por deseo de Musa, interesado en que tomara nota del funcionamiento de los servicios públicos de la ciudad.

Los preparativos se hicieron tan rápido como fue posible, ante el temor de Musa de que se precipitara el fallecimiento del emir y nos les fuera posible llegar a tiempo a sus funerales, o ni siquiera a la ceremonia de coronación del nuevo emir. Al amanecer del segundo día de Dul Hiyah[18] veintiséis hombres y treinta caballos se dieron cita en el exterior de la Puerta de Saraqusta. Además de la comitiva que se presentaría ante la corte de Qurtuba, componían el grupo cuatro soldados fuertemente armados, tres palafreneros que se ocuparían de las monturas y tres criados más, armados también. Ninguno ignoraba los peligros que podían acechar en un trayecto largo y desconocido para la mayoría de ellos: sólo dos comerciantes que les acompañaban habían realizado la ruta anteriormente, y en ellos confiaba Musa para no perder el camino.

Afortunadamente, la época del año era propicia para emprender el viaje, pues las temperaturas eran suaves y el único riesgo que corrían consistía en tener que soportar las incómodas lluvias de primavera en alguna de las jornadas. Si todo marchaba bien podrían estar en Qurtuba en algo más de dos semanas, aunque, según los comerciantes, no era extraño demorarse hasta tres.

Aquel lunes el cielo amanecía limpio y un resplandor rosado tras los montes al otro lado del río empezaba a iluminar la explanada donde los caballos piafaban nerviosos. Cuando el disco redondo del sol estaba a punto de asomar tras el horizonte y la luz fue suficiente, Musa dio la orden de partir y arreó a su caballo en dirección al

sur. Tras él arrancaron los jinetes y la docena de mulas que portaban la impedimenta y los fardos con los regalos para el emir. Éste había sido un motivo de preocupación para Musa: no disponía de objetos de valor suficiente que pudieran servir como presente para el nombramiento de un emir..., si exceptuaba las pieles de la zona, que habían cobrado justa fama y eran fuertemente demandadas por los comerciantes. Sobre las grupas de alguna de aquellas mulas viajaban dos grandes pieles de oso, y una majestuosa y pesada capa confeccionada con docenas de pieles de marta bien curtidas.

La primera mañana transcurrió sin novedad, con los viajeros hablando animadamente mientras remontaban el curso del Uādi Qalash hacia su nacimiento en las montañas. Cubiertas las primeras quince millas, avistaron Tarasuna, la primera ciudad del camino donde harían alto. Sin embargo, antes de atravesar sus puertas, un grupo de monjes, algunos a caballo, parecían esperar su llegada junto al monasterio que se levantaba extramuros.

—Musa, el gobernador de Tutila, supongo —dijo uno de ellos cuando llegaron a su altura.

Musa hizo un gesto de afirmación.

—Soy fray Nicolás, el abad. Nos han llegado noticias de vuestro viaje a Qurtuba, y nos preguntamos si tendréis inconveniente en aceptarnos en vuestro grupo.

Musa observó al monje, grueso y de corta estatura. La tonsura daba a su cabeza un aspecto de esfera casi perfecta que rozaba lo cómico.

—¿Cuántos sois? —preguntó.

—Sólo dos: fray Pablo, un joven diácono, y yo mismo.

—¿Y cuál es el objeto de vuestro viaje?

—Hemos oído hablar de la riqueza de las bibliotecas cordobesas, de la maestría de sus copistas y de nuevas técnicas que desconocemos. Este monasterio se ha caracterizado siempre por la labor minuciosa de nuestros monjes en el *scriptorium*, y es nuestro deseo conocer el trabajo de maestros tan afamados.

Musa dirigió su mirada hacia sus acompañantes y en sus caras no percibió rechazo.

—No hay ningún inconveniente. Podéis acompañarnos si ése es vuestro deseo.

El rostro del fraile se iluminó.

—Aceptad hoy nuestra hospitalidad y entrad en el refectorio a reponer vuestras fuerzas.

—Debo entrevistarme con el *'amil* de la ciudad, y no disponemos de mucho tiempo para el descanso.

—En ese caso podemos hacer que se reúna con nosotros mientras compartimos las viandas.

Ante una forma tan expeditiva de resolver dos problemas de una vez, Musa no

dudó en aceptar el ofrecimiento, y así se lo hizo saber con un simple movimiento de la cabeza.

Sólo dos horas después, tras despedirse de las autoridades de Tarasuna, reemprendían el camino hacia poniente para rodear la imponente montaña que se alzaba ante ellos. La marcha se hizo más dificultosa a medida que ascendían hacia el paso natural que debía comunicarles con la gran planicie central del territorio de Al Ándalus.

Los días alargaban ya, y ello les permitió alcanzar todavía con luz suficiente la pequeña villa donde tenían previsto pasar la noche.{19} Musa sabía que el recibimiento sería caluroso, porque todavía se encontraban dentro de territorio Banu Qasi. Después de atravesar la cordillera, se adentrarían en la Marca Media, una tierra que nadie de su estirpe había hollado hasta entonces. Durmieron sin sobresaltos hasta la primera llamada a la oración, cuando aún no había comenzado a clarear, y saborearon el contundente desayuno ofrecido por el *'amil* antes de retomar el camino que ascendía serpenteando la ladera del monte.

A mediodía se encontraban a escasa distancia de la línea que separaba la zona cubierta de hayas y pinos del terreno desnudo de la cumbre, que aún conservaba el manto blanco del invierno. Musa, absorto, pensaba en cosas triviales. En ese momento recordaba que aquella misma nieve, ahora tan cercana, era la que semanas más tarde trasladarían hasta Tutila en grandes cántaras a lomos de las mulas, antes de que los primeros calores del verano la hicieran desaparecer de las cumbres. Si el pozo donde se almacenaba tenía la suficiente profundidad, al menos de veinte codos, el hielo duraría todo el estío. Se decía que Abd al Rahman se hacía preparar en las calurosas tardes de Saraqusta una bebida hecha a base de zumo de limón, miel y hielo picado. «Habrá que probar eso el próximo verano», se decía Musa mientras avanzaban hacia el desfiladero que se adivinaba en la distancia. A medida que ascendían, el musgo, los helechos y pequeños riachuelos sustituían al paisaje árido que les había acompañado hasta el día anterior. La mayor parte de los viajeros avanzaban emparejados, hablando para matar el tedio. Las ramas de las hayas y los enormes robles comenzaban a formar una bóveda sobre sus cabezas, donde la luz del sol se difuminaba. Abrían la marcha dos de los oficiales, tras los cuales se habían situado los comerciantes que daban las indicaciones, y los dos frailes de Tarasuna.

Musa detuvo su montura para interesarse por el resto de la comitiva, e intercambió algunas palabras con cada uno de ellos a medida que lo iban sobrepasando. Reemprendía el camino cuando en la cabecera se oyó un gran revuelo de gritos agudos, relinchos y gruñidos, seguidos de un golpe seco y voces contrariadas.

Espoleó a su caballo y en un instante alcanzó el lugar. Fray Nicolás, el abad,

permanecía tendido en el suelo, pálido y sin sentido.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Una manada de jabalíes —respondió un oficial—. Ha aparecido tras el recodo y los caballos se han asustado. El del abad se ha encabritado y ha lanzado a su jinete contra el suelo. Ha sido un golpe muy fuerte; con su corpulencia ha caído como un fardo.

En ese momento se acercaba Juan de Rada, el médico. Se agachó junto al herido y comenzó a examinarlo. Su espalda se apoyaba sobre una piedra parcialmente incrustada en el camino. Lo primero que hizo el físico fue comprobar si respiraba. Después introdujo sus dedos bajo la cabeza y los sacó cubiertos de sangre. Hizo un gesto de preocupación y pidió su daga a uno de los comerciantes. Con delicadeza pinchó al fraile en un dedo del pie derecho y luego hizo lo mismo con el pie izquierdo, pero en ninguno de los dos casos hubo respuesta. Repitió la operación con un dedo de la mano y el herido retiró el brazo.

—¿Es grave, Rada? —preguntó Musa.

El médico alzó la vista y con aire consternado afirmó con la cabeza.

—Puede que me equivoque y sea pasajero, pero me temo que se ha partido el espinazo.

El joven diácono lanzó un gemido y rompió a sollozar.

—¿Podemos moverlo? —preguntó de nuevo Musa.

—No sin peligro de agravar su herida..., pero tampoco podemos dejarlo aquí, en medio del bosque.

—¿Y qué propones? —repuso Musa malhumorado.

—Habrá que preparar unas buenas parihuelas para trasladarlo hasta la próxima aldea.

—¿No sería mejor retroceder? —dijo fray Pablo—. Será más rápido llevarlo cuesta abajo.

—Eso nos retrasaría un día, y la próxima aldea está a la misma distancia. Seguiremos adelante —decidió Musa—. Y deprisa, si queremos alcanzar refugio antes de que caiga la noche.

Consternados, trabajaron tan rápido como pudieron y colocaron al herido inconsciente sobre las parihuelas. Dos de los soldados las alzaron y retomaron la marcha. Avanzaban despacio, al paso de las andas, y aproximadamente cada media milla dos nuevos porteadores relevaban a los anteriores. Dejaron atrás la zona boscosa de la montaña y se enfrentaron a la inmensa llanura del altiplano. El médico cabalgaba a la altura del herido, y con frecuencia le humedecía los labios y comprobaba su respiración. A media tarde dio orden de parar.

—Llamad a Musa —dijo—. Ha muerto.

Fray Pablo se arrodilló emocionado ante el cadáver de su superior, hizo la señal

de la cruz sobre su frente y sobre su pecho, y comenzó a recitar un responso que sólo Juan de Rada supo acompañar.

—Démosle sepultura con rapidez —dijo uno de los nobles que los acompañaban—. No me gustaría encontrarme en estos páramos después de ponerse el sol.

Fray Pablo levantó la mirada hacia él.

—No consentiré tal cosa. Fray Nicolás descansará en tierra sagrada, aunque tenga que llevarlo con mis propias manos.

—No veo mayor inconveniente —intervino Musa—. Desalojad una de las mulas y cargad el cadáver. No hay tiempo que perder.

Recorrieron las dos últimas millas antes de llegar al siguiente poblado envueltos ya en la oscuridad de la noche, guiados por el tenue resplandor de un fuego encendido en la torre de vigilancia que se alzaba sobre los tejados. La reducida comunidad mozárabe de la aldea acogió el cadáver de fray Nicolás, que fue velado durante la noche en un viejo edificio de piedra que en tiempos remotos debió de ser la iglesia de la aldea. Al amanecer, el cuerpo fue enterrado en el camposanto que lindaba con uno de los muros laterales del templo.

Musa se acercó a presentar sus respetos a fray Pablo.

—¿Qué harás ahora? —preguntó después de la breve conversación.

—He pasado la noche tratando de decidirlo, Musa. No habíamos previsto algo así. Quizá deba regresar.

—No seré yo quien te retenga, fray Pablo. Pero sí te diré que en Qurtuba se encuentra un buen amigo que podrá ayudarte a cumplir tu misión. Posiblemente, si vuelves a Tarasuna, nunca más se te presentará una ocasión parecida.

—¿Y quién oficiará para mí la misa dominical mientras dure el viaje? —intervino el médico con una sonrisa.

Fray Luis sonrió también, y asintió con la cabeza.

—Quizá tengáis razón. Haré mejor servicio a mi comunidad si continúo adelante.

La siguiente etapa debía conducirlos a la fortaleza de Al Mahsan, en una jornada no tan larga como las anteriores, lo que les permitió disfrutar de un baño en el *hammam* situado a la orilla del gran río que lamía sus muros. Fray Pablo volvió a convertirse en protagonista tras confesar que nunca había pisado uno de esos baños árabes. Su turbación ante el agua despertó las risas de los demás, que se acentuaron al comprobar el color blanco como la leche de las partes de su cuerpo cubiertas por el hábito en contraste con el moreno de su rostro y su tonsura.

—Relájate y disfruta del baño. Mañana nos espera una dura jornada—le dijo Musa.

—¿Cuál es nuestro destino? —preguntó el fraile.

—La capital de esta *kurah*, Madinat Salim. Allí debo entrevistarme con su gobernador.

Atardecía ya cuando al coronar una loma avistaron la ciudad. Su aspecto era imponente, encaramada en la cima plana y espaciosa de un cerro casi inaccesible, rodeado de precipicios, y cercada por una muralla de casi una milla de longitud. A sus pies discurría el Uādi Salun, todavía un arroyo recién nacido en las cercanas cumbres. Ascendieron por el escarpado camino que conducía al recinto fortificado y al atravesar sus puertas quedaron sorprendidos por su amplitud. La alcazaba ocupaba el extremo occidental de la planicie y, desde la posición del grupo, su altura y poderío resultaban impresionantes. Salvo por la pequeña puerta a poniente, el lienzo del muro no presentaba la más mínima abertura, ni siquiera en los torreones semicirculares que a intervalos quebraban su uniformidad. El interior del recinto se hallaba repleto de viviendas dispuestas a lo largo de sus estrechas y enmarañadas callejuelas, excepto en la explanada que se abría junto a la mezquita, frente a la que se alzaba el castillo del gobernador.

El era un hombre de rasgos distinguidos perteneciente a la nobleza árabe y procedente sin duda de Qurtuba.

—Allah sea con vosotros —saludó exultante mientras se dirigía hacia ellos al verlos llegar con sus caballos sujetos de las riendas.

Abrazó a Musa con efusividad, y les dio la bienvenida.

—Agradecemos tu bienvenida, noble Abd al Malik, tu hospitalidad será un gran alivio para nuestros huesos fatigados.

—Podéis reposar cuanto queráis, no os faltará nada de lo necesario para reponer fuerzas.

—Me temo que no nos podemos permitir el lujo de demorarnos más de lo imprescindible, si no queremos correr el riesgo de llegar tarde a nuestro destino.

—Os dirigís a Qurtuba, ¿no es cierto?

—Así es, nos informaron de la enfermedad del emir, que al parecer ha sido desahuciado por sus médicos. ¿Han llegado noticias hasta aquí sobre su estado?

—No más de las que tú me das. Pero quién sabe cuánto puede tardar el Todopoderoso en llamarlo ante Sí... Mañana es viernes, y podéis celebrar con nosotros el día de oración.

—Lo haremos —respondió Musa—. Pero tras la visita a la mezquita partiremos.

—En ese caso, podéis alcanzar Seqontiya saliendo de aquí a mitad del día, no hay más de veinte millas de camino. Puede que a esa hora parta en la misma dirección una caravana de mercaderes que llegaron hace dos días procedentes de Turtusa.

—Sería bueno poder compartir nuestro viaje, pero según dices no parecen interesados en apurar la marcha. Hablaré con ellos en cualquier caso.

—Me sentiría honrado si esta noche compartieras la mesa con mi familia. A pesar de tu juventud, incluso aquí han empezado a llegar noticias de tus acciones.

Como tenían previsto, dedicaron la mañana a cumplir con el precepto de la oración en la modesta aljama de la ciudad, se sentaron después a la mesa dispuesta para todos en el castillo y, tras despedirse del gobernador, iniciaron el descenso del monte sin demora. El tiempo había cambiado, y un viento cálido del sur cubrió el sol con nubes densas y amenazadoras. Antes de llegar a Seqontiya llovía con fuerza, y los viajeros tuvieron que echar mano de las capas engrasadas que hasta entonces habían cargado las mulas.

Los días siguientes fueron difíciles. La tarde del domingo alcanzaron la ciudad de Uādi al Hiyara, y Musa atendió las peticiones de algunos miembros del grupo, que preferían detenerse allí hasta que cesaran las lluvias. Pero no llovió durante la noche, de modo que al amanecer, cuando se cumplía una semana de su partida de Tutila, reanudaron la marcha siguiendo el curso del río. Empezó a llover de nuevo a media mañana, y poco después los caballos avanzaban a duras penas hundiendo sus cascos en el camino enfangado. Atravesaron el cauce crecido del Uādi Nahar, que discurría a los pies del monte de Al Qala't, y buscaron refugio en su castillo. Resultaba inútil tratar de continuar en aquellas condiciones, y Musa sabía que su insistencia habría despertado el rechazo de gran parte de los miembros de la expedición, de forma que accedió a dedicar la siguiente jornada al descanso. Cuando amaneció, seguía lloviendo con fuerza, pero a medida que avanzaba el día un viento frío del norte consiguió arrastrar la masa de nubes, y al atardecer pudieron contemplar una espectacular puesta de sol desde lo alto de la atalaya donde estaba situada la fortaleza.

Con fuerzas renovadas siguieron su camino hacia poniente, y dos días después la ciudad de Tulaytula se alzó ante sus ojos abrazada por el Uādi Tadjo. A la vista del alcázar que se alzaba en el centro del recinto amurallado, volvió a la mente de Musa el recuerdo de los trágicos acontecimientos ocurridos entre aquellos muros veinticinco años atrás, cuando el propio Abd al Rahman, que ahora se preparaba para subir al trono, había sido obligado por su padre a asistir a la cruel matanza de los nobles toledanos rebeldes, durante la Jornada del Foso. Se preguntaba si Abd al Rahman seguiría los pasos de su padre u optaría por apartarse de aquella forma de gobernar inflexible y dictatorial que tantos enemigos le había ganado a Al Hakam y que tanta sangre había hecho derramar. Por lo que conocía del príncipe, le costaba creer que fuera a ser así, pero en cualquier caso pronto tendría ocasión de comprobarlo.

La ciudad se hallaba en estado de sitio. Tras los sucesos del arrabal de Qurtuba, muchos de los exiliados de la capital habían encontrado refugio en Tulaytula, cuyos dirigentes habían dado siempre sobradas muestras de enemistad hacia el emir. Los cuatro años transcurridos desde entonces habían sido una sucesión de ataques de las

tropas cordobesas a cargo de diferentes generales de Al Hakam, que trataban de sofocar la sedición que prendía una y otra vez entre aquellos ciudadanos, que habían sufrido la ira del emir desde la generación anterior. Musa esperaba encontrar una ciudad próspera y esplendorosa, pero lo que descubrió al atravesar sus murallas parcialmente derruidas fue el resultado de varios lustros de guerra y destrucción. Barriadas enteras mostraban señales de haber sido arrasadas y reconstruidas con prisa, utilizando parte de los viejos materiales calcinados. Sólo algunos grandes edificios habían resistido el duro castigo a los rebeldes. Incluso mezquitas, iglesias y sinagogas revelaban los signos del asedio al que había sido sometida la ciudad en repetidas ocasiones. Sin embargo, a juzgar por el gentío que recorría aquellas calles de nuevo, cada cual inmerso en sus ocupaciones, la vida cotidiana luchaba por abrirse paso. Aquella víspera de viernes, el centro del recinto amurallado estaba ocupado por un zoco concurrido, aunque no demasiado bien provisto. Tampoco el atuendo de los compradores era como el que habían observado en otras ciudades del camino, ni su largueza a la hora de adquirir productos que no fueran estrictamente necesarios. La presencia de guardias armados en cualquier esquina no pasó desapercibida para los recién llegados.

Descabalgaron a las puertas del alcázar al final de la tarde, y un oficial de guardia fue el encargado de anunciar la presencia de Musa y sus acompañantes.

—El gobernador te recibirá ahora —dijo el oficial dirigiéndose sólo a él.

Musa miró a los demás y se encogió de hombros antes de seguir al soldado.

El interior de la fortaleza presentaba el mismo estado que el resto de la ciudad, sólo explicable tras sufrir un saqueo a conciencia. El gobernador lo esperaba en una sala cuyas puertas presentaban dos orificios en el lugar que algún día habían ocupado los pomos.

—Es Musa ibn Musa, valí de la *kurah* de Tutila, en la Marca Superior —presentó el oficial.

—Bienvenido —dijo el gobernador adelantándose hacia él—. Mi nombre es Hakam ibn Atihah, soy el gobernador de Tulaytula desde hace... exactamente tres días.

Al ver la cara de extrañeza de Musa se decidió a dar una explicación:

—Ya sabrás de los sucesos del arrabal en Qurtuba, y de cómo los fugitivos acudieron aquí en busca de refugio. Desde el primer momento, el emir trató de impedirlo, y envió a su chambelán Abdalkarim ibn Mugit en más de una ocasión para exigir a los toledanos que expulsaran a los rebeldes de forma que se establecieran en cualquier ciudad de Al Ándalus salvo Tulaytula y Qurtuba.

»Los toledanos dieron garantía de ello incluso por escrito, pero no pasaban tres lunas antes de que rompieran su palabra. Su cabecilla, Muhagir ibn Alqatil, los extraviaba una y otra vez, incitándoles al odio y a la rebelión. Este mismo invierno, el

emir, ya enfermo, envió a su hijo Utman acompañando al chambelán, y Alqatil fue apresado. De esto hace apenas unas semanas, y tras someter cualquier rastro de resistencia, el príncipe me confió el gobierno de la ciudad. Como te digo, hace sólo tres días que tomé posesión. Verás que aún continúa en vigor el toque de queda, desde la puesta de sol al amanecer.

—No pasaremos mucho tiempo en la ciudad. Te supongo informado del frágil estado de salud del emir: tratamos de llegar a Qurtuba antes de su fallecimiento para asistir a los funerales. Tan sólo necesitaremos alojamiento para pasar la noche: nuestra intención es seguir viaje mañana mismo.

—Nada me agradaría más que poder cumplimentaros como os merecéis. Pero tú mismo podrás observar que ni siquiera este alcázar reúne condiciones para albergaros. Tendríais que dormir sobre el duro suelo. Creo que será mejor que os llevemos a las dependencias de la alhóndiga, que no ha sufrido la destrucción de los edificios nobles. Espero que sepas excusar esta falta de hospitalidad.

—Vas a tener trabajo para poner todo esto de nuevo en pie.

—Confío en este pueblo. Sin agitadores que solivianten su ánimo, son capaces de grandes cosas.

—Sabes que la injusticia es caldo de cultivo para la rebelión —dijo Musa sin pensar demasiado.

Hakam amagó un gesto de sorpresa ante tal afirmación, pero no tardó en relajarse.

—Por eso tengo también puestas mis esperanzas en el futuro emir. Deseo que sepa ganarse la voluntad de sus súbditos por aprecio, y no por miedo. Ésa será la mejor garantía de paz y prosperidad para Al Ándalus..., y para Tulaytula.

—Compartimos el mismo anhelo, pues. Y por lo que conozco al príncipe, creo que tenemos motivos para confiar en ello.

—Me gustaría estar en Qurtuba para su coronación. Los fastos serán extraordinarios.

—Me temo que no te lo puedes permitir —bromeó Musa.

—Puedes estar seguro. Pero no dudes en detenerte a tu vuelta para traerme el relato de lo que allí ocurra.

—Siempre que puedas darnos alojamiento entonces... si no le haré ese relato al encargado de la alhóndiga —respondió Musa con una amplia sonrisa.

Abandonaron la ciudad cruzando el río por el puente de Al Qantara, y enfilaron el camino hacia el sur. El tiempo era ahora primaveral, y avanzaron a buen paso durante tres días hasta alcanzar el castillo de Qala't Rabah, a orillas del Uādi Anna. La curiosa fortaleza llamó la atención de los viajeros: estaba rodeada en su flanco norte por el río, y el resto se hallaba protegido por una extensa muralla de longitud superior a una milla. Musa pudo contar cuarenta y cuatro torres de franqueo, de las cuales dos eran

albarranas. Junto a la muralla discurría un foso, en algunos tramos excavado en la misma roca, que se llenaba con el agua del río, lo que dejaba la fortaleza rodeada, como si de una isla en el cauce se tratara.

—Cuatro jornadas más y veremos la capital de Al Ándalus —dijo uno de los comerciantes que los acompañaban.

Se encontraban en lo más alto de uno de los torreones en la parte meridional de la muralla, contemplando la solidez de la construcción donde habían hecho alto.

—¿Alcanzas a ver aquellos montes que se elevan en el horizonte? Están a dos días de camino. Los atravesaremos por un estrecho desfiladero que desciende hacia el Uādi al Kabir, el río que baña la ciudad de Qurtuba.

—Hoy se cumplen dos semanas de viaje, así que según tus cálculos serán al menos dieciocho jornadas.

—Roguemos a Allah que así sea y que no suframos ningún otro imprevisto. Según cuentan, los montes de los que te hablo no son lugar seguro para las caravanas.

La mañana del jueves siguiente, cuando faltaban diez lunas para el fin del mes de Dul Hiyah, emprendieron la que debía ser la última etapa del viaje. Las jornadas anteriores habían sido calurosas, y tuvieron que hacer un alto en las horas centrales del día para resguardar a sus caballos del excesivo calor. A cambio apuraron las horas del atardecer, en las que la brisa hacía el ambiente más agradable. Seguían el curso del río que regaba la fértil llanura, cubierta por grandes mantos verdes de cereales que en algunos puntos comenzaban a adquirir un color dorado. Aquí y allá se divisaban las norias utilizadas para elevar el agua desde el cauce y los grandes aljibes para almacenarla. En las extensas zonas de secano que habían atravesado durante los últimos días, el paisaje aparecía dominado por los olivos, y al adentrarse en el valle fueron las vides el cultivo que tomó el relevo. El camino ahora era llano y bien empedrado, pues seguían la antigua Vía Augusta, que llegaba a Qurtuba después de la confluencia de sus dos ramales, el procedente de Tulaytula y Saraqusta, por una parte, y el que venía desde Turtusa y Balansiya. A partir del mediodía las alquerías del camino empezaron a aparecer con mayor frecuencia, con un gran número de cabezas de ganado, cabras y ovejas en su mayor parte. Además, grandes fincas habían sido cercadas y dedicadas a la cría de caballos, sin duda para abastecer de monturas al ejército del emir.

El sol descendía ya y las sombras comenzaban a alargarse cuando se recortó ante ellos el perfil aserrado de las murallas de Qurtuba. Era una ciudad llana y, por lo que abarcaba la vista, enormemente extensa. Sobre la línea que dibujaban contra el horizonte los adarves de aquellos muros sólo sobresalían, como estiletes, los alminares de un sinnúmero de mezquitas y los campanarios de algunos templos cristianos. No toda la ciudad estaba protegida por la fortificación: al aproximarse

comprobaron que las viviendas se extendían también por los arrabales formando nuevos barrios, señal de la gran expansión que experimentaba la capital de Al Ándalus.

—Entraremos por la Bab Rumiya, la más oriental —dijo uno de los comerciantes —, y aproximadamente en el centro giraremos hacia el sur por el gran eje que une la puerta septentrional con la Bab al Uādi.[20] Eso os permitirá conocer la ciudad antes de llegar al alcázar.

—¿Cuántas puertas tiene Qurtuba? —preguntó Musa.

—Creo que son siete, contando con la Puerta Nueva, que recientemente hizo abrir Al Hakam.

Los guardias que custodiaban la entrada a la ciudad dieron el alto a la comitiva. Musa se identificó, y se disponía a hacer lo mismo con el resto del grupo cuando el soldado dio media vuelta y desapareció en dirección a una pequeña construcción que era, al parecer, su puesto de mando. En efecto, en un instante el joven regresó acompañado por un oficial de mayor edad.

—Sed bienvenidos. Tenemos instrucciones de acompañaros hasta el palacio del emir.

—¿Sabía alguien de nuestra llegada? —se extrañó Musa.

—No sois los únicos representantes de las coras que acuden a los funerales de Al Hakam. Pero en vuestro caso, uno de los consejeros de palacio, de nombre Ziyab, ha dado instrucciones muy precisas sobre vuestro recibimiento.

—¿Consejero, dices? —preguntó Musa extrañado.

—Así se presentó. Al parecer ha sido nombrado por el heredero como uno de sus hombres de confianza.

—¿Quieres decir que Al Hakam ha muerto?

—Hace tres noches. Llegáis a tiempo para asistir a los funerales. Pero permitid que cumpla con mis órdenes. Debo acompañaros personalmente hasta el alcázar y dar aviso de inmediato a Ziyab ibn Hub. Podéis dejar las monturas al cargo de vuestros palafreneros y serán atendidas. El equipaje se os hará llegar a vuestras dependencias en el alcázar.

Musa comunicó las novedades al resto de los componentes de la delegación, que aguardaban expectantes, cansados y satisfechos. Los dos comerciantes, viendo que ya no serían necesarias sus indicaciones, decidieron despedirse de los demás en ese punto, pues se dirigían a la alhóndiga, donde contactarían con sus delegados en la ciudad. También fray Pablo anunció que debía localizar el convento al que se dirigía con fray Nicolás antes del fatal accidente.

El oficial esperó paciente el tiempo que duró la despedida, y finalmente se

pusieron en marcha en dirección al centro de la *madinat.*

Ninguno de los recién llegados había contemplado jamás semejante aglomeración humana. Avanzaron a lo largo de la concurrida calle que cruzaba la ciudad de norte a sur. A uno y otro lado se abrían redes de callejuelas más estrechas, algunas de las cuales carecían de salida. Atravesaron los barrios residenciales, compuestos por viviendas bajas, de uno o dos pisos, muchas de ellas con azotea y patio interior. El recorrido era serpenteante y, a cada cierta distancia, la sucesión monótona de casas se veía rota por una mezquita, por la entrada a un *hammam* o por una de las escasas y minúsculas plazuelas que tan poco se prodigaban en las ciudades musulmanas. Tuvieron que apartarse para dejar paso a un cortejo fúnebre que se dirigía hacia alguno de los cementerios situados extramuros. Prosiguieron por aquel inacabable entramado durante más de una milla hasta que alcanzaron el corazón de la ciudad, donde se encontraba el zoco. La muchedumbre casi les impedía caminar entre los puestos cubiertos por telas multicolores para proteger del sol las mercancías. Los tenderetes se tocaban unos a otros, y en el centro de la calle sólo dejaban el espacio necesario para que dos personas pudieran cruzarse. Avanzaron sorprendidos por la variedad de las mercaderías expuestas, algunas desconocidas para ellos, hasta que, al doblar una esquina, aparecieron ante sus ojos, a derecha e izquierda, los muros de dos edificios imponentes.

—Casi hemos llegado a vuestro destino: la muralla que se alza a la derecha es el extremo septentrional del alcázar. A la izquierda... la aljama.

Uno de los alfaquíes que habían viajado en el grupo comentó admirado con el imán las dimensiones de la mezquita, de la que sólo alcanzaban a imaginar el interior, mientras avanzaban por la concurrida calle que separaba ambos edificios.

—La puerta que veis al fondo es la Bab al Qantara. Cuando la atravesemos estaremos sobre el mismo puente del río.

Musa esperaba impaciente el momento de hacerlo, seguro de reconocer el lugar que había sido protagonista de tantos acontecimientos relatados por los mercaderes o por el propio Ziyab en sus cartas. Sintió una intensa emoción cuando atravesó aquel arco. Al frente, efectivamente, el antiguo puente romano cruzaba el cauce y no precisamente por la zona más estrecha: tendría no menos de seiscientos codos, más de lo que había imaginado, aunque su anchura era menor de la que esperaba. Aguas abajo se adivinaba una *suelda,* sobre la que habían sido colocados varios molinos.

El oficial se acercó a Musa. Señaló hacia la calzada de fábrica que bordeaba el río a ambos lados de la puerta.

—Éste es el paseo que conocemos como...

—Al Rasif —terminó Musa.

—¿Lo conoces? —dijo el oficial sorprendido.

—He oído hablar de él. Las noticias sobre Qurtuba llegan lejos. Y aquella zona al

otro lado del río debe de ser el arrabal de Shaqunda.

—Así es. Como ves, después de la destrucción ordenada por el emir, sólo quedan sus ruinas —respondió, al tiempo que daba media vuelta para indicar que debían dirigirse hacia el alcázar sin perder más tiempo.

La muralla que rodeaba el palacio del emir había sido levantada con grandes sillares de piedra en el mismo lugar donde se alzaban las antiguas defensas romanas. Su parte alta estaba rematada por una larga fila de pináculos separados por tan sólo un codo de distancia.

—Entraremos por aquella puerta, la Bab al Sudda —dijo señalando la entrada del palacio situada en el muro meridional—. Conduce al salón de audiencias.

Se trataba de una puerta grande cuyas hojas aparecían cubiertas de chapas de hierro ricamente adornadas con barras y aldabas de cobre que representaban a un hombre con la boca abierta.

—Proceden de una puerta de Narbona, en la Galia, y fueron traídas como trofeo —explicó el improvisado guía.

En ese momento, otro oficial de guardia, de imponente estatura y cabello extrañamente claro, salió al paso de los recién llegados atravesando su lanza en el hueco.

Musa supuso que debía pertenecer al renombrado cuerpo de guardia de Al Hakam, los llamados «mudos». No era, desde luego, el caso del que en aquel momento conversaba con el oficial mientras dirigía miradas de soslayo hacia el grupo.

Al cabo de un momento, el primer oficial se acercó a ellos de nuevo para despedirse y regresar a su puesto. Fueron conducidos a través de un espacioso atrio hasta una sala lujosamente amueblada, donde se les pidió que esperaran hasta ser anunciados. Musa admiró la suntuosidad de la estancia, y en especial atrajo su atención el artesonado del techo, un trabajo de filigrana sin duda obra de auténticos artistas. Se acercó a uno de los amplios ventanales y palpó el vidrio que los cubría. Se abrían sobre un jardín interior, y de nuevo quedó maravillado. Una gran puerta a su derecha comunicaba con un balcón suspendido sobre la pequeña plaza. Al apoyarse sobre la balaustrada de alabastro, sus oídos se llenaron con los armoniosos sonidos del agua que corría por pequeños canalillos y el canto de varias especies de aves que no supo identificar. Bajo él, los caminos bordeados de setos recortados con caprichosas formas se cruzaban en un diseño laberíntico; una gran alberca central derramaba su agua para regar los árboles más bellos que jamás había visto, cuyas ramas proyectaban su sombra sobre el suelo y tamizaban la luz solar.

Musa recordó de pronto la *almúnya* de Tutila, donde ahora sus pequeños debían de estar correteando, y no pudo evitar una punzada de nostalgia. Ensimismado, no escuchó los pasos de quien se había colocado justo detrás de él. Un sexto sentido le

hizo volver la cabeza, y entonces su mirada se cruzó con la del hombre que le sonreía. Lo que salió de su garganta fue casi un grito de sorpresa:

—¡Ziyab!

—¡Mi buen amigo!

Los dos se fundieron en un abrazo intenso.

—¡Déjame que te vea, Ziyab! ¡Éste no es el carpintero que despedí en Tutila!

No resultaba extraño que el aspecto de su viejo amigo le llamara la atención. Vestía una túnica de lino y seda de color marfil ribeteada con pequeñas filigranas en hilo de oro, cubría su cabeza con un breve turbante, normalmente reservado para cadíes y altos funcionarios de la administración, y su barba perfectamente recortada contrastaba con un rostro que, saltaba a la vista, era bien cuidado con afeites y lociones.

—Ocho años es mucho tiempo... —dijo Ziyab sin perder la sonrisa—. Sin embargo, debo decir en tu favor que tú has cambiado poco... sigues siendo el mismo Musa que despertaba los suspiros de las muchachas casaderas de Tutila.

Musa aún sujetaba a su amigo por los hombros.

—Sin duda eres alguien importante en la corte, por tu aspecto.

—Bueno, tengo la suerte de contar con el aprecio y la confianza de Abd al Rahman, sinceramente creo que poco merecidos. Me ha nombrado su consejero y ayudante personal. Pienso que pesa más nuestra común afición a las ciencias y las letras que mi capacidad, aún por demostrar.

—Esa modestia no ha cambiado con los años...

Ziyab no respondió a la observación.

—Veo que habéis sido ágiles en vuestro viaje. He tenido ocasión de hablar con mi viejo amigo el imán y con el resto de los hombres que te acompañan. Os supongo al tanto de los acontecimientos...

—Sabemos que Al Hakam ha muerto, pero poco más.

—Efectivamente, murió hace tres días,[21] entre las oraciones de mediodía y la tarde.

—¿Abd al Rahman ha asumido pues el gobierno? —preguntó Musa.

—Efectivamente, pero lo hizo ya antes del fallecimiento de su padre. El día de la Pascua Grande, el décimo de este mes, cuando sintió que sus males arreciaban, Al Hakam tomó jura a sus súbditos a favor de Abd al Rahman, supongo que por temor a discrepancias tras su muerte. De hecho ha sido el primer emir que ha designado sucesor en vida. Y no sólo eso, también tomó juramento a favor de su segundo hijo, Almugirah. Ten en cuenta que el emir tenía una veintena de hijos y otras tantas hijas.

—No parecía haber dudas en cuanto al heredero...

—No, no las había. Pero la toma de juramento dice mucho sobre la prudencia del emir. Se ocupó de notificar a todas las coras el nombramiento, y no hubo nadie en

Qurtuba que no desfilara junto al púlpito para jurarles. El primer día fue aquí, en este mismo salón, y después ambos se trasladaron a la casa de Abd al Rahman. Finalmente, cuando el heredero hubo de adoptar sus primeras medidas de gobierno, fue sólo Almugirah quien siguió recibiendo la jura del pueblo en la aljama.

—¿Dices que ya ha tomado medidas de gobierno importantes?

—¿Importantes? Sí, puede que lo sean, aunque yo mejor las calificaría como significativas. ¿Recuerdas al comes Rabí, el odiado hombre de confianza de Al Hakam?

—Lo recuerdo bien por tus cartas.

—Pues ésa fue la primera medida que adoptó Abd al Rahman: crucificarlo en el Rasif bajo la terraza del alcázar. Te juro que no he visto otra aglomeración igual a la que se agolpó para presenciar su suplicio y regodearse con su sufrimiento. Bendecían a voces al nuevo emir por librarles de tal maldad, y era tan grande el griterío de sus alabanzas que hasta Al Hakam pudo oírlo en su lecho.

—Pretende congraciarse con el pueblo al inicio de su mandato...

Ziyab asintió con la cabeza.

—El mismo día mandó destruir una antigua alhóndiga situada cerca del arrabal de Shaqunda, que servía para vender vino y bebidas bajo pesadas alcabalas, según llevaban tiempo denunciando los alfaquíes de la ciudad. De esto hace tan sólo una semana. Con esas dos medidas se ha ganado el fervor del pueblo.

—Entonces, ¿Al Hakam aún no ha sido enterrado?

—La ceremonia se celebra mañana viernes en la aljama, donde sigue expuesto su cuerpo. Nos aguardan días ajetreados.

—Deberemos presentar nuestros respetos al nuevo emir...

—Posiblemente lo que se espera es que renueves el juramento de tus antepasados, tal como hicieron ya los cordobeses hace pocos días... pero eso no será antes del entierro. Abd al Rahman permanecerá durante la noche en la mezquita junto al cuerpo de su padre. Hasta la ceremonia de coronación, transcurrirá una semana más, en la que tendremos tiempo de concertar una entrevista personal con el emir. Me consta que te espera.

—¿Cómo has llegado a este grado de confianza con Abd al Rahman? Conozco tus capacidades, pero...

Ziyab rio con ganas.

—El mérito no es mío, Musa. Al nuevo emir le gusta rodearse de personas con sus mismas inquietudes. Pierde el sentido cuando recibe noticias de un tratado de botánica que no conoce, o de una traducción árabe de algún autor griego o latino. Siendo aún príncipe ha enviado embajadores y copistas a todas las cortes de Oriente y a multitud de cenobios en Occidente, en busca de ejemplares desconocidos con los que ampliar la biblioteca del palacio. Tendrás tiempo de conocerla, sé que quedarás

tan asombrado como quedé yo el día en que la visité por vez primera.

—Tienes razón... tiempo habrá. Ahora debería ocuparme del alojamiento del grupo.

—Deja que yo me encargue de eso —respondió Ziyab mientras regresaban al interior del salón—. Ya está todo arreglado y van a estar bien atendidos. Pero tú te alojarás en mi casa. Así tendremos tiempo de hablar largo y tendido, Musa... ocho años es mucho tiempo.

Ziyab se entretuvo hablando con el resto de los recién llegados, especialmente con el imán, que había sido su maestro en la mezquita de Tutila, hasta que un oficial reclamó su atención. Tras una breve conversación regresó.

—Este oficial os conducirá a vuestros alojamientos, en el extremo opuesto del alcázar. Allí han trasladado también vuestras pertenencias. Tenéis libertad para circular por las zonas accesibles del recinto y por el exterior, aunque os recomiendo precaución: la coronación del emir ha atraído a millares de personas, y os aseguro que no todos acuden interesados por la ceremonia... guardad bien vuestras bolsas. Nos veremos después de la primera oración de la mañana en la misma puerta por la que habéis entrado.

Cuando Ziyab y Musa abandonaron el alcázar era ya noche cerrada. Recorrieron la concurrida calle que lo separaba de la aljama, bordearon la muralla en dirección al barrio judío y caminaron apenas unos cientos de codos antes de detenerse ante una modesta vivienda. Ziyab introdujo la mano entre los pliegues de su túnica y sacó una llave que introdujo en la cerradura.

—No es una gran casa, pero es suficiente para mí —dijo Ziyab cuando accedían a la sala central—. Prende las lamparillas mientras preparo algo para comer. Debes de estar hambriento, además de cansado.

Degustaron con ganas un pan blanco de excelente calidad acompañado de buen queso, pescado en salazón y cecina de caballo, mientras Musa hablaba a Ziyab de su esposa, de sus hijos y de la vida en Tutila durante los últimos años.

—¿Tú sigues solo? —preguntó Musa a su amigo. Ziyab sonrió.

—Esperaba tu pregunta. Si te refieres a una esposa... no, no me he casado. Aunque eso no quiere decir que esté solo... siempre —dijo con un gesto de complicidad. —No pretendía ser indiscreto...

—Por favor, Musa... —rio Ziyab—. ¿Tanto han minado nuestra confianza ocho años de separación? Nunca hemos tenido secretos tú y yo. Quizá sea muy exigente en mis pretensiones, quizá sea egoísmo al querer acaparar todo mi tiempo para mis estudios. Sé que en nuestra sociedad no está bien visto que un hombre joven no forme una familia, pero siempre que me preguntan sobre ello les cuento una pequeña historia... aunque no creo que ahora sea el momento... —Por favor...

Ziyab ofreció a Musa un cuenco con vegetales encurtidos. —Se trata de un viejo cuento sufí que tuve ocasión de leer en la biblioteca de Abd al Rahman. Es el relato de Nasrudín, que conversaba con sus amigos en la casa de té y les contaba cómo había emprendido un largo viaje para encontrar a la mujer perfecta con quien casarse. Les decía:

—Viajé a Bagdad, y después de un tiempo encontré a una mujer formidable, atenta, inteligente, culta y de una gran personalidad.

Le dijeron sus amigos:

—¿Por qué no te casaste con ella?

—No era completa —respondió Nasrudín.

—Después fui a El Cairo, allí conocí a otra mujer ciertamente fabulosa; hermosa, sensible, delicada, cariñosa.

—¿Por qué no te casaste con ella? —dijeron los amigos.

—No era completa —respondió nuevamente Nasrudín.

—Entonces me fui a Samarcanda. Allí por fin hallé a la mujer de mis sueños; ingeniosa y creativa, hermosa e inteligente, sensible, culta, delicada y espiritual.

—¿Por qué no te casaste con ella? —insistieron sus amigos.

—Pues ¿saben por qué? Ella también buscaba a un hombre perfecto.

Musa rio de buena gana.

—Bueno, tú aún estás en la primera etapa. A este paso vas a acabar en Samarcanda buscando esposa.

Ahora fue Ziyab quien rio, y propinó a su amigo un golpe amistoso en el hombro. Luego se produjo un breve silencio.

—Creo que debemos descansar, mañana nos espera una larga jornada.

Era aún de noche cuando el grupo se reunió de nuevo, aunque ya visiblemente reducido. Los hombres de religión que los habían acompañado se dirigieron a presentarse ante sus hermanos cordobeses, para asistir más tarde con ellos a las exequias del emir.

Ziyab adoptó el papel de guía y protector, así que todos le siguieron cuando inició la marcha a través de la calle que los separaba de la mezquita, en busca de la entrada situada en el muro norte, que daba acceso al patio. Sin embargo, no les resultó fácil alcanzarla, porque una muchedumbre procedente de todos los barrios de la ciudad pugnaba por hacerse un hueco en el interior.

—Pensaba invitaros a realizar vuestras abluciones en el patio, pero no va a ser posible. Me habría gustado que contemplarais la fuente, un auténtico tesoro de jaspe. Pero volvamos sobre nuestros pasos. Entraremos por la Puerta de San Esteban.

—¿De San Esteban? ¿En una mezquita?

—Sí, no debe extrañarte. Entre el pueblo aún se la conoce con el antiguo nombre

de la iglesia visigoda sobre la que se construyó. Tras la capitulación, como en muchas ciudades conquistadas, se cedió parte de los templos cristianos para el culto musulmán. Cuando Abd al Rahman, el bisabuelo del emir actual, pretendió construir esta mezquita que ahora ves, hubo de comprar a buen precio su parte a los mozárabes, además de concederles autorización para que reedificasen los templos destruidos extramuros de la medina. Logró adquirirla en el año 168, y en el 170 se pronunció el primer sermón desde el *minbar* de la nueva mezquita.

—Así que tiene la misma edad que nosotros —observó Musa sonriente.

—Abd al Rahman I murió ese mismo año, y las obras aún estaban sin concluir. Fue su hijo Hisham quien las acabó, pero sí, nuestra edad, un año arriba o abajo.

Retrocedieron pegados al muro de poniente hasta que alcanzaron el vano de una puerta lateral.

—Ésta es la puerta de la antigua iglesia de San Esteban —explicó Ziyab.

Golpeó tres veces con los nudillos, pero no hubo respuesta. Insistió varias veces más hasta que la puerta se abrió sobre sus goznes y asomó su rostro un viejo religioso, que de inmediato reconoció a Ziyab y se retiró para cederles el paso, aunque con un gesto inconfundible que les pedía mantenerse en silencio.

Lo que Musa contempló entonces le dejó sin habla. Ante ellos se alzaba un bosque de delicadas columnas dispuestas en perfecta alineación de norte a sur y de oriente a poniente, en una nave que se extendía frente a ellos a lo largo de más de ciento cincuenta codos. Sobre las esbeltas columnas con capitel, sin duda pensadas para aprovechar el espacio y permitir una mejor visión del imán por parte de los fieles, surgían estilizados arcos de herradura que nada sostenían, pero que ayudaban a proporcionar estabilidad a los gruesos pilares que ascendían hacia lo alto para acabar rematados por nuevos arcos, esta vez de medio punto, sobre los que descansaba la techumbre de madera de la gran sala, tallada en cartelas con inscripciones coránicas. Iluminado por millares de tacitas de aceite perfumado distribuidas en centenares de candelabros, el espacio daba una extraña sensación de amplitud y ligereza, acentuada por la llamativa decoración policroma de muros y arcos.

Avanzaron unos pasos sobre el suelo de argamasa teñida de almagra, completamente cubierto con esteras y alfombras, pero con la mirada dirigida hacia el frente para contemplar la hermosa perspectiva de los arcos, que se hacían pequeños en la distancia.

—Son once naves —explicó Ziyab en voz queda—. La central es la más ancha, y en su fondo se abre el *mihrāb*, sobre el muro de la Qibla.

Hizo un gesto al resto del grupo para que le siguieran y caminaron junto al muro norte, donde se abrían las puertas que daban acceso al oratorio desde el patio de las abluciones. Se hallaban aún cerradas, y el interior de la sala estaba ocupado por apenas un centenar de personas que, a juzgar por su indumentaria, eran miembros de

la familia real y altos funcionarios del palacio del emir.

Al alcanzar la nave central, lo vieron: postrado frente al féretro, Abd al Rahman velaba el cadáver de su padre.

Musa experimentó una sensación extraña: por una parte se sintió privilegiado al poder asistir en primera persona a un acontecimiento como aquél, pero al mismo tiempo tuvo la impresión de estar violando aquel momento de intimidad. Sin embargo, al cabo de sólo un instante el canto del muecín se filtró por todos los huecos desde lo alto del minarete.

Ziyab les hizo una seña y avanzaron por el pasillo central mientras las puertas traseras se abrían para dar paso a los fieles que esperaban en el exterior. Ocuparon un lugar privilegiado, a pocos codos del propio emir y del féretro, separados de él por un cordón de guardias ataviados con espléndidos atuendos de gala. Enfrente de ellos se encontraba el *mihrāb*, una pieza octogonal brillantemente ornamentada con mosaicos esmaltados.

El joven emir alzó su rostro y se puso en pie cuando el *imam*, de la mezquita hizo acto de presencia. Musa contempló de nuevo a aquel hombre alto, de rostro moreno y nariz aguileña. Su cabello quedaba oculto bajo el turbante de seda que le cubría la cabeza, pero no así su larga barba, del intenso color negro propio de la alheña. En aquellos años, Abd al Rahman había madurado, su porte se había hecho señorial y su forma de moverse correspondía a alguien consciente de su posición.

Musa tuvo dificultades para prestar atención a la plegaria fúnebre que el *imam* recitaba con parsimonia y emoción, atento a mil detalles que no deseaba dejar escapar. El *minbar* desde el que el oficiante pronunciaba su sermón estaba formado por fragmentos de marfil y maderas preciosas: ébano, cidro, sándalo... unidos por pequeños clavos de oro y plata, y diminutas gemas incrustadas: un trabajo digno de admiración, y un esfuerzo sólo justificable por el alto destino de la obra.

La ceremonia se le antojó breve, aunque el leve dolor de sus piernas le indicaba lo contrario, y el silencio tras la última oración casi le sorprendió. Un grupo de oficiales de alta graduación se dispuso alrededor del catafalco sobre el que descansaba el cuerpo sin vida del viejo emir, elevaron el ataúd por encima de sus cabezas e iniciaron la marcha hacia el exterior de la mezquita, seguidos por el propio emir, sus hermanos, su madre, los familiares y gran parte de su corte. Abd al Rahman pasó a escasos codos del lugar donde se encontraban, y por un momento su mirada se cruzó con la de Musa, que creyó advertir un gesto de reconocimiento en su rostro. Ziyab y sus acompañantes se incorporaron a la larga fila de fieles que abandonaban la mezquita tras el cuerpo del emir fallecido.

Si la ceremonia dentro de la mezquita había sido austera en extremo, una vez en el exterior adquirió gran solemnidad. Una muy bien nutrida banda de músicos recibió

al cortejo con profusión de toques de timbales y el sonido grave de los tambores, como correspondía al momento, marcando el ritmo marcial con el que comenzaron el característico y vistoso desfile. El cuerpo de guardia de los *jurs*, tan ligado al emir muerto, se dispuso a ambos lados del féretro, preparado para acompañar a su señor hasta el lugar de su descanso definitivo. Musa no pudo evitar un escalofrío ante aquellos sonidos y el espectacular desfile, pensado precisamente para despertar el entusiasmo entre los presentes. Atravesaron la puerta norte, que comunicaba el patio de la mezquita con el exterior, y en ese momento el clamor de la multitud que abarrotaba las calles se impuso incluso sobre el sonido de la música. Todo el recorrido se hallaba flanqueado por soldados vestidos de gala, hombro con hombro, presentando sus armas al paso del cadáver.

—¿No es extraño este bullicio en una ceremonia fúnebre? —preguntó Musa a su amigo acercándose a él lo suficiente para que pudiera oírle.

—Aclaman a su nuevo soberano, se ha ganado su favor con las medidas adoptadas...

Musa enarcó las cejas con un gesto de incomprensión.

—¿Y no deberían esperar al momento de la coronación para expresar ese apoyo de manera tan ostentosa?

—No descarto que la alegría sea también debida a la muerte del padre. Recuerda que en los últimos tiempos el emir no se distinguió por su piedad en el trato a sus súbditos.

Recorrieron la distancia que los separaba del alcázar y accedieron a sus dependencias por la Puerta de la Aljama, situada en su muro oriental. La tarde anterior, Musa no había tenido ocasión de contemplar más que la parte del palacio cercana al río, pero ahora observaba los enormes edificios que se alzaban ante él dentro del recinto amurallado.

—Es más grande de lo que uno se imagina desde el exterior —explicó Ziyab viendo su cara de asombro—. Conoces la costumbre islámica de que ningún monarca habite en el palacio de sus antecesores: cada emir ha hecho construir uno nuevo dentro del recinto. Además están las viviendas de los servidores, los cuarteles, las caballerizas, que albergan una muchedumbre de funcionarios y oficiales palatinos, eunucos, esclavos, el *harem* del soberano... y el lugar adonde nos dirigimos ahora: Al Rawda, el mausoleo donde se encuentran enterrados los anteriores soberanos, Abd al Rahman e Hisham.

Alcanzaron el sepulcro y toda la corte se dispuso en derredor del féretro, mientras el nuevo emir permanecía de pie junto a la tumba, implorando la divina clemencia para su padre. Cuando la tierra cubrió el cuerpo, colocado con la cabeza en dirección a La Meca, Abd al Rahman se sentó cabizbajo en el suelo, sin ningún tipo de alfombra, y pronunció el elogio fúnebre de su padre, y de la misma forma anunció a

su gente su propósito de conducirse con corrección y benevolencia. Finalizado el acto, el emir se retiró a sus aposentos, sin duda agotado físicamente tras la noche de vigilia ante el cuerpo sin vida de su padre.

Los días que siguieron fueron para Musa un continuo descubrimiento de la mano de Ziyab. Retornó a la mezquita vacía y deambuló entre sus columnas: de mármol, de granito, jaspe, pórfido o alabastro, unas estriadas en vertical y otras en espiral, sin duda procedentes de antiguos edificios en ruina. Disfrutó de la perspectiva que ofrecían sus dobles arcos alineados y se entretuvo contemplando los capiteles romanos de excelente labra, que se alternaban con otros visigodos de factura más ruda. Admiró la habilidad del arquitecto, que sobre el frágil diámetro de los fustes había conseguido ganar en solidez a medida que adquiría altura, de forma que la techumbre descansaba sobre sólidos muros de dos codos de anchura. Le vino a la mente la mezquita de Tutila recientemente construida, digna y sobria, pero carente del genio que en Qurtuba se había derrochado. Y se prometió dotar a su oratorio, ahora tan lejano, de una decoración similar a la que en ese momento aparecía ante sus ojos.

Paseó por el patio de las abluciones, pavimentado con baldosas coloreadas, y contempló sus cuatro fuentes. Ziyab le había hablado de ellas: cada una tallada en un bloque de mármol tan grande que habían sido necesarios sesenta bueyes para trasladarlos desde la cantera.

Recorrió los jardines del alcázar disfrutando de su paz. En plena primavera, aquellas minuciosas reproducciones de los vergeles orientales se encontraban en todo su esplendor: los árboles exóticos se mezclaban con olivos y cipreses, mirto y romero, adelfas y nardos, lirios y rosas. Le llamaron la atención las esbeltas palmeras, que se contaban entre los árboles más altos y extraños del recinto.[22] Se deleitó en alguno de los baños árabes del alcázar, que si bien no tenían rival en cuanto a amplitud y lujo, eran sólo una pequeña parte de los cientos que, según Ziyab, existían en la ciudad. Caminó por el exterior de la muralla junto al río, atravesó el centenario puente romano y se acercó a los molinos que se habían levantado dentro del cauce, a las norias que elevaban el agua en sus orillas, y por la calzada del Rasif alcanzó la enorme explanada de la *musara*, testigo sin duda de los grandes acontecimientos vividos en la ciudad.

Ziyab tuvo ocasión de acompañarle en alguno de aquellos largos paseos, que Musa alternó con visitas a las oficinas del palacio, donde escuchó con atención las explicaciones de algunos de sus funcionarios sobre los temas más diversos acerca del gobierno de la ciudad y de las coras. Sin embargo, si en alguna visita había

demostrado Ziyab verdadero empeño y emoción, antes incluso de llevarla a cabo, fue en la de la biblioteca. Allí pasaron una mañana entera, y Musa dejó que su amigo se recreara con explicaciones en las que dejaba traslucir su entusiasmo por los libros.

—He aquí lo que me ha unido al emir: nuestra pasión común. Aquí están mi trabajo y mi recreo. Soy inmensamente afortunado pudiendo reunir ambos en un mismo objeto.

Se hallaban en una vasta sala cubierta de anaqueles de madera sobre los que se acumulaban miles de volúmenes. Los grandes ventanales orientados hacia oriente y poniente proporcionaban a la estancia toda la luz necesaria para el trabajo que se desarrollaba en su interior. Enormes mesas de madera se extendían a lo largo de toda la estancia, en dos filas paralelas que permitían el trabajo de docenas de copistas que en aquel momento se afanaban sobre sus pergaminos.

—Mediante aquellos pesados cortinajes regulamos la cantidad de luz... y la temperatura. El verano es más caluroso aquí que en nuestra tierra.

—¿Cuál es tu labor aquí? —preguntó Musa.

—En este momento me encargo de elaborar un catálogo de las obras que ves. No están todas aquí, hay otras salas y almacenes. No hemos terminado, pero estimo que los fondos sobrepasarán los cien mil volúmenes.

—¿Y qué es lo que copian? —preguntó señalando a quienes en aquel momento trabajaban con diligencia sobre sus bastidores.

—Muchos códices están tan deteriorados que es preciso copiarlos antes de permitir su consulta. Y no resulta fácil en todos los casos: muchos de ellos están escritos en lenguas en desuso, y es necesario disponer de traductores capaces de realizar el trabajo. No es una labor puramente mecánica: hay tratados que no pueden traducirse de forma correcta sin un profundo conocimiento de la materia sobre la que versan. Por eso aquí se reúnen los más grandes eruditos de Occidente, e incluso algunos venidos de Constantinopla, Damasco o Alejandría.

—¿Y con qué objeto? —preguntó Musa extrañado.

—La principal forma de incrementar nuestras obras es el intercambio con otras bibliotecas del orbe entero. En este momento, Abd al Rahman cuenta con cientos de emisarios repartidos por todos esos lugares que te comento, pero también en la sede papal de Roma, en cenobios de la Galia y en la propia corte el emperador. Viajan con libros copiados en nuestros talleres, que intercambian por otros ejemplares de los que carecemos. A veces son ellos mismos quienes copian los volúmenes, por lo que su retorno se demora años.

Avanzaron entre las mesas, intercambiando saludos con los calígrafos.

—No sólo resulta fructífero el intercambio de volúmenes: también adquirimos nuevos conocimientos sobre los procedimientos de confección de pergaminos, incluso de tintas y cálamos. Todo el material que ves aquí se fabrica en nuestros

propios talleres.

Abandonaron la gran sala situada en el primer piso del edificio y descendieron una amplia escalinata de mármol que les condujo al zaguán empedrado. Atravesaron un amplio patio en cuyos laterales se, abrían grandes puertas de madera y se dirigieron hacia una de ellas. Les recibió un penetrante olor, y Musa hubo de esforzarse para que su rostro no manifestara el desagrado que le producía.

—Las pieles se maceran en cal durante tres días —explicó Ziyab al tiempo que señalaba una enorme pila llena de un caldo lechoso—. Luego se raen cuidadosamente por ambas caras para eliminar restos de pelo y se depositan en aquel secadero que ves al fondo. Después aún se lijan con piedra pómez para hacer desaparecer todas las irregularidades. Y éste es el resultado. —Ziyab tomó una piel completa y lisa que todavía conservaba la forma del animal, y se la tendió a Musa, que pasó su mano para apreciar la suavidad del tacto—. El proceso continúa en otra dependencia. Te lo mostraré.

Con alivio por parte de Musa al abandonar aquella nave pestilente, recorrieron la pequeña distancia que les separaba del edificio que se abría en el lado opuesto del patio.

Esta vez el olor era acre, pero ya no resultaba desagradable.

—Aquí se obtienen los bifolios de pergamino, normalmente cuatro por cada piel, que equivalen a un cuaderno o cuaternión, que es la construcción usual.

Musa tomó uno de los que se acumulaban sobre el tablero de madera.

—El bifolio exterior presenta hacia fuera el lado de la piel, ¿lo ves? Dentro quedan enfrentados los dos lados de la carne, y esto se repite con los otros dos bifolios —aclaró Ziyab ayudando a Musa a pasar la página.

Era evidente que Ziyab disfrutaba con aquello, y Musa asentía interesado a sus explicaciones.

—Sígueme, vamos a ver cómo se prepara el cuaderno para la escritura.

Se aproximaron a una zona mejor iluminada que el resto, donde se inclinaban sobre la mesa varios operarios provistos de punzones y escuadras de madera.

—Aquí se procede al pautado del folio para fijar el formato del libro y la caja de escritura, de acuerdo con las necesidades del copista que lo va a utilizar. Con el punzón atraviesan el pergamino y, guiados por los pinchazos, trazan la pauta, con una punta roma. ¿Ves? Las rayas horizontales guían el trazado de las letras, y las verticales delimitan la caja del texto. Observa cómo lo hace este muchacho.

—¿Y tienen que hacerlo una a una?

—No, suele hacerse de dos en dos. Se raya en folios superpuestos, y en la capa inferior queda la marca como un calco.

—Un trabajo meticuloso —observó Musa.

—Aquí se almacenan los cuadernos listos para su traslado a la sala de escritura —

explicó Ziyab apoyando su mano en una pila de ellos.

—¡Cuánto esfuerzo para obtener un beneficio tan diferido! Es digno de encomio.

—Tienes razón, por eso son tan pocos los capaces de realizar esta tarea. Demasiado tiempo de esfuerzo y aprendizaje cuando las necesidades aprietan y hay que buscarse el sustento. Los libros transmiten el saber antiguo, la doctrina religiosa, los conocimientos de otras gentes, pero antes de alcanzarlos, ¡cuánto trabajo y cuántos sudores! Por eso estas dependencias que te he mostrado son una isla dentro de un océano que el emir cuida con mimo y esfuerzo.

En aquel momento un oficial entró en la sala donde se encontraban. Por su actitud parecía buscar a alguien con urgencia y, cuando vio a Ziyab, su gesto expresó alivio y se dirigió hacia ellos a grandes zancadas.

—El emir desea veros —dijo con acento extranjero—. Debéis poneros en contacto inmediato con el chambelán.

Musa miró a Ziyab con aire extrañado y, aunque trató de evitar traslucirlo, sintió que se le aceleraba el pulso. Ziyab asintió y se dispuso a seguir al oficial, sin duda uno de los miembros de la guardia extranjera de Al Hakam.

Anduvieron durante un tiempo que a Musa se le antojó eterno, a través de galerías, patios y pasajes, hasta que la presencia numerosa de guardias perfectamente uniformados le indicó que entraban en la zona noble del alcázar, en el palacio del emir. En una antesala decorada con exquisita elegancia y ricamente amueblada, seguramente destinada a recibir a embajadores y visitantes ilustres, encontraron al chambelán. Cuando su mirada se cruzó con la de Musa se reconocieron de inmediato.

—Tú eres Musa, sin duda —dijo—. Hace años que tuvimos la ocasión de encontrarnos. Mi nombre es Rashid.

Musa se alegró de que se hubiera presentado, porque no recordaba su nombre en absoluto. Retrocedió en el tiempo y le vino a la mente la imagen de la lujosa *haymah* de Abd al Rahman plantada en las cercanías de Tutila, poco después de haber expulsado a Yusuf ibn Amrús de la ciudad.

—Tienes buena memoria; de aquel encuentro no hace menos de diez años.

—La necesito para mi trabajo —respondió Rashid sonriente.

—Nos comunican que hemos sido requeridos por el emir —intervino Ziyab.

—Así es. Su agenda a tres días de la coronación es apretada, pero ha querido hacer un hueco para recibirte.

—Es un honor para mí ser reclamado por el nuevo emir en persona, pero sería una falta de respeto presentarme ante él en estas condiciones —dijo Musa un tanto azorado.

El chambelán lo miró de arriba abajo, y torció ligeramente el gesto.

—¿Dispones de mejor atuendo en tus aposentos?

Musa hizo un gesto de afirmación.

—Bien, entonces cuentas con un breve tiempo para presentarte aquí de nuevo. Ziyab, conoces el apego del emir al protocolo... Esto os ayudará a evitar cualquier retraso —dijo al tiempo que sacaba de su bolsillo un pequeño reloj de arena dorado —. He de ver cómo caen los últimos granos cuando estéis de vuelta.

Ataviado con su mejor túnica de lino y seda, Musa entró de regreso en la sala acompañado por Ziyab. Llevaba en su mano el pequeño reloj de filigrana, en el que una arena finísima formaba un pequeño cono en su parte central antes de precipitarse por completo en el recipiente inferior.

—Como me habías pedido —mostró Musa sonriente acercándose a Rashid.

El chambelán introdujo entonces su mano derecha entre los pliegues de su túnica y extrajo con cuidado un relojillo exactamente igual que el que Musa exhibía.

—La arena que ves ha caído después de voltearlo, llegáis con retraso. Seguidme —dijo mientras se volvía, quizá para ocultar una sonrisa de triunfo.

Musa y Zahir lo siguieron mirándose perplejos y divertidos, como niños pequeños cogidos en falta. Pero la expresión de contento se convirtió en mueca de asombro cuando se abrieron las grandes puertas de madera que daban acceso a la estancia contigua: el salón del trono. Las puertas mismas, en su parte interior, se hallaban revestidas por finos paneles dorados. Ante ellos se extendía un largo pasillo enmarcado por dos filas paralelas de pies de bronce de la altura de un hombre que sostenían lámparas y candelabros. El suelo de mármol aparecía cubierto en gran parte por una alfombra de tono carmesí, pero el resto de la estancia estaba decorado con sedas y brocados blancos. Entre una y otra ventana colgaban vistosos estandartes que llegaban hasta el zócalo, hecho con el mismo mármol del suelo, pero con la diferencia de que éste estaba tallado. A ambos lados del pasillo central se habían dispuesto en perfecta alineación cientos de sillones ricamente labrados, para cuyo tapizado se había utilizado terciopelo del mismo color blanco.

Impresionado, Musa avanzó hollando la alfombra con aprensión.

—No me habías hablado de esto —dijo en voz queda volviéndose hacia Ziyab.

—Ni yo mismo lo conocía. Hará dos meses que estuve aquí por última vez, en una ceremonia de nombramiento de embajadores. En este tiempo se ha realizado una transformación completa, y prácticamente en secreto. Si antes hacía honor a su nombre, ahora es difícil imaginar otro más apropiado: se le conoce como el *Maylis kamil*.[23]

Siguieron a Rashid, deslumbrados, hasta una escalinata de mármol rosado por la que trepaba la misma alfombra que pisaban. En lo alto, dominando la estancia, alojado en uno de los profundos nichos de ventana que jalonaban el muro, se hallaba dispuesto el trono de Abd al Rahman.

—En los últimos días el emir ha reorganizado el *diwān*, tanto la Casa Real como la Cancillería y la Hacienda —explicó el chambelán—. Su intención es introducir el

protocolo y la etiqueta de las cortes de Damasco y Bagdad. Ha elaborado extensas disposiciones que está distribuyendo entre sus colaboradores, y se propone que desde el momento de su investidura empapen cada detalle de la vida cotidiana en la corte.

Rashid dio a Musa algunas indicaciones sobre la entrevista que iba a celebrarse a continuación, y abandonó la sala por una puerta lateral pidiéndoles que esperaran su regreso.

—Debes ser consciente de la muestra de consideración de Abd al Rahman hacia ti al concederte audiencia privada. Es una de las pocas que ha celebrado desde que asumió las funciones de emir —explicó Ziyab.

—Vais a acabar por ponerme nervioso —bromeó Musa—. Pero has de saber que estas muestras de boato me impresionan poco. Abd al Rahman gobierna a su pueblo y yo gobierno al mío.

—Cualquier embajador o dignatario se sentiría intimidado en una situación como ésta. Ésa es precisamente una de las intenciones del protocolo. Y por lo que sé, el ceremonial ha de hacerse aún más rígido y complejo.

La entrada del chambelán interrumpió la conversación. Sobre el estrado, anunció la llegada de Abd al Rahman, que seguía sus pasos a corta distancia, mediante la enumeración de todos sus títulos. Tras realizar una profunda reverencia, se retiró bajando los escalones hacia atrás, con cierta precipitación, sin retirar la mirada del soberano, que avanzó y se colocó delante del sitial. Ziyab y Musa se inclinaron con un gesto menos forzado que el del chambelán, y aguardaron a que el emir se dirigiera a ellos. Abd al Rahman aún no llevaba ninguno de los signos de autoridad propios del soberano, que le serían impuestos aquel mismo viernes en la ceremonia de entronización, de modo que su mano sostenía un único rollo de pergamino.

—Estimado Musa—dijo tomando asiento en el sitial—, conozco bien la dificultad y las incomodidades del viaje que acabas de realizar y por ello te agradezco tu esfuerzo.

—Soy yo quien debe estar agradecido por la confianza que depositas en mí, y por ello no tuve en cuenta tal esfuerzo para venir hasta aquí con el objeto de presentar mis respetos al nuevo emir y renovar la alianza entre nuestros pueblos —respondió Musa solemnemente.

—En cualquier caso, me sentí reconfortado cuando vislumbré tu rostro entre los asistentes a las exequias de mi padre.

—Aprovecho la ocasión para manifestarte en persona mis condolencias, que son las de mi familia y las de mi pueblo —repuso Musa.

El emir dirigió su mirada hacia Ziyab.

—Mi actividad durante estos días me impide atender a mis invitados como sería mi deseo, y por ello te ruego, Ziyab, que seas tú quien ejerza de anfitrión y hagas todo lo posible por que se sientan cómodos en mi corte.

Ziyab hizo un gesto de asentimiento y quizá se disponía a hablar, pero Musa se adelantó:

—No podemos sentirnos más satisfechos por vuestra acogida, a la vez que impresionados por el esplendor de vuestra ciudad, que hace honor a su fama. Todos los relatos sobre su grandeza quedan cortos ante la realidad.

—Sin embargo, no son pocos los problemas que plantea, muchas veces provocados por el propio crecimiento del *hadra.* La misma aljama habrá de ser ampliada en breve para acoger al creciente número de fieles que la frecuentan.

—No lo toméis como una descortesía, pero sólo por contemplarla hubiera merecido la pena este viaje. Tus arquitectos tendrán que poner todo su talento en juego para igualar una obra así.

Abd al Rahman sonrió.

—Ciertamente. Pero confío en ese talento. Me propongo explotarlo a fondo, aunque su primera tarea será edificar un nuevo palacio dentro de este recinto. Ya conoces la tradición que manda que ningún emir resida en el mismo edificio que su predecesor.

Musa notó que pronunciaba las últimas palabras con cierto desinterés, como si su pensamiento se desviara ya a otros temas, y se abstuvo de responder, dejando que el emir decidiera el rumbo de la conversación.

—Lamento no poder dedicaros mucho más tiempo, pero Ziyab conoce bien cuán numerosas son mis actividades desde la muerte de mi padre —dijo—. Agradezco los valiosos regalos que me habéis ofrecido: reservaré tan preciosas pieles para caldear los aposentos del nuevo palacio en las frías noches invernales.

El emir se dirigió entonces hacia Ziyab.

—Hay otro asunto del que quiero tratar contigo, y tiene que ver con lo que contiene este pergamino.

Ziyab estaba allí sólo como acompañante de Musa, y se sorprendió al verse interpelado. Pero su sorpresa aún fue más grande al escuchar las palabras que Abd al Rahman dirigió a Musa.

—Aprecio tu capacidad y tus dotes para el gobierno, y por ello te he encomendado el mando en la *kurah* de Tutila. Pero si por algo te estoy agradecido es por haber enviado a este hombre a mi palacio. He encontrado en él una persona capaz, ávida de conocimientos, que sabe interpretar mis anhelos y se adelanta a mis deseos. Durante mi etapa como heredero, he dispuesto de tiempo y energía suficiente para consagrarla al cultivo del saber y de las ciencias, y he dedicado gran paite de mis esfuerzos a esa búsqueda. A pesar de que mis nuevas obligaciones me van a tener más apartado de ese mundo, no por ello voy a dejar de prestarle la atención que merece.

A medida que hablaba, había dejado de mirar a Musa para centrarse en la persona

de Ziyab.

—Quiero tener a mi lado al encargado de mantener y ampliar mi biblioteca, de dirigir sus talleres y ocuparse de la labor de los copistas. Y por ello vas a desarrollar esa tarea siendo mi secretario particular... con rango de *wazir.*

Musa contempló con curiosidad el rostro de su amigo, que a duras penas lograba controlar su expresión de aturdimiento.

—Como sabes, es un puesto codiciado: sólo deberás dar cuenta de tus actos al *hayib* y a mí mismo. Se requiere una sólida cultura previa, un largo aprendizaje, y dominar el arte epistolar oficial, y eso es algo que tú ya has demostrado. Naturalmente, asumirás todas las funciones del cargo, no sólo las que te he enumerado. En este pergamino está tu nombramiento.

Abd al Rahman tendió el rollo a Ziyab, que subió los escalones, lo recogió después de efectuar una marcada inclinación ante el soberano y se retiró de nuevo al lugar que ocupaba junto a Musa.

—No sé si merezco semejante distinción, pero os aseguro que invertiré todo mi esfuerzo y dedicación en desarrollar mi tarea a vuestra entera satisfacción.

—A partir de ahora, tú serás el encargado de redactar los rescriptos de nombramiento como el que tienes en la mano, amén de despachos, cartas y circulares. Ésa será una de tus misiones: tomar nota de todas mis decisiones y respuestas, y darles la forma adecuada para ser transmitidas a los altos funcionarios del Estado o de las metrópolis provinciales, según el arte que dominas.

—Pondré todo mi empeño en ello.

—Por supuesto tu retribución se verá incrementada de acuerdo con el rango. Ahora te relevo de la tarea hasta la ceremonia de entronización. Quiero que te ocupes de acompañar a Musa durante su estancia en Qurtuba, ya que a mí me resulta imposible agasajarlo como me gustaría —dijo al tiempo que se ponía en pie, dando así por finalizada la entrevista—. Preséntate ante mí al día siguiente.

Musa, Ziyab y el chambelán hicieron una nueva inclinación de cabeza mientras el emir se retiraba del estrado. Rashid les indicó con un gesto el camino hacia la salida, pero Musa tuvo que tomar del brazo a Ziyab, que aún se mostraba aturdido. Al notar el contacto de la mano, con un sobresalto pareció recobrar la conciencia de lo que sucedía.

—Enhorabuena, Ziyab —dijo Musa riendo—. Ya sabía yo que la carpintería no era tu lugar.

—¡Secretario particular del emir, Musa! *¡Wazír!* —decía para sí mientras atravesaban la gran puerta que les devolvía a la sala de recepción.

—Esto sin duda merece una celebración —dijo Musa risueño.

—¡Esta misma noche! —respondió Ziyab al punto—. Da aviso a todos los miembros de la delegación de Tutila que quieran unirse.

Yo haré lo mismo con algunos de mis amigos. Es el momento, y conozco el lugar. ¡El nuevo secretario de Abd al Rahman corre con los gastos!

La modesta casa de Ziyab no era el lugar apropiado para llevar a cabo una *samra,* por lo que se puso en contacto con algunos de sus conocidos. No tuvo que indagar mucho, porque Jalil, un abastecedor de pieles para pergamino con el que había entablado una buena amistad, ofreció ese sitio ideal: una *almúnya* de su propiedad junto al río, aguas arriba del puente romano. Sus propios sirvientes se encargarían de los preparativos.

Se dieron cita al anochecer, después de la oración en la aljama, en las cercanías del puente. Musa y Ziyab abandonaron el recinto amurallado por la Bab al Uādi, y esperaron al resto de los invitados sentados en un banco de piedra junto al cauce. De los hombres que acompañaban a Musa desde Tutila sólo habían acudido a su llamada dos de los nobles de la ciudad, Mujtar, el jefe del mercado, dos oficiales de la guarnición y Juan de Rada, el joven médico, que parecía estar sacando partido de su estancia en Qurtuba en compañía de un afamado galeno cordobés que había accedido a admitirlo junto a él por mediación de Ziyab.

El grupo de amigos del nuevo y flamante secretario era más numeroso, de manera que completaba una veintena de hombres. Una vez hechas las presentaciones, emprendieron el camino junto al río hacia la finca del mercader, situada a poco menos de una milla de distancia.

—Es una tarde agradable —dijo Musa, contemplando el plácido discurrir del río mientras caminaban.

—Lo es. Ésta es la mejor época en Qurtuba, sin el calor excesivo que llegará en sólo unas semanas. En plena canícula es difícil andar por sus calles antes del anochecer.

En el río, dos hombres se afanaban lanzando las redes al agua desde sus pequeñas barcas, en busca de la pesca agitada por la abundancia de insectos al caer la tarde.

—A veces, cuando paseo por la orilla, escenas como ésta me recuerdan a nuestra Tutila. Incluso los ríos son muy parecidos —confesó Ziyab.

—¿La echas de menos?

Ziyab no contestó de inmediato.

—Sólo las amistades que dejé allí. Pero en Qurtuba he encontrado lo que buscaba..., mi trabajo me apasiona... puede decirse que soy feliz aquí.

—Me alegra oírte decir eso. Veo que tienes buenos amigos...

—¿Lo dices por Jalil, nuestro anfitrión de hoy? —Ziyab rio—. Cuando lo conozcas verás que no necesita muchas excusas para organizar una fiesta en su casa. Es joven, rico y no está casado. No resulta difícil animarlo a la juerga: al contrario, el problema suele ser frenarlo.

—Empiezo a comprender por qué estás tan a gusto en Qurtuba —bromeó Musa —. Seguro que tú tampoco le haces ascos a una buena *samra*.

—¿Se lo hacías tú cuando estabas soltero? —respondió Ziyab riendo con ganas.

La finca se encontraba en una pequeña terraza a escasos codos del río, a salvo de las periódicas crecidas. Rodeada por un muro encalado poco más alto que un hombre, en su interior albergaba un edificio amplio de una sola planta, rodeado de un jardín bien cuidado que se encontraba en plena época de eclosión. Una noria situada corriente arriba elevaba el agua y la vertía en una acequia de adobe, desde donde bajaba cantarina hasta derramarse sobre la alberca central del patio, para volver de nuevo al río a través de dos canalillos excavados en el pavimento.

Jalil salió a recibirlos y abrazó a Ziyab efusivamente. Era un hombre risueño, de poco más de treinta años, y su tamaño evidenciaba su afición a la buena mesa. Saludó también con entusiasmo al resto del grupo, y les condujo hasta el patio, mientras recibía con evidente satisfacción los elogios por lo acogedor del lugar. Se formaron pequeños grupos que conversaban animadamente mientras varios sirvientes recorrían los jardines provistos de bandejas con frutos secos, dátiles y encurtidos. Un agradable aroma a carne de cordero asada se extendía por el jardín, mezclándose con el olor de los jazmines y las rosas. Varios recién llegados se fueron sumando al grupo hasta que Jalil, acompañando su voz enérgica con varias palmadas, los invitó a acceder a la casa.

El interior se encontraba iluminado con multitud de lamparillas que daban al amplio salón un aspecto cálido y acogedor. Las mesas bajas estaban ya cubiertas de manjares en bandejas que cubrían toda su superficie, y a su alrededor se fueron disponiendo todos los invitados sobre cómodas almohadas.

Ziyab, como protagonista de la noche, ocupó el extremo de la mesa, y Jalil colocó a Musa a su lado.

El dueño de la casa, en pie, interrumpió el sonido de las conversaciones con dos fuertes palmadas.

—Sed todos bienvenidos a mi casa. Si cualquier reunión de amigos es motivo de júbilo, hoy la alegría se multiplica por los motivos que os han traído aquí. Todos los habitantes de Qurtuba y sus muchos visitantes se regocijan a estas horas ante las celebraciones por la entronización de nuestro nuevo emir. Nosotros celebramos el poder contar entre nuestros amigos a quien va a ocupar un lugar destacado junto al soberano —dijo tocando el hombro de Ziyab—. Nos acompaña también su viejo amigo, de quien tanto nos había hablado, el gobernador de la *kurah* de Tutila, Musa ibn Musa, con algunos miembros de su delegación, a quienes habéis tenido ya ocasión de conocer. Es un honor para mí poder acogeros entre estas paredes. Disfrutad de la noche, porque la ocasión lo merece.

Sus palabras fueron recibidas con palmas y expresiones de asentimiento. Jalil

tomó asiento, y tras una señal aparecieron los sirvientes provistos de jofainas y paños de lino, que todos utilizaron para lavar sus manos. Poco después, los mismos criados regresaron con grandes jarras de cerámica, dispuestos a escanciar las copas de los invitados.

—El mercado de vinos de Shaqunda ha sido derruido, pero no faltan sitios en Qurtuba donde poder obtener buenos caldos —dijo riendo ante algunas miradas de sorpresa—. No tenemos alfaquíes entre nosotros esta noche, ¿no es cierto?

—Ya sabéis que en las primeras revelaciones al Profeta el vino aparece como uno de los regalos de Dios a la humanidad y es, junto a la leche y la miel, uno de los placeres que se pueden hallar en el Paraíso —añadió uno de los invitados.

—Sin embargo, más adelante se llega a considerar el vino como una manifestación satánica —repuso Ziyab.

—Las escuelas jurídicas siempre se han afanado en dilucidar cuál era el vino al que hacía referencia el Profeta y luego cuáles eran las bebidas lícitas e ilícitas. Algunas de esas escuelas optaron por aceptar el vino si era de uva —respondió el primero, al parecer deseoso de justificar lo que estaba a punto de hacer con su copa.

—En cualquier caso, son pocas las mesas en las que, al menos en ocasiones especiales, falte el vino —intervino Jalil—. ¡Y hoy es una ocasión especial, pardiez!

Todos rieron la salida, y el vino fue llenando las copas. Disfrutaron de un auténtico banquete, en el que no faltó el cordero, cuyo aroma había estimulado sus sentidos antes incluso de entrar en la casa. La conversación se fue animando a medida que avanzaba la velada, y el contenido de las jarras, que no paraban de vaciarse, empezó a dejar sentir sus efectos. Poco a poco el salón fue colmándose de voces y risas mientras los invitados relataban anécdotas o recitaban versos subidos de tono. Al acabar, la mesa se llenó de dulces de mil formas, muchos de ellos hechos a base de harina, miel y almendras.

En el extremo de la estancia se adivinaba una especie de alcoba separada por gruesos cortinajes, que en aquel momento se abrieron de forma un tanto teatral. Todos los ojos se volvieron hacia las hermosas muchachas que, acompañadas por los suaves acordes de laúdes y flautas, entonaban una dulce melodía. Otro grupo de jóvenes bailarinas, ataviadas con llamativas y vaporosas sedas, iniciaron una danza en extremo sugerente. Todas las conversaciones y comentarios convergieron hacia el espectáculo que estaban contemplando.

Musa se encontraba un tanto mareado, pero eufórico. Pocas veces había bebido vino antes, y menos en cantidad, como aquella noche. Pero se sentía bien y reía con ganas las ocurrencias de los invitados que tenía más cerca.

Jalil se levantó y extrajo de una alacena tres extraños objetos: eran pequeñas cazoletas de cerámica acabadas en un delgado tubo de hueso.

—Son pipas —explicó—. Se usan para quemar esta hierba. Aspirar su humo produce una enorme sensación de bienestar.

—¿Qué clase de hierba es ésa? —preguntó Juan de Rada.

—La llaman *hasis.* Me la proporcionó un mercader sirio con el que tengo buena amistad. Probadlo y opinad sobre sus efectos.

Jalil introdujo un pequeño puñado de aquella hierba seca y machacada en la cazoleta ennegrecida, la presionó con el dedo y aplicó una astilla encendida en el interior mientras aspiraba el humo por la boquilla de hueso. Hizo tres inspiraciones profundas y pasó la pipa antes de proceder a encender las dos restantes.

La mente de Musa retrocedió al momento en que, allá en Tutila y tantos años atrás, había probado por primera vez aquella diabólica sustancia. Esta vez inspiró con cuidado, pero de nuevo fue incapaz de evitar un repentino acceso de tos. Jalil rio con ganas.

—Hazlo con suavidad, como si estuvieras respirando en medio del humo de una hoguera.

Musa siguió el consejo, y esta vez consiguió contener el acceso. Sin embargo, su gesto era de disgusto.

—No, no sabe bien —explicó Jalil—. Pero espera, deja que se hagan sentir los efectos.

Las pipas recorrieron la mesa de boca en boca, mientras el ambiente se caldeaba. Las muchachas, de enormes ojos cuya mirada realzaba el *kuhl* aplicado en los párpados, danzaban lanzando provocativas miradas. Los invitados se levantaron de sus cojines para acercarse al extremo donde la música seguía sonando, y al acabar una de las piezas, las muchachas se mezclaron entre ellos, bebiendo de sus copas e incluso probando las pipas que Jalil seguía rellenando con frecuencia.

Musa se sentía embriagado. Todas sus preocupaciones habían desaparecido, le invadía una sensación de plenitud y euforia que nunca antes había sentido. Reía con cualquier comentario, y una conocida excitación se apoderaba de él mientras miraba a aquellas muchachas cuyos cuerpos apenas lograban cubrir las sedas. Sintió un calor insoportable y siguió a algunos de los invitados, que habían comenzado a salir al jardín en busca del frescor de la noche. Se acercó a la alberca, introdujo sus manos en el agua y se la llevó a la cabeza, mojando la nuca y dejando que se deslizara hacia la camisa.

Desde allí podía escuchar la música en el interior, mientras una agradable brisa refrescaba sus sienes. Se sentó en un banco de piedra al borde del estanque respirando profundamente, y cerró los ojos para disfrutar de las agradables sensaciones que sin duda habían provocado el vino y aquellas endemoniadas hierbas.

—Te buscaba —dijo una agradable voz femenina.

Musa se sobresaltó, y la muchacha que se había acercado hasta sentarse a su lado

se rio de él.

—¿Te asustas de una muchacha como yo?

—No te esperaba.

—Mi nombre es Nawaar. Te he estado observando —dijo con voz sensual—. De hecho, desde que se han corrido aquellos cortinajes, no he dejado de hacerlo. Pero parecías no darte cuenta.

—Es cierto, no me he dado cuenta —contestó Musa con voz seca, incómodo.

—¿Sabes por qué me he fijado en ti? Eres el hombre más atractivo de la reunión —dijo aproximándose a él.

Musa ocultó su nerviosismo detrás de una ligera carcajada. Sin embargo, se sentía adulado, y aquella familiar sensación en su vientre regresó con fuerza.

—Fíjate qué magnífico espectáculo —dijo Nawaar alzando su mirada hacia el cielo estrellado.

Pasó su mano izquierda detrás del cuello de Musa y con la derecha le empujó la barbilla para dirigir su rostro hacia a lo alto. El contacto de la mujer fue para Musa como un calambrazo.

—¿Cuánto tiempo hace que no sientes el contacto de una mano de mujer? —dijo en un susurro. En ese momento sus dedos descendieron por el cuello de Musa hasta perderse entre los pliegues de la camisa.

—No sigas..., vas a hacer que... —dijo sin convicción.

—Ése es mi trabajo —repuso la muchacha con una sonrisa.

Musa no conseguía pensar con claridad. Algo le decía que tenía que levantarse y salir de allí, pero una fuerza irresistible le mantenía pegado al banco. No conseguía razonar con lucidez, pero su mente se debatía: «No debes —pensaba—. ¿Por qué no? ¿Qué hay de malo? ¿Cuántos hombres de tu posición hay que no mantengan concubinas?» Un placer indescriptible se adueñaba de su cuerpo por momentos, mientras aquella muchacha exploraba su pecho con dedos expertos. El aroma que Nawaar desprendía contribuía a nublar más sus sentidos, y cuando ella acercó los labios a los suyos, se sorprendió respondiendo de forma incontrolable. Aquella hierba había conseguido acabar con todas sus prevenciones y su inhibición.

La muchacha deslizó su mano y cuando alcanzó el vientre de Musa sonrió. De repente se levantó, y él la miró un tanto aturdido, sin saber qué se proponía. Lo tomó de la mano y lo condujo hasta una entrada lateral de la casa. La atravesaron y se encontraron en un pasillo que terminaba en una puerta, tras la cual se seguía oyendo la música y las voces de los invitados. A derecha e izquierda pudieron ver dos alcobas, y Nawaar atrajo con prisa a Musa hacia una de ellas, cerrando la puerta tras de sí. Una vez solos, la muchacha rodeó el cuello de Musa con los dos brazos y atrajo su boca hacia ella. Sintió cómo él le colocaba las manos en la cintura, y cómo poco a poco iban subiendo hasta alcanzar sus senos. Mientras recibía sus caricias, se despojó

de su túnica, que cayó arrugada a sus pies, y se mostró desnuda ante él. Desabrochó luego las ataduras de la camisa, que él arrojó al suelo sin cuidado. Nawaar retrocedió unos pasos y se tendió en el lecho que ocupaba el fondo de la estancia, mientras Musa acababa de deshacerse del resto de sus ropas. Hicieron el amor de forma salvaje, primero con el sonido de la música como fondo, y luego en medio del silencio de la noche, hasta que el agotamiento y el efecto del alcohol acabaron por hacerles caer rendidos en un sueño profundo.

Musa despertó sobresaltado, con un ruido ensordecedor dentro de sus oídos. Antes de abrir los ojos descubrió que aquel sonido que le aturdía no era sino el canto de cientos de pájaros en el exterior. Percibía la luz intensa a través de los párpados, y trató de entreabrirlos gradualmente. Estaba solo, desnudo sobre el lecho, y se dio cuenta de que tenía frío. Se incorporó para recoger sus ropas y descubrió una jofaina en el rincón más próximo a la ventana. Entornó los postigos, y la penumbra supuso un alivio inmediato. Vertió el agua fresca de la jarra y se lavó tan bien como pudo, mientras comenzaban a acudir a su cabeza los recuerdos de la noche anterior y un acceso de náusea se sumó al terrible martilleo en sus sienes. Terminó de vestirse y salió al jardín por la misma puerta lateral. Descubrió que el sol estaba ya alto, y en el exterior no había nadie en ese momento. Dio la vuelta al edificio y entró por la puerta principal hasta el salón donde se había celebrado la cena, de la que no quedaba ya ningún rastro. En su lugar, sobre la mesa, había bandejas con dulces, frutas, pan, queso y miel, pero la náusea de Musa se reprodujo al verlas.

Un sirviente surgió de repente tras él, sobresaltándole.

—Buenos días, *sahib*. Mi señor ha salido para incorporarse a sus tareas en el zoco, y ha dejado instrucciones de no molestar a quienes aún duermen. El *sahib* Ziyab ha partido también después del amanecer.

—En ese caso yo también volveré caminando a la ciudad —dijo dirigiéndose de nuevo hacia la salid a al patio—. Da las gracias a tu señor por su hospitalidad.

A medida que avanzaba en dirección a la puerta de la ciudad, el camino se iba poblando de gente. En el puente convergían las rutas que llegaban desde Ishbiliya a poniente e Ilbira en el ángulo suroriental, y desde la distancia Musa pudo ver que frente a la Bab al Uādi se acumulaba un enorme gentío tratando de entrar en la *madinat.* Al día siguiente, viernes, se celebraba la coronación de Abd al Rahman, y nadie en los alrededores querría perderse un acontecimiento como aquél. Durante aquellos días la ciudad fácilmente duplicaría el número de sus habitantes, y las consecuencias de esta afluencia masiva ya se notaban en el puente abarrotado de visitantes, mulas y mercaderes cargados de mercancías dispuestos a hacer en unos

días el negocio del año. Musa optó por acercarse a la Puerta Nueva, que daba acceso al recinto amurallado en su ángulo suroriental. No tuvo demasiados problemas para acceder al interior, pero pronto comprendió que no sería fácil llegar hasta el alcázar: se hallaba en medio del zoco, completamente abarrotado a aquella hora. Nada más atravesar la muralla, se encontró en una plaza de forma irregular ocupada por un rastrillo de artículos usados, en el que el griterío hubiera hecho imposible mantener una conversación. A codazos avanzó en dirección a la calle ocupada por los caldereros, pero en la bifurcación observó que otra rambla, en la que extrañamente tan sólo se veían unas decenas de personas, se dirigía en dirección a la mezquita, cuyo minarete se distinguía a lo lejos. Avanzó por ella y pronto descubrió el motivo de la tranquilidad: un olor pestilente empezó a inundar el ambiente mucho antes de llegar a los puestos de venta de pescado que se concentraban en la zona, rodeados de restos putrefactos y un líquido maloliente que discurría por el centro de la calle. Notó cómo la náusea que lo había acompañado durante toda la mañana ascendía hasta su garganta, y vomitó en una esquina apoyado contra la pared. Se sentía realmente mal y le temblaban las piernas, pero trató de apresurar el paso para abandonar aquel lugar. Cuando llegó a la plaza de la Alhóndiga la náusea ya había cedido y se encontraba mucho mejor. El bullicio de los comerciantes buscando alojamiento o un lugar donde depositar sus mercancías llenaba el lugar. Atravesó la plazoleta entre la multitud y enfiló la calle que se abría en el lado opuesto. A pocos pasos, dos guardias armados a la entrada de un pasaje le indicaron el lugar de acceso a la alcaicería,[24] y desde allí distinguió un patio porticado al que se abrían multitud de tiendecillas. Sabía que aquel lugar estaría ocupado por los objetos más valiosos del zoco: joyas, telas de lujo y compraventa de oro y plata. Recordó a Assona: llevaba días buscando algún objeto que pudiera servir de regalo a su esposa a su regreso a Tutila, pero en aquel momento ese recuerdo le resultaba demasiado doloroso y decidió seguir adelante. Sólo sacó su bolsa para comprar una nueva túnica, camisas y calzones. Al final de la misma calle se encontró, por fin, con el muro de la mezquita, que bordeó, no sin dificultad, por su parte meridional, sorteando a quienes entraban en la ciudad para visitar el zoco que él acababa de abandonar.

Pasó el resto de la mañana en uno de los aposentos del alcázar que se habían destinado a la delegación de Tutila a su llegada a la ciudad. El malestar que había sentido durante toda la jornada iba cediendo, pero se sentía sucio. Por dentro y por fuera. Salió al corredor y preguntó a uno de los sirvientes por el *hammam* más próximo, que resultó encontrarse en el mismo pabellón del alcázar, a disposición de sus visitantes. Siguió sus indicaciones y con las prendas nuevas que había comprado en el zoco entró en el baño. Se despojó de sus ropas, pero no las dejó en el pequeño

cubículo que servía de guardarropa, sino que las arrojó a una esquina, en un montón que los clientes utilizaban para deshacerse de las prendas inservibles, pues no era extraño que los viajeros que llegaban después de largas jornadas lo hicieran con sus atuendos maltrechos o infestados de pulgas y chinches.

Entró en la cálida sala y esperó al mozo que debía atenderlo.

—Esmérate en tu trabajo. Tendrás una buena propina si frotas con fuerza hasta el último rincón.

El agua que arrastraba la espuma sobre su cuerpo se llevó también parte de la desazón que sentía. Parecía que el cálido vapor hubiera abierto sus poros y expulsado los malos humores que se habían introducido en él. El contraste con el agua fría terminó de despejarlo.

—Me han dicho que estabas aquí.

Musa se incorporó sobre la losa de mármol en la que descansaba. Ziyab estaba sentado en el borde.

—Un sirviente me ha contado que habías preguntado por el *hammam.*

Musa asintió. Se sentía confortado por la presencia de Ziyab.

—Pensaba acudir a tu casa. Mañana es viernes ya.

—De eso quería hablarte. La ceremonia de entronización se va a celebrar siguiendo la tradición oriental más pura. Los dignatarios y magistrados serán llamados a prestar juramento de fidelidad al nuevo emir tras su acceso al trono. El chambelán me ha informado de que apareces en la lista de los convocados... en el puesto vigésimo cuarto.

Musa se incorporó hasta sentarse junto a Ziyab, mirándole incrédulo.

—Debe de tratarse de un error.

—He visto tu nombre escrito... y la relación ha sido hecha siguiendo las indicaciones de Abd al Rahman.

La mañana del aquel día de primavera, a falta de tres jornadas para el fin del mes de Dul Hiyah,[25] amaneció radiante sobre Qurtuba. Desde la primera llamada a la oración, cuando todavía los primeros rayos de sol no habían hecho su aparición sobre el horizonte, una multitud se había echado a la calle dispuesta a no perder detalle de lo que ocurriera en aquella jornada posiblemente única en sus vidas. Aunque la ceremonia oficial de nombramiento se celebraría en la sala del trono del alcázar, el desfile posterior atravesaría la calle mayor que separaba la mezquita del palacio, atravesaría la Bab al Uādi hasta el puente y descendería en paralelo al curso del río por el Rasif hasta alcanzar la explanada de la *musara,* donde tendrían lugar la parada militar y las exhibiciones ecuestres en presencia del nuevo soberano. Antes, el emir y toda su corte, los gobernadores de las coras, los dignatarios extranjeros y los

representantes de *la jassa* cordobesa asistirían a la oración comunitaria en la vecina mezquita.

Musa recordaría aquel día durante años y, en las frías noches invernales, alrededor del fuego en su residencia con Assona y sus cinco hijos, rememoraría para ellos con todo lujo de detalles los acontecimientos vividos aquella mañana: la riqueza y el exotismo de las vestiduras de los embajadores en los salones del alcázar, algunos de ellos tocados con llamativos turbantes que rivalizaban con los exhibidos por los cadíes cordobeses, la vibrante música militar durante los desfiles en las calles que hacía erizar el vello, el palio de brocado colocado sobre troncos de madera de plátano que acompañó al cortejo real por las calles de Qurtuba, el color blanco de la divisa omeya presente en cualquier lugar al que la vista se dirigiera, los gritos agudos de los jinetes beréberes lanzados al galope en la explanada de la *musara* con su peculiar estilo de montar y su llamativa indumentaria, el brillo de las armas perfectamente alineadas de la guardia de los *jurs* en estado de revista, el fantástico banquete con el que Abd al Rahman obsequió a sus invitados...

Pero el momento que Musa evocaría muchos años después, en circunstancias bien diferentes, se produjo dentro del salón del trono. Poco antes Abd al Rahman había recibido los símbolos de su soberanía: el cetro, un largo báculo de bambú con el extremo curvado que sostenía en su mano izquierda, y la insignia suprema del monarca, el sello de oro que llevaba grabada su divisa: «Abd al Rahman acepta el decreto de Allah.» El sello le había sido colocado en la mano derecha mientras, por vez primera, se le llamaba por su nuevo nombre, el nombre por el que, Musa estaba seguro, le conocerían las generaciones futuras: Abd al Rahman II.

Musa escuchó al chambelán recitar la letanía de nombres de ilustres personajes que le antecedieron en el acto de jura al nuevo soberano. Cuando llegó su turno, abandonó el escaño y con solemnidad ascendió la escalinata que le separaba del trono. Hincó su rodilla derecha en la alfombra y puso su mano sobre la palma abierta de Abd al Rahman. Su voz sonó alta y clara en medio del respetuoso silencio que dominaba el Salón Perfecto:

Alabo pensando en ti a Allah, único Dios, y declaro ante la comunidad que te demostraré sumisión y obediencia según la norma de la Sunna de Allah y de su Profeta, en toda la medida de mis fuerzas.

Capítulo 12

Año 824, 208 de la hégira

Habían pasado dos años pero Musa todavía lo echaba de menos. Recordaba cómo a su regreso de Qurtuba, antes de descender del caballo a las puertas de Tutila, temeroso de que alguno de sus cinco hijos, que emocionados e impacientes saltaban alrededor, resultara herido por los cascos de la bestia, había sabido que algo iba mal. Lo supo al ver la mirada de Assona... y la de Onneca. Los rostros de ambas sonreían, pero no sus ojos. Miró entre la multitud que los esperaba, buscando entre todas aquellas caras conocidas que gritaban su nombre, pero el rostro sereno y amable que esperaba encontrar no apareció. Bajó del caballo y se agachó para ponerse a la altura del pequeño Ismail, que se esforzaba por hacerse un hueco entre el resto de sus hermanos. Los abrazó a todos y recibió sus abrazos, y trató de calmarlos con la promesa de los regalos traídos desde la lejana capital.

Se puso en pie y miró a su madre, que se adelantó sonriendo para ponerse de puntillas.

—¿Cómo estás, madre?

—Sigo aquí todavía, como puedes ver, hijo —trató de bromear.

Se separó de él para mirarlo mejor.

—El viaje te ha sentado bien —dijo orgullosa, mientras se retiraba con prudencia dejando a su hijo frente a Assona—. Aquí tienes a tu esposa.

Musa la contempló de arriba abajo, sin moverse, con los ojos entornados. De repente, como impulsado por un resorte, se lanzó sobre ella, y se fundieron en un beso prolongado. Notó las lágrimas saladas que caían por sus mejillas, pero no pudo disfrutar de su reconfortante sabor porque sabía que no eran sólo lágrimas de felicidad.

—Te he echado tanto de menos, Musa...

—Lo sé, Assona. También yo... No sabes cuánto —dijo mirando de frente a su rostro.

Assona le tomó de las manos con los ojos aún arrasados.

—Ya no está..., ¿no es cierto? —acertó a decir Musa.

Assona movió la cabeza con lentitud, pero no logró pronunciar la confirmación que Musa temía oír. Aunque cerraba los ojos con fuerza, no podía evitar que las lágrimas siguieran resbalando por su rostro.

—¿Cuándo fue? —logró decir.

—Hace una luna completa. Un mes después de tu partida.

—¿Murió repentinamente?

Assona movió la cabeza afirmativamente.

—Apareció muerto en su cama al amanecer. Onneca lo echó en falta porque no acudió a la primera oración de la mañana, como era su costumbre. Tu madre llamó en su alcoba, pero no hubo respuesta...

Musa sentía cómo una mano invisible se aferraba a su garganta y casi le impedía articular palabra. Sin embargo, sus hijos, jugando a su alrededor y tirando de los pliegues de su túnica, le impedían abandonarse al dolor. Con un esfuerzo cuya magnitud sólo él comprendía, sonrió a Auriya y cogió a Ismail por la cintura para encaramarlo en lo alto de su caballo.

—¡Cuánto habéis crecido todos en estos dos meses! —dijo Musa sonriente.

A continuación hizo lo mismo con Fortún, y Mutarrif subió de un salto cuando su padre se lo indicó con un gesto de la cabeza. Entregó las riendas del caballo a su hijo mayor, y enfilaron el camino que conducía al puente sobre el Uādi Qalash.

—Conduce el caballo con cuidado, Lubb. La carga que lleva es demasiado preciosa —dijo Musa.

—¿Cuáles son nuestros regalos, padre? —preguntó Fortún impaciente.

—Tendrás que esperar a llegar a casa —repuso Musa con gesto desentendido—. Están dentro de alguno de esos fardos que transportan las mulas.

Musa aún recordaba con angustia la zozobra que le había asaltado aquella noche. Después de refrescarse y quitarse la suciedad del camino en el *hammam*, había disfrutado de las caras de impaciencia y luego de sorpresa de sus hijos al recibir sus regalos. Los había acompañado durante su cena, y se había sentado en el banco del patio junto a la alberca, con todos a su alrededor escuchando embobados y boquiabiertos el relato de los fastos de la coronación de Abd al Rahman, el lujo de sus palacios y la belleza de sus jardines, hasta que el pequeño Ismail quedó dormido sobre la estera y la velada fue interrumpida.

Musa estaba ansioso por quedar a solas con Assona. La joven comprendía a la perfección el estado de ánimo de su esposo tras recibir aquel inesperado golpe, y trató de arroparlo con todo el cariño de que fue capaz. Sentados al borde del lecho, Assona tomó entre sus manos el rostro cabizbajo de Musa.

—No debes hacerte demasiadas preguntas. Sé que murió feliz, y tú habías contribuido en gran parte a esa felicidad.

Musa alzó el rostro con la mirada angustiada.

—¡Tenía tanto de qué hablar con él todavía! —dijo con voz ahogada.

—Allah lo ha querido así —trató de consolarlo Assona, acariciando su cabello.

—Simplemente me hubiera gustado haber compartido con él sus últimos días. Y haber podido decirle que fue el padre que no tuve... el mejor padre —dijo emocionado y con la voz quebrada.

—Él conocía tus sentimientos. En los días anteriores a su muerte, tuvimos

ocasión de mantener largas conversaciones paseando por los jardines de la *almúnya*. Estaba orgulloso de ti... y consideraba su labor cumplida. No te atormentes por ello.

Musa miró agradecido a su esposa, y sus ojos reflejaron la necesidad que sentían el uno del otro. Sus labios se unieron y el deseo, contenido durante aquel largo tiempo de ausencia, hizo el resto. Gozaron uno del otro durante horas, hasta que el cansancio del viaje hizo caer a Musa en un profundo sueño.

Sin embargo, aún no había amanecido cuando despertó sobresaltado y envuelto en sudor, víctima de una vivida pesadilla. En aquel momento el sueño le parecía dolorosamente real: se había visto a sí mismo abrazando a aquella mujer en Qurtuba mientras Zahir agonizaba en su lecho, gritando sin que nadie acudiera en su ayuda..., y él no le podía oír porque en ese momento hacía el amor frenéticamente.

Su corazón palpitaba desbocado, y un sudor frío le cubría la frente. Se levantó con cuidado para no despertar a Assona y tomó sus ropas. Salió al corredor del primer piso y allí se vistió mientras el frescor de la mañana empezaba a despejarlo y su pulso recobraba el ritmo. Sin embargo, su angustia no cedía, y sabía que no lo haría mientras no supiera...

Calzó sus sandalias y abrió el postigo que se recortaba en el gran portón de la residencia, salió a la calle que discurría paralela a la muralla y comenzó a caminar hacia el sur. Todavía no había sonado la primera llamada a la oración, y a aquella hora la ciudad aún dormía. Escuchaba cómo reverberaba el sonido de sus pasos contra el empedrado en el silencio de la noche, un efecto que se veía acentuado por la casi total oscuridad, pues los hachones colocados de trecho en trecho hacía tiempo que habían agotado su combustible. Llegó a las inmediaciones de la puerta de Tarasuna cuando el muecín alzó su voz por encima de los tejados de la ciudad. Era la señal para que los guardias abrieran las puertas, para permitir el paso de los primeros aldeanos que acudían a vender sus productos a los puestos del mercado. Los campesinos de Tutila tampoco tardarían en dirigirse a las huertas para afanarse en sus tareas antes de que el calor de mediodía hiciera imposible el trabajo en el campo.

Musa cruzó la puerta sin dar explicaciones al oficial de guardia, que lo saludó marcialmente cuando se repuso de su sorpresa. Al salir a campo abierto empezaba a apreciarse la claridad de los primeros rayos de sol sobre la colina al este de la ciudad. Avanzó por el camino hasta que vislumbró el muro bajo que delimitaba el cementerio, al lado de la calzada, a unos cientos de codos de la muralla. Buscaba una sepultura relativamente reciente, y no tuvo dificultad para dar con ella por lo elevado del montículo que la cubría, que destacaba sobre las demás con claridad. Observó la estela funeraria que marcaba el lugar del enterramiento: era una piedra vertical de forma rectangular y bordes redondeados, con un texto labrado con maestría. Reconoció sin dificultad los caracteres del primer versículo del Corán, y a continuación adivinó el nombre: «Zahir ibn Fortún ibn Qasi.» Tuvo que acercarse y

pasar la yema de los dedos sobre la inscripción para confirmar la fecha de la muerte: cuatro días antes del fin de Dul Hiyah. Musa cayó de rodillas en el borde de la tumba. No creía en supersticiones, se resistía a establecer ninguna conexión... pero tampoco creía en la casualidad: aquel día, a aquella hora, él yacía con una mujer que no era su esposa.

Durante meses, las imágenes superpuestas de Zahir y de Nawaar le obsesionaron, y la pesadilla retornó en las calurosas noches de aquel primer verano. De no haber mediado esta coincidencia, el episodio con aquella mujer no habría pasado de una anécdota sin importancia que hubiera acabado cayendo en el olvido, pero lo cierto era que aún convivía con la sensación de culpa. Quizá como una forma de compensarla, Musa se había impuesto a sí mismo la obligación de atender en todo momento las necesidades de su esposa y de sus hijos, anteponiéndolas a las suyas propias, y quizá fue por ello que, en aquellos dos años desde el regreso de Qurtuba, había adquirido fama de buen padre y buen esposo.

Hacía pocas semanas que Onneca había partido hacia Banbaluna con la intención de pasar los meses cálidos del verano en compañía de Enneco y su familia. A pesar de su avanzada edad, la anciana mostraba un estado de salud envidiable, y la dificultad del viaje no había supuesto para ella impedimento alguno. Musa no opuso ninguna objeción, porque conocía bien su deseo de pasar un tiempo junto a su hijo y su nieto García, que ya había cumplido veinticuatro años, y sabía también que las oportunidades que le quedaban a la anciana para repetir una estancia así no serían muchas. Sabía que también Assona habría deseado viajar a Banbaluna para visitar a sus padres, pero la corta edad del pequeño Ismail la había retenido.

Después de las abundantes lluvias de la primavera, la cosecha de cereales se presentaba prometedora: sólo era necesario ver la cara de agotamiento pero también de satisfacción de los segadores a su regreso a casa al caer la tarde, con los carros cargados de mies para ser trillada en las eras de la *madinat* expuestas al viento al norte. La margen izquierda del río era una zona fértil, beneficiada por las periódicas inundaciones de primavera, que cubrían durante días la llanura que se extendía hasta las estribaciones de los montes de Al Bardi.

Aquella tarde, a principios de verano, Musa contemplaba desde la alcazaba a un grupo de hombres y mujeres que manejaban con destreza sus hoces afiladas, protegidos del sol por amplios sombreros de paja. A sus pies se encontraban las feraces huertas donde los hortelanos se afanaban haciendo llegar el agua del río hasta

sus bancales, y más allá del puente una hilera de mujeres lavaba las ropas en la orilla del Uādi Qalash, poco antes de su unión con el gran río. El ángulo que formaban los dos cauces al encontrarse estaba ocupado por grandes matorrales cubiertos de prendas blancas que se secaban al sol.

Musa elevó la mirada siguiendo el curso del río, y algo llamó su atención. La forma familiar de una vela se recortó en el horizonte cuando la embarcación, remontando la corriente, describió con lentitud una gran curva. A principios del verano el caudal del río aún era suficiente para que embarcaciones como aquélla llegaran hasta Tutila e incluso a ciudades situadas más arriba. Con seguridad se trataría de un mercader en busca de un cargamento de la apreciada madera de la zona.

Decidió acudir hasta el embarcadero situado en el lado opuesto del puente: con frecuencia el viaje río arriba de las embarcaciones era aprovechado por el armador para transportar a uno o varios comerciantes, que además de sus mercaderías solían traer las últimas noticias desde Saraqusta.

Salió de la alcazaba a pie dispuesto a dar un paseo y descendió con paso ligero por las estrechas calles empedradas que conducían a la Bab al Uādi. Dejó a un lado la pequeña iglesia que daba paso al barrio mozárabe y atravesó el torreón que comunicaba la ciudad con el río. Cruzó el puente sin prisa, comprobando la solidez del armazón de madera que sostenía la calzada. En algunos puntos, la fuerza de la corriente había debilitado las uniones entre los puntales, y Musa anotó mentalmente el encargo para los carpinteros que debían repararlo.

Desde aquel lugar todavía no se divisaba la embarcación que remontaba la corriente, oculta tras la última curva del cauce, pero se dirigió hasta el ingenioso muelle flotante que nunca se cansaba de admirar. Se trataba de una gran plataforma rectangular construida con troncos, con una estructura similar a las almadías, y cubierta con gruesas tablas lisas. En sus cuatro lados se habían colocado doce aros circulares de hierro, que se deslizaban sobre otros tantos postes cilíndricos perfectamente pulidos y engrasados, clavados verticalmente en el lecho del río, de forma que la estructura flotante ascendía y descendía con el nivel del agua. Entre el muelle y el puente se alzaba una empalizada de troncos en forma de cuña, que desviaba la corriente hacia el centro del río, de forma que los postes del embarcadero no se vieran sometidos a una presión tan elevada.

En el momento en que alcanzaba la orilla opuesta, el barco apareció aguas abajo a poco más de una milla de distancia. Sin embargo, algo más atrajo su atención: a lo lejos, por el camino que conducía a aquel puente desde el norte, se podía apreciar una estela de polvo blanco que indudablemente se dirigía hacia la ciudad. Musa no podía ver al jinete que levantaba aquella polvareda, pero los segadores que hacían su tarea en una loma cercana enderezaron las espaldas y permanecieron durante unos momentos pendientes de él.

A una señal suya, los guardias de la puerta del río atravesaron el puente a la carrera hasta donde Musa se encontraba, y esperaron allí la llegada del inesperado visitante. Cuando el caballo alcanzó el humilladero casi al galope, el jinete tiró de las riendas, lo detuvo en seco y echó pie a tierra. Cubierto de polvo, con la respiración acelerada por el esfuerzo, se acercó a ellos a grandes zancadas.

—Busco a Musa ibn Musa, el hermano de Enneco, mi señor.

—Yo soy. Habla —respondió desazonado y en tono imperioso.

—Señor, un gran ejército se está reuniendo en tierras de Gascuña, al pie de los Pirineos. Todo parece indicar que se dirigen hacia Pampilona.

—¿Quién los manda? ¿Quién los dirige?

—Según nuestros informadores, el grueso del ejército lo componen las tropas francas de Ludovico, que es quien las envía. Pero al pie del puerto de Orreaga, en la vertiente gala, se está sumando un gran contingente de soldados gascones...

El joven jinete apenas podía hablar por la sequedad de su boca y el polvo que había tragado en el camino. Alguien le ofreció su odre de agua y el muchacho bebió ávidamente. Calmada la sed, prosiguió con más sosiego.

—El ejército está al mando de dos nobles francos: el conde Eblo, gascón, y el conde Aznar, procedente de la Cerretania...

La cara de sorpresa de Musa no pasó desapercibida para el joven correo, que detuvo su relato.

—¿Estás seguro de lo que dices, muchacho? ¿Recuerdas esos nombres con exactitud?

—Tan cierto como que aquello que se aproxima es un barco —dijo el muchacho con gesto de admiración, sin apartar su vista de él—. El conde Eblo, y el conde Aznar Galindo. He repetido sus nombres cien veces durante el camino para estar seguro de no olvidarlos.

Musa trató de valorar la información que acababa de recibir. El primer nombre le resultaba desconocido, pero Aznar Galindo... sin eluda era el primer suegro de García el Malo, expulsado de la ciudad de Iacca por Enneco y por él mismo. Era el padre de Céntulo y de Matrona, el primero asesinado y la segunda repudiada por García. ¡Cuánto odio debía acumularse en el corazón de aquel hombre! Sin duda, tras su expulsión del condado de Aragun se había acogido a la protección de Ludovico, y ahora había llegado la oportunidad que esperaba para tomar venganza...

—Atended a este muchacho como se merece —dijo Musa dirigiéndose hacia el humilladero.

Saltó sobre el agotado caballo del mensajero y tirando de sus riendas hizo que el animal se encabritara. Al colocar las patas de nuevo en el suelo, la bestia salió al galope haciendo temblar las tablas del puente. De regreso a la alcazaba mil ideas se cruzaban en su mente: sólo ocho años de tranquilidad en Banbaluna y se enfrentaban

a un nuevo intento de los carolingios por hacerse con el control de la ciudad. ¡Y Onneca estaba allí! Debía pensar con frialdad y actuar rápido. No era la primera vez que tenía que reunir a su ejército de forma apresurada.

Llegó al patio del castillo, desmontó y atravesó la puerta como una exhalación dando órdenes a todos los oficiales que encontraba a su paso:

—¡Quiero a Sulaaf en la sala de Consejos! ¡Y todos los oficiales de alto rango! ¡Convocad a los notables antes del anochecer! ¡Quiero una veintena de jinetes con los mejores caballos preparados cuanto antes! ¡Y todos los escribientes disponibles! ¡Vamos, no hay tiempo que perder!

Sulaaf se presentó de inmediato en la gran sala, y Musa lo puso al tanto de los acontecimientos.

—Encárgate de la leva de hombres de Tutila. Hoy es miércoles, así que en la jornada de mañana deben reunirse las tropas del resto de las villas. El viernes han de estar concentradas al otro lado del río y dispuestas para la partida. Saldremos hacia Banbaluna el sábado al amanecer. Ruego a Allah que lleguemos a tiempo.

Los mensajeros abandonaron la ciudad por sus cuatro puertas. Aunque debían viajar durante la noche, la luz de la luna en cuarto creciente les sería de ayuda, y conocían los caminos a la perfección. Musa redactó en persona el correo destinado al gobernador de Saraqusta, dando cuenta de la gravedad de la situación ante el nuevo ataque del ejército franco. En el mensaje pedía al *wāli* la movilización de tropas por si fuera necesaria su intervención, y solicitaba que el propio emir fuera informado en Qurtuba.

Los miembros del Consejo fueron convocados y puestos al tanto de la situación, y Musa pasó la jornada enfrascado en la preparación de la partida, dando órdenes sin descanso a oficiales, tesoreros e intendentes.

Assona acudió a la alcazaba bien entrada la noche. Su rostro denotaba preocupación. De nuevo se abrían ante ella días de angustia y zozobra: su esposo, su padre y su hermano empuñarían las armas contra los francos.

—Los niños duermen —dijo al entrar en la sala—. Han preguntado por ti.

—¿Cómo están? —contestó Musa con su primera sonrisa desde que llegara el mensajero.

—Te han echado de menos. Hablan entre ellos y comprenden que algo grave está ocurriendo, pero no hacen preguntas. He oído al pequeño Ismail decir que su padre se iba a marchar a la guerra. Pero su tono no era de preocupación.

—Aún no comprende lo que eso significa... y será mejor que continúe sin saberlo.

Assona asintió con expresión compungida.

—¿Cuándo partís?

—Puede que dentro de dos días. Si es posible, el sábado al amanecer.

—¿Y qué va a ser de tu madre, y la mía...?

—Espero que Enneco tenga la precaución de evacuarlas antes de la llegada del ejército de Ludovico.

—¿Llegaréis a Banbaluna a tiempo para defender la ciudad?

—Quién sabe. Si esos generales se han puesto ya en marcha, la respuesta es no. Tampoco creo que tu cuñado García haya tenido tiempo de reunir a sus tropas.

—Sufro por mi hermana Nunila —dijo Assona—. En estas fechas debía dar a luz a su hijo.

—Se las arreglará. García resulta de vital importancia, y no podemos prescindir de su ayuda.

En sólo dos días los contingentes de tropas de los Banu Qasi habían conseguido concentrarse en torno a Tutila, a excepción de las procedentes de Siya, que se unirían a la columna a lo largo del camino. Lo mismo ocurría con las ciudades situadas aguas arriba del río, que acudirían al punto de encuentro establecido en Kabbarusho, a una jornada de viaje.

Al contrario que en otras ocasiones, el número de tropas no era demasiado elevado: en este caso la llamada del botín no estaba presente, por lo que el número de voluntarios y mercenarios se había reducido.

Las primeras luces del amanecer mostraron a aquellos hombres bruscamente arrancados de sus tierras y sus familias, postrados en el improvisado oratorio dirigiendo sus plegarias al Todopoderoso con inusitada intensidad, con la mirada puesta en el horizonte en dirección a la Ciudad Santa. Musa asistió a la primera oración del día en el interior de la mezquita, donde iba a procederse a la consabida bendición de banderas y estandartes antes de la marcha. El *imam,* invocó la bendición de Allah para los que partían hacia la lucha, bajo los mástiles rematados por la media luna alineados frente al *mihrāb.* Sin perder tiempo en otro tipo de ceremonias, las insignias se distribuyeron entre las distintas unidades de las tropas, y a una orden de Musa la vanguardia se puso en marcha. Avanzaron a buen paso durante la mañana e hicieron un alto en las proximidades de Balterra, donde se agregaron a la columna nuevos efectivos de la zona. Al atardecer avistaron el perfil almenado del castillo de Kabbarusho, donde se suponía que debían confluir con las tropas procedentes de Qala't al Hajar y Arnit. Sin duda, las fuerzas que llegaran de las ciudades más alejadas, como Al Bayda y Baqira, tomarían el camino directo hasta la capital vascona para evitar mayores demoras. Con gran alivio, Musa comprobó desde lo alto que las tropas que esperaban se encontraban ya acampadas en las proximidades del Uādi Aragun, y sus estandartes eran agitados por el mismo viento suave que disipaba el humo de las múltiples hogueras distribuidas por todo el campamento.

La situación en Banbaluna era delicada en extremo. Los oteadores y centinelas habían dado a Enneco y a sus hombres información precisa sobre el avance de las tropas del rey Luis. En cuanto tuvieron noticia de la presencia de los francos en la falda norte de los Pirineos camino de Orreaga, los dos hermanos habían convocado con extrema urgencia a todos los señores vascones de los distintos valles, con la orden de acudir a la capital con sus hombres para defenderla de un ataque inminente. Sin embargo, ni la formación militar ni el armamento ni el número hacían de aquellos grupos de aldeanos fuerzas capaces de defender una ciudad como Banbaluna. Muchos de ellos no eran sino rudos pastores que llegaban provistos de una onda por todo armamento y un saco de piedras colgado a la espalda. No obstante, llamaba la atención su actitud decidida y despreocupada, que anticipaba el arrojo que sin duda demostrarían en la batalla, tal como había sido durante generaciones luchando para defender su existencia como pueblo.

El temor se había apoderado de los habitantes de Banbaluna ante el anuncio de la llegada del ejército franco, y Enneco había dado orden de evacuación de todos aquellos que no pudieran aportar su esfuerzo en la defensa. Durante los días anteriores, el camino del sur que conducía hacia Ulit se había poblado de cientos de ancianos y mujeres rodeadas de pequeños que se alejaban del escenario de la lucha, donde quedaban sus maridos e hijos mayores. Onneca y Toda acompañaban a los fugitivos junto a un grupo de soldados fuertemente armados que debían encargarse de proteger a la comitiva de los peligros indudables del camino.

En el Consejo que se celebraba de forma casi permanente en la fortaleza, al que se incorporaban nuevos señores locales a medida que llegaban, la situación no era de mayor calma. Los informadores daban cuenta del numeroso ejército reclutado por orden de Ludovico, y la impresión de quienes, desde las cumbres, habían podido avistarlo en su camino hacia la capital de los vascones, era que con sus fuerzas no iban a ser capaces de hacer frente a la embestida. Allí estaba el viejo Arnaut con sus dos hijos, el bruto Tibalt, obtuso donde los hubiera, con su inseparable gorro de piel, y hasta una docena de hombres llegados de todos los valles que vertían sus aguas en los ríos Aruad y Aragun.

García, el hijo de Enneco, a sus veinticuatro años veía con ansiedad el momento de probar por primera vez, ante su padre y ante sí mismo, el valor y la audacia que hasta entonces no había tenido ocasión de mostrar. Había llegado para él el día en que debería cruzar su espada con un enemigo real y no con un compañero de entrenamiento en el patio de armas. Lleno de orgullo, asistía a aquella reunión como uno más, con rostro circunspecto y postura erguida.

—La situación es comprometida, es cierto —argumentaba Enneco colérico—, pero si conseguimos mantenerlos a raya hasta recibir el apoyo de García desde el este y de los Banu Qasi por el sur, su osadía puede resultarles cara.

—¿Qué nos va en la defensa de Banbaluna? —oponía uno de los jefes—. Nuestra vida siempre ha estado en nuestros valles, a refugio de los vaivenes a los que nos someten unos y otros. ¿Por qué arriesgar la vida de nuestros hombres en un empeño que nada nos aporta?

Enneco hizo un esfuerzo para controlarse. Llevaba años tratando de luchar contra aquella mentalidad aldeana, que no sabía ver más allá de las cumbres de su montaña, por donde asomaba el sol cada mañana.

—Somos un pueblo, la lengua vascona en la que estamos hablando es nuestra seña de identidad... y ésta es nuestra capital. Si no sabemos defenderla alguien lo hará, y retirados en nuestros valles, sin contacto entre nosotros, seremos vulnerables. Tarde o temprano alguien ocupará nuestro espacio, se hará fuerte y nos arrinconará en esas montañas que tanto añoras, o aún peor... acabará con nosotros y la sangre común de nuestros antepasados será derramada. Serán asturianos, francos o cordobeses, pero lo harán. Debemos permanecer unidos, proteger nuestras ciudades, en primer lugar con nuestras fuerzas... pero también estableciendo alianzas.

—¿Te refieres a tu hermano de sangre? ¿Tanta confianza tienes en él? ¿Cómo sabes que no va traicionar tus intereses a la menor indicación del califa? —dijo Tibalt.

García dio un puñetazo sobre la mesa.

—¿Cómo te atreves a hablar así de...?

Apenas pudo acabar la frase, porque Enneco se volvió hacia él y descompuso el rostro en un gesto que le ordenaba con toda claridad que se callase.

—Tibalt, sabes bien que mi hermano Musa antes se dejaría cortar las dos manos que traicionar a los de su sangre —dijo con el tono más comedido que fue capaz de emplear.

—Pues no es eso lo que predica nuestro obispo Willesindo: llevo dos días en Pampilona y ya le he escuchado maldecir a ese que él llama «moro taimado y renegado», y criticar tu empeño por relacionarte con infieles.

—No es nueva su postura, y a nadie puede extrañar. De todos es conocida su inclinación por el partido de Velasco y de los carolingios. Tiene motivos sobrados para odiar a Musa, sin el cual ahora mismo estarías viendo ondear en estas almenas la bandera del emperador Ludovico.

—Si es que quedaban almenas —intervino Fortuño impaciente, tratando de dar por zanjada la tibia oposición a su hermano—. En todo caso, no es momento de plantear ahora nuestra política de alianzas. Debemos organizar la defensa de la ciudad. Y sin tiempo que perder. ¿Qué nos propones?

Enneco hizo una pausa e inspiró profundamente, eligiendo sus palabras.

—Nunca podremos aguantar la presión de un ejército tan numeroso contando con nuestras propias fuerzas. Sé que ese «moro renegado» se halla a estas horas en

camino desde Tutila, al igual que mi yerno desde Iacca.

—Debemos ganar tiempo —intervino García—. Si pudiéramos al menos retrasar el ataque de alguna manera...

—Puede que la haya —dijo Enneco—. ¡Que alguien traiga un trozo de yeso!

Enneco apartó de un manotazo las copas que se encontraban a su alcance y retiró la pieza de lienzo que cubría la mesa. La madera desnuda quedó al descubierto y, con un gesto, pidió al resto de los hombres que se acercaran. Tomó la tiza y trazó una línea irregular cerrada. Sobre ella marcó cuatro puntos con pequeñas rayas paralelas. A continuación dibujó, alrededor de la primera, otra línea fluctuante en forma de U.

—Éste es el recinto amurallado, con sus cuatro puertas. Y el río describe esta curva rodeando la ciudad, precisamente por el norte, que es por donde esperamos la llegada de los francos. El río sólo deja al descubierto nuestra retaguardia. La orografía del terreno juega también a nuestro favor, porque el río discurre por el fondo del valle, muy por debajo de donde nos encontramos. Hay dos puentes: aquí y aquí —dijo marcando líneas transversales sobre la gran U.

—¿Adonde pretendes llegar? —inquirió Tibalt aún malcarado.

—La única forma de cruzar el río a pie, viniendo desde el norte, es a través de esos puentes. Destruyámoslos, y obligaremos a su ejército a atravesar el río en almadías, o a dar un gran rodeo para atacar desde el este.

—Y eso podría ayudarnos a ganar el tiempo necesario para que Musa... —añadió García excitado.

Enneco asintió acariciándose la barba.

—Entonces no hay tiempo que perder —dijo uno de los hijos de Arnaut—. ¡Derribémoslos!

—¡Un momento! —intervino Tibalt poniéndose en pie—. ¿Os dais cuenta de que esos puentes son la única vía de escape hacia el norte? ¿Y si el ejército de Ludovico rodea la ciudad y ataca desde el sur? Nosotros mismos nos habremos encerrado en una madriguera.

—Es la única oportunidad que tenemos de retrasar el ataque y esperar ayuda —dijo Enneco tratando de aparentar serenidad—. Eso, o prepararnos para un asalto inminente facilitándoles la entrada hasta nuestros muros.

—¡Destruyámoslos!—exclamó alguien desde el fondo de la mesa.

—¡No hay alternativa! —insistió García—. Los francos deben estar a una jornada de aquí. Hoy es viernes, y quizá mañana sea tarde.

El resto de voces se unieron a la propuesta de Enneco, y sin tardar se dieron las órdenes precisas.

García supervisó la tarea en uno de los puentes, trabajo que pronto se reveló arduo: los picapedreros se turnaron durante horas para horadar el pilar más cercano a

la muralla, que aún se apoyaba sobre suelo firme, practicando dos orificios a algo más de un codo de ambos extremos. La primera gran piedra fue la más difícil de extraer, y en su lugar se colocaron dos enormes troncos que fueron calzados y ajustados en los huecos con gruesas cuñas. A continuación se extrajeron el resto de las piedras, de forma que la estructura del puente quedó suspendida sobre los dos apoyos de madera. Ya anochecía cuando las recuas de mulas trajeron hasta el lugar grandes haces de leña y troncos de tamaño regular que se fueron apilando debajo de ambos soportes. La leña fue rociada con aceite, y a una señal de García alguien le prendió fuego. Grandes llamas empezaron a acariciar la vieja estructura de piedra alzándose por encima de la calzada. Los extremos libres de los troncos pronto quedaron convertidos en ascuas y el fuego progresó hacia el interior del orificio a través de la madera. Un estrepitoso crujido hizo ceder tan sólo unos dedos la estructura recalentada, pero poco después la madera, ya convertida en brasas, dejó de soportar el peso del viejo puente y su fábrica se vino abajo en medio de un gran estruendo.

El sábado por la mañana, los condes Eblo y Aznar se encontraban a media jornada de Pampilona, y sin duda alcanzarían sus proximidades antes del anochecer.

Afortunadamente era víspera de domingo, y Enneco tenía esperanzas de que el ejército del emperador respetara la festividad cristiana y, como era habitual antes de una batalla, dedicara el día a la misa, la comunión y las confesiones de la soldadesca. Eso les daría una jornada más de margen. Pero durante la mañana el ejército franco, informado de la destrucción de los pasos sobre el río, había enviado exploradores para localizar vados naturales en el cauce.

Desde su atalaya, e informado por sus oficiales, Enneco seguía con atención los movimientos de los atacantes. Al este, a una legua de la ciudad, existía uno de esos vados que no tardarían en descubrir y que permitiría el paso de las tropas sin dificultad.

Efectivamente, el ejército se movilizó el mismo domingo, ya avanzada la mañana, y traspasó la barrera del río en las horas siguientes, disponiéndose al este de la ciudad en posición de ataque. Era la peor de las situaciones posibles para los vascones. El flanco suroriental no les ofrecía más resguardo que el de las propias murallas del recinto.

Enneco convocó al Consejo y con gravedad planteó la situación.

—Mañana al amanecer se iniciará el ataque. ¿Estamos dispuestos a defender la ciudad?

—¿Qué otra opción nos queda? ¿Rendirla? ¿Negociar con los enviados de Ludovico? —dijo uno de los vascones.

—Es una posibilidad. Negociar la entrega de la ciudad a cambio del respeto a la

vida de sus habitantes —respondió Enneco.

—¿Y ver cómo Velasco se apodera de nuevo de Pampilona? —gritó Tibalt—. Apuesto mis barbas a que espera a que esos condes le abran paso para hacerse con el cargo.

—¡Luchemos! —dijo uno de los hijos de Arnaut.

—¡Sí, luchemos! —se sumó su hermano.

El viejo Arnaut contempló a sus dos hijos y en su rostro se dibujó un gesto de dolor, pero también habló, con voz queda:

—Luchemos —dijo afirmando lentamente con su cabeza.

—Veo que estamos todos de acuerdo —concluyó Enneco—. Es preciso, pues, preparar a nuestras tropas. No tenemos tiempo que perder. Y rogad a Dios que nos proteja...

Enneco supervisaba la disposición de los medios de defensa junto a las murallas: grandes montones de piedras apiladas, lanzas, haces de flechas, pértigas con las que separar de la pared las escaleras de madera con las que intentarían alzarse hasta las almenas... Un soldado vascón entró en la fortaleza buscándolo con la mirada y al verlo se dirigió hacia él sin prisa.

—Un hombre con aspecto de monje ha llegado con las últimas luces e insiste en hablar contigo.

—Decidle que no es momento para despachar asuntos de la Iglesia—dijo Enneco girándose.

—Ya lo hemos hecho, pero ha insistido. Incluso se ha puesto violento y hemos tenido que reducirlo. No hemos podido entender sus voces, no hablaba en romance ni en nuestra lengua.

—Dejad que se marche. Este sitio no será lugar adecuado para monjes dentro de unas horas... Ponedlo en la puerta si es preciso —ordenó Enneco mientras volvía a su tarea.

El soldado se alejó con el mismo paso indolente que lo había traído hasta allí, pero cuando estaba a punto de cruzar el portón de la muralla, la voz de Enneco lo detuvo y, con sorpresa, vio que se acercaba hacia él a grandes zancadas.

—¿Has dicho que no habla en lengua vascona ni en romance?

—Eso he dicho —repuso el soldado perplejo.

—¿Podría ser latín?

—No era latín..., más parecía la lengua de tus hermanos musulmanes.

—¡Condúceme hasta él! ¡Rápido!

Enneco se lanzó hacia la puerta de la fortaleza y se internó en las calles, que aparecían ahora extrañamente desiertas, excepto por el ir y venir de mulas y hombres trasladando los más diversos materiales. Llegó a la puerta meridional de la ciudad

muy por delante del soldado y se dirigió a la garita débilmente iluminada por las antorchas encendidas sobre la entrada. El hombre con hábito de monje se hallaba sentado en el suelo con la espalda contra la piedra del muro, custodiado por otros dos guardias.

Se plantó frente a él y preguntó en árabe:

—¿Quién eres?

El hombre se levantó como un resorte:

—Eres... ¿Enneco? Tus ropas...

—Lo soy —cortó—. Dime..., ¿quién eres tú? —apremió.

—Soy Faisal, oficial de las tropas de los Banu Qasi. Debo hablar contigo con urgencia.

Enneco miró a derecha e izquierda, y no vio lugar más apropiado que la garita de la guardia. Casi lo empujó al interior y cerró la sencilla puerta de madera tras de sí.

Una bruma difusa cubría al amanecer el fondo del valle. No más de cinco mil guerreros vascones se disponían a defender las murallas de Pampilona ante la acometida de un ejército tres veces más numeroso, y sin duda más preparado. Los habitantes de las montañas vivían dispersos y no tenían posibilidad de entrenamiento militar, así que muchos de ellos preferían defenderse con las armas que estaban más habituados a utilizar: hondas, mazas, picas e incluso horcas. No eran muchos los que manejaban con destreza el arco. Sin embargo, a pesar de la evidente inferioridad, aquella mañana los ojos de la mayoría brillaban expectantes. Sobre los adarves de las murallas se agolpaban los hombres, muchos de ellos protegidos con lorigas de cuero reforzadas en el pecho y la espalda con placas de metal. Otros vestían rudas cotas de malla que incluso cubrían sus cabezas. Quienes no debían manejar el arco portaban en su mano libre adargas y rodelas que al menos les proporcionarían una mínima defensa en la lucha cuerpo a cuerpo.

Los primeros rayos de luz sobre las montañas no mostraron rastros de la presencia de un ejército en las inmediaciones. Sin embargo, cuando el disco naranja comenzaba a elevarse sobre el horizonte, hicieron su aparición los primeros pendones y banderas, con los colores de los condados de Gascuña y de Aquitania. A medida que avanzaban hacia ellos, sobre la línea irregular que la orografía del terreno dibujaba contra el azul del cielo, surgieron los primeros destellos de cascos bien bruñidos y lanzas en alto. Al frente cabalgaban dos hombres de aspecto marcial, cubiertos con cotas de malla del cuello a los pies y las cabezas protegidas con cascos de metal tocados por unas llamativas plumas de ave. Su aspecto era imponente sobre sus cabalgaduras, cubiertas de igual forma por petos profusamente engalanados.

—He ahí a los enviados de Ludovico —dijo Enneco—. El conde Eblo es el más erguido sobre el caballo. El conde Aznar, en cambio, parece acusar el paso de los años.

—Apuesto a que Velasco no anda lejos —dijo García.

—Sin embargo, no lo verás. Andará en retaguardia dando consejos a los cocineros —añadió Fortuño, tratando de aparentar una tranquilidad y un buen humor que no sentía.

—¡Dispuestos los arqueros en primera línea! —ordenó Enneco.

El ejército franco se desplegaba ante sus ojos como una gran marea que cubría por momentos la suave depresión hacia el sureste. El conde Eblo alzó el brazo y la vanguardia se detuvo. A una nueva señal, un numeroso grupo de arqueros a pie adelantaron su posición y comenzaron a avanzar en línea recta hacia la muralla de Pampilona. Los arcos que portaban no eran de tamaño normal, sino grandes arcos destinados sin duda a lanzar sus proyectiles a larga distancia. Desde las almenas contemplaron cómo las flechas provistas en su extremo de una bola de pez del tamaño de una manzana eran colocadas en posición de disparo, a lo largo de una línea de ataque no menor de un tercio de milla.

En aquel momento, en ambos extremos de la formación, aparecieron dos muchachos jóvenes con antorchas, que a una señal comenzaron a recorrer la línea de arqueros prendiendo las flechas. Se cruzaron en el centro, arrojaron las antorchas y salieron disparados hacia el extremo contrario. Durante un instante, la única visión del ejército de Ludovico se redujo a una cortina de humo que se elevaba vertical en el aire quieto de la mañana.

Los proyectiles volaron por encima de las cabezas de los vascones e impactaron sobre las abigarradas viviendas que se amontonaban al abrigo de la muralla. Algunos se estrellaron en las calles polvorientas o contra los muros de adobe y piedra, pero otros prendieron en las techumbres de madera, caña, barro y paja.

El olor a madera quemada era el olor de la batalla, y a la mayor parte de los defensores les hacía rememorar los horrores vividos en situaciones similares. Los músculos se pusieron en tensión, las mandíbulas se apretaban y los puños se cerraban con fuerza sobre las armas.

Fortuño miró a Enneco con inquietud, señalando con la cabeza hacia el sur y alzando los hombros en señal de interrogación. También García observaba a su padre, que veía cómo soldados y civiles trataban de apagar los focos de fuego con grandes palas de cuero. En ese momento una segunda descarga de proyectiles extendió los pequeños conatos de incendio, y al parecer alcanzó a alguno de los hombres que se afanaban en controlarlos.

Los arqueros dejaron paso a las primeras unidades de infantería encargadas del asalto. Aparecieron grupos de cuatro hombres sujetando escaleras de madera a un lado, mientras con la mano libre sostenían el escudo que debía protegerles de la lluvia de flechas durante la aproximación a la muralla. Tras ellos se dispusieron las unidades de arqueros que protegerían a los infantes disparando sus proyectiles sobre

los defensores.

Los gritos de guerra se alzaban ya por doquier, los oficiales arengaban a las tropas dando instrucciones y enardeciendo los ánimos. También Enneco alentó a quienes tenía a su alcance antes de transmitir la orden general de prevención. Los arqueros vascones comenzaron a tensar sus armas.

Entonces todos volvieron la cabeza en la misma dirección. Al principio el sonido era confuso, pero pronto los gritos cesaron. Enneco cerró los ojos durante un largo instante recreándose, y dejó escapar un largo suspiro. El inconfundible timbre de las trompas y las chirimías musulmanas se adelantó a la aparición por el sur de los largos mástiles con los estandartes verdes de los Banu Qasi, rematados con la media luna dorada.

El conde Eblo tiró de las riendas de su caballo haciéndolo girar hacia su izquierda, para contemplar incrédulo cómo sobre la loma cercana surgía una inmensa multitud de jinetes e infantes musulmanes que al menos igualaba en número a sus propios efectivos.

El conde Aznar se aproximó a él y hablaron sin retirar la mirada del promontorio donde Musa ibn Musa había aparecido con su hermoso caballo árabe, flanqueado por sus generales y por sus caudillos. Los dos condes trataban de mantener la compostura a la vista de las tropas, pero aun desde la distancia era evidente su nerviosismo. Sus caballos cabeceaban, por lo que trataban de mantenerlos bajo control con continuos tirones de las riendas.

En el momento en que, desde el flanco oriental, empezó a escucharse el sonido profundo y grave de los cuernos, Eblo trató de girar su montura con rapidez excesiva y el animal se encabritó. Si Aznar no hubiera echado mano de las riendas, el joven noble habría dado con sus huesos en el suelo. Las tropas de García el Malo procedentes de Iacca hacían su aparición en la escena en un movimiento coordinado con Musa, del que los vascones pamploneses estaban al tanto desde la noche anterior.

Enneco rebosaba satisfacción, y dejaba que se reflejara en su rostro. Con un gesto espontáneo, dio un golpe cariñoso en la cara de su hijo, cubierta ya por una espesa barba.

—Al parecer nuestras plegarias han sido escuchadas —dijo el joven.

—En esta situación confiaba más en los mensajeros que en las plegarias —respondió Enneco.

—A veces me sorprendes con tus respuestas, padre.

—Y yo a veces me planteo si he hecho bien dejando tu educación en manos de clérigos y abades —rio Enneco.

—¿Qué crees que harán ahora?

—Mira bien la situación. La destrucción de los puentes ha resultado providencial. Eso les ha obligado a atacar por el suroeste, y ahora nos tienen enfrente, a su derecha

está mi hermano Musa, y a su izquierda, tu cuñado García. ¿Qué harías tú si fueras el conde Eblo? Sólo les queda una salida: retroceder hacia el norte por donde han llegado hasta aquí.

—Y volver a la Galia con un ejército mucho más numeroso pisándoles los talones.

La expresión de Enneco se tornó grave. Evidentemente su mente trabajaba con rapidez.

—No vamos a ir pisándoles los talones, García. Vamos a ir por delante.

—¿Qué quieres decir?

—Conocemos a la perfección el terreno desde aquí hasta los pasos del Pirineo por donde deben abandonar nuestro territorio. Hace ocho años se valieron del secuestro de mujeres y niños para proteger su paso por las gargantas. Esta vez no permitiremos que sea así. Nuestros hombres están acostumbrados a moverse en las montañas. Si nos apuramos, a través del valle del Yrati podemos tomarles la delantera y caer sobre ellos en Orreaga.

—Pero existe un riesgo: para llevar a cabo tu plan, Pampilona debe quedar desprotegida. ¿Y si se dan cuenta del engaño y regresan sobre sus pasos?

—Enviaremos un grupo de hombres tras ellos..., así nos supondrán a sus espaldas.

—¿Y si precipitan la marcha y atraviesan las montañas antes de nuestra llegada?

—No es probable. Para ellos la campaña se ha convertido en un fracaso y no querrán volver a sus tierras sin un botín, por mísero que sea. Saquearán cualquier aldea que encuentren a su paso.

—Pueden capturar rehenes para proteger su regreso.

—Anoche salieron correos ordenando la evacuación de cualquier lugar habitado de aquí a Orreaga, por pequeño que sea. Abadías y monasterios incluidos. Si aun así capturan rehenes, que Dios se apiade de ellos.

—¿Anoche, dices?

Enneco sonrió.

—Desde que tuve noticia de la llegada de Musa y de García el Malo empecé a alimentar esta estrategia. La noche ha sido larga. Y me planteé todos los interrogantes que tú me has planteado, aunque yo fui más lento —dijo tratando de demostrar admiración hacia su hijo—. Para todos ellos he encontrado respuesta, y por tanto creo que el plan es factible... si todo discurre de acuerdo con lo previsto.

García se hallaba junto a su padre, entre dos almenas contiguas, mirando a la llanura que se extendía a sus pies, a la espera de algún movimiento de las tropas francas.

—Falta por responder una pregunta —dijo García sin retirar la mirada de la lejanía.

También Enneco miraba al frente.

—¿Por qué... padre?

Esta vez Enneco se tomó un tiempo antes de hablar.

—No tenía una respuesta preparada para esa pregunta. Pero llevamos demasiado tiempo soportando la amenaza de los carolingios y sus ansias expansionistas. Nuestro pueblo se merece poder gobernarse a sí mismo, y Ludovico constituye un impedimento. Tenemos que darle prueba inequívoca de nuestra determinación de no volver a ser sometidos a yugos extranjeros. Hijo mío... es hora de que los francos tengan su segundo Roncesvalles.

—También Abd al Rahman amenaza nuestra soberanía... al menos Ludovico representa al papa de Roma y al verdadero Dios.

Enneco sonrió escéptico.

—Hijo... ¿tú crees que el emperador Ludovico se empeña en cruzar los Pirineos por agradar a Dios... o quizá le mueve más el afán por aumentar su poder y sus riquezas? Los musulmanes nunca han asumido el poder efectivo de nuestras tierras, ni han abolido nuestras costumbres... ni nuestra religión. Se limitan a cobrar su impuesto. Aun así mi deseo es mantener las tierras vasconas libres de la influencia de unos y otros. ¿Tan descabellado es soñar con un territorio independiente entre nuestras montañas y el valle? Será difícil que vuelvan a repetirse circunstancias como las actuales.

Nosotros podemos aspirar a controlar la montaña y la tierra media, y mi hermano de sangre gobierna el valle. Esa alianza nos protege de las aceifas musulmanas... ya tuvimos noticia el año pasado de la campaña de Abd al Rahman contra tierras de Alaba: si no contáramos con Musa en Tutila en buena relación con el emir, Pampilona habría sufrido los efectos de esa expedición sin duda.

—También Musa y el emir se sirven del escudo de Pampilona frente a los ataques francos —repuso García.

—Así es, y por ello nuestra alianza tiene bases sólidas. No sólo los lazos de sangre la mantienen fuerte. Sabes bien con qué frecuencia la espada se alza entre hermanos.

—¿Es por eso que Musa ha acudido con tal presteza a tu llamada?

—Sin duda su interés en que Pampilona no caiga en manos carolingias es grande. Eso abriría un nuevo frente en el norte para Abd al Rahman, como el que ya tiene abierto en la zona oriental del Pirineo, con Barsaluna en manos francas, o en Asturias, con el rey Alfonso.

—¿Abd al Rahman llegaría a aceptar la existencia de un reino vascón independiente?

—Los musulmanes son pragmáticos. Creo que la respuesta sería afirmativa si no representa para ellos una amenaza... tanto más si les sirve de escudo ante una amenaza aún mayor.

—¡Padre, mira! —dijo García señalando al frente.

Enneco, absorto en la conversación, había dejado de prestar atención a su alrededor.

—¡Han dado la orden de retirada! ¡Están replegándose!

—Era cuestión de tiempo, no tenían más opción.

—¡Pasarán extremadamente cerca de las tropas de García!

—Lo suficiente para que el conde Aznar y su antiguo yerno alcancen a reconocerse. Sin embargo, estoy seguro de que García no va a poner ningún obstáculo a su repliegue.

—Pienso en Velasco, padre. Imagino la rabia y el odio que debe almacenar en este momento en su corazón.

—En dos ocasiones se le ha permitido salir con vida de Pampilona, hijo mío —dijo Enneco—. Y no habrá una tercera... Ahora preparemos nuestro siguiente movimiento, no tenemos tiempo que perder.

La celebración de la fiesta de San Juan había quedado atrás, pero una espesa niebla por encima de sus cabezas les impedía ver las cumbres en el paso de Roncesvalles. La sola mención del lugar evocaba en Eblo recuerdos de su infancia cuando, impresionado, escuchaba a los juglares que recalaban en la capital de la Gascuña relatar los acontecimientos sucedidos en aquel lugar. Aún recordaba haber tenido durante días pesadillas en las que los terribles vascones degollaban sin piedad a cuantos le rodeaban, y despertaba envuelto en sudor cuando llegaba su turno.

Lo mismo ocurría con la mayoría de la soldadesca. La víspera, acampados en los llanos anteriores al desfiladero, los hombres habían acudido en número extrañamente elevado a la misa, y muchos de ellos habían recibido la absolución tras confesar.

Sabía que la inquietud de sus hombres se acrecentaba a medida que se acercaban a aquel punto, y trató de extender entre la tropa la idea de que esta vez los vascones se encontraban a su espalda y por tanto no había nada que temer.

Intentó explicar la extraña ausencia de cualquier rastro de vida en las aldeas que habían atravesado por el temor que un ejército de aquellas dimensiones infundía entre los aldeanos, aunque sabía que aquello no encajaba con el hecho de que en el viaje de ida hacia Pampilona las mismas aldeas no estuviesen deshabitadas en absoluto.

La vanguardia del ejército había iniciado el ascenso hacia la cumbre al amanecer, tratando de mantener la columna lo más compacta posible. A media mañana, alcanzaron el portillo que marcaba el inicio del prolongado descenso y el punto donde la calzada se internaba en los más angostos estrechos siguiendo el curso del río.

Una avanzadilla de quinientos hombres abría la marcha, y a cierta distancia les seguía el grueso del ejército. Los condes Eblo y Aznar cabalgaban en la parte posterior de ese grupo, y a su espalda cerraba la columna un contingente de mil

hombres bien armados. La zona más próxima a la cumbre, a pesar de la niebla que no tardaría en caer de nuevo sobre ellos, era el último lugar seguro antes de alcanzar el llano decenas de millas más adelante, y los comandantes de las tropas francas decidieron dar el alto para pernoctar allí. Dispondrían así de la posterior jornada completa para sortear los desfiladeros y alcanzar terreno seguro antes de que cayera la noche.

Los rústicos refugios de lona de cáñamo se dispersaron en las vaguadas cercanas a la cumbre, y en cada promontorio se estableció una guardia permanente de cuatro hombres.

Fue una noche larga para todos, en la que pocos pudieron conciliar un sueño verdaderamente reparador, y con el amanecer retornó la actividad. Los oficiales mantuvieron una última reunión en la que recibieron instrucciones precisas para conducir a sus unidades dentro del desfiladero. Debían mantener contacto con las unidades inmediatamente anterior y posterior, avanzar en grupos tan compactos como permitiera la anchura de los pasos y ponerse en guardia ante cualquier señal de ataque.

Antes de la partida, el ambiente que se respiraba era tenso, los hombres esperaban taciturnos sentados en grupos u ocupados en atender a las cabalgaduras. La moral de las tropas se había derrumbado después de la humillación que había supuesto para ellos tener que abandonar el asedio apenas iniciado, y nadie había mencionado en los últimos días las historias que circulaban sobre aquellos parajes y sus nativos, descritos en las crónicas francas que circulaban en boca de narradores y juglares como pérfidos guerreros dados al engaño, la sorpresa y la rapiña.[26]

Sin embargo acechaba en la mente de todos el trágico destino del senescal Egiardo, el conde de palacio Anselmo y el propio Roldán, el prefecto de la Marca de Bretaña, junto con centenares de sus paladines. Algunos de ellos yacían bajo el túmulo que se levantaba a escasos codos de allí y que habían tenido ocasión de ver pocas fechas antes, cuando pasaron por aquel mismo lugar con ánimo bien distinto camino de Pampilona.

El conde Eblo dio orden de partida a las primeras unidades. Los restos humeantes de las hogueras se confundían con los jirones de niebla que descendían desde las cumbres más elevadas del entorno.

Los relinchos de los caballos y las voces de los caballeros se perdían tragados por la bruma de aquella mañana húmeda y triste.

Cuando por fin se inició el descenso, las inhóspitas praderas de las cumbres se fueron transformando en vegetación cada vez más densa y desarrollada, y la formación inicial de a cuatro se redujo a la mitad al penetrar en los estrechos caminos

que serpenteaban por la ladera.

Cuando partieron ambos condes desde la cima, las primeras unidades se encontraban a dos millas de distancia en dirección al fondo del valle. Detrás de ellos, los carros y las mulas con la impedimenta que acompañaban a la retaguardia avanzaban a duras penas. En algunos tramos atravesados por arroyos que bajaban de las cumbres en busca del río, el paso de miles de hombres y los cascos de las cabalgaduras habían convertido la senda en una trampa de agua y fango, donde se hacía necesario el esfuerzo de hombres y animales para arrancar las ruedas del barro. Los oficiales comenzaban a dar muestras de inquietud por el retraso respecto a la vanguardia, que avanzaba a buen paso hacia la salida del desfiladero, una vez superada la zona más peligrosa, donde el camino bordeaba una garganta desarbolada y sin protección.

La primera señal de alarma procedió de los altos que acababan de abandonar. El inconfundible sonido de un cuerno de caza soplado con maestría reverberó en las paredes rocosas que comenzaban a aprisionar el camino. El conde Eblo contaba con ello: sabía que los vascones seguirían sus pasos hasta cerciorarse de que abandonaban su territorio, pero no contaba con tal proximidad. Al parecer habían ocupado su campamento poco después de ser abandonado. En cualquier caso, se encontraban a su espalda, y se limitó a dar órdenes para apresurar la marcha. Sin embargo, lo que oyó a continuación le heló la sangre: los cuernos sonaban ahora por encima de sus propias cabezas, en las cumbres que desde el fondo del desfiladero resultaban invisibles. Los hombres más cercanos detuvieron la marcha y todas las miradas se volvieron hacia él en busca de una explicación que no podía dar.

—¡Pretenden inquietarnos! —gritó a sus hombres—. ¡Están a nuestras espaldas y no tenemos nada que temer!

Un rugido ensordecedor desmintió sus palabras. Aunque la espesura del bosque que les rodeaba impedía apreciar el origen del estruendo, nadie tuvo dudas de que se trataba de un desprendimiento de rocas desde lo alto. Al cesar el ruido llegaron hasta ellos gritos lejanos propagados entre las paredes del cañón, cada vez más próximas. Los hombres echaron mano a la empuñadura de sus espadas, y los caballos se revolvían inquietos contagiados por el nerviosismo de los jinetes.

Eblo y Aznar avanzaron hacia el frente bordeando el camino, hasta llegar al punto donde la ladera perdía su cubierta de árboles y arbustos para dar paso a un desfiladero casi excavado en la roca. Desde allí, unos cientos de codos más adelante, pudieron observar el origen del estruendo: una gran masa de roca y tierra que aún se deslizaba hacia el río bloqueaba por completo la ruta que seguían. Los soldados, cubiertos de tierra y polvo, trataban de sacar de entre los escombros a otros compañeros de armas, y algunos cadáveres de hombres y bestias habían sido arrastrados hasta la corriente. Los rostros reflejaban temor y desconcierto, y las miradas se dirigían del camino

obstruido a las laderas del monte, donde quizás esperaban ver desplomarse sobre ellos a los causantes del desprendimiento.

El conde Aznar miró a su compañero de armas con aprensión:

—¿Cómo hemos podido caer...? —empezó.

—¡No puede ser! ¡Los vascones siguen en retaguardia! Esto puede ser causado por un puñado de hombres. Haremos despejar el camino y seguiremos adelante. ¡Reunid una partida y salid en busca de esos malnacidos! —aulló Eblo.

Tomó su olifante de marfil y lo hizo sonar tres veces en señal de alarma. Su sonido inundó el valle, y regresó repetido por el eco. Las tropas que avanzaban delante de ellos se detendrían para acudir en su ayuda en caso de ataque. El conde ordenó iniciar sin demora los trabajos para despejar el camino. A lomos de su caballo, cubierto con su vistosa indumentaria de guerra y su morrión emplumado sujeto a la grupa, caracoleaba inquieto y atento a cualquier señal de alarma.

—¿Cuántos hombres quedarán con nosotros a este lado del desplome? —preguntó a Aznar.

—Calculo que dos millares —respondió éste—. He dado orden a los oficiales para que todos los que estén disponibles colaboren para despejar el paso.

Los trabajos comenzaron con dificultad. Las enormes rocas arrastradas desde lo alto sólo podían ser movidas utilizando grandes palancas empujadas por decenas de hombres, y los progresos apenas se apreciaban, para desesperación de los dos comandantes.

La niebla que había cubierto los montes desde la mañana no era ya tan espesa, y la luz que la atravesaba parecía más diáfana. Eblo dirigía su mirada hacia las cumbres aún ocultas sin poder evitar la aprensión que lo atenazaba. Y entonces sucedió. Los hombres que trataban de abrir el paso, en su mayor parte desarmados, vieron caer desde la ladera oriental el ejército de demonios cubiertos tan sólo con pieles y emitiendo los desgarradores gritos de guerra descritos en las historias épicas que tantas veces habían escuchado.

Eblo y Aznar, con la sangre helada en las venas, gritaron enfurecidos tratando de ordenar la defensa. Antes de entablar batalla, vieron descender por la ladera centenares de atacantes vascones, que al poco fueron seguidos por otros pertrechados con la inconfundible indumentaria musulmana. Los sentimientos de sorpresa y miedo experimentados al inicio del ataque dieron paso a una rabia inmensa tras asimilar que eran víctimas de una nueva emboscada por parte de los mismos a quienes habían acudido a combatir, y ciegos de ira ajustaron sus yelmos, empuñaron sus espadas y se lanzaron al ataque dispuestos a dejar allí sus vidas.

Desde un pequeño promontorio, Enneco y su hijo, Musa, García el Malo, Fortuño y algunos de los jefes vascones observaban el ataque de sus hombres, que llevaba camino de convertir aquel desfiladero en el escenario de una carnicería. Eblo y

Aznar, incapaces de manejar sus monturas en aquel reducido espacio, pusieron pie en tierra y entablaron una lucha cuerpo a cuerpo que sabían perdida de antemano. Los soldados francos sucumbían ante sus ojos, sin esperanza de recibir ayuda desde el lado norte del desfiladero, donde la vanguardia del ejército en retirada había sido incapaz de retroceder para alcanzar el escenario de la emboscada, si es que no había huido en desbandada.

El sol se adivinaba ya sobre sus cabezas cuando los dos condes, derrotados y magullados, cubiertos de polvo y sangre, fueron conducidos ante Enneco. Si la mirada de Eblo fue desafiante y orgullosa al enfrentarse a sus captores, Aznar quedó pasmado, inmóvil, atónito. Era evidente que no podía apartar la vista de uno de ellos.

—¡Tú! —dejó escapar con los ojos entornados. Su respiración se había acelerado, y su boca se deformaba en un rictus de odio.

García el Malo se adelantó hacia el hombre que había sido su suegro, y Aznar hizo un infructuoso esfuerzo por liberarse de sus ataduras.

—Juré que no descansaría hasta verte atravesado con mi espada. Dame tan sólo esa satisfacción, lucha conmigo. Permite al menos que trate de vengar la muerte de mi hijo Céntulo.

—No haré tal cosa —respondió García aparentemente impasible, de pie frente a él.

—Entonces atraviésame en este mismo momento. No quiero vivir sin ser capaz de cumplir mi juramento.

—Mil noches la muerte de tu hijo me ha impedido conciliar el sueño. Dios sabe que no fue mi intención matar a Céntulo, y doy gracias al Cielo por darme la ocasión de hacértelo saber.

—¡Bastardo! —escupió.

—Durante años he cargado en mi conciencia con la muerte de tu hijo, y no voy a cargar con la muerte de su padre.

García se volvió hacia Musa y Enneco.

—Deseo que este hombre sea liberado para regresar al lugar de donde no debería haber vuelto.

Enneco se adelantó hacia ambos.

—Así se hará si es tu deseo. No imagino mensajero más apropiado para transmitir a Ludovico el recado que le haremos llegar. —Enneco se acercó al conde—. Dile a tu rey que el pueblo vascón no acepta más autoridad que la emanada de sus propias gentes. Quizás en el pasado no supimos defender nuestro suelo, pero las cosas han cambiado. Tienes frente a ti a los representantes de Aragun, Pampilona y las tierras del Ebru, que sabremos unir de nuevo nuestras fuerzas para defender nuestro país. Estas montañas han sido por dos veces el muro en que se han estrellado las ansias de

conquista de los emperadores francos, y no dudes que volverán a serlo. Que tu soberano no espere amenaza de nosotros si no alza sus armas en nuestras tierras. Mas, si lo hace, viéndote regresar podrá vislumbrar su destino.

Aznar se mantenía altivo, pero su expresión había cambiado.

—Lleváoslo —ordenó el vascón.

Enneco se dirigió hacia el conde Eblo.

—En cuanto a ti... si García ha decidido el destino de Aznar, dejaré que sea Musa quien decida el tuyo. ¿Qué dices, hermano?

Musa se aproximó a ambos. Una ligera sonrisa se dibujaba en su rostro.

—Si Aznar va a ejercer como emisario ante Ludovico, quizás Eblo sea un buen presente para el emir... todo un conde de Gascuña. Propongo enviarlo a Qurtuba cargado de cadenas, junto con la noticia de esta victoria y del fin de la amenaza carolingia sobre nuestras tierras.

En los días siguientes, las tropas se recompusieron acampadas en las proximidades del desfiladero, en las planicies que se extendían en la vertiente meridional de las montañas. Dos centenares de supervivientes francos cargados de cadenas eran conducidos hasta Pampilona, donde serían retenidos como rehenes y liberados a cambio de un rescate si su rango lo permitía, o quizá, lo que era más probable, vendidos a un mercader de esclavos para acabar en alguna ciudad del norte de África. El conde gascón ocupaba un rincón en una rústica carreta de un solo eje tirada por bueyes, al contrario que sus desdichados compatriotas, que avanzaban ensogados y a pie.

Los heridos transportados en parihuelas retrasaban el regreso hacia Pampilona, que se demoró cuatro días más, aunque la noticia de la derrota del ejército franco había volado hacia el sur a lomos de los más veloces correos. Posiblemente a esas alturas incluso en Tutila fuera ya conocida. Musa se había encargado personalmente de hacer llegar la nueva con dos de sus jinetes, que portaban también un pergamino destinado al gobernador de la Marca en Saraqusta. Mientras cabalgaba tranquilo por aquellas tierras rodeadas de montañas, tan diferentes de la llanura de su tierra ribereña, consciente de la importancia política de aquella victoria, sintió una sensación parecida a la euforia al evocar el momento en que Abd al Rahman II fuera informado de ella. Los Banu Qasi, con su política de alianzas, se convertían después de aquello en un bastión fundamental para la defensa de la frontera superior de Al Ándalus, lo que les proporcionaba una situación de privilegio y la garantía de ser respetados por las aceifas contra las regiones fronterizas que sin duda seguirían teniendo lugar. El equilibrio que ahora se inauguraba permitía a los tres aliados, Banu Qasi, *baskunish* y *sirtaniyin,* gobernar a sus pueblos con una independencia más que notable respecto a los grandes poderes del momento, carolingios y omeyas, sin contar

con el rey Alfuns. Musa sabía que, si había alguien que deseara con toda su alma una situación como aquélla, ése era Enneco. Quizás esa victoria fuera la ocasión de la que tanto habían hablado durante años, el momento de dar forma a algo parecido a un nuevo reino. Desde su partida hacia Pampilona, los jefes vascones cabalgaban a menudo en grupo cerrado, y Musa estaba seguro de que debatían acerca de su futuro. Los veía hablar animadamente, al momento acalorarse, asentir con gravedad, e incluso, en una ocasión, uno de los jefes, airado, había abandonado el grupo.

Hasta la víspera de la llegada a Pampilona, Musa no había tenido ocasión de hablar a solas con Enneco. La noche era perfecta: después de una calurosa jornada habían acampado en medio de un valle a orillas del río. Al atardecer habían utilizado sus pozas para refrescarse y deshacerse del sudor y el polvo de la jornada, mientras las hogueras ardían y grandes piezas de caza eran asadas en espetones. Las villas que encontraban a su paso, de nuevo repletas de aldeanos, habían recibido con euforia a los vencedores y les habían aprovisionado del vino, la harina y el pan que esa noche disfrutaban.

También Enneco había saboreado con sus hombres aquel banquete y había compartido la jarra con ellos. Sus ojos brillaban cuando Musa lo vio aproximarse al lugar donde descansaba, sentado contra el tronco de un gran olmo. Poco antes, él también se había retirado del bullicio de bailes, cantos y jolgorio que se concentraba alrededor de los fuegos: necesitaba poner sus ideas en orden, y ésa era la última oportunidad antes de llegar a Banbaluna. Además, desde su experiencia en Qurtuba con el vino, lo rehuía como rehuía a las víboras bajo las piedras.

—Hermosa noche —dijo Enneco en su lengua, apoyando las dos manos en los hombros de su hermano.

—Lo es... —asintió Musa—. ¿Sabes? Suena bien tu lengua entre estas montañas: Parece como si éste fuera su lugar.

—Y lo es. Es la lengua de los vascones, y estas montañas son nuestra tierra. Por tanto es la lengua de estos montes, y uno de los elementos que nos distinguen como pueblo.

—Os he observado en los últimos días en el camino de regreso. Parecíais tener mucho de que hablar.

Enneco se sentó junto a Musa.

—Todos los jefes vascones son conscientes de la importancia de lo que acaba de suceder. Por primera vez nuestras tierras parecen libres de la amenaza directa de ejércitos procedentes del norte. Y saben que nunca habríamos podido hacerlo solos, sin vuestra ayuda y la de García. Valoran la alianza que hemos sabido fraguar...

—Supongo que nadie dudará de quién ha sido el artífice de esa política —intervino Musa.

—No, y me siento reconocido por el resto de caudillos. Sin embargo, no te ocultaré que ha habido reticencias... y ya sabes el motivo.

—La religión.

—Algunos de ellos no ven con buenos ojos la alianza con musulmanes. La influencia de Willesindo y de algunos clérigos aviva esa oposición. Pero incluso los más favorables al obispo reconocen que nuestra coalición nos ha procurado grandes ventajas, y ninguna amenaza a nuestra fe ni a nuestra forma de vida. He tratado de hacerles ver que nuestros intereses comunes están reforzados por vínculos de sangre y oportunidad política.

—¿Y lo han entendido así?

—Casi todos ellos, pero como siempre cuento con la oposición de Tibalt. Aunque no me preocupa, conozco bien su carácter y sé que sólo pretende señalarse: al final, aunque sea a regañadientes, se aviene a aceptar la opinión de la mayoría. Me preocupa más la actitud de mi propio hijo...

—¿García? —se extrañó Musa.

—Sí, García. Cometí el error de confiar su educación a los clérigos del obispado, y ha llegado a entablar buena relación con el propio obispo Willesindo. Creo que trata de atraerlo hacia sus posiciones... y sabes que aboga por un enfrentamiento radical con el islam. Me consta que ha mantenido correspondencia con el propio papa Pascual. García es casi un muchacho, impresionable...

—No había notado nada extraño en su actitud...

—A ti te admira, Musa. Desde que tiene uso de razón. Pero su corazón se encuentra dividido, y aún está en nuestras manos hacer que su postura se aproxime hacia el pacto y el entendimiento, por encima de nuestros credos. Si no fuera así, temo por el futuro. Y más sabiendo lo que ahora sé...

Musa se volvió hacia Enneco con expresión de extrañeza.

—Bien, supongo que debes de estar al tanto —dijo Enneco cambiando de postura—. Desde hace generaciones los vascones hemos estado divididos, a veces enfrentados entre valles por el uso de unos pastizales o una zona de caza. Eso nos ha restado eficacia militar y nos ha hecho débiles frente a enemigos más poderosos. Nuestros clanes han llegado a mantener feroces disputas por el reparto de un simple botín de guerra. Lo que ha ocurrido en las últimas semanas nos ha hecho conscientes de la necesidad de unirnos para sobrevivir. Queremos dotarnos de leyes que nos ayuden en el reparto de los bienes de la tierra, que sirvan para resolver nuestros altercados sin recurrir a la violencia. Y uno de nosotros ha de estar por encima de los demás, tener una autoridad añadida.

—¿Estás hablando de... un rey?

—Nadie ha utilizado ese término. De hecho lo que queremos hacer aún no tiene forma ni nombre... sólo hemos acordado algunos principios: quien resulte elegido

deberá gobernar de acuerdo con las leyes dictadas por el Consejo de los doce jefes de clan que conoces, junto con los más ancianos y sabios del país.

—Lo que estás describiendo, Enneco... se parece mucho a aquel sueño del que me hablaste una vez.

Enneco sonrió.

—Me hablas de un país, con un territorio bien definido que domináis —continuó Musa—. Tenéis una lengua propia que os diferencia y pretendéis elaborar unas leyes para gobernaros... ¿qué es eso sino un reino?

—Un reino no se hace de la noche a la mañana... dejemos que el tiempo corra.

—No necesito preguntar quién es el hombre elegido para regir los destinos de los vascones de ahora en adelante...

—Lo sabes bien...

—El gran Enneco Arista, conocido por su fortaleza, su inteligencia y su arrojo en la batalla... —bromeó Musa.

La última jornada de camino fue una fiesta. A la columna militar se sumaron centenares de campesinos que se dirigían a la ciudadela para asistir a las celebraciones de tan gran victoria contra los francos. La noticia se había extendido por todos los rincones de la tierra vascona, los evacuados habían regresado y una multitud se había dado cita en Pampilona. Lo que ninguno de ellos sabía es que iban a tener la oportunidad de asistir a la proclamación del nuevo caudillo de esas tierras, precisamente el hombre al que se disponían a aclamar a su entrada en la ciudad, después de conseguir la gesta de rechazar el ataque del emperador y acabar con su ejército en lo más profundo de las montañas vasconas.

Musa y su cuñado García trataron de mantenerse en una segunda fila durante la entrada triunfal en la ciudad, dejando todo el protagonismo a quien la multitud aclamaba llamándolo por el nombre que ya había hecho fortuna entre su pueblo: Enneco Arista. Sin embargo, Enneco llamó a ambos a su lado, donde cabalgaban también Fortuño y su hijo García, junto al resto de los señores vascones que habían participado en la emboscada.

Nadie en Pampilona contemplaba aquella escena irrepetible tan henchida de gozo como Onneca: allí estaban sus tres hijos, orgullosos, imponentes sobre sus monturas, aclamados por su pueblo, por el pueblo de sus antepasados. ¡Qué parecidos a Enneco Jiménez, su primer esposo!: la misma fortaleza, el mismo porte y prestancia. Con razón los *nabarrus* habían reconocido a su primogénito como un digno sucesor. La angustia, que se había apoderado de ella en las últimas semanas de incertidumbre compartida con Toda, hizo que en ese momento la invadiera una sensación de euforia y plenitud que no recordaba haber experimentado en su ya larga existencia. Allí estaba, sobre la muralla, tomando a su nuera por los hombros, ambas con los ojos arrasados, esperando el momento en que sus hombres entraran en el baluarte para

fundirse en un abrazo con ellos.

Sólo unos días más tarde se convocó el Consejo de *sénior es* vascones que debían decidir quién sería nombrado caudillo e investido de autoridad sobre el resto. Uno tras otro, los doce electores se levantaron de sus escaños, se colocaron en el centro de la estancia frente a sus iguales y, en voz alta, con tono solemne, pronunciaron un único nombre: Enneco Íñiguez, conocido por su pueblo como Enneco Arista.

La ocasión lo exigía, y por eso Musa había mandado llamar a su esposa y a sus hijos. También García el Malo había enviado recado a Nunila, que llegó acompañada por Galindo, el pequeño hijo de ambos. Todos ellos se encontraban en el interior de la vieja iglesia de Pampilona, situada dentro del recinto amurallado de la fortaleza, cuando dio comienzo la ceremonia presidida por el obispo Willesindo y por Fortún, abad del monasterio de Leyre, que compartía con Enneco una gran amistad forjada durante sus estancias en la cercana fortaleza de Baskunsa.

Ambos clérigos ocupaban los lugares centrales ante el altar mayor, flanqueados por otros cuatro sacerdotes llamativamente revestidos. En los laterales se habían dispuesto doce escaños, seis a cada lado, para los doce *seniores* vascones. Por fin, ya en la nave central, al pie de la escalinata, había un gran escudo azur en cuyo ángulo superior destacaba una cruz plateada.[27]

La celebración religiosa llegaba a su fin, y Arnaut, el más anciano de los jefes vascones, se puso en pie y se dirigió al centro del altar. El obispo Willesindo, tocado con su mitra y apoyado en el báculo, tomó asiento en su cátedra tras el ara de piedra. Los monjes del coro cesaron la interpretación de sus himnos, y la voz de Arnaut sonó potente y profunda.

—Este pergamino que os muestro —alzó enfáticamente su brazo derecho— contiene las leyes juradas y escritas que los aquí presentes, auxiliados por el *consillium* de los más ancianos, hemos pactado para el gobierno de nuestras tierras de aquí en adelante. Los más nobles hombres, descendientes de quienes han gobernado nuestro pueblo desde tiempo inmemorial, decidimos unir nuestro destino y ofrecer nuestros servicios al que consideramos el mejor entre nosotros.

Arnaut hizo una pausa, y todos los presentes dirigieron sus miradas al mismo lugar. El anciano esbozó un gesto con la palma de su mano vuelta hacia arriba, y Enneco se puso en pie. También el obispo Willesindo se alzó trabajosamente y se dirigió hacia él con un pesado volumen entre las manos.

—Enneco Íñiguez, hijo de Enneco Ximénez, por tu pueblo conocido como Enneco Arista, ¿juras sobre esta Biblia ejercer la *autoritas* que en ti delegamos siendo fiel a las leyes aquí contenidas, de acuerdo a los principios de la justicia y al servicio del pueblo vascón?

—¡Juro! —dijo Enneco con voz poderosa.

—Si es así, cuentas con nuestro voto de fidelidad para la defensa de tu persona, de tus dominios y de tus súbditos. En señal del reconocimiento de tu preeminencia sobre los que, siendo tus iguales, te elegimos como príncipe{28} nuestro, serás alzado sobre nuestras cabezas. Recibe antes los signos que te distinguen como tal.

Uno de los sacerdotes acercó un báculo de marfil bellamente labrado con empuñadura dorada que Willesindo bendijo antes de entregárselo a Arnaut.

El anciano, ceremoniosamente, se lo cedió a Enneco.

—Toma esta vara, que es el símbolo del poder que ponemos en tus manos.

De igual forma fue bendecida la corona, de oro, pero lisa y sencilla. Fue el propio obispo quien la sujetó con cuidado y la ajustó sobre la cabeza de Enneco.

—Acepta la corona, símbolo del poder que Nuestro Señor deposita en su servidor.

Los barones que ocupaban los laterales habían contemplado la ceremonia en pie, y en ese momento, con movimientos bien ensayados, comenzaron a descender la escalinata de piedra para disponerse alrededor del gran escudo que ocupaba el frontal de la nave central.

Un himno de acción de gracias resonó entre las paredes del templo cuando los diez hombres, cinco en cada lado, levantaron el escudo a la altura de sus túnicas. Un monaguillo colocó un escabel en la parte frontal, mientras Arnaut conducía a Enneco hacia los demás. El anciano ocupó su lugar en la parte central del presbiterio, ante al altar, y Enneco se situó frente a él, con un pie sobre el escabel. A una señal de Arnaut, Enneco se alzó sobre la improvisada plataforma y volvió su cuerpo hacia el ábside. Instantes después, Enneco Arista, el nuevo príncipe pamplonés, era alzado sobre las cabezas de los *seniores* vascones.

Capítulo 13

Año 828, 212 de la hégira

—*Sahib*, debes perdonar mi atrevimiento, sé que no son horas para perturbar el descanso de tu familia, pero la situación es grave —dijo Mujtar, el veterano *sahib al suq*.

—Sé que lo es, si eres tú quien lo asegura —respondió Musa mientras le colocaba una capa sobre los hombros—. Pero acércate al rescoldo que todavía arde. Estás empapado. Llamaré a uno de los criados para que te traiga ropas secas.

—Te lo agradezco, Musa. La lluvia ha arreciado, y hace una noche de perros.

—¿Has estado recorriendo la ciudad?

—Así es. He recibido aviso de Israq, el *muzdamín*: la parte baja de la judería está comenzando a anegarse. El agua que desciende del monte arrastra piedras y barro, y ha obturado en parte los desagües bajo la muralla, que no drenan con suficiente rapidez. Ha entrado ya en algunas de las viviendas más cercanas al río. Los vecinos se afanan en achicarla, pero es inútil: el nivel sube por momentos, y no es posible retirar la obstrucción en la oscuridad.

—¿Habéis dado aviso a Sulaaf?

—Mis ayudantes se han dirigido a la alcazaba mientras yo venía a tu casa.

—Si no para de llover, la situación podría agravarse.

El criado llegó con ropa de abrigo para Mujtar, que se deshizo de sus vestiduras completamente empapadas y se acercó al fuego que Musa había avivado, tratando de contener los escalofríos que lo acometían.

La noche en el exterior era fría. Se acercaba el fin de Dul Hiyah, un mes que, a pesar de la cercanía de la primavera, se había caracterizado por su dureza. Comenzó con una semana de frío intenso acompañado de fuertes nevadas. La ciudad se había visto cubierta con una gruesa capa blanca que había obligado a sus habitantes a abrirse paso utilizando palas y azadas, con las que cavaban trincheras para acceder a los lugares más precisos, los hornos de pan fundamentalmente. Nevó durante tres días, y después se abatió sobre Tutila una niebla heladora que transformó en duro cristal la nieve acumulada, el agua de las fuentes y las orillas de los ríos. El trabajo en los campos, cubiertos por un codo de nieve helada, se paralizó, y las hortalizas de invierno se arruinaron. Durante una semana, no se vio la luz del sol, la niebla lo empapaba todo y todo quedaba helado al instante, de manera que el paisaje era blanco dondequiera que se dirigiera la mirada.

En los hogares más humildes escaseaban la leña y el alimento. Los nabos y verduras, base de la dieta de muchas familias, permanecían enterrados en el campo.

Tampoco el forraje necesario para alimentar a los animales podía recolectarse, y los corrales de gallinas, las conejeras y las parideras donde se criaban los corderos empezaron a verse diezmados a causa del frío y la mala nutrición. Las manos de la gente se cubrieron de sabañones, y niños y ancianos comenzaron a caer enfermos de calentura. Los médicos de las tres comunidades se afanaban aplicando ungüentos, tisanas y cataplasmas, pero poco podían hacer cuando la enfermedad atacaba con fuerza. Cuando el sol consiguió abrirse paso, quince cadáveres envueltos en sus sudarios esperaban en un improvisado depósito para ser trasladados al cementerio en cuanto la mejoría permitiera excavar las sepulturas.

Durante dos semanas ningún comerciante llegó a Tutila, por lo que no pudo celebrarse el zoco semanal. Musa había dado orden de recurrir a la reserva de trigo de la ciudad para abastecer a aquellas familias que lo necesitaran, pero el molino situado a orillas del Uādi Ibru se hallaba inmovilizado por la gruesa capa de hielo, así que tuvieron que utilizar el viejo molino empujado por bueyes.

Afortunadamente, el frío intenso desapareció, y la nieve fue retirándose hasta quedar relegada a las zonas más altas del contorno. Tras unos días, el intenso viento del norte que enfilaba con fuerza por el valle en dirección a Saraqusta comenzó a cambiar de dirección, y dio paso a un viento del sur más cálido y cargado de humedad, un viento que, como sabían todos los viejos de Tutila, anunciaba lluvias abundantes.

Cuando Mujtar acudió a la residencia de Musa, se cumplía la tercera noche desde el inicio de los aguaceros.

—Me preocupa lo que pueda ocurrir con los ríos. Tanto el Uādi Ibru como el Uādi Qalash discurren al límite de su capacidad —explicó Mujtar.

—Sin duda la lluvia está derritiendo los depósitos de nieve en las montañas, y toda esa agua discurrirá por el cauce en busca de la salida al mar —reflexionó Musa.

Onneca apareció en la sala ya bien caldeada con una bandeja en la que portaba dos cuencos humeantes.

—Me han despertado las voces, y he supuesto el motivo de la visita a horas tan intempestivas. Si habéis de salir, el caldo os calentará.

Musa dirigió una mirada de agradecimiento a su madre, y ambos dieron buena cuenta del contenido de los tazones.

—Debemos acudir a la alcazaba —dijo Musa—. De seguir así, quizá sea necesario disponer la evacuación de la parte baja de la ciudad.

Los criados habían preparado dos amplias capas de cuero engrasado que ambos hombres colocaron sobre sus ropas de abrigo antes de salir al patio central. Caminaron bajo la galería del piso superior mientras el agua repiqueteaba en el enlosado y en la alberca central, y formaba riachuelos que desaparecían por las rejillas del pavimento en dirección al río. Los mozos de cuadra, alertados por los

criados, habían preparado dos caballos que esperaban ya expulsando vaho por los ollares, inquietos.

Montaron en el interior de la cuadra, extendieron sus capas sobre las grupas de los animales y ajustaron las ataduras para impedir la entrada de la lluvia. Las capuchas, extendidas hacia el frente, les cubrían la cabeza sin impedirles ver, y así salieron a la oscuridad. Tan sólo una tea permanecía encendida en el extremo de la calle que conducía hacia la mezquita, y se dirigieron hacia ella tomándola como referencia. Avanzaban con dificultad por las calles embarradas, y en algunos momentos los cascos de los caballos quedaban atrapados por el fango espeso, y los jinetes notaban su esfuerzo por liberarse. Atravesaron la desierta plaza de la mezquita y emprendieron de nuevo el ligero descenso hasta cruzar el pequeño riachuelo que dividía la ciudad, antes de iniciar el camino de subida a la fortaleza situada en lo alto del monte. Cuando llegaron al punto más bajo, descubrieron que el arroyo, que normalmente atravesaba la calle por una alcantarilla, se había convertido en una avenida de agua embarrada de seis codos de ancho que alcanzaba el pecho de las monturas. Tuvieron que cruzarlo haciendo una cuña contra la corriente para evitar que ésta empujara a los animales y, preocupados por el cariz que empezaban a tomar los acontecimientos, ascendieron el resto del camino hasta llegar a las puertas de la alcazaba.

Se acercaron con los caballos hasta el mismo portalón de la fortaleza que constituía el corazón del recinto, y los dejaron en manos de los guardias que la custodiaban antes de entrar en el atrio central. Sulaaf y los dos ayudantes del zabazoque esperaban su llegada.

—¿Alguna novedad? —inquirió Musa sin detenerse.

Los demás lo siguieron mientras subía las escaleras que daban acceso a la planta más noble, donde se encontraba la sala central del castillo. Sulaaf respondió tras él:

—Los problemas se concentran en la judería, sobre todo en la parte más próxima a la Puerta de Saraqusta. Pero el arroyo bajo ha comenzado a anegar también la parte norte, desde la iglesia cristiana hacia el Uādi Qalash.

Entraron en la gran sala. Alguien se había ocupado ya de encender un buen fuego y prender las lamparillas, que a duras penas conseguían vencer la oscuridad de la noche. Varios funcionarios fueron agregándose a la reunión: alguien se había encargado de dar aviso a todos los que pudieran ser útiles en aquella situación, y aparecían en la sala con las señales del sueño interrumpido aún en el rostro.

—Hacedme traer los planos de la ciudad —pidió Musa.

—Están en poder de Ammar, el arquitecto. Ya ha sido advertido. No tardará en presentarse.

Musa hizo un gesto de contrariedad. Con las manos a la espalda, se aproximó al ventanal orientado al norte y trató de observar el exterior. La oscuridad era total, y

sólo se oía el repiqueteo insistente de las gotas de lluvia en las láminas de alabastro transparente.

Definitivamente, Ammar era un gran arquitecto, perfeccionista hasta en los menores detalles e igualmente dotado para dar solución a complejos retos técnicos. Ante sus ojos tenía un ejemplo de su maestría: el marco de madera de la ventana aparecía horadado por dos hendiduras paralelas, en cada una de las cuales se insertaba una fina lámina de alabastro, separadas ambas por un dedo. La cámara de aire así creada servía como aislante térmico, tanto frente al riguroso frío invernal como ante los calores estivales.

Pensaba en las familias que no disponían de tales comodidades: la mayoría contaban en sus humildes viviendas con simples postigos de madera, que no conseguían aislar el interior de las temibles rachas de viento invernal.

Se volvió hacia Sulaaf.

—¿Cuántas familias han acudido a la alcazaba en busca de cobijo?

—Hasta ahora una veintena, unas cincuenta personas en total, la mitad de ellas niños. Han sido alojados en las antiguas caballerizas. He dado orden de que se les proporcionen paja seca, mantas, agua y pan.

—¿Con qué capacidad contamos en caso de necesidad?

—Reuniendo a todos los efectivos de la guardia en el edificio norte, el que ocupan los oficiales, podemos desalojar el edificio de la tropa. Sería suficiente para dos centenares de personas.

—Haced los preparativos en cuanto amanezca. Destinad la primera planta para las mujeres y niños pequeños, y la planta baja para los hombres y niños mayores de doce años. Y trasladad allí a los que están alojados en las caballerizas. Preparad letrinas separadas en el extremo norte, detrás de los edificios.

Ammar entró en la sala con un fardo de rollos de pergamino en los brazos.

—Bienvenido, Ammar —se apresuró a saludar Musa.

—He venido en cuanto he recibido aviso.

—¿Hay planos detallados de la parte baja?

—Sólo de las murallas y las calles adyacentes. Pero creo adivinar tu propósito, y nos pueden servir para hacer una estimación.

—Quiero que me indiques qué calles pueden quedar inundadas en caso de desbordamiento.

—Dependerá de la altura que alcance el río, Musa, y eso es algo imprevisible. Me temo que las zonas que primero se ven afectadas en estos casos ya lo han sido durante la noche. Pero trataré de determinar las franjas con más riesgo.

Ammar extendió uno de los planos sobre la mesa de madera, y colocó a ambos lados los soportes con las lamparillas de aceite.

—En principio, ésta es la zona más amenazada —dijo señalando la parte noreste

de la ciudad en su límite con la muralla.

—El barrio judío... y parte del barrio mozárabe —tradujo Musa.

—Sin embargo, parece que el problema no llega sólo por el Uādi Ibru, sino que también afecta al Uādi Qalash... e incluso al arroyo bajo. En ese caso, el barrio cristiano podría verse anegado en su totalidad, y también la zona que linda con la muralla oriental.

Musa levantó su mirada hacia Ammar, extrañado, y el arquitecto, con gesto grave, confirmó sus temores.

—¿Mi casa?

—Toda la zona aledaña al río, la Puerta de Saraqusta, los baños construidos junto al cauce dentro de la muralla. Pero sólo sabremos si el peligro es real cuando amanezca y podamos valorar...

—¿Por qué esperar? Hay muchas familias que podrían salvar sus enseres y sus animales si son advertidas a tiempo...

—Quedan apenas dos horas, Musa... —intervino Sulaaf—. No llegaremos muy lejos con las antorchas encendidas, ya ves que sigue diluviando.

—Está bien, preparadlo todo. En cuanto claree, saldremos a comprobar la situación. Tú también, Ammar. Ocupaos entretanto de las órdenes que os he dado —dijo dirigiéndose a Sulaaf.

Musa salió de la sala con rapidez y descendió las escaleras hasta el vestíbulo. Pidió su capa y su caballo y esperó bajo el dintel de piedra sintiendo en su cara el frío de la noche y escuchando el sonido del agua sobre los charcos del enlosado exterior.

—*Sahib*, no es prudente salir solo en una noche como ésta. Permíteme que te acompañe —dijo el oficial de guardia.

—No es necesario, Ahmed. Conozco bien el camino, descuida.

El palafrenero llegó con el caballo de las riendas. Aún estaba mojado, y piafaba inquieto.

—Buen chico —dijo Musa acariciándole el cuello.

Apoyó la bota en un reborde del muro y saltó sobre la silla, ajustó la caperuza sobre la cabeza y tiró de las riendas encarando la puerta del recinto, que sólo se adivinaba a través de la lluvia. Mientras su visión se adaptaba a la oscuridad, avanzó despacio, casi a tientas, tratando de evitar los profundos surcos que el agua comenzaba a labrar en la arcilla reblandecida del camino. Temía llegar al barranco que discurría al pie del monte y encontrar el paso cortado, pero el nivel del agua no era mucho más alto que en el ascenso. Un grupo de esclavos ayudados por varias mulas habían arrastrado largos troncos de madera que trataban de cruzar sobre el agua para reponer el paso ahora desaparecido bajo la corriente, en aquel punto fundamental para moverse dentro de las murallas.

Deshizo el camino entre el arroyo y la mezquita, y descendió por la calle en otros

momentos bulliciosa que los alfareros solían ocupar los días de mercado. Ahora sólo el ruido de los cascos sobre los charcos y el roce de su gruesa capa rompían el silencio de la noche.

Entró en el zaguán de su residencia y desmontó. El resplandor que se adivinaba detrás de las celosías le indicó que en la casa había actividad. Atravesó el patio central, iluminado por dos teas que ardían bajo la galería del piso superior. Una rata y después otra cruzaron asustadas en dirección a la penumbra de la esquina opuesta. No era extraño verlas en aquella casa tan cercana al río, pero Musa sabía que esta vez huían de un peligro cierto. Lo confirmó al dirigir la mirada al desagüe situado en el extremo: había dejado de tragar el agua con aquel sonido cavernoso tan característico de los días de lluvia y de tormenta en su residencia. El agua comenzaba a rebosar sobre el enrejado.

Los criados que habían salido a asistirle también repararon en ello y no tuvieron duda de lo que aquello suponía. Un gesto de Musa bastó para que de inmediato se pusieran manos a la obra.

Musa pasó al interior y encontró a Onneca y a Assona añadiendo leña al fuego para mantener la sala caliente.

—Debéis despertar a los niños. Tenemos que trasladarnos a la alcazaba.

—¿Qué ocurre, Musa?

—No cesa de llover, los ríos se desbordan, y aquí corremos peligro.

—¿Tan urgente es? —preguntó Assona.

—Juzga por ti misma —dijo entreabriendo la puerta que daba acceso al patio. Sobre las losas del piso se acumulaban ya dos dedos de agua embarrada.

—¿Se han atascado los desagües? —dijo Assona.

—No son los desagües. El Uādi Qalash está entrando en la ciudad. Los criados han comenzado a trasladar los enseres y el contenido de los almacenes al piso superior. Debéis dirigirlos, pero ocuparos sobre todo de los pequeños. Llevadlos a la alcazaba, donde estarán a salvo.

—¿Adónde vas tú, hijo? —preguntó Onneca con un asomo de preocupación en la voz.

—Debo dar la alarma. Muchos duermen aún. El nivel del agua sube por momentos —dijo Musa al tiempo que entreabría la puerta—. Daos prisa, coged un hato con lo imprescindible y corred hacia el castillo. Quizá ya no tengáis problemas para atravesar el arroyo bajo, pues hace unos momentos trataban de colocar un puente improvisado.

Musa salió de nuevo al exterior y tomó la calle más cercana al cauce del río, paralela a la muralla. Comenzó a dar golpes en las puertas sin contemplación, avisando a los vecinos del peligro. En la Puerta de Saraqusta la guardia estaba ya sobre aviso, y más allá la comunidad judía se afanaba en medio de la oscuridad

tratando de salvar muebles y pertrechos.

—Debes ver esto, *sahib* —dijo el oficial tomando una antorcha del puesto de guardia.

Acompañó a Musa hasta el puente de madera que, describiendo un arco sobre el cauce, salvaba el Uādi Qalash. El oficial alargó la mano con la tea hacia abajo, y Musa quedó helado. Bajo sus mismas botas, a punto de saltar sobre el propio puente, un río embravecido, ocho pies por encima de su nivel normal, se lanzaba desbocado en busca de su desagüe natural. Un golpe seco hizo temblar la estructura del puente, y el oficial acercó la antorcha: vieron cómo un gran árbol desgajado de su emplazamiento obstruía el escaso espacio que quedaba bajo la estructura de madera. Al instante, el agua represada desbordó el cauce y comenzó a entrar en las calles de la ciudad a través de la misma Puerta de Saraqusta.

—¡Cerrad las puertas, buscad sacos, llenadlos de tierra y obturad los huecos con ellos!

La primera luz del día encontró a Musa con los principales responsables de la ciudad encaramados sobre la muralla en la Puerta del Puente. A medida que la claridad se iba abriendo paso, el espectáculo que se dibujaba ante sus ojos se hacía más sobrecogedor. El Uādi Ibru había aumentado su nivel durante la noche en más de diez codos y había cubierto el margen de ribera que lo separaba de las murallas. De hecho, el agua comenzaba a lamer las primeras piedras de la construcción.

La mañana era brumosa y oscura, la luz era escasa... y Musa entornó los ojos tratando de aguzar la vista. Intentaba comprobar el estado del muelle flotante donde se amarraban los barcos que ascendían por el río hasta Tutila, pero era incapaz de distinguir nada entre la neblina. Sólo cuando la luz del día se hizo lo bastante intensa su temor se hizo realidad, porque el embarcadero entero había desaparecido de su lugar. Miró a Ammar, el constructor de aquel ingenio que se encontraba a su lado, y no necesitó comunicarle su descubrimiento, porque su mirada de profunda tristeza lo decía todo.

—Debes ordenar a la guardia que impida el paso sobre el puente—dijo Ammar con frialdad.

—¿Aguantará?

—No si el agua alcanza la plataforma superior. La estructura en ese caso sería incapaz de soportar el empuje de la corriente.

Musa envió recado al oficial de guardia para que se cumpliera la recomendación de Ammar, y siguieron caminando sobre el adarve de la muralla en dirección a la desembocadura del Uādi Qalash. A medida que el terreno descendía hacia la parte más baja de la muralla, el nivel del agua alcanzaba mayor altura a ambos lados del muro de defensa. En el ángulo nororiental, pasaba de los dos codos. Era la zona que había sido evacuada durante la noche, y se encontraba ya desierta. Sólo más allá, en

la zona aún respetada por el agua, se escuchaban los gritos afanosos de los vecinos que trataban de fabricar improvisados diques en las puertas de sus casas utilizando ladrillos de adobe y argamasa.

Pasaron las primeras horas de la mañana organizando la evacuación de las zonas afectadas e intentando valorar la situación. Las dos puertas de la ciudad habían sido obturadas con sacos terreros, pero el ímpetu de la corriente no respetaba tales barreras: el agua se colaba de forma continua por resquicios y desagües, y su nivel aumentaba de forma paralela a ambos lados de la muralla.

A media mañana dejó de llover y unos tímidos rayos de sol atravesaron la espesa capa de nubes. Sin embargo, el nivel del agua crecía por momentos. Desde el adarve de la muralla, Musa, Sulaaf, Ammar y una legión de curiosos contemplaban la desembocadura del Uādi Qalash. El río bajaba desbocado, pero al entrar en contacto con la barrera en que se había convertido el Uādi Ibru, el agua rechazada trataba de retroceder en medio de impresionantes remolinos y turbulencias que lamían la muralla y el terreno sobre el que se sustentaba. Ammar comenzó a temer por la integridad de la fortificación. El Uādi Qalash no encontraba salida y retrocedía furioso. La inmensa masa de agua comenzaba a embalsarse aguas arriba de la desembocadura, y a mediodía, con el sol brillando ya sobre la ciudad, las plantas inferiores de las viviendas de la parte baja habían quedado sumergidas por completo.

Musa, afectado y tembloroso, avanzó sobre el adarve hasta alcanzar la Puerta de Saraqusta y comprobó que el agua la cubría casi en su totalidad. Del puente sobre el río no había señal, ni manera de saber si seguía allí sumergido o había sido arrastrado por la fuerza de la corriente. Avanzó unos codos más y, desde lo alto, por encima de los tejados, vislumbró su residencia: el agua acariciaba la galería del piso superior. Se permitió apoyar la espalda contra la almena de piedra, desalentado e impotente, y permaneció allí durante un tiempo que hubiera sido incapaz de calcular, hasta que Ammar llegó a su lado.

—Me preocupa la muralla. Si ceden los cimientos, caerá.

—Y la fuerza del agua arrasará los edificios del interior —añadió Musa.

—Las viviendas sumergidas están sentenciadas, Musa. El adobe no resistirá la inundación. De hecho, en la parte baja muchas están ya cediendo.

—Debo volver a la alcazaba. Tenemos que organizar los alojamientos y la manutención de los evacuados.

—¿Con qué reservas cuentas, Musa? Mira la alhóndiga, el agua está a punto de alcanzar el piso superior donde se guarda el grano.

—Hace tiempo que no quito la vista de ella. En el Todopoderoso confío: si el agua se lleva el trigo nuestra situación será desesperada.

Retrocedieron hacia la desembocadura, caminando sobre el muro. En la zona de unión entre los dos ríos la vibración bajo sus pies era evidente.

—Debes dar orden de que se corte el paso. Ya no es seguro caminar por aquí —aconsejó Ammar.

—Me pregunto qué estará ocurriendo aguas abajo, en Saraqusta.

—Me temo que sus problemas no serán diferentes a los nuestros. Incluso sus murallas están más expuestas que las de Tutila, y no son de factura reciente, como éstas.

—Que Allah se apiade de todos nosotros.

En el extenso patio de la alcazaba se vivían momentos de angustia. Las mujeres y los pequeños se agolpaban tratando de acceder a los oficiales que intentaban organizar aquel tumulto. Afortunadamente había dejado de llover, pero muchos de los pequeños seguían empapados. Los hombres continuaban en sus barrios, esforzándose inútilmente por contener la entrada de agua en las casas, retrocediendo calle a calle a medida que la corriente superaba las defensas anteriores. Los improvisados tabiques de adobe colocados en las puertas quedaban arruinados cuando el agua los alcanzaba. Quienes habían utilizado tablas de madera para tratar de aislar sus casas veían también cómo su trabajo resultaba baldío cuando el agua saltaba sobre ellas.

A media tarde los esfuerzos se centraban en sacar de las viviendas cuantos elementos útiles pudieran ser salvados: muebles, baúles, ropas, herramientas, las tinajas con aceite y el resto del contenido de las despensas. Aquellos por cuyas casas ya nada podía hacerse ayudaban a sus vecinos con todas sus energías. A aquella hora, el barrio cristiano era la zona más amenazada. Judíos y musulmanes luchaban codo con codo con los mozárabes tratando de salvar sus pertenencias. El trasiego de enseres a lomos de las mulas era constante camino de la parte alta, a los pies del muro de la alcazaba. Quien podía los arrastraba a las casas de sus familiares, y para quien no tenía esa posibilidad se estaban habilitando en la alcazaba los almacenes ocupados hasta entonces por armas, arreos de caballerías y material militar diverso.

Al atardecer, Musa se encontraba en el recinto fortificado supervisando y tratando de dar solución a los múltiples problemas que se planteaban a medida que la noche se echaba encima. Uno de los oficiales se acercó a él.

—*Sahib*, creo que debes ver lo que está ocurriendo. El nivel del río sigue elevándose.

Subió tras el oficial a lo alto de la muralla del castillo, al lugar desde donde en tantas ocasiones había contemplado la ciudad y la fértil vega. A pesar de la advertencia, no estaba preparado para asimilar el espectáculo que se ofrecía a sus pies.

—¡Que Allah se apiade de nosotros! —acertó a balbucir.

Todo el valle, hasta donde alcanzaba la vista, era un vasto mar de agua embarrada. Río abajo el límite lo constituían las cercanas montañas que encauzaban

el curso del río, pero hacia el norte la llanura anegada se perdía en la lejanía hasta alcanzar la ciudad de Balterra, situada a doce millas y cuyo castillo sólo se alcanzaba a divisar en los días despejados.

El agua lamía la base de la muralla perimetral de la ciudad y se internaba en el laberinto de callejuelas ahora convertidas en canales. En aquel momento, una cuarta parte de la ciudad se hallaba anegada. Se sorprendió al comprobar que la iglesia mozárabe próxima a la Puerta del Puente era ya rodeada por la riada. Eso significaba que el nivel alcanzaría pronto la propia puerta de la ciudad... y el tablero superior del puente.

—Debemos bajar al puente —dijo repentinamente a Sulaaf—. Si Ammar está en lo cierto...

—¿Pensáis que...?

Pero Musa ya descendía la escalinata. Tomaron sus caballos y bajaron por el camino más directo pero también el más escarpado de la ladera, descarnada además por los torrentes formados por la lluvia de la última semana. Para alcanzar el puesto de guardia de la puerta septentrional los caballos tuvieron que mojarse los cascos. Dos campesinos sacaban en ese momento de la iglesia próxima una figura de madera policromada de expresión hierática y de tamaño casi humano, en la que identificó a una de aquellas vírgenes que los cristianos adoraban, con un niño en su regazo. Musa pensó en la cripta subterránea que en una ocasión había visitado acompañando a Enneco, y en los tesoros que recordaba haber visto allí.

La llamada de Ammar desde lo alto de la muralla, encima del puente, le hizo abandonar aquel pensamiento. Ascendió la empinada escalerilla y se colocó a la izquierda del arquitecto, que miraba hacia el frente sin desviar la vista y en silencio. La expresión de su rostro era dura, grave.

—Es una magnífica obra, Musa. Mira cómo opone toda su fuerza contra el río.

—¡El agua empieza a sobrepasarlo! —exclamó Musa.

—Está al límite de su resistencia. Si cede una viga, se desarmará como un juguete.

Cientos de hombres habían abandonado su trabajo atraídos por el espectáculo y se congregaban a lo largo de la muralla. Nadie hablaba, pero el sordo rugido del agua al atravesar la estructura de madera lo llenaba todo. Los troncos arrastrados por la corriente ya no pasaban bajo las arcadas, sino que se agolpaban aguas arriba, zarandeados y volteados por la furia del río. De vez en cuando, uno de ellos era engullido por un remolino para ser escupido con fuerza al otro lado del puente.

La presión ejercida por los troncos fue lo que acabó con la resistencia de la debilitada estructura de madera. Con un siniestro crujido, el puente cedió, y en un instante cientos de vigas flotaron río abajo chocando entre sí con violencia.

Ammar se volvió completamente al tiempo que ahogaba un gemido, incapaz de

seguir mirando. Lo mismo ocurrió con muchos de los hombres que contemplaban aquella escena. La mayoría habían conocido aquel puente desde siempre, lo consideraban una parte consustancial de la ciudad. Aún más, sabían que la propia ciudad debía su floreciente situación a la existencia de esa obra, que había convertido a Tutila en un lugar estratégico para las comunicaciones entre ambas orillas del gran río. Sin él, la ciudad no habría sido fortificada treinta años atrás y sería aún un minúsculo villorrio sin importancia. Pero ahora ya no había nada. En silencio, los hombres fueron dando media vuelta para bajar en orden por la estrecha escalera. Comenzaba a oscurecer, estaban agotados y abatidos, y ya poco más se podía hacer... la mayoría se alejó del lugar en busca de sus familias y de un lugar seco donde pasar aquella noche que tardarían mucho tiempo en olvidar.

Musa durmió muy poco. Quiso estar disponible hasta asegurarse de que los evacuados de sus viviendas tuvieran un lugar abrigado donde cobijarse. Por fin acudió al aposento donde Assona había acostado a los niños, y la encontró en su litera, con el pequeño Ismail acurrucado a su lado, agotada tras la dura jornada. Iluminó con su candil el resto de los improvisados camastros: Auriya, inconfundible con el cabello tan dorado como el de su madre, Lubb y Mutarrif, que compartían un colchón de paja junto a la pared, y por fin Fortún, de quien todos decían que era el más parecido a él. Onneca descansaba también junto a la puerta del improvisado dormitorio. Ver allí juntos a los seres que más quería, escuchar sus rítmicas respiraciones, comprobar que dormían tranquilos y a salvo, le hizo experimentar una sensación de alivio y de bienestar, y le llevó a olvidar por un momento las escenas que había vivido horas antes entre familias que lo habían perdido todo. Su propia residencia estaba cubierta por el agua, pero lo que más le importaba se hallaba en aquel aposento frío pero seco. Salió de allí sin hacer ruido, cruzó los corredores que lo separaban del ala principal y se dirigió a las dependencias que ocupaba como gobernador, pidió una manta a uno de los sirvientes y sin desvestirse se tumbó en uno de los divanes.

La punta de la crecida alcanzó la ciudad alrededor de la medianoche, y en las horas siguientes el nivel de las aguas descendió con rapidez. El amanecer sorprendió a muchos de los vecinos, sobre todo en el barrio judío, contemplando sus calles y sus casas anegadas. Algunos hombres trataban de llegar hasta sus hogares para rescatar los animales que habían dejado en los corrales, pero la mayoría regresaba con cara de pesadumbre. Sólo uno de ellos reía feliz tras rescatar a varias gallinas empapadas que habían podido encaramarse a una viga en lo más alto del gallinero.

En cuanto hubo luz suficiente, el *muzdamín* Israq empezó a organizar a los hombres en los trabajos de limpieza. Tenía junto a él al físico de su comunidad, y hablaban con tono grave cuando Musa se acercó a ellos.

—Israq, Yehudá... —saludó Musa.

Los dos hombres se volvieron hacia él y una sonrisa se dibujó en sus rostros.

—Te agradezco tu presencia aquí—dijo el *muzdamín*.

—Al parecer lo peor ha pasado —comentó Musa mirando a su alrededor.

El lugar donde pisaban estaba la noche anterior cubierto por el agua, y una línea de pequeños restos adheridos marcaba en las paredes el nivel que había alcanzado.

—Pasará mucho tiempo aún antes de que el agua se retire de todas las calles —respondió Israq.

Juan de Rada, el médico mozárabe, se unió al grupo. Además de su profesión, desempeñaba el puesto de *qumis* ante el Consejo de la ciudad, que había alcanzado gracias al prestigio de que gozaba, por lo que se encargaba de la recaudación de los impuestos entre sus convecinos, de los que después debía dar cuenta a los recaudadores y tesoreros de Musa.

—Me han dicho que estabas aquí, Musa. Debemos hablar.

—Era mi intención convocaros en el salón de la alcazaba, pero quizá sea mejor hacerlo aquí mismo.

—Mi propia casa puede servir. Gracias al Cielo se ha salvado. Estaré honrado de recibiros en ella —dijo el viejo médico.

La casa se encontraba a escasos codos del puente, en la calle que ascendía hacia la mezquita, dentro aún de los límites del barrio mozárabe. Era una vivienda amplia, provista de muebles de calidad que revelaban la posición acomodada del hombre que la habitaba.

—Perdonad si notáis un cierto desorden —se excusó—. Desde el fallecimiento de mi esposa...

—¿Has recibido más noticias de tu hijo? —preguntó Musa.

—Así es. Se debate entre el deseo de regresar a ejercer su profesión en su tierra... y la pasión que siente por obtener nuevos conocimientos, cosa que en Qurtuba no es difícil. Continuamente acuden a la corte los mejores médicos de Al Ándalus, de Ifriqiya... incluso de Bagdad, Damasco y Medina. Me hablaba en su última carta del proyecto de fundación de una escuela de Medicina. Sólo Dios sabe los deseos que tengo de volver a abrazarlo... han pasado seis años desde vuestro viaje, y yo estoy ya muy viejo... Pero pasad, tomad asiento...

Entraron en una espaciosa sala provista de un buen fuego, con una mesa de gran tamaño rodeada de sillas de respaldo alto, todo de madera maciza cuidadosamente labrada. Una de las paredes laterales estaba cubierta por una amplia estantería repleta de volúmenes ricamente encuadernados, rollos de pergamino y diversos utensilios de escritura e instrumentos de uso médico al parecer en desuso. Mientras tomaban asiento, Musa se dirigió de nuevo a Juan de Rada.

—Quizá no tardes en ver cumplidos tus deseos... —dijo Musa.

El anciano se volvió hacia él y quedó inmóvil mirándolo fijamente.

—¿Has sabido algo?

—Tu hijo es el médico personal de Ziyab e incluso, según me cuenta, ha participado en deliberaciones médicas respecto a problemas de salud del propio emir Abd al Rahman. Ziyab dice que goza ya de gran prestigio entre la *jassa* de Qurtuba.

—Nunca me ha hablado de ello.

—Al parecer, a su competencia profesional suma la virtud de la modestia. El caso es que Ziyab fue atendido recientemente por tu hijo debido a un problema leve de salud y, según cuenta en su carta, le informó de su decisión de regresar en breve plazo.

El rostro del anciano se iluminó.

—Dios te bendiga, Musa, me has traído la única noticia que puede aliviar hoy el sufrimiento de mi alma. Pero tiempo tendré de recrearme en esos pensamientos, ahora apremian otras preocupaciones.

Sonaron unos golpes de la aldaba de la puerta, se oyó a un criado acudir al zaguán, y al poco entró en la sala un nuevo grupo de hombres: eran Sulaaf, el responsable de la tesorería, el imán de la mezquita y el *qādi* de la ciudad. Cerrando el grupo apareció Mujtar, el *sahib al suq*, y tras saludarse brevemente, todos tomaron asiento, y Musa comenzó a hablar.

—Nunca esta ciudad se había visto azotada por una catástrofe como ésta. Las pérdidas económicas son cuantiosas, pero gracias al Todopoderoso no tenemos que lamentar ninguna muerte entre nuestros vecinos. Las zonas más afectadas han sido el barrio judío y el mozárabe, donde nos encontramos. ¿Cuánto tiempo crees que será necesario para desescombrar, limpiar el barro y permitir que los vecinos afectados vuelvan a sus casas? —preguntó a Sulaaf.

—Depende de la velocidad de descenso del nivel del agua. Aunque las zonas menos afectadas ya pueden ir limpiándose... —respondió—. Calculo que en dos semanas todos pueden haber vuelto a sus hogares. Excepto los que han perdido sus casas de forma definitiva.

—Entonces tendrás que ocuparte de acondicionar los refugios en la alcazaba de forma más permanente —ordenó el valí—. Esta noche deben estar preparados.

—Así lo haremos, Musa. Se están colocando colchones de paja para todos los evacuados, se está horneando pan, se han sacrificado reses...

—¿Qué ha sido de los almacenes de grano de la alhóndiga? —le interrumpió Musa al recordar la amenazante situación del día anterior.

—Es pronto para saberlo. No se puede acceder todavía. Parece que el agua no ha llegado al piso superior, pero hay que ver si la humedad ha empapado el suelo de madera. Si es así, la cosecha enmohecerá y estará perdida.

—Enviad una barca para comprobarlo. Quizá pueda salvarse una parte si se

traslada a lugar seco y es aireada. Vosotros, Israq, Juan... organizaréis a vuestras comunidades en brigadas que se turnarán en los trabajos. Todos los hombres capaces deben participar. Empezaréis por las zonas que vayan quedando descubiertas, y continuaréis hasta que toda el agua y el barro se hayan retirado. El barrio judío es el más bajo, así que, mientras siga inundado, colaboraréis en la limpieza de la zona cristiana.

—Hay algo importante, Musa... —dijo Yehudá.

—Habla.

—Como físico me preocupa lo que pueda suceder en las próximas semanas. El calor comienza a apretar, la ciudad está repleta de cadáveres de animales y pronto el hedor será insoportable, hemos visto correr a las ratas entre nuestros pies... sabemos que en esas condiciones las miasmas pueden aparecer.

—Bien, tú serás el encargado de evitar eso. Supongo que querrás amontonar los cadáveres y darles fuego. Delego en ti mi autoridad para que te ocupes de ello.

—Necesitaré hombres, mulas...

—Cuenta con ellos. Sulaaf te proporcionará los hombres que precises. Y respecto a las mulas... me temo que muchas de nuestras monturas han debido de perecer en los cercados, pero si es necesario recurriremos a la expropiación mientras dure la situación de necesidad.

Musa observó un intercambio de miradas entre Juan de Rada e Israq.

—¿Qué ocurre? ¿Qué calláis?

Israq hizo un gesto con la cabeza tratando de que fuera el *comes* cristiano quien tomara la palabra.

—Musa... —comenzó el médico con cierta vacilación—, muchos de los miembros de nuestras comunidades... la mayor parte, diría yo, han perdido todo lo que tenían. Aún no sabemos lo ocurrido fuera de las murallas, pero posiblemente muchos animales hayan perecido. Las cosechas se han arruinado en gran parte... —Hizo de nuevo una pausa y volvió a intercambiar una mirada con Israq—. En estas circunstancias nos va a resultar difícil recaudar el impuesto de capitación y...

—No debéis preocuparos por ello —interrumpió Musa—. Una de mis primeras tareas será informar a Qurtuba y a Saraqusta de la situación. Trasladaré al emir mi intención de suspender la recaudación hasta la próxima cosecha, pero además solicitaré nuevos fondos para reconstruir los edificios dañados.

—Nosotros estamos también de acuerdo en algo —intervino el *qādi* —. Hemos decidido que el Tesoro de la Comunidad, que, por cierto, se ha visto notablemente engrosado en los últimos tiempos, se dedique a la atención de los necesitados.

—¿El *imām* da su conformidad? —inquirió Musa dirigiendo hacia él su mirada —. ¿No es cierto que ese tesoro pertenece a la comunidad de fieles de la mezquita?

—Así es, Musa —respondió el *imām*—. También las cosechas de los creyentes

están arruinadas, pero creemos que esos fondos serán suficientes para proveer las necesidades de nuestras familias hasta que pase la emergencia. El Tesoro de la ciudad se verá descargado de una parte importante del desembolso... a nadie conviene la miseria en la ciudad, aunque sea en barrio de infieles.

Musa permaneció mirando fijamente a aquel hombre extraño. Tenía suerte de contar con aquella clase de personas al frente de las más altas responsabilidades. El hecho de ser Tutila una ciudad pequeña donde las relaciones eran estrechas aun entre gentes de distinto credo tenía mucho que ver con aquellas actitudes. Posiblemente en Qurtuba, Tulaytula o Saraqusta algo así fuera impensable. Tampoco se le ocultaba que muchos de los muladíes tenían parientes cercanos entre los mozárabes, pues en el momento crucial de la elección muchas familias se dividieron: parte optaron por la conversión al islam, y parte decidieron mantener su fe cristiana. Los nietos y biznietos de aquellos hombres conocían su pasado común, y en ocasiones el apellido arabizado recordaba, sin género de duda, al apelativo visigodo original.

—La reconstrucción del puente será lenta y costosa. Necesitaremos para ello la ayuda de Qurtuba, porque me temo que Saraqusta se encuentra en una situación igualmente comprometida. Así que de momento todos los carpinteros de Tutila quedan obligados a trabajar para la ciudad: iniciarán sin pérdida de tiempo la construcción de pontones para comunicar las dos orillas. Tú te encargarás de ello, Mujtar. Sin puentes tu trabajo en el zoco no será una carga excesiva.

Como los físicos habían advertido, cuatro días después de la avenida, la ciudad apestaba. Un barro de arcilla espeso y pegajoso lo cubría todo, y tras las lluvias el tiempo se había tornado estable y casi caluroso para aquella época del año. Las calles resultaban intransitables, en gran parte por la basura y los enseres acumulados a la espera de ser trasladados fuera de la muralla. Hombres y mujeres trabajaban sin descanso empujando el lodo de las casas con escobas de esparto, lavando utensilios y ropas y poniéndolos al sol. Y había hambre. Los funcionarios habían requisado todo el ganado que no se había visto afectado a un precio más que justo y las reservas de trigo eran suficientes para atender las necesidades de los habitantes durante algunas semanas. Por suerte se había podido rescatar gran parte del cereal almacenado en la alhóndiga y gracias a eso la situación no había llegado a ser verdaderamente comprometida. Pero, a pesar de todo, se imponía el racionamiento, y muchos vecinos no podían recurrir a sus propias cosechas para complementar su asignación de pan. En el barrio judío empezaron a aparecer casos de enfermedad provocados por el esfuerzo y la mala alimentación, sobre todo en mujeres que renunciaban a sus exiguas raciones para cederlas a sus pequeños. Sin embargo, estas situaciones fueron puntuales, pronto fueron conocidas por los responsables de las comunidades afectadas y solventadas de la mejor manera.

Afortunadamente la reserva de oro de la ciudad era una garantía que tranquilizaba a Musa. Se enviaron agentes a las zonas limítrofes, a tierras de Alaba, Al Qila y a las amplias llanuras de la Meseta para negociar la compra de los excedentes de la inminente cosecha, y lo mismo se hizo con el ganado.

Llegaron noticias de Saraqusta, donde al parecer la situación no había sido tan favorable: el gran número de afectados allí había hecho difícil atender sus necesidades, y se hablaba de la muerte de muchos niños por falta de víveres.

Musa agradeció estar al frente de una ciudad pequeña donde todos se conocían y las relaciones entre las distintas comunidades eran buenas en general, lo que había permitido afrontar la catástrofe con grandes quebrantos pero sin pérdida de vidas.

A petición de los artesanos y de la población en general, Mujtar accedió a la celebración del mercado semanal tres miércoles después de la tragedia. Los negocios debían empezar a funcionar de nuevo, y la presencia de mercaderes contribuiría a paliar las carencias que aún subsistían. A pesar de ser aquél un precioso día primaveral la asistencia fue escasa: los comerciantes de otras villas no se habían visto atraídos por un zoco que sabían poco provisto de monedas, y los vendedores locales tampoco tenían demasiadas mercancías que ofertar. Fueron bien recibidos los campesinos de las aldeas cercanas con sus mulas cargadas de verduras frescas, palomas, gallinas y conejos, aunque muchos de los que se acercaron a las calles del mercado tuvieron que conformarse con imaginar tales viandas en el espetón.

Yehudá, el físico judío, volvía a primera hora de la tarde de hacer una visita en la casa de un joven matrimonio. La mujer se hallaba encinta y había sufrido un dolor inusual, y el esposo, padre primerizo, había enviado recado, pero se trataba de una falsa alarma. Regresó hacia su casa dando un pequeño rodeo para atravesar las calles del mercado y, antes de salir del barrio judío, observó a un grupo de mujeres junto a la entrada de una de las viviendas. Saludó cortésmente cuando pasó a su lado, y algo en su respuesta le resultó extraño. Le pareció que deseaban decir algo, pero actuaban como si no se atrevieran. Decidió desandar sus pasos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

Las mujeres se miraron unas a otras, con cierto temor en la mirada.

—¿Ocurre algo? —repitió extrañado.

—Se trata de Esther. Está muy enferma... —dijo al fin una de ellas mirando al suelo.

—Y sus dos hijos —añadió otra en voz aún más baja.

—¿Y por qué no se me ha enviado aviso?

—Gabriel, su esposo... —comenzó la primera—. Dice que no tiene con qué pagarte.

Yehudá apartó a las mujeres de la entrada y golpeó con fuerza en la aldaba. La

puerta estaba dividida en dos hojas: la superior estaba abierta, lo que permitía ver el interior del zaguán, y la parte inferior estaba sujeta por un enorme cerrojo. Introdujo el brazo, lo descorrió y accedió a la casa. Olía a humedad y reinaba el silencio.

—¡Gabriel! —llamó.

Sólo respondió un quejido, una voz de niño en la parte de arriba. Buscó las escaleras que conducían a la planta superior y subió los escalones de dos en dos.

Encontró a la mujer tendida en la cama de la alcoba matrimonial, con su esposo sentado a su lado en un pequeño taburete. El olor en la habitación era repulsivo. Gabriel volvió la cabeza hacia él y dejó ver un rostro asustado y pálido.

—Perdona que no me levante —murmuró.

Yehudá se acercó al lecho. La mujer se encontraba aletargada. Mostraba una palidez extrema, y su rostro parecía apergaminado. Le colocó sus dedos a un lado del cuello y comprobó que su pulso era rápido pero débil.

—¿Cuándo comenzaron los vómitos y la diarrea?

—Ayer por la mañana.

—¿Le has ofrecido agua?

—La rechaza, y si la obligo, la vomita.

—Llévame con los pequeños.

Gabriel hizo un esfuerzo para ponerse en pie y condujo a Yehudá a una habitación contigua donde dos niños de unos cuatro y seis años permanecían tumbados. El mismo olor nauseabundo, similar al del pescado, inundaba la estancia. El lecho del mayor estaba manchado, y el niño sujetaba su vientre con gesto de dolor. Su hermano parecía dormir, pero de repente una violenta sacudida lo estremeció y vomitó sobre las ropas de la litera. Gabriel corrió a sujetar su cabeza emitiendo un sonido angustiado.

—Gabriel, escúchame atentamente. Es muy importante que tomen agua en abundancia y que mantengas esto limpio. Debes retirar todas las ropas manchadas y procurar no estar en contacto con ellas. Debo regresar a mi casa en busca de algunas medicinas, pero volveré pronto. Haz lo que te he dicho.

—Lo haré, Yehudá... Gracias por tu ayuda —dijo con un hilo de voz.

—¿De dónde tomáis el agua para beber?

—Del pozo. Y de la fuente cercana a la Puerta de Saraqusta.

—Clausura ese pozo. No lo vuelvas a utilizar, para nada. Tampoco el agua de la fuente ni del río. Ve a buscarla a los manantiales de la parte alta.

—Haré lo que me dices.

—Debiste llamarme antes, Gabriel.

El hombre lo miró con una enorme tristeza.

—Ahora ya es tarde, ¿no es cierto? —susurró—. Sé que ya no hay remedio para ellos.

Yehudá salió apresuradamente de la casa. Las mujeres seguían allí, expectantes.

—No debéis acercaros a los enfermos si no es necesario. Podéis llevar la enfermedad a vuestras casas.

—¿Es grave? —preguntó una de ellas—. Hay más familias enfermas.

—¿Qué dices, mujer? —dijo el médico sorprendido volviéndose bruscamente—. Indícame el lugar, rápido.

Yehudá visitó dos casas más, y en ambas encontró enfermos con los mismos síntomas. En una de ellas tuvo ocasión de examinar las deposiciones de uno de los niños enfermos: tal como recordaba haber visto descrito en los tratados, el aspecto era parecido al agua de arroz.{29}

Era lo que habían estado temiendo después de la inundación: el agua corrompida había llegado a los pozos y las fuentes de las que se abastecían. Aquellos que tenía delante serían los primeros casos, pero habría más.

Se apresuró hasta la casa que utilizaba también como consultorio, y revisó las existencias del remedio indicado para las diarreas graves. Lo más conveniente en aquel caso sería la infusión de pulicaria, pero su reserva de la planta desecada era limitada, y hasta el verano no podría recolectarse en cantidad suficiente. Pensó en otras posibilidades: en aquella época el llantén y el lentisco serían de utilidad, y siempre podría recurrir a la corteza de roble o de algarrobo, el ciprés o la siempreviva, que además resultaba útil para evitar los vómitos.

Llamó a su criado y, sin dejar de manipular sus recipientes, le fue dando instrucciones precisas.

—Busca a Juan de Rada y dale recado de lo que sucede. No pierdas tiempo y acude después al gobernador. Dile que es urgente, y si es preciso pídele que abandone cuanto tenga entre manos. Será muy útil que acuda a mí junto a los médicos de la guarnición y si es posible con Mujtar, el *sahib al suq*, y alguno de sus ayudantes.

Al anochecer los casos de disentería se contaban por docenas. Por orden de los físicos se habían preparado hogueras en varios puntos de la zona baja donde se concentraban la mayor parte de los enfermos, y las ropas manchadas con heces y vómitos eran arrojadas al fuego. Se había dictado un bando que prohibía el consumo de agua de los pozos y de las fuentes públicas, y se habían enviado porteadores en busca de agua fresca de los manantiales cercanos en las laderas de los montes circundantes.

A pesar de los esfuerzos de los físicos, la mañana despuntó con la noticia de la muerte de los primeros enfermos. Los dos hijos pequeños de Gabriel no habían

superado la noche, y su esposa agonizaba inconsciente. El miedo comenzó a extenderse, y muchos de los que contaban con familiares en aldeas o ciudades cercanas aprovecharon la luz del día para partir cargados con lo imprescindible.

Musa no era ajeno a ese temor, y decidió enviar a Assona y a todos sus hijos a Banbaluna. Sin embargo, Onneca se negó a abandonar la ciudad. Por el contrario, cuando se enteró de lo que estaba ocurriendo, se dirigió al barrio judío y buscó a Yehudá para ponerse a su disposición. Con rapidez se puso al corriente de las medidas que debía adoptar en las casas de los enfermos y comenzó a recorrerlas una por una, llevando agua limpia, retirando las ropas manchadas para quemarlas en la calle, preparando infusiones con los remedios aconsejados por los médicos... o simplemente ocupándose de los pequeños cuando era la madre quien caía enferma.

Durante tres días las muertes se sucedieron en un goteo imparable. Llegó el viernes y las plegarias en la mezquita se alzaron con especial fervor, rogando al Todopoderoso que librara a la ciudad de aquel azote. Lo mismo ocurrió en la iglesia del barrio mozárabe y en la sinagoga. Sorprendentemente a partir de ese momento dejaron de aparecer nuevos enfermos. Fuera el que fuese el motivo que había producido la epidemia, Yehudá, Juan de Rada y los médicos árabes sabían que tenía relación con el consumo de agua retenida tras las inundaciones. Pero tanto el *imán* como los alfaquíes, los clérigos cristianos y el rabí judío no dudaron en certificar que las plegarias habían surtido efecto, y organizaron actos de acción de gracias a los que acudieron en masa todos los habitantes de Tutila.

Yehudá y sus colegas seguían visitando a los enfermos para administrarles los remedios que afortunadamente se habían mostrado eficaces para aliviar los síntomas y acortar el curso de la enfermedad. Fue al regreso de una de esas visitas cuando Yehudá recibió de su criado un recado de Juan de Rada.

Sólo se tomó el tiempo preciso para mojar su frente con agua fresca y masticar algunos frutos secos que le ofreció su sirviente. Se dirigió a la casa del viejo médico, situada en el extremo norte del barrio cristiano, cerca de su iglesia. Sabía que, cualquiera que fuera el motivo de la llamada, debía ser importante, y avanzó a buen paso mientras una solitaria campana llamaba a los fieles a la misa vespertina. Maese Juan lo esperaba en el atrio, a todas luces inquieto.

—Yehudá —dijo tomándolo por el brazo—, debes perdonar que te importune, pero necesito tu juicio sobre un enfermo.

—¿De qué se trata?

—Es Alfonso, el hijo de Sancho, el carnicero que vive junto a la Fuente del Obispo. ¿Puedes acompañarme?

—Por supuesto. No me habrías llamado si no fuera importante.

—Lo es, Yehudá. Pero no quiero adelantarte nada: prefiero que lo veas por ti

mismo y que después me des tu opinión.

Se adentraron en un laberinto de callejuelas que ambos conocían bien. Toda la zona se había visto afectada por las pasadas inundaciones, y la humedad permanecía en las paredes de aquellos edificios antiguos y poco ventilados, que no recibían la luz del sol durante un solo momento del día. El rostro de Juan de Rada era serio cuando dio la voz que anunciaba su presencia en el zaguán de la casa. Un hombre grueso y de aspecto descuidado apareció en un pequeño rellano de la escalera que conducía al piso superior.

—¡Subid, os lo ruego! —dijo en tono angustioso.

Juan de Rada cedió con un gesto el paso a Yehudá, que siguió al carnicero hasta una de las alcobas. La falta de limpieza en la casa era pareja a la de su dueño, y ambos hombres se miraron con un gesto de desagrado.

—Examínalo, te lo ruego —dijo el médico.

Yehudá se acercó al lecho donde un hombre joven yacía en estado de estupor, enrojecido, sudoroso, emitiendo gemidos sordos con un rictus de dolor continuo. Tomó su mano que colgaba sin fuerza y la notó caliente. Entonces se fijó en sus brazos, cubiertos de manchas redondeadas de color rojizo. Le alzó la camisa y comprobó que las manchas se extendían por todo su cuerpo, y en el vientre comenzaban a adoptar un tono cárdeno.

Sancho el carnicero permanecía junto a Juan de Rada cerca de la puerta.

—¿Por qué traes al judío a mi casa? ¿Quién es él para examinar el cuerpo de mi hijo?

—Confío en su juicio.

—A mí me basta el tuyo. Ningún judío ha puesto su mano encima de nadie de mi sangre.

—Si Yehudá confirma mis sospechas, ésa va a ser la menor de tus preocupaciones.

—¿Qué quieres decir con...?

—¡Maese Juan! —llamó Yehudá.

El médico se acercó al lecho ignorando las voces del hombre. Miró el rostro de su colega y vio temor en él. Tragaba saliva continuamente y parecía no saber qué palabras utilizar.

—Sospechas que puede ser tifus, ¿no es cierto?

Maese Juan entrecerró los ojos, pues Yehudá acababa de confirmar sus temores. En el fondo confiaba en que pudiera explicar de otra manera aquellos signos, pero la rapidez y la coincidencia en el juicio no dejaban lugar a dudas.

—¿Qué sabemos sobre el tifus? —preguntó el anciano casi para sí mismo—. Calentura, fuertes dolores de cabeza, erupción generalizada, gangrena en los miembros, estupor... Coincide punto por punto con lo descrito por el padre.

—No he observado gangrena en las manos —dijo Yehudá.

Como respuesta, maese Juan descubrió los pies del enfermo.

—Y hay algo más que también encaja. No hace mucho recibí desde Qurtuba el manuscrito de un nuevo tratado médico desconocido para mí hasta entonces. Era un regalo de mi hijo... Pues bien, lo leí con atención, casi con entusiasmo. Hablaba de cosas completamente extrañas para mí: según las observaciones de su autor, algunas enfermedades parecen extenderse a través de los humores del enfermo, de su sangre, de su saliva, incluso de su aliento... y algunas otras se relacionan con la presencia de pequeños animales: pulgas, piojos, garrapatas. He revisado el texto donde recordaba haber leído un pasaje sobre el tifus, y describe una epidemia en algún lugar de Grecia de consecuencias devastadoras, asociada a una infestación masiva por piojos.

Mientras decía esto, sacó un pequeño puntero y separó las greñas del enfermo, cubiertas de pequeños huevecillos blancos y decenas de parásitos que se movían por el cuero cabelludo.

—¿Desde cuándo no os habéis lavado los cabellos, Sancho? —preguntó el médico.

—Desde la inundación. Sabes bien que los baños públicos han estado cerrados desde entonces.

—Está bien, déjanos unos momentos. Debo intercambiar impresiones con mi colega.

El hombre miró a Yehudá con expresión desconfiada, pero accedió y abandonó la estancia.

—Juan..., si estamos en lo cierto nos enfrentamos a una auténtica catástrofe. No tardarán en aparecer nuevos casos, y en unos días los contaremos por cientos.

—Eso me temo, Yehudá. Y por eso he pedido tu opinión antes de alarmar a los vecinos.

—No parece haber dudas.

Nada habría satisfecho más a ambos médicos que haber errado en sus pronósticos, pero sus temores se vieron cumplidos. Enterraron a las primeras víctimas en el cementerio situado frente a la Puerta de Tarasuna, entre el dolor de sus familiares destrozados. La enfermedad esta vez ya no se localizaba en los barrios que habían sufrido la inundación, sino que llegaban noticias de nuevos casos desde los cuatro rincones de la ciudad. Las mezquitas, la sinagoga y la iglesia quedaron pequeñas para celebrar las ceremonias fúnebres, de modo que éstas se trasladaron a las inmediaciones de los cementerios. El camposanto mozárabe se encontraba junto al muro de la iglesia, pero pronto se vio saturado, y se autorizaron los enterramientos en un nuevo solar situado en el mismo camino de Tarasuna.

Los esfuerzos de los médicos no fueron suficientes para detener la tragedia que se

abatió sobre la ciudad. Los cadáveres de familias enteras aparecían en sus casas cuando alguno de los vecinos daba la voz de alarma.

Juan de Rada y Yehudá informaron de su sospecha al resto de los médicos y a cuantos trataban de ayudar a los afectados. Onneca, a pesar de su edad, seguía asistiendo a los enfermos con abnegación y sin concederse descanso, tratando de que siguieran las indicaciones. Se había hecho circular la posibilidad de que los piojos y la falta de higiene fueran responsables de la enfermedad, y las medidas que debían adoptarse para combatirlos. Onneca preparaba infusiones con la flor y las hojas del piretro con las que hacía lavar el cabello a los miembros de cada familia que visitaba, y fumigaban con ella cada rincón de la vivienda. En cada hogar se preparaban grandes calderos de agua hirviendo donde se escaldaban todas las ropas, y las calles se llenaron de fuegos en los que se quemaban grandes cantidades de plantas aromáticas con la esperanza de ahuyentar la enfermedad. La gente, aterrorizada por las muertes incesantes, decidía afeitar las cabezas de pequeños y adultos, hombres y mujeres, y familias enteras abandonaron de nuevo la ciudad.

Después de una semana de muerte y dolor, Onneca creía que sus lágrimas se habían secado. Pero aún tenía que contemplar la imagen que conservaría en su retina el resto de sus días. Regresaba del cementerio donde había asistido a la sepultura de dos pequeños hermanos en medio del dolor de sus padres destrozados, cuando algo captó su atención: un grupo de soldados que conducían dos mulas se había detenido junto a una casa cercana a la Puerta de Tarasuna. Reconoció la vivienda: pertenecía a un joven matrimonio que regentaba el horno público situado en el edificio contiguo. En muchas ocasiones había llevado su pan a cocer hasta allí, donde siempre había sido bien atendida, rodeada por el jolgorio de los seis pequeños de la familia correteando con sus ropas manchadas de harina. Los soldados entraron en la casa y sacaron dos cadáveres envueltos en lienzos. Por su tamaño, supuso que se trataba del matrimonio de panaderos. Mientras colocaban los cuerpos sobre las mulas, Onneca pensaba en los pequeños huérfanos. No estaba preparada para lo que sucedió a continuación: uno a uno, de mayor a menor, los soldados sacaron de la casa seis cuerpos más y los fueron apilando sobre sus padres, hasta llegar al más pequeño, que no pasaría de los dos codos de longitud. Cayó derrumbada sobre el suelo y, por vez primera en su vida, con la voz rota por la desesperación, lanzó una maldición que reverberó entre las paredes encaladas de la callejuela.

Todos los esfuerzos resultaron inútiles, y una semana después de la aparición del primer caso, los escribanos de la ciudad habían registrado en sus libros un millar de víctimas, con la palabra «tifus» grabada junto a los nombres.

Onneca acudió a la alcazaba en busca de su hijo y lo encontró en el patio, agotado pero entero, impartiendo órdenes y atendiendo los requerimientos de oficiales y

funcionarios de su administración. Cuando la vio, una mueca de dolor se dibujó en su rostro: también ella tenía un aspecto demacrado, y en su mirada se reflejaba todo el sufrimiento que había contemplado en las últimas semanas.

—¿Cómo estás, madre? —preguntó a pesar de conocer la respuesta.

—Necesito tu ayuda, hijo —dijo con voz cansada—. En la ciudad hay decenas de niños que han perdido a sus padres y sobreviven a duras penas, a veces al cuidado de sus hermanos... o simplemente vagando por las calles en busca de comida.

Musa asintió con la cabeza.

—Y pretendes reunirlos en algún lugar para que sean atendidos...

—Así es. Muchos notables han abandonado la ciudad con sus familias, y sus residencias han quedado vacías. Sería de gran utilidad poder reunir a los huérfanos en alguna de ellas, darles cobijo allí y atender sus necesidades.

Musa se mantuvo pensativo durante unos momentos.

—No veo inconveniente, madre. Busca el lugar que te parezca más adecuado y firmaré una orden de expropiación temporal.

El agradecimiento se reflejó en los ojos de Onneca. Tomó la mano de su hijo y la acercó a sus labios. No pudo contener las lágrimas, y Musa rodeó su cuerpo enjuto y la estrechó entre sus brazos.

—Pronto pasará todo, madre. Debes cuidarte, estás agotada.

—No te preocupes por mí, buscaré ayuda; sé que no puedo hacer esto sola.

—Enviaré los criados que necesites, provisiones, mantas... dime cuáles son las necesidades de esos pequeños y las atenderemos.

Tras la marcha de Assona y de sus nietos a Banbaluna, Onneca había decidido regresar a la vieja casa donde había criado a sus hijos en compañía de Zahir. Allí había pasado en las últimas semanas las pocas horas que se había permitido dedicar al descanso.

Dos días después de haber abierto el albergue para huérfanos, despertó en medio de la noche presa de escalofríos y con un intenso dolor de cabeza. Quiso pensar que sería algo pasajero, y se levantó para encender el fuego de la cocina. Calentó agua y preparó una infusión de corteza de sauce para tratar de aliviar aquel dolor.

Parecía haber hecho el efecto deseado, pero al amanecer se vio presa de fuertes dolores abdominales, que pronto se extendieron a todo su cuerpo. Con gran esfuerzo se levantó del lecho y descendió al piso inferior, donde se encontraba la cocina. Tomó el cuenco con la infusión analgésica y bebió un sorbo, y luego otro. Cogió la cazuela y volvió a preparar una generosa cantidad, que vertió en una jarra de barro. De la pequeña alacena tomó un pequeño frasquito cuyo contenido recordaba bien: el opio extraído de la flor de adormidera le sería útil para mitigar el dolor en los últimos momentos. Sabía que pronto le resultaría difícil subir de nuevo las escaleras, así que

trasladó la jarra, el frasquito y una pequeña taza a la alcoba situada en un extremo de la sala principal de la casa. Con gran esfuerzo, y aguantando el dolor a duras penas, arrastró un cántaro de agua que dejó junto a la litera. Aún le quedaba una cosa por hacer antes de tenderse en el lecho: cruzó el patio con el cuerpo encorvado, sujetándose el vientre con ambas manos, y llegó hasta el zaguán. Atravesó los dos grandes cerrojos de la puerta de entrada y regresó. La luz del sol en el patio reveló las manchas rojas que empezaban a cubrir sus brazos. Se peinó a pesar de los calambres que empezaban a dificultar sus movimientos, adecentó su camisa y se tendió en la litera.

Musa no se preocupó por la ausencia de su madre durante aquella primera jornada: la suponía ocupada organizando el pequeño hospicio improvisado. Fue al día siguiente cuando decidió acudir hasta allí para comprobar el funcionamiento del albergue, y fue informado de que nadie había visto a Onneca ni ese día ni el anterior. Sin tiempo para pedir explicaciones, Musa corrió por las calles desiertas de Tutila en las que el silencio era el dueño, sólo roto por los lamentos y los gemidos de dolor que llegaban desde el interior de algunos hogares.

Musa se sorprendió al encontrar la puerta cerrada por dentro, y golpeó la madera con sus puños.

—¡Madre!... Madre, ¿estás ahí?

Musa colocó su oreja sobre la madera pero no percibió sonido alguno.

—¡Respóndeme, madre! —repitió con tono imperioso sacudiendo la puerta de nuevo.

Aplicó la oreja de nuevo, y esta vez pareció escuchar algo, como si algo o alguien se arrastrara sobre el suelo.

—¡Madre! —aulló—. ¡Abre la puerta!

—Hijo... —dijo un hilo de voz en el interior.

—Abre la puerta, madre. No te puedo oír.

—Estoy enferma, hijo. Me queda ya poco tiempo...

—¡Ábreme, madre!

—No abriré, hijo mío. Eres algo demasiado precioso para mí como para poner en riesgo tu vida.

—¡Madre! Me obligas a saltar al patio.

—Hijo, escúchame bien —dijo con determinación—. Tengo una daga conmigo. Si lo haces, sólo conseguirás precipitar el final. Te quiero demasiado... tu familia te necesita más que yo, y sobre todo... te necesita tu pueblo.

—¡Llamaré a los médicos, madre! Ellos sabrán cómo curar tu mal.

—De este mal conozco ya tanto como ellos, Musa, y por eso sé que no tiene remedio. Pero no quiero que sientas lástima por mí. Tengo ya setenta y ocho años,

pocas mujeres han tenido la fortuna de disfrutar de una vida tan larga como la mía.

Musa se había agachado junto a la puerta para colocarse a la misma altura que su madre, cuya voz era casi inaudible. En ese momento reparó en el orificio que existía en el ángulo inferior, la antigua gatera ahora tapada con una pieza de madera. Metió los dedos detrás de la tabla y la arrancó. Introdujo el brazo por el orificio y buscó a su madre, pero no tocó más que los adoquines del suelo.

—Dame tu mano, madre... Permíteme eso al menos.

Onneca pareció dudar, pero al momento su mano arrugada y pálida surgió del agujero, y Musa la tomó de inmediato entre las suyas.

—Quiero que sepas que muero feliz... y tú eres en gran parte responsable de ello. Tú y tus hermanos... os habéis convertido en gobernantes justos para vuestros pueblos, y por ello sois apreciados. Tal como hubieran querido... tu padre y Zahir. Sé que juntos conseguiréis lo que os habéis propuesto. Debes prometerme que jamás te enfrentarás a tu hermano a causa de ambiciones políticas.

—Tienes mi promesa, madre. Pero permite que entre y te acueste en el lecho. Tu postura debe aumentar tu dolor.

—No tengo dolor, Musa. Ya me he ocupado de ello. Sólo siento una gran debilidad que se apodera de mí. Me cuesta trabajo... incluso hablar.

—Descansa, madre. No hables más. También hay algo que debes saber y que nunca te he dicho... —Hizo una pausa. Siempre le había costado gran esfuerzo expresar sus sentimientos, pero en aquel momento tenía la necesidad de decirlo—: Eres la mejor madre que podía haber tenido. Y has suplido con creces la ausencia de mi padre. —Su voz se había roto y las lágrimas corrían por su rostro. Pero aún pudo articular con un timbre extrañamente agudo lo que le faltaba por pronunciar en voz alta—: Te quiero, madre.

Si los listones de madera de la puerta no se hubieran interpuesto entre ambos, Musa habría podido ver la sonrisa que se había dibujado en el rostro de Onneca, pero sólo sintió que la vida se escapaba de la mano que sujetaba con fuerza.

Musa permaneció de rodillas, con la mano inerte de su madre sobre sus piernas, perdida la noción del tiempo. Sólo recordaba haber sufrido un dolor como aquél una vez en su vida, siendo sólo un muchacho, al enterarse de la muerte de su hermano Fortún. Pero entonces tenía a Onneca junto a él para abrazarlo. Ahora estaba solo.

Capítulo 14

Año 838,223 de la hégira

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.
Estimado Musa, hermano mío:

Debes disculpar la tardanza en el envío de noticias, pero han pasado escasos días desde mi regreso de Tulaytula en compañía de Abd al Rahman. Te preguntarás con razón por el motivo que pudo haberme llevado hasta allí. Pues bien, si recuerdas mi anterior correo, te hablaba de una aceifa que el hermano del emir, Al Walid ibn al Hakam, se disponía a llevar a cabo contra los rebeldes toledanos. Al Walid había permanecido acampado a las puertas de la ciudad asediando y hostigando a sus habitantes hasta que, sabedor el emir de la extrema zozobra de los defensores que tanto le habían incomodado durante su reinado, sintió el deseo de hacerse con ellos, y partió hacia allí con el resto del ejército y sus hombres más selectos, para acampar junto a su hermano.

Tuve el honor de recibir del emir una invitación personal para formar parte de su séquito, sin duda con el objeto de aliviar el tedio del viaje y los días de sitio a la ciudad conversando sobre la que es una de las pasiones de Abd al Rahman: las obras literarias y poéticas. Nunca había tenido ocasión de acompañar al ejército en una de sus campañas, así que partí con gusto y expectación.

Te ahorraré detalles que de sobra conoces y puedes bien imaginar, pero he de decirte que regreso impresionado por la perfección con que el ejército cordobés es capaz de poner en marcha el complejo engranaje de la guerra. Desplazar durante cientos de millas un ejército de miles de infantes y de hombres a caballo no es algo que pueda consignarse en unas líneas. Las comodidades que disfrutan el soberano y su cortejo durante la expedición serían envidiadas por cualquier noble de la jassa para su propia mansión.

Abd al Rahman y su hermano Al Walid acabaron tomando Tulaytula por la fuerza, y entraron en la ciudad sin condiciones. Sin embargo, el emir fue benevolente al someterlos, les hizo renovar su juramento de fidelidad, les impuso a su nuevo gobernador y dejó a Al Walid con él.

De nuevo pude disfrutar de las maravillas de aquella ciudad tantas veces lacerada por la maldición de la insumisión y la guerra, y tuve ocasión de

conversar con algunos de sus hombres sabios, que lo son como en ningún otro lugar, quizá debido a los tesoros que albergan en sus bibliotecas y que han sabido preservar de la destrucción como lo más valioso que poseen.

Abd al Rahman, antes de partir de regreso, mandó reparar el alcázar sobre la puerta del puente que había construido Amrús ibn Yusuf en los días de su padre Al Hakam. No se entretuvo más, porque es bien sabida la nostalgia que invade al príncipe cuando se encuentra lejos de sus posesiones cordobesas, aunque tengo para mí que tal nostalgia no se dirige tanto hacia sus palacios y jardines como a alguna de las concubinas que los habitan. Te darán idea de ello los versos que compuso una noche en la soledad de su tienda, y que hizo transcribir al poeta Abd Alíala ibn Assimr:

Me ha apartado de ti la cita con los enemigos
y el conducir hacia ellos una tropa temible.
¡Cuántas estepas he cruzado,
cuántos pasos he encontrado, en sucesión,
sufriendo en el rostro los ardores del mediodía
con que casi los guijarros se derriten!
Soy el hijo de los dos Hisham de Galib,
que enciendo unas guerras y apago otras.
Con nosotros socorre Allah a la recta religión,
que yo he vivificado, arrancando la cruz,
subiendo contra los paganos con un ejército
con el que he llenado quebradas y barrancos.

Han llegado a la corte cumplidas noticias sobre el éxito de tu reciente expedición a tierras de Al Qila y Alaba en compañía de tu hijo Fortún, que al parecer resultará digno sucesor de los de tu sangre. Debo decirte, aunque temo regalar en exceso tus ojos cuando leas esto, que he escuchado de boca del propio emir palabras de elogio y agradecimiento hacia tu persona. Especialmente satisfecho se mostró al saber por sus informadores del arrojo y la capacidad militar del joven Fortún.

Por otra parte, la vida en la corte sigue su curso sin grandes sobresaltos, a los que el emir es poco aficionado. Tarub, la umm ualad de su hijo Abd Allah, parece seguir siendo su preferida, y el eunuco Nasr comienza a ejercer una influencia notable sobre el propio Abd al Rahman, además de ostentar un papel destacado entre todos los cortesanos. Si he de serte sincero, todavía hay cosas en las costumbres palaciegas que me resultan chocantes, quizá por la sangre

visigoda de nuestras familias que corre aún por nuestras venas. Me refiero a la promiscuidad del emir, y a la naturalidad con que toma a sus esclavas..., ¡alguna de ellas regalo de sus propias mujeres! Se dice que es enormemente selectivo y exigente: escudriña en sus orígenes, clase, educación y conducta, y nunca toma ninguna que no sea virgen. Las tiene en periodo de prueba durante meses, y sólo cuando está libre de incertidumbre sobre posibles defectos ocultos, la acoge en su lecho, y si aun así no le agradan, las descarta sin contemplación. Una de sus favoritas es Qalam, de quien se dice que es una cautiva vascona que fue llevada de niña a Oriente, a Medina, donde aprendió el arte del canto. Fue comprada por Abd al Rahman para completar su colección de cantantes medinesas, y le dio un hijo. Deberías escuchar su habilidad con el canto y la composición. Además es literata de buena memoria, excelente calígrafa, transmisora de poemas y conocedora de humanidades varias.

Pero quien se ha convertido en el centro de todas las atenciones en la corte es el músico Ziryab, casi tocayo mío, del que ya te he hablado en anteriores misivas. Sin duda es el mejor cantante de la corte, el preferido por nuestro soberano, que ha desplazado a todos los anteriores. Como sabes, llegó a Qurtuba en los días en que Abd al Rahman era coronado, procedente de la corte del califa abasí de Bagdad, y pronto se adueñó del corazón del emir, enamorado de la música, que antepone a todos los demás placeres menos a uno. Tal fue el impacto que su talento causó en Abd al Rahman que pronto lo cubrió de monedas de oro, le asignó un sustancioso sueldo y le otorgó concesiones en casas, huertas y alquerías próximas.

Ziryab es un poeta inspirado, poseedor de una técnica musical sin igual y un gran innovador. Ha añadido al laúd tradicional una quinta cuerda roja intermedia, logrando más sutileza y completo sentido. Y ha inventado un plectro hecho de plumas delanteras de ala de águila en lugar de madera afilada, gran innovación a causa de la sutilidad, limpieza y ligereza para los dedos.

Pero Ziryab también ha revolucionado en estos años la etiqueta palaciega: practica la buena conversación, el experto servicio de los príncipes y diversas especialidades como ninguno de su oficio, hasta el punto de que príncipes y sus cortesanos han tomado como dechado cuantas normas de comportamiento les ha dictado, referidas a todas las artes, pero también a perfumes, sahumerios y alimentación, normas de comportamiento en la mesa y ante los invitados. A su llegada a Al Ándalus, hombres y mujeres se dejaban el pelo largo y se lo partían por mitad de la frente, cubriendo sienes y cejas. Pero cuando la gente selecta vio el arreglo de pelo de Ziryab, sus hijos y mujeres, cortado para no cubrir la frente, igualado con las cejas, redondeado por los oídos y suelto en las sienes, les encantó y pareció bien, y lo adoptaron para ellos y para sus esclavos y

esclavas.

Otra cosa que prescribió fue el uso del litargirio para eliminar la fetidez de las axilas, que hasta entonces se evitaba a duras penas con polvo de rosas y flores de arrayán, que no servían de mucho, como tampoco impedían que el sudor se les quedara encima en pugna con los perfumes que usaban.

Ha introducido nuevos platos de la cocina oriental, como la ya popular tafaya, caldos de hermosos colores, croquetas de carnes finas y variada pastelería de azúcar, miel y almendra. Además fue el primero que cogió asfarag y popularizó su consumo. Otras aportaciones suyas a Al Ándalus han sido su preferencia por la vajilla de vidrio fino sobre la de oro y plata, y por cubrir los lechos con cuero suave en lugar de los cobertores velludos y estofados de lino, así como la de servir la comida en manteles de cuero sobre las mesas de madera. Logró notables creaciones en el capítulo de aromas y perfumes, e impuso el uso de distintas ropas según la estación, estableciendo la moda de vestir ropa blanca durante el verano y de otro color el resto del año, cambiando gradualmente el grosor de los tejidos según avanza la temporada.

En fin, recordado amigo, como puedes ver por el tono de esta carta, pocas son las tribulaciones graves que asaltan a los cordobeses en este reinado hasta hoy tranquilo de Abd al Rahman. Ruego al Todopoderoso que siga siendo así, para que esta hermosa ciudad pueda alcanzar a las más renombradas urbes en esplendor y como foco de irradiación de las artes y la cultura, siguiendo el camino que tomó desde que nuestro emir asumió su magistratura.

Empieza a amanecer cuando escribo esto, y la brisa acaricia el rostro en esta noche estival propicia para el insomnio. Quizás el placer que me ha producido redactar esta carta te obligue a soportar su excesiva longitud.

Sueño con el día en que podamos contarnos todas estas cosas en persona, después de tantos años de separación. Ruego a Allah que favorezca nuestro reencuentro en un tiempo no lejano.

Mientras tanto, recibe mi cálido abrazo, que debes hacer extensivo a toda tu familia.

ZlYAB

Escrito en Qurtuba el séptimo día de Ramadán, 223 años tras la hégira.

Musa había terminado de leer el extenso pergamino con una sonrisa en la boca. Al llegar el correo y ver el sello del palacio real, decidió no romper el lacre y reservar su lectura. Sabía que era la carta de Ziyab que esperaba desde hacía semanas.

Despachó lo más rápido que pudo los asuntos y entrevistas pendientes, tomó el pesado rollo y descendió la escalinata en dirección al patio de la alcazaba. Atardecía ya, y el calor comenzaba a ceder después de un día sofocantes. Grandes nubes, blancas y algodonosas, ascendían sobre las cumbres en las cercanas montañas hasta casi ocultar el sol, mientras una ligera brisa, posible preludio de la tormenta, agitaba su cabello y se introducía entre sus ligeras ropas refrescando su cuerpo mientras ascendía hacia lo alto de la muralla. Allí se encontraba su lugar favorito desde hacía ya tantos años, aislado y solitario, dominando la ciudad, el río, las huertas... Había hecho construir un pequeño torreón cubierto, que protegía a sus visitantes de la lluvia y del calor excesivo, con un banco circular de piedra en su interior. Tomó asiento en él y rompió el sello.

Evocando aún el refinado y lujoso ambiente de los salones del alcázar cordobés que la carta de Ziyab había traído a su memoria, dejó el pergamino a un lado y apoyó los codos sobre las gruesas piedras de la muralla. Allá abajo, la ciudad bullía de actividad a aquella hora: los hombres regresaban del campo a tiempo para asistir a la oración, y muchas mujeres se apresuraban hacia sus casas después de pasar parte de la tarde en el *hammam*, aprovechando las horas que tenían reservadas en los baños públicos.

Musa contemplaba ahora el tranquilo discurrir del río bajo el puente mientras un pequeño carguero maniobraba en el centro del cauce, luchando para adecuar su velamen al cambio de viento que la inminente tormenta había producido. Viendo aquella imagen que sólo transmitía calma y sosiego, era difícil imaginar aquella otra estampa de la corriente desbocada años atrás, lamiendo los muros de la ciudad. Musa pensaba en la paradoja que suponía que, siendo el Uādi Ibru la fuente de la riqueza y la prosperidad de la ciudad, el mismo río estuviera tan unido a los acontecimientos más trágicos que habían marcado su vida: la muerte de sus jóvenes amigos tantos años atrás, y la desgracia que acabaría segando la vida de muchos de sus convecinos... y la de su propia madre.

Diez años después de la tragedia que había diezmado a la población, los habitantes de Tutila seguían recordándolo como el «año negro». Todavía, en las largas noches de invierno, cuando las familias se congregaban alrededor del fuego, se recordaban aquellos momentos de incertidumbre, el éxodo obligado o las terribles historias vividas cuando el tifus se cebó con las víctimas de la inundación.

Pocos meses después de la catástrofe, Musa había podido congregar a su gente para anunciarles que las obras de reparación del puente se iniciarían de forma inmediata: el emir había enviado una partida de fondos para su reconstrucción que llegó a Tutila en dos pequeños cofres que contenían mil cuatrocientos dinares de oro, en medio de la algarabía de los muchachuelos que acompañaron a la comitiva hasta su entrada en la alcazaba. La reconstrucción se había hecho a conciencia:

aprovechando el estiaje se habían reforzado los cimientos y se había construido una sólida estructura de grandes sillares de piedra que conformaba la base de la obra. Estos firmes pilares ofrecían a la corriente del río un perfil en cuña que reducía en gran medida el empuje del agua, y se alzaban hasta emerger sobre la superficie. Sobre ellos se apoyaba la estructura de madera que soportaba la plataforma, para la que se emplearon los mejores troncos traídos desde los bosques de Al Bardi. También el embarcadero había sido levantado de nuevo siguiendo el modelo del que las aguas habían arrastrado, y poco tiempo después el comercio fluvial había podido reanudarse.

La parte baja de la ciudad también hubo de reconstruirse. Por indicación del arquitecto se derribaron las viviendas más afectadas y se levantaron sobre los solares nuevos edificios, de piedra esta vez, bien provistos de sistemas de drenaje hacia el río próximo. Se renovaron las tomas de agua con un nuevo azud aguas arriba de la muralla, y se abrió una red de tuberías soterradas que la conducían hasta los baños públicos, las albercas y abrevaderos y algunas de las casas de las familias más acomodadas, que disponían de ingeniosos sistemas de elevación que dotaban a sus hogares de agua corriente durante todo el año. Pasada la epidemia, y con los primeros fríos, los habitantes comenzaron su retorno, y día a día la normalidad volvió a instalarse entre los muros de la ciudad.

Había regresado también Assona con sus hijos una vez reparada y saneada la residencia junto al río. A Ismail se le ocurrió poner nombre a la villa, lo que provocó las bromas y risas de sus hermanos mayores. Sin embargo, a Musa no le pareció descabellada la idea, recordando cómo las almunias cordobesas de los principales de la corte y los palacios del propio emir construidos a las afueras de la ciudad, como Al Ruzafa y Al Zahira, eran conocidos por su nombre. Fue el propio Ismail quien eligió el suyo, y la ciudad entera no tardó en conocer la residencia del *wāli* como Al Rawda. {30} También la *almúnya* junto al Uādi Qalash había sido reconstruida, y no pudo tener una reinauguración más brillante, porque sirvió como marco para las fiestas de celebración del matrimonio de Auriya con García, caballero de Banbaluna y buen muchacho. El encuentro se había producido en una de las visitas que Enneco había hecho a Tutila acompañado por su séquito de notables vascones y hombres de confianza, entre los que se encontraba García Garcés, un joven de veintiséis años, apenas dos más que Auriya. Las capitulaciones matrimoniales establecieron que el casamiento se llevaría a cabo por el rito cristiano, por ser el futuro esposo de ese credo, pero la ceremonia tendría lugar en la ciudad natal de la esposa. En efecto, hacía ya un año que había tenido lugar la boda en la pequeña iglesia de Tutila, y aunque el escenario no poseía la magnificencia de otros templos de mayores

dimensiones, sí la tuvo la propia ceremonia llevada a cabo siguiendo el rito mozárabe.

Desde el lugar donde se encontraba, encaramado en la muralla, la iglesia situada a sus pies y su campanario aún parecían más reducidos. Había sido la primera vez que asistía a una ceremonia de importancia en aquella iglesia, y recordaba cómo se había sentido impresionado, no tanto por la suntuosa decoración, el revestimiento con ramas de mirto, la enorme cantidad de cirios encendidos y el sonido incesante de las campanas, como por la majestad y el aroma a sagrado que irradiaba el recinto. Recordó a los sacerdotes revestidos con admirables ornamentos, secundados por varios muchachos que ejercían de monaguillos. Rememoró la entrada de los novios hasta el altar, la bendición de las arras y de los anillos que se entregaron, y la curiosa ceremonia de la velación, en la que los contrayentes fueron cubiertos por un velo blanco y rojo que simbolizaba el vínculo que los unía. Revivió asimismo las miradas que Assona le dirigía con los ojos tan empañados por la emoción como los suyos, los momentos de felicidad en el gran banquete al aire libre celebrado en los jardines de la *almúnya*... y el abrazo que su hija le había regalado antes de partir en compañía de su esposo hacia su nueva residencia en Banbaluna.

Aquéllos habían sido años de luces y sombras, sin duda. La muerte de Onneca representó un duro golpe, pero la familia vivió momentos de plenitud con los acontecimientos que tuvieron lugar en su seno, pues no sólo Auriya había contraído matrimonio: también García Íñiguez anunció su enlace con Urraca de Gascogne, una joven doncella que había visitado Banbaluna en compañía de su padre y de la que el joven García había quedado prendado. La boda tuvo lugar en la ciudad, y pronto la unión se vio bendecida por el anuncio de la llegada de un vástago, que recibió el nombre de Fortún. Urraca quedó de nuevo encinta un año después, pero con el nacimiento de su segundo hijo iba a volver la desgracia a la familia: la muchacha no pudo superar las complicaciones del parto, y murió pocos días después a causa de unas fuertes fiebres. El recién nacido, de nombre Sancho, fue entregado a un ama de cría mientras García Íñiguez se sumía en la desesperación, arrastrando al resto de la familia consigo.

Un relámpago demasiado cercano seguido por el estruendo del trueno apartó a Musa de sus recuerdos y lo devolvió a la realidad. Cuando descendía la empinada escalinata empezaron a caer las primeras gotas de lluvia, gruesas y aisladas, que se convirtieron en un aguacero antes de que alcanzara la puerta del edificio central de la alcazaba. Entró en el amplio zaguán de un salto, protegiendo los pergaminos bajo su túnica, pero la fina suela de sus babuchas no estaba preparada para fijarse en el suelo mojado, y sus pies se deslizaron hacia delante. Habría dado con su cuerpo en el suelo si unos fuertes brazos no lo hubieran sujetado.

—¡Fortún! ¡No has podido llegar más a tiempo, por Allah!

—Salía a buscarte a tu refugio, pero la lluvia te ha traído antes.

Musa tomó a su hijo por el brazo.

—Vamos arriba. Allí podremos hablar.

Fortún era un muchacho de veinte años que todo el mundo coincidía en describir como la viva imagen de su padre. Y no sólo por su atractiva presencia, su fortaleza física y su porte, sino también por su carácter y sus aficiones. Desde pequeño se había interesado por los asuntos de armas, y pasaba los días en la alcazaba, mezclado entre los soldados, en las caballerizas o en la *musara,* asistiendo con ojos escrutadores a los ejercicios de entrenamiento de las tropas. Musa revivía en él su propia adolescencia: la emoción expresada por el muchacho cuando le regaló su primer caballo había sido la misma que él experimentara cuando su hermano puso en sus manos las riendas del viejo *Baraka.* El momento de vestir su primera coraza o de blandir su propia espada eran los hechos que habían marcado la vida del muchacho. Vivía para ello, y Musa no olvidaba la expresión de incredulidad y de inmensa felicidad que había visto en el rostro de su hijo cuando le había comunicado, meses atrás, que iba a acompañarle en la expedición a tierras ele Alaba, accediendo a sus reiteradas peticiones.

Lubb y Mutarrif también eran buenos jinetes, manejaban las armas con destreza, en sus conversaciones demostraban dominar el arte de la estrategia e indudablemente tenían dotes para el mando de las tropas. Pero su pasión no llegaba a los extremos que su hermano demostraba. De hecho ambos habían acordado, mirándose con una sonrisa, ceder a Fortún el puesto junto a su padre, que a ellos correspondía por edad, en la aceifa llevada a cabo la primavera anterior al servicio del emir.

Entraron en las dependencias privadas que Musa ocupaba junto a la sala principal de la planta noble, y tomaron asiento en los divanes dispuestos junto a las ventanas. En plena tormenta, la luz que entraba desde el exterior era escasa, por lo que uno de los criados acercó un candelabro y lo dispuso entre ambos. Musa le hizo una señal en dirección a la pequeña mesa octogonal de cobre repujado sobre la que descansaba una bella bandeja con un juego de vasos también de cobre. El muchacho pareció entender y se retiró.

—¿Es de Ziyab el pergamino? —preguntó Fortún.

Musa afirmó con una ligera sonrisa.

—Y habla de ti. Creo que te gustará leerlo —respondió tendiendo el rollo hacia el muchacho—. Hazlo con calma.

Fortún lo tomó, se acomodó entre las almohadas del diván y comenzó a desenrollarlo con parsimonia antes de iniciar la lectura. Musa también se acomodó hasta que el criado estuvo de vuelta con una bandeja que depositó sobre la mesa. Entonces se incorporó, mirando con satisfacción el recipiente de cerámica lleno de

hielo picado. Era uno de los pocos caprichos que Musa se permitía, y que había aprendido a apreciar durante su visita a Qurtuba, en la que tuvo ocasión de probar un refresco helado que utilizaban en la Madinat Ilbira donde también acumulaban durante el invierno la nieve de las montañas cercanas. Las cumbres que dominaban la ciudad de Tarasuna no estaban lejos de Tutila, y Musa había hecho construir en el patio de la alcazaba un profundo pozo de veinte codos con las paredes cubiertas de piedra. Después hizo traer varias reatas de mulas cargadas con grandes cántaros de nieve hasta que consiguió colmar el depósito. El primer año el hielo desapareció a mitad del verano, de modo que Musa duplicó la profundidad del pozo. Desde entonces disfrutaban del placer de las bebidas frías en los calurosos días del estío, y los criados habían alcanzado gran maestría en la preparación de los sorbetes de hierbas y frutas como los que ahora tenían encima de la mesa. Musa cogió el suyo y lo saboreó con delectación reclinado sobre el diván, observando la expresión en el rostro de Fortún mientras éste terminaba de leer el pergamino. Supo que había alcanzado el pasaje en el que Ziyab daba cuenta de los comentarios del emir porque las cejas de su hijo se alzaron y un esbozo de sonrisa se pintó en sus labios.

—No sé si alegrarme por esos elogios o sentirme preocupado —dijo Musa mirando a su hijo.

Fortún levantó la vista hacia él.

—¿Preocupado? ¿Por qué habrías de estarlo?

—No es frecuente escuchar de boca del propio emir palabras de elogio hacia sus oficiales. Quisiera equivocarme, pero sé que le gusta llamar junto a él a aquellos de sus jefes militares a quienes tiene en especial estima. Y tú aún eres muy joven, Fortún.

—¿Joven? ¿A qué edad participaste tú en tu primera acción? —repuso Fortún molesto—. ¿Y mi abuelo? ¿Y mi bisabuelo, el primer Fortún de la familia?

Musa rio ante la reacción airada del joven, y no pudo evitar recordarse a sí mismo con quince años participando en el asalto a la propia fortaleza donde se encontraban, entonces controlada por Yusuf ibn Amrús, al que consiguieron capturar. Habían pasado más de tres décadas desde aquello, y una punzada de nostalgia nubló el momento de bienestar que disfrutaba en compañía de su hijo.

—Quizá tengas razón. Las cosas se ven de muy distinta forma a mi edad, y sé lo que sientes —dijo depositando su copa sobre la mesa.

—Sería un honor para mí ser llamado a luchar junto al emir, padre.

—Un honor que espero que no llegue a hacerse realidad. Desde que Abd al Rahman accedió al trono su política de treguas y alianzas y sus ataques para sofocar levantamientos puntuales han proporcionado a Al Ándalus una época de tranquilidad sin precedentes... y espero que se prolongue.

Musa recordaría esa conversación semanas después, a mediados de Sawal, cuando los rigores del verano comenzaban a suavizarse. Llegaron entonces noticias inquietantes desde Madinat Selim, acerca de un confuso ataque a la ciudad por parte de un caballero cristiano de nombre Ludriq al frente de una nutrida tropa. La gravedad del ataque se confirmó mediante un despacho procedente del gobernador de la Marca en Saraqusta, en el que ordenaba a Musa el reclutamiento de tropas que debía mantener en alerta ante la posible necesidad de una respuesta. Se le informaba en el mismo escrito de que Ludriq y sus hombres actuaban al servicio de Alfuns, algo que otorgaba al ataque una especial gravedad.

La noticia se extendió por la ciudad como un reguero de pólvora. Las arcas estaban llenas con el abundante botín acumulado en la reciente campaña por tierras de Alaba y Al Qila, y la remuneración de los hombres no sería un problema. Más bien sucedía lo contrario, muchos jóvenes se mostraban ansiosos ante la oportunidad de hacerse con un buen sueldo y su parte en un nuevo botín, y la posibilidad de una nueva campaña hacia Madinat Selim se convirtió en el tema de conversación en corrillos, cantinas y en la propia mezquita, que comenzó a estar más concurrida de lo habitual por la afluencia de hombres en busca de las últimas noticias.

Pocos días más tarde un nuevo despacho llegó desde Qurtuba, y el correo encontró a Musa y sus cuatro hijos en uno de los salones de la alcazaba tratando de organizar el reclutamiento.

Musa leyó el pergamino ante la mirada atenta de Lubb, Mutarrif, Fortún e Ismail. Cuando hubo terminado, alzó la vista hacia ellos con semblante grave y habló:

—Se me ordena dirigir nuestras tropas hacia Madinat Selim para hacer frente a los hombres de Alfuns.

—¿Por qué nosotros? —preguntó Lubb.

Musa se encogió de hombros.

—Supongo que los informes de sus generales sobre las pasadas aceifas habrán tenido algo que ver.

El rostro y la actitud de Fortún mostraban su excitación, que contrastaba con el gesto serio de su padre.

—Permíteme ver el pergamino. ¿Quién lo firma?

—Es un despacho oficial, como cualquier otro —repuso Musa evasivo.

—Permíteme —insistió Fortún.

Musa lanzó una mirada hacia Mutarrif, que se encontraba junto a él, una mirada que pretendía ser de auxilio. El muchacho comprendió y se adelantó a su hermano, cogiendo el pergamino en sus manos y tomándose un tiempo para leerlo con atención. Al hacerlo, comprendió el motivo de la actitud de su padre. Lo dejó a un lado, tras él, en una pequeña mesa, y habló tratando de desviar la atención.

—Debemos anunciar la movilización general. No hay tiempo que perder.

—Hoy mismo firmaré las órdenes de reclutamiento forzoso y enviaré correos a todas las ciudades y alquerías de nuestro territorio —anunció Musa.

—¿Hay algo que no deba ver en ese despacho?

Musa y Mutarrif se miraron. Fortún era demasiado avispado para no percibir el intento de distracción de ambos. Se acercó y apartó a su hermano, tomó el pergamino y leyó. Movió afirmativamente la cabeza, comprendiendo. Luego su rostro se endureció y sus ojos se rasgaron al hablar:

—¿Qué pretendías, padre? ¿Desobedecer una orden directa del emir?

—Podría alegar tu juventud para no cargarte con tal responsabilidad.

—¡Sabes que estoy preparado para asumirla! ¡Sabes que lo deseo con toda mi alma! —gritó fuera de sí—. ¿Cómo has podido...?

—Tranquilízate, Fortún —intervino Lubb—. Sabes que nuestro padre sólo trata de protegerte.

—¡Pues es hora ya de que deje de hacerlo! —dijo enfrentando su mirada a la de los demás. Se mantuvo desafiante durante un instante, se volvió con rapidez y abandonó la sala con un fuerte portazo.

Fortún se encontraba al frente del contingente de más de seis mil hombres que partió desde Tutila en dirección al sur una ventosa mañana de principios de otoño. Ocho días había durado la organización de la marcha, la concentración de tropas que acamparon fuera de los muros de la ciudad, el acopio de víveres, caballerías y mulas, la preparación de los equipos y las armas... Las banderas y estandartes se agitaban con violencia en lo alto de las picas rematadas con la media luna, haciendo un ruido característico que contribuía a dar a la mañana un cariz aún más desapacible.

Assona no estaba entre la multitud que se había agolpado a las puertas de la ciudad para despedir a los combatientes. Recordaba con angustia el sufrimiento que suponía para ella el momento de las despedidas cuando Musa partía hacia alguna de sus campañas, pero sólo el hecho de pensar que esta vez era su hijo Fortún el que marchaba le provocaba una sensación casi de náusea que no se sentía capaz de soportar, y por ello había permanecido sola en la residencia familiar en compañía de sus criadas.

Musa había tratado de convencer a Fortún, pero en su fuero interno reconocía en la determinación de su hijo la suya propia, y era consciente de que no podía detener el paso de los años ni la tozuda realidad. Fortún había rechazado la compañía de sus hermanos mayores y la de su propio padre, y se había aferrado a la sugerencia del propio emir reflejada en aquel pergamino, que conservaba cuidadosamente enrollado en su alcoba, atado con su cinta original. Cierto era que la propuesta de Abd al Rahman no constituía una exigencia, pero a nadie escapaba que en la corte los deseos del emir eran órdenes, y no atenderlos podía ser considerado una acción de rebeldía.

De hecho, las disposiciones emanadas de Qurtuba rara vez estaban redactadas con un tono directo o imperioso, pues los chambelanes y escribanos habían desarrollado un estilo epistolar altamente sofisticado en sus expresiones y circunloquios, más útil quizás en las relaciones diplomáticas con otros reinos que en la correspondencia de carácter administrativo con los gobernadores de las coras o los jefes militares de provincias.

Lo cierto es que allí estaba Fortún sobre su caballo protegido con una llamativa gualdrapa, erguido e imponente pasando revista a la tropa formada en la *musara,* ante las murallas. Por primera vez había asistido como protagonista al ceremonial previo en la mezquita, con la bendición por el *imām* de todos los estandartes que ahora ondeaban al frente de cada unidad. A una orden suya, los toques reglamentarios de los timbales de guerra con su cadencia característica, acompañados por chirimías y tambores, indicaron a los hombres que el momento de la partida había llegado.

En las semanas siguientes Musa pudo experimentar por sí mismo las sensaciones que otras veces soportaran Assona o su propia madre cuando el ausente era él. Comprendió su angustia, y eso le hizo estar más cerca de su esposa, y de hecho fue ella la que hubo de adoptar un papel de fortaleza. Desde el primer día se había arrepentido de no haber acompañado a Fortún y cada mañana se juraba que nunca más permitiría a ninguno de sus hijos partir sin él. A medida que las jornadas pasaban sin recibir noticias, Musa fue buscando con mayor frecuencia la compañía de Assona, que le servía de bálsamo ante la impaciencia, curtida como estaba en esperas mucho más largas. A su regreso de la alcazaba, donde ocupaba las mañanas, se refugiaban en la *almúnya* durante las horas más calurosas del día. La penumbra de la tranquila estancia que aún mantenía el frescor de la mañana, las suaves y perfumadas sábanas de lino en el lecho y las caricias de Assona fueron cada día la única medicina capaz de aliviar la angustia de la espera.

Dos semanas después de la partida de su ejército, la ciudad se vio sacudida por otro desgraciado acontecimiento, que sorprendió a Musa en la *almúnya* poco después del mediodía, donde se había quedado dormido en compañía de Assona. Las voces excitadas de los criados lo sobresaltaron en su breve pero profundo sueño, y le costó tiempo ubicarse y reaccionar. Cuando asimiló el significado de los gritos que escuchaba, saltó del lecho, cubrió rápidamente su desnudez con un calzón y una ligera túnica de lino y se calzó sus *bābus.* Antes de salir del edificio, subió en dos zancadas hasta el terrado y desde allí contempló el motivo de la alarma: en el centro de la ciudad, a poco más de media milla de distancia, una espesa columna de humo se alzaba sobre el lugar que ocupaba la mezquita. Descendió con rapidez y corrió hacia

la caballeriza, tomó su montura por las riendas, saltó con agilidad sobre la silla y salió a galope en busca de la Puerta de Saraqusta. Al entrar en el recinto amurallado comprobó que la alarma se había extendido ya a todos los vecinos, que salían de sus casas provistos con cubos y palas de madera en dirección a la mezquita. Se echaba en falta la llamada de alarma del muecín, pero en cambio se escuchaba en toda la ciudad el sonido agitado de la campana de la iglesia mozárabe. Los vecinos dejaban paso al caballo de Musa, que ascendió por la calle de los alfareros hasta desembocar en la plaza de la mezquita. Desde aquel punto pudo ubicar el lugar del incendio, y con desolación comprobó que se encontraba más allá del patio, es decir, en la propia sala de oración. Se había formado ya una cadena humana que salía del recinto por su puerta principal y descendía en busca de la fuente que distaba no más de trescientos codos de allí. Evidentemente, el agua de la fuente de las abluciones no resultaba suficiente para sofocar las llamas.

Musa abandonó su caballo y entró en el recinto. La confusión era total, y se hacía difícil avanzar. El humo procedía de la parte occidental del *haram*, la más cercana a la puerta, y era empujado por la brisa hasta cubrir la parte alta del minarete. Eso explicaba la ausencia de las voces del muecín avisando del incendio. Entre la fuente de las abluciones y la entrada encontró al *imām* y a varios alfaquíes contemplando el incendio con gesto horrorizado.

—¿Cómo se ha producido? —preguntó a voces tratando de hacerse oír.

—Alguna lamparilla ha podido caer y ha prendido en los tapices.

—¿Es grave?

—Quienes han tratado de entrar hablan de mucho humo, pero al parecer las llamas son escasas.

En ese momento, uno de los alguaciles al mando del *sahib al suq* salía del interior portando un cubo de madera vacío y cubriéndose el rostro con un paño mojado. Musa se dirigió hacia él y lo retuvo tomándolo del brazo.

—Date un respiro, muchacho. Lo necesitas.

—Gracias, *sahib* —respondió en cuanto pudo recuperar el aliento.

—¿Cómo están las cosas ahí dentro?

—El fuego parece extenderse a través de los tapices y la techumbre de madera, pero hemos llegado a tiempo, en cuanto han aparecido las primeras llamas.

—Entonces, ¿crees que los daños estructurales no serán demasiado graves?

—No, no lo creo. Pero todos los tapices, alfombras y elementos decorativos quedarán arruinados por el propio fuego y el hollín. Todo parece negro en el interior.

El *imām* dejó escapar un sonido de angustia.

—Era lo más valioso de la mezquita... obras de arte insustituibles —dijo con voz apagada.

—Lo importante ahora es terminar de apagar el fuego y evitar que se dañe más la

estructura.

Los cubos de agua seguían llegando sin cesar y los hombres se turnaban para entrar en el *haram* invadido por el humo espeso. Salían al límite de su resistencia, casi ahogados por la falta de aire, pero una vez recuperado el aliento tomaban un nuevo cubo y se adentraban una y otra vez en la oscuridad.

Al anochecer había desaparecido la columna de humo negro que Musa había divisado desde su finca, sustituida por pequeñas volutas blancas. Los hombres cubiertos de hollín descansaban en el patio, agotados pero satisfechos por haber sido capaces de controlar el incendio y haber evitado la catástrofe que habría supuesto el hundimiento de la mezquita. Musa recorrió los grupos interesándose por su estado y agradeciéndoles el esfuerzo que habían realizado por la comunidad. No le sorprendió descubrir entre ellos a varios jóvenes procedentes de la aljama judía y del barrio mozárabe. Afortunadamente, las relaciones entre los vecinos eran cordiales, sobre todo después de la tragedia vivida años atrás, cuando la mayoría de la población árabe había arrimado el hombro en la reconstrucción de los barrios judío y mozárabe afectados por las inundaciones. Musa ordenó que un retén de la guardia permaneciera vigilante durante la noche para evitar un posible rebrote del fuego, y poco después del amanecer se encontraba de nuevo en el patio de las abluciones en compañía de los líderes religiosos de la comunidad. Juntos entraron en el recinto sagrado y recorrieron el interior compungidos y en silencio. Una capa de ceniza negra lo cubría todo y nada quedaba del pasado esplendor. Salieron tiznados y cubiertos de sudor por la alta temperatura que aún se mantenía en el interior. El *imām* parecía el más afectado y hubo de ser Musa quien tratara de tranquilizarlo prometiéndole el esfuerzo de la ciudad para recuperar su mezquita.

El incendio tuvo una parte positiva para Musa: durante unos días ocupó toda su atención, y sólo en los momentos de soledad volvía a su mente la preocupación por la suerte de Fortún y de sus hombres. Por fin, cinco semanas después de su partida, llegaron las noticias que Musa esperaba. No era un correo el que se acercó a él en el patio de la alcazaba, sino un joven jinete que formaba parte del grupo de hombres más cercanos a Fortún. Entró en el patio sin desmontar, escrutando entre los presentes en busca del destinatario de su mensaje. Cuando sus miradas se cruzaron, su rostro se iluminó, Musa reconoció al amigo de su hijo y supo que las noticias no eran malas. El muchacho bajó del caballo y se plantó ante él, tratando de recuperar la respiración antes de hablar.

—Todo ha ido bien, Musa; el ataque fue un éxito. Las fuerzas de Ludriq no eran numerosas, y no pudieron mantener su posición ante el empuje de nuestro ejército.

No hubo enfrentamiento en campo abierto, y las bajas no han sido numerosas.

—Entonces se ha repuesto en el cargo al antiguo gobernador... —aventuró Musa.

—Ludriq abandonó la ciudad, y Fortún tomó posesión de ella. Entonces salí hacia aquí al galope por encargo de tu hijo. No sé qué ocurrió después. Me consta que también salieron correos hacia Qurtuba para informar al emir.

Musa se dirigió a los oficiales que lo rodeaban.

—Atended a este muchacho y recompensadle como se merece por su esfuerzo. Dos dinares de oro estarán bien.

Se sentía eufórico. Caminó aceleradamente hacia las cuadras, montó un caballo ensillado y salió trotando en dirección a la *almúnya*, donde sabía que encontraría a Assona.

Esperaron impacientes durante días el regreso de las tropas. Musa sentía la necesidad de compartir con alguien su estado de ánimo exultante y tomó el cálamo para relatar a Ziyab los últimos acontecimientos. En la *almúnya*, en su pequeño escritorio de madera bajo una de las pérgolas, el pergamino extendido fue cubriéndose con su letra menuda y desigual. Trató de disfrutar de aquel momento bajo la sombra del emparrado escuchando el sonido del agua que discurría a su lado por uno de los canalillos derivados desde el Uādi Qalash. Con la paz de espíritu que sentía en aquel momento, después de semanas de zozobra, dio cuenta a su viejo amigo de las dudas que había sentido al enviar a su hijo a la batalla, y del sentimiento de orgullo que después lo había embargado al conocer el resultado de la expedición. Puso a Ziyab al corriente del incendio de la mezquita y del inicio de las obras de reparación, y le informó de la misión comercial que en breve partiría hacia Qurtuba en busca de una partida de los reconocidos tejidos de su *tiraz* con la que sustituir los valiosos tapices destruidos por el fuego.

Musa preparó un recibimiento acorde con su estado de ánimo. La ciudad entera esperaba a sus hombres ante la puerta oriental de la muralla, en la misma explanada que tantas veces había sido testigo de similares acontecimientos en el pasado. La concurrencia de aquella masa de gente procedente de todo el entorno había atraído a numerosos comerciantes y su habitual comparsa de titiriteros, malabaristas, narradores, meretrices, adivinos e incluso un nutrido grupo de amigos de lo ajeno. El zoco y las cantinas rebosaron durante los días que siguieron al regreso de las tropas; los hombres acariciaban bajo sus camisas las bolsas repletas con la paga recién cobrada. Las mujeres, el juego y las tabernas no tardaron en vaciar buena parte de aquellas bolsas, y poco a poco la ciudad fue recuperando la calma a medida que los centenares de soldados regresaban con sus familias a sus lugares de origen.

Fortún había vuelto exultante, y relató sin descanso a todo el que quiso oírle los pormenores del enfrentamiento con Ludriq y las tropas cristianas. Se le erizaba el

vello al describir a sus hermanos la euforia que había sentido cuando vio que el caballero enviado por Alfuns abandonaba sus posiciones y daba la orden de rendir la fortaleza. Lubb y Mutarrif no podían contener la sonrisa ante la vehemencia de su hermano.

Musa no supo si el éxito de su hijo en la misión que el propio emir le había encomendado había tenido algo que ver con un inesperado acontecimiento que tuvo lugar casi dos meses después, cuando los primeros fríos comenzaban a recluir a los vecinos de Tutila en el abrigo de sus hogares. No era habitual la llegada a la ciudad de grandes caravanas de mercaderes en época tan tardía, y mucho menos un día después de haberse celebrado el mercado semanal. Por eso los centinelas dieron aviso cuando los vieron aparecer por el camino procedente de Saraqusta, que ascendía casi en línea recta hasta la puerta de la ciudad desde el azud situado casi una milla río abajo.

Muchos vecinos se congregaron curiosos ante la puerta. Cuando la comitiva estuvo lo bastante cerca para poder distinguir a sus miembros, comprobaron que no era un grupo armado, salvo por una docena de guardias que protegían al resto, ataviados como cortesanos o mercaderes de buena posición. Viendo que no había nada que temer, un grupo de mozalbetes salieron corriendo a su encuentro, ansiosos por ser los primeros en satisfacer la curiosidad general. Los guardias eran jóvenes, y no fueron capaces de reconocer el emblema que ondeaba en la banderola blanca que abría la comitiva, pero sí lo hicieron algunos de los hombres congregados junto al puente de acceso a la ciudad.

—¡Es el emblema de los omeyas, sobre la bandera blanca! —exclamó el más avispado.

—Entonces... ¡vienen de Qurtuba! Fijaos en sus vestimentas.

—Pronto lo sabremos —terció un tercero.

Tras el abanderado, varios hombres más montados sobre preciosos corceles marcaban el camino a una reata de mulas cargadas con voluminosos fardos envueltos en cuero impermeabilizado.

Cuando el primero de los hombres a caballo comenzó a cruzar el sólido puente de madera, el oficial de la guardia avanzó hacia él y saludó marcialmente.

—Sed bienvenidos. Decid quiénes sois y cuál es vuestra procedencia.

—Mi nombre es Nazim, soy oficial del ejército del emir con rango de *'arif*. Venimos a vosotros desde Qurtuba con el encargo de hacer entrega a vuestro *'amil* de la valiosa carga que transportamos. Aquí tienes el documento que acredita nuestra misión. Os ruego que nos conduzcáis hasta Musa ibn Musa.

El oficial desató el pergamino y leyó con atención. Alzó la cabeza e hizo un gesto de asentimiento antes de volverse para dar una orden a sus subalternos, que abrieron

las puertas sin pérdida de tiempo.

El grupo de mozalbetes siguió curioso a los recién llegados durante su recorrido por el interior de la ciudad, entre gritos y preguntas que sólo recibían el silencio por respuesta. Éstos, acompañados por el oficial, treparon por el empinado camino que conducía a la fortaleza y entraron en el patio de la alcazaba. Sulaaf salió a recibirlos, intercambió con ellos los correspondientes saludos y les ofreció palabras de bienvenida antes de invitarles a acceder a las dependencias de la planta noble.

Musa, al corriente ya de la llegada de la comitiva, salió a la puerta de la gran sala para recibir a sus miembros, intrigado como los demás por el motivo de su viaje.

—Sed bienvenidos —dijo en el amplio vestíbulo tendiendo su mano hacia el primero de los recién llegados—. Yo soy Musa.

—Mi nombre es Nazim ibn Aswad, y he sido designado por el emir Abd al Rahman para haceros llegar el cargamento que espera en el patio de tu fortaleza. Allah Todopoderoso ha querido que finalizara el encargo con éxito. Hallarás explicación en estas misivas.

El oficial le tendió dos rollos que extrajo de un voluminoso estuche de cuero que portaba sobre la espalda. Mientras los tomaba, Musa indicó con un gesto el camino al interior de la sala y entró en ella precediendo al grupo.

—Tomad asiento, os lo ruego.

Tras los enviados de Qurtuba, entraron en la sala muchos de los oficiales y funcionarios de primer rango, intrigados quizá por la naturaleza de la misión que traía a aquellos hombres desde la lejana capital.

Musa se dirigió a la cabecera de la mesa y desenrolló sobre ella el primer pergamino. Había identificado en un instante al remitente por la marca del anillo en el lacre que lo protegía, y por ello experimentó cierto nerviosismo al extenderlo ante sí. Leyó con atención y no pudo ocultar una expresión de asombro. Finalizó la lectura y dirigió la mirada a todos los asistentes.

—Abd al Rahman, nuestro emir, ha tenido noticias de la desgracia que sufrimos en nuestra mezquita... y tiene a bien enviarnos un cargamento con las mejores piezas salidas del famoso *tiraz* de Qurtuba, el mismo que abastece de los más bellos tapices los palacios de emires y sultanes en todo el territorio del islam, con el objeto de revestir de nuevo las paredes de nuestro lugar de oración.

Un murmullo de admiración llenó la sala, mientras Musa tomaba en su mano el segundo pergamino. Entonces Nazim se adelantó y puso la mano sobre él.

—Este segundo pergamino me fue confiado por Ziyab ibn Hub para que te lo hiciera llegar, y debe ser personal —dijo de manera que sólo él pudiera oírlo.

Musa lo apartó y se dirigió de nuevo a todos los presentes.

—Bien, es signo de buena cuna mostrar agradecimiento por los regalos recibidos. Vayamos al patio a deleitarnos con la belleza que sin duda se oculta en el interior de

esos fardos.

Los habitantes de Tutila se mostraron eufóricos con el rico regalo del emir a la ciudad. Bajo la batuta del *imām* y de los alfaquíes que habitualmente lo acompañaban, las asombrosas piezas se dispusieron en el interior de la mezquita en la víspera de la oración del viernes, tratando de mantener la expectación de los fieles hasta el día de la solemne inauguración, que se convirtió en una gran celebración. Ni uno solo de los musulmanes que habitaban la *madinat* faltó ese día a la cita, e incluso muchos de sus convecinos se acercaron a la mezquita para contemplar con sus propios ojos la belleza de aquellas piezas de tejido de la que tanto se hablaba, al parecer más propia de los lujosos palacios de la capital que de la mezquita mayor de una pequeña ciudad. A los ojos de Musa, con semejantes vestiduras, el edificio recordaba en alguno de sus detalles a la magnífica aljama de Qurtuba, con la que ya compartía muchos detalles. ; Definitivamente —pensó—, aquella lejana obra de arte había ejercido su inevitable influencia en el arquitecto que había levantado la mezquita de Tutila, al igual que sucedía con la mezquita de Saraqusta, obra del mismo constructor.

Hubo una sorpresa más para Musa: Nazim le hizo entrega de un gran arcón de madera bellamente trabajada, presente personal del emir, y le sugirió que sólo lo abriera en presencia de su esposa. Así lo dispuso, y hubo de trasladarlo hasta su residencia a lomos de dos mulas. Cada vez que Assona, en presencia de sus doncellas, extraía de su interior una de aquellas piezas de los más bellos brocados, pliegos de fina seda y los más variados *bilawr,* las expresiones de asombro y júbilo se sucedían... Musa contemplaba la escena risueño, disfrutando del momento tanto o más que su esposa. El arcón debía de estar ya a punto de quedar vacío cuando algo llamó poderosamente la atención de Assona. Se inclinó hasta llegar al fondo y extrajo con esfuerzo un pesado objeto, de más de dos codos de longitud. Algo parecía decirle que aquello no iba destinado a ella, y con un gesto pidió a su esposo que se acercara. Puso aquel último objeto sobre el montón de telas que se alzaba encima de la mesa y esperó a que Musa retirara el envoltorio de cuero que lo protegía. El brillo dorado de la empuñadura de un magnífico sable fue lo que primero atrajo su atención. Se trataba de un alfanje con su funda también cubierta de oro y plata, y una correa de cuero que permitía portarlo a la espalda. Distinguió al instante la factura de los excelentes fabricantes de armas de Qurtuba, pero no era uno de esos sables que cualquier cliente de buena posición pudiera adquirir en las armerías del zoco. En el puño, a ambos lados de la virola, se había labrado el emblema de los omeyas, en cuyo centro, sólidamente engastadas, refulgían dos esmeraldas del tamaño de un garbanzo.

Si algo satisfacía a Musa de aquel inesperado presente era lo que suponía como reconocimiento a la labor de su gente, los Banu Qasi, que en los últimos años se

había distinguido en el campo de batalla como uno de los más eficaces aliados de la política del emir en la siempre inestable Marca Superior. Sin embargo, no pudo evitar una sombra de preocupación. Asombrado por la contemplación del soberbio regalo, casi había olvidado la carta que Ziyab le enviaba. Sólo al anochecer, una vez recuperada la calma, había recordado que le seguía esperando sobre la mesa de madera del salón principal, y allí acudió en su busca. Como siempre que recibía carta de Ziyab, lo dispuso todo antes de romper el lacre. Acercó un soporte de lamparillas a uno de los divanes laterales, se acomodó, desenrolló con parsimonia el pergamino, y leyó:

En nombre de Allah, el Clemente, el Misericordioso.

Como ves, mi añorado amigo, aprovecho la ocasión que me brinda la embajada del emir para hacerte llegar esta nueva misiva. Imagino tu satisfacción al recibir a sus enviados. En modo alguno debes menospreciar la importancia del presente. Ten por seguro que Abd al Rahman sólo distingue con semejantes regalos a quienes tiene en la mayor estima.

Ése es precisamente el motivo principal de esta carta. No quiero distraerte hoy con banalidades de la corte, en primer lugar porque dispongo de poco tiempo antes de la partida de la comitiva que debe llevarla a tus manos. Desde mi privilegiado lugar junto al emir en el que Allah Todopoderoso ha tenido a bien colocarme, hace meses que advierto actitudes y escucho comentarios poco propicios hacia tu persona, sin duda movidos por el desconocimiento y sobre todo por la envidia. En ciertos círculos formados por algunos alfaquíes y altos cargos militares no se ve con buenos ojos la preferencia que el emir te otorga, incomprensible para ellos, pues nos siguen considerando, como muladíes que somos, descendientes de infieles aunque nuestros antepasados abrazaran la fe hace generaciones. Su pertenencia a nobles familias árabes les hace sentirse poseedores de derechos que tratan de negar a quienes consideran advenedizos, independientemente de su valía. He de confesarte que yo mismo tampoco soy inmune a ese tipo de comentarios, pero eso poco importa ahora. Lo cierto es que, tras vuestros éxitos militares, esa camarilla de intrigantes ha conseguido elevar hasta el entorno de Abd al Rahman rumores y habladurías claramente calumniosas. Si me decido a trasladarte su contenido, a sabiendas de que esto va a causarte preocupación e incluso indignación, es porque su conocimiento te permitirá defenderte de ellas y te guiará en tus pasos futuros.

En concreto han llegado a oídos del emir supuestos contactos entre tu hermano Enneco y Alfuns, el rey de los astures, que según sus maldicientes bocas estarían preparando una estrategia común basada en la defensa de la fe

cristiana que comparten. De nada ha servido la brillante intervención de tus tropas al mando de tu propio hijo contra Ludriq: ante este argumento con el que alguien inteligentemente se les opuso, no tuvieron inconveniente en calificar tal acción como una distracción sobre vuestras verdaderas intenciones. Porque según sus insidias, también tú estás al tanto de tal maquinación, poniendo vuestros lazos de sangre por delante de la lealtad al emir.

Me consta que Abd al Rahman no ha prestado oídos a semejantes acusaciones, y la prueba es el presente que tienes en tus manos. Nuestro señor es buen conocedor de las miserias del alma humana y las maledicencias entre cortesanos no son algo nuevo. Habitualmente no consiguen sino predisponer al emir en contra de los acusadores, y de hecho no serían los primeros que Abd al Rahman haya cargado de cadenas y arrojado a sus mazmorras. Pero en estos años he aprendido que en cuestiones políticas ni los reyes son libres en sus decisiones, y con frecuencia se ven obligados a adoptar medidas que no tomarían por su gusto, si no estuvieran atados por una maraña de intereses y presiones que ni ellos mismos son capaces de controlar.

Debes pues medir tus movimientos, utilizar las buenas artes de la diplomacia en tus relaciones y tratar de no caer en celadas que con facilidad puedan tenderte para enemistarte con el soberano.

Oigo ya bullicio en el patio, señal de que la comitiva partirá en breve, de manera que sólo resta enviarte mi más caluroso saludo. Que Allah os bendiga.

ZIYAB

Escrito en Qurtuba tres días antes del fin de Dul Qa'da, 223 años tras la hégira.

Capítulo 15

Año 841,226 de la hégira

El despacho procedente de Banbaluna que Musa tenía ante sus ojos no podía ser más favorable a sus intereses. Los hombres de Enneco en Aquitania informaban de graves desavenencias entre los herederos de Ludovico Pío, y eso alejaba por un tiempo cualquier amenaza procedente de más allá de los Pirineos.

Tres años atrás había muerto repentinamente Pipino, uno de los hijos de Ludovico, que creyó poder resolver definitivamente el conflicto que tenía con ellos en lo tocante a la sucesión. En el acuerdo que les propuso, Lotario era confirmado como sucesor al trono, Luis se quedaría con Baviera, y Carlos ocuparía el trono de Aquitania que dejaba vacante el fallecido. Lotario y Luis habían aceptado la oferta, pero quien no la admitió fue el hijo de Pipino, del mismo nombre que su padre. Los aquitanos tampoco la ratificaron, pues inmediatamente proclamaron rey al joven Pipino, que contaba sólo quince años.

La situación se había agravado un año atrás con la muerte de Ludovico. Según lo convenido, Lotario se convirtió en el nuevo emperador, y exigió que sus hermanos Luis y Carlos le rindieran vasallaje, pero éstos no se habían mostrado dispuestos a hacerlo. Por el contrario, ocuparon los territorios de Baviera y Aquitania que les correspondían.

En el pergamino que Musa, pensativo, aún sostenía en sus manos se informaba de la partida del ejército de Carlos en dirección a la región de París aprovechando la llegada de la primavera, donde previsiblemente debía unirse a las fuerzas de su hermano Luis procedente de Baviera para enfrentarse juntos a Lotario.

Sin duda la cancillería de Abd al Rahman estaría al tanto de tales acontecimientos, pero Musa tomó su cálamo y comenzó la redacción de un correo dando cuenta de las informaciones recibidas, que saldría en dirección a Saraqusta, donde sería reenviado con el correo regular establecido entre Qurtuba y la capital de la Marca Superior. Mientras daba forma al parte, Musa pensaba en las posibles implicaciones de aquella situación nueva. Trataba de ponerse en el lugar de los estrategas cordobeses, y al hacerlo veía clara la ocasión para emprender una nueva campaña contra tierras cristianas. Con los reyes francos inmersos en la lucha por el trono del imperio y los rumores sobre el precario estado de salud del rey Alfuns, la ocasión era más que propicia para dirigir la previsible aceifa anual contra los territorios cristianos del norte, sin temor a una respuesta desde Aquitania.

Los primeros calores empezaban a hacerse notar cuando las previsiones de Musa se confirmaron con la llegada de un emisario. Reconoció la marca del *jatam*[31] y se entretuvo descifrando el conocido texto del sello, seguro como estaba del contenido de la misiva. Retiró por fin el precinto y extendió con cuidado el pergamino. Sus ojos recorrieron el contenido de derecha a izquierda con rapidez y al terminar alzó el rostro y su mirada quedó fijada en el ventanal, a través del cual se contemplaban el borde superior de la muralla exterior y, a los lejos, la mancha verde de los bosques de Al Bardi.

Se puso en pie y se dirigió a la puerta de la estancia, donde se encontraba apostado uno de los guardias.

—Mandad recado a mis hijos. Deben presentarse aquí antes del mediodía. Avisa también a Sulaaf.

El jefe militar fue el primero en presentarse. Musa no pudo dejar de observar la evidente cojera que hacía a su veterano y fiel colaborador arrastrar el pie izquierdo, por mucho que él tratara de disimularlo. Una desgraciada caída del caballo en la primera aceifa contra Alaba cuatro años atrás le había producido una herida abierta en la rodilla que cicatrizó mal y había ido inmovilizando la articulación progresivamente. No era extraño ver al aguerrido militar apretando los labios, tratando de no mudar el gesto cuando le acometía un imprevisto acceso de dolor.

—He venido en cuanto he recibido tu recado —dijo.

—No te inquietes, eres el primero —respondió Musa intentando mostrarse amable.

Sulaaf reparó en el pergamino, que seguía extendido sobre el tablero.

—Hay noticias de Qurtuba, por lo que veo —dijo, e hizo una pausa en la que Musa se limitó a afirmar con la cabeza—. ¿Se confirma lo que esperábamos?

Musa volvió a asentir con una sonrisa y un gesto de complicidad.

—¿Dónde?

—Alaba de nuevo.

Esta vez fue Sulaaf el que movió su cabeza afirmativamente.

—¿Hay fecha?

—Nos pondremos en marcha en los primeros días de Sawal, una vez finalizado el mes de Ramadán. Esperaremos al grueso del ejército en los llanos de Al Bayda, junto al río.

—¿Atravesarán entonces los montes de Baqira?

—Ésa es su intención. Es el camino más directo entre Madinat Salim y las tierras de Alaba."'

Musa tendió el pergamino a Sulaaf, en lo que pretendía ser un gesto de confianza.

—En esta ocasión no será el propio emir quien esté al mando de su ejército... ni siquiera ninguno de sus hijos.

—El general Ubayd Allah —leyó Sulaaf—. Un viejo conocido...

—Apodado «El de las aceifas».

—Tiene fama de buen militar y su experiencia es grande. Y también son conocidas sus ambiciones políticas...

—Eso no debe preocuparnos ahora. Nos esperan semanas de trabajo intenso.

Sulaaf se había puesto en pie, se desplazó por la estancia con las manos a la espalda y se detuvo junto a una de las ventanas.

—¿Qué quieres decirme, Sulaaf? Te conozco demasiado bien y sé cuándo algo te inquieta.

Sulaaf se volvió hacia él y se acercó despacio.

—Esta vez no voy a acompañarte, Musa. No me siento con fuerzas.

Musa se puso en pie y se acercó hacia él. Lo que acababa de oír lo entristecía, pero en su fuero interno se sentía aliviado, porque Sulaaf le hacía un último servicio facilitándole las cosas y evitándole la necesidad de una destitución.

—Me acerco a los setenta años —siguió diciendo, como si llevara su discurso preparado desde hacía tiempo— y mis fuerzas no son las mismas que cuando nos conocimos. Te he servido lealmente durante treinta años, y te he visto crecer como hombre y como gobernante. Has hecho que nunca me arrepintiera de la decisión que tomé hace tantos años, cuando tuve que elegir entre Yusuf ibn Amrús y tú. Pero mi camino junto a ti ha llegado a su fin. Debes nombrar a otro en mi puesto.

—Mi fiel Sulaaf... —Le colocó las dos manos sobre los hombros.

Los ojos del anciano se habían tornado vidriosos, y pestañeó repetidamente en un esfuerzo por evitar las lágrimas.

—No debes entristecerte. Ningún otro colaborador me ha servido con tanta eficacia y lealtad. Y no voy a prescindir de tus servicios. Tal vez no puedas acompañarme en la batalla, pero tu experiencia me es fundamental, y seguirás junto a mí como consejero mientras tus fuerzas lo permitan.

El rostro de Sulaaf se iluminó de nuevo.

—Sin embargo, debo encontrar al hombre que te sustituya en campaña. Necesito tu ayuda para ello.

Sulaaf no necesitó meditar una respuesta:

—Ya tienes a ese hombre. Lo he visto crecer y formarse junto a ti, y a pesar de su juventud no conozco otro entre nuestros hombres más preparado.

Musa pareció entender.

—Supongo que te refieres...

En ese momento la puerta de la estancia se abrió, y Sulaaf dirigió su mirada hacia la cara enrojecida por la prisa del recién llegado.

—He venido en cuanto he recibido tu aviso.

—Adelante, Fortún. Llegas justo a tiempo —dijo Musa con una mirada de complicidad hacia Sulaaf.

Las semanas que siguieron fueron efectivamente de actividad frenética. Musa dictó sin demora el bando de movilización general y envió los habituales correos a recorrer sus tierras, desde Siya y Al Burj, al este, hasta Baqira y Nasira a poniente, y desde Ulit al norte, hasta Tarasuna a mediodía. La orden de reclutamiento obligaba a la tropa regular a presentarse en las alcazabas de las ciudades principales para renovar su inscripción en los registros. Los jefes de cada una de ellas comunicaron poco después el número de efectivos disponibles, contando los hombres de leva obligatoria, los voluntarios de Guerra Santa y los muchos mercenarios, incluso extranjeros, que se unían a las tropas en busca de una paga segura y su parte en el previsible botín. Los recursos destinados al pago de todos los efectivos eran cuantiosos, y de acuerdo con los usos habituales en otras coras y en la propia Qurtuba, se permitía a algunos de los súbditos sujetos al servicio militar eximirse de él mediante el pago de una contribución que no era liviana, en absoluto y que debía ser pagada en metálico.

A Musa, hombre de fe poco afirmada, no dejaba de sorprenderle, en cuantas ocasiones había recurrido a la leva de tropas, la llegada de centenares de voluntarios, musulmanes piadosos, que deseaban, al menos una vez en la vida, cumplir con la obligación canónica de la *yihad*. Eran combatientes que no tenían derecho a sueldo, aunque podían recibir parte del botín de guerra, y que se distinguían siempre por su valor y arrojo en el campo de batalla, que llegaban a ser decisivos en momentos cruciales, donde la fe en la victoria y el valor que proporcionaba la promesa de una recompensa en la otra vida podían marcar el curso de la lucha.

Los talleres artesanales de armas y efectos militares se vieron obligados a trabajar sin descanso, dedicados en exclusiva a abastecer los depósitos de armas de la alcazaba. En poco tiempo la ciudad cambió su fisonomía y rebosaba actividad. Por suerte, disponían de una ventaja en los plazos para efectuar sus preparativos, al menos las tres o cuatro semanas que Ubayd Allah emplearía en trasladar su ejército desde Qurtuba.

Musa y Fortún se ocuparon de la organización del ejército, en el que se nombraron nuevos oficiales, se firmaron ascensos y adjudicaron responsabilidades. El gobierno de la ciudad quedaría en manos de Lubb durante la ausencia de Musa, por lo que éste se implicó de lleno en las tareas administrativas previas a la partida. El mando de la guarnición que debía permanecer en la ciudad, las fuerzas de la guardia y las tropas necesarias para evitar la indefensión de Tutila durante la ausencia del grueso de las fuerzas se hallarían bajo el control de Mutarrif.

A mediados de Ramadán, Musa había conseguido reunir un cuerpo de ejército completo formado por cinco mil hombres, y probablemente, contando los efectivos que se añadirían durante su traslado hasta el punto de reunión, contarían con otros dos o tres batallones de mil hombres cada uno. De ellos, casi la mitad serían jinetes a caballo, un tercio, arqueros, ballesteros y artilleros dedicados al manejo de catapultas y máquinas de guerra, y el resto, infantes a pie armados con alfanje, cimitarra, pica o maza. No había resultado fácil dotar de montura a todos los hombres que la necesitaban: la entrega voluntaria de caballerías había dado paso a la requisa forzosa, que debía complementar a las mulas y caballos procedentes de la cría oficial.

Una vez más, las campas situadas al otro lado del río se convirtieron en recinto militar improvisado cuya ocupación se incrementaba de día en día a medida que se acercaba el momento de la partida. Poco antes del final del mes de ayuno, Tutila había cuadruplicado su población, las calles del zoco eran un hervidero desde la puesta de sol hasta el amanecer, las cantinas y los burdeles rebosaban y las puertas de la ciudad permanecían abiertas para permitir el paso incesante de los hombres que iban y venían entre la ciudad y el campamento por el puente sobre el Uādi Ibru. Incluso los baños funcionaban durante toda la noche a pleno rendimiento.

La antevíspera de la partida coincidió con la fiesta de celebración del fin de Ramadán. Nunca antes se había vivido algo así en la pequeña ciudad. Varios centenares de ovejas fueron sacrificadas, los hornos públicos de pan no daban abasto ante la descomunal demanda, e incluso en el campamento los hombres se organizaron, normalmente en las mismas escuadras de ocho que formarían su unidad durante la campaña, para procurarse y compartir sus viandas. Se comió y se bebió sin freno, y la música de los laúdes, flautines y panderos no dejó de sonar hasta la madrugada. Todo fue especial en aquella jornada, y todos conocían el motivo: a punto de partir hacia la batalla, celebraban la fiesta como si fuera la última.

Por fin, tras una jornada de descanso, el segundo amanecer del mes de Sawal fue testigo de los actos previos a la partida. La gran bandera verde que aparecía en cabeza de la formación identificaría a las tropas de los Banu Qasi en medio del inmenso ejército califal. Tras ella, junto a sus unidades en desigual formación, se disponían el resto de los abanderados con guiones, estandartes y banderines según el tamaño de su unidad. Como siempre, habían sido bendecidos en la ceremonia que previamente se había celebrado en la *musara*, ante la imposibilidad de dar cabida a la multitud en la mezquita.

Musa apareció enhiesto y radiante, al frente de sus oficiales de más alto rango, acompañado a su derecha por Fortún, en su nuevo cargo como jefe militar de las tropas de los Banu Qasi. La revista a las tropas se desarrolló de forma brillante, al ritmo de la soberbia música militar que debía marcar los tiempos de la ceremonia y el

momento mismo de la partida de la columna en dirección a la villa de Al Faru. Musa esperó al final de uno de los toques más arrebatadores e intensos de la fanfarria para dirigirse a las tropas. Los timbales callaron de pronto, y con un gesto teatral el valí alzó su alfanje, que brilló bajo los primeros rayos de sol. Su voz sonó atronadora en el repentino silencio de la explanada:

—¡Combatientes en el nombre de Allah! —clamó.

Esa sola llamada desató un rugido enfervorecido en las gargantas de los miles de hombres que lo escuchaban, y Musa inició una arenga breve pero efectiva. Conocía bien los resortes que movían a aquellos hombres, y toda una vida de experiencia militar le había enseñado a pulsarlos en el momento preciso. Sin embargo, nunca dejó de sorprenderle la respuesta enardecida de aquella muchedumbre en sus pausas bien calculadas, que se convirtió en una aclamación unánime con las armas en alto cuando pronunció la esperada orden de partida.

La columna avanzó con lentitud en dirección al camino que debía conducirlos al final de la primera etapa, la vecina ciudad de Al Faru, aguas arriba del río. El tiempo era caluroso y seco, pero una leve brisa procedente del norte contribuía a suavizar las penosas condiciones del desplazamiento y arrastraba hacia el margen izquierdo la enorme nube de polvo que de otra manera habría cubierto a los expedicionarios. Las tropas reclutadas en las ciudades de paso estaban sobre aviso para incorporarse a la columna principal en la antigua vía romana que unía Saraqusta con Vareia. Ese mismo día se produjo el encuentro con los hombres que, siguiendo el Uādi al Hamma, se concentraron junto a Al Faru. En los días siguientes se sumaron las tropas de Arnit, y las procedentes de Kabbarusho, Kara, Ulit, Al Sajra y otros lugares de la margen izquierda del Uādi Ibru, que vadearon el río cerca de Qala't al Hajar. El cuarto día alcanzaron la antigua ciudad romana de Vareia, en la desembocadura del Uādi Eyroqa, donde se iniciaba la ruta fluvial que unía este punto con Tutila, Saraqusta y Turtusa hasta alcanzar finalmente el Bahr Arrum. Allí abandonaron la vía romana y remontaron el río para salvar las ocho millas de distancia que los separaban de la aldea de Al Bayda, donde se había concertado el encuentro con Ubayd Allah.

Durante los dos días siguientes, los oficiales a cargo de la intendencia se ocuparon de ubicar y organizar el campamento en el que habrían de entretener la espera, y una vez establecidos comenzaron a preparar el terreno que acogería al nutrido ejército de Abd al Rahman. Musa estableció su cuartel en la pequeña fortificación que dominaba la aldea, que recibía su nombre por el extraño color blanco presente en las peñas que se alzaban sobre ella. Desde el primer momento, se sintió cautivado por aquel paraje, en el que no veía el pequeño asentamiento a orillas del río que le daba vida, sino una plaza magníficamente ubicada, protegida por los montes circundantes, que harían de ella el lugar ideal donde levantar una ciudad bien

situada y bien defendida. Cabalgó por su entorno y ascendió los riscos que llevaban a la parte más alta, desde donde se dominaba el valle a sus pies hasta la entrada de los estrechos desfiladeros por donde el río atravesaba las cercanas montañas, a los pies de la fortaleza de Baqira.

Transcurrieron cinco días hasta que un emisario trajo noticias de la proximidad de Ubayd Allah. Habían coronado los montes ascendiendo la parte meridional, y se disponían a internarse en los desfiladeros en la jornada siguiente, para tratar de salir a campo abierto en las cercanías de Al Bayda con tiempo suficiente para instalarse en el campamento antes del anochecer. Musa y Fortún prepararon el encuentro de acuerdo con las reglas del protocolo militar. Hicieron levantar una *haymah* y la acondicionaron con mesas, divanes, e incluso un sencillo comedor para planificar en su interior la fase decisiva de la aceifa. Sobre la entrada, en dos mástiles cruzados rematados por una media luna, ondeaban al viento la enseña blanca de los omeyas y la verde de los Banu Qasi.

A media tarde, el centinela apostado en lo alto de la torre de la fortaleza avistó al fondo del valle la polvareda que anunciaba la llegada del ejército cordobés y varios oficiales subieron junto a Musa a lo alto de la muralla para contemplar su aproximación a lo largo de las cinco millas que aún los separaban. Dos horas después, los estandartes blancos estaban lo bastante cerca para resultar claramente visibles, y la retaguardia aún no había abandonado el desfiladero. Hubo diferencias a la hora de estimar el número de efectivos que se aproximaban ante sus ojos, pero todos estuvieron de acuerdo en que no sería inferior a los quince mil hombres.

Musa descendió hasta la vereda que discurría junto al río y se preparó para dar la bienvenida a Ubayd Allah y sus oficiales. Vestía su indumentaria militar de gala y portaba sus mejores armas, incluido el alfanje regalado por el emir, que colgaba de uno de sus costados, mientras contemplaba sobre su caballo la aproximación de las primeras unidades junto a la *haymah* preparada para la ocasión.

Sin embargo, los recién llegados se detuvieron antes de alcanzar la posición de los Banu Qasi, y los jinetes de la vanguardia pusieron pie en tierra. Un contingente de intendencia adelantado avanzó hacia el frente y los soldados comenzaron a descargar las primeras mulas ayudados por un numeroso grupo de esclavos sudaneses. Musa se mantuvo en su puesto durante un tiempo hasta que comprendió que Ubayd Allah no parecía tener intención de acercarse. Ante sus ojos comenzó a alzarse una carpa de dimensiones mucho mayores que las de su *haymah*. Intercambió con Fortún una mirada de extrañeza, desmontó y entregó las riendas a uno de los mozos. Entró en la tienda seguido por sus oficiales, con gesto adusto y la inevitable sensación de que las relaciones con el general cordobés no iban a ser sencillas.

Comenzó a anochecer mientras los hombres de Musa mantenían la espera sin saber bien qué actitud adoptar, hasta que con las primeras sombras se escuchó el alto de los guardias a un jinete que se acercaba al campamento. Un momento después, un joven se presentó ante ellos para informar de la llegada de Ubayd Allah y comunicarles el deseo de éste de mantener de inmediato una entrevista en el centro de mando que acababa de levantarse.

Musa se hizo acompañar por Fortún y por el oficial encargado de la intendencia, el asunto sin duda más apremiante en las siguientes jornadas. Salvaron a pie la distancia que los separaba de la tienda de los cordobeses escoltados por dos guardias, y fueron recibidos por un individuo con más aspecto de cortesano que de militar, que los condujo al interior del pabellón.

Al ver a Ubayd Allah, Musa recordó haber oído hablar acerca de su costumbre de utilizar un turbante blanco, al modo de los cadíes. El saludo fue protocolario y carente de calidez.

Musa presentó a sus acompañantes, y Ubayd Allah hizo lo mismo con los oficiales de alto rango que se encontraban presentes.

Musa trató de mostrarse cordial.

—Habéis recorrido un penoso camino hasta aquí, sin incidencias graves, supongo...

Se sintió forzado e incómodo al tomar la palabra, incluso antes de escuchar la respuesta:

—Un militar debe estar preparado para soportar cualquier inconveniente.

—Sin duda —respondió Musa tras una ligera vacilación—. Lo que no resta mérito a su superación.

El general lo miró fríamente mientras valoraba el tono desafiante de aquella contestación, pero optó por no continuar con un desafío verbal.

—¿Con qué fuerzas cuentas? —inquirió.

—Un cuerpo de ejército completo, y al menos dos batallones más. Tres mil monturas, otros tantos arqueros y el resto infantes bien armados.

Ubayd Allah pareció sorprendido, pero recompuso el gesto con rapidez.

—¿Conoces el terreno?

—No conozco aún con exactitud el objetivo de la expedición. Mis instrucciones hasta ahora se limitaban a reunir mis tropas y esperar en este punto en la fecha indicada.

El mayordomo que los había recibido intervino con voz demasiado aguda:

—Hay un despacho para ti. —Le tendió el rollo atado con un llamativo cordón de color bermellón—. Se supone que con instrucciones precisas sobre tu papel en la aceifa a las órdenes del general.

Musa contempló de nuevo el conocido sello estampado sobre el lacre. Rompió el

precinto con energía y desenrolló el pergamino. La sorpresa debió reflejarse en su rostro, porque el propio Ubayd Allah lo miró con extrañeza.

—Se me informa con detalle sobre las ciudades que debemos someter a la obediencia del emir, al parecer seleccionadas según tu criterio junto a los estrategas de palacio...

—Así es —admitió el general con un toque de orgullo.

—Hay algo más... quizá sea mejor que lo leas tú mismo —dijo, y le entregó el despacho—. Como ves, se me ordena tomar el mando de la vanguardia con las tropas Banu Qasi.

Ubayd Allah se limitó a leer el mensaje con fingido desinterés, y dio dos pasos atrás con una repentina rigidez. Su ceño le dejaba los ojos reducidos a dos pequeños puntos negros.

Musa temía una reacción airada por parte del veterano militar, cuyo protagonismo en la enésima de sus aceifas quedaba reducido de forma evidente. Sin embargo, su rostro se fue relajando de forma gradual e incluso pareció esbozar el asomo de una sonrisa.

—Bien, si así lo desea nuestro soberano, debemos iniciar sin tardar los preparativos de la misión.

—Tú das las órdenes hasta que llegue el momento de entrar en batalla.

—Sin duda. Nos limitaremos a coordinar los movimientos de nuestras tropas y partiremos en cuanto terminen las tareas de abastecimiento. En cualquier caso, tú ocuparás la vanguardia desde el primer momento.

Los tres días siguientes sirvieron de descanso para las tropas recién llegadas, pero los hombres de Musa comenzaban a mostrar su hastío por la prolongada estancia en aquel lugar. Si algo había desaconsejable en expediciones de tal envergadura era mantener a las tropas inmovilizadas durante periodos demasiado prolongados, y Musa lo sabía, de forma que dio órdenes a sus oficiales de permanecer atentos ante cualquier conato de conflicto, sin dejar de mantener a los dos ejércitos lo más aislados posible.

Las tropas de Ubayd Allah dedicaron la primera jornada a organizar el campamento, aunque al caer la segunda tarde comenzaron a verse hombres a caballo que se acercaban a las veredas del río para ejercitar y abrevar a sus monturas. Los mercenarios extranjeros formaban grupos uniformes de acuerdo con su procedencia y tendían a mezclarse poco con el resto, especialmente con los eslavos, cuyo desconocimiento del idioma acentuaba su aislamiento. No obstante, se evidenciaba una curiosidad mutua entre los hombres de ambos ejércitos y pronto se formaron grupos de jóvenes que se interrogaban sobre su procedencia, comparaban la calidad de sus armas o trataban de impresionar al resto con el relato de sus acciones en el

campo de batalla. Especial interés despertaba entre los soldados locales la presencia de jinetes beréberes procedentes de Ifriqiya, los cuales, aunque habían luchado junto a ellos en anteriores ocasiones, siempre llamaban la atención por su llamativa indumentaria, armamento y sobre todo por su peculiar forma de montar.

La víspera de la partida un grupo de soldados cordobeses atravesaban a caballo uno de los vados en el río, cuando se cruzaron con dos muchachos de Tarasuna que regresaban a su campamento. El que avanzaba en primer lugar no se retiró lo suficiente y uno de los caballos se encabritó y lanzó a su jinete al agua. Humillado ante sus compañeros, su reacción no se hizo esperar: se levantó empapado, se abalanzó sobre el muchacho y le asestó una patada en el vientre.

—¡Bastardo! ¡Lo has hecho a propósito! —gritaba fuera de sí—. ¡Miradle bien, uno de esos tibios amigos de los infieles!

El muchacho, de rodillas en el agua, se sujetaba el vientre con las manos, cuando un segundo golpe le sorprendió en la cara. Comenzó a sangrar profusamente por la boca y la nariz. Su mirada se cruzó con la de su hermano, que, atónito, había contemplado la escena desde la orilla. Con la rabia y la determinación reflejadas en el rostro, entró en la corriente mientras el bravucón seguía de espaldas increpando al muchacho y le puso una mano sobre el hombro para obligarle a volverse. El gesto de sorpresa dio paso a la estupefacción y el horror cuando el puñal entró por su abdomen en dirección al pecho. Antes de que el muchacho retirara el arma, el soldado se había desplomado.

En los instantes siguientes el tiempo pareció detenerse. Los compañeros del muerto contemplaban desde sus caballos cómo el cuerpo era lentamente arrastrado por la corriente poco profunda del vado y el reguero de sangre que desprendía se diluía a medida que se alejaba. El dueño del puñal seguía en pie empuñando el arma con fuerza, la mirada fija en el cuerpo sin vida que el agua apartaba de él.

Un instante después, se acercó a su hermano, lo ayudó a ponerse en pie y, sin apartar la vista de los jinetes, lo colocó tras él en un gesto de protección. Varios de los cordobeses sacaron sus dagas y comenzaron a desmontar, todavía incrédulos ante la imagen de su compañero muerto.

El muchacho que acompañaba al agredido había llegado a la orilla opuesta y, al distinguir a un grupo de oficiales que se acercaban, empezó a dar gritos de aviso.

Musa y Fortún fueron informados del altercado de inmediato, y en un instante se presentaron en el lugar. Dos guardias sujetaban al joven de Tarasuna, que miraba el suelo con rostro crispado y las manos atadas a la espalda. El hermano menor, sangrando aún por la nariz, respiraba afanosamente, temeroso de la suerte que pudiera esperar a su defensor. Cientos de hombres se habían congregado alrededor mientras los oficiales interrogaban a todos los presentes y explicaban lo sucedido a

Musa.

—Como responsable militar, te corresponde a ti tomar las medidas que creas oportunas —dijo Musa a su hijo—. Ten en cuenta las circunstancias, también las consecuencias que podría tener el crimen... y la repercusión de tu decisión en las tropas.

Fortún no vaciló. Sabía que el castigo debía ser ejemplar y que los cordobeses esperaban la mayor dureza en su decisión. Sin embargo, la provocación había sido evidente.

—¡Cargadlo de cadenas y conducidlo a los calabozos del castillo! ¡Pan y agua hasta nuestro regreso! Entonces serás conducido ante el *qādi*.

Un murmullo de desaprobación surgió desde las filas donde se encontraban los compañeros del muerto.

—¡Debería ser ejecutado aquí mismo!

La voz provenía de su espalda, y Fortún identificó a uno de los oficiales de mayor rango de Ubayd Allah, imponente sobre su caballo. Creía recordar que su nombre era Jazar.

—Eso lo decidirá la justicia —repuso Fortún.

—Sabes que en este caso la justicia civil debe inhibirse. Tu autoridad es suficiente para decretar la ejecución inmediata de un militar bajo tus órdenes.

—Sólo si el crimen es cometido en tiempo de guerra, y aún no hemos entrado en batalla.

Jazar se dispuso a responder, pero en lugar de hacerlo lanzó una mirada malhumorada, tiró de las riendas y espoleó a su caballo en dirección al campamento.

De acuerdo con las órdenes dictadas por el propio Abd al Rahman, las unidades de los Banu Qasi ocuparon las posiciones de vanguardia cuando el ejército continuó su viaje hacia tierras de Alaba. Antes de la partida, Musa y Ubayd Allah habían mantenido una última entrevista en la que éste le había exigido mantener a su lado a uno de sus hombres, a modo de oficial de enlace, y Musa no se sorprendió al comprobar que el hombre elegido no era otro que Jazar, cuyo nombre completo era Jazar ibn Mu'min.

Durante cuatro semanas las tropas musulmanas recorrieron las tierras situadas al norte del Uādi Ibru, que acababan de conocer la noticia de la muerte de su rey, Alfonso II. Los nobles locales se encontraron así desprotegidos ante la amenaza del temible ejército y muchos de ellos rindieron sus ciudades. Las que optaron por resistir, normalmente fortalezas bien defendidas, fueron asediadas y destruidas. Algunas de estas ciudades habían sido sometidas con anterioridad, y respetadas a cambio del compromiso de pago de tributos, pero el paso del tiempo y la lejanía de Qurtuba a menudo hacían que dejaran de cumplir con la onerosa carga. La simple

amenaza que suponía la cercanía del ejército de Abd al Rahman traía a sus regidores cargados de regalos para solicitar de Ubayd Allah la renovación del tratado. La mayor parte de las ciudades de frontera fueron sometidas sin recurrir al uso de la fuerza, y las que se negaron, simplemente se vieron saqueadas y arrasadas. Musa llevó a cabo audaces operaciones sin el temor de enfrentarse al ejército cristiano de Alfuns, tan oportunamente fallecido para sus intereses.

Sin embargo, los enfrentamientos con Jazar eran continuos: cuestionaba sus decisiones y en más de una ocasión llegó a actuar con sus hombres en contra de las órdenes recibidas. Fortún instó a su padre a denunciar su actitud ante Ubayd Allah y a exigir la subordinación a su autoridad, pero Musa prefería manejar la situación por sus propios medios. Intentó un acercamiento con el oficial, seguro de que tal animadversión, extendida entre todas las tropas cordobesas, y que había tenido ocasión de percibir desde el mismo día de su encuentro en Al Bayda, debía proceder de algún tipo de maledicencia que pretendía aclarar. Pero se encontró con un muro infranqueable que el paso de los días convirtió en una hostilidad difícil de ocultar.

Las pésimas relaciones entre ambos no obstaculizaron el desarrollo de la triunfal campaña, y a finales de Dul Qa'da el botín conseguido era de tales dimensiones que su transporte empezaba a retrasar el avance de la columna. Cualquier objeto de cierto valor se cargaba a lomos de mulas requisadas, los rebaños con miles de cabezas acompañaban a la retaguardia, y decenas de prisioneros avanzaban arrastrando sus grilletes o a lomos de mulas si su destino era la negociación de un rescate. Se inició el regreso de forma inmediata, y en pocos días el ejército se encontraba de nuevo acampado en la vega de Al Bayda, donde debía efectuarse el reparto del botín antes de separar a ambos contingentes.

Un nutrido grupo de comerciantes aguardaba el regreso del ejército, dispuestos a hacerse con las mejores mercancías, que luego revenderían. Durante dos días se procedió a clasificar el conjunto del botín en lotes que facilitaran su reparto y comenzaron a efectuarse las transacciones bajo la atenta vigilancia de tesoreros y funcionarios.

Como establecían las reglas del derecho, un quinto del botín debía reservarse para el Estado. Los cuatro quintos restantes serían repartidos entre los combatientes según su rango militar y su posición social.

Las diferencias surgieron cuando Musa demandó para los Banu Qasi una parte del quinto estatal. El argumento que esgrimía era razonable: la leva de sus tropas, la aportación de caballos y mulas, el armamento... habían supuesto una notable sangría para sus arcas, por lo que le parecía legítimo tratar de recuperar como mínimo lo aportado. Sus tropas representaban al menos un tercio del contingente total, y ésa era la parte del quinto que reclamaba, al margen de lo que correspondiera a sus hombres.

El encuentro se desarrollaba en el pabellón de Ubayd Allah, y a él asistieron oficiales, tesoreros y escribientes de ambas partes. Musa dudaba de la competencia de Jazar en asuntos que no fueran meramente militares, pero se las había arreglado para estar presente en las negociaciones. Su propuesta consistía en regresar a Qurtuba con todo el botín y, una vez subastado o vendido, remitir a los Banu Qasi la parte que el Tesoro Real considerara adecuada.

Musa se mostró inflexible: si había adelantado los fondos necesarios de su caja, no veía la necesidad de esperar las resoluciones de la burocracia del Tesoro para recuperar la parte que le correspondía. Había renunciado expresamente a quedarse con uno solo de los prisioneros, y dejaba en manos del emir la negociación y el cobro de los sustanciosos rescates, pero a pesar de tal concesión Jazar mantuvo una postura inamovible. Musa fue consciente entonces de que el general cordobés sólo buscaba el enfrentamiento, fueran cuales fueran sus concesiones.

Ante este convencimiento, optó por no continuar aquel diálogo absurdo y así lo anunció. Se puso en pie dispuesto a abandonar la estancia. Entonces Jazar explotó.

—¿Qué buscas, perro infiel?

Musa quedó paralizado. Todos los presentes habían sido testigos de la ofensa.

—No sé cómo conseguiste mantener engañado al emir, pero ahora todos conocen el verdadero rostro del gran Musa ibn Musa de los Banu Qasi... ¿o debo llamarte aún Moisés?

—¡Cállate, Jazar! —ordenó Ubayd Allah.

—No, mi general. Es hora de que este renegado conozca toda la verdad. Debe saber que el mismo emir desconfía de él —mintió—. ¡Cómo pudo nunca confiar en el hermano de sangre de un rey infiel! Todos los oficiales y altos funcionarios de Qurtuba murmuran sobre tus artimañas para embaucar al emir y gozar de su favor.

El oficial estaba fuera de sí, dispuesto a expulsar todo el veneno que guardaba en su interior.

—¿Por qué piensas que el emir te adjudicó el mando de la vanguardia? —siguió con una antipática risotada—. ¿Eh? ¡Dime! ¿No respondes? Pues yo te lo diré: sólo le movía la esperanza de un desastre frente al ejército de Alfuns que, acabara con tu vida y con tu ejército de conversos y renegados. ¡Sí! ¡No me mires con esa cara! Sólo quería deshacerse de ti, pero has sabido ocultarte a las lanzas del enemigo, y la fortuna apartó a Alfuns de tu camino. Aunque... ¡quién sabe! ¡Quizás incluso tenías ya pactada con el rey de los cristianos la derrota de nuestro ejército! Pero estás acabado: puede que a esta hora tu sucesor como gobernador ya esté en camino.

—¡Basta, Jazar! —interrumpió Ubayd Allah con poca convicción—. Ya has hablado demasiado.

Un espeso silencio se adueñó del salón. Musa dirigió su mirada hacia Ubayd Allah.

—Por tu actitud veo que compartes y confirmas las palabras de este... —Dejó la frase sin terminar, con un gesto de desprecio hacia Jazar—. De otra manera ya habrías ordenado su prendimiento. Un desacato así hacia un superior se castiga con la muerte.

Ubayd Allah le sostuvo la mirada con expresión de desdén, dio media vuelta sobre sus talones y abandonó el pabellón.

—Vamos, hemos oído suficiente. —Fortún tomó a su padre por el brazo.

Indignado y ofendido, una profunda tristeza se adueñó del ánimo de Musa. ¿Cómo había podido Abd al Rahman prestar oídos a tales acusaciones? ¿Cuál era el concepto que tenía de él si le creía capaz de aquel doble juego? Convocó a sus oficiales en la *haymah* y ordenó preparar de inmediato el regreso a Tutila.

Apenas concilio el sueño aquella noche. Las palabras de Jazar reverberaban en sus oídos una y otra vez. Sus revelaciones dibujaban un panorama muy distinto al que contemplaba antes de llegar a Al Bayda. Las advertencias que Ziyab le había hecho en su última carta adquirían ahora todo el sentido. Al parecer, finalmente sus desconocidos enemigos habían conquistado el corazón del emir y ganado su voluntad. Se sentía herido, traicionada su buena fe, y acababa de verse humillado en público. Si la confianza que Abd al Rahman depositaba en él no había superado aquella primera prueba a la que había sido sometida por un grupo de intrigantes... quizás era que su política de alianzas se alzaba sobre pies de barro.

Tumbado sobre su litera de cuero, trataba de descansar sin conseguirlo. Su pensamiento se dirigía hacia su hermano Enneco, cuya relación no había cuidado lo suficiente en los últimos años. Quizá la propia ausencia de conflictos desde el alzamiento de Enneco había hecho innecesaria una mayor colaboración entre ambos. Se cumplían ya dieciséis años de tranquilidad para Banbaluna, una época que su hermano había sabido aprovechar bien. Era cierto que las circunstancias políticas habían sido inmejorables para sus propósitos. Por un lado, los graves conflictos internos entre Ludovico y sus hijos le habían garantizado la paz con sus vecinos del norte. Por otro, las buenas relaciones de los Banu Qasi con el emir habían desviado las frecuentes aceifas musulmanas contra territorio cristiano hacia tierras de Alaba y Al Qila. En circunstancias tan excepcionales, Enneco había logrado gobernar su país hasta convertirlo en algo muy parecido a un reino independiente y soberano y, de hecho, en los últimos tiempos, más de un despacho y embajada se referían a él como el rey de Pampilona.

Quizás había llegado el momento de volver la vista más decididamente hacia su hermano y llevar a cabo su viejo proyecto, el mismo sueño que habían alimentado su padre y sus hermanos.

Al amanecer, Musa había tomado una decisión, y reunió en cónclave a Fortún y a

todos los oficiales que los acompañaban para darles cuenta de los pasos que habían de seguir a continuación. Si alguien tenía alguna objeción, no la planteó. Dio la orden de movilizar a sus tropas y mantenerlas en estado de prevención, dispuestas para la partida.

Acudió a Ubayd Allah, que recibió a la delegación junto a sus oficiales, preparado para retomar las negociaciones sobre el reparto del botín.

—Sólo vengo a comunicarte nuestra marcha —dijo sin tomar asiento.

—Eso no es posible... aún no hemos decidido cómo va a hacerse el reparto.

—No será necesario. Mis hombres han tomado posesión de la parte que transportaban hasta aquí. Será suficiente para compensar su participación.

—¡No puede hacer eso! —aulló Jazar, en pie, volviéndose hacia Ubayd Allah.

Musa lo miró con infinito desprecio, y respondió con voz suave pero segura, recalcando cada una de las sílabas:

—Trata de impedírmelo...

Musa ignoró sus protestas y se dirigió al lugar que ocupaba Ubayd Allah, que, intimidado por su porte y por su actitud, se puso en pie. Musa se acercó tanto que el general hizo un amago de apartar su rostro, aunque finalmente le sostuvo la mirada. El tono de voz que Musa empleó a continuación remarcó la decisión inmutable:

—Quiero que transmitas al emir este escueto mensaje. No te será difícil recordarlo: a partir de hoy, vigésimo día de Dul Hiyah, los dominios de los Banu Qasi en la Marca se declaran en rebeldía con todas las consecuencias, y no reconocemos sobre ellos más autoridad que la de Allah y la del Consejo que presido... Desde esta fecha, dejarán de enviarse a Qurtuba los impuestos recaudados.

Musa mantuvo su mirada un instante aún frente al rostro atónito de Ubayd Allah. Dio media vuelta y se dirigió hacia la entrada del recinto, pero antes de alcanzar el toldo que servía de puerta, vaciló y se detuvo. Se volvió de nuevo y comenzó a aflojar el *tahlil* que sostenía su alfanje. Tomó el sable en sus manos, y lo lanzó al suelo ante el general.

—Devuelve esto a Abd al Rahman, quizá tenga mejor destino para él.

Ahora sí, levantó el toldo y salió al exterior seguido por el resto de la delegación.

Se paró un instante a contemplar satisfecho el espectáculo que se ofrecía ante sí. Sus oficiales, fieles a sus órdenes, habían alineado a las tropas a menos de cien codos de distancia. Los hombres a caballo ocupaban un frente formado por cien jinetes, en dos columnas de cincuenta separadas entre sí por una considerable distancia. Los mozos les acercaron sus cabalgaduras, y sobre ellas dieron la espalda a los cordobeses, que les contemplaron alejarse entre las dos columnas en formación. A una orden de Musa, los pendones verdes se alzaron y las tropas comenzaron a maniobrar para seguir a su líder.

El ejército de Musa llegó a Tutila al completo. Atravesaron las ciudades del camino y siguieron adelante con la mayor parte de sus contingentes. Por decisión de Fortún, los oficiales al frente de cada unidad dieron breves permisos a aquellos hombres que contaran con familiares en las ciudades de paso, con órdenes de presentarse en Tutila una semana después de la llegada del grueso del ejército a la ciudad. Pretendía que los hombres disfrutaran de un breve encuentro con sus mujeres y sus familias que aliviara la penuria de una separación tan prolongada.

Porque los planes de Musa exigían seguir adelante. Los largos años de buenas relaciones con Qurtuba le habían impedido ampliar su zona de control hacia Madinat Salim, algo que se habría considerado una acción hostil y habría provocado la reacción del gobernador de la Marca o del propio Abd al Rahman. Musa necesitaba establecer un cordón defensivo por el sur, su flanco más débil en caso de enfrentamiento con las tropas cordobesas, y ése era el momento más indicado para llevar a cabo sus planes, exaltados los ánimos por la afrenta soportada en Al Bayda, con las tropas ya movilizadas y ávidas de capturar un botín que en gran parte el general de Abd al Rahman les había arrebatado.

Tras reponer fuerzas y aprovisionarse en Tutila, Musa dio de nuevo la orden de partir.

En esta ocasión, Lubb les acompañaría, y el gobierno de la ciudad quedaría en manos de Mutarrif. Avanzaron hasta Al Burj y se adentraron en territorio omeya. Primero se dirigieron contra Qala't Ayub, fortaleza que tomaron sin esfuerzo y por sorpresa, limitándose a destituir a su *'amil* y colocar en su lugar a uno de sus hombres de confianza, con una guarnición no demasiado numerosa, pues su único objeto era servir como punta de lanza y primer parapeto en caso de ataque. Ocuparon una decena de pequeñas fortalezas defensivas en el camino hacia su segundo objetivo, la ciudad de Daruqa, donde el enfrentamiento fue inevitable, advertidos como estaban de la revuelta de Musa y de la suerte que habían corrido sus vecinos. Sin embargo, la falta de tiempo para organizar una respuesta y la enorme superioridad numérica de los atacantes hicieron inútil su respuesta al asedio. Las dos ciudades estratégicamente situadas en el camino entre Saraqusta y Tulaytula quedaron en manos de los Banu Qasi en poco más de dos semanas, reforzadas con la presencia de un millar de sus hombres. Medio millar más blindó la guarnición de Al Burj, situada en la segunda línea defensiva pero de mayor importancia estratégica por su tamaño, su población y su cercanía a Tutila, de la que distaba poco más de veinte millas. Allí se instaló Lubb como gobernador de la plaza.

Con el otoño avanzado, habían llegado ya los primeros fríos cuando Musa y Fortún entraron de nuevo en Tutila al frente de un menguado ejército, dispuestos a afrontar una situación que tres meses antes en modo alguno habrían podido imaginar.

Capítulo 16

Año 842, 227 de la hégira

—No seré capaz de repetir las palabras de ese renegado en vuestra presencia —dijo Ubayd Allah con tono afectado—. Pero algunos de tus generales estaban presentes en aquella infame entrevista y podrán corroborar mis informaciones. Uno de ellos me acompaña y espera en tu antesala, hacedlo pasar si lo deseáis.

Abd al Rahman hizo un gesto afirmativo, y el chambelán se apresuró hacia la gran puerta del salón de audiencias. Un instante después, Jazar ibn Mu'min avanzó por el pasillo central, clavó su rodilla sobre la alfombra y se postró con una exagerada reverencia y los ojos clavados en el suelo, lo que le impidió observar el gesto impaciente del emir para que se levantara. Se mantuvo en la misma posición hasta que el chambelán, en pie junto a él, tocó su brazo discretamente.

—Deseo conocer tu versión de los hechos —dijo el emir. Dirigió entonces su mirada a Ubayd Allah—: No es que desconfíe de tus palabras, mi fiel Ubayd, pero el incidente que relatas es de tal gravedad para mí que no puedo basar mi criterio en un solo testimonio. Confío en que lo entiendas.

—Excelencia, precisamente es porque lo comprendo por lo que me he hecho acompañar de alguno de los testigos que presenciaron aquel acto de rebeldía —respondió el general.

—Desde el primer día, se comportó con arrogancia hacia tus generales, mi buen príncipe —empezó a decir Jazar con tono adulador—. Faltó a las ordenanzas militares, pretendió actuar como anfitrión y rehusó acudir al pabellón de mando. E hizo tal cosa sin conocer tu decisión de hacerle responsable del mando de la vanguardia de las tropas. Una vez que tuvo en su poder el pergamino, su actitud se volvió simplemente insolente. Y esa actitud era compartida por sus tropas: uno de sus hombres mató a sangre fría a uno de los nuestros antes de partir, y su execrable acción quedó sin castigo.

—Fue necesario transigir con todas sus exigencias para no dar al traste con la misión que nos había llevado hasta allí —intervino Ubayd.

—El afán de protagonismo y la ambición de Musa no conocen límites, y durante la campaña sus imprudentes órdenes costaron la vida de muchos de nuestros hombres —mintió Jazar—. Pero donde se manifestó el verdadero rostro de ese hombre fue al regreso, de nuevo en el campamento de Al Bayda. Allí fue donde exigió quedarse con la parte del botín que os corresponde, sin atender a nuestras razones. Ubayd Allah hubo de mantenerse inflexible, y eso desencadenó la reacción airada de Musa. A voz en grito proclamó su desafección, y se declaró en rebeldía, profiriendo graves ofensas

a la institución que tan dignamente representas. Aquí tienes la prueba.

Teatralmente, se inclinó para recoger la espada que Musa había arrojado a sus pies, inconfundible con las dos magníficas esmeraldas tamizando en verde la luz que les llegaba desde el ventanal.

—En ese momento había rodeado con sus tropas nuestro puesto de mando, y temimos ser víctimas de un ataque... con el objeto de apoderarse del botín, de los prisioneros y los esclavos. Afortunadamente nuestros efectivos eran más numerosos, y sólo su temor a un descalabro evitó el enfrentamiento. Aun así partió acarreando todo lo que pudo llevar consigo, la parte del botín que se había confiado a su custodia para el transporte.

El emir asistía al relato con expresión de desconcierto y honda preocupación. El ejército había regresado a Qurtuba ese mismo día, y Ubayd Allah había solicitado la entrevista de forma urgente, sin esperar siquiera a la recepción oficial de las tropas. Se encontraba junto a Abd al Rahman su fiel eunuco Nasr, que asistía a la entrevista con aire calculadamente ausente, aunque quien lo conociera sabía que no perdía detalle de cuanto allí se hablaba. Si algo en él había cautivado al emir era su fino olfato para valorar a las personas, su aguda inteligencia para apreciar ocultas intenciones y sobre todo su capacidad para manejar los asuntos de palacio. Conocía como nadie la intrincada maraña de intereses, clientelas, afinidades y aversiones que se entrelazaban para formar una tupida red alrededor del soberano. Conocía desde dentro el *harem* de Abd al Rahman y las relaciones entre sus esposas y concubinas, muchas de ellas madres de sus hijos, en cuya educación participaba. Conocía a los visires, funcionarios, consejeros, cadíes, altos mandos militares y alfaquíes... y estaba al tanto de las rencillas que subsistían entre las influyentes familias de linaje árabe, los muladíes o incluso muchos mozárabes y judíos que Al Hakam había alzado hasta su círculo más próximo.

Después de años de confidencias de *harem*, de zambras donde corría el vino y las lenguas se soltaban, de manejos y acusaciones interesadas, estaba al tanto de las miserias e intrigas de todos ellos. Nadie reparaba en la presencia de un simple eunuco, y eso le daba poder... un poder que hasta ahora había sabido administrar bien. El uso de esa información había sido muy útil para Abd al Rahman, y por ello se había convertido en el personaje más cercano a él. Cierto era que tal cercanía le había granjeado ya grandes enemistades, pero la posición que había alcanzado al lado del emir y el grado de influencia en sus decisiones lo habían hecho inmune a cualquier intento de ataque.

Nasr siempre había tenido un buen concepto de aquel muladí, señor de las tierras del Uādi Ibru, hasta ahora eficaz colaborador en la política de Abd al Rahman. Su fuerte personalidad exenta del servilismo que derrochaban la mayor parte de los cortesanos lo había hecho atractivo a sus ojos, si bien era cierto que no lo conocía en

persona. Sólo recordaba vagamente su presencia en la corte veinte años atrás, con ocasión de la coronación de su amo, y la imagen que conservaba era la de un hombre de singular atractivo y de porte soberbio cuya justificada arrogancia no pasaba desapercibida. La mayor parte de las referencias que le habían hecho forjarse aquel favorable concepto procedían del consejero Ziyab.

Cuando los dos generales abandonaron la sala, Abd al Rahman se volvió hacia él y lo interrogó con la mirada.

—No me fío de éstos —espetó Nasr.

—Ubayd siempre nos ha servido fielmente, y sigue siendo uno de mis mejores generales.

—Pero es ya un hombre de edad avanzada. A veces no admiten bien que alguien más joven les haga sombra. Respecto a Jazar, no necesito hacer ningún comentario: sé que tu concepto de él no es mejor que el mío.

—¿Crees que han podido urdir todo esto sólo para perjudicar a un simple valí que gobierna tierras en el otro extremo de Al Ándalus? Si las acusaciones de rebeldía por parte de Musa no se confirman, sus cabezas están en peligro.

—Sólo tenemos un medio de saberlo. Supongo que deberás enviar una misión desde Saraqusta para averiguar lo que haya de verdad.

—Haz venir a Ziyab. Si alguien conoce bien a Musa, ése es él.

—No esperes de él un juicio objetivo.

—No lo espero, pero quizá pueda darnos una clave de su comportamiento... me resisto a creer que las cosas hayan sucedido como nos las han contado, pero quizás haya algo que pudiera explicar una actitud semejante.

Cuando Nasr puso a Ziyab al corriente de los acontecimientos, la mirada de éste se oscureció. Conocía el carácter orgulloso de su amigo, pero también sabía que no se conduciría así sin un motivo muy poderoso. Así se lo trasladó al emir, tratando de ser lo más sincero y ecuánime posible. Consciente de que Musa estaba en peligro, abrió su corazón al emir, y le habló de la carta que tiempo atrás había remitido a Tutila, precisamente junto a los regalos que Abd al Rahman le enviaba, en la que le advertía del malestar que despertaba entre algunos altos funcionarios por el favor que gozaba por su parte.

—¿Por qué no fui informado de tales recelos?

—En aquel momento no creí necesario importunarte con unas apreciaciones personales que no estaban basadas en hechos concretos.

—¿Conocías tales murmuraciones? —preguntó al eunuco.

Nasr asintió lentamente con la cabeza. El emir permaneció unos instantes inmerso en sus pensamientos.

—Ocúpate de organizar una investigación entre todos los oficiales que se

encontraban en Al Bayda —ordenó al eunuco al fin—. Quiero interrogar personalmente a todos ellos.

—Se les citará en este mismo alcázar en el plazo de tres días —repuso Nasr—. Algunos de ellos han seguido camino hacia sus ciudades de origen y será necesario alcanzarlos para ordenar su regreso.

—Envía un correo urgente al gobernador de Saraqusta. Quiero que se entreviste con Musa y nos remita su informe de inmediato. Que utilicen las postas para acelerar la respuesta.

—Así se hará, alteza. Me ocuparé personalmente.

La sala de armas del alcázar fue el lugar elegido para el interrogatorio de la decena de oficiales que habían sido convocados. En la antesala reinaba el nerviosismo, aunque Jazar y Ubayd Allah exhibían la mejor de sus sonrisas entre sus compañeros de armas. Ambos serían los últimos en ser escuchados por el emir. No había rastro de inquietud en sus rostros, pues de momento no tenían nada que temer. Se habían ocupado personalmente de aleccionar a todos y cada uno de los citados sobre las respuestas que debían dar y se habían asegurado de que ninguno escatimara en detalles truculentos... si en algo valoraban sus carreras... y sus vidas.

Fueron llamados primero los oficiales de menor rango. El chambelán los introducía en la sala donde se encontraban el príncipe, el eunuco Nasr y dos de los visires. En la primera hora fueron tres los interrogados, y el cuarto acababa de ser llamado, cuando un oficial de la guardia atravesó la antesala y se dirigió al chambelán para entregarle lo que parecía un despacho precintado. Intercambió con él unas breves palabras con urgencia, y el chambelán accedió a la sala y solicitó la venia para interrumpir el interrogatorio. La enorme puerta se cerró tras él.

Poco después, el chambelán salió de nuevo, pero esta vez acompañado por el cuarto oficial.

—Podéis regresar a vuestros destinos. El procedimiento se ha suspendido.

Ubayd Allah y Jazar se miraron sorprendidos, e inmediatamente se acercaron a interrogar al oficial que acababa de abandonar la sala.

—Un correo urgente de Madinat Salim. Han llegado noticias de la Marca Superior —dijo con voz triunfante, mientras disfrutaba del protagonismo y la atención de sus compañeros—. Al parecer,

Musa ha decidido cumplir sus amenazas de rebelión y ha ocupado la ciudad de Daruqa y la fortaleza de Qala't Ayub, amén de otras pequeñas fortificaciones de la misma zona.

Jazar inspiró profundamente con los ojos cerrados y esbozó una sonrisa.

—Nuestras preocupaciones acaban de esfumarse —sentenció con alivio—. El gran Musa ha cavado su propia tumba.

Abd al Rahman encajó la noticia con evidente pesadumbre. Por desgracia, la desafección de Musa se confirmaba con los hechos, y se hacía imprescindible una reacción enérgica, aunque la cercanía del invierno obligaría a posponerla hasta la primavera.

Aquéllos fueron meses de zozobra para Ziyab. Sus intentos de frenar un ataque contra su ciudad chocaron con el sentido de Estado del soberano, que le obligaba a poner los intereses de Qurtuba por encima de cualquier otra consideración.

Redactó tres cartas aquel invierno y utilizó el servicio regular de correo con Saraqusta para hacerlas llegar hasta Tutila. Buscaba una justificación a sus actos que sirviera para convencer al emir de las posibilidades de llegar a un acuerdo pacífico sin recurrir a las armas. Pensaba en los habitantes de Tutila, en sus viejos conocidos, en Musa y su familia... pero, por primera vez en tantos años, en ninguna de las tres ocasiones obtuvo respuesta.

Jazar sonrió satisfecho cuando el responsable del servicio de correo de Qurtuba abandonó su casa. Había sido providencial contar con él entre sus mejores amigos. Además, un amigo agradecido, porque debía su bien remunerado puesto a las gestiones que él realizara cerca del emir. Terminó de leer el pergamino en el que Ziyab apremiaba a Musa a dar una respuesta a sus escritos y acercó una de sus esquinas a la llama que ardía en la chimenea. Lo soltó sobre el fuego cuando ya sentía el calor en sus dedos. Aquel invierno estaba resultando especialmente duro y frío, pero faltaban pocas semanas para la primavera.

Harith ibn Bazi era un joven general recientemente ascendido cuyas magníficas referencias habían llamado la atención del emir. Había accedido a la carrera militar tarde, después de completar una sólida formación en diversas disciplinas, lo que lo convertía en el candidato perfecto para la tarea que pensaba encomendarle. Habría convocado al propio Ubayd Allah, pero su avanzada edad y su pasado dedicado exclusivamente a la milicia lo hacían poco apto para el puesto.

La primavera se había adelantado en Qurtuba, y Harith ibn Bazi abandonó la capital al mando de dos cuerpos de ejército compuestos por diez mil hombres, la mayor parte a caballo. En su equipaje viajaba su nombramiento como gobernador de Saraqusta en sustitución del actual, un buen gestor pero poco apropiado para tiempos turbulentos como los que parecían aproximarse.

Musa había dispuesto informadores en la ruta que unía Madinat Salim con Saraqusta, pero no esperaba recibir sus noticias en fechas tan tempranas. Según sus

informes, la columna había sobrepasado ya la capital de la Marca Media y se dirigía hacia Qala't Ayub. Aunque sus tropas se encontraban en estado de alerta, necesitaba al menos una semana para ponerlas en marcha y encaminar sus pasos hacia Al Burj. La guarnición de Qala't Ayub no era numerosa, pero eso era algo que los cordobeses desconocían, y confiaba en que al menos presentaría resistencia durante algunas jornadas antes de rendir la fortificación... el tiempo suficiente para poder organizar a sus tropas.

Mutarrif quedó al frente de la defensa de Tutila mientras su padre apremiaba a los hombres camino de Al Burj, donde tomó posiciones al pie de la fortaleza, con las espaldas protegidas por sus muros.

Harith ibn Bazi tardó apenas dos días en llegar hasta allí y presentar batalla. Musa confiaba en la ventaja que le daba su posición y en su conocimiento del terreno, pero Harith no estaba dispuesto a sufrir una derrota en su primera gran misión lejos de Qurtuba. Envió un correo que conminaba a Musa a rendir la ciudad y volver a la obediencia del emir, pero el jinete regresó sin respuesta.

Sólo un día después, las tropas de Abd al Rahman lanzaron un ataque masivo y devastador sobre los Banu Qasi. La brumosa y apacible mañana vio truncada su calma por los bramidos desaforados de los contendientes lanzados al ataque con sus monturas, y pronto, lo que era un uniforme grito de batalla que salía de miles de gargantas se convirtió en un estremecedor fragor poblado de aullidos de dolor, entrechocar de espadas y relinchos agónicos de caballos heridos por las picas. Cuando el sol tibio comenzó a disipar la neblina, el olor a muerte lo invadía todo, y Musa sabía que la desigualdad de fuerzas iba a ser insuperable. Lo que estaba sucediendo ante él era una masacre, cientos de sus vecinos yacían inertes sobre el suelo en posiciones inverosímiles. Los que no habían tenido tanta suerte imploraban ayuda o una espada piadosa que acabara con su sufrimiento. Cayó ante él uno de sus mejores oficiales, atravesado de parte a parte por una lanza, y fue entonces cuando decidió dar la orden de retirada. Sonó con fuerza la señal de repliegue, y aquellos que fueron capaces de hacerlo comenzaron a retroceder hacia el castillo mientras contenían a sus atacantes. Cubiertos por los arqueros que disparaban desde las almenas, avanzaron bajo ellos pegados a los flancos de la muralla hasta parapetarse al abrigo del monte.

Musa escuchó las aclamaciones de los hombres del emir mientras alzaban sus espadas y estandartes en señal de victoria, y una furia incontenible se apoderó de él, provocada por la certeza de que todo aquello era previsible. Desde el primer momento, sabía que las cosas iban a suceder así, y sin embargo había enviado a sus hombres a una muerte inútil. Pero también sabía que era tarde para rectificar. Todo se haría según sus primeras disposiciones. Lubb resistiría el asedio en Al Burj mientras él y Fortún conducían a sus hombres de regreso a Tutila para encastillarse. Harith,

como era habitual en las expediciones de castigo, se limitaría a arrasar los alrededores, cosechas, frutales y ganado. Quizá cruzara el Uādi Ibru y avanzara hacia el norte. Debía dar aviso a las ciudades próximas... y a Enneco. Al pensar en la posibilidad de un ataque a Banbaluna, Musa sintió un nudo en el estómago y espoleó su caballo.

En los días siguientes, Musa ocupó el tiempo y la mente con las tareas de aprovisionamiento y defensa de Tutila. Sólo se tumbaba en su litera junto a Assona cuando el agotamiento lo vencía, seguro de que de otra forma le sería difícil conciliar el sueño. Recorría los talleres de armas animando a los artesanos que trabajaban de sol a sol en la fabricación de arcos, picas, flechas y virotes, azuzaba a los muchachos que batían los alrededores con sus mulas recolectando piedras que luego acumulaban con cuidado sobre el adarve de la muralla, y atendía a los oficiales que acudían a él en busca de instrucciones.

Le torturaba desconocer la suerte que hubiera podido correr su hijo Lubb. Y le torturaba la ausencia de preguntas de Assona, que sufría en silencio. Un reproche le habría dado ocasión de construir una argumentación, que quizá le hubiera servido para convencerse a sí mismo, pero de los labios de su esposa no salió la más mínima amonestación. ¿Y si Harith hubiera dado muerte a Lubb y, satisfecho con el castigo, hubiera decidido regresar a Qurtuba? La duda lo atormentó durante cinco largas jornadas, y la aparición del estandarte blanco de los omeyas sobre las lomas situadas al mediodía supuso para él más un alivio que una amenaza.

Tras las banderas, surgió el impresionante ejército que dirigía Harith ibn Bazi. La vanguardia avanzó hasta una distancia prudencial y se detuvo. Desde lo alto de las murallas, los oficiales de Musa contemplaron el despliegue, y la mayoría de los habitantes de Tutila se encaramaron al monte que dominaba la ciudad para ser testigos de los acontecimientos.

La distancia impedía distinguir los detalles con exactitud, pero durante la mañana se plantaron tiendas a menos de media milla de la puerta de Saraqusta, y las maniobras de las tropas levantaron grandes nubes de polvo que indicaban su disposición. El sol estaba ya alto cuando una comitiva formada por una decena de hombres a caballo salió del campamento y se acercó a la muralla por el camino pavimentado de Saraqusta.

Musa y sus hijos, en pie sobre la puerta, no tuvieron dudas para identificar al jinete que avanzaba en el centro, y no sólo por la indumentaria y las armas que portaba. El grupo avanzó hasta situarse en la orilla opuesta del Uādi Qalash, separado de la puerta sólo por el puente que salvaba el cauce, y Harith ibn Bazi alzó su brazo para ordenar el alto.

El oficial situado a su derecha alzó entonces la voz:

—¿Quién de vosotros es Musa, el caudillo de los Banu Qasi? —interpeló.

Musa dio un paso el frente.

—¡Yo soy! —respondió con voz potente.

El oficial retrocedió y cedió el puesto a su general.

—Musa ibn Musa... en nombre de Abd al Rahman, emir de Qurtuba a quien Allah proteja. Tu actitud supone una traición al pacto que tu pueblo firmó con nuestros soberanos. Te ordeno que ceses en tu rebeldía y te sometas al juicio del príncipe.

Musa se alzó sobre el reborde de la muralla, de forma que toda su figura era visible desde el exterior.

—Las ofensas a mi pueblo rompieron ese pacto. Y ahora has derramado su sangre.

—Vuelve a la obediencia del emir y serás tratado con justicia y generosidad. Nadie desea que corra más la sangre.

—Vuelve tú a Qurtuba, y dile a Abd al Rahman que un soberano sólo es digno de obediencia cuando él mismo trata a sus aliados con justicia y respeta sus compromisos.

Harith se inclinó hacia uno de los oficiales que lo acompañaban, que asintió con la cabeza. Entonces el general tomó su espada y la alzó de manera que quedó a la vista incluso de los hombres que seguían en el campamento. Durante un momento no ocurrió nada. Los Banu Qasi y los cordobeses permanecieron inmóviles en sus posiciones, hasta que un nuevo grupo formado por una veintena de hombres inició el recorrido que separaba el campamento de la ciudad. No todos montaban a caballo: aproximadamente la mitad lo hacían en mulas conducidas por soldados y, cuando se acercaron lo suficiente, desde la muralla pudieron comprobar que llevaban la cabeza cubierta con caperuzas de cuero y el cuerpo cargado de cadenas y grilletes.

El corazón de Musa dio un vuelco cuando reconoció la figura de su hijo. Pero fue Fortún quien pronunció su nombre en voz alta, con un tono indescriptible, entre la desolación y el alivio:

—¡Es Lubb, padre!

—Y otros oficiales de la guarnición de Al Burj —oyó Musa tras de sí.

Musa no tuvo ninguna duda sobre las intenciones de Harith, pero se mantuvo firme en su posición, impasible, hasta que los prisioneros llegaron a la altura de sus interlocutores. Uno de los soldados acercó la mula de Lubb, y Harith retiró su caperuza con gesto brusco. Restos de sangre reseca cubrían la cara de su hijo, el cabello y la barba formaban un amasijo con el polvo y el sudor, en sólo unos días había adelgazado de forma sorprendente y era sólo una sombra del muchacho joven y apuesto que el año anterior abandonara Tutila. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz cegadora y descubrió frente a él a su padre y a sus hermanos, hizo un esfuerzo para erguir su cuerpo, pero el cansancio y el peso de los grilletes y las cadenas se lo

impidieron. Sin embargo, y a pesar de todo, su mirada era de entereza y determinación.

—Aquí tienes a tu hijo, Musa —anunció Harith arrogante—. Éste será el destino de tu familia si no depones tu actitud.

Con el extremo de su espada, levantó la barbilla del joven y un pequeño reguero de sangre se deslizó por su cuello hacia el interior de su túnica.

—Y no es el único... le acompañan en las mazmorras tres centenares de sus hombres.

Musa sintió que un sudor frío perlaba sus sienes. Y en ese momento, quizás advertida por alguien, vio llegar a su esposa con paso apresurado y expresión de angustia, sujetándose la túnica por encima de los tobillos para no tropezar. Ascendió la escalera hasta lo alto de la muralla casi a gatas, y al coronarla los presentes instintivamente le hicieron un hueco. Le costó un instante hacerse cargo de lo que tenía ante sí, pero al final lo vio.

—¡Lubb! —gritó con un gemido ahogado.

Apartó a los soldados que se interponían en su camino y se plantó junto a su esposo, que aún se encontraba alzado sobre el pavimento un codo por encima de ella. Se agarró a la túnica de éste sin apartar la vista de la escena que se desarrollaba al otro lado del río.

—¿Qué han hecho con nuestro hijo, Musa? —tartamudeó—. ¡Es sólo un muchacho!

Y entonces se volvió hacia Harith, el hombre que amenazaba a su primogénito con la espada, y un aullido de animal herido salió de su garganta:

—¡Suelta a mi hijo, bastardo!

Mutarrif y Fortún sujetaron a su madre con firmeza y la protegieron con sus brazos hasta que se derrumbó sobre el pavimento presa de un ataque de llanto.

Musa a duras penas lograba mantener una actitud de dignidad, enhiesto sobre el zócalo.

—¿Cuál es pues tu respuesta, Musa? —inquirió de nuevo Harith.

Musa siguió mirando impávido a aquel joven y arrogante general, y un largo silencio se instaló sobre ellos. Harith, impaciente, habló de nuevo:

—Dispones hasta el anochecer para trasladarme tu decisión.

Tiró de la rienda del caballo y dio la grupa a su interlocutor, que permaneció inmóvil, mientras regresaba al campamento seguido por los prisioneros.

Musa escuchó las deliberaciones de los miembros del Consejo, pero a media tarde abandonó la alcazaba y caminó solo hacia la mezquita. Agradeció la frescura y la soledad de la sala de oración, y se arrodilló sobre sus talones frente al *mihrāb*. No sabía lo que buscaba allí, no era un hombre religioso. A veces le hubiera gustado poder encontrar respuestas y consuelo en la fe, pero nunca había sido capaz de

hacerlo: el arraigo de sus creencias no era lo bastante profundo para que su savia produjera frutos. Contempló con una tristeza infinita aquellos magníficos tapices que colgaban de las paredes del *haram*, regalo del mismo Abd al Rahman. ¿Cómo habían cambiado tanto las cosas desde entonces? Hizo un repaso de los acontecimientos ocurridos en los últimos meses, y no pudo evitar preguntarse si no era suya parte de la responsabilidad: aquellas miradas que percibía en los suyos... ¿no transmitían un reproche callado que nadie en su entorno se atrevía a pronunciar en voz alta? ¿No habría pecado de soberbia y vanidad? ¿Defender los derechos de los Banu Qasi se había convertido en una excusa para satisfacer su orgullo? Reflexionó largamente sobre ello, y también sobre la respuesta que debía dar a Harith ibn Bazi. La llamada a la oración del muecín desde lo alto del cercano alminar lo sobresaltó, y se incorporó con una decisión tomada.

—Me alegro de que por fin hayas entrado en razón —dijo Harith con una afectada sonrisa.

—No olvides cuáles son mis condiciones —repuso Musa, digno.

El rostro del general se deformó en una mueca de desprecio.

—Me sorprende que seas capaz de hablar de condiciones. Si por mí fuera, esta conversación no estaría teniendo lugar y ya habría devuelto a Qurtuba el poder sobre la ciudad que hasta ahora has usurpado. Deberías dar gracias a que las órdenes del emir sean tajantes en ese aspecto.

—Mi hijo y el resto de los prisioneros nos acompañarán hasta Arnit. Dejarás salir libremente a los miembros de mi familia y a todos los Banu Qasi que quieran seguirme —repuso Musa haciendo caso omiso a la amenaza.

La negociación estaba resultando tensa, y la presencia en la *haymah* de los temibles *jurs*, los guardias «mudos» cuyas historias hacían estremecer a niños y mayores, no contribuía a hacerla más relajada.

—Mañana al amanecer debéis poneros en marcha: quienes permanezcan en la ciudad después de la puesta de sol no podrán salir de ella.

Musa inició un gesto de protesta, pero Harith le daba ya la espalda y varios de sus guardias se interponían entre ambos. Con maneras poco diplomáticas, fue conducido al exterior e invitado a abandonar el campamento.

Lubb fue liberado al amanecer junto a los demás prisioneros, con el tiempo justo para incorporarse a la columna que partía hacia Arnit, y Assona inició el camino completamente feliz, ocupada en limpiar las heridas de su hijo sobre la carreta en la que había sido instalado. Durante los dos días de marcha permaneció ajena a todo cuanto sucedía a su alrededor. Tenía lo que más le importaba, a su esposo y a sus cuatro hijos, y lo demás eran circunstancias que la traían sin cuidado. No salió de sus labios ni una queja ni una lamentación por tener que abandonar su residencia en la ciudad, su *almúnya* junto al Uādi Qalash, y su vida acomodada, incluso lujosa. No

preguntó cómo era el lugar hacia el que se dirigían ni dónde iban a vivir. Asistió agradecida a la bienvenida que los habitantes de Arnit les dispensaron y se limitó a organizar su acomodo en las dependencias de la alcazaba donde se había dispuesto su alojamiento.

Para Musa, el regreso a Arnit con su familia supuso un impacto emocional que trató de ocultar, pero su carácter había cambiado de forma perceptible para todos. Durante las largas horas de camino que había hecho casi en solitario, apartado de la columna, había tenido ocasión de meditar largamente. La figura de Zahir volvía constantemente a su memoria, y se preguntaba si habría aprobado sus últimas decisiones. El recuerdo de su tío se hizo dolorosamente presente al llegar a Arnit y entrar en la vieja vivienda de la alcazaba donde había visto la luz cincuenta y cuatro años atrás. La alcoba en la que había venido al mundo seguía allí, y fue la que eligió como aposento, aunque, sin saber por qué, no compartió con Assona ese detalle. Desde el primer momento, percibió que aquella estancia conservaba algo esencial, algo que le acercaba a sus orígenes y le transmitía una sensación positiva. Allí unieron su sangre la estirpe de los Banu Qasi y los vascones de las montañas a través de Onneca y de Musa ibn Fortún, el padre al que nunca llegó a conocer. Pensó en Enneco, su hermano, y en el pacto tácito que mantenían desde que eran sólo unos muchachos.

Musa no dudó en achacar a aquella buena vibración el cambio que se produjo en su estado de ánimo pocos días después de la llegada a Arnit. Comenzó a trazar planes de nuevo, convocó al Consejo e inició la ingente tarea de reorganizar sus fuerzas con la ayuda de sus hijos y los jefes locales que pudieron acudir a su llamada.

Fue durante una de las reuniones en la estancia principal del castillo de Arnit cuando un emisario irrumpió en la estancia conducido por uno de los oficiales de guardia.

—¡Harith! ¡Es Harith! —gritó sofocado una vez que identificó a Musa entre los asistentes.

—¡Habla! ¿Qué ocurre?

—¡Está a las puertas de Al Faru! El ataque es inminente.

Uno de los asistentes se puso en pie con tal brusquedad que derribó el escaño que ocupaba.

—¡Allah sea alabado! ¡Debo partir de inmediato!

—Aunque cabalgaras durante toda la noche, no podrías hacer nada —intervino Fortún—. ¿Quién quedó al mando en Al Faru?

—Uno de mis mejores oficiales. ¡Pero no puedo permanecer aquí mientras mi ciudad está siendo atacada!

—Te comprendo —dijo Musa—. De inmediato se te preparará una escolta adecuada para que salgas antes del anochecer. Mientras tanto escúchame. Quiero que

prolongues el asedio... lo suficiente para ganar tiempo. Negocia con Harith, ponle condiciones, preséntale nuevas exigencias cuando venza el plazo. Pero no provoques el ataque: rinde la plaza cuando sea necesario. No quiero más bajas de las que ya hemos sufrido. Ésa es tu tarea.

El *'amil* de Al Faru asintió y abandonó la estancia perdido en sus cavilaciones.

—¿Qué opinas, padre? —preguntó Mutarrif—. ¿Con qué intención ataca ahora ese bastardo nuestras ciudades?

Musa reflexionó durante un instante antes de responder:

—Supongo que no querrá volver a Qurtuba sin completar su obra. Y eso debe incluir la ocupación del mayor número posible de ciudades en manos de los Banu Qasi.

—¿Con qué objeto te permitió entonces retirarte a Arnit?

—Posiblemente haya querido tomar Tutila como base de operaciones, manteniéndonos apartados.

—¿Creerá que después del desastre de Al Burj nos mantendremos impasibles mientras toma una a una nuestras ciudades? —se preguntó Lubb.

—Eso parece.

—¡Nunca! —gritó el jefe de Qala't al Hajar al tiempo que se ponía en pie con el rostro encendido—. No consentiré que la mía sea la próxima.

—Sabéis que nuestras fuerzas son menguadas —razonó Musa—. No podemos oponernos a las tropas de Harith ibn Bazi sólo con nuestros medios. Es cierto lo que dices: con toda seguridad Qala't al Hajar será la siguiente. Sólo se me ocurre despachar con urgencia mensajeros hacia Banbaluna para poner a Enneco al corriente de la situación. Él deberá decidir si une su suerte a la nuestra acudiendo en nuestra ayuda.

—Sea, pues. No tenemos tiempo que perder —apremió el *'amil*—. Que salgan esos correos, pero debemos detener a ese maldito general antes de que llegue a las puertas de Qala't al Hajar.

—El control de Al Faru les tomará tiempo. Hemos de preparar una estrategia de actuación —opuso Fortún, actuando como se esperaría que lo hiciera el jefe militar de las tropas—. Nuestro conocimiento del terreno debería proporcionarnos alguna ventaja.

Durante los días siguientes un grupo de informadores a lomos de los mejores caballos recorrieron mañana y tarde la distancia que separaba Arnit de Al Faru con el propósito de mantener a Musa al tanto del avance del sitio a la ciudad. Al parecer el caudillo estaba jugando bien sus bazas, porque la capitulación se demoraba sin que Harith diera muestras de iniciar el asalto. Por fin, después de cinco días de asedio, las puertas de las murallas se abrieron para dejar paso a los enviados del emir.

Ése fue el momento elegido por Musa para iniciar el descenso del Uādi Zidaq, en dirección a su desembocadura en el Uādi Ibru, junto a Qala't al Hajar. Alcanzaron el lugar en poco más de una jornada y, al entrar en la ciudad en compañía de su '*amil*, Musa recibió una inesperada sorpresa.

—Te aguardan en el castillo, Musa —recitó lacónico el oficial al mando de la guarnición.

Mientras se dirigía hacia la puerta de entrada a la fortaleza, Musa pensaba en la visita de algún viejo conocido o de uno de sus primos lejanos. Por eso su rostro se transformó con una mueca de asombro cuando reconoció ante él a García Íñiguez, su sobrino y a la vez cuñado.

—¡Garsiya! ¡Habéis venido! ¡No os esperaba tan rápido! Ni siquiera estaba seguro de que fuerais a apoyar nuestra causa... ¿Y Enneco?

—Mi padre no se encuentra bien de salud, Musa. Es ya un anciano de setenta años, aunque insiste en comportarse como si tuviera cuarenta.

Musa sonrió al recordar el carácter de su hermano.

—¿Recibisteis pues nuestro mensaje? ¿Has venido con tus hombres?

—Así es, se encuentran acampados al otro lado del río, junto al vado que lleva al viejo santuario de Balma. Sin embargo, no son muy numerosos debido a la premura de tiempo.

—Tu ubicación facilitará las cosas. Es precisamente en ese punto donde quiero desplegar a nuestros hombres.

—¿Cómo está mi hermana? —preguntó García con la intención evidente de dejar los asuntos militares para más adelante.

El rostro de Musa se iluminó con una sonrisa que dejaba traslucir algo más.

—¿Assona? Ah... bien... supongo. —Volvió hacia la puerta por la que acababa de entrar.

—¿Quieres decir que...?

No acabó la frase, porque Musa se había asomado al corredor y regresaba con Assona de la mano.

—Se ha empeñado en acompañarnos —dijo risueño.

Assona corrió hacia su hermano y ambos se fundieron en un abrazo.

—¡García, hermano mío! —decía entre sollozos—. Venía con la esperanza de encontrarme con vosotros, pero no pensaba que fuera a ser tan pronto. ¡Deja que te vea!

—Nuestros padres os envían sus saludos —dijo García satisfecho.

—¿No ha venido? ¿Se encuentra mal nuestro padre?

—Es la edad, Assona. Era su intención acompañarnos, pero digamos... que lo hemos hecho entrar en razón.

—¿Y Toda? ¿Y tus hijos? —intervino Musa.

—Fuertes como robles, también. Impacientes por volver a veros. También Auriya os manda un abrazo. Está de nuevo encinta... vais a ser abuelos de nuevo.

Assona no pudo reprimir las lágrimas. Noticias como ésa, a pesar de hacerla enormemente feliz, le hacían recordar el sufrimiento de la separación. En aquel momento, se hizo el firme propósito de acudir a Banbaluna en la primera ocasión que dispusiera. Sus padres, ancianos ya, sus hermanos y su propia hija merecían el esfuerzo, y nada justificaba una separación tan prolongada.

Aquella noche llegaron a olvidar momentáneamente el motivo de su estancia en Qala't al Hajar. Assona parecía dichosa junto a Musa, sus cuatro hijos varones y su hermano García. Agasajados por el '*amil* de la ciudad, compartieron su mesa con el resto de los notables y altos oficiales que habían acudido hasta allí. Sólo al final de la cena los dos cuñados se retiraron con los hijos de Musa a un rincón tranquilo en la amplia terraza de la residencia. La brisa nocturna, que aliviaba del riguroso calor del día, y aquel silencio, sólo roto por el canto del cuco y el croar de las ranas en alguna charca cercana, no hacían presagiar los negros nubarrones que se dibujaban en el futuro más inmediato.

—Hablabas antes de la ubicación de mis tropas —recordó García retomando así el asunto que le había llevado hasta allí.

—Así es —repuso Musa—. Nuestras fuerzas no son numerosas, por lo que deberíamos evitar el enfrentamiento en campo abierto.

—¿Y qué propones? —interrogó García.

—Esta tarde has visto desde la atalaya la disposición del terreno junto al río: si Harith se aproxima por la vía que bordea el Uādi Ibru desde Al Faru, tendrá que alcanzar la desembocadura del Uādi Zidaq para remontar el río en esta dirección. Quizá Fortún pueda explicarte mejor cuáles son nuestros planes: a fin de cuentas, suya es la idea.

García Íñiguez escuchó con atención a su sobrino, asintiendo de vez en cuando con la cabeza.

La noticia del avance de Harith llegó cuatro jornadas después. Con la mayor discreción de que fue capaz, amparado por la oscuridad de la noche, Musa apostó a sus tropas cerca de la desembocadura del Uādi Zidaq, emboscadas en la espesa vegetación de la ribera. A la misma altura, próximo al santuario de Balma, se encontraba el vado sobre el Uādi Ibru, que en aquella época del año permitía a las caballerías atravesar el cauce sin demasiados problemas. Al otro lado, García mantenía a sus tropas ocultas en un espeso bosquecillo que las hacía prácticamente invisibles desde la orilla opuesta.

La espera resultó tensa y se prolongó durante todo el día. Empezaba a declinar el sol cuando se avistaron las primeras unidades cordobesas, que avanzaban por la vieja vía romana junto al río. Musa dio la orden de alerta para caer sobre Harith en el momento en que alcanzara su posición, pero las cosas no sucedieron según lo previsto. Cuando las primeras unidades de la vanguardia alcanzaron la confluencia de los dos ríos y Musa se encontraba a punto de ordenar el ataque, Harith alzó su brazo derecho y se detuvo. Contempló el terreno desde su cabalgadura, observó el castillo de Qala't al Hajar, que se alzaba sobre un promontorio en la distancia, y decidió que aquel vado era un buen lugar para acampar.

A Musa le dio un vuelco el corazón. Su suerte estaba de cara. Si conseguía mantener a sus hombres agazapados, podría caer sobre el campamento con el enemigo desprevenido. Sin embargo, pronto le asaltaron las dudas: si un hombre de Harith se aventuraba en su dirección podría dar la voz de alarma, o quizás el relincho de un caballo delatase su posición. El revuelo del ejército para acampar soterraría de momento cualquier otro sonido, pero no resultaría tan fácil cuando el silencio empezara a caer sobre las tiendas.

Afortunadamente, ninguno de aquellos temores se materializó, todo discurrió con una asombrosa normalidad, y muchos de los cordobeses dormían ya, después del agotador día de marcha bajo el inclemente sol, cuando los Banu Qasi cayeron sobre ellos. Un gran número de hombres fueron abatidos por los muladíes sin tiempo siquiera de empuñar sus armas. Harith ibn Bazi y sus oficiales, espantados, tardaron en comprender lo que estaba sucediendo cuando salieron de la *haymah.* Harith tuvo incluso dificultad para encontrar y montar su caballo entre los hombres que corrían despavoridos en todas las direcciones. Desconocía el número de atacantes y trataba de hacerse una composición del lugar mientras su caballo caracoleaba inquieto por la indecisión de su amo. Dirigió su mirada hacia el vado y comprendió que la única salida que les quedaba era el río, de forma que transmitió la orden a sus oficiales: cruzarían el cauce por el paso y se harían fuertes en la orilla opuesta.

Reunieron al mayor contingente de sus soldados, la mayoría a pie porque sus monturas habían huido, y comenzaron a vadear la corriente. El hostigamiento medido al que Musa les sometía les obligaba a mantener su atención en la orilla que abandonaban, avanzando incluso de espaldas o de lado sobre sus monturas.

Musa se acercó al río cuando Harith, en el centro del cauce y completamente fuera de sí, gritaba las órdenes para preparar la defensa en la orilla opuesta. El rostro del general se descompuso cuando lo descubrió erguido sobre su caballo, recortado contra el sol que se ponía ya tras los montes.

La mayor parte del ejército cordobés había alcanzado ya el margen opuesto o se encontraba dentro del río. Y entonces, a sus espaldas, se desató de nuevo el infierno. García Íñiguez estaba lanzando a los vascones contra los musulmanes en retirada, y

en un instante el río se tiñó de púrpura.

Esta vez la expresión de Harith era de terror, consciente de que había caído en una emboscada y estaba conduciendo a sus tropas al desastre, pero enarbolaba su espada con decisión segando miembros con rabia y desesperación. Musa observaba la escena desde su atalaya en la orilla y, viendo defenderse a su contrincante, entendió por qué había sido seleccionado por Abd al Rahman para dirigir aquella expedición.

La escena que presenció a continuación le pareció a Musa como ralentizada. La cabeza de Harith sufrió una brutal sacudida hacia atrás, y su mano soltó la espada que sujetaba hasta entonces. Un alarido brotó de su garganta y alcanzó los oídos de Musa por encima del fragor de la lucha, mientras con las manos agarraba el virote que había impactado brutalmente sobre el lado izquierdo de su cara. Con un violento tirón, extrajo la flecha y la arrojó a sus pies, luego quedó momentáneamente inmóvil sobre su caballo y se desplomó lentamente hasta caer al río como un fardo. Uno de los oficiales de Musa se lanzó al agua con su caballo hacia el cuerpo inerte del general, y con esfuerzo lo izó sobre el lomo de su montura.

El apresamiento de Harith ibn Bazi fue la señal que marcó la dispersión de sus tropas. En pocos instantes sólo un numeroso grupo de soldados de extraña apariencia mantenía la resistencia: Musa los identificó como miembros de los *jurs* y, tras considerar su valor como rehenes ante una posible negociación en el futuro, dio orden de capturarlos con vida. La herida de Elarith era grave: su globo ocular era una masa sanguinolenta, y el médico le proporcionó una generosa dosis de opio que prolongaría su inconsciencia de forma indefinida. Fue trasladado con el resto de los prisioneros hasta la cercana Qala't al Hajar, donde Musa mandó reunir a sus tropas y proporcionarles todas las atenciones precisas.

No hubo tiempo para celebrar el éxito. Los heridos quedaron en la alcazaba y las tropas de García Íñiguez y Musa reemprendieron el camino hacia Tutila. La guarnición que Harith había dejado en Al Faru abandonó precipitadamente la ciudad en dirección a Saraqusta para ponerse bajo la protección de su gobernador, uniéndose a los hombres que en desbandada recorrían los caminos después de la derrota del vado de Balma. Poco más de un mes después de iniciar su obligado exilio, Musa y los suyos regresaron a Tutila y tomaron de nuevo posesión de la ciudad.

Musa ansiaba un momento de respiro para él y para su pueblo, pero su espíritu no lograba alcanzar la tranquilidad deseada. La victoria obtenida sobre Harith era sólo momentánea, y la probabilidad de respuesta por parte el emir, casi segura. García Íñiguez regresó a Banbaluna con su ejército, y Musa hubiera deseado acompañarlo, pero la marcha con las tropas sería lenta, más penosa aún por el traslado de los soldados convalecientes. No podía permitirse una ausencia tan prolongada, pero deseaba entrevistarse con Enneco, así que emplazó el encuentro con su hermano a medio camino, en Ulit, dos semanas más tarde.

Durante ese plazo la actividad de Musa y sus hijos fue frenética. Había tenido el acierto de difundir por el entorno la idea de que todos los mercenarios que habían luchado a sueldo de Qurtuba con Harith serían bien recibidos en las filas de los Banu Qasi con las mismas condiciones, y la iniciativa no pudo tener mejor acogida. Cientos de hombres llegaron a la ciudad en aquellos días en busca de un medio de vida, sin importarles firmar el compromiso de luchar contra quien, hasta hacía bien poco, había sido su señor. Tutila recuperó su bulliciosa actividad, el mercado volvió a verse repleto de mercancías de todo tipo, los baños y los puestos de comida se llenaron de clientes durante todo el día, y las cantinas y los prostíbulos se abarrotaban durante la noche.

Pero en el ambiente flotaba la inquietud y la certeza de que aquel paréntesis era sólo temporal. La maquinaria militar era engrasada bajo el mando de Fortún, los talleres militares trabajaban incansablemente, las tropas reanudaron su entrenamiento integrando en las formaciones a los mercenarios recién llegados, y se multiplicaron los contactos entre los jefes locales de la zona para tratar de afrontar el tormentoso futuro.

Assona pudo cumplir con creces su deseo. Tras su llegada a Ulit, vivió en un continuo sobresalto de reencuentros y emociones: allí esperaban sus padres, Enneco y Toda, junto a su tío Fortuño, y su hermano García con los jóvenes Fortún y Sancho. Pero también había viajado su hija Auriya a pesar de su evidente estado de gestación, acompañada por su esposo y su primogénito, de apenas dos años de edad. Un día más tarde, sin previo aviso, acudió su hermana Nunila con García el Malo y su apuesto hijo Galindo, que ya contaba veinte años. La felicidad de Assona, por fin rodeada por todos los suyos, era completa, y se propuso que ni siquiera el recuerdo del motivo que los había congregado allí consiguiera oscurecer su dicha, pero tuvo que renunciar a regañadientes a la compañía de los hombres cuando se convocó el encuentro entre los Arista y los Banu Qasi.

Varios caudillos y altos oficiales musulmanes compartían espacio en el gran salón con señores vascones procedentes de Banbaluna y de los valles situados más al norte. Enneco tomó la palabra, hizo las presentaciones oportunas y comenzó a describir la situación a la que se enfrentaban.

—Os supongo al tanto de los últimos acontecimientos en tierras francas... Tras ser derrotado hace ahora un año a manos de Luis y Carlos, Lotario ha tratado de fomentar la disensión entre sus dos hermanos, cosa que no parecía difícil, teniendo en cuenta que Carlos era el hermanastro advenedizo. Pero, según nos han informado, sólo ha conseguido fomentar su alianza, y se ha convocado una cita en Estrasburgo para firmar un juramento escrito. En cualquier caso, parece que del enemigo del norte

no tenemos por qué preocuparnos de momento.

—¿Y los asturianos? —preguntó el *'amil* de Ulit, que ejercía de anfitrión—. ¿ Van a esperar sin hacer nada hasta nuestra próxima incursión? Saben ya de nuestro enfrentamiento con el emir, y aprovecharán sin duda una oportunidad tan favorable.

—Eso es razonable, pero afortunadamente también tienen problemas de sucesión. Como sabéis, el rey Alfonso, al que llamaban el Casto, murió sin descendencia —algunos caballeros sonrieron al recordar su apelativo—, así que los nobles designaron como heredero a su primo Ramiro I, conde de Galicia e hijo de Vermudo I el Diácono. Éste se hallaba fuera de la corte a punto de contraer matrimonio, cuando regresó y se encontró con que un noble llamado Nepociano se había proclamado rey. Reclutó un ejército en Galicia y con él se ha enfrentado al usurpador. Hace sólo tres días que recibimos las últimas noticias, y nos cuentan que consiguió capturarlo, lo dejó ciego y lo mantiene encerrado en un monasterio.

—Si es así, dudo mucho que este año tengamos noticias suyas. Ni siquiera ha sido coronado —sentenció Musa.

—Lo cual es providencial para nosotros, porque un ataque desde Aquitania o desde Asturias en estas circunstancias podría poner en peligro incluso la supervivencia de nuestro joven reino —apostilló García.

—Esto deja circunscritos nuestros problemas a uno solo, que no es menor. ¿Cuál crees que será la reacción del emir después de la derrota en Balma?

—Organizará sin duda una expedición de castigo.

—¿Este mismo verano? Estamos ya en agosto, según nuestro calendario. Las aceifas se preparan desde la primavera.

—No si el asunto requiere una respuesta urgente a juicio del emir —explicó Musa—. Han sido muchas las ocasiones en que se han sofocado revueltas ya bien entrado el otoño, e incluso en pleno invierno. En Tulaytula o en Mérida lo saben bien.

—Entonces debemos ponernos manos a la obra de inmediato —dijo Fortuño, que no prodigaba sus intervenciones.

Enneco parecía preocupado.

—¿Debemos esperar un ataque sobre Pampilona? ¿Se aventurará tan al norte, o limitará su ataque a las tierras del Uādi Ibru?

—No hay forma de saberlo —repuso Musa—. Yo aprovisionaría la ciudad para soportar un asedio y trataría de reforzar muros y defensas. Utilizad todos vuestros medios en las próximas semanas, reclutad todos los efectivos que tengáis disponibles y proveedlos de armas y caballos. Y que Allah el Todopoderoso nos proteja.

—Que Dios nos proteja —apostilló García.

La espera era más angustiosa que la lucha. Durante las siguientes semanas Musa trató de llevar su vida con normalidad tanto como pudo... pero la certeza de un nuevo

enfrentamiento lo angustiaba. No tanto por sí mismo como por sus hijos y por sus hombres. No conseguía acostumbrarse a los dramas que se vivían entre las familias cuando uno de sus miembros no regresaba del campo de batalla. El desastre de Al Burj había supuesto para él un duro golpe. Pero si algo lo atormentaba era que no conseguía convencerse a sí mismo de lo inevitable de todo aquello. Quizás había basado sus decisiones en maledicencias que habían conseguido sus propósitos arrastrándolo a la rebelión. Y con ello había sacrificado la vida de cientos de sus hombres y el bienestar de su pueblo.

Pero si Abd al Rahman no estaba en realidad en su contra, habría tenido ocasiones de aclarar los motivos de su actitud, y lo que hizo fue enviar a uno de sus generales a arrasar sus ciudades. El propio Ziyab, tan cercano al emir, le habría advertido, y sin embargo no tenía noticias suyas desde el año anterior.

Los días comenzaban ya a acortar cuando un inesperado correo de Ziyab trajo noticias desde Qurtuba. No estaba escrito en el mismo tipo de pergamino que su amigo solía usar, y no llevaba el acostumbrado lacrado. Ni siquiera el correo era el habitual: era un joven muchacho que informó a Musa de que Ziyab le había pagado una fuerte suma de dinero a cambio de viajar hasta allí, y recibiría otro tanto cuando regresara con una confirmación de la entrega.

En la carta le advertía de la preparación de una aceifa cuyo destino, aunque pretendía ser secreto hasta el momento de la partida, nadie dudaba que era el Uādi Ibru. Se extendía en detalles sobre los preparativos y daba alguna noticia sobre Qurtuba de forma muy escueta. Pero hubo dos pasajes que llamaron poderosamente su atención, hasta el punto de releerlos una y otra vez.

> *... el emir se encuentra muy afectado por tu rebelión, que no esperaba de ningún modo dada la confianza que tenía depositada en ti. He visto temblar su mano a la hora de firmar el edicto que pondría en marcha la expedición...*

> *... ignoro los motivos que tienes para no responder a ninguna de mis misivas...*

¿De qué misivas estaba hablando? ¿Por qué Ziyab no usaba el correo ordinario y gastaba una fortuna en alquilar los servicios de un jinete al que hacía recorrer cientos de millas? ¿Qué es lo que extrañaba tanto al emir en su conducta? Las preguntas se agolpaban en su cabeza, y una certeza empezaba a cobrar forma... pero a aquellas alturas la expedición probablemente estuviera ya en camino. Esa noche confió a Assona sus pensamientos y su esperanza de poder mantener una entrevista personal

con Abd al Rahman a su llegada al mando de la aceifa.

Habían transcurrido cuatro jornadas del mes de Dul Qa'da y los días empezaban a acortarse, cuando dos de los emisarios apostados en los pasos de las montañas que separaban el valle de la cercana meseta llegaron a Tutila y anunciaron la inminente irrupción de las tropas cordobesas.

La ciudad no descansó durante dos días: los hombres ocuparon los puestos que tenían asignados para la defensa, se trasladaron hasta la muralla las provisiones de cantos, grasa y pértigas necesarias para repeler los ataques masivos de los enemigos... y varios grupos tomaron posiciones estratégicas en los alrededores para hostigar a los cordobeses desde la retaguardia.

Al tercer día la columna de polvo que se elevaba sobre el camino al paso del poderoso ejército se hizo visible desde el castillo. Al principio sólo era una mancha en la lejanía, pero poco a poco fue adquiriendo su aspecto real y llegó a cubrir con su sombra la ribera del Uādi Qalash. Musa comandaba las operaciones desde su atalaya, pero no tuvo ocasión de dar ninguna orden. La vanguardia de la aceifa, en lugar de detenerse frente a los muros de la ciudad, siguió el curso del río por su margen derecho, fuera del alcance de los defensores. El polvo lo cubrió todo mientras las miles de cabalgaduras y hombres a pie atravesaban lo que parecía destinado a convertirse en un campo de batalla, y se dirigían al vado existente, a unos cientos de codos aguas abajo. El hombre que cabalgaba al frente de la columna no era Abd al Rahman, sino alguien mucho más joven, de tez blanca y aspecto rechoncho, probablemente alguno de sus hijos. Atravesaron el vado sin detenerse, y dos horas más tarde el ejército de Qurtuba era de nuevo una mancha que se perdía en la lejanía camino de Banbaluna.

Los jinetes que envió Musa tomaron una ruta distinta, remontando el Uādi Aruad, y aunque había una espléndida luna llena y pudieron cabalgar durante toda la noche, temían no llegar a tiempo para advertir a Enneco de la inminente e imprevista llegada del ejército cordobés.

Las puertas de Banbaluna se cerraron, y adelantaron los preparativos para el asedio. Sin embargo, esperaron también en vano. Quienquiera que fuese el comandante de la expedición no buscaba la conquista de la capital de los vascones. Llegaron noticias del asalto al castillo de Kabbarusho, y días más tarde de la entrada en Ulit, pero la proximidad a Banbaluna sólo se hizo evidente por el resplandor nocturno de los fuegos que prendían a su paso en las fincas con sus ganados y sus cosechas recién recolectadas. Recorrieron la región talando árboles y vides, arrasando a su paso cuanto no pudieron tomar como botín y, por desgracia, aprehendiendo cautivos en aldeas y alquerías. Alcanzaron el fuerte de Sajra Qays y lograron conquistarlo aun a costa de un gran sacrificio de vidas entre sus tropas. Tras liberar a

los numerosos cautivos que llenaban sus casi inaccesibles mazmorras, emprendieron el regreso, esta vez siguiendo el camino inverso al que días antes habían tomado los mensajeros de Musa, bordeando el cauce del Uādi Aruad, capturando nuevo botín y causando todo el daño de que eran capaces.

Enneco no podía sino seguir desde sus atalayas las evoluciones de aquel personaje al que aún no habían podido poner nombre y mantener a sus huestes tras la relativa protección de las murallas de Pampilona, donde debían soportar el olor a madera quemada procedente de los montes y campos circundantes. En el asalto a Sajra Qays había perdido a su primo Galindo, pariente pero también uno de sus mejores amigos desde la infancia, al que había encargado la defensa de la fortaleza, y su esposa fue apresada junto a las escasas mujeres que habían permanecido en el castillo. El hijo de ambos, del mismo nombre que su padre, servía a las órdenes de García Íñiguez, al que también le unía una buena amistad, y había permanecido en Pampilona. Fue el propio Enneco quien hubo de darle la noticia del destino de sus padres, y no tuvo fuerzas para explicar en su presencia los detalles que le habían sido relatados por quienes trajeron la información. Habría sido demasiado doloroso para él saber que la cabeza de su padre había sido ensartada en una pica a la entrada de la fortaleza. Bastante tenía con soportar la certeza de que su madre era conducida hacia Qurtuba para ser vendida en el mercado de esclavos de la ciudad.

El contacto con Musa no se había interrumpido, y sus correos se desplazaban a través de las líneas enemigas gracias a su conocimiento superior del terreno. Así tuvieron confirmación en Pampilona de la identidad del general que dirigía la aceifa: se trataba del príncipe Muhammad, hijo primogénito del emir, y primero en la línea de sucesión al trono. Si Musa conocía por fin a su oponente era porque acababa de recibir un mensaje firmado por su mano. Al parecer, concluida su acción de castigo, que también era una demostración de fuerza, acababa de instalarse en el castillo de Kabbarusho, y desde allí había enviado hasta Tutila un emisario con la propuesta de un encuentro «para tratar asuntos de mutuo interés», según decía literalmente el pergamino. Musa sabía que aquellos «asuntos de mutuo interés» se encontraban encerrados en los sótanos de la alcazaba, y ahora agradecía a Allah la inspiración que le había conducido a mantenerlos con vida como rehenes.

Acudió solo y dejó a Fortún al mando, una precaución que no habría tomado con Abd al Rahman, pero Muhammad era para él un perfecto desconocido.

Dejó de serlo en la poco regia sala del castillo de Kabbarusho donde se reunieron. El aspecto físico del príncipe llamó la atención de Musa por el escaso parecido con su padre: blanco, achaparrado, de cuello corto y con tendencia a la rubicundez, algo que conseguía ocultar en parte su barba, espesa a pesar de sus escasos veinte años. Su rostro se mostró frío durante las presentaciones de cortesía.

—No te habría mandado llamar si no tuvieras retenidos contra su voluntad a buenos servidores de mi padre.

—Fue voluntad de Allah Todopoderoso haberlos confiado a mi custodia —repuso Musa con osada ironía.

Muhammad lo miró fijamente con gesto indescifrable.

—Tengo entendido que los nuevos aliados que has buscado después de tu rebelión no dirigen sus plegarias al verdadero Dios.

Su voz era grave a pesar de su juventud, y utilizaba un árabe culto y bien pulido. Al parecer, la ironía era un arte que usaba con maestría. Musa iba a replicar, pero Muhammad prosiguió:

—Pero no te he llamado para cuestionar tus alianzas, que son de todos conocidas... sólo busco negociar las condiciones para la liberación del general Harith ibn Bazi y de todos los miembros de la guardia de los *jurs*.

El príncipe hizo una pausa, a la espera de una reacción, pero no la encontró.

—Te propongo el *aman* para ti y tus hijos. Y el valiato de Arnit.

Musa no esperaba una oferta tan directa y descarnada. Arrugó la frente, elevó el mentón y respiró profundamente con las manos a la espalda. Se dio la vuelta y caminó hasta el ventanal. Con la mirada perdida en los montes que azuleaban en la lejanía, habló:

—El valiato de Tutila.

—Me temo que los planes del emir para Tutila son otros.

—Insisto. —Se volvió para enfrentar sus miradas.

—Si tanto amas esa ciudad, no te conviene demostrar ese empeño. Se nombrará un wāli dependiente del gobernador de Saraqusta. La alternativa es ver sus murallas arrasadas y su alcazaba arruinada.

De nuevo Musa dirigió la vista hacia el horizonte y pareció meditar. Pero necesitó poco tiempo. El sentimiento, que no podía apartar de su mente, de que su ambición personal había perjudicado a su gente en el pasado, le hizo pronunciar su respuesta en voz alta:

—Arnit y el *aman* para el rey de Banbaluna, para su hijo y para su yerno García el Malo. Con el compromiso de respetar sus tierras en el futuro.

Muhammad esbozó una sonrisa.

—¿Y qué tiene que ofrecer en esta negociación ese «rey de Banbaluna», como tú le llamas? Quizá sería necesaria una prestación económica... para compensar el perjuicio al tesoro ocasionado por esta forzada expedición. Setecientos dinares de oro anuales será una cantidad ajustada.

—Eso es impensable. —Musa se revolvió con gesto de incredulidad.

—¡Soy el hijo del emir, no un vulgar comerciante! ¡Es mi oferta! —gritó zanjando la discusión.

Entonces cambió bruscamente su tono de voz, hasta hacerla meliflua y casi burlona:

—¿Qué son setecientas monedas de oro para todo un rey?

Musa envió a uno de sus hombres de confianza para informar a Fortún de las condiciones del pacto. Debía permitir a sus prisioneros unirse a la columna de Muhammad a su paso por Tutila de regreso hacia Qurtuba. El mensaje era breve, pero no dejó de advertir a su hijo que adoptara todas las precauciones necesarias hasta asegurarse de que Muhammad se hubiera alejado lo suficiente.

Musa continuó su viaje hasta Banbaluna en compañía de dos oficiales y una escasa guardia, pero a medida que avanzaban su corazón se fue encogiendo a la vista del paisaje desolado que encontraban en el camino. El paso entre las montañas que daba acceso a la cuenca de Banbaluna, antaño cubierto de viejos robles, extensos pinares y robustas encinas, era ahora un erial calcinado sin rastro de los ciervos o los jabalíes que habitualmente salían huyendo al paso de los viajeros.

Atravesaron una aldea desierta donde su olfato se vio atacado por la pestilencia que desprendían los cadáveres calcinados de varios cerdos en descomposición. Uno de ellos, atrapado entre los maderos de una cerca, había sido devorado por las llamas mientras trataba de huir. Parecía mirarlos fijamente desde la distancia, lo que llamó la atención de Musa, pero no pudo contener una náusea cuando descubrió que lo que parecían ojos no eran sino un festín de diminutos gusanos blanquecinos que se retorcían en las cuencas vacías. En adelante rodearon las pequeñas aldeas con las que se encontraban, y hubieron de alimentarse sólo con la carne seca y el pan que cargaban en una de las mulas.

Llegaron a Banbaluna cubiertos con una capa de ceniza gris procedente de los campos abrasados. En los rostros de los vascones que encontraban en las calles abarrotadas se adivinaba una mezcla de resignación y alivio. Musa también creyó percibir, cuando les reconocían por su atuendo, miradas de reproche y hasta de rencor: al fin y al cabo eran tan musulmanes como aquellos que acababan de devastar sus campos.

Cuando Musa tuvo a Enneco ante sí vio a un hombre más envejecido, pero su mirada traslucía aquella determinación que había despertado su admiración cuando apenas era un niño. Su abrazo fue enérgico y prolongado y se retiró para que Musa saludara a Fortuño y a Toda, pues García se encontraba ausente y se reuniría con ellos más adelante. Musa y sus hombres tuvieron la oportunidad de disfrutar de un buen baño en el viejo *hammam* mandado construir por su hermano Mutarrif en la época en que fue gobernador de Banbaluna y, una vez despojados de la ceniza que tiznaba sus

cuerpos, saciaron su apetito sentados a la mesa con algunos señores vascones, viejos conocidos. A Musa no le pasó desapercibido el protocolo que comenzaba a observarse en la disposición de los asistentes. A diferencia de ocasiones anteriores, Enneco tenía reservado un lugar en la presidencia, nadie tomó asiento hasta que él lo hizo y no se le interrumpió durante sus intervenciones.

García se presentó una vez iniciada la cena, se acercó a saludar a Musa y ocupó un lugar cerca de su padre. Se habló de temas triviales mientras duró la comida, regada con un buen vino, aunque menos abundante que en otras ocasiones, porque la cosecha de uva se había perdido. Musa no lo probó y por eso cuando Enneco se dirigió a él no mostraba los signos de euforia que se veían en otros comensales.

—Estamos impacientes por conocer los términos exactos de tu acuerdo con Muhammad. —Enneco iniciaba así la parte formal del encuentro, después de dar tres golpes en la mesa con su pesada copa.

Musa también adoptó un tono grave antes de responder. De hecho se sentía tenso e incómodo, y hasta ese momento había evitado hacer referencia al pacto.

—Su interés se centraba en volver a Qurtuba en compañía de esos rehenes. Su consideración en el alcázar debe ser grande... por unos soldados cualesquiera nadie estaría dispuesto a hacer concesiones como las que ha hecho Muhammad.

—Pero debes abandonar Tutila... —dijo uno de los vascones.

—Estoy dispuesto a hacerlo si con ello consigo evitar más sufrimiento. Se puede conducir a los Banu Qasi desde Arnit, como se hizo antaño.

—Entonces, ¿es cierto que has conseguido eso que vosotros 11amáis... *aman*? —dijo García pronunciando el nombre con vacilación.

—Es cierto. Pasará tiempo hasta que el canje de unos simples rehenes valga una paz..., y la vuelta a las relaciones con el emir...

—Y un valiato —concluyó García.

Musa no respondió, pero observó en García un tono de voz displicente.

—¿El pacto incluye a Pampilona?

—Así se lo planteé. Sin embargo...

—¿No aceptó? —dijo García.

—No es eso..., pero puso otras condiciones.

Todos habían fijado su atención en Musa y en lo que iba a decir a continuación.

—Reclama el pago de setecientos dinares de oro anuales para dejar a Banbaluna al margen de sus correrías.

Al escucharlo, un murmullo de sorpresa se adueñó de la sala. Pero fue García quien más acusó la sorpresa. Primero se puso pálido, y a continuación su rostro quedó cubierto por una veladura carmesí.

—¡Por los clavos de...! ¡Setecientos dinares de oro! —gritó—. ¡De ninguna manera aceptaremos la humillación de pagar tributo a un musulmán que acaba de

arrasar nuestras tierras!

Los movimientos de cabeza de los vascones parecían apoyar esta opinión.

—Deberíamos estar contentos por haber podido sortear la grave situación en la que nos encontrábamos sin la destrucción de nuestras ciudades —intervino Enneco para tratar de calmar los ánimos.

Sin embargo, García se enfrentó a él.

—Padre, eres el rey de Pampilona, coronado sobre el altar de nuestra catedral. ¿Pretendes que tu riqueza sirva para financiar a un infiel que lucha contra cristianos, contra tu fe?

—¡García! ¡Hemos hablado muchas veces de ese asunto! ¡Sabes perfectamente lo que pienso al respecto!

Hizo una pausa, con la mirada fija en su hijo.

—¡Nos ha costado mucho conseguir lo que tenemos! ¡No podemos volver a la sumisión ante un rey musulmán que se encuentra a cientos de millas de distancia!

Enneco se puso en pie e indicó a su hijo que hiciera lo mismo.

—Perdonadnos —musitó—. Debo mantener con mi hijo una conversación que he retrasado demasiado tiempo.

Padre e hijo se retiraron a la sala contigua, y Enneco esperó a que se hubieran cerrado las puertas.

—Hijo mío, tengo fe en Musa. Estoy seguro de que los términos del acuerdo que ha alcanzado son los más convenientes para los intereses de nuestro reino.

—¿Estás seguro, padre? ¿Para los intereses de Pampilona o para la ambición personal de mi tío?

—¡García! ¡No consiento que hables así de él en mi presencia! Musa ha hecho más por la existencia del reino de Pampilona que cualquiera de nosotros, más que yo mismo incluso.

—Musa es tu hermano, padre, pero es un musulmán. Su lealtad está cuando menos dividida, y en este caso creo que pesa más su inclinación hacia su Dios que hacia su sangre.

—¿Crees eso de verdad, García? —preguntó Enneco con tono de desánimo.

—Firmemente, padre.

Enneco pareció meditar las palabras de su hijo.

—¿Y qué propones? —dijo al fin—. Sabes que negarnos al pago de ese tributo nos expone a las represalias del emir, y esta vez no se va a conformar con arrasar nuestros campos y aldeas.

—Disponemos de muchos meses para preparar una buena defensa: hasta la llegada del buen tiempo el emir no puede lanzar una nueva aceifa contra Pampilona. Deberías pedir ayuda al nuevo rey de Asturias, a Ramiro I: con el apoyo de sus fuerzas podremos hacerle frente.

—¡Ramiro nunca apoyará una causa a favor de Musa!

—Lo cual confirma que Musa es un obstáculo para nuestros intereses, padre. —García remarcó cada una de las sílabas.

Enneco parecía realmente abatido.

—Tus palabras son injustas —dijo al fin—. Mientras yo siga siendo el rey, Musa será considerado un amigo de nuestro pueblo y tratado como tal. Mantengo la máxima confianza en su lealtad y en su inteligencia.

—Padre, un rey debe mantener alta la cabeza. Tu pueblo no te elevó sobre el pavés para que acabes bajo la bota de un sarraceno.

Pero ¿no lo ves claro, padre? Debes negarte al pago del tributo. El honor de los vascones está en juego.

Enneco recapacitó durante unos instantes.

—Déjame que hable con Musa.

—Hazlo, padre..., por favor.

Un momento más tarde era Musa el que conversaba en privado con su hermano.

—Ya has oído a mi hijo, Musa. Afirma que no debiste aceptar ese trato.

Musa se limitó a asentir.

—Si te soy sincero, creo que no he sabido transmitirle los valores que a mí... que a nosotros nos han movido. Tú y yo siempre hemos puesto los lazos de sangre por encima de las diferencias religiosas, pero con García es distinto. Ni su madre ni yo somos musulmanes, y su estrecha relación con Willesindo, el obispo, le está haciendo recorrer el camino hacia la intransigencia.

—No debes culparte. Ninguno de los dos somos ya jóvenes, y conocemos bien la naturaleza humana. La actitud de tu hijo es previsible.

Enneco hizo una pausa prolongada, como si dudara en seguir sincerándose.

—Temo el momento en que deba dejar en sus manos el gobierno de la ciudad... y no tardará mucho en llegar. Ya soy un hombre viejo, Musa. Te llevo casi veinte años. Sé que no debo enfrentarme abiertamente con él, porque eso podría suponer nuestra ruptura definitiva.

Musa asintió de nuevo, comprensivo.

—Quizá mi hijo tenga razón, Musa.

—Nuestro hermano Fortuño piensa lo mismo —dijo Musa—. He visto su expresión en la mesa. Ambos creen que debemos luchar.

—Velasco también apoyará el enfrentamiento con el emir.

—De la misma forma que estaría dispuesto a entregar Pampilona al control franco a la primera oportunidad —ironizó Musa.

—Si rechazamos ese pacto... arriesgamos todo lo que hemos construido durante tantos años, Musa, pero no es la primera vez que lo hacemos. Con los francos nos

sonrió la fortuna. ¿Por qué no iba a hacerlo con los cordobeses?

No hizo falta mucho tiempo para decidir. Escuchados todos los presentes, fue Enneco quien, solemnemente, pronunció en voz alta el resultado de la discusión:

—No pagaremos esos tributos.

Capítulo 17

Año 843, 228 de la hégira

Hacía poco más de veinte días que Abd al Rahman había abandonado su palacio para trasladarse al Fahs al Suradiq, un vasto terreno al norte de Qurtuba que era utilizado para la concentración de las tropas antes del inicio de las aceifas. Como en ocasiones anteriores, la partida del monarca hacia el campamento había dado lugar a entusiastas manifestaciones de lealtad entre sus súbditos, y de hecho había atravesado la capital a caballo en medio de un fastuoso cortejo, seguido por un brillante desfile militar. Ya el viernes anterior había tenido lugar en la mezquita mayor la ceremonia de *adq al aluiya*.

A Abd al Rahman le gustaba vigilar personalmente los costosos preparativos después de haber diseñado la campaña con sus generales, y lo hacía aunque no fuera a tomar el mando directo de la aceifa. Con más razón en esta ocasión en la que sí pensaba hacerlo, aunque fuera a hacerse acompañar por sus dos hijos Muhammad y Al Mutarrif.

La leva de efectivos en las diferentes coras había sido especialmente eficaz este año, y allí se hallaban reunidos todos ellos, dispuestos para la partida. También los informes sobre el estado de las cosechas en las regiones que habrían de atravesar eran muy favorables, pues las lluvias de primavera habían sido generosas y, gracias a los molinos transportables, no faltaría el pan para alimentar a todas las tropas.

Habían sido tres semanas de actividad febril en el campamento: sólo para transportar esos molinos se precisaban cincuenta mulos, pero había que acarrear baterías de cocina, utensilios de aseo, herramientas y hasta los grillos con los que se habría de encadenar a los enemigos..., o a los propios soldados sorprendidos en delito.

Sólo en el campamento de Abd al Rahman habrían de levantarse cien tiendas para alojar a los *fatas* de su ejército, con la impedimenta formada por colchones, ropas y tapicerías, además de varios lujosos pabellones destinados a acoger huéspedes y embajadas.

Por último quedaba el material de guerra, que ya descansaba dispuesto en centenares de arcas y fardos: flechas, cotas de malla, arcos, ballestas y almajeneques, aceite y estopa, más las máquinas de guerra necesarias para el asedio.

Sólo sus generales más cercanos conocían el destino de la aceifa. Un sordo malestar se apoderó de él al recordar el motivo de la campaña: aquel arrogante muladí al que había considerado un buen amigo y que ahora se había vuelto contra Qurtuba. Aunque en realidad la campaña no iba dirigida contra sus dominios, sino

que atravesaría el Uādi Ibru para atacar más al norte, en tierra infiel, en la capital de aquellos orgullosos vascones que no habían aceptado la oportunidad que les brindara su hijo Muhammad unos meses atrás.

García Íñiguez había convocado a su buen amigo Galindo, casi un hermano, pero no lo había hecho en las dependencias del castillo, sino en las caballerizas. A lomos de sus caballos descendieron hacia el río con la aparente intención de ejercitar sus músculos y los de sus monturas, y sacar al muchacho del continuo abatimiento en que lo había sumido la pérdida de sus padres.

—Sé que es duro, pero no conseguirás nada encerrándote en ti mismo. Me resultas demasiado valioso para prescindir de ti —dijo García al tiempo que le daba un afectuoso empujón.

—No consigo quitar su imagen de mi mente —respondió Galindo—. Sé que mi padre murió de forma honrosa, luchando contra los infieles, pero...

—Entiendo tu dolor —aseguro García.

—Y mi madre... —siguió Galindo con la voz rota—. Siento deseos de salir hacia Qurtuba y buscarla por mí mismo.

—Debes tener paciencia. Sabes que mi padre hará lo necesario para negociar su liberación con el resto de los rehenes. Estoy seguro de que la verás de nuevo. —García pensó que aquél era el momento, y buscó la forma más efectiva de hacerlo—: Al menos tienes la esperanza de poder verla. Con tu padre no tienes ni un lugar donde poder venerar sus restos.

La frase surtió el efecto deseado, y Galindo se volvió sobre el caballo.

—Enneco dijo que su cuerpo había sido enterrado en las proximidades del castillo, bajo un túmulo hecho con piedras.

García lo miró con expresión compasiva.

—Quizá sea tiempo de que conozcas la verdad. Esos bastardos infieles no permiten que los cristianos demos digna sepultura a nuestros muertos, y por eso cortan sus cabezas. La de tu padre estuvo clavada en una pica hasta que las alimañas hicieron su trabajo.

El caballo de Galindo se detuvo y un gemido salió de su garganta. Su cuerpo se dobló hasta rozar con la cara las crines del animal.

—¿Por qué Enneco me lo ocultó? —preguntó con el rostro congestionado por la rabia y el dolor.

—Supongo que para no aumentar tu sufrimiento.

García dejó que Galindo siguiera adelante durante un buen rato rumiando su dolor y sus sentimientos de venganza, hasta que llegaron a una pradera que se extendía a lo largo de la ribera del Uādi Aruad. Un gesto de la cabeza mientras señalaba al frente con su mano le bastó a García para retar a Galindo, como solían hacer.

—Hasta aquellos olmos —señaló.

Pusieron a sus monturas a galope sobre el terreno aún blando por las recientes lluvias hasta el lugar que García había marcado.

—Es evidente que he perdido facultades en estas semanas —reconoció Galindo.

—Hacía mucho tiempo que no te sacaba dos cuerpos de ventaja. —García respiraba fatigosamente.

—Prometo ejercitarme más en adelante.

—Creo que la misión que te encomendaré te servirá para retomar la buena forma con el caballo. Vas a emprender un largo viaje.

La actividad de García Íñiguez había sido incesante después de evitar el pago de aquellos setecientos dinares que Muhammad había exigido a cambio de la paz. La negativa a hacerlo constituía una declaración de rebeldía y abocaba a los vascones a un nuevo enfrentamiento con el poderoso ejército de Abd al Rahman, pero esta vez no estaba dispuesto a contemplar desde las murallas cómo los sarracenos aplicaban la tea sobre sus cosechas, robaban sus ganados y secuestraban a sus mujeres. Sin duda era voluntad de Dios que los cristianos unieran sus fuerzas para derramar la sangre de aquellos infieles. El propio obispo Willesindo, su buen amigo, así lo reclamaba. Incluso había tenido ocasión de leer una carta del mismo papa Gregorio en la que exhortaba a sus fieles a hacer frente a la amenaza del islam y a rechazar cualquier tipo de pacto, pues no eran sino el origen de cuantos males acuciaban a la Cristiandad.

Afortunadamente sus desvelos estaban dando los resultados deseados. A espaldas de su padre, había enviado a Galindo a Asturias para convencer al rey Ramiro de la necesidad de luchar juntos, y su amigo había puesto todo su empeño en ello, a juzgar por la respuesta que tenía en sus manos, de puño y letra del propio monarca. Ramiro I era un hombre inteligente y había sabido comprender que una derrota de los vascones y del propio Musa dejaría a Qurtuba el camino libre hacia el norte.

A mediados de Sawal, el ejército más nutrido que se hubiera visto jamás en aquellas tierras se había reunido en los altos que daban acceso al valle donde se asentaba Banbaluna, lugar elegido para presentar batalla a las tropas de Abd al Rahman. La fortaleza situada en la ladera oriental del valle[32] servía como centro de reunión: allí se encontraban Enneco, García Íñiguez, Fortuño y Galindo por parte de los pamploneses, Musa y sus cuatro hijos como representantes de los Banu Qasi, García el Malo y su hijo Galindo de los *sirtaniyin* y tres nobles enviados por Ramiro desde Alaba, Al Qila y la propia Asturias, legados de los *yilliqiyin*. A última hora, convocado también por García, hizo su aparición el viejo Velasco el Gascón, con un

centenar de hombres a caballo.

Los informadores hacían bien su trabajo y regularmente llegaban noticias sobre el avance de las tropas del emir. Porque esta vez era el propio emir el que se encontraba al frente de su ejército, como habían podido ver con sus propios ojos. También habían oído, infiltrados entre los soldados como comerciantes, barberos o herradores, que viajaba acompañado por dos de sus hijos, cada uno al frente de una unidad del ejército.

—Eso puede dar idea de la importancia que concede a esta campaña —advirtió Enneco.

—El número de las tropas también aumenta, a medida que se incorporan efectivos en las ciudades que atraviesa —confirmó García Íñiguez.

—Y aún han de sumar las fuerzas reclutadas desde Saraqusta —observó Fortuño.

—A estas alturas y a deben haberse incorporado, después de vadear el Uādi Ibru.

Musa y sus hijos se mantenían un tanto apartados de la conversación. No hacía mucho tiempo que se les había advertido de la llegada de los efectivos de Ramiro para luchar junto a ellos... y Musa no encajó bien la noticia. En dos años iba a pasar de luchar contra Ramiro bajo la obediencia del emir, a luchar contra Abd al Rahman al lado de los asturianos. Y lo que le resultaba insufrible era tener que compartir mesa con Velasco, aquel ser traidor y despreciable. Pero a medida que llegaban noticias de la envergadura de la aceifa que estaba en marcha, comprendió que cualquier ayuda sería poca para contener la fuerza devastadora de aquel ejército, y al menos la ausencia del propio Ramiro hacía la situación más soportable.

El encuentro se produjo una semana antes del fin de Sawal.

Los dos ejércitos quedaron a la vista y enfrentados al amanecer, en una mañana despejada pero fresca tras la tormenta que había descargado la tarde anterior. El olor a tierra mojada aún impregnaba el ambiente, mezclado con el aroma del romero, el tomillo y la lavanda. El sol se elevó tras las montañas y dio color a la escena que se desarrollaba a sus pies, en la llanura, haciendo visible el contraste entre la uniformidad de los estandartes blancos de los omeya y la variedad de insignias de colores azur, verde o bermellón que les hacían frente.

El primer ataque partió de las filas musulmanas en forma de una rápida carga de caballería. Los jinetes se lanzaron hacia delante con su estilo de montar inconfundible, el estribo corto y las rodillas en cogidas guiando al caballo, lo que les dejaba las manos libres para el manejo del arco, las lanzas o los venablos. El ataque fue repelido por las primeras líneas de soldados pamploneses, apostados en el suelo rodilla en tierra, protegidos con sus escudos completos y las lanzas dirigidas hacia delante y apoyadas en el suelo, a su espalda. Los arqueros dispararon por encima de sus cabezas, y algunos de los jinetes cayeron abatidos. Las flechas y lanzas

musulmanas chocaron en su mayor parte con los escudos que protegían a los sóida dos, aunque algunas de ellas encontraron su objetivo y produjeron las primeras bajas.

Abd al Rahman repitió en varias ocasiones el *karr ua-farr,* la vieja táctica de las cargas de caballería seguidas de bruscos repliegues, pero una hora después el balance era claramente negativo para su ejército por la solidez defensiva de los cristianos.

Alentados por el favorable inicio, Enneco dio la orden de ataque, alzando el estandarte azur en el que destacaba la cruz plateada. Sus hombres avanzaron en hileras prietas, pesadamente armados y bien protegidos, salvando a pie la no poca distancia que les separaba de los musulmanes, tratando de romper con su empuje la resistencia de los infantes cordobeses, algo que con gran esfuerzo parecía que iban a conseguir. Sin embargo, pronto comenzaron a hacer mella el cansancio de la carrera y el peso de las armas, mientras los musulmanes no daban muestra alguna de flaqueza, de forma que Enneco ordenó la retirada hacia las posiciones iniciales.

La jornada vivió nuevos embates que poco a poco fueron dejando el campo de batalla sembrado de cadáveres y heridos que agonizaban bajo el calor inclemente de la canícula... y sin embargo no había un claro vencedor. Las horas centrales del día trajeron una pausa en la que se reorganizaron las filas y se discutieron nuevas estrategias, pero al empezar a declinar el sol ambos ejércitos parecían preparados para el asalto definitivo.

Los del norte fueron los primeros en mover sus filas, y lanzaron un ataque masivo con todas las fuerzas disponibles contra el ejército musulmán. En un primer momento, parecieron abrir brecha, pero una vez establecido el combate cuerpo a cuerpo la infantería musulmana se retiró a derecha e izquierda, con lo que permitió el paso a campo abierto de la caballería, que chocó así con los cristianos a caballo que se habían mantenido en segunda fila. La ligereza de su equipo y la agilidad de sus movimientos acabó proporcionando a los musulmanes la ventaja necesaria para decidir la batalla. Si Enneco y sus hombres pensaron en ordenar una nueva retirada, vieron sus intenciones desbaratadas por la sorprendente acción de los cordobeses: Muhammad por el flanco derecho y Al Mutarrif por el izquierdo iniciaron un movimiento envolvente que cerró cualquier posibilidad de escape a los aliados, y todos supieron que, a partir de ese momento, la lucha era a muerte.

Fortuño resultó acorralado con un centenar de sus caballeros, que cayeron uno tras otro bajo la lluvia de flechas y certeros venablos de sus sitiadores. Musa se percató de la situación desesperada de su hermano y trató de acudir con un grupo de jinetes en su ayuda, pero sólo consiguió acercarse lo suficiente para contemplar cómo un mortífero golpe de alfanje lo derribaba del caballo con la cabeza seccionada.

Trastornado por la visión, destrozado hasta la náusea, siguió empuñando su espada, tratando de dar órdenes a sus hombres en medio de aquel infierno. Las monturas pisoteaban no sólo a los cadáveres extendidos sobre la pradera, sino

también a los desdichados que habían quedado heridos sin posibilidad de movimiento. Trató de salir de aquel degolladero avanzando hacia lo alto de la loma más cercana, pero en ese momento su caballo dejó de responder a las órdenes que le transmitía con las riendas, pero también con sus piernas. Cuando vio la lanza que atravesaba el cuello del animal ya era tarde para sacar los pies de los estribos e intentar descabalgar. Agonizante, el caballo se desplomó sobre su costado, y la pierna de Musa quedó atrapada bajo aquel peso muerto, presa de los estertores y las convulsiones anteriores a la muerte.

Trató de liberarse, pero el dolor y el agotamiento se lo impidieron. Resignado, apoyó la cabeza en el suelo a la espera del golpe mortal que acabara con su vida.

En lugar de ello, sintió cómo alguien tiraba de él sujetándolo por debajo de los brazos. Dos de sus hombres se habían apercibido de la situación y, aunque a duras penas, consiguieron liberarlo. Descalzo y con una profunda herida en la pierna que sangraba copiosamente, se puso en pie y trató de valorar la situación. Quedaban pocos jinetes pamploneses sobre sus monturas, y los infantes retrocedían batiéndose con las pocas fuerzas que les quedaban. No veía a Enneco, ni a García..., ni a ninguno de sus hijos. La angustia más lacerante se apoderó de él y, cojeando, trató de salir del campo de batalla. Alcanzó un pequeño bosquecillo que le proporcionaba cierta protección y, a rastras, se internó varios codos en él antes de que las fuerzas lo abandonaran definitivamente, para caer rendido al suelo.

Desde su posición observó cómo, a cierta distancia, un caballero cristiano se dirigía en actitud de sumisión con un grupo de hombres hacia..., un general omeya... No, sin duda aquel hombre ricamente ataviado era..., el propio Abd al Rahman. Antes de perder la conciencia tuvo tiempo de reconocer al caballero que solicitaba el *aman* del emir: era la figura inconfundible de Velasco el Gascón. Y también vio a un guerrero musulmán que se dirigía hacia él. Había sido descubierto. Se encomendó al Todopoderoso, y dejó reposar de nuevo la cabeza sobre la hierba seca.

Cuando recobró el conocimiento era de noche, y sólo la débil luz de la luna permitía percibir lo que había a su alrededor. Trató de incorporarse sobresaltado, pero una mano firme se lo impidió, y la angustia se apoderó de él.

—Tranquilo, padre. Soy Ismail.

—¡Ismail! ¡Allah sea loado! ¿Estás bien, hijo mío?

—Todo lo bien que se puede estar, padre. Pero no estoy herido.

De repente un torbellino de preguntas se amontonó en su cabeza.

—¿Y tus hermanos? ¿Qué ha sido de ellos? ¿Y Enneco?...

—Luché junto a Fortún hasta que fue herido..., un corte en el brazo. Fue retirado hacia la retaguardia, a pesar de sus intentos por seguir en la lucha. De Lubb y Mutarrif no tengo noticias. Tampoco de Enneco ni de Fortuño.

—Fortuño ha muerto... —dijo con una punzada de dolor.

Ismail apretó inconscientemente la mano de su padre, pero prefirió desviar la conversación.

—He vendado tu herida, pero has perdido mucha sangre. Temo que empeore si no se trata pronto.

—Cuando amanezca busca semillas de llantén. No faltarán en esta época. Eso cortará la hemorragia. Y luego tráeme telas de araña: yo mismo las aplicaré sobre la herida.

—Haré lo que me dices... ahora trata de descansar.

Con las primeras luces Ismail salió del bosquecillo a cumplir con el encargo, y regresó con el llantén y algo más: perdida entre la espesura había encontrado una mula que traía sujeta por el ronzal.

—Es musulmana, a juzgar por la silla y la cabezada —dijo contento—. Y mira lo que lleva en el morral. Metió la mano dentro y sacó un buen mendrugo de pan y una porción de queso—. Allah todavía no nos ha abandonado, padre...

En los días siguientes, Musa e Ismail evitaron los lugares habitados y sobrevivieron en el monte mientras avanzaban hacia Banbaluna. Cuando al final la divisaron desde lo alto, vieron una ciudad en llamas y semidesierta, con las *haymahs* y pabellones musulmanes plantados ante sus muros. Las puertas eran un ir y venir de soldados que arrastraban todo cuanto pudiera transportarse, incluidas mujeres y niños destinados al mercado de esclavos de Qurtuba, donde las vasconas eran tan bien valoradas.

Dos días más tuvieron que esperar ocultos en la espesura, alimentándose con hierbas, acerolas y bellotas, hasta que Abd al Rahman tomó el camino del sur cargado con el suculento botín procedente de una ciudad que hasta entonces siempre había sido respetada por las incursiones de su ejército.

El sol estaba alto cuando los caballos y el ganado que ocupaban la retaguardia se perdieron de vista en su camino hacia el Uādi Ibru, y fue entonces cuando los vascones derrotados comenzaron su lento regreso. Ismail urgió a su padre a entrar en el recinto amurallado, preocupado por el estado de su herida, pero Musa insistió en esperar hasta la siguiente mañana por precaución.

Al amanecer, Ismail ayudó a su padre a subir sobre la mula, y no mucho tiempo después atravesaban la puerta de Banbaluna. En muchas de las viviendas sólo los muros de piedra quedaban en pie. Las vigas de madera aún humeaban y el olor a carne quemada lo invadía todo. De nuevo se toparon con decenas de cadáveres de cerdos calcinados, porque el resto del ganado había iniciado el largo trayecto hasta Qurtuba, y les sorprendió el llamativo silencio que reinaba en las calles. Avanzaron con dificultad entre los escombros en dirección a la parte alta, donde se alzaba la

fortaleza que en tiempos fue alcazaba. No parecía haber sido violentada y sus dependencias se estaban convirtiendo en improvisado hospital, a juzgar por los heridos que eran conducidos hasta el interior sobre toscas parihuelas.

Musa apretó con fuerza los dientes al bajar de la montura y apoyó en el suelo su pierna herida. Hubo de aceptar la ayuda de Ismail para acceder al interior, y tuvieron que esperar su turno sentados junto a un muro, entre los quejidos de dolor de quienes habían tenido la fortuna de llegar hasta allí. Por fin fue atendido por una mujer madura y corpulenta, que no se anduvo con miramientos. Musa arrugó la cara en un gesto de dolor contenido cuando ésta le quitó la venda para examinar la herida con aire experto. Retiró los restos de hierbas, sangre reseca y telas de araña ennegrecidas y frunció la nariz. A continuación cogió un trozo de tela que había sido blanco, lo empapó en un cuenco y lo escurrió con sus gruesas manos antes de acercarlo a la cara de Musa.

—Abre y muerde —ordenó.

El líquido le inundó la boca y al punto Musa identificó el conocido sabor del opio.

La mujer se inclinó entonces sobre el herido que se encontraba a su lado, quizá para dejar que la droga hiciera su efecto.

—'¿No hay médicos? —preguntó Ismail.

La mujer se volvió y lanzó una risotada.

—Los que no están muertos están en otras salas... amputando miembros y ocupándose de heridos verdaderamente graves.

—¿Y tú? ¿Qué sabes de sanar heridas? ¿Conoces las hierbas?

—Sé lo que me enseñó mi madre, que no es poco... aunque, como ella, haya tenido que practicar mis artes en secreto. Si hubiera llegado a oídos del obispo Willesindo, a estas horas puede que ya hubiera sido acusada de brujería. Pero ahora eso no importa...

Mientras lanzaba su perorata, la mujer regresó junto a él y tomó otro trozo de tela, lo sumergió en un barreño de cerámica con agua limpia y comenzó a lavar la herida. Hizo un gesto hacia el trapo que Musa apretaba entre sus dientes y tomó un pequeño y afilado cuchillo, con el que empezó a retirar todos los restos ennegrecidos del borde. Musa emitió un gemido sordo y su rostro se congestionó mientras los músculos de su mandíbula se tensaban sobre la tela. Tomó un nuevo trozo de lienzo y lo colocó encima de la herida.

—Aprieta ahí —ordenó a Ismail.

Desapareció en la sala contigua y regresó al momento con dos cuencos de barro cocido. Quitó el apósito y vertió el líquido del primero sobre el corte. El olor a algo parecido al vino agrio se extendió por la sala y el gemido de Musa se convirtió en un sonoro quejido.

—¿Cuál es el nombre de tu amigo? —preguntó.

—No es mi amigo... es mi padre, y su nombre es Musa.

La mujer tomó con los dedos el ungüento verdoso del segundo cuenco y lo aplicó generosamente, sin hacer caso del rostro de su paciente, abrumado por el dolor.

—Extraño nombre —dijo—. ¿Es árabe? ¿Qué significa?

—Sí, es árabe. Y significa Moisés —explicó Ismail.

Acabó de extender el ungüento, colocó un nuevo trozo de tela doblado en varios pliegues y lo sujetó a la pierna con largas tiras de lienzo, antes de retirar sin contemplaciones el trapo de la boca de Musa.

—¡Listo! Podéis marcharos. Necesito el sitio libre.

El opio sólo empezó a hacer efecto cuando salían al patio de la fortaleza, y Musa maldijo para sus adentros las prisas de la mujer. Sin embargo, el alivio le hizo olvidarlo pronto y pudo centrarse por fin en su verdadera preocupación. Con sorprendente soltura, se encaminó junto a Ismail a la parte noble del castillo, donde el guardia recién repuesto no fue capaz de reconocerlos.

—Soy Musa, hermano de Enneco, vuestro señor.

El soldado hizo un precipitado gesto de saludo mientras se retiraba para dejarles paso.

—Se encuentra en sus dependencias, bajo la torre principal, al otro lado del patio —dijo con gesto circunspecto.

—¿Está malherido, acaso? —preguntó Musa.

—Hay un médico con él, y también se encuentran aquí varios de sus familiares.

Musa pensó en indagar quiénes eran esos familiares, pero prefirió comprobarlo por sí mismo. Atravesaron el patio y accedieron al edificio principal, donde se encontraba la sala que servía como refectorio y salón de reuniones. Al abrir la gran puerta de roble vio la sorpresa reflejada en todos los asistentes. Allí estaban Fortún con un brazo entablillado, Lubb y Mutarrif y García Íñiguez. Faltaban el propio Enneco, Galindo, García el Malo... y Fortuño.

—¡Padre! ¡Ismail! —gritaron casi al unísono los tres hijos de Musa.

—Temíamos por vosotros. No teníamos ni la más mínima noticia de vuestro paradero. ¿De dónde salís? —preguntó Mutarrif al tiempo que abrazaba a su hermano sin poder disimular su alegría.

—Batimos el campo de batalla... en vuestra busca —dijo Lubb en tono más quedo, sin atreverse a decir qué era lo que habían buscado exactamente.

—Nuestro padre cayó herido y afortunadamente pude dar con él —explicó Ismail —. Nos refugiamos en el bosquecillo que comenzaba en la parte oriental del campo, y hemos permanecido este tiempo ocultos en el monte.

—¿Encontrasteis a Fortuño? —preguntó Musa.

García se adelantó en la respuesta:

—Fortuño ha muerto.

—Lo sé, García. Ocurrió ante mis ojos.

—Su cabeza adornará la orilla del río de Qurtuba —dijo Lubb—. Era una de las que portaban como trofeo a su regreso.

Un espeso silencio siguió a sus palabras. Pero Musa aún tenía muchas preguntas que hacer.

—¿Qué ha sido de los demás?

De nuevo fue García quien respondió.

—Mi padre se encuentra en sus aposentos, junto a mi madre. Un médico lo examina en estos momentos. Está gravemente herido.

—¿Se recuperará?

García se encogió de hombros, con gesto afectado.

—Fue derribado del caballo por una lanza. Afortunadamente el escudo y la cota de malla evitaron que la lanza penetrara, pero cayó sobre una piedra..., el médico teme que se haya fracturado la espalda. No mueve las piernas, y no siente dolor.

—¿Y tu cuñado, García el Malo?

—Fue herido, igual que Galindo, pero sus heridas curarán. Nunila se ocupa de ellos.

—¿Dónde se encuentra tu padre?

—Yo te acompañaré —ofreció García mientras se dirigía a la puerta.

Musa aún se entretuvo con sus hijos un breve instante.

—¿Habéis enviado noticias a vuestra madre?

—No hemos tenido valor, padre —repuso Fortún.

Musa asintió.

—Ocupaos de que parta un correo esta misma mañana.

Fortún pareció vacilar.

—Padre... si te parece puedo hacer algo mejor. Ya no tiene sentido que permanezca más tiempo aquí, y en Tutila quizá sea necesaria mi presencia. Puedo partir hoy mismo.

Musa reflexionó un instante.

—Haz como dices. Eso me permitirá demorarme aquí un tiempo más.

Luego se dirigió a Lubb y a Mutarrif.

—Vosotros seguid ocupándoos de reagrupar a nuestras tropas y preparar el regreso. Aseguraos de que los cadáveres de nuestros hombres sean identificados: les daremos sepultura como marca el precepto en el antiguo cementerio musulmán... el viernes.

Musa entró en la estancia en que reposaba su hermano acompañado por García e Ismail. Toda se levantó al verlos como impulsada por un resorte.

—¡Oh, Musa, Ismail! ¡Gracias al Cielo! Temíamos por vuestra vida.

Se abrazaron emocionados, y Musa señaló al lecho con un gesto.

—¿Cómo está?

Toda negó con la cabeza, y las lágrimas cayeron hasta la comisura de sus labios.

—El médico está con él. Dice que no responde, no hay señales de mejoría.

—¿Duerme?

Toda negó de nuevo, y Musa se acercó a la cabecera del lecho, saludó al físico con un movimiento de cabeza y tomó a su hermano de la mano.

—¡Enneco!

El herido abrió los ojos y tardó un instante en reconocerlo, pero sus ojos se iluminaron de repente.

—¡Musa! ¡Estás vivo...! ¡Ismail, hijo mío! ¡Temía haberme quedado sin hermanos! ¡Puedo aún dar gracias a Dios!

Su mano apretaba ahora la de Musa con una fuerza inusitada.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con voz queda.

—Temo que no volveré a montar encima de un caballo, hermano.

Su voz se quebró durante un instante, pero hizo un esfuerzo por sobreponerse.

—Dios lo ha querido así, Musa. Debía haber llegado mi hora.

Musa negó con la cabeza.

—¿Qué dios, Enneco? ¿El tuyo o el mío? ¿Qué dios puede querer tanto sufrimiento para sus criaturas?

Detrás de Musa, García hizo un gesto de desagrado. Para él, profundamente creyente, aquellas palabras eran motivo de escándalo.

—¡Estábamos tan cerca de cumplir nuestro sueño, Musa!

—Aún no es tarde, Enneco. Tu Dios o el mío nos han conservado con vida —dijo esbozando una sonrisa.

—Tienes razón. Y quizá seamos capaces de transmitir nuestro viejo anhelo a nuestros hijos. —Miró fijamente a García—. Nuestro hermano Fortuño ha dado su vida por conseguirlo. Sólo pido al Señor que su muerte no haya sido en vano.

Musa pasó el resto de la mañana conversando con Enneco como no lo habían hecho en muchos años, mientras Ismail se reunía con sus hermanos. Después de un frugal almuerzo acudió a visitar a Nunila, que se ocupaba a la vez de su esposo García el Malo y de Galindo, cuyas heridas les obligaban a permanecer en cama, y a media tarde decidió acudir al improvisado hospital para comprobar si alguno de los suyos se encontraba allí.

Al atravesar la puerta de salida hacia el patio un nuevo oficial había sustituido al que había estado de guardia por la mañana, y éste pareció sorprendido.

Musa percibió extrañeza.

—¿Ocurre algo, muchacho?

—No tenía noticias de vuestra presencia aquí —respondió azorado—. Alguien ha estado preguntando por ti, pero no he sabido darle razón.

—¿Quién preguntaba por mí?

—Vestía de manera elegante, al estilo musulmán. Nunca lo había visto antes.

—¿Un comerciante?

—No tenía aspecto de comerciante. Sus maneras eran cuidadas, y por su forma de hablar... Pero creo que podrás encontrarlo. Ha dejado recado: se encuentra en las dependencias donde se trata a los heridos.

Musa atravesó el patio y regresó al lugar que había visitado a primera hora del día. Avanzó entre las filas de hombres que esperaban atención, o que debían permanecer allí después de recibirla, pero no distinguió a nadie que le resultara conocido.

Vio a la mujer que había curado su herida concentrada sobre el costado de un joven soldado y decidió acercarse.

—Disculpa, ¿sabes si alguien ha preguntado por mí desde esta mañana?

La mujer lo miró de arriba abajo, sin ocultar su extrañeza y sin dejar de hurgar con sus dedos desnudos en la herida que supuraba un líquido maloliente.

—¿Y qué sé yo quién...? —empezó.

Pero entonces pareció recordar algo.

—Espera... tú eres el que tenía ese nombre extraño... Moisés, ¿no es cierto?

—Musa —corrigió.

—¡Eso es! Sí, ha venido un hombre preguntando por un Musa. Me ha extrañado oír el nombre dos veces en el mismo día. Era un hombre árabe, elegante y refinado, de tu edad aproximadamente.

—¿Se ha ido ya?

—No, ha dicho que se quedaba a ayudarnos. Le he dicho que toda ayuda es bienvenida. No estará muy lejos... ¡Míralo, aquél es!

La mujer señaló a un hombre que se incorporaba del suelo, donde había estado aplicado sobre unas parihuelas, limpiando una herida. Aunque le daba la espalda, su figura le resultaba familiar, pero no conseguía identificarlo. El hombre comenzó a caminar en dirección opuesta a la de Musa, y éste lo siguió entre la confusión de camastros y gente apelotonada.

Se encontraba a diez codos de distancia cuando el hombre giró su rostro para desandar el camino, y Musa no tuvo ninguna duda. A pesar de los veinte años transcurridos, lo reconoció de inmediato, y un grito de gozo y sorpresa brotó de su garganta.

—¡Ziyab! ¡Ziyab ibn Hub!

—¡Musa!

Los dos hombres quedaron frente a frente, entre la indiferencia de los demás. Musa trató de abrirse paso a pesar del dolor en su pierna, que regresaba de nuevo con fuerza. Cuando por fin lo tuvo ante él, se agarraron por los brazos con una sonrisa de plena felicidad y se fundieron en un abrazo que parecía no tener final. Una vez se separaron, las lágrimas llenaban los ojos de ambos. Su alegría parecía fuera de lugar en aquella estancia llena de dolor, y Ziyab arrastró a Musa hacia el zaguán. Se miraron de nuevo, con gesto de incredulidad.

—¿Eres tú de verdad ? —dijo Musa sujetando a su viejo amigo por los hombros —. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Viajé con la comitiva de Abd al Rahman. Cuando tuve noticia del destino de la expedición, sugerí al emir la conveniencia de acompañarlo. Le propuse realizar entrevistas con estudiosos, abades y gentes de letras en las ciudades que debíamos atravesar, con el fin de descubrir nuevos fondos bibliográficos... y aceptó de inmediato.

—¿Y te has quedado?

—No he hecho planes. Lo único que me preocupaba era dar contigo... a ser posible vivo —bromeó.

Musa sonrió.

—Hace... más de veinte años, Ziyab.

—Desde la coronación del emir.

—Te hubiera reconocido entre un millón de hombres. Sólo esas sienes blancas han cambiado.

—Cincuenta y cinco años ya, Musa...

—Han cambiado mucho las cosas...

Ziyab miró a su alrededor, y su expresión se volvió sombría.

—Tendremos tiempo para hablar de eso... Ahora cuéntame, ¿qué ha sido de los tuyos?

—Mi hermano Fortuño ha muerto. Y Enneco está gravemente herido..., puede que postrado de por vida. Afortunadamente mis cuatro hijos están sanos y salvos, Allah sea loado.

—Lamento la suerte que han corrido tus hermanos. —Ziyab hizo una pausa y continuó—: Esto nunca debió haber ocurrido... Tengo muchas preguntas que hacerte, Musa..., pero éste quizá no sea el lugar más adecuado.

—Desde luego que no, Ziyab. Ven conmigo. ¡Espera que te vean mis hijos! Les he hablado tanto de ti...

Aquella noche pudieron saciar su apetito gracias a los nabos y la carne de venado y jabalí recién cazados por los soldados en los montes cercanos. La harina escaseaba, y tuvieron la suerte de poder disfrutar de un pedazo de pan con el que rebañar sus

platos. Ziyab y Musa compartían aposento y se retiraron pronto, con la intención de seguir la conversación que habían dejado pendiente.

—¿Por qué has venido? —dijo Musa sentado en uno de los camastros.

—Ya te conté que tenía sospechas de que mi correo era intervenido antes de salir de Qurtuba. Tuve que utilizar los servicios de un mensajero para asegurarme de que recibías mis noticias.

—Lo recuerdo.

—Pues bien, he indagado en la corte y por desgracia mis sospechas se han confirmado. Creo que has sido víctima de las intrigas de un grupo de generales cercanos al emir.

Musa hizo ademán de hablar, pero Ziyab lo cortó con un gesto.

—Aún hay piezas que no encajan, y quiero que antes de saber nada me cuentes con detalle lo ocurrido hace dos años, con ocasión de la aceifa que comandabas con el general Ubayd Allah.

Musa se acomodó en su litera y apoyó su espalda contra la pared encalada de la sencilla estancia mientras se tomaba un tiempo para poner en orden sus ideas.

—No hay mucho que contar, Ziyab, al menos nada que no sepas. Al principio sentí una gran satisfacción al comprobar que Abd al Rahman confiaba en mí para dirigir la expedición, pero el general Jazar ibn Mu'min convirtió esa dicha en desengaño cuando aseguró que su verdadera intención era arrojarme a las fauces de los cristianos para deshacerse de mí y establecer en nuestras tierras un gobierno dócil a Qurtuba.

—¡Pero eso no era cierto! —explotó Ziyab poniéndose en pie nervioso.

Musa no pareció sorprendido por su reacción.

—Durante este tiempo he tenido ocasión de reflexionar largamente, sobre todo después de aquella carta tuya que por fin llegó a mis manos. He atado cabos y también yo sospecho que caí en su provocación. La gota que colmó el vaso fue su negativa a repartir con mis hombres el botín que les correspondía.

—Escucha bien lo que te voy a decir, Musa. He tenido ocasión de hablar sobre ti con el emir, aunque al principio la sola mención de tu nombre lo enfurecía y debía dejar pasar el tiempo temeroso de que evitara mi presencia. No podía acusar a sus generales sin disponer de pruebas ciertas de su traición, si es que en algo estimaba mi cabeza. Por eso he venido hasta aquí.

—¿Cómo pude estar tan ciego? —Musa se llevó la mano a la frente y se atusó el cabello.

La pregunta de Musa iba más dirigida a sí mismo que a Ziyab, pero éste respondió:

—No conoces la corte del emir y sus intrigas. Ubayd Allah y Jazar ibn Mu'min debían tenerlo todo planeado ya antes de partir con la aceifa... pero también estoy

seguro de que no serían los únicos. La preferencia del emir por ti no era bien vista en muchos cenáculos cordobeses.

—Un muladí advenedizo —dijo Musa con tono despechado.

—No eres el único. Abd al Rahman se ha caracterizado desde su coronación por elegir para sus puestos de confianza a personas de valía, con independencia de su origen social o religioso. En eso ha seguido los pasos de su padre... recuerda los recelos que despertaba su *hayib*, Rabí ibn Teodulfo. Las elites árabes no soportan que gentes ajenas a la *jassa* accedan a puestos que según ellos les corresponden por derecho. Ubayd Allah y Jazar pertenecen a esa nobleza árabe, como la mayor parte de los generales del ejército.

—Mi rebelión debió ser festejada.

—No lo dudes. Abd al Rahman es buen conocedor de las intrigas que se gestan a su alrededor, así que se mostraba reacio a creer a esos dos. De hecho llegó a abrir un procedimiento contra ellos. Se resistía a tomar ninguna clase de medida contra ti. Pero en aquel preciso momento llegó la noticia de tu ataque contra Qala't Ayub y Daruqa.

Musa asentía a cada palabra de Ziyab, comprendiendo.

—Créeme, la llegada de esas noticias les salvó el pellejo... y provocó lo que ha venido después, con la ayuda además de la plana mayor de su ejército, que Ubayd Allah se había encargado de azuzar. Desde ese momento el único peligro para su conjura era mi relación contigo y la correspondencia que manteníamos.

—Un peligro que también supieron atajar...

—Ya te digo que pertenecen a influyentes familias cordobesas y controlan muchos resortes del Estado. No les resultaría difícil sobornar a un funcionario e intervenir nuestra correspondencia.

—Al no recibir tus cartas pensé...

—Quizás aquello fue para mí lo mejor que pudo suceder. Si no hubieran tenido éxito no habrían dudado en quitarme de en medio.

Musa sintió un escalofrío. A medida que se desarrollaba la conversación se mostraba más decaído. Ziyab pareció adivinar sus pensamientos.

—No te culpes, Musa. Tu forma de entender la política no incluye la conspiración y las malas artes.

—Caí de lleno en su trampa. Las provocaciones a nuestros soldados, las continuas insubordinaciones de Jazar en campaña, la negativa a repartir el botín... Ahora lo veo claro: todo estaba pensado para obtener... lo que al final yo les concedí. ¿Por qué en aquel momento no supe verlo, Ziyab? Mi actitud ha costado la vida a cientos... a miles de mis hombres... mi hermano entre ellos. Tanta destrucción por no saber contener mi orgullo, por hacer caso de las simples murmuraciones de unos militares de quienes debí haber sospechado.

—No te tortures, Musa. Quizá no sea tarde. Hay que conseguir que el emir sea informado de lo que ahora tú y yo sabemos.

Musa rio con amargura.

—No, Ziyab. Es demasiado tarde para eso. Abd al Rahman y yo nos hemos hecho demasiado daño para tratar de solucionar las cosas de manera diferente a la que has visto aquí hace unos días.

—Debo intentarlo, Musa. Conozco bien al emir, y sé que en su fuero interno desea obtener una explicación que justifique tus acciones... y que te disculpe.

El rostro de Musa reflejaba el escepticismo que sentía. —Partiré en seguida. Mañana mismo. Debo tratar de alcanzar a Abd al Rahman.

Capítulo 18

Año 844,229 de la hégira

Aunque habían sido elaboradas con la intención de parecer dignas de un rey, para Enneco seguían siendo sólo unas parihuelas. Los nobles de la ciudad las habían encargado a los mejores artesanos con motivo de su setenta y cuatro cumpleaños. De madera de boj bellamente labrada, tenían las empuñaduras de plata, y se había utilizado el cuero mejor curtido para dibujar un repujado con los motivos que distinguían a su dueño: la cruz de los Arista dispuesta en diagonal en sus cuatro esquinas junto a una de mayor tamaño en el centro.

En sólo unos meses, Enneco había visto cómo los antaño poderosos músculos de sus piernas perdían volumen de forma patente, en un proceso que había corrido paralelo al de su paulatina mentalización. Si al principio había albergado esperanzas, el paso del tiempo sin el más mínimo progreso había acabado con ellas y ahora sabía que debía asumir su suerte. De repente se sentía un anciano y se apoderó de él una urgencia incomprensible: él había de ser sólo el primero de una larga dinastía, y por tanto debía disponer lo necesario para asegurar su sucesión. Había llegado el momento de ceder responsabilidades al que sin duda sería su heredero. Esa condición hereditaria del cargo había sido pactada en el momento de su nombramiento veinte años atrás y, tenía el absoluto convencimiento, los *seniores* que le habían jurado lealtad la mantenían sin fisuras. Por ello, el viernes anterior al Domingo de Ramos había convocado a su hijo a su presencia.

Durante semanas, en su larga postración, había reflexionado sobre la mejor decisión, y sobre la fórmula que debía proponer al *consillium.* Había considerado la posibilidad de abdicar para facilitar la coronación de su hijo como nuevo rey de Pampilona. De hecho ésa era la opción que más le atraía, y la única que acabaría con sus entradas en la sede del Consejo encima de aquellas angarillas portadas por cuatro esforzados servidores.

Pero, debía reconocerlo, no confiaba plenamente en su hijo, porque sabía que su opinión no era enteramente libre. Dudaba sobre la política de alianzas que adoptaría en caso de tomar las riendas. Pensaba en Musa y los Banu Qasi.

Ante la llegada de Abd al Rahman a las puertas de Pampilona, el obispo Willesindo había abandonado precipitadamente la ciudad acompañado por todos sus cortesanos. En su fuero interno, Enneco había abrigado la esperanza de que no regresara más, receloso del exceso de influencia que ejercía sobre la voluntad de su hijo. Pero el poder y las prebendas de los que el obispo disfrutaba eran demasiado atractivos para renunciar a ellos y, pocas semanas después de la partida del emir,

regresó a lomos de su mula y se instaló de nuevo en la sede episcopal. Y allí había surgido el primer motivo de fricción con él.

La iglesia mayor, dedicada a santa María y ubicada dentro del recinto de la fortaleza, no había sufrido demasiados desperfectos, pero las dos pequeñas iglesias construidas entre los muros de la antigua alcazaba y la muralla exterior de la ciudad habían sido profanadas y destruidas casi en su totalidad; incluso sus campanas habían sido tomadas como parte del botín.

Willesindo dio orden de predicar la obligación de los fieles de dedicar parte de su tiempo a la reconstrucción de ambos templos, pese a que muchos de ellos no disponían aún de un techo bajo el que cobijar a sus familias y empezaba a hacerse notar el frío otoñal.

Enneco dictó un decreto que establecía la prioridad de la reconstrucción de los barrios devastados por los cordobeses, en un claro desafío al obispo. Pero el edicto chocó contra el muro de la iglesia, y Enneco se dio cuenta de que carecía de poder para introducirse en los confesonarios. La piedad, o quizá la amenaza de la condenación, debieron ser acicate suficiente para los sencillos pobladores de Pampilona, a los que se veía prolongar su jornada de sol a sol para levantar los templos derruidos al mismo tiempo que reedificaban sus humildes viviendas.

García Íñiguez acudió solícito a la llamada de su padre, y la conversación discurrió con normalidad. Enneco recabó información de lo sucedido en la ciudad en los últimos días, y García se interesó por su estado de salud y de ánimo. Hubo un instante en que se hizo un silencio prolongado en la estancia, y Enneco pensó que era el momento adecuado.

—Hay un asunto importante que deseo tratar contigo —dijo.

García no modificó la expresión de su rostro.

—Me siento viejo, hijo..., esta inmovilidad me está matando.

—No digas eso, padre. Tu mente sigue despierta —interrumpió García.

Enneco hizo un gesto de escepticismo y amargura.

—Siento que soy una carga para vosotros..., y no me veo con fuerzas para seguir llevando las riendas.

—Sin embargo... —trató de oponer García, pero Enneco alzó su mano y con un gesto le pidió silencio.

—Desde esta litera ya no soy capaz de atender como debiera los asuntos de nuestro pueblo, y quiero que tú tomes el relevo. Ya eres un hombre maduro y con experiencia, y nuestro reino, de otra forma, no podrá aprovechar el empuje que puede darle una sangre más joven que la mía. He decidido convocar al Consejo para delegar en ti mis funciones. Tendrás todas las prerrogativas del rey, hasta que seas coronado a mi muerte. Sólo me reservaré el ejercicio extraordinario de esa *autoritas* que los

seniores de nuestro pueblo delegaron en mí hace veinte años.

—¿Una especie de derecho de veto a mis decisiones?

A Enneco le disgustó el tono displicente de esas palabras, pero no varió el suyo.

—Llámalo así si quieres. Pero no es falta de confianza en tu capacidad, García. Sé que estarás a la altura... Simplemente deseo asegurarme de que en el futuro se cumple la promesa que quiero que formules aquí, ante tu padre... ante tu señor.

—¿De qué se trata? —inquirió García.

—Sé que lo imaginas, porque ha sido el único elemento de desacuerdo entre tú y yo en el pasado. Quiero que mantengas los compromisos de nuestro pueblo con mi hermano Musa. Los Banu Qasi y los vascones deben entenderse y colaborar para hacer juntos algo grande.

García escuchó las últimas palabras con gesto sombrío.

—Padre..., ¿debemos ligar nuestro destino a las veleidades de mi tío y de mis primos? Tu propio estado se debe al enfrentamiento de Musa con el emir, tu hermano ha muerto, nuestras tierras han sido arrasadas...

—Nuestra alianza con los Banu Qasi ha protegido a los vascones durante décadas..., y la existencia de nuestro joven reino no hubiera sido posible sin ella. Han sido nuestro escudo protector frente a Qurtuba, y nuestro apoyo contra los francos. ¿Tengo que recordarte lo sucedido en Orreaga?

—¿Con el pasado has de atarme de pies y manos ante lo que pueda suceder en el futuro?

Enneco, agitado, trató de incorporarse en el lecho, apoyando todo su peso sobre los brazos.

—Nuestro futuro como pueblo, al menos mientras Musa siga vivo, pasa por la alianza con los Banu Qasi —casi gritó—. En todo caso, ése es el compromiso que reclamo para proponerte ante el Consejo.

García se había colocado ante el ventanal que dominaba el patio de la fortaleza, de espaldas al lecho, y Enneco percibió cómo se debatía antes de dar una respuesta.

—La confianza en Musa, y antes en su hermano Fortún y en el padre de ambos —insistió—, ha permitido que nuestro pueblo pueda gobernarse a sí mismo... Merece que tú también le otorgues tu confianza. Si es él quien la traiciona, dejaré el camino libre para que actúes según tu criterio.

García valoró el último razonamiento de su padre. Se volvió hacia él y recorrió la distancia que los separaba con pasos rápidos. Tomó a su padre por los hombros, y Enneco sujetó sus brazos con ambas manos.

—Que sea pues como deseas.

Las puertas de Tutila se hallaban abiertas, y su gente permanecía expectante. La noticia de la llegada del príncipe Muhammad había corrido como la pólvora unos días atrás y fue acogida con disparidad de opiniones. Muchos habían perdido hijos, padres

y hermanos bajo las cimitarras de sus soldados, y no albergaban sino odio hacia los omeyas. Otros, en cambio, fundamentalmente las familias árabes más nobles y los alfaquíes, encargados de mantener la ortodoxia musulmana, veían en ellos a los guardianes de la esencia de su civilización. Y ellos eran quienes habían insistido en preparar un recibimiento a la altura del heredero del trono de Qurtuba, comisionado por su padre para entrevistarse con Musa ibn Musa. Abd al Rahman había encabezado la expedición que un año más había partido de la capital con destino a la Marca Superior, pero había decidido permanecer en Saraqusta para hacerse cargo de los muchos problemas administrativos que arrastraba la ciudad, y desde allí había enviado a un correo para informar de la próxima llegada de su hijo. Insistía en su misiva en la importancia de contar en la entrevista con la presencia de representantes de Banbaluna, y García Íñiguez había enviado a Galindo, un hombre ducho en artes diplomáticas cuyas gestiones ante Ramiro I tan buenos resultados habían dado.

Musa había consultado con sus escribientes, algunos de ellos hábiles en cuestiones de diplomacia además de maestros en el arte epistolar. Se dudaba sobre el tipo de recibimiento que debía proporcionarse a Muhammad: unos defendían un trato protocolario y frío, mientras que otros eran partidarios de un recibimiento más caluroso.

Tampoco el alojamiento del príncipe fue un asunto menor. Se sugirió acondicionar la planta noble de la alcazaba para ubicarlo en ella con su extenso séquito, mientras Fortún, para no alterar la guarnición militar, prefería ubicarlo en Al Rawda, su residencia próxima a la Puerta de Saraqusta.

Nada de todo ello fue necesario, porque Muhammad llegó a Tutila al frente de un pequeño ejército que acampó sobre la *musara*. El pabellón real sobrepasaba en altura el borde de la muralla oriental, y la presencia del soberano y su séquito sacó de sus casas a los habitantes de la ciudad que acudieron en tropel a encaramarse sobre el adarve para contemplar el inusitado espectáculo.

Con cierta urgencia se organizó una comitiva para salir al encuentro del príncipe. Por deseo de Musa, sus cuatro hijos formaban parte de la representación, a la que también se había unido Galindo Íñiguez, recién llegado de Banbaluna. Los seis montaban ya en sus caballos cuando la muchedumbre comenzó a lanzar exclamaciones. Al parecer había movimiento en el recién instalado campamento, y Musa se apeó de su montura para subir las escalinatas que conducían a lo alto de la puerta.

Un cortejo de veinte guardias a pie de extraordinaria estatura, y otros tantos a caballo, iniciaba el recorrido desde el pabellón real al ritmo de una marcha militar. A aquellas alturas del verano el sol castigaba inclemente la explanada, y podía distinguirse la figura del príncipe sobre su cabalgadura protegido por un vistoso parasol.

Musa montó de nuevo e hizo una señal a Galindo, que se colocó a su lado, y ambos avanzaron hasta atravesar el viejo puente de madera sobre el cauce del Uādi Qalash.

Muhammad apenas había cambiado. Eran los mismos rasgos que recordaba: el rostro rubicundo y una complexión escasamente proporcionada. Un chambelán se adelantó a pie cuando la comitiva llegó a su altura, y Musa descabalgó como muestra de cortesía. Tras presentarse, el cortesano comunicó en voz alta el motivo de su llegada.

—El príncipe Muhammad ibn Abd al Rahman, heredero al trono de Qurtuba, desea mantener una conferencia con Musa ibn Musa, señor de los Banu Qasi y valí de Arnit.

Musa se irguió y adoptó un tono solemne:

—Di a tu señor que se ha dispuesto lo necesario para celebrar tal encuentro, y esperamos que el príncipe acepte nuestra hospitalidad. Dile que junto a nosotros se encuentra también una representación del rey de Banbaluna.

A pesar de que la escasa distancia que los separaba había permitido a Muhammad escuchar la conversación con claridad, el protocolo parecía exigir que el chambelán transmitiera las palabras de Musa en voz alta.

El príncipe hizo un gesto de asentimiento y descendió de su montura con la ayuda de un asistente, que siguió sus pasos sujetando tras él el parasol mientras se acercaba. El protocolo se impuso sobre los sentimientos, el príncipe ofreció sus brazos, y Musa aceptó el gesto, aunque el abrazo fue breve y frío. Por un momento pareció que Galindo iba a rehusar el saludo, pero el vascón conocía bien las reglas de la diplomacia y supo comportarse con la corrección que se esperaba de él.

—Mi padre desea transmitiros su interés por aclarar las graves diferencias que nos han enfrentado.

Musa no supo ocultar su sorpresa ante el tono conciliador de aquellas palabras.

—Si ésa es vuestra disposición, eres bienvenido.

Musa se apartó entonces y señaló al camino a través del puente.

—Te ruego que nos acompañes a dependencias más dignas de tu posición donde podamos continuar esta conversación.

La sala de la primera planta del edificio principal de la alcazaba había sido rápidamente acondicionada para la ocasión. Algunos tapices procedentes de la mezquita colgaban de las paredes, y la cantidad de lamparillas se había multiplicado mediante numerosos soportes colocados alrededor de la estancia. En el centro se habían dispuesto cómodos divanes alrededor de varias mesas taraceadas, cubiertas con bandejas repletas de frutos secos, pasas y dulces. Muhammad se acomodó en el centro, Musa y Galindo tomaron asiento frente a él y los demás hicieron lo mismo en

ambos extremos. Dos escribientes ocupaban una posición discretamente apartada, dispuestos a tomar nota de cuanto se dijera en el encuentro.

—Quizá te sorprenda nuestro cambio de actitud —empezó a decir el hijo del emir —, pero tenemos buenos motivos.

El rostro de Musa mostraba la expectación que provocaban en él esas palabras, pero se mantuvo en silencio.

—En primer lugar, debo decirte que el consejero Ziyab ha puesto a mi padre al corriente de los sucesos acontecidos hace dos años durante la aceifa contra Alaba, que dieron origen al parecer a tu actitud de rebeldía. El emir lamenta lo sucedido desde entonces.

—Celebro que Abd al Rahman haya sido por fin informado —respondió sin saber bien qué decir.

—Debo decirte que los generales Ubayd Allah y Jazar ibn Mu'min han sido degradados y encarcelados. Si conservan sus cabezas es por la magnanimidad de mi padre y por los servicios que han prestado durante su carrera. Pero si es tu deseo, el emir te concede la potestad de decidir sobre su destino.

—No deseo su muerte —respondió Musa lacónicamente.

—Asunto zanjado, entonces —concluyó, e hizo un gesto significativo con las manos—. Pero hay otro motivo que lleva a mi padre a reconsiderar su actitud hacia ti... Qurtuba se enfrenta a serios peligros, y es del máximo interés para el emir cerrar frentes abiertos que no le acarrean más que graves contrariedades y la obligación de destinar enormes cantidades de recursos.

—Las palabras del emir son sensatas y dignas de un gran gobernante —dijo Musa.

—Poco antes de partir hacia aquí, mi padre me transmitió su decisión de dejar a mi hermano Al Mundir al frente de la Marca, en Saraqusta. Será con él con quien debas despachar los asuntos de la *kurah.* Porque es voluntad del emir volver a la situación anterior a vuestro enfrentamiento, y te nombra por ello de nuevo valí de esta ciudad.

Al decir esto el chambelán le tendió un rollo de pergamino.

—Transmite a Abd al Rahman mi agradecimiento por la confianza que vuelve a depositar en mí —respondió Musa después de leer con rapidez.

—Sin embargo, mi padre desea asegurar la tranquilidad en este confín de sus tierras, y en toda la Marca... y como es costumbre solicita la entrega de rehenes que garanticen el acuerdo.

La expresión cambió en todos los presentes, y los gestos de preocupación asomaron en sus rostros. Musa reaccionó al instante.

—No será necesario. El emir tiene mi palabra.

—Lamento tener que insistir en este aspecto, pero es su voluntad expresa. Sabes

que serán tratados como miembros de su familia. Vivirán en Qurtuba con todas las comodidades y podrán dedicarse a la actividad que más deseen... con la única condición de que no abandonen la ciudad sin permiso del emir. En cualquier caso, la oferta de acuerdo no tiene validez sin la entrega de garantes.

—¿De qué rango han de ser tales rehenes?

Muhammad esbozó una sonrisa de significado incierto.

—Deben salir de esta estancia.

Musa quedó tan paralizado como el resto de los presentes, que se miraban unos a otros tratando de asimilar lo que aquello significaba.

Galindo dio un paso al frente, pero antes de que pudiera hablar Muhammad se dirigió a él:

—Tú eres el único representante de los *Wannaquh* de Banbaluna, ¿no es cierto?

Galindo afirmó con la cabeza.

—Hay además algo que me impulsa a acompañaros...

Muhammad hizo un gesto de interrogación.

—Mi madre sigue prisionera en Qurtuba...

—Entonces serás uno de los elegidos... y a tu llegada haré que sea liberada.

El rostro de Galindo se iluminó.

—El otro debe salir de entre tus hijos —dijo Muhammad sin dar opción a réplica.

Un escalofrío de temor recorrió a Musa ante la idea de verse enfrentado a una de las decisiones más dolorosas de su vida, pero una voz firme a su derecha atrajo la mirada de todos:

—Yo acompañaré a Galindo —dijo Lubb.

La presencia del príncipe no pudo evitar el revuelo que se produjo a continuación. Mutarrif, Fortún e Ismail rivalizaban con su hermano por la conveniencia de ser elegidos, mientras Muhammad conversaba prudentemente con su chambelán, que permitía las deliberaciones. Tras un momento de confusión, las voces se apagaron y Musa regresó al diván que había abandonado.

—Mi hijo mayor, Lubb, te acompañará —anunció.

—Entonces el objeto de la entrevista se ha cumplido... si no hay otros temas que deseéis tratar.

Comenzó a incorporarse en el diván, pero Galindo se dirigió a él:

—¿Cuál es la naturaleza de esos peligros de los que hablabais?

Muhammad vaciló un instante, y en lugar de levantarse optó por acomodarse de nuevo.

—Supongo que ya habréis tenido noticias de las incursiones de los *mayûs* en el país de los francos.

—Hemos oído hablar de sus correrías, pero desconocemos cuánto tienen de verdad las historias que corren de boca en boca.

—Posiblemente los relatos de sus depredaciones no sean capaces de recoger todo el horror que causan. —Hizo una pausa para que sus palabras calaran, y prosiguió con su explicación—. Son guerreros temibles, que han venido saqueando las costas septentrionales del Bahr Algarbí durante décadas, pero nunca se habían aventurado tan al sur. Son fieros marinos que viajan a bordo de extraños barcos llamados *drakaar*, rápidos y ligeros. En los últimos años, con estos dragones, han arrasado las costas de los francos, c incluso se adentraron profundamente en sus principales ríos.

—Pero no pueden ser muy numerosos si viajan a bordo de esas ligeras embarcaciones... —razonó Musa—. ¿Cuál es el problema para hacerles frente?

—Sus incursiones son veloces, fugaces... y muy móviles. Atacan las aldeas, las incendian, las saquean y matan sin piedad a todos sus habitantes, salvo a las mujeres y los niños que se reservan como rehenes para garantizar su huida. Al parecer utilizan su flota como base y emplean los caballos robados en el lugar de desembarco para extender el alcance de sus acometidas. De hecho, en las tierras galas los campos cercanos a los ríos de importancia se están despoblando, los campesinos más osados trabajan con las armas a su lado y sin perder de vista el horizonte..., incluso nuestros contactos en la corte de los francos nos informan de que hay problemas para cubrir los obispados cercanos a la costa, pues los obispos abandonan sus diócesis y desaparecen.

—¿Y qué peligro suponen esos ataques para Qurtuba? Se encuentra a cientos de millas de distancia.

—Recuerdo que durante mi estancia en la corte de Ramiro I se hablaba de un reciente ataque contra sus costas —intervino Galindo Íñiguez—. Los detalles coinciden con lo que cuenta el príncipe Muhammad.

—Así es, hace dos años atacaron las costas de Yilliqiya, y allí los cristianos pudieron repeler el ataque y lanzarlos de nuevo al mar, no sin sufrir una gran mortandad. Pero semanas después repitieron sus incursiones en una veintena de ciudades de Galicia. Y hay algo muy significativo: hasta ahora sus razias tenían lugar en verano; después volvían a sus tierras en el norte. Pero los últimos inviernos los han pasado aquí, posiblemente ocultos en lugares inaccesibles de la costa o del cauce bajo de algún río.

—Y teméis que continúen hacia el sur.

—No lo tememos..., tenemos constancia de ello. El wāli de Ushbuna situó vigías a lo largo de la costa, y poco antes de nuestra partida hacia aquí desde Saraqusta llegaron informes de que han sido localizados costeando en la zona. Mi padre y yo regresaremos de inmediato a Qurtuba por si tuviéramos que hacer frente a esta nueva amenaza.

Muhammad se levantó y se dirigió entonces a Lubb y a Galindo:

—Mañana mismo a primera hora saldremos hacia Saraqusta y desde allí

partiremos con nuestras tropas. Preparaos, porque... nos espera un largo viaje.

—¿Aceptarás esta noche nuestra hospitalidad?

—Agradezco tu ofrecimiento, pero no será necesario. Debo aún despachar con algunos de mis generales; quizá sea preciso hacer preparativos para acudir en defensa de Ushbuna.

Al amanecer, Lubb y Galindo se encontraban dispuestos para la partida. El rostro de Assona reflejaba su tristeza, aunque sabía que el trato que su hijo iba a recibir sería similar al que se dispensaba a cualquier familiar del emir. Abandonaron la ciudad por la puerta de Saraqusta y esperaron a que Muhammad hiciera acto de presencia. Pero fue un oficial de la guardia del príncipe el que se acercó a caballo para reclamar la presencia de Musa en su pabellón.

—Hemos recibido nuevas noticias de Saraqusta remitidas por mi padre —dijo señalando el correo que portaba el chambelán—. El gobernador de Ushbuna, Wahb Allah ibn Hazm, ha informado de que el primer día del mes{33} hicieron su aparición en su estuario cincuenta y cuatro naves normandas y otros tantos cárabos más ligeros. Antes de partir el emisario, habían atacado la ciudad y se desarrollaban violentísimos combates.

Musa arrugó el entrecejo en señal de preocupación.

—Mi padre salió ayer hacia Qurtuba con la intención de ganar tiempo, así que nosotros nos reuniremos con él en Madinat Selim dentro de unos días. Te ruega que os mantengáis al tanto, porque desconocemos la magnitud de la amenaza.

—¿Quieres decir que quizá sea necesaria la movilización de las coras?

—Ruego a Allah Todopoderoso que tal cosa no llegue a ser precisa, porque sería señal de que la situación es complicada. Las fuerzas de Wabh Allah en Ushbuna no son escasas, y confiamos en que sea capaz de repeler el ataque. No obstante, te ruego que permanezcáis atentos a las noticias que os enviaremos en cuanto conozcamos lo sucedido.

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Las noticias que esperábamos procedentes de Ushbuna, Allah sea loado, han llegado hasta nosotros en Madinat Selim. Después de trece jornadas de violentos combates, con gran coste de vidas, Wahb Allah ibn Hazm nos informa de que sus hombres han sido capaces de empujar a los diablos normandos hasta sus naves.

Sin embargo, la alarma sigue vigente, pues los mayûs han izado velas para perderse en el mar occidental en dirección al sur, según el relato de los informadores desplegados en el litoral.

Mi padre ha ordenado forzar la marcha de regreso a Qurtuba y ha prevenido a los gobernadores de las Marcas. Te ruega, en base a la relación de clientela que te une a nuestra familia, que procedas a movilizar tu milicia por si fuera necesaria su presencia en la defensa de nuestras costas.

Suplico a Allah el Todopoderoso que conduzca con sus vientos a los urdumâniyûn lejos de nuestras tierras.

En la ciudad de Madinat Selim, siete días antes del fin de Dul Hiyah.[34]
PRÍNCIPE MUHAMMAD IBN ABD AL RAHMAN

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

La amenaza que se cernía sobre Al Ándalus se ha materializado. Poco después de abandonar Tulaytula en dirección a Qurtuba se ha recibido la noticia del ataque de los mayûs a Qadis y Siduna. Nuestras ciudades han sido saqueadas y arrasadas, y sus habitantes asesinados o capturados como rehenes. Los piratas normandos, a quienes Allah destruya, se hicieron de nuevo a la mar, y en este momento se desconoce su rumbo.

Este despacho se envía a todas las coras con el objeto de proceder a la movilización general. Las fuerzas disponibles deberán concentrarse sin tardanza en la capital con el fin de organizar la defensa de nuestras costas allá donde sea necesario.

Que Allah Misericordioso os proporcione fuerza y guíe vuestros pasos en la defensa de nuestro país.

Escrito y sellado en Tulaytula, el primer día de Muharram, año 230 de la hégira.
ABD AL RAHMAN IBN AL HAKAM

Musa levantó la vista del pergamino con gesto preocupado. La perspectiva de emprender un viaje de tres semanas hasta Qurtuba al frente de miles de hombres le

había impedido conciliar el sueño en las últimas semanas, y ahora tenía frente a sí la confirmación. Era cierto que sus funcionarios habían trabajado bien y los preparativos para la marcha estaban avanzados, pero la disposición de los hombres no era buena. Estaba al corriente de los comentarios que circulaban en la alcazaba y en las cantinas, en voz alta o en los corrillos. Se objetaba que la época para el reclutamiento no era buena, con las tareas del campo en su máximo apogeo, pendiente la recolección de la vid y el ganado en época de parición. La partida de los hombres al principio del otoño pondría en peligro el aprovisionamiento de las familias para el invierno, pero Musa sabía que ése no era el único motivo de inquietud. La sola mención de los *mayûs* en los corrillos y reuniones despertaba comentarios de temor. Desde hacía meses, los narradores que frecuentaban el zoco semanal llamaban la atención de los asistentes con truculentas historias de ataques normandos a las costas francas o asturianas, en las que no escatimaban el más mínimo detalle. Los relatos dramatizados sobre pueblos enteros arrasados, mujeres violadas o niños degollados en presencia de sus padres, aumentaban el auditorio y engrosaban la bolsa del narrador. Sabían explotar el miedo a lo desconocido para aumentar el dramatismo de sus cuentos, y el hecho de estar describiendo una raza de origen oscuro y nunca vista en aquellas latitudes les permitía dibujarlos con rasgos terribles y apenas humanos. Incluso la sola mención de aquellos diablos del mar servía a las madres para que los más pequeños corrieran asustados a refugiarse en sus túnicas.

Ahora Musa debía comunicar a su gente que los lazos de clientela que unían a los Banu Qasi con los omeyas les obligaban a acudir en auxilio de las fuerzas del emir para luchar contra aquellos guerreros desconocidos. Había pasado por su mente rechazar la obligación que se le imponía, pero ello habría supuesto volver a la enemistad con Qurtuba. Además no podía olvidar que su propio hijo Lubb y Galindo acompañaban al emir en calidad de rehenes.

Era lunes y faltaban doce días para el final del mes de Muharram, cuando Musa partió en su segundo viaje hacia Qurtuba, veintidós años después, esta vez al frente de un ejército de cinco mil hombres. No había sido fácil atender a la intendencia para movilizar a semejante número de combatientes, y las arcas de la *kurah* quedaban resentidas, pero al fin todos marchaban convencidos de que su intervención era necesaria. Más que las arengas de los generales, habían influido en el ánimo de los hombres los sermones del *imām* y las opiniones de los alfaquíes apelando a su deber de defender el islam de los invasores y ayudar a mantener la civilización que habían conseguido implantar en la Península después de más de cien años de presencia. El temor, casi angustia, se reflejaba en los rostros de las familias que habían acudido a despedir a los hombres, que trataban de mantener su fortaleza a pesar de las escenas

casi dramáticas que se desarrollaban por doquier en la inmensa explanada de la *musara*.

Musa imprimió un ritmo rápido a la marcha, pues el ambiente fresco de principios de otoño hacía el esfuerzo más soportable, aunque durante la noche obligaba a los hombres a echar mano de las mantas a pesar de permanecer cobijados en sus pequeñas tiendas. El camino ya no resultaba desconocido para Musa, y las primeras etapas se desarrollaron sin inconvenientes. La lluvia sorprendió a la columna una jornada antes de alcanzar Madinat Selim, por lo que decidieron hacer un alto en la ciudad, que los hombres aprovecharon para visitar sus baños, pero también las cantinas y los prostíbulos.

Alcanzaron Tulaytula en último día del mes,[{35}] y Musa fue invitado por dos oficiales a acudir a la residencia del gobernador apenas la vanguardia hubo avistado desde la distancia los baluartes de la alcazaba. Fue recibido por un general de expresión grave. —Mi nombre es Abu Umar, y sustituyo al gobernador Abd Allah ibn Kulayb, que ha partido hacia Qurtuba con nuestros hombres —se presentó—. Tengo órdenes de transmitirte las últimas noticias y las órdenes de Qurtuba.

—¿Cuáles son esas noticias? —preguntó Musa. —Hace unos días se recibió un nuevo despacho desde allí. Tenía orden de remitírtelo con un correo, pero dada tu proximidad he preferido esperar para que leas el original en persona.

Mientras decía esto, le tendió el pergamino. Al abrirlo vio el sello del emir:

Abd al Rahman está satisfecho con la sanción divina.

—Lo firma el emir... —Musa alzó la vista durante un momento hacia Abu Umar.

—Así es, como el que no hace ni un mes redactaron sus escribientes en esta misma sala informando a las coras del ataque a Qadis y Siduna.

—Recibí una copia —confirmó Musa.

—Lo supongo —respondió el general—. Pero lee el despacho, por favor.

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Despacho dirigido a Abd Allah ibn Kulayb, gobernador de Tulaytula:

Las naves normandas, en número de ochenta según se nos refiere, han penetrado en el corazón de Al Ándalus. Pasadas catorce noches del mes de Muharram los mayûs pararon en Ishbiliya después de remontar por su río las

sesenta millas que separan del mar a la ciudad, que encontraron desprevenida y confiada en la paz de la que disfrutaba, y en ella siguen, que Allah los pierda, matando hombres y cautivando mujeres y niños.

Tan pronto se ha recibido la noticia, he dado orden a mis generales para que acudan con la caballería a combatirlos, y he puesto al frente de todos ellos a mi favorito, el eunuco Abulfath Nasr, a cuyas órdenes deberás poner tus fuerzas cuando alcances las proximidades de Ishbiliya.

Deberás transmitir este despacho al gobernador de Saraqusta y al wāli de Tutila, nuestro maula Musa ibn Musa, que debe encontrarse con su ejército de camino hacia Tulaytula si es que no la ha alcanzado ya.

Mis órdenes son que todas las tropas que confluyan en Qurtuba sean conducidas sin pérdida de tiempo hacia Ishbiliya, por lo que no es necesaria vuestra parada en la capital, a no ser que lo precise el aprovisionamiento de vuestros ejércitos. Que Allah Todopoderoso guíe vuestros pasos. Dictado en Qurtuba, dieciocho noches pasadas del mes de Muharram.

Musa alzó la vista con evidente preocupación. —Su osadía y su crueldad no parecen tener límites —dijo. —Nos enfrentamos a enemigos temibles. Estamos a la espera de nuevas noticias. Desde el ataque a Ishbiliya han pasado ya casi tres semanas. Supongo que te encontrarás los correos en tu camino. —Partiré con mis hombres mañana mismo.

Musa envió un jinete adelantado hasta Qurtuba para dar a Ziyab aviso de su llegada. Aparte del deseo de volver a verlo, lo sabía bien informado y al tanto de los últimos acontecimientos, y si alguien podía proporcionarle información detallada de la zona donde habían desembarcado los *mayûs*, ése era el responsable de los archivos y la biblioteca del palacio.

El camino desde Tulaytula había sido penoso debido al mal tiempo, pues al parecer en aquella zona de Al Ándalus el otoño era la época más propicia para las lluvias. Los caminos se habían convertido en algunos tramos en lodazales impracticables que acabaron por retardar la marcha, y habían transcurrido ya once días del mes de Safar[36] cuando el ejército de los Banu Qasi acampó ante los muros de la capital.

Musa entró en Qurtuba acompañado de una pequeña comitiva, evocando con nostalgia los recuerdos de su estancia anterior en la capital. Quiso atravesar la ciudad por el mismo camino que había utilizado veinte años atrás, entrando por la Bab Tulaytula para seguir la calle principal hasta el barrio judío, la mezquita mayor y el alcázar. Las viviendas, los talleres, la indumentaria de los viandantes, sus monturas..., todo hablaba de la prosperidad que los cordobeses habían alcanzado en aquellos

veinte años de relativa paz que el reinado de Abd al Rahman había traído. Los baños y las pequeñas mezquitas proliferaban a cada paso, y los comerciantes parecían disfrutar de una buena posición económica a juzgar por el aspecto de sus negocios y la suntuosidad de sus ropas.

Antes de dirigirse a la puerta del alcázar, Musa quiso cruzar la Bab al Qantara para asomarse al puente sobre el río, dejando a su izquierda el muro de la mezquita, que debía de continuar con las obras de ampliación a juzgar por los andamios que aparecían dispuestos en varios tramos del perímetro. El agua del Uādi al Kabir discurría embarrada por las últimas lluvias, pero eso no impedía que varios pescadores en equilibrio sobre inestables barquichuelas probaran suerte echando sus redes en la corriente. Contempló el Rasif, la vereda que discurría entre el río y la muralla, donde tantas veces había paseado, y una punzada de remordimiento rebrotó en él al recordar lo sucedido en la *almúnya* situada al final de aquel camino.

Regresó con rapidez al interior del recinto amurallado, donde a aquella hora de la tarde los habitantes de la ciudad se atropellaban en las calles atestadas que conducían al zoco, y se dirigió a la puerta principal del palacio del emir. Apenas se hubo identificado, un oficial se puso a su disposición para acompañarlo hasta la biblioteca principal, donde Ziyab lo esperaba. Atravesaron las magníficas galerías, los patios ajardinados cuyo recuerdo aún permanecía en su memoria después de tantos años y se detuvieron ante las grandes puertas que daban acceso a los dominios de su viejo amigo. El oficial abrió una de las hojas y allí apareció Ziyab, reclinado sobre un inmenso escritorio iluminado por la luz que atravesaba los grandes ventanales. Varias personas más se encontraban en la sala, pero ninguna pareció prestar atención al recién llegado y siguieron reclinados sobre los pergaminos que consultaban. Ziyab se puso en pie, y una gran sonrisa iluminó su rostro mientras avanzaba a grandes zancadas hacia Musa con los brazos abiertos. Los dos amigos se fundieron en un abrazo silencioso hasta que se separaron escrutando sus rostros.

—¡Estás más viejo de lo que recordaba! —dijo Ziyab entre risas pero en voz baja, para no molestar a sus colegas.

—En cambio tú tienes mejor aspecto. ¡Mira esas manos! Bien cuidadas, impecables... ¡Qué poco se parecen a las del carpintero que salió de Tutila para estudiar en la capital!

—Ven conmigo. Iremos a alguna estancia donde podamos hablar con tranquilidad —susurró.

Musa siguió a su amigo a través de la inmensa sala de lectura saludando con un movimiento de cabeza a aquellos hombres de aspecto erudito que levantaban la mirada al paso de Ziyab con gesto de respeto. Éste condujo a Musa hasta una pequeña estancia que se abría en uno de los extremos de la biblioteca y cerró la puerta tras de sí. En ese momento elevó el tono de su voz hasta el nivel habitual, y así

siguieron durante un buen rato en el que se interesaron mutuamente por los sucesos de los últimos años, desde aquel desgraciado día en que pudieron verse en Banbaluna tras su derrota frente al ejército del emir.

—Nunca podré agradecerte bastante lo que hiciste. Sin tu intervención las cosas ahora serían muy distintas —decía Musa.

—No podía dejar de hacerlo. En realidad tampoco tuve demasiados problemas para conseguir que el emir confiara en mí —repuso—. Creo que, en su interior, Abd al Rahman mantenía su admiración por ti y se hubiera resistido a adoptar las medidas que tomó, pero..., aquellos generales supieron disfrazar la verdad.

—¿Tienes noticias de Galindo y de mi hijo Lubb?

—No estaba advertido de su llegada, y no tuve ocasión de verlos. El ejército acampó en las inmediaciones de Qurtuba sólo dos noches, y partió hacia Ishbiliya al mando del eunuco Nasr. Sé que Lubb y Galindo se encontraban bien y se disponían a luchar bajo el mando del general Muhammad ibn Rustum.

—¿Estás al tanto de lo ocurrido?

—No se habla de otra cosa, Musa. Esos hombres inducen auténtico pavor en la población. Quizás eso es lo que buscan al actuar con tanta crueldad: la gente huye despavorida a la vista de las velas negras de sus barcos, y en muchas ocasiones sólo tienen que saquear las aldeas desiertas.

—¿Eso es lo que ocurrió en Ishbiliya?

—No exactamente. Después de ser rechazados en Ushbuna, navegaron hacia el sur en busca de otro río que remontar. Llegaron a la desembocadura del Uādi al Kahir, y algunos de sus barcos siguieron adelante a lo largo de la costa hasta desembarcar en el litoral de Siduna, y ocuparon el puerto de Qadis a sangre y fuego. Pero la mayor parte de sus *drakaar,* ya sabes, llaman así a sus barcos por las cabezas de dragón talladas que usan como mascarones de proa, se internaron por el gran río. Y el día doce del mes pasado llegaron a la isla de Qabtil. Es una isla semejante a las del Ibru en Tutila, cuyos fértiles pastos han hecho que desde antiguo se dedicara a la cría de caballos y a la instalación de yeguadas. De hecho es una de las principales fuentes de aprovisionamiento de cabalgaduras para las escuadras del ejército. Pues allí se detuvieron los normandos con más de ochenta barcos, y al día siguiente destacaron cuatro naves río arriba, que llegaron a Quriya, una aldea situada a cuatro millas de distancia, donde desembarcaron y asesinaron a toda la población antes del saqueo.

Musa hizo un gesto de horror, negando con la cabeza, pero Ziyab continuó hablando:

—Tres días más tarde, toda la flota normanda siguió río arriba, y pronto los habitantes de Ishbiliya vieron con espanto cómo se dibujaban sobre el agua las negras velas de sus barcos piratas. Cuando llegaron a la altura de la Iglesia del Agua, a dos

parasangas de la ciudad, nuestros compatriotas trataron de organizarse para combatirlos y salieron a su encuentro, animosos pero sin orden, ni jefe, ni abanderado..., porque el gobernador, un cobarde malnacido, había huido a Qarmuna y los dejó sin amparo. La ciudad ni siquiera tenía muralla defensiva. Los *mayûs* alcanzaron la ribera y les resultó evidente la debilidad de sus gentes, de modo que marcharon en sus barcos contra ellas. Con sus flechas las dispersaron, y luego abandonaron las naves entre gritos feroces. Según cuentan, en poco tiempo los defensores fueron puestos en fuga, y los normandos entraron en la ciudad matando o apresando a todos los que quedaban allí, gente demasiado débil para huir o demasiado empecinada para abandonar sus posesiones. Durante siete días permanecieron en la ciudad, tomando botín sin respetar sagrado..., debió ser algo terrible, un saqueo espantoso.

—¿Han abandonado pues Ishbiliya? —se extrañó Musa.

—No. Cuando quedaban ocho noches del mes de Muharram estibaron el botín en las naves y descendieron el río hasta la isla de Qabtil, donde lo desembarcaron junto con los rehenes, en su mayor parte mujeres aterrorizadas con sus hijos. Extendieron la noticia de que se disponían a canjear a los prisioneros por víveres y monedas, pero no era más que un ardid para atraer a los supervivientes y exterminarlos. Aunque la gente fue sensata y no fue hasta ellos. Así que volvieron a Ishbiliya, pero esta vez no encontraron a nadie, salvo unos pocos fugitivos que quisieron hacerse fuertes en una mezquita, donde fueron rodeados y muertos todos ellos.

—Supongo que después de eso llegaría la alarma hasta aquí...

—Tan pronto como se recibió la noticia se mandó la orden de movilización a las coras, y Muhammad ibn Rustum salió, con otros generales, al mando de varios escuadrones de caballería. Allí deben de seguir, entre escaramuzas y ataques, pero no ha llegado nueva de un enfrentamiento directo con el grueso de las hordas normandas.

—Supongo que Nasr esperará la llegada de todos los refuerzos para tener garantía de éxito.

—Así parece, porque no dan señales de pretender alejarse en dirección al mar. Antes bien, alguna noticia ha llegado de que se encuentran reuniendo caballos de las yeguadas de la isla de Qabtil, quizá con intención de continuar sus razias.

—¿Quieres decir que pueden intentar seguir remontando el río?

—No, saben que por encima de Ishbiliya el río es difícilmente navegable, y el avance con sus barcos hasta aquí sería muy aventurado. Sin embargo, a diario salen destacamentos en dirección a Morón, Leqant y Qurtuba. Hace pocos días uno de nuestros correos tropezó con un grupo de ellos a tan sólo cuarenta millas de aquí.

—Necesitaré información sobre la zona, Ziyab. ¿Dispones de ella? ¿Hay mapas bien trazados en tu biblioteca?

Ziyab asintió con la cabeza.

—Existe un buen dibujo de la ciudad de Ishbiliya y sus alrededores, pero alcanza sólo hasta la isla de Qabtil. Más al sur y hasta el mar, es terreno pantanoso, surcado por multitud de canales.

—¿Es posible que me proporciones una copia de ese pergamino?

—Claro, si me permites, pondré a uno de mis mejores copistas a trabajar.

Se puso en pie y se ausentó durante un instante para dirigirse a la gran sala.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó a su regreso—. ¿Te pondrás a las órdenes de Muhammad ibn Rustum o de algún otro de los generales de Abd al Rahman?

—No haré tal cosa, Ziyab. Con una vez tuve bastante. Si el hombre al frente de las fuerzas del emir es Nasr, con él concertaré.

Ziyab hizo un gesto de aprobación.

—Debo hablarte de algo que quizás os pueda resultar útil contra esos piratas..., ¿has oído hablar del fuego griego?

—Sólo en narraciones que parecen pecar de un exceso de fantasía.

—No es fantasía lo que sufrieron los barcos del califa Suleimán en sus ataques a Constantinopla... Los bizantinos disponían de la fórmula de esa arma, seguramente proporcionada por químicos de Alejandría. Y la han mantenido en secreto durante siglos, lo que les ha proporcionado su actual supremacía naval en todo el Bahr Arrum. Con ella en su poder han conseguido rechazar todos los ataques otomanos durante siglos.

—¿Y en qué consiste esa arma secreta? —preguntó Musa sin ocultar un gesto de escepticismo—. Al parecer se trataba de un líquido que ardía incluso en el agua, ¿no es así?

—Es algo más que eso... No sólo es capaz de arder en el agua, sino que el agua estimula su combustión.

—¿Quieres decir que esa arma es real?

—Lo es —respondió Ziyab con una sonrisa.

—Y lo siguiente que me dirás es que dispones de la fórmula...

Ahora Ziyab rio abiertamente.

—Y nuestros químicos la han compuesto... y funciona.

—Pero ¿cómo habéis sido capaces de conseguir...? —empezó Musa.

—Nuestras embajadas a Oriente a veces dan frutos insospechados, Musa... Reconozco que esta vez fue necesario utilizar métodos poco ortodoxos, pero para un mísero operario de atarazana, el brillo de unos cuantos dinares de oro es suficiente para soltar su lengua.

—Pero ¿vuestras misiones son de embajadores o de espías? —bromeó Musa.

—El caso es que disponemos de la fórmula, y creo que puede sernos útil. Podemos hacerte una demostración en nuestros talleres.

Musa siguió a Ziyab a través de lo que para él constituía un laberinto de pasillos y galerías que, sin embargo, no parecía tener secretos para su amigo. Una pesada puerta les condujo a un patio amplio que debía estar situado en la zona del alcázar destinada a la guarnición militar, a juzgar por las máquinas de guerra que se alineaban junto al muro oriental. La intensa luz de la tarde deslumbró a Musa, y cuando sus ojos comenzaban a acostumbrarse a la claridad, entraron en otra nave en penumbra.

El olor sorprendió a Musa.

—¿Azufre? —inquirió arrugando la nariz.

Ziyab asintió.

—Te presento a Bâhir, un gran estudioso y un gran amigo... Estará encantado de responder a tus preguntas y sin duda lo hará mejor que yo.

—¿Qué deseas saber? —dijo en tono afable.

—Ziyab me ha hablado de esa nueva arma...

Bâhir sonrió.

—Es nueva para nosotros, pero hace siglos que nuestras naves sucumben bajo ella.

—¿Cómo podría sernos útil?

—Se trata de un arma eficaz y sorprendente... pero peligrosa. Quien la usa puede abrasarse si no toma las precauciones necesarias.

Mientras hablaban, avanzaban hacia un extremo del almacén atestado de sacos cuyo contenido Musa era incapaz de adivinar.

—Explícale su composición y su utilidad —sugirió Ziyab.

—Se trata de una mezcla compleja. La base es la nafta, un líquido combustible que como sabes aparece en ocasiones en afloramientos del terreno. Además de arder, hace que la mezcla flote sobre el agua. Se le añade azufre, que al entrar en combustión emite vapores tóxicos, resina para activar el fuego y grasa animal para aglutinar todos los elementos. Pero los dos componentes que le dan sus propiedades más destacadas son la cal viva, que al entrar en contacto con el agua libera calor, el suficiente para prender la nafta... y el salitre, que permite que arda aun debajo del agua.

—Sorprendente. ¿Y cómo se utiliza?

—En Constantinopla se lanzaba contra las naves enemigas mediante largos tubos. Y su efecto no se limitaba a destruir las naves, sino que provocaba el pánico entre el enemigo, no sólo por el miedo a morir ardiendo, sino que además los marinos temían esta arma por superstición: creían que una llama que se volvía aún más intensa en el agua tenía que ser producto de la brujería.

—Parece ciertamente obra del demonio... —dijo Musa con expresión de asombro.

Según la información que le habían facilitado, las tropas del emir al mando de

Abulfath Nasr, el *fata* que gozaba de la plena confianza del soberano, habían tomado posiciones en las lomas del Al Sharaf. Junto a él se encontraban sus mejores generales: Abd Allah ibn Kulayb, Abd al Wahid al Iskandaraní y Muhammad ibn Rustum, al mando del cuerpo de caballería y de las numerosas unidades de infantería que habían acudido.

Musa llegó a la zona el decimosexto día de Safar decidido a no mezclar sus tropas con las de Nasr, y acampó a la distancia suficiente para impedir cualquier contacto. A las recuas de mulas que los habían acompañado desde Tutila se habían unido ahora cuatro grandes carros tirados por bueyes y cubiertos por pesadas lonas.

Musa fue recibido con satisfacción, y la primera pregunta que hubo de responder se refería al número de hombres que había traído consigo. Se habían producido varios enfrentamientos que confirmaban la dureza del enemigo. Los *mayûs* habían sufrido pérdidas, pero no mayores que las de los musulmanes, y Nasr le confirmó que esperaban la llegada del contingente de refuerzo para trazar el plan de ataque definitivo. Según sus estimaciones, habían llegado en los atestados barcos no menos de diez mil normandos, y no sobrepasarían los dos centenares los abatidos en los primeros enfrentamientos.

Lubb y Galindo se encontraban entre los oficiales de Ibn Rustum, y Musa tuvo oportunidad de reencontrarse con ambos al día siguiente de su llegada. Como era de esperar, el trato que recibían era más que correcto, y los dos jóvenes parecían cómodos prestando sus servicios a las órdenes del general. Sobre todo Galindo, al que la liberación de su madre, sana y salva, había hecho albergar un sentimiento de gratitud hacia el emir. Una vez satisfecho su deseo de hablar con su hijo, Musa dedicó los días siguientes a recabar información sobre los movimientos de los *mayûs*, y en dos ocasiones recorrió la ribera del río al norte y al sur de la ciudad estudiando cada recodo y cada elevación del terreno. Muhammad ibn Rustum le informó de que era habitual la salida de destacamentos normandos en varias direcciones, y una vez reconocido el terreno y establecido el próximo objetivo, el grueso de sus fuerzas abandonaba la ciudad para caer sobre él. La última de estas incursiones se había producido contra Leqant, y los *mayûs* acababan de regresar a Ishbiliya. Musa solicitó audiencia con Nasr y sus generales cinco días después de su llegada, con la intención de proponerles su plan.

La del cuarto día antes del final de Safar era una noche oscura[37] y fría de finales de otoño. Los espías habían informado en días anteriores de la partida de destacamentos de *mayûs* en dirección al sur, y durante la tarde anterior habían tenido lugar, sin ninguna discreción, grandes preparativos en el puerto de Ishbiliya. Apostados en las lomas de Al Sharaf que dominaban la ciudad desde el oeste, habían

divisado a centenares de *mayûs,* con sus largos cabellos rubios e inconfundibles vestimentas, que se arremolinaban en torno a aquellos navíos de extraña factura. Todo indicaba un inminente ataque en algún lugar río abajo, y el desplazamiento iba a realizarse a bordo de las embarcaciones que estaban siendo aparejadas, ocupando todo el ancho del cauce frente a la ciudad.

Musa había apostado a sus hombres cinco millas aguas abajo, cerca del punto donde se unían los dos brazos del Uādi al Kabir después de transcurrir en paralelo frente a la ciudad. Antes de fundirse los dos ramales, el cauce describía una amplia curva que se adaptaba a la perfección a sus propósitos, pues ocultaba su presencia a quienes descendieran navegando. Existía allí una alquería cuyo edificio principal había sido arrasado, pero conservaba un rústico embarcadero en el que, escondida tras las ramas, flotaba una enorme barcaza, utilizada sin duda por los dueños de la finca para trasladar ganado a los ricos pastos de la orilla opuesta. El lugar, sin embargo, presentaba una dificultad, que Musa había expuesto a los generales de Nasr buscando su colaboración. Aquellos dos ramales formaban una extensa isla que llegaba hasta la ciudad, que sin duda podría proporcionar una vía de escape a los *mayûs* si todo el ejército musulmán se concentraba en la orilla oriental. Muhammad ibn Rustum no vio inconveniente en que esa noche una parte de su cuerpo de infantería vadeara el río para apostarse en la ribera opuesta, entre los dos ramales. Mientras tanto, Abd Allah ibn Kulayb y Abd al Wahid al Iskandaraní estarían preparados para atacar al grueso de las hordas normandas con sus unidades de caballería.

A medianoche, las tropas de Musa se dirigieron al lugar y se emboscaron. La actividad fue intensa durante las horas siguientes, especialmente alrededor de los cuatro grandes carros traídos desde Qurtuba, que fueron dispuestos junto a la orilla con grandes precauciones. Cuando se retiraron las gruesas lonas impermeabilizadas con grasa, aparecieron una veintena de toneles de buen tamaño en cada uno de los carros, todos ellos rodeados con grandes sogas de esparto y recubiertos por una gruesa capa de pez.

Tres muchachos jóvenes se lanzaron al río a pesar del frío, sujetando un cabo que fue desenrollándose a medida que avanzaban hasta la orilla opuesta. Una vez allí comenzaron a jalar la cuerda, y una gruesa maroma se deslizó sobre el agua hasta sus manos. Afianzaron su extremo al tronco del olmo más robusto y regresaron de nuevo a nado. Trabajaban con tranquilidad, porque un buen número de centinelas escrutaban los caminos que llevaban a la ciudad, y en el campanario de una antigua iglesia semiderruida se había apostado un vigilante junto a un haz de leña que debía servir para dar aviso cuando los normandos aparecieran por el río a bordo de sus naves.

La siguiente fase era la más delicada, y un solo error podía dar al traste con todos los planes. Con precaución, cargaron algunos toneles en la barcaza y utilizaron la

maroma como guía para conducirla al otro lado del río. Allí los ataron a la soga con cuerdas de varios codos de longitud y dejaron que la corriente los arrastrara con suavidad hasta tensarlas. Uno tras otro repitieron los viajes hasta que todos los toneles flotaron en la corriente siguiendo la curva de la maroma, que ahora soportaba una gran tensión. La última etapa consistió en atar grandes piedras a la soga para arrastrarla hasta el fondo, de forma que sólo quedaran a flote los toneles atados a ella.

Al aproximarse el amanecer, cada unidad fue tomando posiciones. Unos mil infantes vadearon el río y se apostaron en el bosquecillo próximo a la orilla. Los arqueros más hábiles se colocaron en primera línea, seguidos por cientos de sus compañeros de armas, y por fin la caballería se dispersó por la zona, aguas arriba y aguas bajo del lugar donde previsiblemente iba a tener lugar el choque.

Ningún muecín llamó a los fieles a la primera oración de la mañana, pero cuando el cielo negro empezó a adoptar tonos azulados a sus espaldas, muchos de los hombres se arrodillaron sobre la hierba de la ribera y comenzaron a recitar sus plegarias. El aire frío de la mañana comenzaba a levantar una ligera neblina que se extendió con rapidez desde el río ascendiendo por las laderas de la ribera. El paisaje adquirió un aspecto casi fantasmagórico, y Musa experimentó una pasajera sensación de irrealidad. Se sabía rodeado por miles de hombres, pero sólo oía el canto de los pájaros y algún esporádico relincho. Vio estremecerse a alguno de los hombres más cercanos y supo que, fuera por la proximidad de la batalla o por el frescor del amanecer, no era el único que sentía escalofríos.

La pequeña luz de la llama en lo alto del viejo campanario, apenas visible por la niebla, fue lo que puso a todo el ejército en alerta. Amortiguadas al principio por la distancia pudieron percibirse las primeras voces de los comandantes de las naves vikingas dando órdenes a las tripulaciones y arengando a los remeros.

Desde ese momento el tiempo pareció haberse detenido. Los hombres aguardaban inmóviles con los músculos en tensión, pero el eco de las voces y el chapoteo de los remos al chocar con el agua no parecían aumentar de intensidad con la cercanía. Por un momento Musa temió que los normandos hubieran detectado su presencia y hubieran dado orden de detener la flota. Pero cuando la luz ya empezaba a disipar las últimas sombras, la proa del primer *drakaar* trazó la curva del río que debía conducirlo hasta ellos. Tras el primero, hasta cuarenta embarcaciones más descendían la corriente y, a medida que se acercaban, Musa pudo contemplar aquellos tan temibles como admirables navíos, botados sin duda por auténticos maestros en la construcción naval. De manga extremadamente ancha, el calado era sorprendentemente escaso, lo que proporcionaba una gran ligereza y explicaba la facilidad con la que eran capaces de remontar los ríos para consumar sus brutales saqueos. El tajamar se prolongaba con un mascarón de madera tallada que representaba la cabeza de un dragón de fauces abiertas, y las velas, ahora recogidas,

mostraban un llamativo contraste de bandas blancas y rojas, cuando no eran de color negro en su totalidad. A lo largo de la borda, protegiendo a los hombres que maniobraban los remos, se alineaban decenas de rodelas pintadas de vivos colores.

El vigía apostado sobre el mascarón de proa del primer barco dio la voz de alarma agitando los brazos, y sus gritos reverberaron por toda la vega en el silencio de la mañana. El comandante del *drakaar* apareció junto al vigía, que señalaba con grandes aspavientos hacia la línea de toneles cubiertos de pez que obstruían el paso, y de inmediato comenzó a vociferar en dirección a los remeros. Las palas entraron en el agua actuando como freno y, a una orden suya, invirtieron el sentido de la remada. La embarcación disminuyó perceptiblemente su velocidad, pero la maniobra de frenado hizo que la nave que la seguía embistiera por la popa. Los timoneles de las siguientes trataron de esquivarlas, pero era demasiado tarde para evitar el contacto con los toneles.

Musa dio orden de avivar el fuego para prender los proyectiles incendiarios que portaban los arqueros de primera línea.

Cuando la quilla del primer *drakaar* chocó con uno de los toneles el contenido comenzó a extenderse a su alrededor mientras el barco atravesaba la extraña mezcla. Durante los primeros momentos no ocurrió nada, salvo la aparición de una densa humareda sin consecuencias, mientras los *drakaar*, uno tras otro, atravesaban la línea de toneles desbaratando sus tablas. De repente una llamarada se alzó en el centro del río, y los barcos impregnados de nafta comenzaron a arder uno tras otro.

Los arqueros lanzaron sus proyectiles incendiarios hacia los toneles que seguían intactos, y pronto el cauce se convirtió en un infierno de fuego y gases irrespirables. Las llamas se alzaban sobre los costados de los buques, y los *mayûs*, aterrados, abandonaron sus puestos dejando las naves sin gobierno. Los primeros hombres saltaron al agua cuando se vieron rodeados por las llamas y los gases sulfurosos, pero la mezcla se adhería a sus cuerpos y seguía ardiendo bajo el agua.

Musa tuvo que apartar la vista para no presenciar la terrible agonía de aquellos hombres, que morían ante sus ojos abrasados, asfixiados o ahogados entre alaridos de dolor. Algunos de ellos alcanzaban la orilla, impregnados de aquella pasta pegajosa y envueltos en llamas, suplicando con ojos desorbitados que una lanza piadosa acabara con su sufrimiento. Los ocupantes de las últimas embarcaciones tuvieron tiempo de ganar la orilla antes de entrar en contacto con las llamas, pero allí sólo les esperaban los hombres de Ibn Rustum y la caballería musulmana.

Cuando el disco rojizo del sol asomó por encima del horizonte, más de treinta barcos ardían sobre el agua, y algunos de ellos comenzaban a hundirse con lentitud a medida que el fuego consumía sus cascos y su arboladura. Los que aún no eran pasto de las llamas flotaban empujados por la corriente y retenidos por los restos naufragados o por las ramas de la orilla. El propio Musa estaba sorprendido por la

rapidez del desenlace y el escaso número de bajas en sus filas. Un centenar de normandos habían sido apresados con vida y se encontraban sentados en la orilla, atados de pies y manos, contemplando con ojos atónitos los restos de lo que hasta aquella mañana era una temible flota.[38]

La noticia de la derrota de los *mayûs* llegó a Qurtuba antes de que los normandos supervivientes al desastre alcanzaran la costa en su huida. Desde el alcázar se enviaron a las provincias partes de victoria, y no sólo en Al Ándalus, sino también a los emires beréberes de la costa del norte de Ifriqiya. Según los relatos que llegaron hasta allí, Musa se había reunido de inmediato con Nasr y el resto de los generales después del aplastante éxito de su emboscada. Los informadores de Ibn Rustum portaron la noticia de que otros dos grupos de normandos habían abandonado Ishbiliya esa misma mañana en dirección a Leqant y Qurtuba, de manera que Nasr dirigió de inmediato a todas sus tropas hacia la ciudad, en la que entraron cuando el sol alcanzaba su cénit. Los normandos que allí habían quedado, al conocer el desastre de Talyata, aparejaron sus naves y huyeron río arriba, llevando consigo a cuantos cautivos pudieron arrastrar, en busca de la partida que cabalgaba en la misma dirección hacia Qurtuba. Cuando los alcanzaron y fueron informados del ataque musulmán, se embarcaron y dieron la vuelta siguiendo la corriente. Transportaban en cada nave a varias decenas de mujeres y niños demacrados y moribundos después de cuarenta días de cautiverio.

Cuando los habitantes de la zona avistaron las velas que descendían el cauce, se lanzaron contra ellos provistos de lanzas y hondas, pero los *mayûs* se escudaron en sus rehenes para evitar el ataque y propusieron su entrega a cambio de la oportunidad de escapar indemnes con las naves.

Nasr aceptó el pacto con ellos, y una jornada más tarde los habitantes de Ishbiliya vieron desaparecer en la lejanía las velas del último *drakaar.* Los rehenes liberados entraron en la ciudad entre un gran alborozo y pudieron escupir en la cara de algunos de sus captores, cuyas cabezas colgaban de las palmeras en la ribera del Uādi al Kabir.

En Qurtuba no se recordaba una celebración semejante desde la coronación de Abd al Rahman II. El alivio y la alegría después de cuarenta días de zozobra fueron parejos al grado de conmoción que habían producido los temibles y crueles *mayûs.* El relato de la emboscada había corrido de boca en boca, a veces recargado con tintes épicos, y las figuras del eunuco Nasr y la del propio Musa se agrandaban por momentos a ojos de los cordobeses.

El recibimiento de las tropas procedentes de Ishbiliya sacó a las calles de Qurtuba

hasta el último vecino de la ciudad y de las alquerías próximas. Los tullidos y los ancianos eran arrastrados sobre parihuelas, y los recién nacidos portados en atadijos sobre el pecho de sus madres, pero nadie quería estar ausente en el momento en que el ejército al mando de Abulfath Nasr llegara a la explanada de la *musara*.

La excitación fue en aumento a medida que se aproximaban el sonido de las fanfarrias y la estridente música de los timbales y las chirimías. Los primeros estandartes aparecieron en la distancia por el camino que bordeaba el río en dirección a Ishbiliya, y pronto la cabeza de la columna comenzó a abrirse paso entre la multitud apelotonada cerca de las murallas del alcázar. Algunos mozalbetes habían conseguido encaramarse en lo alto de las palmeras para no perder detalle, y los que no habían tenido esa suerte corrían bordeando el camino al encuentro de los principales.

La primera unidad de caballería hizo su brillante entrada entre aclamaciones, pero el rugido enfervorecido salió de las gargantas de la multitud cuando tres soldados izaron sobre sus lanzas las cabezas barbadas de tres normandos que aún conservaban sus rubios cabellos trenzados bajo los chocantes cascos adornados con astas de toro.

Justo después la guardia a caballo de Nasr apareció en columna de a cuatro. Entre el grupo de cabeza y la escolta se abría un espacio diáfano en el que cabalgaban el propio eunuco y Musa, cuyos nombres empezaron a ser coreados por miles de voces. La actitud de Nasr era relajada y natural, y saludaba a su paso con una amplia sonrisa, acostumbrado a los baños de multitudes, pero Musa aparecía rígido sobre su montura, y su expresión era más de desconcierto que de satisfacción.

De hecho Musa no creía haber realizado nada extraordinario, y las muestras de reconocimiento que había recibido en las últimas jornadas no dejaban de resultarle excesivas. Si alguien debía arrogarse el éxito, ése era Ziyab, que le había proporcionado el arma decisiva. Había entrado en una rueda que no era de su gusto, pues no alcanzaba a comprender que el hecho de acudir en auxilio de los cordobeses en cumplimiento de sus obligaciones como *maula* de los omeya supusiera ese recibimiento como un héroe. Estaba seguro de que entre las tropas que los acompañaban en la columna había hombres que los habían combatido sólo dos años atrás en Banbaluna. Y no dejaba de pensar que la espada que cortó la cabeza de su hermanastro Fortuño podía encontrarse a escasos codos de él.

Por eso, cuando la formación de la guardia que avanzaba delante de ellos se abrió hacia los lados y reconoció ante sí al propio Abd al Rahman, relajado y sonriente, nadie pudo observar en él una reacción distinta al recelo y la extrañeza. Su rostro se mantuvo impasible mientras descendía del caballo, hacía un gesto de respeto ante el soberano y escuchaba las palabras de agradecimiento que el emir les dirigía y que apenas pudo entender entre el griterío que les rodeaba.

En los días que siguieron, Musa se debatió entre sentimientos contradictorios. Por

una parte se reprochaba a sí mismo estar aceptando la hospitalidad de un hombre que poco antes había diezmado a su gente, lo que le hizo adoptar una actitud distante y a veces displicente, renunciando a participar en algunos de los actos en los que insistentemente se reclamaba su presencia. Por otro lado la compañía de Ziyab le hacía disfrutar de su estancia en la corte, y le recordaba que el enfrentamiento con el emir debía considerarse una etapa que había quedado atrás, cuyas heridas habían dejado de supurar aunque las cicatrices nunca desaparecieran. Le costaba reconocerlo, pero al cabo de unos días de estancia en la ciudad, Musa estaba acabando por rendirse al entusiasmo de su viejo amigo.

—No puedes volver a Tutila sin conocer al músico Ziryab —decía—. Ha revolucionado la corte en todas las disciplinas del arte musical, pero no se queda ahí, porque también es un gran poeta, literato, astrónomo, geógrafo, un refinado esteta... y un célebre cocinero.

—Recuerdo que me hablabas de él en alguna de tus cartas...

—Seguramente... su gusto por las artes y las ciencias nos puso en contacto hace ya muchos años, y puedo decir que lo cuento entre mis mejores amigos. Ha abierto una escuela de música, donde los más jóvenes aprenden el manejo de diversos instrumentos... aunque el laúd es su especialidad. Se dice que conoce de memoria la letra y la música ¡de mil canciones!

—Me gustará conocerlo..., sé que no lo ensalzarías de tal manera sin buenos motivos.

—Quizá tengas la ocasión antes de lo que crees... No sé si debería decirlo, pero ha llegado a mis oídos que Abd al Rahman prepara una gran velada en el alcázar... en reconocimiento a tu ayuda.

—¡Pero si fuiste tú quien me habló del fuego griego! De no ser por ello, las bajas en nuestras filas se habrían multiplicado por cien.

—El emir lo sabe. Pero también sabe que había hablado de ello con otros generales, incluso con Nasr, pero sólo tú fuiste capaz de darle uso de una forma brillante. Ese tributo es merecido, y es un empeño personal de Abd al Rahman. Harías mal en rechazarlo...

La expresión de Musa se ensombreció, pero Ziyab pareció no tenerlo en cuenta.

—Espera a escuchar a alguna de las cantantes medinesas de la escuela de Ziryab...

Las tropas de Tutila disfrutaban de un merecido descanso antes de emprender el regreso, y Musa aprovechó el tiempo para recorrer de nuevo la ciudad que había conocido más de veinte años antes. Ziyab se empeñaba en acompañarle durante alguna de sus salidas del alcázar, y le veía gesticular con vehemencia ante la silueta de un alminar en una nueva mezquita o pasear a la sombra de grandes palmeras en

alguno de los muchos jardines públicos que habían florecido aquí y allá, una vez sobrepasados los límites de las murallas.

—Se cuentan por cientos las mezquitas, Musa —explicaba—. Y los baños, las fondas, las escuelas, los comercios... surgen nuevos cada día. Qurtuba es ya una de las mayores urbes conocidas, y su esplendor no se debe sólo a su tamaño. Abd al Rahman ha conseguido dotarla de una vida científica y cultural sin parangón..., ¿has observado que muchos de sus habitantes saben leer y escribir? Se han levantado bibliotecas y escuelas públicas, edificios donde atender a los enfermos... se han construido albañales y un revolucionario sistema de agua corriente...

Musa se Volvió hacia Ziyab, riendo.

—Hablas de Qurtuba como si fuera tu ciudad...

—Durante estos veinte años la he visto crecer y prosperar, Musa. En los siglos venideros se recordará con asombro esta época de Al Ándalus, no tengo ninguna duda.

—Admiras a Abd al Rahman...

—Es un hombre grande..., ha traído veinte años de relativa tranquilidad y bajo su reinado Al Ándalus ha florecido como nunca lo había hecho..., sólo tienes que mirar a tu alrededor. —Hizo un expresivo gesto con su brazo extendido.

—Me alegra comprobar tu entusiasmo..., veo que eres un hombre feliz y satisfecho.

—Lo soy, créelo. Una a una, todas mis aspiraciones se han cumplido.

—Menos la de encontrar una esposa... —dijo Musa con tono más jovial.

—Digamos que he sacrificado ese aspecto..., pero he recibido muchas compensaciones a cambio. Quizá no hubiera podido dedicar mi esfuerzo a mi tarea junto al emir y atender al mismo tiempo una familia.

—¿Todavía la recuerdas?

Ziyab apoyaba su espalda contra el tronco de un enorme abedul, y su rostro se ensombreció por un momento, pero al instante la sonrisa volvió a asomar.

—Digamos que en estos años he puesto los medios para olvidarla. Si algo no falta en esta urbe son mujeres hermosas...

Musa sonrió y se volvió para propinar un puñetazo amistoso en el hombro de Ziyab, mientras entre risas iniciaban el camino de regreso hacia el alcázar.

Una semana después de su llegada a Qurtuba, Musa recibió en su alojamiento la visita de uno de los chambelanes de palacio, que le trasladó el deseo del emir de mantener con él una entrevista privada. Después de pasar por el *hammam* y con su mejor vestimenta, se dirigió hasta el salón de recepciones donde había sido citado, antesala del *Maylis kamil*, donde se encontraba el trono. El chambelán le rogó que tomara asiento, y Musa se recostó en uno de los muchos divanes de aquel

impresionante lugar. A pesar de que sólo era media tarde, la débil luz otoñal comenzaba a escasear, y varios lacayos entraron para prender los centenares de lámparas que colgaban del techo en lujosos candelabros de plata y bronce. La luz dorada de las bujías y su agradable aroma dieron a la sala un ambiente mucho más acogedor, y el leve tañido de un laúd en alguna estancia no muy alejada contribuía a la sensación de tranquilidad y bienestar.

Las dos hojas de la gran puerta de madera se abrieron en silencio, y el chambelán apareció haciéndole un gesto. Al atravesar la entrada quedó tan deslumbrado como la primera vez que pisara aquel lugar, y mientras avanzaba sobre la alfombra no pudo dejar de admirar los soberbios ornamentos, en verdad dignos de un rey. Antes de alcanzar el estrado sobre el que se alzaba el sitial, Musa escuchó una voz airada que con tono de reproche se dirigía a alguien sin recibir respuesta. Abd al Rahman hizo su aparición con paso apresurado y con el rostro aún congestionado. Recuperó su compostura antes de tomar asiento y, carraspeando, se dirigió a Musa, que esbozaba una inclinación ante él.

—Lamento haberte hecho testigo de nuestros pequeños problemas domésticos —dijo, y lanzó un suspiro mientras recuperaba una actitud más acorde con el rígido protocolo—. Este reencuentro es para mí una gran satisfacción.

—También para mí lo es —repuso Musa sin demasiada convicción.

El emir detuvo su mirada en él y guardó silencio durante un momento. Como si hubiera recordado algo, se volvió hacia el chambelán.

—Haz venir a Ziyab... y ruega a Nasr que acuda con él.

—Enseguida, mi señor —respondió mientras se dirigía a la salida en lo alto del estrado.

—Será un placer compartir esta entrevista con tu buen amigo..., y mi buen consejero. Después de todo, si tenemos oportunidad de celebrarla es gracias a su mediación.

Abd al Rahman miró a su alrededor, hizo un gesto de desaprobación y se puso en pie.

—Sígueme, no me parece un lugar adecuado.

Los guardias que se apostaban en una de las puertas laterales adoptaron la posición de saludo cuando el emir se acercó. Uno de ellos se apresuró a abrir ambas hojas a tiempo para que los dos hombres accedieran a la habitación contigua. Era una sala mucho más reducida, de un solo nivel, amueblada con tres magníficos divanes dispuestos de forma perpendicular. Abd al Rahman tomó asiento en uno de ellos e invitó a Musa a hacer lo mismo en el contiguo.

—Bien, Musa—dijo con las cejas enarcadas, tratando de encauzar su discurso—. Me gustaría hablar contigo con total franqueza... Tras los graves acontecimientos que han marcado nuestra relación en los últimos años, no pretendo que las cosas vuelvan

a ser como antes. Y si algo lamento es que tanto dolor haya sido fruto de la conspiración, el malentendido... y el orgullo. Sin embargo, me satisface comprobar que después de todo he recuperado un gran aliado.

—No podía ignorar tu llamamiento. La amenaza era grave para toda Al Ándalus.

—Lo era, en efecto. Pero tu actuación al lado de mis generales la ha conjurado. No tengo duda de que los cronistas de nuestra época evocarán tu hazaña. Has demostrado ser un valioso estratega y un gran jefe militar.

—No es mío el mérito, si no hubiera...

—Estoy al tanto —interrumpió Abd al Rahman con un gesto—. Pero tu iniciativa y tu capacidad no han dejado de sorprender a mis asesores militares. De hecho el objeto de esta entrevista es hacerte una propuesta: me gustaría que permanecieras en Qurtuba. Serías nombrado general, al mismo nivel que Ibn Rustum, Ibn Kulayb o Al Iskandaraní. Y estarías a mi lado como asesor militar.

Lo último que Musa esperaba era una propuesta de ese tipo, y su rostro debió reflejar su perplejidad, pues despertó la sonrisa en el emir.

—No tienes que responderme ahora..., tómate tu tiempo. No es preciso añadir que tu rango estaría al nivel de mis visires, y también tus emolumentos.

Musa se incorporó, tenso.

—Es un honor que el emir en persona se haya fijado en mí..., y espero que mi respuesta no sea interpretada como menosprecio o deslealtad. Pero creo que puedo servir mejor a los intereses de tu dinastía desde mi modesta Tutila, al frente del pueblo que me ha elegido para dirigir su destino...

Abd al Rahman fijó su mirada penetrante en el rostro de Musa, con expresión impasible.

—Alguno de tus hijos podría ocupar tu puesto. Fortún demostró contra las tropas de Alfuns estar capacitado para seguir tus pasos...

—Reitero mi agradecimiento a tu propuesta, pero creo que mi lugar está junto al Uādi Ibru..., mi gente no entendería una decisión distinta. Puedes contar con mi colaboración cada vez que la necesites.

El emir hizo un significativo gesto a la vez que se encogía de hombros.

—En verdad, creo que pocos hombres hubieran rechazado un cargo de tal relevancia..., pero que sea como deseas.

El chambelán interrumpió la conversación con un ligero carraspeo.

—Abulfath Nasr y Ziyab ibn Hub esperan en la sala contigua.

—Hazles pasar —ordenó el emir con una señal de su mano.

Musa dudó sobre la conveniencia o no de ponerse en pie para recibir al poderoso eunuco, pero optó por permanecer en el diván mientras el emir siguiera sentado. Los dos hombres realizaron una respetuosa inclinación y tomaron asiento. Nasr lo hizo enfrente de Musa, y Ziyab, a su lado.

—Nuestro común amigo declina mi invitación —anunció Abd al Rahman con solemnidad.

Nasr enarcó las cejas con ademán de asombro, pero Ziyab no pareció sorprendido. Musa sí miró al hombre que se sentaba a su lado, como reprochándole no haberle hablado de una propuesta que evidentemente sabía que iba a recibir.

—No me gustaría pecar de arrogante, mi señor —dijo Musa, tratando de superar el asunto de su negativa al emir—, pero hay algún aspecto relacionado con la defensa de vuestras tierras que me gustaría tratar.

—Te escuchamos.

—Señor, si algo llama la atención al llegar a Ishbiliya es la ausencia de muro alguno que proteja la ciudad de los ataques como el que acabamos de vivir. El asalto inicial de los *mayûs*, que Allah confunda, habría producido menos víctimas en la ciudad de haber estado protegida. Si en algo estimáis mi opinión, deberíais ordenar la construcción de una muralla que la rodee.

Abd al Rahman y Nasr cruzaron una mirada elocuente, que parecía indicar que era un tema ya tratado y debatido. El emir se dispuso a hablar, pero Musa continuó con su exposición:

—Os sería también muy útil establecer puntos de centinela a lo largo de toda la costa, enlazados por un sistema rápido de postas para dar aviso en caso de avistamiento, y fortificar todas las ciudades del litoral.

Nasr tomó la palabra.

—Tus acertados consejos demuestran que tu renuncia a permanecer en Qurtuba supone una pérdida para nosotros. La construcción de esa muralla es un asunto que ya hemos valorado. Sin embargo, chocamos con la dificultad de la falta de liquidez para emprender nuevas obras de gran envergadura antes de finalizar la ampliación de la mezquita aljama.{39} Y nuestros arquitectos estiman que serán necesarios al menos dos o tres años más hasta verla finalizada.

—Sin embargo, la misma belleza de vuestra gran mezquita correría peligro si una nueva incursión consiguiera llegar hasta las puertas de la ciudad. Recordad la total destrucción de la mezquita aljama de Ishbiliya a manos de esos bárbaros.

—Exprimiré a mis tesoreros para tratar de emprender ambas tareas de forma simultánea —repuso el emir.

—Además de las medidas que propones, y que serán estudiadas con detenimiento, el emir ha decidido armar una flota de guerra más nutrida y poderosa, y levantar astilleros y atarazanas —explicó Nasr—. Eso evitará que de nuevo tengamos que sentarnos a ver pasar a nuestros enemigos sin saber dónde atacarán.

—Aunque los normandos son marineros expertos, resulta aconsejable darles batalla antes de tocar nuestra tierra, pues una vez en ella la destrucción y la barbarie son inevitables —repuso Musa.

Se hizo una pausa, y el emir tomó la palabra.

—Tengo otra noticia para ti —dijo con tono satisfecho—. He decidido permitir el regreso de tu hijo Lubb. No necesito más garantía de tu afección. Y por Allah que viajará bien acompañado...

Musa compuso el gesto de extrañeza que el emir esperaba.

—Tu hijo tiene buen gusto por las mujeres, y ha llegado hasta mí su interés por una bella esclava llamada Ayab. Como premio por vuestro arrojo he decidido regalársela.

—Tus súbditos no se equivocan al alabar tu generosidad —repuso Musa.

—Supongo que durante tu estancia aquí te habrás sentido subyugado por alguna de nuestras esclavas. Y no mereces menor recompensa que tu hijo. Señala a una de ellas y te acompañará. Algunas son excelentes cantantes, formadas en la escuela de Ziryab. Te servirá para caldear las frías noches del invierno allá en la Marca.

Musa pareció vacilar mientras buscaba la fórmula más adecuada para rechazar el regalo del emir sin ofenderlo.

—El regreso de mi hijo es el mejor regalo para mí—repuso—. No necesitaré más.

Abd al Rahman pareció contrariado, pero Ziyab salió en ayuda ele Musa.

—Conozco bien a mi amigo, y sabe que las flores más bellas lucen mejor en su jardín con las demás; arrancarlas de él es hacer que se marchiten.

El emir alzó las cejas con una expresión entre la sorpresa y la incomprensión, pero decidió dejar pasar la segunda negativa del muladí en tan breve tiempo.

—Hay algo más que deseo que comprendas si regresas a tu *kurah*... —dijo Abd al Rahman al cabo—. Mi obligación como soberano me impide aceptar ningún tipo de veleidad independentista en las estribaciones de mi reino: sería un mal ejemplo para otros caudillos del resto de Al Ándalus.

—Sólo hemos actuado al margen de tus designios cuando la insidia de tus generales nos hizo creernos traicionados.

—Estoy al tanto de los acontecimientos. Pero es mi deber advertirte que mi plana mayor no entendería que la tierra de los vascones y el Uādi Ibru actuaran con independencia total de Qurtuba.

—A veces la contribución de un territorio no se mide por el peso de los dinares de oro que envía a la capital con periodicidad. No hace falta que te recuerde el papel que Banbaluna y los propios Banu Qasi hemos desempeñado en la defensa de vuestros intereses, desde el tiempo de tu bisabuelo.

—No lo he olvidado. Y mañana alzaremos nuestras copas para que esa colaboración perdure en el futuro. Pero mantener el dominio de vuestras tierras tiene un precio al que las arcas del estado no pueden renunciar.

Capítulo 19

Año 847, 232 de la hégira

Las advertencias del emir se hicieron realidad en los años posteriores, y cada verano las aguas del Ibru se vieron enturbiadas por el paso de las interminables columnas del ejército cordobés de camino hacia el norte, en aceifas que tenían como objeto mantener la autoridad del emir en esa zona fronteriza, la más alejada de la capital, y sobre todo asegurar el pago de impuestos, a lo que con frecuencia se negaban los jefes locales.

El verano anterior habían llegado noticias, a través de los comerciantes procedentes de tierras de Liyun, de una aceifa mandada por el príncipe Muhammad que asombró a todos cuantos tuvieron oportunidad de contemplar las impresionantes máquinas de guerra utilizadas para el asedio. A su vista, los habitantes, que habían acudido allí recientemente con intención de repoblar el lugar, abandonaron aterrorizados la fortaleza amurallada. Pronto llegaron los narradores, que durante el mercado semanal congregaban a su alrededor a la muchedumbre, aumentando oportunamente el número de tales ingenios, su tamaño y la cantidad de hombres necesarios para ponerlos en funcionamiento.

Musa sonreía al presenciar su actuación, pues recordaba cómo a su regreso de Ishbiliya había tenido la oportunidad de escuchar a aquellos mismos *qass*, que llevaban la noticia del desastre normando por las ciudades de Al Ándalus. La vuelta a Tutila se había demorado precisamente por ese motivo. Los narradores les habían precedido en los lugares a los que llegaban, dramatizando de forma épica el enfrentamiento con los *mayûs*, el número de sus naves y la fiereza de sus tripulantes. Por ello sus tropas eran recibidas en cada ciudad como auténticos héroes y se veían agasajadas por sus habitantes, que se resistían a dejarlos marchar sin escuchar el relato de sus propios labios.

Su figura se había engrandecido más de lo que a él mismo le hubiera gustado, y sabía que su presencia había sido objeto de disputas entre las familias más acomodadas de lugares como Tulaytula o Madinat Selim. Del mismo modo, en las historias que corrían de boca en boca había caído injustamente en el olvido el papel de otros generales de Abd al Rahman, y Musa sabía que el orgullo y la vanidad no eran cualidades infrecuentes en el estamento militar, y quizá no era conveniente lastimarlos. De ninguna manera deseaba despertar de nuevo los recelos entre la jerarquía militar de Qurtuba, y por ello trataba de rehuir el excesivo protagonismo y

colocar las cosas en su lugar cada vez que tenía ocasión. La noticia de lo sucedido también había llegado a Tutila, y la bienvenida que se dispensó a las tropas fue tan calurosa como para hacer olvidar el intenso frío que se abatía sobre la ciudad con el invierno ya asentado sobre ella.

El regreso de Lubb había sido para Assona una inesperada sorpresa, y dio un grito de júbilo cuando lo vio aparecer sobre su caballo entre los oficiales. Corrió hacia él mientras su hijo desmontaba de un salto, y sus pies se separaron del suelo cuando el joven la alzó entre sus poderosos brazos. Irradiaba felicidad al abrazar de nuevo a su esposo y contemplar su rostro castigado por el viento y el sol. Después de tres meses de ausencia y zozobra, ante ellos se abría un período de tranquilidad, sin sobresaltos a la vista.

Aquella primera noche después de la separación, bajo las cálidas mantas de lana y aplacado ya el imperioso deseo mutuo, ambos se prometieron aprovechar aquel momento. Sólo una sombra oscurecía la sensación de felicidad y plenitud que Assona sentía allí en el lecho, con la cabeza apoyada en el pecho de su esposo.

—Si lo deseas, puedes viajar a Banbaluna, ahora que estoy de regreso.

Musa había preguntado por Enneco, y las noticias no eran del indo tranquilizadoras. Aunque su movilidad había mejorado y ahora podía mantenerse en pie, seguía sin poder llevar una vida normal, y eso agriaba su carácter. Además, la brecha abierta entre García y él no había hecho sino profundizarse con el paso de los meses, y los desacuerdos con la política de su hijo provocaban frecuentes desencuentros entre ambos.

—Prepararé mi viaje antes de que el tiempo empeore —anunció Assona.

—Me gustaría acompañarte para ver a Auriya, a nuestros nietos..., y a mi hermano, pero tengo demasiado trabajo por hacer. Sin embargo, no tardaré en concertar una entrevista con García..., sus desavenencias con Enneco me intranquilizan.

Musa aprovechó los meses que siguieron para abastecer sus arsenales, tanto en Tutila y Arnit como en el resto de las ciudades de los Banu Qasi. Se reforzaron las murallas y las defensas, y se construyeron nuevos aljibes en las alcazabas que permitieran resistir un asedio sin perecer de sed. Sus hombres no abandonaban la preparación para la lucha, que a pesar de todo nunca parecía demasiado lejana, y la cría de caballos para la guerra seguía siendo objeto de especial atención. Después de la gran inundación ocurrida años atrás, las avenidas provocadas por las lluvias de primavera y el deshielo de los montes de Yilliqiya habían acabado por desviar el curso del río aguas abajo del puente de Tutila, cortando en línea recta un antiguo

meandro de forma que el cauce se había dividido en dos brazos que dejaban en el centro un enorme terreno cubierto de pastos. Los criadores de caballos descubrieron en aquel lugar el emplazamiento ideal para su actividad. Allí se trasladaron los sementales y las mejores yeguas en grandes barcazas, y cada año eran criados centenares de potros.

Tras las calamidades de los años anteriores la vida en Tutila comenzó a recuperar su pulso. El zoco semanal recobraba su actividad y su colorido, y de nuevo las embarcaciones procedentes de Turtusa y Saraqusta atracaban en el pequeño puerto fluvial cargadas de las más variadas mercancías, para regresar atestadas con la valiosa y bien aserrada madera de los bosques cercanos. Los troncos sin trabajar viajaban como antaño por el río, en grandes almadías. Al parecer, Abd al Rahman había aprendido bien la lección después del ataque normando y había iniciado la construcción de una gran flota defensiva. La actividad en la atarazana de Turtusa era frenética según los relatos de los mercaderes, lo que explicaba la creciente demanda de madera. El retorno de la actividad comercial hizo cambiar el signo de las preocupaciones y los conflictos que llegaban a conocimiento de Musa. Así, un día era el almotacén quien informaba de la necesidad de requisar el timón y el velamen de un navío que se negaba a pagar el impuesto, y al siguiente era el *qādi* quien solicitaba la intervención de la guardia para obligar a la devolución de una pareja de mulas robadas.

Sin embargo, había algo que recordaba el sufrimiento vivido tan sólo unos años atrás, y era la presencia en las calles de decenas de muchachos que trataban de ganarse la vida de las maneras más insospechadas, después de haber perdido a sus padres en los campos de batalla. El *bait al mal*, la caja de la comunidad que se administraba desde la mezquita, contribuía al mantenimiento de las familias que se habían visto privadas de sustento, pero no todos los mozalbetes se sometían con gusto al control que suponía aceptar ese medio de subsistencia, y preferían utilizar la astucia y la rapiña para ganarse el pan.

El último viernes antes del inicio del mes de Ramadán, poco después del final de la oración en la mezquita, llegó a la alcazaba un correo procedente de Saraqusta. Musa leyó el despacho en el patio de la fortaleza junto a Lubb y a Fortún.

—Abd al Rahman ha nombrado nuevos gobernadores en las Marcas —les informó antes de terminar la lectura del pergamino.

—¿También en la Marca Superior? —preguntó Fortún.

Musa afirmó con la cabeza.

—Abd Allah ibn Kulayb..., un viejo conocido. Fue gobernador de Tulaytula, y durante la campaña contra los normandos dirigió una de las unidades del ejército cordobés junto a nuestras tropas.

El gesto de desagrado de Lubb no pasó desapercibido para su padre.

—Tuve ocasión de conocerlo en Ishbiliya, junto a Nasr y al resto de los generales. Un hombre con gran capacidad de mando —explicó Musa dirigiéndose a Fortún.

—Sin embargo... —empezó Lubb, indeciso.

—¿Sabes algo que yo desconozco? —se impacientó Musa.

—Durante nuestra permanencia en Qurtuba después de la expulsión de los *mayûs*, hubo murmuraciones. Sabes que permanecí durante esos días al lado de Muhammad ibn Rustum, entre sus oficiales. Allí tuve ocasión de escuchar comentarios, sin duda motivados por el recelo y la envidia. Al parecer, en los cenáculos de la capital Ibn Rustum e Ibn Kulayb murmuraban acerca de ti, y se consideraban tratados injustamente por la preferencia que el emir, una vez más, te demostraba.

Musa arrugó el entrecejo extrañado.

—Traté de rehuir cualquier tipo de ostentación —protestó Musa.

—Estoy seguro. En cualquier caso, aquello no pasó de ser un episodio sin importancia —dijo Lubb para restar trascendencia a su comentario.

Musa decidió apartar de su mente preocupaciones prematuras y esperar a un próximo encuentro con el nuevo gobernador, de forma que pronto olvidó las reticencias expresadas por Lubb.

—¿Cuánto hace que no vemos a Auriya y a nuestros nietos?

Assona se incorporó sobre un costado en el lecho y volvió su rostro hacia Musa.

—Lo sabes bien —repuso con mirada maliciosa—. Casi un año ya, desde el pasado mes de Sawal.

Los primeros días de aquella primavera estaban resultando especialmente cálidos y apacibles, y Musa había decidido que sería un buen momento para trasladarse a Banbaluna en compañía de Assona y alguno de sus hijos, una vez finalizado el mes de Ramadán. Saboreaba con satisfacción el momento mientras contemplaba el rostro expectante de su esposa.

—¿Te gustaría ir de nuevo?

—¿Lo dices en serio? ¿Contigo? —Assona se incorporó y quedó sentada encima del lecho, expectante.

—Y con nuestros hijos. Es un encuentro que hemos pospuesto demasiado tiempo.

—¡Oh, Musa! —dijo emocionada, y lo cubrió de besos mientras le sujetaba la cabeza entre las manos y lo miraba agradecida.

El cuerpo de Musa no tardó en responder a las caricias de Assona, y la atrajo hacia sí con fuerza. El último canto del muecín en lo alto del alminar pasó desapercibido por completo para ambos.

Assona despertó aterida por el frío del amanecer y abandonó el lecho con cuidado. Cubrió su cuerpo desnudo con una ligera túnica de lino y utilizó una sábana

para tapar a Musa, antes de dejar la alcoba, dispuesta a iniciar los preparativos para la marcha.

Tres días más tarde una comitiva compuesta por una docena de jinetes a caballo se acercaba a la puerta meridional de la muralla de Banbaluna. Fortún había permanecido en Tutila al frente de la ciudad, y junto a Assona cabalgaba Ayab, la futura esposa de Lubb, que Musa había querido presentar a su familia ante la inminencia del matrimonio.

También Mutarrif y Fortún estaban prometidos con dos muchachas pertenecientes a nobles familias de Saraqusta y Arnit respectivamente, pero las capitulaciones matrimoniales no habían sido aún rubricadas.

Assona se encaramaba impaciente sobre su montura con la esperanza de que alguien hubiera salido a recibirlos una vez advertidos de su llegada, y no tardó en divisar en la lejanía al grupo que, de pie o a caballo, aguardaba al lado del camino. Musa y sus hijos atravesaron la sucesión de lomas que los separaban de la ciudad con una sensación de aprensión que acabó encogiéndoles el corazón: aquél había sido el escenario de la cruenta batalla contra las tropas de Abd al Rahman que había costado la vida a tantos de los suyos. Nada recordaba ya a aquella carnicería, pero las ráfagas de viento del norte que los azotaban llevaban hasta los oídos de Musa los ecos de aquel día aciago en que perdió a su hermano Fortuño. Mientras se acercaban al grupo que los esperaba, experimentó una extraña sensación, casi una premonición, y un hormigueo cada vez más intenso fue instalándose en su estómago.

Cuando estuvieron lo bastante cerca como para distinguir los rostros, supo que no se había equivocado. Sólo los más pequeños corrían entre los cascos de los caballos, y el resto aguardaba inmóvil, sin esbozar un solo gesto de saludo.

Assona forzó la vista para distinguir aquellos rostros y creyó haberse engañado al reconocer a su hermana Nunila, que debía estar en Iacca junto a García. Luego vio a Auriya con su esposo. Estaba Toda, su madre...

Assona miró a Musa y a sus hijos y comprendió que no era la única que presentía que algo no marchaba bien. Sus rostros parecían tensos y graves mientras detenían sus monturas y descendían de los caballos.

Assona miró de hito en hito a su hermana y vio que a duras penas contenía el llanto.

—¡Hermana mía! ¿Qué ocurre? ¿Por qué lloras?

Nunila no fue capaz de mantener más la compostura y se arrojó hacia ella, mientras Assona la sujetaba con toda la fuerza de sus brazos. Los pequeños habían detenido en seco sus correrías y ahora contemplaban la escena asustados.

—Es García... —acertó a decir entre sollozos con la voz rota—. Assona..., ¡me lo han matado!

Las piernas dejaron de sostenerla y se dejó caer en el suelo presa de las convulsiones producidas por el llanto, mientras su hermana se arrodillaba junto a ella sobre la tierra del camino sin dejar de abrazarla.

Musa se acercó al grupo, y su yerno se adelantó para cruzar un afligido saludo.

—Ha sido Galindo Aznárez, el hijo de Aznar Galindo. Logró capturar a García el Malo en una escaramuza y lo despeñó por un barranco.

Musa cerró los ojos durante un momento.

—Durante todos estos años, el odio ha ido creciendo en su interior. Desde la muerte de su hermano Céntulo y el repudio de Matrona, había mantenido viva la llama de la venganza —reflexionó Musa con la mirada clavada en Nunila y Assona —. ¿Y Galindo Garcés, nuestro sobrino?

—Nada sabemos, Nunila escapó hacia aquí por orden suya. Pero tememos que Iacca haya caído en manos de los Aznárez.

—Un grave contratiempo. Han pasado veinte años desde su derrota en Orreaga, pero el conde Aznar sigue proyectando su sombra, ahora por medio de su hijo.

Auriya se aproximó a su padre y ambos se fundieron en un abrazo. Musa se agachó para tomar entre los brazos a sus dos pequeños nietos, que seguían con expresión atemorizada, y trató de tranquilizarlos hablando con ellos en tono jovial mientras revolvía sus cabellos.

Lo que debía haber sido alborozo por el reencuentro se convirtió en una sucesión de saludos con rostros consternados, con una ausencia que no pasó inadvertida para Musa.

García Íñiguez se presentó ante el grupo una vez que hubieron entregado sus monturas a los mozos de las caballerizas, cuando se dirigían ya hacia la zona noble del recinto fortificado en busca de Enneco. Abrazó con gesto grave a Assona, que seguía junto a Nunila, se dirigió hacia Musa y lo tomó por los brazos durante un momento sin mudar el rostro apesadumbrado.

—Lamento que nuestro reencuentro se produzca en estas circunstancias —dijo ante el desconsuelo de su hermana.

—¿No hay noticias de tu sobrino Galindo?

García negó con la cabeza.

—¿Y tu padre? ¿Cómo ha encajado la noticia?

' —García el Malo era algo más que su yerno. Siempre le ha estado agradecido por su apoyo en la defensa de Pampilona contra los francos. Ha sido un duro golpe para él. —Hizo una pausa—. Supongo que también para ti.

Musa respondió con un gesto de amargura y un casi imperceptible movimiento de su cabeza.

—Querrás verlo cuanto antes...

El sentimiento de alegría al ver a Assona, a Musa y a sus sobrinos pugnaba en Enneco contra el desaliento producido por las noticias procedentes de Iacca. Aunque trató de mantener la entereza, la emoción acabó apoderándose de él cuando todos ellos entraron en la habitación que ocupaba. Había querido recibirlos en pie, apoyado en dos sólidas muletas, pero tras los primeros saludos sus piernas parecieron flaquear y permitió que sus sirvientes lo ayudaran a tomar asiento. Dejó que se acercaran Mutarrif e Ismail, y quizá conscientemente llamó a Lubb en último lugar..., para pedirle toda clase de detalles sobre la situación de Galindo en su dorado presidio de Qurtuba.

Lo que debía ser una entrevista de cortesía con García Íñiguez se convirtió en un encuentro con el grupo de *seniores* presentes en aquel momento en Banbaluna, que habían aceptado al hijo de Enneco como sucesor en el trono. Era necesario tratar con urgencia la situación del condado de Aragun, que volvía a hallarse en manos de los Aznárez, proclives a la colaboración con los francos. En esta ocasión, el panorama al norte de los Pirineos era motivo de intranquilidad, porque tras lustros de enfrentamientos entre los herederos de Ludovico, al fin habían conseguido firmar en Verdón el tratado mediante el cual los tres hermanos aceptaban el reparto del imperio. Carlos había visto cómo su sobrino seguía diputándole la soberanía de Aquitania, pero poco tiempo atrás Pipino se había avenido finalmente a rendir vasallaje a su tío, que le permitió conservar el título de rey de Aquitania.

Afortunadamente para los vascones, en los años anteriores el rey Carlos también había tenido que hacer frente a la sublevación de Bretaña y al ataque despiadado de los normandos a lo largo de sus costas.

García Íñiguez se mostró poco favorable a adoptar ninguna medida de represalia contra Galindo Aznárez, y no demostró temor alguno ante la posible actitud de los francos o del rey Ramiro de Asturias.

Sólo la conversación privada con Enneco sirvió a Musa para entender la postura de su cuñado: al parecer, García llevaba mucho tiempo en contacto con ambos monarcas, no sólo a través de correos, sino que incluso había enviado embajadas pretendidamente secretas a Liyun y Toulouse.

La zozobra que se había vivido durante días en Banbaluna por la ausencia de noticias de Galindo Garcés se diluyó cuando el hijo de Nunila se presentó con sus hombres en las puertas de Pampilona después de renunciar a recuperar Iacca con sus mermadas fuerzas. Su ímpetu juvenil le había llevado a pensar que la respuesta de los vascones como venganza por el asesinato de su padre sería inmediata, pero sólo obtuvo de García promesas de colaboración una vez valorada la nueva situación que se presentaba.

Musa regresó a Tutila con una indefinible sensación de inquietud, y sabía que no

era sólo debida al drama vivido en la familia de su esposa. Trasladaron a Fortún sus impresiones, pero todos convinieron en que nada podía hacerse si García Íñiguez no tomaba la iniciativa.

La vida en Tutila recobró su ritmo habitual. Se aproximaba la época de la siega del cereal que daba fama merecida a la comarca, y las huertas de la fértil vega del río reclamaban una atención más constante. En esa época del año, no eran infrecuentes las disputas por el agua de riego entre los hortelanos, y el *sahib al suq* veía incrementado su trabajo de forma notable, aunque en no pocos casos el desencuentro no encontraba solución sino bajo los arcos de la puerta del río, donde el *qādi* tenía por costumbre sentarse durante la mañana para escuchar y resolver los pleitos entre los vecinos.

Los escribientes en la oficina del valí registraban cuidadosamente las transacciones comerciales sometidas a impuesto. Las compraventas de ganado habían alcanzado su punto álgido después de las pariciones de primavera, y el comercio fluvial estaba en su época de mayor actividad, con las aguas en su máximo nivel por las lluvias y el deshielo, antes de la parada que se producía durante los meses de verano por el reducido caudal del Uādi Ibru.

Las anotaciones en los pergaminos se interrumpieron el décimo segundo día del mes de Sawal.[40] Esa mañana una columna militar compuesta por un centenar de hombres a caballo llegó a la ciudad al parecer procedente de Saraqusta. La guardia apostada en la orilla oriental del Uādi Qalash dio el alto a los recién llegados, y un militar de aspecto arrogante entregó al oficial al mando un rollo de pergamino sin mediar palabra. Esperó con gesto de impaciencia, hasta que el muchacho que se había enviado con el recado para el *wāli* regresó con la orden de conducir al visitante a la alcazaba.

No era un hombre demasiado alto, pero su vestimenta sugería su pertenencia a la nobleza árabe. Compensaba su falta de estatura con un aristocrático turbante que no era habitual contemplar, de forma que a su paso por las calles de la ciudad se fue congregando una pequeña y expectante multitud que lo siguió hasta las puertas de la fortaleza. El hombre parecía complacido con el interés de la muchedumbre y no descendió de su caballo ni siquiera después de haber atravesado la sólida puerta de entrada al recinto.

Musa aguardaba junto al edificio principal y esperó a que el recién llegado y su escolta se acercaran.

—Estás ante Amir ibn Kulayb..., el nuevo gobernador de la ciudad.

El rostro de Musa permaneció impasible. La cara no le resultaba del todo

desconocida, quizás era alguno de aquellos nobles que había frecuentado en Qurtuba... Por un momento creyó que a continuación aquel hombre estallaría en carcajadas riéndose de la broma. Definitivamente no lograba ubicarlo entre los muchos rostros que había conocido en sus viajes. Pero aquel nombre...

—¿Quién eres? —respondió al fin precavido.

—Ya te lo he dicho..., soy Amir ibn Kulayb —respondió incómodo—. Mi hermano es Abd Allah ibn Kulayb, gobernador de la Marca. Lo conoces bien, porque combatiste con él frente a los normandos. Es él quien me nombra.

Sólo los colaboradores más cercanos apreciaron el ligero cambio de color en el rostro de Musa y las pequeñas gotas de sudor que comenzaban a perlar su frente.

—Supongo que debe tratarse de un malentendido. Fui nombrado valí de Tutila por el propio emir.

—Mi hermano Abd Allah fue nombrado gobernador de la Marca con todas las prerrogativas del cargo..., y eso incluye el nombramiento o la destitución de cada *watt* y de cada uno de los gobernadores de las coras.

Musa había comprendido por qué el rostro de aquel hombre le resultaba familiar: el parecido con su hermano ahora resultaba evidente. Por alguna razón, buscó a Lubb entre los presentes: recordaba sus palabras acerca del malestar de los generales cordobeses por su acceso a la consideración de Abd al Rahman.

Amir sacó de su bolsa de cuero el mismo pergamino que había mostrado a los oficiales de guardia y lo tendió hacia Musa.

—No necesito leer eso. Es un documento inválido, pues se opone a la decisión personal del emir. El propio príncipe Muhammad me entregó el nombramiento..., en este mismo lugar. No cederé el gobierno de la ciudad mientras no tenga en mis manos la destitución sellada por la misma mano que me nombró. Ahora regresa a Saraqusta y comunica a tu hermano mi respuesta.

En el rostro de Amir se dibujó una sonrisa cínica.

—No haré tal cosa. Más bien serás tú quien abandone la ciudad con tus hombres... —Pareció calcular mentalmente y siguió hablando—: Antes del anochecer de mañana. Hoy es miércoles, y de seo presidir la oración del viernes en la mezquita.

Musa quedó mudo por un momento ante la temeridad de aquel hombre.

—Sal con tus hombres de la alcazaba o me veré obligado a utilizar la fuerza.

Al escuchar sus palabras, los miembros de la guarnición, que asistían a la conversación con asombro, echaron mano a sus armas, y el familiar sonido metálico se escuchó alrededor de los recién lie gados.

—Me habían dicho que eras osado, sí. Debes tener gran con fianza en nuestro soberano, que Allah guarde. Parece tenerte en gran estima —dijo sin perder la sonrisa —. No ocurre lo mismo con el resto de notables cordobeses... y mucho menos entre los generales y oficiales del ejército de Abd al Rahman, te lo garantizo.

Musa no respondió, y Amir siguió hablando.

—En atención a esa estima de la que gozas... te permitiré que permanezcas en la ciudad si lo deseas... pero quedas relevado de tus funciones. A partir de ahora el gobernador soy yo...

Musa iba a replicar de nuevo, pero Amir alzó su mano.

—Antes de que me respondas, quiero que contemples conmigo el hermoso paisaje que debe de dominarse desde lo alto de estas murallas.

Al decir esto, se apeó del caballo y comenzó a caminar hacia la escalinata de piedra que conducía a lo alto del muro.

—¡Vamos! —exclamó volviéndose—. Quiero que veas algo.

Percibiendo el aplomo de Amir, Musa adivinó lo que iba a ver antes de llegar a lo alto de la escalera. Instintivamente, dirigió la mirada hacia oriente, en dirección a Saraqusta, y contempló una formación compuesta al menos por dos millares de hombres a caballo dispuestos en línea sobre las lomas cercanas.

—Supongo que ahora te convencerán mis razones..., aunque no es mi intención utilizar la fuerza —dijo con una sonrisa de triunfo.

Musa permaneció un instante en silencio, con la mirada perdida en algún punto del horizonte. Al final pareció resignarse ante lo evidente.

—Antes de ceder el gobierno debo acudir a Saraqusta para confirmar ese nombramiento.

—¡Necio! ¿Pretendes convencer a mi hermano de que se ha equivocado al nombrarme?

—Dame tres días para ultimar los asuntos que tengo pendientes —solicitó—. Te pido que esperes junto a tus tropas en el exterior de la ciudad.

Amir rio de nuevo.

—Pie observado que la *madinat* está bien provista para soportar un asedio prolongado. No haré tal cosa, sino que mis hombres se instalarán en esta alcazaba... hoy mismo. Da orden a la guarnición para que la abandone.

Musa pasó con sus hijos los días siguientes en Al Rawda, su residencia, mientras Amir tomaba el control de la ciudad. Esta vez se obligó a esperar un tiempo antes de tomar decisiones que pudieran resultar precipitadas, y el primer paso fue enviar un correo a Qurtuba con dos de sus hombres de confianza para asegurarse de que el emir fuera informado de lo sucedido. Desconfiaba del personal de palacio, controlado férreamente por el eunuco Nasr, pero afortunadamente con Ziyab disponía del cauce que le aseguraba el éxito.

—¡Eso es precisamente lo que pretenden con su provocación!

Musa había alzado la voz a su hijo Lubb, que paseaba inquieto por la sala principal en la planta baja de su residencia.

—Entonces, ¿debemos permanecer de brazos cruzados? —dijo depositando su copa de aguamiel sobre la mesa con brusquedad.

—No haremos tal cosa, pero tenemos que preparar el terreno cuidadosamente, sin dar motivos a Ibn Kulayb para acusarnos y encarcelarnos. Es lo que espera.

—Nuestro padre tiene razón, Lubb —intervino Fortún—. Una acusación de rebeldía pondría de nuevo al emir en nuestra contra. Mantengámonos en aparente sumisión y dejemos que Amir siga con sus provocaciones.

—Debemos aprender de la experiencia —trató de explicar Musa—. Hace seis años actué impulsivamente atacando Qala't Ayub y Daruqa, y eso dio argumentos a nuestros enemigos. El resultado fue la masacre de nuestra gente. Esta vez quiero ser yo quien se cargue de argumentos antes de tomar una decisión.

—Entonces, ¿vamos a permanecer aquí, encerrados en esta jaula? —protestó Mutarrif.

—No. Tu hermano Lubb saldrá hacia Al Burj —dijo volviéndose hacia él—. Conoces bien la ciudad y a los cabezas de familia, Ponles al corriente de los acontecimientos y preparaos para intervenir desde allí si fuera necesario.

Lubb asintió con la cabeza.

—Tú, Mutarrif, harás lo mismo en Siya, y Fortún en Arnit. Y tú, Ismail, permanecerás conmigo; quiero que me sirvas de enlace con el resto de los jefes Banu Qasi. Tenemos que organizar aquí a nuestra gente.

—¿Cuándo partiremos? —preguntó Lubb.

—En cuanto consigáis reunir a un grupo de fieles y hagáis los preparativos necesarios. Procurad que sean hombres voluntarios, y actuad con discreción. Abandonad la ciudad en grupos pequeños y escalonadamente. No quiero una desbandada que llame la atención de Amir.

Se dirigió de nuevo a Ismail.

—Tu primera tarea será llegar a Banbaluna para poner al corriente a García y a Enneco. Deben mantenerse alerta. Quizá sea necesario reclamar su intervención.

Quedaban sólo dos noches del mes de Sawal, y Musa se encontraba en su escritorio ocupado en la redacción de un correo que debía remitir a los jefes locales de la comarca. No podía disponer del personal de su administración, que seguía en la alcazaba bajo las órdenes de los hombres de Ibn Kulayb, y había tenido dificultades incluso para conseguir el pergamino necesario donde redactar las misivas. Esa misma tarde, entre dos luces, uno de sus escribientes de confianza había visitado la casa con un envoltorio bajo el brazo que solucionó oportunamente la carencia.

La grasa del candil chispeaba mientras cubría de derecha a izquierda el valioso pergamino con su descuidada caligrafía. Las velas de cera de abeja se habían agotado ya y tampoco el aceite de oliva abundaba, y pese a forzar la vista, debía mantener la

lamparilla a distancia para evitar que las salpicaduras arruinaran el trabajo.

Dos pergaminos permanecían extendidos esperando a que la tinta se secara por completo, y se afanaba en el encabezamiento de un tercero cuando dos golpes sordos procedentes del zaguán le hicieron alzar la vista de la mesa. Depositó con cuidado el cálamo en el tintero y salió al patio central. Aunque la noche era cálida e invitaba a disfrutar del cielo estrellado, no era habitual una visita de cortesía a aquella hora. Llegó a la puerta principal detrás del único sirviente que había permanecido en la casa tras la llegada de Amir.

—¿Quién va? —dijo el anciano con voz cansada.

Musa permanecía detrás de él y no pudo escuchar la respuesta. Al parecer tampoco el anciano, porque abrió la pequeña portezuela practicada a la altura de los ojos y repitió su pregunta.

—Correo de Pampilona. Busco a Musa, de los Banu Qasi..., el hermano de mi señor.

Musa hizo un gesto de asentimiento y el anciano corrió el pesado cerrojo de la puerta. Un hombre joven, robusto y con rasgos inequívocamente vascones entró en el zaguán, y su expresión un tanto temerosa cambió al reconocer al destinatario de su mensaje.

—¿Cómo andas a esta hora por las calles? Si te sorprende la ronda, habrías tenido que dar muchas explicaciones...

—Tu hijo Ismail me ha puesto sobre aviso de vuestra situación. Él y García temían que el mensaje pudiera ser interceptado, y he entrado en la ciudad antes del anochecer, con mi caballo pertrechado como el de un mercader. He esperado en una cantina hasta ahora, y he llegado hasta aquí deslizándome entre las sombras.

—No creo que nadie haya reparado en ti. Mañana es viernes, y las cantinas deben de estar atestadas.

Assona se acercó a ellos y se mantuvo en la penumbra a salvo de la mirada del emisario.

—¿Cuál es ese mensaje? —preguntó Musa al fin.

—Pampilona ha sido atacada.

El joven hizo caso omiso del grito ahogado que salió de la garganta de Assona y siguió hablando.

—Al parecer las tropas iban dirigidas por un general cordobés..., Abd Allah ibn Kulayb —dijo pronunciando el nombre con dificultad—. Tu hijo ya nos ha aclarado que se trata del nuevo gobernador de Saraqusta. Los habitantes de la ciudad se refugiaron tras sus muros, pero esos perros han arrasado los alrededores. Han quemado las cosechas, los árboles y han incendiado aldeas y granjas.

El silencio se instaló durante un instante en el zaguán, hasta que fue roto por la voz angustiada de Assona.

—¿Por qué hacen eso, Musa?

—Es una nueva provocación, Assona..., aunque supongo que ante Qurtuba lo disfrazarán como una acción de castigo..., por el retraso en el pago de los impuestos, quizá.

—Así es —dijo el mensajero—. Es lo que gritó uno de sus oficiales a los defensores en la muralla. Yo mismo pude escucharlo: dijo algo sobre «diligencia a la hora de cumplir las obligaciones con el Tesoro».

—¡Estarían a punto de recoger la cosecha! —se lamentó Assona—. ¿Cómo van a pagar ahora el tributo? ¿Y cómo sobrevivirán a este invierno?

Musa sabía que en los días siguientes debía conducirse con cuidado especial, sin proporcionar motivos a Amir para tomar represalias contra él. A mediodía acudió a la mezquita para asistir a la oración del viernes, pues la simple inobservancia del precepto podía dar pie a una acusación de impiedad, y el encarcelamiento sería inmediato.

Amir acudió a caballo y ataviado con vistosos ropajes para presidir la oración, y buscó con descaro a Musa entre los presentes. Debía dar por supuesto que estaba ya al tanto de los sucesos de Banbaluna, porque su mirada fue de satisfacción y desafío. Musa no pudo evitar que una oleada de ira lo invadiera, y sintió que la rabia se reflejaba en su cara al notar un familiar pálpito en las sienes. Se conocía bien, y sabía que su rostro se había congestionado y dos gruesas venas debían de estar surcando su frente. Ninguno de los presentes apartaba la mirada de ambos, y agradeció el momento en que el *imām* llamó la atención de los fieles al dar inicio al primero de los sermones con las alabanzas a Allah.

Los habituales corrillos en el exterior de la mezquita al final de la oración sirvieron a la perfección a los propósitos de Musa. De manera aparentemente casual, fue acercándose a los más fieles para darles instrucciones precisas: debían abandonar la ciudad de forma gradual y discreta para dirigirse hacia Arnit, donde se reuniría con ellos.

Mantuvo la apariencia de normalidad hasta el último momento, y el sábado, al atardecer, abandonó Tutila en compañía de Assona, sus criados y algunos de sus hombres de confianza.

La actividad de Musa en las semanas que siguieron fue incansable. Recorrió a caballo la distancia que separaba Arnit de Tarasuna y Al Burj, donde se reunió con Lubb, y siguió camino hasta la ciudad de Siya, para trasladar a Mutarrif sus intenciones. A su regreso, se entrevistó con los caudillos de Balterra y Al Faru. Fortún, por su parte, viajó hasta Kabbarusho y Qala't al Hajar, y a la más lejana

ciudad de Baqira.

Las noticias que llegaban de Tutila no eran tranquilizadoras. Amir se había adueñado de las posesiones de Musa: había ocupado la *almúnya* junto al Uādi Qalash, y uno de sus hijos se había instalado en Al Rawda, la residencia junto a la muralla. Pero no se había conformado con eso: dos molinos propiedad de Musa situados junto al río habían sido pasto de las llamas, junto a los campos de olivos y vides que habían pertenecido a la familia durante generaciones, desde los tiempos del viejo conde Qasio.

A sólo una semana para el final del mes de Dul Qa'da,[41] ante los ojos de Musa se extendía el resultado de sus esfuerzos durante las semanas anteriores. Los campos cercanos a la vieja ciudad de Askaniya refulgían bajo el inclemente sol de verano con el brillo de los cascos, lanzas y espadas de las tropas Banu Qasi, que habían confluido en el punto fijado por Musa para su encuentro.

El castillo se hallaba en lo alto del monte que dominaba el fértil valle del Uādi Qalash, a medio camino entre Tarasuna y las montañas donde nacía, y su desembocadura en Tutila. Se trataba de una edificación antigua, recompuesta varias veces, y la sala principal, aunque amplia, resultaba insuficiente para acoger con comodidad al medio centenar de hombres que Musa había convocado: aparte de sus hijos, se encontraban allí los jefes de los Banu Qasi y los altos oficiales de sus tropas, que hablaban a voces en el atestado salón.

A pesar de que el sol no había alcanzado aún el cénit, se anunciaba un nuevo día de calor tórrido, y los hombres acampados en la vega se protegían bajo la sombra de los álamos y las higueras o bajo los toldos de las tiendas que habían empezado a instalarse.

Cuando Musa comenzó a hablar, se hizo el silencio en la sala. Todos los presentes sabían de la gravedad de la situación, y se encontraban ansiosos por conocer las últimas noticias y, sobre todo, los planes de su señor.

—Puede que algunos de vosotros aún os preguntéis por qué he insistido en atender con preferencia los asuntos de intendencia de vuestras tropas. Si no me equivoco, Ibn Kulayb no presentará batalla, y de hecho nuestros informadores nos dicen que, en cuanto ha sabido de nuestra presencia, las puertas de Tutila se han cerrado y las tropas se han acantonado en la alcazaba. Nos enfrentamos pues a un asedio que puede ser largo.

—¿Vamos a someter a asedio a nuestra propia gente? —interrumpió el 'amil de Tarasuna—. Muchos de nosotros tenemos familiares allí.

—Quien quiso abandonar Tutila con nosotros pudo hacerlo en su momento.

Musa observó rostros de incomprensión y se apresuró a aclarar sus intenciones:

—No vamos a tomar la ciudad por la fuerza, ni vamos a cortar los suministros. No pretendo sino forzar la situación para...

—¡Pero el gobernador de Saraqusta arrojará sus tropas contra nosotros! —espetó otro de los jefes locales.

Musa esbozó un atisbo de sonrisa y repuso con aplomo:

—Para evitarlo, hemos enviado una columna hacia allí. Mantendrá ocupado a Abd Allah.

—A Abd Allah se le van a multiplicar los problemas —intervino Fortún.

—Mi hijo quiere decir que hemos previsto el riesgo que planteas. Pronto en Saraqusta recibirán noticias de una oportuna insurrección en Uasqa. Mutarrif y nuestros hombres de Siya se encargan de ello. Abd Allah no tendrá más remedio que acudir a sofocarla.

—Pero el asedio de Tutila dará razones a los dos hermanos Ibn Kulayb para acusarte de rebelión. Y en cuestión de semanas tendremos encima al ejército de Qurtuba. ¿Pretendes enfrentarte de nuevo al emir?

—De hecho Amir ya ha enviado correos hacia allí —repuso Musa despreocupado —. Y ruego a Allah que no encuentren obstáculos en su camino.

Desde su atalaya, Musa contemplaba el fértil valle en el que la cosecha de cereales esperaba a ser recogida. Imaginaba la situación de penuria que posiblemente se viviría en Banbaluna tras la devastación llevada a cabo por Ibn Kulayb, y si no se hacía algo el invierno también sería difícil para su pueblo. Reunió a sus oficiales y dio la orden de poner a las tropas a segar el trigo y la cebada antes de que se perdieran definitivamente. Durante dos semanas, las mulas del ejército trasladaron el grano hasta las aldeas vecinas, donde fue almacenado en improvisados graneros a salvo de la lluvia.

Una vez concluida la siega, las tropas volvieron a entregarse a una cierta indolencia que Musa siempre temía. El asedio no iba a ser corto y, como Musa esperaba, en las tres semanas siguientes se produjeron incidentes entre la tropa y algunos abusos hacia los campesinos de la zona, que se saldaron con la aplicación de las medidas habituales de disciplina por parte de los oficiales. Pero el hecho más grave ocurrió cuatro semanas después de la llegada a Askaniya. Como era habitual cada vez que se reunía un gran ejército, los mercaderes hicieron acto de presencia y también los carromatos atestados de jóvenes esclavas sometidas por algún comerciante sin escrúpulos dispuesto a hacer negocio. Sus llamativas tiendas pronto se convirtieron en los lugares más concurridos del campamento, sobre todo en las primeras horas de la noche. Avispados, los dueños del burdel regaban a sus clientes con vino y licores abundantes, lo que acababa pronto con sus inhibiciones y con su bolsa. No tardó en establecerse una encarnizada competencia entre los dueños de las

esclavas, y alguno de ellos fijó también su atención en los soldados sitiados en Tutila. Al anochecer, las muchachas desfilaban bajo las murallas de la ciudad a la vista de los guardias, que esperaban al relevo para abandonar subrepticiamente su puesto y encontrarse con ellas en los sotos del río, a escasa distancia de las puertas.

A mediados del mes de Dul Hiyah, la luna llena iluminaba la noche en las cercanías de la *madinat*, y las sombras se movían sin dificultad en la tibia noche de verano. Tres muchachas de origen eslavo seguían con risas ahogadas a otros tantos soldados de la guarnición entre los arbustos cercanos a la orilla del Uādi Ibru. Cada una de las tres parejas eligió un lugar donde dejarse caer sobre la hierba para iniciar su juego, ajenos a la presencia de otro grupo de sombras que los seguía a cierta distancia. Después de un tiempo prudencial, seis hombres completamente ebrios saltaron al centro del claro.

—¡Se acabó la fiesta! ¡Levantad de ahí! —gritaban entre risas.

Las tres muchachas ocultaron su desnudez y corrieron a abrazarse aterrorizadas. Los soldados echaron mano a sus puñales.

—¡Dejad en paz a estas preciosidades! ¡No son para vosotros! —dijo uno de ellos, que se había colocado en el centro del claro.

Cada vez que uno hablaba, el resto estallaba en carcajadas.

—¡Estáis borrachos! ¡Volved a vuestras tiendas! —se enfrentó el soldado que se hallaba más cerca.

—¿Borrachos nosotros? —dijo el primero vocalizando con dificultad—. ¿Estamos nosotros borrachos? —preguntó entre risas a sus compañeros—. Venid con nosotros, preciosas. —Agarró por la muñeca a una de ellas.

El soldado que había contestado se acercó y lo aferró del brazo, tratando de liberar a la muchacha.

—Están con nosotros. Déjalas en paz —dijo sosteniendo su mirada.

El otro se deshizo de aquella mano con brusquedad y lo ignoró, pero entonces lo asió por el hombro.

El destello de la hoja duró un instante, y entró por el vientre del muchacho en dirección al corazón. Sus ojos quedaron en blanco, y su cuerpo desnudo se desplomó sobre la hierba.

Las tres mujeres comenzaron a dar gritos ahogados tapándose los rostros con las manos. Los otros dos soldados se colocaron junto a la orilla, de espaldas al agua, y empuñaron las dagas, pero su inferioridad era evidente. Cruzando una mirada optaron por salir huyendo para perderse entre la maleza.

Las tres esclavas observaban a sus atacantes aterrorizadas, sujetando con dificultad las ropas con las que trataban de cubrirse. Sabían que su vida valía bien poco en manos de aquellos hombres, y el asesinato que acababan de presenciar las convertía en testigos incómodos. Sin embargo, entonces ocurrió algo con lo que no

contaban. Uno de los cinco hombres se acercó a su compañero, que aún sostenía el puñal ensangrentado, y lo sorprendió con un brutal puñetazo en el rostro que lo desplazó varios codos, hasta que cayó sin sentido en la orilla del río. A continuación se dirigió a las muchachas y les pidió que tomaran sus ropas y volvieran a su tienda.

El *'amil* de Balterra, lugar al que pertenecían los seis hombres, fue informado del suceso por ellos mismos. El episodio bien podía servir a Amir como justificación a sus excesos, y Musa autorizó al señor de Balterra para que tomara medidas drásticas y ejemplares con ellos. Todos fueron arrojados a los calabozos de Askaniya, y el causante de la muerte, entregado a la guardia de Ibn Kulayb semidesnudo y cargado de cadenas a lomos de una mula. A la mañana siguiente, su cabeza aparecía clavada en una pica sobre la puerta de Saraqusta.

Sólo había transcurrido una semana desde aquellos sucesos cuando dos informadores entraron a galope en el campamento con la noticia de que el ejército de Abd al Rahman se aproximaba desde Madinat Selim, ciudad que habían abandonado cuatro jornadas antes.

Musa dispuso lo necesario para salir a su encuentro antes de su llegada a Tutila, y con una delegación formada por una veintena de hombres partió hacia Tarasuna. Desconocía quién encabezaba la aceifa, pero envió a uno de sus emisarios en su busca solicitando una entrevista.

Apenas una jornada después, la vanguardia de las fuerzas cordobesas atravesó los desfiladeros que daban paso al valle desde las extensas altiplanicies en los confines de la Marca. No tardó en confirmarse que quien encabezaba la expedición no era otro que Muhammad, el primogénito del emir.

Musa sabía que las informaciones recibidas en Qurtuba le acusaban de rebelión, y acudió al encuentro con el príncipe en actitud de sumisión. Muhammad había declinado alojarse en la alcazaba de Tarasuna, y Musa se presentó junto a los pabellones levantados en las inmediaciones, a orillas del Uādi Qalash. Al acercarse al cinturón de guardias que los custodiaban repasaba mentalmente el discurso que había preparado con cuidado. Hubo de esperar mientras el oficial al mando daba aviso a los asistentes del príncipe, y por fin vio avanzar hacia él a un personaje que sin duda pertenecía a su círculo más próximo, a juzgar por lo cuidado de su apariencia. Se presentó como el chambelán de Muhammad e inició un largo soliloquio que no dejó de sorprender a Musa. Empezó a temer que aquel interminable recibimiento sólo fuera el prólogo de una negativa, algo que ni siquiera se le había ocurrido considerar. Si el príncipe no accedía a escucharle... podían enfrentarse a serios problemas.

—Mi señor se encuentra en estos momentos tomando su esperado baño después de una agotadora jornada de marcha. Considera que esta entrevista no es necesaria... ni siquiera conveniente, y te ruega que dejes expedito el camino hasta Tutila.

Había reservado para su última frase todo el contenido del mensaje que deseaba

transmitir, y no dio opción a réplica. Antes de poder pensar en una respuesta, Musa vio a aquel hombre girar sobre sus talones y alejarse con la cabeza enhiesta, marcando el paso de forma casi marcial.

Regresó a Askaniya envuelto en un mar de dudas y, por primera vez desde su salida de Tutila, sin saber qué actitud adoptar. Si Muhammad decidía atacar, no podía oponer ninguna resistencia en campo abierto, pero, a pesar de la negativa que acababa de recibir, algo le decía que nada debía temer del hijo de Abd al Rahman.

En la jornada siguiente dio orden de formar a sus tropas en posición defensiva en torno a los muros de Askaniya ante la inminente llegada del ejército cordobés. A media mañana una inmensa nube de polvo anunció su proximidad. Seguían el curso del río por la vieja calzada romana, pero tan sólo una hora más tarde habían rebasado sus posiciones y se perdían en el horizonte en dirección a Tutila.

Amir esperaba impaciente la inminente llegada de sus libertadores. Aunque el asedio no había provocado escasez de alimentos en la ciudad, había resultado humillante tener que permanecer recluido entre sus muros durante más de cinco semanas. Inexplicablemente, las peticiones de ayuda a su hermano en Saraqusta no habían obtenido respuesta, y el anuncio de la llegada de Muhammad había despertado en él una explosión de júbilo. Sus hombres le habían informado de la negativa del príncipe a dar audiencia a aquel prepotente y orgulloso muladí, y eso había acabado con la última sombra de preocupación que albergaba.

Con sus propios ojos, divisó en la lejanía la estela de polvo que descendía con exasperante lentitud por el Uādi Qalash, y se dirigió a sus estancias para preparar con cuidado su mejor atuendo. Dio orden a sus hijos de hacer lo mismo y organizó la recepción del príncipe a las puertas de la ciudad.

Por fin aquellos portones podían ser abiertos sin temor al ataque de los insurrectos. No tenía noticias de combates entre las tropas del emir y las de Musa ibn Musa, pero supuso que la prioridad de Muhammad era liberar la ciudad para después desbaratar a las fuerzas rebeldes con su propia ayuda. Saboreaba con delectación el momento en que aquel rebelde se viera obligado a deponer las armas frente a él. Le haría jurar sumisión o, de lo contrario..., le reservaría un rincón en la mazmorra más oscura de la alcazaba.

Sobre la plataforma de madera que permitía al camino de ronda salvar la puerta de Saraqusta, Amir escuchó la que debía ser la última llamada del muecín antes de la liberación de la ciudad. Lo consideró la señal que esperaba para descender la escalinata y atravesar la barbacana que proyectaba la puerta sobre el puente del río.

Precedido por su imponente guardia personal, Muhammad adelantó su caballo

tordo hasta las cercanías del puente. Amir avanzó ante él e hincó sus rodillas en el suelo sin esperar a que el príncipe descendiera de la cabalgadura. Mientras lo hacía, el flamante gobernador se inclinó hasta rozar la cabeza con la tierra.

—Que Allah Misericordioso bendiga a nuestro soberano y con él a su hijo primogénito, que ha tenido a bien acudir a la llamada de su humilde súbdito.

Muhammad no respondió y esperó a que el hombre se pusiera en pie.

—La sola presencia de tu ejército ha puesto al parecer en fuga a las tropas de ese renegado muladí, que han sometido a tu pueblo a tan duro asedio —continuó en tono eufórico.

Sin embargo, una sombra de inquietud comenzó reflejarse en su rostro. Muhammad seguía en pie ante él, impávido y silencioso, mirándolo con gesto indescifrable.

—¿Cómo puedo honrar a nuestro heredero? ¿Hay algo que pueda ofreceros? —dijo en tono mucho más suave, con una voz que sonaba ya francamente asustada.

—Quizá sí —habló por fin Muhammad—. Me gustaría ver quién firma tu nombramiento como wāli de esta ciudad.

El rostro de Amir se tornó lívido.

—El gobernador de la Marca, mi hermano Abd Allah, es quien lo hizo. ¿Es que no aprueba mi soberano...?

Muhammad no le dejó terminar la frase.

—¿Y quién es tu hermano para arrogarse el poder de cuestionar los nombramientos de mi padre?

Amir ibn Kulayb había empequeñecido a la vista de todos. Su cabeza aparecía ahora hundida entre sus hombros, y no quedaba rastro de la arrogancia que había demostrado tan sólo unos minutos antes.

—¡Cargadlo de cadenas! ¡Servirá de ejemplo a quienes pretendan suplantar la autoridad de su soberano! ¡Quitádmelo de delante!

La guardia que acompañaba a Amir no hizo un solo gesto para defenderlo. Nadie iba a osar poner en cuestión la autoridad de Muhammad en presencia de su guardia de «mudos».

—¡Ocupad la ciudad y reducid a quien se resista! —ordenó el príncipe—. ¡Y salid en busca de Musa ibn Musa! Ahora es cuando lo quiero en mi presencia.

Musa ordenó sacrificar un centenar de corderos bien cebados para celebrar el retorno. Si la fiesta de Id al Adhá no había podido celebrarse como el precepto establecía a causa del sitio de la ciudad, ahora era el momento de compensarlo. Después de aquellos meses de zozobra, los habitantes de Tutila se mostraban exultantes tras la reposición de Musa como valí. No había sido ésa la única decisión que había tomado el príncipe: un general llegado con él desde Qurtuba había sustituido a Abd Allah ibn Kulayb como gobernador de la Marca, que había sido

despojado de su rango y encarcelado junto a su hermano.

Ahora parecía que la ciudad tuviera prisa por recuperar el tiempo perdido, y se veía a su gente recorrer las calles con paso decidido, los mercaderes habían ocupado de nuevo el barrio del zoco y la mezquita en algunos momentos quedaba pequeña para acoger a los centenares de fieles que acudían a ella para dar gracias a Allah.

Musa había vuelto a ocupar su residencia junto a la muralla, y dedicaba su tiempo a atender los asuntos más urgentes y a recuperar la organización administrativa de la ciudad. Afortunadamente la cosecha de cereal había conseguido salvarse y se almacenaba ya en los silos de la alhóndiga, lo que garantizaba el suministro para el invierno, e incluso permitiría enviar parte de los excedentes a Enneco.

Desde su atalaya en lo alto del muro de la alcazaba, observaba a un grupo de mujeres que lavaban sus ropas en la orilla del Uādi Qalash, justo antes de su desembocadura en el Uādi Ibru. Las ráfagas de brisa del atardecer transportaban retazos de su conversación incesante, y casi podía aspirar el aroma a *sabun* que debían desprender los blancos lienzos de lino tendidos a secar sobre los matorrales. Era la imagen de la normalidad que tanto añoraba. Quizás el paso de los años empezara a hacer mella, pero en aquel momento disfrutaba de su situación y se sentía plenamente dichoso, y recordar la conversación con el príncipe Muhammad antes de abandonar Tutila contribuía a ello. Le había sorprendido saber que Abd al Rahman había estado al tanto de los acontecimientos desde el inicio. Al parecer, Qurtuba no sólo disponía ya de un valioso cuerpo de diplomáticos en los territorios limítrofes, sino también de una tupida red de informadores que trasladaban a la cancillería todo cuanto ocurría en cualquier rincón de Al Ándalus, sin necesidad de depender de las vías de comunicación oficiales.

Aún resonaban en sus oídos las últimas palabras de Muhammad, cuando Musa pidió al príncipe que trasladara a Abd al Rahman su gratitud:

—Mi padre sólo ha tratado de no repetir contigo el error que una vez cometió.

Capítulo 20

Año 851, 236 de la hégira

—Sólo son dos lanzadas. No os preocupéis tanto por mí—dijo Musa tratando de incorporarse del camastro en el interior de su tienda. Sin embargo, un dolor agudo le hizo mudar el rostro y se reclinó de nuevo.

—Los médicos dicen que no debes moverte. Las heridas son más serias de lo que pretendes demostrar. De no haber sido por la cota de malla... —dijo Fortún preocupado.

—Lo doy por bien empleado —repuso Musa tratando de acomodarse—. Esta victoria tiene una importancia extraordinaria..., dos lanzadas en el costado no son un precio elevado.

—No esperaba que los *yilliqiyin* presentaran batalla de la forma en que lo han hecho —reflexionó Fortún.

—Habrá que tener en cuenta a este Urdun en el futuro..., o es un excelente estratega o sabe rodearse de buenos asesores.

—No han corrido tanta suerte sus aliados del norte... Emenon de Perigord y Sancho de Gascuña.

—La captura de los dos condes gascones ha sido providencial: nos da una baza para negociar con el rey Carlos de Aquitania —añadió Musa satisfecho.

—Sin duda tendrá que acudir a nosotros para negociar su rescate.

—Y no serán monedas de oro lo que exijamos... sino el compromiso de su sumisión, o al menos de su neutralidad en el futuro. Debo enviar correos a Qurtuba informando al emir de esta victoria —dijo Musa mientras reprimía otro gesto de dolor.

—Yo me encargaré, padre.

—Sé que la alianza entre *yilliqiyin y galasqiyin* preocupaba sobremanera en la cancillería de Abd al Rahman. Y ahora no sólo han sido derrotados en el campo de batalla, sino que nos ofrecen esta inesperada oportunidad de forzar a los aquitanos a negociar.

—El emir estará satisfecho...

Musa entrecerró los ojos, parecía perdido en sus pensamientos, de modo que Fortún no lo molestó hasta que volvió a abrirlos, con gesto de incomodidad.

—Sacadme al exterior, me ahoga este aire viciado.

—Es perfecto —dijo cuando dos sirvientes hubieron depositado el camastro bajo la sombra de un sauce.

—Un lugar estratégicamente situado... —coincidió Fortún.

Ante ellos se extendía el valle del río que descendía desde las gargantas de Baqira, y a su izquierda se alzaba la peña blanqueada por el yeso, que había dado nombre a la aldea de Al Bayda.

—Hace ya años que tengo el deseo de levantar aquí una fortaleza aprovechando aquellas quebradas.

Fortún contempló el lugar asintiendo.

—Tierra de frontera... Piensas que no será éste el último enfrentamiento con Urdun, ¿no es cierto?

Musa permaneció pensativo.

—Espero que sea sólo con Urdun con quien debamos enfrentarnos —dijo con tono repentinamente sombrío.

—¿Te refieres a...?

—Daré las órdenes..., quiero que de inmediato comience el acarreo de material —dijo ignorando la pregunta de su hijo.

—¿Y de dónde vamos a sacar los fondos?

—Abd al Rahman no considerará un desatino dedicar parte de los tributos recaudados en nuestras ciudades a reforzar la defensa de la frontera de Al Ándalus.

Assona recibió a Musa en Tutila con un gesto compungido que éste achacó en un principio a la preocupación por su estado. Trató de restar importancia a sus heridas, que en cualquier caso comenzaban a sanar, aunque el paso de los años dejaba ya sentir su influencia y sus huesos se resentían. Sin embargo, no necesitó preguntar para saber que algo más preocupaba a su esposa.

—Es mi padre —respondió cuando Musa la interrogó con la mirada—. Su estado de salud ha empeorado súbitamente. Hace tres días llegó un correo dando cuenta de ello. En contra de la opinión de los médicos, ha pedido ser trasladado a su querido monasterio de Leyre, junto a la vieja fortaleza de Baskunsa.

—Debiste partir hacia allí al recibir la noticia, sin esperarme —le reprochó Musa con dulzura tomando su mano entre las suyas.

—No podía marcharme sabiendo que estabas a dos jornadas de camino..., deseaba comprobar con mis propios ojos que en verdad tu estado no era grave.

—Ya ves que no. De ésta saldré sin mayor daño —repuso jovialmente—. Pero ya que has decidido esperar a mi regreso, partiremos juntos de inmediato.

—Tú debes descansar —se opuso.

—Anhelo tanto como tú poder hablar de nuevo con mi hermano antes de... —respondió con gesto grave, pero no llegó a terminar la frase, al menos en voz alta.

Musa siempre se maravillaba ante el brusco cambio de paisaje que se percibía al

viajar hacia el norte alejándose de la ribera del Uādi Ibru. Después de tres días de camino, forzosamente lento por su convalecencia, habían llegado a la fortaleza de Rocaforte, a tan sólo ocho millas del monasterio. Poco había cambiado con el paso de los años, al menos desde el exterior, aunque las dependencias interiores habrían agradecido la mano de unos buenos maestros albañiles. A la memoria de Musa volvieron las imágenes de Assona en aquel mismo recinto, siendo todavía una niña, mientras esperaba con Nunila el alumbramiento de su hermano García, atrapados todos por la ventisca. Habían pasado ya... ¡más de cincuenta años!, pensó tratando de hacer un cálculo rápido. Entonces Enneco era un hombre joven al que admiraba, su hermano mayor, al que veía como un padre durante los veranos que pasaban juntos... y ahora posiblemente esperaba su hora a poca distancia de allí, en aquel monasterio adscrito a la regla benedictina. Aún evocaba el aroma a cordero asado que salía de forma casi permanente de las cocinas de aquel castillo y la extrañeza que, siendo aún niño, le había producido la conducta de aquellos monjes, que criaban el ganado para fabricar pergaminos con su piel y enviaban a Baskunsa el excedente de deliciosa carne a cambio de trigo y aceite.

Partieron de Baskunsa de mañana remontando el río Aragun, y antes de mediodía se encontraban a los pies de la sierra en cuya ladera se asentaba el monasterio. Desde el vado que atravesaba el río trepaba un camino amplio que conducía al cenobio, invisible desde aquel punto. Ascendieron entre la densa vegetación hasta coronar un cerro que se elevaba a mitad del trayecto y, desde allí, cuando los jirones de nubes bajas lo permitieron, contemplaron los muros del recinto y el campanario, que se recortaba contra el cielo en la lejanía. La campana llamaba en aquel momento a los monjes a la oración, y su sonido llegaba hasta ellos amortiguado por la distancia.

—Debe de ser mediodía —dijo Assona—. Es la hora sexta, uno de los momentos marcados por la regla de San Benito para el rezo de los monjes.

—¿Deben acudir a la iglesia para decir sus oraciones? —se interesó Musa, con un animado tono de voz.

Se encontraba satisfecho por la cercanía al monasterio, y deseoso de llegar cuanto antes para reencontrarse con su hermano de sangre.

—No durante la jornada de trabajo —respondió Assona tratando de rebuscar en los recuerdos de su vida anterior—. Desde que amanece, en la hora prima, hasta el atardecer, los monjes interrumpen sus labores y se ponen a orar inmediatamente en el lugar en el que se encuentran. Acuden a la iglesia para las vísperas.

—No hay mucha diferencia con nuestras oraciones —observó Musa.

El tañido de las campanas había cesado, y la comitiva se dispuso a ponerse de nuevo en marcha. Pero un nuevo sonido llegó hasta ellos. Eran las mismas campanas, sin duda..., pero con un toque mucho más cadencioso. Dos tonos, uno más agudo que

otro, se sucedían a intervalos regulares y muy espaciados.

El rostro de Assona se contrajo y miró a Musa. También él conocía el significado de aquel sonido: demasiadas veces había tenido ocasión de escucharlo en la vieja iglesia mozárabe de Tutila. Era el toque de difuntos.

—Quizás algún viejo fraile ha descansado —dijo Assona con un hilo de voz.

Musa se limitó a espolear a su caballo.

Si los dos esposos albergaban aún esa esperanza, la perdieron cuando alcanzaron la explanada que daba acceso al monasterio. El estandarte índigo con la cruz de Enneco Arista y los pendones negros colgados a media asta no dejaban lugar a dudas. Musa miró a Assona y por primera vez vio a una mujer encorvada, hundida sobre su silla, casi una anciana a pesar de no alcanzar los sesenta años.

La parte más cercana a la entrada del sólido edificio se hallaba ocupada por un nutrido grupo de hombres de armas y aldeanos que rezaban con la cabeza descubierta, muchos de ellos rodilla en tierra. Fueron abriéndose paso, contemplando sus rostros rudos y quemados por el sol, que reflejaban una profunda tristeza. Assona supo, por su mirada de respeto y por la discreta inclinación de las cabezas, que algunos de aquellos hombres la habían reconocido.

Musa descabalgó primero y ayudó a su esposa. Cuando Assona desmontó, sus rostros quedaron enfrentados durante un breve instante, y entonces ella rompió a llorar sobre el hombro de su esposo. Musa era consciente de que decenas de miradas estaban fijas en ellos, y se esforzó para contener el irreprimible deseo de desahogar su angustia.

—Lo siento mucho, Assona..., lo siento —acertó a balbucir—. Si no hubiera sido por mí, podrías haber compartido sus últimos días.

—No te culpes —respondió ella pasándose los dedos bajo los ojos llorosos—. Dios lo ha querido así.

La puerta que daba acceso al recinto del monasterio se encontraba de forma excepcional custodiada por un nutrido grupo de soldados y oficiales, que al punto reconocieron a ambos y se retiraron, descubriendo las cabezas a su paso en señal de respeto. Tras atravesar el recio muro de protección, se encontraron ante una amplia explanada cubierta de hierba en cuyo extremo occidental se abría la portada del sólido templo de piedra adosado al cenobio.

Las muestras de condolencia y respeto se sucedieron mientras se aproximaban a la escalinata que daba acceso a la iglesia. *Seniores* y nobles vascones, monjes y diversos miembros del clero, maestros artesanos, comerciantes acomodados y una pequeña multitud de personajes de difícil catalogación se agolpaban en el exterior.

De súbito la puerta se abrió y en el dintel, ligeramente deslumbrado por la claridad, apareció García.

—¡Hermana! —dijo con tono de pesadumbre, y descendió los escalones con

rapidez.

Musa prefirió mantenerse al margen mientras Assona y su hermano menor se fundían en un abrazo. Hablaron durante unos instantes, y sólo después García dirigió a su cuñado un saludo fugaz, interrumpido por la salida precipitada de Auriya, que hizo verdaderos esfuerzos por dominarse para no arrojarse en brazos de sus dos progenitores. Tras ella aparecieron su esposo y sus hijos, y también Nunila y los suyos. Por un instante, Assona se vio superada por las emociones y rompió a llorar de nuevo en brazos de su hermana.

—¿Y nuestra madre? —preguntó por fin.

—Está junto a él. No se ha separado de su lado ni un instante desde su muerte.

Assona se volvió hacia Musa, lo tomó del brazo y ascendió la escalinata. Les recibió un intenso aroma a incienso, y al principio les resultó difícil adaptar la vista a la relativa oscuridad del interior. Sobre el altar destacaba una gran imagen de madera bellamente labrada que representaba a Cristo crucificado, y a sus pies un catafalco cubierto por una tela púrpura sostenía el féretro con el cuerpo de Enneco. Todos los sonidos del exterior habían desaparecido para ser sustituidos por el canto monódico de los monjes, que resultaba sobrecogedor entre aquellos gruesos muros.

Toda se encontraba arrodillada en un sencillo reclinatorio al pie del presbiterio, con la mirada fija en uno de los estrechos ventanales cubiertos de alabastro que permitían el paso de una tenue claridad. Assona avanzó hacia ella, y Musa contempló la escena desde la distancia. La esposa de Enneco volvió su rostro con lentitud al percibir la presencia de alguien junto a ella, y por un instante madre e hija quedaron inmóviles; sus rostros hablaban por ellas. La anciana trató de levantarse, pero hubo de ser Assona quien la sostuviera antes de fundirse con ella en un doloroso abrazo. Permanecieron así durante largo rato, murmurándose palabras al oído, hasta que el canto cesó y el repentino silencio pareció sobresaltarlas. Assona, tomando aún a su madre de la mano, se acercó a la urna en la que reposaba Enneco. Con las lágrimas resbalando por sus mejillas, tocó la frente de su padre con los dedos, y a continuación los llevó a sus labios.

Sólo Musa sabía cuánto sentía Assona no haber podido despedirse de su padre. Y lo sabía porque él lo lamentaba tanto como ella.

La víspera de las exequias, los alrededores del monasterio se convirtieron en un hervidero. Una multitud de gentes de toda condición había acudido en peregrinación para asistir a la inhumación de su señor. El abad del monasterio se había encargado de los preparativos de la ceremonia, que sería concelebrada por él mismo y el obispo Willesindo, cuya comitiva, según contaban los viajeros que llegaban a caballo, se acercaba ya procedente de Pampilona.

Durante aquellos dos días, Musa había tenido oportunidad de intercambiar impresiones con algunos de los caballeros y *seniores* vascones procedentes de la capital y de los valles situados al norte del monasterio. Había tenido también ocasión de recorrer los alrededores, y no le pasó desapercibido el fuerte dispositivo militar organizado para la defensa. Leyre se encontraba en el extremo de las tierras de Pampilona, en el límite con el condado de Aragun y, tras las lomas que lo circundaban por su parte oriental, era muy posible que se hallaran apostadas las tropas de Galindo Aznárez.

García, el esposo de su hija Auriya, confirmó sus suposiciones, y fue quien lo puso al corriente de los últimos acontecimientos en Pampilona. El obispo Willesindo se había hecho habitual en la corte de García Íñiguez y se jactaba entre sus acólitos de la influencia que ejercía sobre el futuro rey. En los últimos tiempos eran públicas las desavenencias entre García y su padre, y Enneco había llegado a negarse a recibir los sacramentos de mano del obispo. De hecho, su decisión de trasladarse a Leyre no obedecía a otro motivo que el de mantenerse al margen de las maquinaciones de Willesindo con su hijo, acogiéndose a la hospitalidad de su buen amigo el abad.

—Hay algo que deberías saber —dijo García—, aunque supongo que se te ha ocultado para evitar enconamientos en un momento como éste. El obispo exigió a García Íñiguez que se vetara la presencia de musulmanes en el funeral dentro del recinto sagrado.

Musa no pudo ocultar un gesto de asombro.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—Lo desconozco. Sólo ha trascendido que la exigencia llegó a oídos de Toda, que montó en cólera y amenazó con enterrar a su esposo en la intimidad. De momento, el obispo ha quedado desairado.

La mañana del entierro amaneció radiante, y sólo la fría brisa del norte recordaba que aún restaba un tiempo antes de que las cálidas temperaturas del verano se instalaran definitivamente. Los monjes se habían ocupado de engalanar el templo como la ocasión merecía, y a mediodía las campanas llamaron inútilmente a unos fieles que hacía rato que abarrotaban el recinto y sus alrededores. Todos los familiares de Enneco, incluidos los hijos de Musa, que habían llegado desde Tutila, ocuparon las primeras filas junto al presbiterio en el lado izquierdo del pasillo central. El lado derecho fue ocupado por los *séniores* y miembros de las más notables familias vasconas.

La ceremonia estaba presidida por el obispo Willesindo, y concelebrada por los priores de varios monasterios y los más distinguidos miembros del clero, entre los que se encontraba el abad de Leyre como anfitrión. García Íñiguez ocupaba un lugar

preferente, como sucesor ya confirmado por el Consejo, junto al túmulo de su padre.

Willesindo ascendió dificultosamente las escalinatas de piedra que conducían al púlpito para pronunciar una homilía que, más que un sermón, semejaba una arenga política, pues bramó a favor de la alianza entre los reinos cristianos para luchar contra los infieles. García Íñiguez miraba al frente y no parecía incómodo, ni siquiera cuando Lubb y Fortún dejaron sus asientos y abandonaron airados el templo.

El obispo lucía una sonrisa de satisfacción cuando cedió la palabra al abad. Su discurso se dedicó en esta ocasión a glosar la figura de Enneco, su capacidad para mantener unido a su pueblo en las más adversas circunstancias siguiendo la ley de Dios, pero sin hacer de la fe motivo de confrontación. Al pronunciar estas palabras dirigió su mirada hacia Musa.

Willesindo parecía esperar impaciente el final de las palabras del abad, y se puso en pie antes incluso de que éste se retirara del altar. Tomó un incensario y lo balanceó sobre el féretro dibujando una cruz con su movimiento mientras el aroma se extendía por las filas próximas. A continuación, entregó el brasero a un monaguillo y cogió de sus manos un pequeño hisopo con el que roció el cuerpo con agua bendita, mientras recitaba en latín las correspondientes oraciones.

Los monjes iniciaron un canto monótono y triste mientras los doce *seniores,* ataviados con sus vestiduras de gala, se disponían a los costados del túmulo dispuestos a trasladar hasta la sepultura a quien años atrás habían elegido como *«primus inter pares»*. Alzaron el féretro sobre sus hombros y, precedidos por Willesindo y sus acólitos, iniciaron el recorrido por el interior del templo. Los vascones que habían tenido el privilegio de asistir a la ceremonia se arrodillaban al paso de su rey en señal de respeto. La comitiva completó la vuelta a la nave y el cadáver fue depositado en la tumba cavada al pie del altar, en lugar preeminente. Antes de que el oficiante terminara de recitar sus oraciones, la pesada lápida se corrió con un sonido pétreo hasta encajar a la perfección en el hueco practicado. Musa, desde su lugar, no tuvo dificultad para leer y comprender el epitafio, a pesar de no dominar correctamente la lengua vascona.

ENNECO ARISTA
Rey de los Vascones
770-851

La ceremonia de proclamación del nuevo rey se celebró antes de haber transcurrido una jornada. Esta vez fue el obispo Willesindo quien acaparó todo el protagonismo, por deseo expreso del nuevo rey. En el momento culminante de la ceremonia, con el sonido de fondo de una solemne antífona entonada por todos los

monjes del monasterio, García Íñiguez fue elevado sobre su escudo a hombros de los *seniores,* que, por segunda vez, delegaban su autoridad en el nuevo soberano.

Fuera del templo, un gran número de vascones que habían acudido al monasterio para las celebraciones aclamaron al nuevo rey, que recorrió el exterior del recinto a lomos de su caballo, portando los signos de su nuevo rango. Se repartieron monedas y viandas, corrió el vino, sonó la música, y la fiesta se prolongó hasta el amanecer.

En Qurtuba, Galindo había sido informado por Ziyab ibn Hub de la muerte de su padre adoptivo, y poco tiempo después Musa recibió un correo en el que le informaba de su próximo regreso a Pampilona y de su deseo de detenerse en Tutila durante algunas jornadas.

Fue Lubb quien esperó con mayor impaciencia la llegada de su buen amigo, con el que había compartido años atrás el relativo cautiverio que supuso su viaje a Qurtuba, como garantes de la paz entre Musa y el emir. Y fue Lubb el primero en adelantarse para abrazarlo cuando descendió de su caballo ante la puerta de Tarasuna, antes incluso que Assona. Una vez más, las lágrimas resultaron inevitables en un reencuentro que se producía tras una ausencia de siete largos años.

Aquella noche la casa de Musa presentaba el aspecto de las grandes celebraciones. Una mesa baja ocupaba toda la longitud de la sala principal de la planta baja, y los comensales se disponían sobre decenas de cojines y almohadas que cubrían las alfombras. Como en las grandes fiestas, habían sido sacrificados cuatro corderos, y su aroma especiado llenaba el patio desde la cocina, situada en su extremo.

Assona se movía satisfecha alrededor de la sala, disfrutando de la presencia de toda su familia y algunos de los amigos más cercanos, y trataba de atender como esposa del anfitrión la multitud de pequeños detalles necesarios para el buen desarrollo de la velada.

La conversación se fue animando a medida que aparecían los diversos platillos que precedían al guiso de cordero.

—¿Qué hay de cierto en las noticias que nos llegan desde Qurtuba? —preguntó Lubb atacando una berenjena rellena de carne—. En las historias de los mercaderes, nunca se sabe qué parte es real y cuál es adorno.

—Hay mucho que contar, realmente..., es verdad que se están produciendo graves acontecimientos, y la paz se ve amenazada..., pero permitidme disfrutar de estas exquisiteces y dejemos ese asunto para después —dijo con gesto risueño y aparente despreocupación.

Una vez retiradas las viandas, los hombres se dispusieron en los divanes en torno a pequeñas mesas repletas de dulces. Galindo ocupaba el lugar central y disfrutaba de la atención de todos los presentes, que poco a poco se habían dispuesto a su

alrededor. Sentía que el vino mezclado con miel le había proporcionado una extraña locuacidad.

—¿Nos confirmas, pues, que es cierta la traición del eunuco Nasr? —preguntó Musa.

Galindo afirmó con la cabeza, sin hablar todavía.

—¿Cómo es posible que el más poderoso de sus ministros, un hombre que tenía en sus manos la administración de todo el Estado, tratara de...? —siguió Musa enfocando el tema de la conversación.

—Eso nos preguntamos muchos... pero la vida en palacio se conduce por intrincados vericuetos. Nasr llevaba allí toda su vida. Sabréis que era hijo de un *dimmi* de Carmona, un cristiano convertido al islam en tiempo de Al Hakam I, cuando éste tenía la brutal costumbre de mandar castrar a los hijos de sus súbditos que se distinguían por su hermosura.

»Después de la mutilación, fue trasladado al alcázar, y su inteligencia y sagacidad le hicieron convertirse, como sabéis, en el favorito del emir Abd al Rahman.

»Su acceso al *harem* del príncipe le granjeó la confianza de Tarub, una de sus *umm uallad.* Esta mujer era un alma egoísta y seca, hecha para la intriga y devorada por la sed de oro, que había conseguido conquistar el corazón del emir y dominarlo a causa de su inacabable pasión por las mujeres. Hasta tal punto había llegado la dependencia del emir de aquella mujer, que por una noche de placer le ofrecía un collar de precio fabuloso traído de Damasco, o cubría su puerta con sacos llenos de monedas de plata cuando se negaba a abrirla.

»Tarub y el eunuco se reconocieron como almas gemelas dentro del *harem.* La concubina procuró aprovecharse de la influencia que ejercía sobre el emir para lograr que obtuviese el trono su hijo Abd Allah. Además, también trataba de atraer por medio de regalos a los palaciegos, tanto mujeres como eunucos, y a la mayor parte de los servidores con el mismo propósito. Hasta Nasr vino a detestar a Muhammad, el primogénito, y acabó por decidirse a favor de Abd Allah. Sin embargo, en los últimos años, Abd al Rahman se mostraba como sabéis favorable a Muhammad, y el propósito de Tarub aparecía cada día más lejano.

—¿Quieres decir que Nasr intentó...? —Lubb dejó la frase sin terminar.

—Ignoro cómo esa mujer pudo convencer al eunuco para tramar algo así, pero el caso es que Nasr mandó llamar al famoso médico Al Harraní y le dijo algo así: «Espero que me hagas el obsequio de serme útil con tu sabiduría.» El físico le respondió que tendría mucho gusto en complacerle. Entonces Nasr dijo: «Ahí van mil dinares; componme el veneno de los reyes.»

»A1 médico le fue imposible desobedecer; cogió los mil diñares y preparó el veneno, pero al mismo tiempo mandó un mensajero a Fájar, otra de las concubinas, dándole cuenta de lo que pasaba.

»Nasr aprovechó la primera ocasión en que el emir se indispuso para recomendarle tomar aquel brebaje. Abd al Rahman lo tomó en su mano, lo acercó a sus labios e hizo ademán de beber..., pero se lo tendió a su ministro con rostro inexpresivo. Nasr no tuvo más remedio que beberlo. De inmediato marchó a su casa, llamó a Al Harraní y le pidió un antídoto, pero el médico sólo disponía de leche de cabra para tratar de reducir los efectos del veneno. Comenzaron a arderle las vísceras con una fiebre encendida y, cuando una urgente necesidad corporal le encaminó a una habitación privada para purgar su vientre, sus entrañas se derramaron en el bacín y allí mismo murió.

—El hombre más poderoso de Al Ándalus después del soberano muerto sobre su propio excremento... —intervino Lubb de nuevo con gesto de desagrado.

—Eso parece allanar el camino para el príncipe Muhammad —reflexionó Musa con cierta satisfacción en el tono de su voz.

—El caso es que la muerte de Nasr tuvo mucho que ver con el otro asunto que remueve los cimientos de la sociedad cordobesa desde hace dos años.

—¿Te refieres al problema con los cristianos? —preguntó Musa.

—No es con los cristianos en general, sino con una parte de ellos, los más exaltados.

—Han llegado noticias de algunos que han llegado a provocar su propia muerte... blasfemando en público contra el Profeta. Es algo difícil de entender.

Galindo dejó la copa de vino con miel que seguía saboreando.

—No lo es si se conoce la gestación de esos sucesos. Pero no resulta fácil explicarlo en poco tiempo...

Musa hizo un gesto de afirmación con la cabeza, indicándole que siguiera adelante con su exposición.

—Según mi opinión, todo tiene que ver con la situación social que viven los *dimmis* en Al Ándalus. El impuesto de capitación que sólo deben pagar cristianos y judíos a veces se ve agravado con otros impuestos especiales. Y no son raras las extorsiones ruinosas exigidas como «derecho de protección» para los monasterios y las sinagogas por los jefes beduinos regionales, cuya presencia expone a los *dimmis* y a los peregrinos a la inseguridad permanente y a los saqueos.

»La única forma de librarse de esta carga de impuestos... es la conversión al islam. Los clérigos cristianos ven cómo el número de sus fieles disminuye paulatinamente... y eso también significa que las cargas de los impuestos recaen sobre un colectivo cada vez más reducido, de forma que resultan aún más gravosas. Los clérigos católicos son pues testigos de cómo sus iglesias se quedan vacías, cómo los antiguos cristianos abandonan su fe, aprenden la lengua árabe y trabajan en la administración del Estado musulmán.

—Pero eso sucede en todo Al Ándalus, y sin embargo el problema con los

cristianos parece circunscribirse a Qurtuba —opuso Musa, interesado por el asunto.

—Es cierto, pero allí se han producido algunos hechos que parecen haber encendido la mecha del descontento... que amenaza con provocar un incendio difícil de sofocar. Me refiero al asunto del presbítero Perfecto, un sacerdote de la basílica de San Acisclo que fue denunciado por un grupo de musulmanes. Se le había preguntado por su idea de Cristo y de Mahoma, y al parecer respondió en correcto árabe que Mahoma era un falso profeta y un hereje.

»Después de que el juez dictara sentencia, fue el eunuco Nasr el encargado de su ejecución, pero esperó a la fiesta de Ramadán, para celebrar la ruptura del ayuno.

»Sin embargo, antes de morir, Perfecto vaticinó la muerte de su ejecutor en un plazo menor de un año.[42]

—¡Y se cumplió la profecía al morir envenenado! —exclamó Lubb.

—Así es, y ello ha aumentado el fervor de muchos cristianos, que han interpretado que Dios está de su parte, y Perfecto es considerado ya como un santo. Desde aquel día, los incidentes han sido frecuentes. Hace unos meses, un comerciante del zoco de nombre Juan fue denunciado por otros rivales en el mercado por lanzar, según ellos burlonamente, para mejorar sus ventas, juramentos poi Mahoma. Fue castigado con cuatrocientos azotes, condenado a un paseo humillante y posteriormente encarcelado. Su caso obtuvo gran resonancia entre los cristianos cordobeses. Tuve ocasión de hablar con alguno de sus familiares, y en el momento de mi partida seguía en prisión.

—Sin embargo, estás hablando de casos puntuales de transgresión a nuestras leyes, juzgados por el *qādi*. ¿Cuál es el problema?

—Eso era así hasta la pasada primavera, cuando un joven llamado Isaac protagonizó otro episodio similar, pero que supuso un paso adelante en esta alocada carrera de martirios. Este Isaac era un joven de familia acomodada que ocupaba el importante puesto de exceptor del Estado. Un buen día, inflamado de ardor espiritual, decidió abandonar Qurtuba para dedicarse a la vida monacal de meditación y contemplación en el no muy lejano monasterio de Tábanos. Allí llevaba tres años cuando, quizás enardecido por el ejemplo de Perfecto y Juan, tomó la decisión insólita de bajar a la capital y presentarse ante el cadí de la aljama para injuriar a Mahoma, aun sabiendo que podía costarle la vida. Se presentó ante el *qādi* mayor para convertirse al islam, solicitando que el juez le aleccionara en esa religión. Pero cuando éste, muy satisfecho, empezó la instrucción, Isaac le interrumpió, tildando al Profeta de estafador infernal. El juez intentó en vano preservar de la muerte al monje fanático, pretextando que se trataba de un enfermo mental, pero las cosas siguieron su curso, y a principios de este mismo verano fue decapitado.

—¿Y desde entonces? ¿Alguien más ha seguido su ejemplo? —No han faltado emuladores que han pretendido hacerlo. Y ello ha despertado la ira del emir, que ha

respondido contra toda la comunidad cristiana, y no sólo contra los culpables. En el momento de mi partida, las iglesias de Qurtuba estaban desiertas, con sus sacerdotes huidos o en la cárcel.

—Pero nadie hasta ahora había impedido a los *dimmis* practicar su culto con libertad —objetó el joven Ismail—. ¿No parecen estos martirios una forma de rebeldía política?

—Debo reconocer que muchos musulmanes piensan así. Y muchos cristianos también, pues saben que esa actitud sólo puede despertar la ira del soberano, con el consiguiente perjuicio para toda la comunidad. Conociendo a Eulogio de Qurtuba, que algunos consideran el principal instigador de estas inmolaciones, no es descabellado creerlo.

—¿Eulogio, dices?—preguntó Musa—. ¿Es el mismo Eulogio que hace unos años visitó Banbaluna y el cenobio de Leyre?

—El mismo. Sabéis que permaneció una buena temporada en el monasterio, copiando algunos de sus libros y en especial una biografía de Mahoma que no había tenido oportunidad de conocer con anterioridad. También en ese viaje trabó buena amistad con el obispo Willesindo. Precisamente Eulogio me ha confiado esta misiva para ser entregada al obispo —dijo sacando un rollo de pergamino de entre los pliegues de su túnica—. Me ha rogado expresamente que la dé a conocer en los lugares donde recale antes de llegar a Pampilona, así que no hay inconveniente en que conozcáis su contenido. Os leeré al menos la parte de mayor importancia:

> *... La cristiandad hispana, en otro tiempo tan floreciente bajo la dominación de los godos, ha caído por los altos juicios de Dios en poder de los sectarios del nefando Profeta, arrebatada por ellos la hermosura de sus iglesias y la alta dignidad de sus sacerdotes. Por nuestros pecados ha pasado nuestra herencia a manos ajenas y nuestra casa a gente extranjera. Nuestras aguas las bebemos por el dinero y tenemos que comprar nuestras propias maderas. No hay ya quien nos redima de las manos de los infieles, que, oprimiendo nuestros cuellos con un yugo gravísimo, procuran exterminar en los ámbitos de su imperio el linaje cristiano. Ya no nos permiten ejercer nuestra religión sino a medida de su capricho; ya nos agobian con una servidumbre tan dura como la de Faraón; ya nos sacan a pura fuerza un tributo insufrible; ya imponen un nuevo censo sobre las cervices de los miserables; ya, privándonos de todas nuestras cosas, procuran destruirnos cruelmente; ya, en fin, fatigando a la Iglesia católica con vario género de opresiones y persiguiendo de diversas maneras a la grey del Señor. Cuánto más si creen que con nuestros daños prestan a su Dios un grato obsequio. Glorificaríamos nosotros al Señor si, desechando nuestra desidia,*

incitados por el ejemplo de nuestros mártires, les imitásemos esforzadamente, no sufriendo más el yugo de esta nación impía. Pero nosotros, míseros, nos recreamos en sus iniquidades, incurriendo en la censura del salmista, cuando dice: «Mezcláronse, ¡ay de nosotros!, con las gentes y aprendieron sus obras y adoraron sus ídolos.» Nosotros, que tenemos por delicia el vivir bajo la dominación gentílica, y no rehusamos estrechar vínculos con los infieles, y con el continuo trato participamos con frecuencia de sus profanaciones.

Llenos están los calabozos de catervas de clérigos; las iglesias se miran privadas del sagrado oficio de sus prelados y sacerdotes; los tabernáculos divinos exponen su horror con su desaliño y soledad; la araña extiende sus telas por el templo, reina en su recinto el silencio más profundo. Confusos están los sacerdotes y ministros del altar, porque las piedras del santuario se ven esparcidas por las plazas, ya no se entonan los cánticos divinos en la pública reunión de los fieles; el santo murmullo de los salmos se pierde en lo más recóndito de las prisiones; ni resuena en el coro la voz del salmista, ni la del lector en el pulpito; ni el diácono evangeliza al pueblo, ni el sacerdote echa el incienso en los altares. Herido el pastor, logró el lobo dispersar el rebaño católico, y quedó la Iglesia privada de todo ministerio sagrado...[43]

¡Pero está llamando claramente al martirio de los fieles cristianos! —exclamó Musa atónito—. No quiero ni pensar en el efecto de esta misiva en el obispo Willesindo, ya predispuesto contra los musulmanes.

—Y en el propio García Íñiguez —intervino Fortún.

Musa mostró con su rostro adusto la preocupación que este asunto le producía. Nunca en Tutila se habían producido enfrentamientos entre las comunidades musulmana y cristiana, y tenía por razonables a los clérigos que predicaban en sus iglesias. También era cierto que no podía decirse lo mismo del obispo de Banbaluna, y quizá las noticias procedentes de Qurtuba fueran la chispa que prendiera entre alguno de los miembros más exaltados de aquella comunidad.

—Ante el cariz que estaban tomando los acontecimientos, Abd al Rahman ha ordenado que se convoque un concilio la primavera próxima —explicó Galindo.

—¿Un concilio? —preguntó Lubb extrañado.

—El emir está bien informado, no en vano muchos destacados cristianos forman parte de su gobierno, y sabe que no toda la comunidad mozárabe comparte las ideas extremadas de Eulogio. Uno de estos moderados es el exceptor Gómez, que sostiene que los sacrificios voluntarios no deben tenerse por verdaderos martirios, y que quienes así mueren no deben ser venerados como mártires. Es firme partidario de que se prohíba a los fieles seguir el ejemplo de quienes no deben ser tenidos por santos. Ha llegado a acusar en público a los que los defienden, entre ellos a Eulogio, a quien considera el principal instigador de los males que acucian a los cristianos. Con toda

seguridad Gómez será el enviado por el emir a ese concilio, aunque hay otros, como el obispo metropolitano de Ishbiliya, que son de la misma opinión.

—Tú eres cristiano...

—Cierto, y si te interesa mi opinión te diré que es más cercana a las tesis del exceptor que a las de Eulogio, aunque me une a él una buena amistad.

—Era pues cierto que las aguas del Uādi al Kabir han bajado revueltas en los últimos tiempos —bromeó Lubb.

—Bien puedes decirlo —repuso Galindo, dando el último sorbo a su copa.

Se puso en pie, y los demás le imitaron. Reprimió un pequeño bostezo a la vez que estiraba los brazos, desperezándose.

—Todavía me dura el cansancio del viaje.

—¿Cuándo tienes pensado partir hacia Banbaluna? —se interesó Musa.

—No antes de disfrutar del último baño en un *hammam.* —Son rió—. En Pampilona echaré en falta ese placer.

A mediodía, Musa, sus hijos y algunos de los oficiales de mayor rango se dieron cita en los baños anexos a la residencia del gobernador. Musa seguía considerando aquél un buen lugar para reunirse con sus colaboradores e intercambiar impresiones de forma relajada, y aquel día había dado orden de hacer servir un ligero almuerzo en la sala templada, en atención a la presencia de Galindo.

Musa estaba siendo frotado enérgicamente por uno de los empleados con un guante de crin y su espalda había adquirido ya un intenso color rojizo. Tumbado sobre la cálida losa de mármol, k presión de las experimentadas manos le hacía casi imposible hablar, pero no así atender a la conversación que mantenían Galindo y Fortún acerca de las últimas expediciones emprendidas por el emir.

—Vuestra victoria en Al Bayda ha tenido una fuerte repercusión en Qurtuba —explicaba Galindo—. El prestigio de los Banu Qasi se ha acrecentado, y vuestro nombre corre de boca en boca, como sucedió tras la expulsión de los normandos.

Galindo experimentó un escalofrío cuando el muchacho que lo atendía vertió un cuenco de agua fría sobre sus hombros. Se produjo un breve silencio.

—Me pregunto, padre —empezó Fortún de forma aparente mente casual—, si no sería éste el momento adecuado para...

Fortún se detuvo, con expresión indecisa.

—Di en voz alta lo que bulle en esa cabeza —dijo Musa con la cara aún apoyada sobre los brazos cruzados.

El joven se incorporó, bajó los pies al suelo y quedó sentado en el borde de la enorme plancha octogonal de mármol.

—Quiero decir que, después de lo que cuenta Galindo, es evidente que tu prestigio en Qurtuba es grande. La victoria sobre los enemigos del emir deja tu

lealtad fuera de cualquier discusión. Mantienes el ejército aún movilizado, y el gobernador de Saraqusta es un general incapaz. Contarías con el apoyo popular para cualquier empresa que acometieras en este momento... —Se puso en pie, enardecido con su propio discurso—. El control de toda la Marca podría estar en manos de los Banu Qasi, con la ayuda de Allah. Musa sonrió.

—Lo que dices es cierto, hijo mío. Pero pareces olvidar los sufrimientos que ha traído a nuestra gente el enfrentamiento con Abd al Rahman. Mientras continúe vivo, no volveré a desafiar su gobierno.

—Me consta —intervino Galindo— que tanto el emir como su hijo son conscientes de la vulnerabilidad de Saraqusta... ante un intento de control por parte de vuestra familia.

—Precisamente por eso sé que nuestra prudencia será mejor valorada en Qurtuba. Así que esperaremos acontecimientos.

Capítulo 21

Año 852, 237 de la hégira

Desde su coronación, García Íñiguez no había visitado Tutila, ni siquiera con motivo del nacimiento en primavera, con sólo unas semanas de diferencia, de los hijos de Lubb y de Fortún. Los nuevos nietos de Musa fueron dos preciosos varones que hicieron olvidar a los orgullosos abuelos cualquier otra preocupación. De nuevo se sacrificaron corderos destinados a la mesa familiar con motivo de la circuncisión de los pequeños en el octavo día de sus vidas. Fue una fiesta grande, al estilo tradicional, sin esperar al octavo cumpleaños, como algunos propugnaban y como la moda se encargaba de extender.

Assona sufría por el distanciamiento con su hermano. Con Nunila y Auriya mantenía correspondencia, y eran ellas quienes le habían informado de la animadversión cada vez mayor que el rey manifestaba hacia todos los musulmanes. Sin duda, las cartas entre Eulogio y Willesindo en las que al parecer el primero relataba con gran vehemencia, y quién sabe si con algo de exageración, los excesos cometidos contra los mozárabes de Qurtuba, habían contribuido a inflamar ese rencor cada vez menos disimulado. En esas misivas, que Nunila había tenido ocasión de conocer, Eulogio ponderaba la dicha de los vascones por contar con un rey cristiano, y rogaba a Dios para que García estuviera a la altura y supiera defender a su pueblo de la amenaza de los infieles.

Galindo sí había regresado a Tutila con ocasión de los alumbramientos, pero portaba noticias poco tranquilizadoras. En la *almúnya* de Musa, bajo la sombra de las densas higueras que hundían sus raíces en la ribera del Uādi Qalash, los dos hombres se las habían arreglado para apartarse del bullicio de la fiesta que se desarrollaba a poca distancia.

—La lectura por parte de Willesindo de estas cartas, siempre en presencia de todos los notables de la corte, es sólo uno de los medios que el obispo utiliza para ganarse la voluntad del rey.

—Y supongo que no es un intento inocente —apostilló Musa con un gesto de disgusto.

—No lo es. Desde la muerte de Enneco, la facción pro carolingia de la nobleza vascona ha visto caer todos los obstáculos que los separaban del soberano, y Willesindo es su ariete. Entre todos han sabido convencer al rey de la necesidad de enviar embajadas a los reyes cristianos del entorno y...

—¿Mantiene correspondencia con Ordoño y con Carlos el Calvo? —inquirió Musa inquieto.

—Hace meses que los correos parten hacia la corte de Aquitania, o regresan de los montes astures con misivas redactadas por la mano del propio rey Ordoño.

La preocupación de Musa era evidente, y sabía que Galindo compartía su postura.

—Enneco temía que pudiera ocurrir algo así tras su muerte. En sus últimos meses mantuvo agrias disputas con su hijo a cuenta de este asunto.

Musa hizo un gesto afirmativo y resignado con la cabeza.

—Podemos perder lo que tanto esfuerzo y tanta sangre ha costado conseguir...

Musa agarró un pequeño higo verde y duro y lo arrojó con fuerza contra el suelo.

—¿Cómo se puede estar tan ciego? —espetó.

—Una alianza de Pampilona con los reyes cristianos rompería el equilibrio actual, sin duda—reflexionó Galindo.

—Si los servicios de espionaje de Qurtuba han hecho su trabajo, y puedes estar seguro de que es así, pronto sabremos del emir.

Las noticias sobre Abd al Rahman no tardaron en llegar, pero no eran las que Musa esperaba recibir. Sostuvo el correo en sus manos durante unos instantes antes de romper el sello, temeroso de desvelar su contenido. ¿Y si el emir confirmaba que la alianza cristiana estaba en marcha y ordenaba un ataque contra la misma Banbaluna? Tendría que optar de nuevo por la lealtad a su sangre o al juramento de fidelidad a Qurtuba. Quebró el lacre del Palacio Real, sus ojos se deslizaron con rapidez sobre el pergamino, de derecha a izquierda, y su rostro adquirió una expresión de total desconcierto. Tendió el documento a su hijo Fortún, y esperó, iniciando un inquieto paseo por la sala de la alcazaba donde se encontraban.

—Hace dos semanas... —dijo Fortún, observando el rostro descompuesto de Musa.

Durante un instante ninguno de los dos habló. Al final, Fortún se acercó a su padre.

—Lo admirabas, ¿no es cierto?

Musa levantó la vista hacia él.

—Fue un hombre grande, Fortún. Durante los treinta años de su reinado ha hecho prosperar a su pueblo en todos los campos. Hoy el nombre de Qurtuba es sinónimo de prosperidad y grandeza gracias a su impulso. Será recordado, créeme.

—Según esta nota... murió en la tercera noche de este mismo mes.[44] Y a la mañana siguiente Qurtuba se despertó con Muhammad ocupando el trono de su padre. Al parecer no ha habido lucha por la sucesión.

—Las conjuras de Tarub parecen no haber tenido éxito, después de todo. Su

precipitación y la muerte de Nasr han debido despejar el camino de Muhammad. Allah sea loado —dijo Musa con gesto de alivio—. La proclamación de Muhammad beneficia nuestros intereses. Abd Allah era un desconocido para nosotros.

—Es de suponer que la coronación se haya producido ya... ¿enviarás un séquito a Qurtuba?

—La muerte de Abd al Rahman ha sido repentina y la noticia nos llega con retraso. Sin embargo, como dices, enviaremos una representación. Debemos trasladar al nuevo emir nuestras condolencias por la muerte de su padre y nuestra promesa de adhesión.

—¿Has pensado en alguien?

Respondió después de reflexionar un momento:

—Ismail será un buen embajador. Y le daremos la oportunidad de conocer el esplendor de la capital.

Semanas después de la partida de Ismail, el correo procedente de Qurtuba tuvo dificultades para atravesar las montañas que separaban la meseta del Uādi Ibru. Una temprana nevada había cubierto los caminos, y tras el paso de la borrasca, el valle se vio azotado por un violento vendaval del norte que helaba la sangre a los desprevenidos habitantes de la ciudad que se aventuraban por sus calles.

Esta vez no fue un simple funcionario quien llegó a las puertas de Tutila, sino un oficial del emir acompañado por un séquito de seis militares de menor graduación y tres mozos de cuerda.

Conducidos hasta la residencia del *wāli*, esperaron en la sala principal la llegada de Musa, a quien expresaron sus respetos con actitud de admiración.

—Prescindid de tantas formalidades —rio Musa—. No estáis en el palacio de Muhammad.

—Sin embargo, el calor de este fuego nos reconforta más que todos los lujos del Alcázar —bromeó el oficial, que aún vestía su gruesa capa de piel.

—El clima de Qurtuba poco tiene que ver con el de la Marca —concedió Musa con amabilidad.

—Hemos tenido ocasión de comprobarlo. Aunque ya habíamos sido advertidos por... un buen amigo tuyo.

—¿Ziyab?

El oficial movió afirmativamente la cabeza.

—Te envía sus saludos.

—¿Sigue ocupando su puesto junto al nuevo emir? —dijo Musa con repentina preocupación.

—Al parecer, así es. Muhammad ha reforzado el papel de los consejeros que fueron fieles a su padre, y en cambio ha restado poder e influencia a los eunucos y las

umm uallad, de tan mal recuerdo para él.

—Estoy impaciente por conocer tu relato sobre la muerte de Abd al Rahman y la entronización de Muhammad. Quizás en el *hammam* vosotros podáis deshaceros del frío, y yo satisfacer mi curiosidad... porque aún no conozco el motivo de vuestro viaje.

El oficial pareció sobresaltarse al recordar su misión. Se volvió hacia uno de sus acompañantes y tomó de sus manos el cilindro de cuero que portaba.

—Me fue entregado por el nuevo visir, con el encargo de entregártelo en persona.

Musa se adelantó y con curiosidad tomó el lujoso envoltorio, fabricado con cuero de la mejor calidad, repujado y tachonado con pequeños clavos dorados. Abrió la hebilla que sujetaba la tapa y extrajo de su interior dos pergaminos, uno de ellos lacrado.

«Muhammad acepta el decreto de Allah», leyó en el sello real que hendía el lacre.

> *Sintió un ligero temblor en los dedos al rasgar el lugar donde el precinto unía los bordes del pergamino, y comenzó a leer a medida que lo desenrollaba. La cuidada caligrafía árabe era la propia de los hábiles escribientes del palacio del emir, y Musa pasó con rapidez por encima de las fórmulas de alabanza al Profeta y las formalidades oficiales.*
>
> *... y nombrar a Musa ibn Musa, hijo de Musa ibn Fortún, como wāli de la ciudad de Saraqusta...*

Musa cerró los ojos durante un breve instante, pero siguió leyendo.

> *... cargo que compaginará, con ayuda de Allah Todopoderoso, con su responsabilidad como gobernador de la Marca Superior.*
>
> *Dado en Qurtuba, el quinto día de Yumada del año 237 de la hégira.*

Con el pergamino aún en la mano, se sentó en el diván que tenía a su espalda y su vista se perdió en la claridad que entraba a través de una de las ventanas. Después de un momento, el oficial y sus acompañantes seguían en pie sin saber bien cómo reaccionar. Ni siquiera un carraspeo nervioso sirvió para sacar a Musa de su abstracción.

Fue Assona quien acabó con aquel ensimismamiento al entrar, extrañada por el silencio en la estancia. Interrogó a su esposo con la mirada, y éste se puso en pie, con gesto inescrutable, para tenderle con lentitud el pergamino con el sello desgarrado.

Assona leyó con expresión temerosa, pero su rostro pronto reflejó sorpresa para dar paso a un gesto de inquietud.

—¿No te alegras, mujer? —se extrañó Musa.

—Me alegraré si me dices que esto es lo que deseas...

—Lo es, Assona. Pero es cierto que nuestras vidas van a cambiar en adelante...

—Saraqusta... —musitó Assona.

Musa hizo dos breves movimientos con la cabeza.

—Entonces iremos a Saraqusta...

Assona abrazó con fuerza a su esposo, ajena a la presencia de los oficiales cordobeses.

—Haz que avisen a nuestros hijos.

Aquella noche la velada en la residencia familiar se prolongó más de lo habitual. Lubb, Mutarrif y Fortún sabían que aquél era un momento importante para su padre y para todos los Banu Qasi. Ante ellos se abría un futuro incierto pero lleno de expectativas. El cargo de gobernador de la Marca había sido tradicionalmente ocupado por experimentados generales fieles al emir, excepto en el breve período en que había sido ocupado por el príncipe en persona. Ahora, el nombramiento del jefe de los Banu Qasi daba al puesto una carga política difícil de valorar.

—Sigo sin ver claros los motivos del emir para este nombramiento —insistía Lubb—. Él mismo ha batallado contra nuestras fuerzas.

—Y lo hace de forma inmediata a su subida al trono —remarcó Mutarrif—. No parece ser una decisión improvisada...

—No creo que lo sea —intervino Fortún—. Sabemos que la noticia del resultado de la batalla de Al Bayda causó honda satisfacción a Abd al Rahman. Además, el emir Muhammad estaba al corriente de la profunda amistad que te unía a su padre.

—Y supongo que Ziyab no habrá sido ajeno a la favorable impresión que ambos pudieran tener sobre mí —dijo Musa—. Sin embargo, no creo que sea una decisión basada únicamente en motivos personales. Muhammad sabe perfectamente que García Íñiguez no sigue los pasos de vuestro tío Enneco. Sus informadores le habrán advertido de las embajadas que García ha enviado a Carlos el Calvo y a Ordoño I. Y como buen estratega que es, está pretendiendo reforzar las posiciones musulmanas en la Marca Superior frente a posibles amenazas provenientes del norte, seguro como está de la fidelidad a Qurtuba de nuestra familia.

—Una fidelidad, padre, que no siempre se ha mantenido —intervino Fortún.

—Eso es cierto, hijo. Pero el emir conoce los motivos que nos han movido a rebelarnos contra ellos. También sabe que un eventual distanciamiento con mi sobrino nos acerca a Qurtuba. Muhammad prefiere un control férreo de la Marca en nuestras manos que un nuevo enfrentamiento entre otro gobernador y los Banu Qasi.

—Y la prudencia que manifestaste tras la batalla de Al Bayda...

Musa hizo un gesto de afirmación.

—Sí, creo que eso ha ayudado —reflexionó en voz alta—. El emir sabe que este nombramiento no hace sino reconocer una situación que podía haberse dado de hecho. El gobernador de Saraqusta habría abierto sus puertas en cuanto hubiera visto acercarse nuestras tropas. Y la población nos habría recibido alborozada. Pero en estos momentos seguramente nos estaríamos preparando para contener una nueva aceifa del emir. Aunque ni de esto estoy seguro: parece ser que nada más acceder al trono ha tenido que enfrentarse ya a una nueva rebelión de los toledanos, según se me informaba en la embajada que acompañaba al nombramiento. Lo que, sumado a la situación en la propia Qurtuba, con el descontento de los mozárabes, posiblemente no hubiera dejado a Muhammad ni las manos libres para responder a la toma de Saraqusta.

—Al final el resultado ha sido el mismo, pero con el sello de Muhammad en ese pergamino —sentenció Lubb satisfecho.

—Es una lección que deberéis aprender. Mi precipitación en Daruqa y Qala't Ayub nos condujo al desastre. No quise cometer el mismo error en esta ocasión, y Allah nos lo ha recompensado.

—¿Cuándo has de trasladarte a Saraqusta para tomar posesión del cargo?

—Cuanto antes, según las instrucciones que se me envían—dijo mientras releía el segundo pergamino.

—Me pregunto si Ismail en Qurtuba estará enterado de tu nombramiento —dijo Mutarrif.

—Tenlo por seguro. Si no lo ha hecho el propio emir, Ziyab le habrá puesto al corriente.

Hizo una pausa mirando a sus tres hijos.

—Este pergamino va a cambiar nuestras vidas. Supongo que os preguntaréis cuál ha de ser vuestro papel de ahora en adelante...

Los tres centraron sus miradas en él.

—Tú, Fortún, permanecerás en Tutila al frente de los asuntos ordinarios de la *kurah.* Vosotros —dijo mirando a sus dos hijos mayores— me acompañaréis en Saraqusta, hasta que pueda ponerme al tanto de los asuntos del gobierno de la Marca y decidir en qué puesto me seréis de más ayuda.

Aunque pasó desapercibido para todos, un gesto de decepción cruzó el rostro de Lubb. Musa se levantó y se dirigió a una alacena situada en la pared opuesta. Regresó con un odre de cuero del que vertió en las cuatro copas que ocupaban la mesa central.

—Es un regalo del abad de Leyre. Me lo ofreció tras el funeral de Enneco y no lo supe rechazar. Supongo que ésta es una buena excusa para levantar nuestras copas. Y en recuerdo de Enneco... ¡cómo me hubiera gustado compartir este momento con él! —dijo con una nota de nostalgia en la voz—. Por Enneco... y por los Banu Qasi — brindó alzando su copa.

Bebieron, y entonces fue Fortún quien alzó la voz.

—Por el flamante gobernador de la Marca Superior.

Todas las copas quedaron vacías... menos una. Pero Lubb siempre se había distinguido por su rigor a la hora de observar los preceptos de la religión.

Hacía años que Musa no viajaba hasta Saraqusta, una ciudad tan ligada a la historia de su familia. La mañana de su partida, mediado el mes de Jumada, los cascos de su caballo chapoteaban en el camino, enfangado después de una noche de lluvia. Al amanecer, el viento frío del norte había barrido las nubes, y ahora, bajo una gruesa capa de cuero, agradecía el calor que se desprendía de su cabalgadura. La recua de mulas que acarreaban todos sus enseres ralentizaba la marcha, y el rítmico golpeteo de los cascos contra el suelo invitaba a dejarse llevar por los pensamientos. Se dirigía al lugar donde su padre había perdido la vida mientras él crecía en el vientre de Onneca, ajeno al drama que se vivía en su futura familia. Era el mismo lugar donde también había caído herido de muerte su hermano Fortún, del que sí guardaba un vivo recuerdo a pesar del paso de los años.

Le hubiera resultado difícil describir las sensaciones que experimentaba en ese momento, mientras se dirigía a aquella misma ciudad, tantos años después, pero con la intención de ocupar el cargo de gobernador. «Por fin alguien de vuestra sangre va a lograr el objetivo que a vosotros os fue arrebatado con la espada», se sorprendió hablando para sí mismo, y temió haberlo hecho en voz alta. Dirigió su mirada hacia la mujer que cabalgaba a su lado, y Assona le devolvió una sonrisa que no aclaró su duda.

«Una gran mujer... y yo un hombre afortunado por tenerla a mi lado. Nunca he sentido la necesidad de tomar una concubina, como hacen muchos hombres de mi posición. Sé que para ella, educada en una cultura tan distinta, habría resultado difícil de entender. Incluso aquel episodio en la lejana Qurtuba, hace tanto tiempo ya...»

Unos gritos y un revuelo a su espalda le evitaron continuar con aquel recuerdo que aún le causaba dolor. La rueda de una de las carretas había quedado hundida en el barro, y varios de los hombres ya se afanaban tirando de ella.

Volvió a su mente la emotiva despedida que les habían tributado poco antes de la partida. La ciudad de Tutila en pleno se había concentrado en la explanada de la *musara* al amanecer. Eran muchas las familias de oficiales y funcionarios que les acompañaban a Saraqusta, y raro era quien no tenía un pariente, un amigo o un vecino a quien despedir.

A pesar de la edad, Musa aún se sentía abrumado por aquellas demostraciones de afecto, que llegaban a conmoverlo, y había tratado de acortar todo lo posible el momento, dando la orden de partir en cuanto la luz fue suficiente para iniciar el camino con seguridad.

Ahora el sol ya declinaba, y tenían a la vista la venta donde habían previsto pasar la noche. Se trataba de una alquería situada junto a la orilla del Uādi Ibru, que disponía de una pequeña aceña impulsada por la fuerza de la corriente. Esa noche, acostado en la humilde alcoba de la posada junto a Assona, escuchaba el ruido incesante del agua que, ya canalizada, discurría a los pies del edificio, y pugnaban por volver a su mente los lejanos recuerdos de la infancia. Quién sabía si Fortún o su propio padre habían pasado en aquella posada una de sus últimas noches camino de Saraqusta... camino de la muerte, escuchando esa musiquilla cantarina procedente de la misma acequia. Para él iba a ser la última que durmiera sobre un jergón de paja, que, a pesar de suponer todo un lujo para la mayor parte de los viajeros que recalaban en la venta, no era muy apropiado para cumplimentar al que iba a ser un destacado funcionario del emirato. Sabía que su dignidad como gobernador de la Marca iba acompañada de un rígido protocolo y un trato comparable en algunos aspectos con el que se dispensaba al propio emir... que no estaba muy seguro de poder sobrellevar con paciencia.

Unas millas antes de alcanzar su destino, el alminar de la mezquita mayor se recortó contra un cielo cuajado de nubes algodonosas, arrastradas por aquel viento frío y molesto. Quizá fuera el reflejo del sol de mediodía sobre las piedras de alabastro, pero a Musa le causó una honda impresión volver a contemplar aquella muralla magnífica que llamaba la atención de cuantos viajeros llegaban hasta ella. Desde aquella posición, se entendía a la perfección por qué muchos de los cronistas y comerciantes se referían a la ciudad como la Madinat al Bayda.

Antes de llegar a la Bab al Tulaytula se toparon con una enorme multitud que ocupaba gran parte de la extensión de la *musalla*, el oratorio al aire libre ubicado junto al muro. El griterío se fue acentuando a medida que se aproximaban, y una cierta inquietud se apoderó de Musa, que ignoraba el motivo de aquel alboroto. Sólo cuando un primer grupo de jóvenes alcanzó su posición cayó en la cuenta de que acababa de encontrarse con los habitantes de Saraqusta, que, alborozados, salían a su encuentro para recibir al nuevo gobernador. En un instante la comitiva se vio rodeada por el gentío, que a duras penas les permitía avanzar por el angosto camino que se extendía ante ellos a medida que los dos oficiales de vanguardia abrían paso con sus caballos en cuña.

Incluso Lubb, cuyo carácter en los últimos tiempos se había tornado taciturno y malhumorado, lucía una sonrisa de satisfacción y asombro ante una demostración como aquélla. Si los caudillos Banu Qasi habían sido despedidos de Tutila de forma memorable, el recibimiento en la capital de la Marca estaba sobrepasando todas sus expectativas. Las palmas y las ramas de olivo se agitaban a su paso, los «vivas» a su persona y a los Banu Qasi brotaban espontáneamente de las gargantas de todo aquel

gentío. Poco a poco consiguieron alcanzar la entrada a la ciudad, y bajo el arco que franqueaba el paso a través de la muralla, rodeado por una unidad militar en perfecta formación, fueron recibidos por un hombre de refinada indumentaria que cubría su cabeza con un elegante turbante. Se hallaba rodeado por una decena de hombres igualmente bien vestidos, varios de ellos militares a todas luces de alta graduación.

—Bienvenido seas a la ciudad de Saraqusta, Musa ibn Musa, hijo de Musa ibn Fortún, cuyo nombre perdura en la memoria de quienes vas a regir con tus sabias disposiciones. Que Allah esté contigo. Mi nombre es Abdel Jabbâr, primer *qādi* de la ciudad.

—Agradezco tus palabras, y el recibimiento que me dispensáis.

Musa hizo un gesto de saludo a los dignatarios que acompañaban al juez.

—No es sino una manifestación espontánea de la población, que espera con impaciencia tu toma de posesión. Si es tu deseo, nos dirigiremos a la mezquita mayor, donde prestarás juramento.

Musa esbozó una sonrisa y dirigió su mirada hacia el interior del recinto amurallado. Recordaba bien la disposición de Saraqusta, pues, a diferencia de muchas de las *madinat* musulmanas que conocía, ésta había conservado el trazado original de la ciudad romana, con sus dos arterias principales uniendo las cuatro puertas en la muralla, en cada uno de los puntos cardinales. La multitud se arremolinaba impaciente a la espera del paso del cortejo, deseosa de contemplar de cerca al nuevo gobernador de la Marca. A la señal de uno de los oficiales, los brillantes sones de una marcha militar atronaron el interior de la arcada donde se encontraban, dando la señal para iniciar el recorrido. Una unidad de caballería abría la marcha portando estandartes con los colores de la dinastía reinante, el mismo blanco que identificaba a la ciudad. Junto a ellos ondeaba la recién llegada bandera verde de los Banu Qasi. Los caballos, bellamente enjaezados, no desentonaban con los uniformes de gala de sus jinetes, ni con la guardia de infantería que flanqueaba a la comitiva.

Musa ocupaba el lugar central, entre el *qādi* y uno de los jefes militares. Tras ellos se habían dispuesto Lubb y Mutarrif rodeando a Assona y precediendo al resto del grupo. La cadenciosa marcha otomana invitaba a avanzar, y parecía que incluso los caballos alzaban sus patas al ritmo de los timbales y las chirimías.

El griterío se volvió ensordecedor cuando se encaminaron al centro de la ciudad. El propio Musa quedó sorprendido por el aspecto que mostraba Saraqusta. Muchos viejos edificios habían sido sustituidos por relucientes residencias de dos plantas, las puertas de los talleres aparecían repletas de maestros y aprendices contemplando el paso del cortejo, las mercancías más variadas rebosaban en los comercios. En un rápido vistazo, contó al menos cuatro minaretes de otras tantas mezquitas, amén del campanario de la iglesia de Santa María que se alzaba hacia el norte, junto al río, en pleno barrio mozárabe. Los rostros de los muchachos que corrían junto al cortejo no

reflejaban hambre ni penalidades, y las vestimentas de los mayores permitían adivinar que la ciudad atravesaba un momento de prosperidad.

La calma relativa que se había vivido durante los años de reinado de Abd al Rahman había permitido que floreciera la agricultura en aquel feraz valle, y sus reconocidos productos seguían las rutas comerciales que la unían con Qurtuba y Tulaytula, Barsaluna y Balansiya. Tampoco era escaso el comercio con los reinos cristianos del norte a través de Tutila, e incluso se realizaban importantes intercambios con los mercaderes francos que llegaban desde más allá de las montañas. Pero si algo había cambiado el gusto y las costumbres de los habitantes de Saraqusta habían sido los contactos con el comercio oriental, que penetraba hasta allí por río, desde Turtusa. No sólo habían recibido mercancías nunca vistas antes, sino técnicas, costumbres y modas de otra cultura que hasta entonces desconocían, y que las familias más prósperas adoptaron como signo de modernidad y reflejo de su posición social.

Entre los recuerdos de Musa, aquel día quedó grabado como uno de los más dichosos. Mil veces buscó el rostro de Assona durante el cortejo, y recreándose en la expresión de su cara experimentaba una satisfacción mayor que la que producían en él los vítores inagotables de los habitantes de Saraqusta. La echó en falta en el interior de la mezquita, y la ceremonia de toma de posesión se le antojó larga y tediosa, pero la recuperó en el trayecto posterior hasta el palacete del gobernador.

Su nueva residencia no tenía nada que ver con el hogar que acababan de abandonar en Tutila, al que quintuplicaba en dimensiones. Con dos plantas, contaba con una zona más privada a la que sólo tendrían acceso los miembros de la familia y sus allegados, pero también disponía de grandes salas de reuniones, un enorme comedor, dormitorios para delegaciones foráneas y un *hammam,* amén de cuadras, almacenes, alojamientos para el numeroso servicio e incluso un oratorio propio. De todo ello tomó posesión Assona con una actitud que no dejaba dudas sobre el papel que pretendía desempeñar en el futuro, y Musa admiró su capacidad mientras la contemplaba impartiendo órdenes precisas a mayordomos y sirvientes perfectamente desconocidos.

Junto al edificio destinado a residencia del gobernador, se alzaban las oficinas de la administración, donde Musa pasó gran parte de su tiempo durante los meses siguientes, ocupado en ponerse al tanto de los asuntos de gobierno de la Marca y tomando sus primeras decisiones en contacto permanente con Qurtuba.

Uno de los primeros correos que salieron hacia la capital portaba un pergamino redactado por la mano de Musa. Era una carta personal, y había preferido tomar el cálamo durante una de sus cada vez más frecuentes noches de insomnio. Bajo la tintineante luz de las excelentes velas elaboradas con cera de abeja, que constituían

uno de los escasos lujos que se concedía a pesar de su elevada posición, se había dejado llevar por los recuerdos. Sentía en la espalda el agradable calor del fuego que ardía apaciblemente en la chimenea de su aposento, y sin proponérselo se sintió transportado hasta la Qurtuba que lo había fascinado en su juventud. Revivió su estancia en el alcázar, donde Ziyab le había servido como guía e instructor, ante las peculiaridades de la compleja vida cortesana en el entorno del mismísimo emir. Trató de imaginar a su amigo ya entrado en años, con el cabello plateado más allá de las sienes y los rasgos de un hombre tan maduro como él mismo.

Introdujo el extremo del cálamo en el tintero y con el cuidado de un avezado calígrafo lo acercó al extremo derecho del pergamino para empezar a plasmar por escrito la idea que bullía en su mente:

En el nombre de Allah, Clemente y Misericordioso.

Que Allah te bendiga, Ziyab, estimado hermano en la fe, y te dé perfecta paz.

Mi corazón se alegró al conocer que nuestro emir te ha reservado junto a su persona el mismo lugar y la misma dignidad que su padre te había otorgado. Mentiría si te dijera, conociendo tus cualidades, que esperaba otra forma diferente de obrar por parte de nuestro buen soberano.

Debo en primer lugar agradecerte el papel que sin duda has desempeñado a la hora de inspirar la decisión de Muhammad, que ha tenido a bien pensar en mí para asumir una tarea tan importante como la que me espera al frente de la Marca, en esta bella ciudad de Saraqusta donde me encuentro.

Dos son los motivos que me mueven a enviar este correo. En primer lugar, el comentario que escuché de boca de nuestro buen Galindo, del que pude inferir tu deseo de retornar a la ciudad en la que naciste. Sin esta premisa, la segunda razón no tendría mayor valor, porque sólo se trata de mi pretensión egoísta de contar con tu colaboración para la tarea que he aceptado.

No puedo pensar en un hombre con mayor experiencia en los asuntos de gobierno del emirato, ni más instruido en todas las ramas del saber. Sería un honor para mis hijos y para mí poder contar con tu presencia cerca de nosotros, y disponer de tu consejo en las complejas tareas de administración de nuestras coras.

He sabido de tu deseo de trasladar a estas tierras del Uādi Ibru el saber acumulado durante tantos años de dedicación al cultivo de las más diversas ciencias, en ese foco de sabiduría en que habéis convertido a Qurtuba tú y otros tantos como tú, al amparo del gran mecenas que fue el emir Abd al

Rahman.

Si tu deseo y el mío discurren por caminos paralelos y decides regresar a esta tierra, puedes contar con un puesto acorde a tus méritos, y los medios que consideres necesarios para llevar a cabo tus proyectos, pues nada te ha de faltar.

Ninguna otra cosa podría causarme mayor satisfacción que contar de nuevo con tu compañía en las largas noches invernales como ésta en la que escribo, y es por ello que esperaré tu respuesta con ansiedad, mientras llevo a la práctica las primeras medidas que he pergeñado en el gobierno de la Marca.

Que Allah ilumine tu camino y tu entendimiento a la hora de adoptar tu decisión, que sin duda será acertada.

Mientras tanto recibe el abrazo cálido de tu amigo Musa ibn Musa.

Escrito en Saraqusta,
Segundo día del mes de Rajab, año 238 después de la hégira.{45}

Capítulo 22

Año 854,239 de la hégira

Musa se dedicó durante los meses siguientes a poner en marcha los proyectos que había ido planificando tras su nombramiento. Centró sus esfuerzos iniciales en afianzar los sistemas defensivos en la frontera, pero no sólo lo hizo en el flanco septentrional, frente a los carolingios, o hacia el oeste, donde la amenaza provenía del rey de Asturias, sino que se ocupó también de asumir el control efectivo de medinas como Qala't Ayub o Daruqa, en el flanco sur. Allí ordenó la construcción de un línea de fortalezas situadas en puntos estratégicos, cuya misión tuvo dificultades en explicar incluso a sus colaboradores más inmediatos.

En la primavera anterior había visitado una de aquellas nuevas fortalezas, situada en las cercanías del castillo de Qutanda, una tierra inhóspita y heladora aun cuando el invierno tocaba ya a su fin. Se encontraba ubicada en un páramo barrido por vientos gélidos, pero las aguas cristalinas procedentes del deshielo se deslizaban caudalosas por el río que lo atravesaba. Desde lo alto de la atalaya, Musa contempló el paisaje desnudo y las rústicas construcciones que empezaban a alzarse junto a la alcazaba para alojar a los colonos atraídos por la seguridad que ofrecían sus muros. La vega era amplia, y sin duda ofrecería buenas cosechas en el verano si los nuevos pobladores sabían sacar partido de aquella tierra fértil y bien irrigada. Tampoco las planicies que se extendían hacia el horizonte parecían un mal terreno donde producir el trigo y los cereales necesarios para la supervivencia. Decididamente era un buen enclave para construir algo más que un castillo defensivo. ¿Por qué no fundar en aquel lugar una nueva *madinat?*

Una sensación desconocida y placentera se apoderó de él al considerar la posibilidad. «¿Por qué no?», se repitió a sí mismo. Ofrecería incentivos para repoblarla, sufragaría a cargo de las arcas públicas la construcción de pozos, acequias, fuentes... y una nueva mezquita. Durante un momento estos pensamientos se agolparon en su cabeza, pero fue una idea concreta la que poco a poco se abrió paso: sí, quizá sí... podía ponerle su nombre. Aquel lugar recordaría a las generaciones futuras al hombre que ahora las contemplaba con emoción desde lo alto.

Si alguien hubiera estado presente mientras iniciaba el descenso por la empinada escalinata, habría visto su sonrisa de satisfacción. El nombre de la nueva ciudad se había materializado en su mente con una claridad que lo sorprendió: se llamaría Qala't Musa. ¿Cómo, si no?

Con su ego satisfecho, inició el regreso a la capital, aprovechando para hacer alto en alguna otra de las fortalezas de camino hacia el norte, como la de Ossa o incluso

en la finca de algún rico terrateniente que cultivaba cereales con los que comerciaba en Saraqusta. En la *almúnya* de Aisha, cuyo dueño había elegido el nombre de su esposa para denominar su hacienda, tuvo ocasión de conocer los interesantes pormenores del mercado del trigo y de la lana por boca de quien le ofrecía hospitalidad, en unas tierras que aún distaban dos jornadas de las riberas del Uādi Ibru.

En Saraqusta lo esperaban sus más directos colaboradores con una lista de asuntos que resolver, al parecer a cuál más urgente. Revisó los rollos de pergamino que descansaban sobre la gran mesa que presidía sus aposentos oficiales y reparó en uno de ellos. Apartó el resto con un gesto de urgencia para comprobar que el sello era, efectivamente, la marca de palacio, aunque no el sello real. Colocó su mano sobre la espalda de uno de los funcionarios y con firmeza lo empujó hacia la puerta, y con él a quienes lo precedían, ignorando sus protestas. Cerró la pesada puerta tras ellos para aislarse de sus murmuraciones, y con impaciencia rompió el lacre, extendió el escrito cuya caligrafía le resultaba tan familiar y leyó saltando las fórmulas de rigor del encabezamiento:

... Mi amado hermano en la fe, mi amigo Musa.

No sabes cuán grato resulta para mí ponerme una vez más en contacto contigo, porque ello me da ocasión no sólo para mantenerte al corriente de asuntos que como gobernador de la Marca no debes desconocer, sino para darte cuenta de algunas noticias que seguro serán de tu agrado.

Sabrás que el asunto que ocupa todas las conversaciones en los mentideros de Qurtuba es la nueva rebelión contra la autoridad del emir por parte de los toledanos, que, fieles a su costumbre, parecen interpretar la algarabía propia del advenimiento de un nuevo soberano como clarín de sublevación.

Sabes que Abd al Rahman, para garantizar su conducta, tenía confinados en Qurtuba a un buen número de toledanos. Creo que recordarás la dar al raha'in, el enorme edificio donde eran custodiados junto con otros detenidos políticos procedentes de comarcas en las que son frecuentes las revueltas.

Pues bien, como debes conocer, los toledanos dieron la bienvenida al nuevo emir Muhammad con un golpe de fuerza, encarcelando al gobernador omeya de la ciudad... y no lo soltaron hasta que sus rehenes fueron libertados en Qurtuba.

Este éxito inicial redobló su audacia, y poniendo nutridas tropas en pie de guerra, las enviaron a recorrer el campo, al sur de Tulaytula, en dirección a

Qala't Raba cuya guarnición se vio obligada a evacuar la fortaleza.

Muhammad montó en cólera, y puedo asegurarte que fue así porque nadie de los que frecuentábamos al emir nos libramos entonces de sus accesos de mal humor. El pasado verano envió a su propio hermano, Al Hakam, a recobrar Qala't Raba y a reconstruir las fortificaciones. Pero la actividad de los grupos de guerreros toledanos no cesó entonces, sino que han seguido arrasando granjas, e incluso hicieron caer en una emboscada a un ejército cordobés, que hubo de replegarse en plena derrota.

Si te pongo al corriente de estos acontecimientos es porque aquí en el alcázar se da por segura una aceifa contra Tulaytula que se llevaría a cabo a principios de este verano... y para la cual Muhammad piensa solicitar el apoyo de las coras. Quizás a estas alturas ya hayas recibido orden de movilización de tus tropas; si no es así, cuenta con ello. Que Allah os guarde.

Respecto a tu petición de traslado a Saraqusta, que me llenó de satisfacción por cuanto supone una demostración de confianza y amistad, te diré que hace tiempo albergo intenciones que no se alejan demasiado de tu ruego, pero tampoco se ajustan a él como el guante a la mano. Tengo más de sesenta años, y he pasado casi cuarenta de ellos en esta maravillosa ciudad de Qurtuba. He tenido el privilegio de disfrutar de la amistad de uno de los hombres más grandes que ha conocido el mundo, y mis ansias de juventud están ya plenamente satisfechas. He vivido en primera persona acontecimientos que marcarán la historia. Ni en mis más extravagantes sueños, allá en la orilla de mi añorado Uādi Ibru, hubiera podido imaginar una vida tan plena y satisfactoria. Por eso creo que ha llegado el momento de dar por finalizada esta etapa. Abd al Rahman, mi mentor, ha muerto, y aunque su hijo Muhammad mantiene conmigo el mismo trato deferente que su padre, la distancia entre generaciones se manifiesta de forma indudable.

Es mi deseo retornar a la tierra que nos vio crecer, y desarrollar allí, en los años que me queden de vida, algunos proyectos con los que he soñado todo este tiempo. Tú me diste la oportunidad de ampliar mi formación trasladándome a esta gran urbe donde escribo, y quiero ahora manifestarte mi agradecimiento aplicando algunos de esos conocimientos en aquella pequeña ciudad que tú también has hecho grande. Estaremos cerca, y podremos aún pasar juntos esos buenos momentos que la distancia nos ha impedido compartir.

Dedicaré los próximos meses a ultimar los asuntos que todavía me retienen junto al emir, y pronto tendremos ocasión de abrazarnos.

Que Allah proteja tus pasos e ilumine tus decisiones.

Escrito en Qurtuba el último día de Ramadán del año 239 de la hégira.

Musa quedó pensativo. La alegría que había despertado en él la última parte de la misiva quedaba empañada por la perspectiva de una nueva movilización. Cobraba ahora sentido una comunicación procedente de sus hombres en Banbaluna, según la cual Ordoño I había sido llamado por la numerosa comunidad mozárabe de Tulaytula para unir sus esfuerzos contra el emir. En principio lo había considerado una idea descabellada, pero la carta de Ziyab le daba un nuevo sentido: para Urdun sería del mayor interés azuzar la guerra civil entre musulmanes, al margen de la ventaja que supondría para él conducir las operaciones contra el islam fuera de sus tierras.

Mientras depositaba el manuscrito sobre la mesa y se dirigía hacia la puerta para permitir el paso a sus impacientes funcionarios, se prometió enviar un correo a Galindo en cuanto tuviera ocasión.

Como Musa temía, la información de Ziyab no había errado. A mediados del mes de Dul Hiyah, bien entrada la primavera, tenía sobre la mesa la orden de movilizar a sus tropas y acudir a Tulaytula para reunirse con el resto de las fuerzas procedentes de Qurtuba. La llamada de auxilio a los gobernadores de las *kurah* indicaba a las claras que Muhammad no esperaba enfrentarse tan sólo a la resistencia de un grupo de rebeldes. Y parecía confirmar la posibilidad de que los *yilliqiyin*, a las órdenes de Ordoño, se disponían a acudir a la llamada de sus correligionarios.

—Padre... ¿qué es lo que te preocupa?

Lubb y Musa cabalgaban por el arrabal supervisando los nuevos asentamientos extramuros de la ciudad. Musa no respondió inmediatamente, y Lubb insistió.

—No creo que sea la simple llamada a nuestras tropas lo que ha cambiado de esta forma tu estado de ánimo en los últimos días. Hay algo más... ¿no es cierto?

Esta vez Musa no tuvo más remedio que buscar una respuesta.

—Mi trabajo aquí no había hecho más que empezar..., y ahora habrán de aplazarse los grandes proyectos de los que habíamos hablado.

Lubb esbozó una sonrisa.

—Como quieras —repuso con un gesto de decepción, dejando patente que no creía las palabras de su padre. Arreó a su caballo y se adelantó unos codos.

Musa no tardó en ponerse de nuevo a su altura. Hacía tiempo que observaba en su hijo una actitud de despecho y desconfianza, y de ninguna manera deseaba darle más alas.

—Es tan sólo un temor..., un presentimiento. Simplemente no quería hablar de

ello.

—Es por García, ¿no es cierto?

Musa miró a su hijo con asombro.

—Temes que García Íñiguez y los vascones se sumen a las tropas de Ordoño... y debas enfrentarte al hijo de tu hermano.

—Veo que has aprendido a atar cabos y a tener en cuenta todas las posibilidades...

—He aprendido a interpretar el estado de ánimo de mi padre, y sé que una simple batalla no es motivo suficiente para arredrarlo... a menos que haya algo más.

—Las noticias de Banbaluna hablan de una alianza en ciernes entre García y Ordoño. Incluso han llegado rumores del interés de ambos en sellar tal alianza con un matrimonio entre García y Leodegundia, la hija de Ordoño.

Lubb enderezó su espalda en un gesto de sorpresa.

—Y no sería de extrañar que decidieran acudir juntos a la llamada de los toledanos.

—Sé que el obispo Willesindo así se lo está exigiendo a tu sobrino. Lo plantea como la obligación moral de defender a los cristianos de Al Ándalus. Él también está influenciado por las cartas que recibe de Eulogio relatándole a su manera lo que sucede en Qurtuba.

—Los mártires voluntarios...

Musa asintió con la cabeza.

—Los propios rebeldes toledanos utilizan el descontento de los mozárabes para azuzar a la población, aunque sus fines, en caso de alzarse con la victoria, no sean tan altruistas.

—Pero los lazos que unen a nuestras dos familias... —replicó Lubb.

—Me temo que esos lazos se rompieron definitivamente cuando murió Enneco. Y Willesindo ha sido más inteligente que yo... ha sabido ganarse la voluntad de García.

—Sin embargo, como dices, todo esto es tan sólo una posibilidad, roguemos a Allah para que no llegue a materializarse.

—Que Allah escuche tus palabras —sentenció Musa, e hizo una pausa—. Hay otra cosa que debes saber: tú me acompañarás a Tulaytula y te harás cargo del mando del ejército de la Marca.

El largo viaje hasta las inmediaciones de Tulaytula tuvo lugar durante los cálidos días previos al verano. Las suaves temperaturas y los verdes parajes que atravesaban después de las lluvias de primavera habrían permitido disfrutar de aquellas jornadas de haber sido otro el destino que los esperaba. La leva se había realizado sin demasiadas dificultades, y habían tratado de agrupar a los hombres en sus respectivas unidades de acuerdo con su procedencia: Uasqa, Larida, Qala't Ayub y Daruqa, la propia Saraqusta y las tropas de los Banu Qasi procedentes de Tutila y las tierras

ribereñas del Uādi Ibru.

Las recuas de mulas y las columnas interminables de soldados avanzaban por un terreno que no estaba embarrado, como en la recién terminada época de lluvias, ni cubierto del polvo propio de la canícula. Se abastecían en parte de las viandas que transportaban y en parte de lo que la intendencia que precedía a la columna se encargaba de mercadear en las aldeas y ciudades que atravesaban.

A mediados de Muharram, las avanzadillas informaron del contacto con el ejército de Muhammad, que avanzaba por la antigua vía romana en dirección a Tulaytula. Siguiendo las indicaciones de los hombres enviados por el emir se dirigieron hacia el sur hasta llegar a la *madinat* de Al Munastir, a tan sólo una jornada de la ciudad declarada en rebeldía. El reencuentro entre Musa y el soberano se produjo en la *haymah* donde éste se alojaba, pero Muhammad hizo pocas concesiones a la diplomacia y al protocolo. Tras un breve repaso en privado a la situación en la Marca y a los últimos acontecimientos en Qurtuba, el emir ordenó llamar a sus generales. Lubb y sus oficiales también se incorporaron a la decisiva reunión en la que debía trazarse la estrategia militar que marcaría las acciones de su inmenso ejército en los días posteriores.

Musa vio entrar a su hijo mayor en el espacioso recinto acompañado por un chambelán que probablemente les había informado del protocolo a seguir. Con un rápido vistazo se hizo cargo de la situación, pero un gesto de desconcierto deformó por un momento sus facciones al mirar a los hombres que esperaban sentados en cómodos divanes en un lateral del pabellón. Se acercó al emir y se inclinó ante él con corrección, pronunciando las palabras de saludo posiblemente sugeridas por el funcionario, a las que Muhammad respondió con brevedad y cortesía. Pero al regresar al lugar que se le había reservado, su mirada se desvió de nuevo hacia el grupo de generales cordobeses situados a la derecha de Musa, y de nuevo su rostro se descompuso.

Lubb ocupó su lugar, y su padre se acercó a él tratando de mantener el cuerpo erguido y la mirada al frente.

—¿Qué ocurre? —preguntó con voz queda.

—¿Has observado al hombre que tienes a tu derecha, tres puestos más allá?

Musa giró su cabeza lentamente, pero los generales cordobeses sentados a su lado se interponían en su campo de visión. Mientras el emir daba comienzo a las deliberaciones, adelantó su cuerpo en un movimiento que pretendía ser casual y volvió la cabeza. Al pronto reconoció las facciones del hombre allí sentado y el llamativo parche negro que cubría su ojo izquierdo.

—Harith ibn Bazi, ¿no es cierto?

Lubb hizo un gesto afirmativo. A ninguno de los dos le resultaba difícil recordar al hombre que diez años atrás había apresado y humillado a Lubb en Al Burj. Un

hombre al que después habían capturado en Balma tras perder su ojo izquierdo, y cuya liberación negoció el propio Muhammad. Ahora volvía a ocupar un lugar destacado entre los generales de Qurtuba.

Muhammad acababa de ceder la palabra a uno de sus jefes militares, que se había puesto en pie e iniciaba sus explicaciones.

—Por nuestros informadores, sabemos que el contingente de los *yilliqiyin*, que ha venido a reforzar a una de por sí poderosa y animosa guarnición, se encuentra ya al abrigo de los muros de Tulaytula. Al parecer lo dirige el propio hermano del rey de los politeístas, un hombre llamado Gastón, adornado con el título de conde.

Un suave murmullo llenó la pausa que siguió a sus palabras.

—Todos conocéis la ubicación de la ciudad y sabéis que su orografía y sus fortificaciones hacen imposibles el cerco y el asalto sin sufrir un número inaceptable de bajas.

—¿Y qué alternativa tenemos? ¿Dar batalla en campo abierto? —preguntó otro de los generales.

—Ésa es la otra posibilidad, tú lo has dicho.

—¿Y cómo atraeremos a los toledanos a una lucha en campo abierto? ¿Qué hay que pueda convencerlos para salir de su seguro parapeto?

El primer general no respondió, y Musa aprovechó la pausa para intervenir, dirigiéndose a él.

—Conozco la ciudad de Tulaytula, y sé que tienes razón en tus apreciaciones. El ataque directo no es posible, ni siquiera con una gran superioridad de fuerzas. Es necesario buscar otras opciones. Si existe un lugar adecuado, no considero imposible atraerlos hasta él. Creo conocer bien a Ordoño I y a su ejército, y sé que deben estar ávidos de victoria y de botín.

—Quizás ese lugar existe...

Un hombre de mediana edad se había puesto en pie.

—Habla—dijo el primer general, y dirigiéndose en especial a Musa explicó—: Es el *'amil* de esta alcazaba, y conoce bien el terreno.

—Antes de llegar a la sierra de Nambroca, hay un arroyo, el único curso de agua que atraviesa esta planicie: el Uādi Salit. Está a sólo tres horas de Tulaytula. Nada más cruzar el camino de Al Munastir, el arroyo se curva hacia el oeste y se hunde entre los montes. Es un buen parapeto natural, donde se puede ocultar un ejército completo.

—Enviad un destacamento a la zona e inspeccionad el terreno —ordenó Muhammad—. Mañana al anochecer quiero que se me informe.

Faltaban cinco días para el fin del mes de Muharram, ya cercano el estío, cuando el propio emir de Qurtuba partió en dirección a Tulaytula con varias unidades de su

ejército, que no alcanzaban a sumar dos millares de hombres. Poco después del mediodía, habían rebasado la pequeña sierra de Nambroca, y quedaron a la vista de los vigías y las avanzadillas de los toledanos, que no tardaron en dar la voz de alarma. Montaron el campamento dispuestos a pasar la noche y a esperar los acontecimientos que deberían producirse durante la mañana siguiente.

Las tropas de la Marca, comandadas por Lubb, unieron sus fuerzas al grueso del ejército de Muhammad, que quedó parapetado tras las montañas a orillas del arroyo. Aquella noche, Musa apenas fue capaz de conciliar el sueño. En un inquieto duermevela, surgieron en su mente vividas imágenes en las que se veía a sí mismo en el campo de batalla. Frente a él aparecía la efigie inconfundible de García Íñiguez, que se arrojaba contra él a lomos de su caballo, azuzado por un fantasmal ser cuyos rasgos coincidían con los del obispo Willesindo. Musa se vio a sí mismo alzando la espada antes de descargar un golpe certero que seccionaba limpiamente la garganta de su sobrino. Nada podría convencerlo de que lo que tenía ante sus ojos no era real: bajó del caballo y en su pesadilla se lanzó sobre el cuerpo inmóvil, tratando de taponar con sus manos la incontenible hemorragia. Sólo cuando el cuerpo quedó lívido y exánime, Musa se miró las manos manchadas con la sangre de su sangre y lanzó un aterrador grito de angustia con el que despertó en mitad de la noche, respirando afanosamente y envuelto en sudor. Alguien lo tomaba del brazo.

—¡Padre! ¡Despierta, padre! ¡Tranquilízate! —decía Lubb con suavidad.

Durante la oración de la mañana en el campamento, poco antes del amanecer, Musa rogó a Allah con todas sus fuerzas que los vascones no se hubieran unido a las tropas de Ordoño. A esa misma hora, Muhammad disponía sus unidades para la probable confrontación. Sabía que los toledanos habrían sido informados del escaso número de efectivos que los atacaban, y la tentación de salir a aplastarlos debía ser fuerte. Cuando el disco del sol asomaba ya tras los montes situados a su derecha, una enorme excitación se apoderó de él. Desde su puesto de observación en lo alto de un leve promontorio, bajo la lona de una pequeña pero suntuosa tienda de campaña, vio aparecer entre la bruma de la mañana los extremos de los estandartes que portaba la vanguardia de los *yilliqiyin.* ¡Iban a atacar, después de todo!

Impartió órdenes a sus generales para que comenzaran los movimientos de tropas necesarios para afrontar la lucha. Las instrucciones eran precisas: soportar el primer ataque de las huestes rebeldes hasta recibir la señal para el repliegue. Las primeras líneas musulmanas estaban compuestas por voluntarios que rivalizaban entre sí por enfrentarse a los cristianos y, a pesar del riesgo cierto de morir, avanzaban dispuestos a dar su vida si era necesario en la guerra santa contra los infieles. Su arrojo procedía de la certeza, sabiamente afianzada por las enseñanzas de los imanes y alfaquíes que acompañaban al ejército, de que su recompensa inmediata sería el Paraíso. A juzgar

por los gritos salvajes, casi inhumanos, que salían de aquellos cientos de gargantas, entregadas en una especie de embriaguez de lucha y violencia, parecía que su mayor interés era acortar aquel tránsito. Tampoco los oponentes se mostraban escasos en ansias de combate, arengados por sus oficiales, estimulados a la batalla y confortados por los capellanes del ejército.

Desde el lugar que ocupaba, el emir contempló imperturbable el choque brutal. La primera línea cristiana penetró en cuña entre las fuerzas cordobesas abriendo una gran brecha en la formación. Al griterío ensordecedor y a los tambores de guerra se sumaron el sonido del entrechocar de sables y cimitarras, los terribles golpes de las mazas contra los escudos y las lorigas, el relincho aterrado de los caballos y el silbido mortal de las saetas.

La superioridad de los habitantes de Tulaytula reforzados por los asturianos resultó evidente ya tras la primera refriega, pero se hacía necesario mantener la posición. Una retirada demasiado precipitada podría poner al hermano de Ordoño ante la sospecha de un engaño. El sacrificio de aquellos hombres no parecía alterar el gesto del emir, que contemplaba la escena a lomos de su caballo en lo alto del cerro, a menos de una milla de la atalaya que ocupaban el conde Gastón y algunos de sus caballeros.

Sólo cuando la batalla pareció quedar sentenciada, Muhammad y su séquito se pusieron en marcha iniciando la retirada. Tras la llamada de las trompas, que atronaron la llanura, la caballería del emir acudió al lugar del combate con la intención de mantener a raya a la infantería cristiana mientras el ejército seguía los pasos de su soberano en dirección a la cercana serranía.

Los pendones y estandartes cristianos se alzaron hacia lo alto en señal de victoria, acompañados de gritos de triunfo y vítores dirigidos al conde Gastón, que seguía apostado en su observatorio rodeado por sus oficiales. Mientras la caballería musulmana comenzaba el repliegue protegiendo la huida de los hombres a pie, Gastón ordenó recomponer sus fuerzas y atender a las bajas. El grueso de su ejército seguía intacto, y de ninguna manera iba a permitir que Muhammad huyera privándole de una victoria total y de un suculento botín.

Poco después del mediodía, miles de efectivos se precipitaban tras el ejército musulmán en desbandada por el camino que conducía hasta Al Munastir. Vadearon el Uādi Salit, que discurría entre las elevaciones de la pequeña sierra cubierta de maleza, y se disponían a continuar la marcha hacia terreno abierto cuando desde ambos flancos se precipitó sobre ellos una marea humana imposible de cuantificar. Cuando Gastón comprendió que había sido objeto de una emboscada, fue tarde para reaccionar y tratar de organizar la defensa. La caballería musulmana cayó sobre sus hombres de forma aplastante, y el arroyo pronto se convirtió en una corriente de color escarlata.

Musa contempló la llegada de las tropas cristianas desde su puesto de observación en mitad de la ladera, y agradeció hallarse firmemente asentado sobre la grupa de su caballo cuando tras los riscos vio aparecer el estandarte azul... con una cruz blanca que destacaba sobre el fondo: la cruz de Enneco Arista. A pesar de la distancia, reconoció sin duda los rasgos familiares de García, que cabalgaba protegido por su escolta al lado del conde de los *yilliqiyin.* Una sensación de náusea se apoderó de él aun antes de que el emir diera la orden de lanzar el ataque, y en ese momento empezó a contemplar lo que sucedía a su alrededor en un estado de aturdimiento e irrealidad. Las tropas de los Banu Qasi procedentes de la Marca luchaban junto al emir al mando de Lubb, probablemente ajeno a la presencia de los vascones entre aquel gran ejército que se precipitaba hacia su perdición.

Musa no recordaría las horas que siguieron hasta el anochecer sino con trazos confusos. Supo que había descendido hasta el fondo del valle cuando los gritos de guerra comenzaron a apagarse y quedaron sustituidos sólo por lamentos de dolor y de agonía. Vio a los hombres del emir separando los cuerpos de sus cabezas, que pronto comenzaron a formar un montículo macabro y grotesco. El escaso caudal del riachuelo a duras penas podía abrirse paso entre la masa gelatinosa de sangre coagulada. Uno de los cabecillas, entre los alaridos y la borrachera de sangre que invadía a los vencedores, comenzó a trepar por aquella pirámide de cabezas cortadas resbalando y tropezando, cubierto de sangre por completo, hasta que alcanzó la cúspide a la altura de dos hombres y plantó una pica rematada por una media luna y un pendón manchado del mismo color rojo que lo teñía todo a su alrededor, un pendón que poco antes había sido del color blanco que representaba a los omeya.

Al rememorar posteriormente aquellos momentos, se veía a si mismo volteando los cadáveres descabezados con la esperanza de no identificar los ropajes del rey vascón, su sobrino. Identificó a algunos soldados vascones, pero de baja condición, a juzgar por su indumentaria. Cuando llegó al pie del montículo de cabezas, rodeado ya por un nauseabundo revuelo de moscas, comenzó en su desesperación a tomar alguna de ellas por el cabello para enfrentarse a sus expresiones de horror con el inútil propósito de descartar la presencia del hijo de su hermano. Impotente ante una tarea imposible, cayó de rodillas y se cubrió el rostro con las palmas ensangrentadas mientras un llanto incontenible sacudía todo su cuerpo.

Recordaba que unas manos lo habían agarrado por los hombros, y reconoció la voz familiar de Lubb, que le obligaba a ponerse en pie y, entre palabras tranquilizadoras, lo conducía hasta una montura.

—García vive, padre. Y también Gastón. Sus guardias los han sacado de este infierno y los han conducido de vuelta a Tulaytula.

Musa miraba confundido a su hijo, hasta que al final esbozó un gesto que podía

parecer una sonrisa y asintió con la cabeza al tiempo que cerraba los ojos.

Las tropas de Muhammad y los Banu Qasi se preparaban para iniciar el regreso a sus lugares de origen. El emir había considerado suficiente el escarmiento dado a los rebeldes, y decidió no atacar Tulaytula inmediatamente, en contra de la opinión de algunos de sus generales. Pero antes de retornar a Qurtuba fue informado de que la ciudad había sido evacuada por los rebeldes y las tropas del norte regresaban diezmadas a sus territorios.

La noche anterior a la partida, Muhammad reunió a todos sus generales en la alcazaba de Al Munastir, donde ofreció un suculento banquete amenizado como era habitual en la corte. No faltaron los músicos y las bailarinas, pero quien recabó la atención de todos, los presentes fue el admirado y polifacético poeta Ibn Firnás, de quien el emir no podía prescindir, hasta el punto de hacer que lo acompañara en todas sus expediciones.

Tras la cena comenzó a recitar sus celebradas composiciones, hasta que Muhammad lo detuvo y se dirigió a él.

—Sorpréndenos con tu talento, y haz una glosa de la victoria que acabamos de ofrecer al Todopoderoso.

Ibn Firnás era un hombre de porte elegante y refinados moda les que rozaría la cincuentena. Su aspecto resultaba chocante para Musa, pero uno de los comensales aclaró que aquélla era la última moda en Qurtuba, un estilo inspirado en la corte de Damasco que el músico Ziryab se encargaba de imponer entre la *jassa* cordobesa. Ibn Firnás esbozó una sonrisa y carraspeó alzando la vista a lo alto, de forma teatral. Lentamente, elevando la voz a medida que improvisaba cada verso, comenzó a recitar:

Discordes las voces, el ejército marcha unido, devorando los campos, engrosado por las tribus, en orden cerrado.
Cuando en él brillan las espadas, semejan relámpagos que aparecen y se esconden entre nubes.
Las banderas, en alto, al flamear,
parecen bajeles en un mar donde no es posible navegar a remo.
Si muelen sus molinos, su eje
es la inteligencia de un rey experto y virtuoso
que se llama Muhammad, como el Sello de los Profetas,
y que exceden a toda descripción cuando son descritos reyes.
Por su causa, el martes por la mañana,
apenas el alba había descorrido el velo nocturno,
los dos montes del Wad al Salit lloraron y gimieron
por el grupo de esclavos y la partida de incircuncisos;

el grito de la muerte los llamó, y acudieron a él
como al punto acuden los escarabajos al estiércol.

El último verso provocó la risa en los comensales, que hasta entonces habían permanecido en completo silencio. Hizo una pausa para comprobar el efecto que su improvisación hacía en los presentes, y descubrió caras de asombro y admiración. También el emir sonreía satisfecho, así que se dispuso a reanudar la declamación.

Sólo les lanzó una parte del ejército
y aquéllos volvieron las espadas, como hace una turba inerme.
Los mawalí, furiosos, cerrando contra ellos,
parecían halcones dispersando bandadas de grullas.
¡Por mi vida! Eran dragones guerreros, cuando cargaban
en filas cerradas contra un monte de fuertes defensas.
El hijo de Yulyus, huyendo, decía a Musa:
«Veo la muerte ante mí, debajo de mí, detrás de mí.»
Les hemos matado mil y mil hombres, más otros tantos,
y mil y mil después de mil y mil más,
además de los que se ahogaron tragados por las aguas del río, o se despeñaron en sus escarpadas orillas.[46]

Tras un momento, todos los reunidos estallaron en aplausos y carcajadas, y algunos de los comensales rodearon al poeta para felicitarle por su destreza. Luego la música del laúd ocupó el lugar de los versos y se reanudaron las animadas conversaciones en corrillos. Musa se encontraba junto a varios generales cordobeses, atendiendo sin ganas al relato exaltado de sus acciones durante la reciente batalla, cuando se vio sorprendido por uno de los chambelanes del emir, que se había acercado a él.

—El emir desea que acudas a su lado.

—Excusadme —dijo Musa a sus interlocutores alzando las cejas con un gesto de extrañeza.

El soberano había despedido de su lado a quienes habían compartido aquellas viandas con él, y con un gesto indicó a Musa que tomase asiento en el diván contiguo.

—Si he de serte sincero, te diré que me extrañó la actitud que mostraste en el Uādi Salit.

Musa no esperaba aquel abrupto comienzo, y se dispuso a responder, pero Muhammad lo interrumpió alzando la mano.

—Me he informado de los motivos que te llevaron a aquello. Y he de decirte que

estoy sinceramente impresionado. Si alguien albergaba un resto de duda sobre tu fidelidad a mi persona, ha quedado despejada. El arrojo de tus tropas contra los hombres de tu propio sobrino ha sido objeto de admiración para mis mejores generales.

—No era yo quien conducía a esas tropas, sino mi hijo Lubb.

—Estoy al tanto.

—Hubiera dado una mano, mi señor, por no haber tenido que enfrentarme a combatientes de mi propia sangre.

—Estoy seguro de ello. Y por eso valoro especialmente lo sucedido.

El emir hizo una pausa, y prosiguió al fin:

—He observado a tu hijo Lubb, y parece ser un digno hijo de su padre.

—Lo es, mi señor. No puedo estar más orgulloso de él.

—Por ello he pensado en él para ocupar un cargo de responsabilidad. Es un nombramiento que debo dejar resuelto antes de mi partida.

Musa enarcó las cejas en un gesto involuntario de extrañeza.

—Sí, es lo que estás pensando... Debo nombrar un gobernador de confianza para Tulaytula. Llámalo, quiero que se acerque.

Una vez más, la noticia de la victoria precedió a las tropas que regresaban triunfantes. El heraldo, sin embargo, no era un trozo de pergamino, ni la voz de un correo que proclamara en voz alta, sino aquellas cabezas cortadas que ahora los recibían ensartadas en largas picas. Y eso a pesar de que la mayor parte habían sido saladas y cargadas en carretas para su traslado a Qurtuba, desde donde habrían de llegar a las coras como señal de inicio de las fiestas de celebración que en toda Al Ándalus, pero especialmente en la capital, serían largas y fastuosas.

Musa regresaba cansado, de nuevo al mando de sus tropas tras el nombramiento de Lubb como gobernador de Tulaytula. Y esta vez no era tan sólo el agotamiento del cuerpo después de una dura campaña. El enfrentamiento contra el hijo de su propio hermano en el campo de batalla había supuesto una auténtica sacudida para él... Había sabido que ni Galindo ni el esposo de su hija Auriya habían acompañado al rey García en su desgraciada empresa, pero desde el momento en que vio aparecer por aquel desfiladero el estandarte azul de los vascones se había desencadenado en su mente una revolución interna que ni los halagos tras la victoria ni la perspectiva del regreso a la tranquilidad de su tierra conseguían apaciguar.

Con ese ánimo turbado soportó la recepción que le tributaron sus súbditos al hacer su entrada en Saraqusta. Sólo hubo una persona que comprendía cuál era su estado y que con delicadeza lo rescató del bullicio de la celebración para consolarlo en la intimidad de su alcoba. Assona supo encontrar, como siempre había hecho, las palabras adecuadas para traer de nuevo la calma a su espíritu y las lágrimas

derramadas sobre el pecho de su esposa fueron para él el mejor bálsamo. Sobre las delicadas sábanas que aquella inigualable mujer había preparado para recibirlo, Musa se vació de todo cuanto lo había atormentado, y por primera vez en las últimas semanas experimentó un sentimiento parecido a la felicidad.

—Hay algo más que debes saber —dijo Assona con una sonrisa, acariciando los cabellos de su esposo—. Algo que seguro te va a alegrar.

Musa hizo un gesto inquisitivo, y luego negó con la cabeza.

Assona rio, pero continuó en silencio.

—¿De qué se trata, mujer? Habla o... —bromeó colocándose sobre ella en posición amenazante.

—Está aquí.

—¿Aquí? ¿Quién?

De pronto el gesto de desconcierto de Musa se transformó en otro de comprensión, y su rostro se iluminó.

—¡Ziyab! Es eso, ¿no es cierto? —casi gritó.

Assona asintió sin hablar. De repente Musa tomó su cabeza entre las manos y la obsequió con un sonoro beso de agradecimiento. Assona estalló en una alegre carcajada.

—¿Dónde está? ¿Dónde se aloja? ¿Cómo no ha acudido a saludarme?

—Tranquilízate —rio Assona—. No se encuentra en Saraqusta.

El rostro de Musa se transformó con una mueca de desencanto.

—Hace unas semanas que llegó a Tutila, y envió un correo anunciando su regreso.

Musa despachó en los días siguientes los asuntos más urgentes que lo esperaban en las dependencias de la administración, sin hacer demasiado caso del hervidero de funcionarios que se disputaban su atención. Se alegró al comprobar que, en su ausencia, Mutarrif se había encargado de llevar adelante con buena mano los asuntos de la ciudad, y decidió que pondría su capacidad a prueba unos cuantos días más, de forma que, una semana después de su regreso, y a pesar de la infernal ola de calor que azotaba el país, partió hacia Tutila. Lo acompañaban Fortún, que había acudido a recibirlo a Saraqusta al saber de su regreso, y una pequeña escuadra de guardias a caballo.

Viajaron a galope, y Musa sólo accedió a hacer un breve descanso en uno de los sotos del río durante las horas centrales del día para escapar del sol inclemente que los azotaba y permitir el refresco de los animales. Con el astro a punto de ocultarse, atravesaron el viejo puente de madera que cruzaba el Uādi Qalash ante la Puerta de Saraqusta. Deliberadamente, no había anunciado su llegada, y sonrió ante la expresión de sorpresa de los guardias que prestaban servicio en el principal acceso a

la ciudad.

Conociendo a Ziyab como lo conocía, no hubo de preguntar a Fortún por su paradero más que para confirmar lo que ya suponía. Acompañado por tan sólo dos hombres de escolta caminó por las conocidas calles de la ciudad hasta llegar al viejo taller de carpintería donde tantas tardes de su infancia había pasado en compañía de su amigo. El estado de la casa era lamentable, y la estructura del edificio a duras penas se mantenía en pie. Levantó con dificultad la vieja aldaba y la dejó caer dos veces. Al principio no ocurrió nada, pero un instante después se oyeron pisadas en el interior seguidas inmediatamente por un «¿Quién va?». La emoción al escuchar de nuevo aquella voz debía reflejarse en el rostro de Musa cuando Ziyab abrió la parte superior de la puerta de dos hojas y los dos hombres quedaron frente a frente. Musa, sonriente, contempló a su viejo amigo, plantado allí, delante de él, con los brazos abiertos y las palmas de las manos extendidas. La expresión de asombro de Ziyab dejó paso a la urgencia por abrir la parte inferior de la puerta. Lo hizo sin apartar la vista de su visitante, pero sin pronunciar palabra. Cuando salvó el único obstáculo que los separaba, Ziyab y Musa se fundieron en un abrazo, y así siguieron durante un buen rato sin que ninguno de los dos rompiera el silencio.

—¡Musa! ¡Mi viejo amigo! ¡No sabes cuánto tiempo he deseado hacer esto! —exclamó Ziyab al fin.

La emoción le impedía articular las palabras con claridad.

—He venido en cuanto he sabido que estabas aquí —dijo Musa relajando el apretón que amenazaba con cortarles la respiración a ambos. Se separó ligeramente y tomó a su amigo por los brazos. Los ojos de los dos hombres estaban arrasados por las lágrimas.

—¡Diez años desde la última vez!

—Nueve años y nueve meses —corrigió Ziyab, esbozando una sonrisa.

—¡Cuánto hemos cambiado, viejo amigo!

Ziyab asintió con una sonrisa.

—Nos hemos convertido casi en unos ancianos. ¡Mira mi cabello!

Musa dirigió la mirada hacia el interior de la vivienda.

—¿Has estado alojado aquí desde tu llegada?

—En la vieja carpintería —asintió Ziyab—. Lo necesitaba.

—Haremos que la reconstruyan si es tu deseo, pero ahora iremos a la residencia del valí. Te alojarás allí hasta que te establezcas definitivamente —dijo tomándolo del codo.

Caminaron juntos por las intrincadas callejuelas en dirección al río, deteniéndose cuando alguno de los sorprendidos vecinos reconocía a Musa. Nadie reconoció a Ziyab.

—Al parecer he cambiado todavía más de lo que pensaba —bromeó.

—Es toda una vida..., ¿acaso has reconocido tú a alguno de ellos?

Ziyab negó con la cabeza, sonriendo.

—Sin embargo, todo me resulta tan familiar..., despierta en mí tantas sensaciones.

Llegaron a la pequeña plaza que servía de antesala a la mezquita y se detuvieron. Ziyab se sentó en un pequeño poyo de piedra, y con su mano derecha indicó a Musa que hiciera lo mismo.

—Es curioso..., en mi recuerdo esta plaza era mucho más grande.

Musa sonrió, sabiendo a qué se refería.

—¿Por qué has vuelto?

Ziyab no respondió inmediatamente. Levantó la vista hacia lo alto del alminar, que se alzaba orgulloso ante ellos, y reflexionó sobre la pregunta antes de comenzar a hablar.

—Supongo que tras la muerte de Abd al Rahman han cambiado demasiadas cosas en Qurtuba. Seguía disfrutando del aprecio y del respeto de su hijo, pero los cambios en la corte me exigían un esfuerzo de adaptación que ya no me resultaba sencillo. Además, hace ya tiempo que deseaba establecerme en un lugar más tranquilo, llevar una vida relajada, al margen del fragor de la política.

—Sin embargo, renuncias a todo lo que habías construido en el alcázar... la biblioteca, el taller de copia, aquella efervescencia en todas las ramas de las artes y las ciencias que te mantenía subyugado... Con tu posición, podrías haberte retirado a una lujosa *almúnya* junto al río sin tener que renunciar a todo aquello...

—¿Y quién te dice que he renunciado a ello? —respondió Ziyab riendo—. Un cargamento de libros espera en el alcázar la orden para su traslado hasta aquí. En realidad es una verdadera biblioteca, que he ido completando durante todos estos años, de la mano de Abd al Rahman. Ya conoces el mercado de libros de Qurtuba: es único en Occidente. Se pueden adquirir ejemplares procedentes de todo el orbe, desde tratados filosóficos de los autores griegos a las últimas obras de los médicos árabes de Siria. Además, el enorme interés del emir por todos los asuntos del saber y sus relaciones con las cortes orientales han hecho llegar hasta Qurtuba obras del saber universal que no están al alcance sino de unos pocos elegidos; y yo he sido uno de ellos. He tenido la oportunidad de disponer de un auténtico ejército de los mejores copistas e iluminadores trabajando para mí.

—¿Para ti? —interrumpió Musa extrañado.

—Sí, conseguí del emir el privilegio de obtener copia de todas aquellas obras que fueran de mi interés. Así he formado una magnífica biblioteca. Puedo decirte que en Qurtuba espera un auténtico tesoro. Y por ello necesito tu ayuda. Sé que comprendes y valoras la importancia de lo que te estoy contando, y por ello te puedo pedir esto. El alojamiento de tales obras debe ser adecuado, y estar a la altura de lo que contienen sus páginas.

—¿Has pensado en algo? La mezquita no dispone de mucho más espacio que el que ya dedica a la enseñanza y a la conservación de los textos que ya posee.

—Bien, ése es precisamente uno de los proyectos de los que te hablé. Me gustaría fundar un taller de copia de manuscritos, que albergaría también mi biblioteca. Yo me dedicaría a la enseñanza. Te aseguro que el legado que aportaré será una base suficiente para convertirla en una de las mejores bibliotecas de Al Ándalus, no tanto por la cantidad como por la calidad de sus volúmenes.

Musa sonrió, viendo que su amigo no había necesitado meditar su respuesta. Tenía planes bien trazados.

—He observado en Saraqusta un aumento de viajeros procedentes de Oriente, que llegan remontando el Uādi Ibru, de la misma forma que muchos saraqustíes parten hacia allí con el objeto de ampliar sus conocimientos y su formación.

—Aspiro a que esos viajeros no se queden en Saraqusta, sino que continúen hasta Tutila. Ese intercambio cultural siempre enriquece a quienes lo practican. Y creo que no sólo atraerá a estudiosos árabes, sino también cristianos. En Qurtuba he tenido ocasión de mantener contactos con obispos y abades, y sé que están muy interesados en el intercambio de volúmenes, sobre todo de los clásicos griegos. Aunque algunos me han hecho saber su interés por ciertos autores árabes. El abad de Leyre es un buen ejemplo de lo que te comento, Musa. Tú tuviste ocasión de conocerlo y tratarlo en varias ocasiones, ¿no es así?

—Sí, es cierto —confirmó—. Recuerdo el asombro de ese mozárabe cordobés, Eulogio, al comprobar la riqueza de los volúmenes atesorados en el monasterio. ¿Qué ha sido de ese hombre? No parecía hallarse muy satisfecho de sus condiciones de vida en Qurtuba—ironizó.

—Ya sabes que hace dos años se celebró un Concilio que fue presidido por Recafredo, el obispo metropolitano, en el que se decidió prohibir a los cristianos de toda Al Ándalus buscar el sacrificio voluntario, susceptible de ser interpretado como una especie de suicidio, y como tal, condenable por la Iglesia. Y al mismo tiempo fueron detenidos los jefes del partido extremista mozárabe, entre ellos Eulogio y el obispo de Qurtuba.

—Pero eso no bastó para calmar la situación, ¿no es cierto?

—No, de hecho hubo más condenas a muerte contra cristianos que tuvieron la osadía de lanzar imprecaciones contra el islam en plena mezquita mayor. Fueron ejecutados sólo una semana antes de la muerte de Abd al Rahman.

—Y su muerte repentina sería considerada una venganza del cielo...

Ziyab sonrió.

—Así fue. Lo cierto es que, con el advenimiento de Muhammad, Eulogio fue puesto en libertad y salió de la ciudad. Durante un tiempo residió en Tulaytula, donde la comunidad mozárabe era numerosa y no tuvo dificultad para encontrar un auditorio

atento. Incluso fue propuesto para el cargo de metropolitano de la ciudad, pero la elección no fue ratificada por el emir. Así que Eulogio estaba en Tulaytula cuando la ciudad se declaró en rebeldía.

—¡Eso explica la llamada a Ordoño y a García Íñiguez! Eulogio había conocido al obispo Willesindo y a García durante su estancia en Leyre...

Ziyab afirmó con un gesto de la cabeza.

—Mientras tanto Eulogio regresó a Qurtuba, pero allí sufrió la decepción amarga de ver que sus más fervorosos partidarios, ganados por el cansancio, se mostraban dispuestos a renunciar a su actitud. Así que se dio de nuevo a la predicación secundado por su amigo Álvaro, y volvió a cundir la agitación en la capital.

—¿Y Muhammad consintió tal cosa?

—En absoluto. No tenía los mismos escrúpulos que su padre para emplear la fuerza e hizo demoler el Monasterio de Tábanos, que consideraba el principal foco de la oposición.

La llamada del almuédano a los fieles, que brotaba sobre sus cabezas, interrumpió la conversación. Ziyab, con los ojos cerrados y expresión serena, escuchaba con deleite la voz del joven discípulo del *imām.*

Allâhu ákbar.
Ash-hadu an la iláha illa llâh.
Ash-hadu ánna Muhámmadan rasülu llâh.
Haya 'ala s-salâh.
Haya 'ala l-falâh.
Allâhu ákhar.
La ilâha illa llâh. {47}

Se pusieron en pie y se dirigieron sin prisa hacia el patio de la mezquita, pasando por la fuente central para realizar las abluciones antes de entrar en el *haram.*

Durante el acto religioso Musa había sido reconocido, y de vuelta al patio exterior, se encontraron en el centro de un gran revuelo. También Ziyab había sido presentado, y los saludos se sucedían, sobre todo por parte de las personas de mayor edad, que ahora recordaban a aquel muchacho que tantos años atrás dejara la ciudad para continuar sus estudios en Qurtuba. No habían olvidado al joven carpintero que había seguido con el oficio de su padre a la muerte de éste mientras cursaba sus estudios en aquella misma mezquita.

Sin embargo, Musa se mostraba impaciente, y casi arrancó a su amigo de allí.

—Vamos, quiero mostrarte algo.

Llamó a un muchacho que curioseaba junto al grupo de fieles y lo envió en busca

del almotacén entregándole una moneda de cobre.

Aún les costó un buen rato despedir a cuantos se acercaban a ellos, y la luz empezaba ya a escasear cuando salieron del patio de la mezquita y cruzaron la pequeña plaza sin prisa. El almotacén ascendía ya apresurado por la calle de los alfareros, a todas luces alterado por la presencia de tan ilustre visitante. Caminaron juntos tan sólo unos pasos antes de detenerse ante un gran edificio cercano a la mezquita, y el hombre extrajo una gruesa llave de hierro del manojo que colgaba pesadamente de su cintura. La introdujo en la cerradura y, con un agudo chirrido, la pesada puerta de madera repujada quedó abierta de par en par.

—Es la antigua residencia del *qādi* —informó Musa—. Hace tiempo que se encuentra desocupada.

Un amplio zaguán daba paso al patio central, ahora repleto de maleza en lo que algún día habrían sido arriates cubiertos por flores o plantas aromáticas. A su alrededor se ordenaban varias estancias cuyas puertas y ventanas se abrían hacia el centro, ocupado por el brocal de un pozo cegado por una tapa circular de madera carcomida. En una de las esquinas, una escalera no demasiado amplia conducía al corredor de la planta superior, soportado por gruesas vigas. A pesar del estado efe abandono que presentaba, se trataba de un edificio amplio y sólido.

—¿Te parece adecuado para tus necesidades? —preguntó Musa con una sonrisa intuyendo la respuesta.

—No podía pensar en algo más apropiado —dijo con tono solemne—. La planta superior es luminosa y amplia, perfecta para la biblioteca y el taller de copia. La inferior es fresca, muy adecuada para la futura escuela. Además, arriba queda todo un lateral desocupado para alojamiento de los aprendices.

—Hay también una pequeña vivienda anexa al edificio.

Musa se detuvo, apoyándose en la balaustrada de la planta superior.

—Todo esto es tuyo, dispón del edificio según tu conveniencia.

La expresión de Ziyab reflejaba todo el agradecimiento que sentía. Descendieron a la planta baja y abandonaron el edificio en dirección a la residencia de Fortún.

—Queda pendiente el tema de tu vivienda. Supongo que te gustará vivir en la propia escuela junto a tus alumnos... Sin embargo, tienes a tu disposición la *almúnya* junto al Uādi Qalash: en verano resulta muy tranquila y apropiada para el estudio y la reflexión. Yo mismo he tomado decisiones importantes entre sus muros y...

—Musa... —dijo Ziyab deteniéndose y enfrentando la mirada de su amigo—, no sabes cuánto te agradezco lo que haces por mí.

—Yo mismo te pedí que vinieras, amigo mío. Creo que te debo algo más que unas paredes de piedra y adobe. No hablemos más de eso.

—Te estoy agradecido, Musa, y me satisface confesarte mi agradecimiento.

Musa prefirió dejar ahí el asunto y cambió de tema.

—Yo vuelvo a Saraqusta. No puedo abandonar más tiempo mis obligaciones allí. Fortún se encuentra a cargo de la ciudad, como sabes. Dirígete a él para cualquier cosa que necesites.

—Lo sé, Musa, y lo haré.

—Antes de marchar, convocaré una reunión con los alfaquíes, el *imām* y el *qādi*, en la que estaremos presentes Fortún y yo mismo. Quiero que les traslades de forma oficial tus proyectos. En mi presencia.

Ziyab sonrió de nuevo, agradecido.

—Te quiero pedir otra cosa. A Assona y a mis hijos les gustará verte. Ven a Saraqusta cuando tengas algún tiempo.

Capítulo 23

Año 856, 241 de la hégira

—De manera que es así como me llaman —rio Musa.

—Deberías verlo. En Liyun, en los días de mercado, cuando los narradores de gestas congregan a la multitud, la sola mención del «moro Muza» provoca los aullidos del auditorio y se desata la simpatía y el fervor hacia su oponente en el relato, que no suele ser otro que Ordoño.

Musa compartía mesa con sus dos hijos y varios comerciantes recién llegados de tierras de Al Qila. Se había convertido para él en una costumbre recibir a los viajeros, cada vez más numerosos, que llegaban a la ciudad. Había descubierto que los mercaderes eran gente inquieta, culta y competente, con una sagacidad y una capacidad de observación que les resultaba imprescindible para sus negocios. De su conversación obtenía abundante información, y de hecho se habían convertido en una de sus mejores y más variadas fuentes de noticias, pues a Saraqusta llegaban viajeros procedentes de ciudades musulmanas tan distantes como Qurtuba, Al Mariya, Balansiya o Ushbuna, pero también de regiones sometidas al dominio de infieles, incluso más allá de las montañas, en el país de los francos. Asombrosamente, a través del floreciente puerto de Turtusa, remontaban el río comerciantes que provenían de muchos otros lugares en las riberas del Bahr Arrum e incluso de Siria y Alejandría.

En aquel momento disfrutaba de la compañía de tres hermanos de Mursiya, la floreciente ciudad fundada treinta años atrás por el emir Abd al Rahman II en tierras de la antigua Tudmir. Se habían establecido en Turtusa con un negocio de importación de telas y especias y habían ubicado sus almacenes en el *funduq* del puerto. Desde allí comerciaban con las ciudades del interior, transportando su mercancía por vía fluvial hasta Saraqusta. La fortuna les había conducido hasta tierras de Liyun cuando la política de su monarca Urdun trataba de potenciar su repoblación, y allí descubrieron un mercado ávido de aquellas mercancías exóticas y extravagantes para sus habitantes. Los ropajes de aquellos tres hombres y los gruesos anillos que lucían en sus dedos regordetes daban cuenta del éxito del negocio.

—Al llegar a tierras de Alaba tenemos que cambiar nuestra indumentaria —explicaba jocosamente uno de los hermanos.

—De otra forma, puede que acabara linchándonos la multitud enfurecida— apostilló el más orondo entre risas.

—Te has convertido en el principal enemigo, en el personaje con el que las madres asustan a sus pequeños.

Musa se recostó sonriendo sobre el respaldo del diván.

—¡Si nuestra clientela, las damas de la nobleza *yilliqiyin,* nos viera aquí, compartiendo estos manjares con el propio Musa!

—Si la derrota de Uādi Salit no fue suficiente, la aceifa que dirigiste el pasado verano hasta los confines de sus tierras ha acabado por labrar tu fama.

—Fue mi hijo Mutarrif quien encabezó esa expedición —aclaró Musa repentinamente serio tras la mención de Uādi Salit.

—Cierto es... ¡pero ese pequeño detalle no iba a estropear su relato!

La risa que acompañaba a sus voces tenía una explicación: la jarra de aguamiel seguía intacta sobre la mesa, pero las copas de vino habían sido vaciadas en más de una ocasión. Musa comenzó a impacientarse. Sabía lo que vendría a continuación: la petición de alguna prebenda o de alguna exención en el pago del impuesto por tráfico de mercancías, así que, antes de darles tiempo, con un alarde de diplomacia que había ido adquiriendo con el paso del tiempo, dio por concluida la velada.

Musa se levantaba al amanecer. Con los años, el sueño se había ido haciendo más superficial y más breve, de manera que no le suponía un esfuerzo estar en pie para la primera llamada a la oración.

El alminar de la mezquita mayor no distaba mucho de las dependencias que ocupaba con Assona en la residencia del gobernador, y en muchas ocasiones esperaba ya despierto la llamada del muecín. Con las primeras luces llegaba a las dependencias oficiales todavía desiertas salvo por sus colaboradores más directos, que se veían obligados a adoptar sus mismas costumbres.

La complejidad de las tareas de gobierno de una zona tan extensa, que abarcaba la práctica totalidad de la cuenca del Uādi Ibru, desde el mar hasta el límite con las tierras de Alaba y Al Qila, requería un aparato administrativo igualmente complejo. Musa se había rodeado de una pequeña corte compuesta por secretarios, tesoreros, escribientes, recaudadores, juristas y jefes de policía, además de los altos cargos militares que ocupaban el recinto fortificado de la alcazaba, y los alfaquíes y cadíes que se ocupaban de la administración de justicia. El *sahib al suq* se encargaba de garantizar el orden en la actividad comercial de la ciudad, y era una figura respetada con la que Musa mantenía una especial relación. Pasaba ya de los cuarenta años, era hijo del viejo Mujtar, que había ocupado en Tutila el mismo cargo durante años, y llevaba su mismo nombre.

Saraqusta y la Marca en general disfrutaban de una época de prosperidad, con la guerra alejada de su territorio desde hacía años. La población de la capital y de las principales coras crecía de forma constante según los censos, y en Saraqusta empezaban a establecerse familias en el exterior del recinto amurallado, de forma que se estaban creando nuevos arrabales. La mezquita mayor se quedaba ya pequeña para acoger a todos los fieles que cada viernes pugnaban por asistir a la oración y que al final debían repartirse entre las restantes mezquitas de la ciudad.

Cada día que pasaba, Musa actuaba con mayor independencia respecto a Qurtuba. Muhammad I parecía haber renunciado al control directo de la Marca, y se limitaba a aceptar, de forma tácita, sus medidas de gobierno. El proceso había sido gradual desde su designación como gobernador. Al principio se limitaba a decisiones como el nombramiento de funcionarios locales o autorizaciones de obras públicas en la ciudad. Con el paso del tiempo, y sobre todo después de Uādi Salit, había tomado medidas de mayor calado, como la modificación de los impuestos y de las normas de reclutamiento, que teóricamente entraban de lleno en las competencias de Qurtuba. Pero no se había producido ninguna reacción desde la capital. Evidentemente, Muhammad lo consideraba menos peligroso como aliado, teóricamente subordinado, que como potencial enemigo. Una vez asegurado el control de la Marca, un enfrentamiento entre Qurtuba y Saraqusta supondría la guerra civil en la Bilad al Ándalus. Musa lo sabía y por eso jugaba sus cartas.

En el *hammam* del palacio Musa coincidía habitualmente con algunos de sus más estrechos colaboradores, en un ambiente de confianza y de relajación del protocolo que sólo era consentido entre aquellos muros. Aquel día, uno de sus secretarios más cercanos, poniéndose en pie al tiempo que Musa hacía su entrada, dijo en viva voz y con una sonrisa dibujada en el rostro:

—¡Alzaos todos en presencia del Tercer Rey de Isbāniyā!

Ante la extrañeza de Musa y la expectación de todos los presentes, el secretario se explicó.

—Espero que no te ofendas, Musa —dijo, ahora un tanto azorado por su atrevimiento—. Un alto funcionario acuñó el término semanas atrás, y ha acabado haciendo fortuna en esta pequeña corte. Ya circulaba efe boca en boca, y hemos preferido compartirlo contigo antes de que el apelativo llegue a tus oídos por otros cauces.

Musa tomó asiento sobre la cálida superficie de mármol mientras un mozo comenzaba el rítmico masaje. Su expresión seguía siendo de perplejidad.

—Explícame al menos cuál es el sentido...

El secretario ahora dudaba.

—Supongo que, viendo cómo se desarrollan los acontecimientos, se hace evidente que te estás convirtiendo en un hombre poderoso. Tanto que, tras el propio emir y el rey Ordoño I, tú eres el hombre con más poder en las tierras de la Península. {48}

Musa recibió la explicación con una sonrisa de desdén, pero en su interior surgió una sensación de orgullo que no desapareció durante el resto del día. No se consideraba un hombre especialmente vanidoso, pero quienes tuvieron ocasión de someterse a sus decisiones en aquella jornada pudieron experimentar lo que era un

gobernador de buen humor: dos sentencias de prisión fueron revocadas y sustituidas por una multa, y decenas de funcionarios vieron incrementadas sus retribuciones en una cuantía mayor de la esperada.

En Tutila, la apertura de la escuela y el taller de copia habían contribuido a animar el corazón de la ciudad con la presencia de aprendices y jóvenes estudiantes. Pasaron varios meses antes de que Ziyab se diera por satisfecho con las obras de reforma del edificio. Había observado en la planta inferior la existencia de manchas de humedad en algunos de los muros, así que, en contra de sus planes iniciales, decidió el traslado a la planta superior de la biblioteca, junto al taller de copia, donde ambos se podían beneficiar además de la luz abundante que penetraba por las ventanas. En la terraza que servía de techo al taller, mandó practicar tres grandes orificios de tres codos de lado cada uno que fueron recubiertos con grandes planchas de alabastro, lo que permitiría el paso de una luz cenital suplementaria. Como había aprendido en Qurtuba, una buena iluminación era uno de los factores más importantes para conseguir resultados óptimos en el proceso de copia de los pergaminos. La planta inferior quedó reservada para las aulas de la escuela y los dormitorios de los aprendices, además de las cocinas y una espaciosa estancia que serviría como comedor y sala de reunión. La adecuación de todos estos espacios había llevado tiempo, pero Ziyab no permaneció ocioso. Decidió construir con sus propias manos todos los estantes destinados a albergar su colección de códices y pergaminos, y se descubrió a sí mismo disfrutando de un trabajo manual que hacía años que creía olvidado.

Pasó el invierno y pasaron las primeras semanas de la primavera antes de que se decidiera a mandar una comitiva a Qurtuba en busca de su pequeño tesoro. Seleccionó cuidadosamente un grupo de hombres de confianza que Fortún le había recomendado, y pasó algunas jornadas con ellos preparando los detalles del traslado. Se aseguró de que comprendieran bien la importancia de lo que iban a transportar y de las medidas de seguridad que debían adoptar. Antes de su regreso, había dejado encargadas en un taller de la capital varias decenas de arcones de madera forrados con telas enceradas que impermeabilizaban su interior.

Lo primero que hizo el grupo a su llegada a Qurtuba fue recoger aquel encargo y trasladar los arcones hasta el alcázar, donde les fueron entregadas las mulas que el propio emir había ofrecido a Ziyab al conocer sus propósitos. El regreso tuvo lugar en los primeros días del verano, una vez finalizada la época de lluvias primaverales que hubieran podido retrasar el viaje y, como se esperaba, transcurrió sin incidentes.

Ziyab aguardaba ansioso, y apenas dejó apearse a los hombres de sus caballos antes de mandar que descargasen uno de aquellos arcones de la mula que lo transportaba. Con sus propias manos rompió el precinto y extrajo el primer códice

que apareció al levantar la tapa. Lo tomó entre sus manos, se lo acercó a la nariz y comprobó que no había rastro de enmohecimiento ni de humedad. Desató la delicada cinta que unía los bordes del pergamino y que en algún tiempo había sido carmesí y leyó las primeras líneas de la *Materia médica* de Dioscórides, recién traducida al árabe. Pasó la hoja y contempló una de las iluminaciones que representaba una planta de acónito.

Su rostro se encendió con un gesto de satisfacción y cuando alzó la vista vio a todos los recién llegados pendientes de su expresión. Con una sonora carcajada, devolvió el códice a su lugar y se levantó para saludar efusivamente a los hombres que habían cumplido su encargo a la perfección.

Atraídos por el prestigio que la biblioteca comenzó a tener en las coras limítrofes, el goteo de jóvenes fue en aumento. Poco a poco, los patriarcas de las grandes familias árabes comenzaron a enviar a sus hijos desde Tarasuna, Al Burj, Daruqa, Uasqa o la propia Saraqusta para estudiar allí. Pero no fue esto lo que más sorprendió a Ziyab y a Fortún, sino el hecho de que importantes familias cristianas enviaron también a sus vástagos para completar su formación, atraídos por el renombre que la escuela había adquirido antes casi de que abriera sus puertas.

Mediada la primavera, a finales de Dul Hiyah, Ziyab recibió una visita inesperada. Fortuño, el abad del monasterio de Leyre, volvía a casa tras recorrer algunos nuevos monasterios que, como el suyo, empezaban a adoptar la Regla de San Benito, y no desaprovechó la ocasión de hacer un alto en Tutila. Se dirigió a la residencia del valí, con el propósito de trasladarle el saludo de Galindo, y allí fue recibido con un calor que no esperaba. Fortún conocía bien la amistad que unía al abad con Enneco, y por ello con su padre Musa, y dio orden a los sirvientes para preparar una cena acorde a la dignidad del huésped, a la que Ziyab fue invitado.

—Después de la frugalidad en los refectorios de los monasterios que he visitado, la vista de estos platos es un placer para los sentidos —bromeó Fortuño aspirando con placer el aroma que se desprendía de un guiso de perdices.

—Sin embargo, no escasean las viandas en vuestros monasterios —repuso Fortún —. Mi padre siempre habla de los asados de cordero que llenaban las mesas durante su estancia en Baskunsa siendo sólo un niño. Según él, provenían de vuestro monasterio.

—Es cierto —sonrió el abad—. Nuestros rebaños son numerosos, pero he de decir que para nosotros el principal producto que de ellos obtenemos es la piel..., con la que elaboramos pergaminos. Aparte de que nuestra regla es estricta respecto al pecado de gula, la carne de esos animales nos sirve como una fuente de ingresos con los que mantener el trabajo menos rentable de nuestra abadía.

—Si no recuerdo mal, durante aquella estancia en Baskunsa vino al mundo el hijo

de Enneco, ¿no es así? —intervino Ziyab.

—Así fue, en medio de un gran temporal.

—Desafortunadamente, el tiempo ha convertido a aquel niño en un extraño, casi en un enemigo —reflexionó Fortún.

—El tiempo y otras circunstancias —apostilló Ziyab.

Fortuño miró al viejo maestro con expresión de acuerdo.

—Te refieres a Willesindo...

—No pretendo... —empezó Ziyab, temiendo haber dicho una inconveniencia.

El abad interrumpió sus explicaciones haciendo gestos de negación con las manos.

—No debes excusarte. Hace mucho tiempo que es notoria la discrepancia de criterios entre el obispado y la abadía. No comparto la necesidad de convertir en enemigos irreconciliables a quienes sólo profesan distinta fe.

—¿Sigue pues el obispo con su empeño en alentar el enfrentamiento con los musulmanes? —preguntó Fortún interesado.

El abad asintió.

—Y no sólo en el terreno político. Ya sabéis hasta dónde se ha llevado la alianza con Ordoño I y el sufrimiento que supuso para nuestro pueblo aquella descabellada expedición a tierras de Tulaytula. Willesindo quiere ir más allá, y pretende prohibir los matrimonios mixtos bajo pena de excomunión. En sus homilías alienta al repudio a los cristianos que en su día tomaron esposas musulmanas.

—Auriya...

—Sí, tu hermana es una de ellas —dijo dudando sobre la conveniencia de lo que iba a decir—. García, su esposo, ha sido varias veces reconvenido en público por el propio obispo.

—No tenía noticias de ello.

—Sin duda no quieren preocuparos. Y quizá yo esté hablando demasiado...

—Te agradezco tu sinceridad y tus noticias —repuso Fortún con gesto de inquietud.

—Hasta ahora el obispo está consiguiendo todos sus propósitos. Con las cartas de Eulogio en la mano, logró empujar al rey en la defensa de los mozárabes de Tulaytula. Y su máximo deseo en este momento es concertar su matrimonio con Leodegundia, la hija de Ordoiro.

Ziyab escuchaba a Fortuño con los ojos entornados, y aprovechó la pausa para intervenir.

—Es extraño, Fortuño, oír hablar a un hombre de la Iglesia como tú lo haces.

El abad tardó en responder.

—Sé que tú, precisamente, eres uno de los que mejor pueden comprender mi forma de actuar. Ni tú ni yo entendemos nuestra religión como un instrumento para la

disputa. Admiro vuestra cultura, y sé que tú valoras el trabajo que hacemos en monasterios como el mío. Tenemos mucho que aprender uno de otro, y ése es mi objetivo. No comprendo qué de provechoso puede salir del enfrentamiento.

Ziyab movía la cabeza arriba y abajo reflexivamente.

—No te oculto —siguió el abad— que llego a Tutila intrigado por las noticias que circulan sobre tu biblioteca.

—¡He ahí el motivo real de su visita! —bromeó Fortún—. ¿Debo sentirme despechado? —añadió riendo.

—Reconozco que esta vez la visita a Tutila tiene un doble motivo. Pero ambos, por sí solos, la justificarían... —aclaró el abad risueño.

La velada se prolongó hasta la medianoche, pero al amanecer el abad se encontraba en la pequeña iglesia mozárabe ubicada junto a la puerta que daba acceso al puente sobre el río. Cuando el sol empezaba a asomar sobre los tejados, una pequeña campana convocó a los fieles, que poco a poco llenaron el reducido espacio. No todos los días la misa era concelebrada por dos sacerdotes, y mucho menos por el mismísimo abad de Leyre. Finalizado el servicio religioso, departió durante un buen rato con algunos de los fieles y el propio *qumis* de los cristianos de Tutila, que le trasladó su relativa satisfacción por la marcha de las cosas, a pesar de verse sometidos al pago de los gravosos impuestos a cambio de conservar el derecho a mantener su religión.

Sin embargo, Fortuño se excusó con ellos en cuanto tuvo oportunidad, para dirigirse al edificio próximo a la mezquita mayor donde sabía que Ziyab lo esperaba. Al pasar junto a la entrada principal de la mezquita lo asaltó el deseo de visitar su interior, pero prefirió no hacerlo solo, y se hizo el propósito de volver acompañado por Ziyab antes de abandonar la ciudad.

Identificó el lugar sin dificultad y cubrió con rapidez la distancia que lo separaba de él. Alzó la pesada aldaba y la dejó caer dos veces.

—Te ruego que excuses mi tardanza, pero...

—No te excuses, Fortuño —interrumpió Ziyab—. Me honra tu presencia, y más sabiendo que has abandonado a tus correligionarios para acudir a mi humilde casa.

—Ha sido una satisfacción compartir la mañana con ellos, pero he de reconocer que la impaciencia me ha estado acuciando durante todo ese tiempo.

—Aquí conocerás a alguno más. Entre mis discípulos se encuentran los hijos de algunas conocidas familias mozárabes del entorno.

El abad esbozó una sonrisa. —A esto debía referirse Álvaro...

—¿Te refieres a Álvaro, el amigo de Eulogio? ¿Lo conoces? —Desde que Eulogio fue encarcelado en Qurtuba, Álvaro siguió manteniendo correspondencia conmigo... y supongo que también con Willesindo. Lo he recordado porque en una de

sus últimas cartas se refería a esto, precisamente, pero ¡espera! Quizá puedas leerlo por ti mismo... he traído conmigo alguna de ellas en mis últimas visitas.

El abad apoyó el cartapacio que llevaba consigo junto al brocal del pozo y comenzó a buscar en su interior. Cuando encontró el fragmento de pergamino que buscaba, tomó asiento en la bancada circular.

—Te leeré un fragmento. Escucha.

Mis correligionarios se complacen en leer las poesías y las novelas de los árabes; estudian los escritos de los filósofos y teólogos musulmanes, no para refutarlos, sino para adquirir una dicción arábiga correcta y elegante. ¡Ay!, todos los jóvenes cristianos que se distinguen por su talento no conocen más que la lengua y literatura de los árabes, reúnen con grandes desembolsos inmensas bibliotecas, y publican dondequiera que aquella literatura es admirable. Habladles, por el contrario, de libros cristianos, y os responderán con menosprecio que son indignos de atención. ¡Qué dolor! Los cristianos han olvidado hasta su lengua, y apenas entre mil de nosotros se encontraría uno que sepa escribir como corresponde una carta latina a un amigo; pero si se trata de escribir árabe, encontrarás multitud de personas que se expresan en esta lengua con la mayor elegancia...[49]

El abad levantó la vista del escrito con expresión de cierto estupor.

—Creo que ambos estamos de acuerdo en que lo importante es el conocimiento, y no el vehículo empleado para transmitirlo —reflexionó Ziyab.

—Comprendo que pueda resultar doloroso. También yo considero mi lengua..., mis lenguas, el latín, la lengua vasca y el romance, como un patrimonio digno de conservarse. Y es por ello que mi principal preocupación es volcar en ellas el conocimiento que encuentro expresado en otras.

—Tu conocimiento del árabe es también asombroso...

—Habría sido un necio de no aprovechar las oportunidades que he tenido para aprenderlo. Y ahora me resulta de gran utilidad.

Ziyab recorrió con el abad las dependencias de la escuela en la planta inferior, dándole explicaciones sobre su funcionamiento, los grupos que se habían establecido y las materias impartidas. Fortuño tuvo ocasión de dialogar con algunos alumnos, y se mostró vivamente impresionado no sólo por sus conocimientos, sino por su actitud inquisitiva y abierta.

Accedieron por fin a la planta superior y se detuvieron en el taller de copia. Los ojos del abad se dilataron por la satisfacción que experimentaba al entrar en un lugar como aquél, tan parecido al *scriptorium* de su monasterio, pero quedó sorprendido al no encontrar el ambiente de silencio y hermetismo que esperaba. Por el contrario, un murmullo incesante hacía parecer aquello más una cantina que un lugar de

recogimiento y meditación. Los monjes de la abadía escuchaban durante su trabajo la lectura de textos sagrados por parte de un novicio, pero allí varias voces más se superponían. Observando con detalle, descubrió a dos grupos dispuestos en torno a amplias mesas rectangulares situadas en extremos opuestos de la sala. Entre ambas, una decena de copistas e iluminadores se afanaban frente a un largo tablero corrido de espaldas a la luz que entraba desde el exterior.

Fortuño se acercó al grupo más próximo, donde un hombre de mediana edad ataviado con la inconfundible indumentaria judía leía en voz alta un grueso códice.

Al percatarse de su presencia, levantó la vista del pergamino y abandonó la lectura.

—Seguid, os lo ruego —pidió Ziyab, haciendo una seña al abad para que prestara atención.

Fortuño descubrió que el códice del que leía el judío estaba escrito en árabe. ¡Y él hablaba en romance!

Ziyab sonrió al comprobar la sorpresa de su huésped.

—Traduce directamente del árabe al romance, y su compañero vuelca lo que escucha al latín —explicó en voz casi inaudible.

El judío terminó la frase, e inmediatamente el hombre que estaba sentado a su derecha comenzó a traducir sus palabras, sin duda un fragmento correspondiente a un tratado de astronomía. Lo hacía con lentitud, dando tiempo a que el tercero, sentado frente a ellos sobre un pergamino rayado con un cálamo en la mano, anotara el texto latino con excelente caligrafía.

—No solamente nos dedicarnos a la copia de textos árabes, sino que realizamos traducciones. Por desgracia no es fácil encontrar traductores que dominen por completo nuestras dos lenguas, y por ello utilizamos el romance como paso intermedio.

—Pero... ¿por qué al latín?

Ziyab sonrió comprendiendo la duda del abad.

—Traducimos obras árabes de nuestra biblioteca para realizar intercambios con otros. En este caso se trata de una obra de Ptolomeo, encargo del abad de Ripoll—Y lo intercambias por otra obra de similar valor...

—Así es. De esa forma, la biblioteca se va enriqueciendo y ampliando sus volúmenes. Aunque también hay encargos de particulares que no se pagan con pergamino, sino con dinares de oro —explicó Ziyab sonriendo—. El grupo que ves en el extremo opuesto se encuentra traduciendo al árabe una obra médica de Galeno.

—Y los copistas...

—Realizan copias de nuestros propios volúmenes, normalmente para intercambio con otras colecciones en Tarasuna, Saraqusta, Uasqa...

La expresión de Fortuño mostraba a un hombre fascinado y excitado.

—Intuyo que nuestra relación va a ser larga y fructífera —dijo mientras paseaba por delante de las mesas contemplando el trabajo de los calígrafos y los ajustados trazos geométricos y de vivos colores de los iluminadores.

—Eso espero. Sabes que tu visita me produce gran satisfacción. Sé por Eulogio que los fondos de tu abadía son sorprendentes...

—Así lo creo, pero no podré comparar hasta que me enseñes tu biblioteca...

Ziyab esbozó una sonrisa ante la impaciencia de Fortuño, que tantas veces él había experimentado en Qurtuba antes de revelar el contenido de un envío procedente de Damasco, de Alejandría o de la propia Bizancio.

Salieron de nuevo a la galería que rodeaba el patio y avanzaron sobre el piso de madera, que crujió bajo sus sandalias hasta que alcanzaron el extremo opuesto. La satisfacción de Ziyab no era menor a la que experimentaba Fortuño. Si alguien en el entorno podía apreciar lo que se ocultaba tras aquella puerta, ése era el abad de Leyre. Tomó el pomo y empujó la hoja hacia dentro, para ceder el paso al visitante. A medida que su visión se adaptaba a la relativa oscuridad del interior, una expresión de admiración se fue dibujando en su rostro.

La sala, de grandes dimensiones, estaba ocupada en toda su extensión por anaqueles que llegaban hasta el propio techo, dispuestos en filas paralelas y separados tan sólo por la distancia necesaria para dejar paso a un hombre.

—Afortunadamente, el edificio es de dimensiones generosas —dijo Ziyab sonriente.

—¿Cuántos volúmenes almacenas aquí? —preguntó Fortuño separando las palabras.

—A día de hoy... no menos de ocho mil.

—¿Cómo es posible que...?

—Pensaba que Galindo te habría hablado de ello —interrumpió Ziyab—. Tuvo ocasión de visitar la biblioteca de Abd al Rahman en el alcázar de Qurtuba. Muchos de estos volúmenes son copia de aquéllos... pero tan sólo de una pequeña parte.

—¿Quieres decir que...?

—Durante estos años he dedicado gran parte de mi tiempo a catalogar los volúmenes de aquella biblioteca..., y te puedo asegurar que su número sobrepasa los doscientos mil ejemplares. Abd al Rahman estableció fuertes lazos y envió embajadas a la corte de los califas abbasíes. Al Ma'mun había entrado en contacto con los emperadores bizantinos, les obsequiaba con importantes regalos y pedía a cambio que le hicieran llegar libros de los filósofos que ellos tenían en su poder. Entonces escogió un ejército de traductores que redactaron en árabe los textos griegos de Platón, Aristóteles, Hipócrates, Galeno, Euclides, Ptolomeo y otros. Así se expandió el movimiento científico y se alzó el imperio de la sabiduría en su tiempo, que no tardó

en llegar a Al Ándalus después del advenimiento del anterior emir. Desde entonces, el número de sabios árabes no ha cesado de crecer, han ampliado sus conocimientos con el saber procedente de Persia y de lejanos países como la India, y han producido nuevas obras que superan a las anteriores.

—Pero he visto que dispones también de obras latinas.

—Por supuesto. El intercambio de códices no se limitaba sólo a la corte abbasí. El emir estableció contacto con monasterios, escuelas y sinagogas.

Se dirigió a uno de los anaqueles y buscó entre los códices hasta que localizó lo que buscaba.

—Fíjate. Son las *Etimologías* de Isidoro —dijo poniendo el volumen en las manos de Fortuño—. Aquí están *La Eneida*, y las *Geórgicas* de Virgilio, las *Tragedias* de Séneca...

—¿Qué método has utilizado para catalogar esta inmensidad?

—Como en Qurtuba, está dividida en secciones: textos religiosos y jurisprudencia, filosofía, matemáticas y álgebra, astronomía, medicina, agronomía, historia, poesía, epístolas, viajes...

—Viajes... —dijo tomando un volumen de la *Geographia* de Estrabón.

—Sí, ten en cuenta que las peregrinaciones a La Meca han inspirado excelentes obras literarias. Abd al Rahman permitía estos viajes, e incluso alentaba a realizarlos a algunos súbditos aventajados. Muchos de ellos acudían a las cátedras de prestigio en las mezquitas de su largo itinerario, que incluía Alejandría, Bagdad, incluso Damasco. Allí compraban libros, algunos por encargo del propio emir, y a su regreso se convertían en enseñantes de lo aprendido, e incluso redactaban las obras de que te he hablado.

Fortuño escuchaba con atención mientras acariciaba con sus dedos el lomo de algunos de aquellos códices y extraía de su lugar los que le resultaban especialmente atractivos.

—Además —seguía Ziyab entusiasmado—, llegan con frecuencia orientales a Al Ándalus, comerciantes cultos, aventureros e incluso espías, atraídos por los relatos de los viajeros cordobeses. Rodeados del prestigio de su origen, también transmiten sus conocimientos, pues resultan atractivos para los andalusíes, conscientes de su lejanía de las luces del gran foco de la cultura.

—Bagdad —apostilló Fortuño afirmando con la cabeza.

La visita del abad se prolongó durante siete días más. Subyugado por el inesperado regalo que suponía para él la biblioteca, los primeros rayos de sol que asomaban sobre las colinas cercanas lo encontraban dentro de la gran sala, cuyo inconfundible olor a piel curtida tanto le recordaba a su *scriptorium.* Se alojaba con Ziyab en la vivienda anexa a la escuela, y pasó la mayor parte de su estancia

encerrado entre aquellas paredes, excepto en las primeras horas de la tarde, en las que ambos salían al exterior o al propio patio para disfrutar del agradable contacto del tibio sol de primavera y del frescor del aire.

Las noches de aquella semana se convirtieron para Ziyab en una reproducción de los *maylis* en la lejana Qurtuba, donde recitaban poemas, se contaban historias, se discutía de temas literarios y se escuchaban música y canciones. En aquellos días, los dos hombres, separados por motivo de su fe, sellaron una duradera amistad basada en la común pasión por el conocimiento, y en el momento de despedirse conservaban ambos una larga lista de obras que se habían comprometido a copiar e intercambiar.

La partida de Fortuño, de regreso a su abadía, le impidió estar presente cuando sólo dos días más tarde llegó a Tutila un correo procedente de Saraqusta. Atravesó la puerta oriental sin detenerse apenas, con órdenes de entregar el despacho urgente que portaba el valí.

—¡Movilización! —fue la escueta respuesta de éste a las preguntas del oficial de guardia mientras arreaba a su caballo para ascender por las estrechas callejuelas en dirección a la alcazaba.

La noticia, en poco tiempo, corrió de boca en boca, y todos los habitantes de Tutila se echaron a la calle para conocer los detalles. Los niños pequeños salieron en busca de sus padres y de sus hermanos mayores, que se encontraban en el campo trabajando la tierra o cuidando el ganado, y poco a poco una multitud se fue concentrando a las puertas de la fortaleza a la espera de la comparecencia del wdli.

Cuando las pesadas hojas de hierro y madera se abrieron para dejar paso a Fortún sobre su caballo, la multitud amortiguó sus murmullos hasta que la voz del gobernador se apoderó de la explanada.

—¡Nuestro emir, que Allah proteja, nos convoca a una nueva expedición contra los infieles! —clamó desde su montura.

Algunos de los hombres recibieron la confirmación de la noticia en silencio, pero muchos otros lanzaron gritos de júbilo.

—El gobernador de la Marca, mi padre, ordena poner en marcha la leva en todas las ciudades y aldeas de la *kurah*.

—¿Y cuál es nuestro enemigo? —gritó una voz entre la multitud.

—Haremos la guerra a los francos en Barsaluna siguiendo los designios de Allah.

Esta vez las muestras de alegría fueron generalizadas. No se trataba de acudir a sofocar una revuelta en alguna de las ciudades de Al Ándalus, sino de una incursión contra la tierra de los infieles, lo que sería sin duda ocasión para capturar un buen botín, a poco que la providencia estuviera de su parte.

Musa había recibido la petición del emir días atrás, mientras recorría con Mutarrif las instalaciones de la alhóndiga, que bullía de actividad tras la llegada de dos embarcaciones procedentes de Turtusa. El embarcadero de madera sólo permitía la descarga de uno de los barcos, y el otro esperaba su turno aguas arriba amarrado a un poste que emergía a escasos codos de la orilla. Un grupo de esclavos, en el que se mezclaban jóvenes eslavos de piel blanca y negros sudaneses, se afanaba portando sobre sus espaldas los pesados fardos que poco a poco eran introducidos en el piso superior de los almacenes para preservarlos de la humedad.

Musa y su hijo se disponían a entrevistarse con el armador, un hombre orondo vestido a la manera oriental, cuando el correo procedente de Qurtuba llegó hasta ellos acompañado por un oficial de la guardia.

Musa leyó el rollo lacrado mientras Mutarrif escrutaba su expresión en busca de un gesto que adelantara el contenido de la carta. Cuando terminó se la tendió, y esperó.

—¿Te está pidiendo que seas tú quien emprenda una aceifa en solitario contra los francos de Barsaluna? —dijo sorprendido.

—Ésa es su petición.

—¿Y si te niegas a obedecer?

—¿Por qué habríamos de negarnos? Es una muestra de que los Banu Qasi se han hecho insustituibles en los planes de Muhammad. Una campaña exitosa incrementaría nuestro peso y nuestra independencia respecto a Qurtuba.

—Pero no tenemos ni una parte de la capacidad militar de los cordobeses —opuso Mutarrif.

—Tampoco pretendemos la conquista de la ciudad, sino una campaña de hostigamiento. Podemos regresar con las arcas llenas... y todo ello con el beneplácito del propio emir. La expectativa de un buen botín puede arrastrar a muchos voluntarios, además de los reclutados por leva.

—Tendrás la oposición de las familias acomodadas. Esto interrumpe la época de tranquilidad que tan provechosa ha sido para sus negocios. Si ahora sus propios hijos son reclutados...

—Permitiremos que se sustraigan a la leva forzosa a cambio del equipamiento de una unidad del ejército. Eso multiplicará nuestros efectivos. Muhammad ha utilizado este sistema con grandes resultados.

Mutarrif sonrió.

—Veo que a pesar de la edad tu empuje no decae.

—Sin embargo, vais a ser tú y tu hermano Ismail quienes llevéis el peso de la expedición.

Mutarrif no pareció extrañado. La disposición de su padre seguía siendo la

misma, pero pasados los sesenta y cinco años el vigor físico empezaba a abandonarlo. Aunque nunca lo reconocería, las viejas heridas empezaban a pasar factura, y no eran raras las ocasiones en los últimos años en que lo había sorprendido con gestos de dolor que trataba de disimular si había alguien a su alrededor.

—Disponlo todo para iniciar el agrupamiento de tropas. Y dicta un bando requisando todas las barcazas que se utilizan para cargar la madera. Transportaremos el material pesado por el rio hasta Turtusa.

Esta vez, el rostro de Mutarrif sí que manifestó su sorpresa.

—Padre... ¡eso es arriesgado! ¿Qué ocurriría en caso de un deshielo repentino? La avenida podría impedir el viaje o incluso mandar a pique todo el material de guerra.

—No parece que éste haya sido año de muchas nieves. Y a esta altura de la primavera tampoco es probable que vengan grandes lluvias. En cambio, las ventajas que podemos obtener son enormes. Imagínate cómo será el avance del ejército, libre de las grandes máquinas de asedio, del armamento pesado y de gran parte de la intendencia.

La campaña fue un éxito. El grueso del ejército se había concentrado en las campas que rodeaban la muralla de Turtusa, junto al cauce de un caudaloso Uādi Ibru próximo a su desembocadura. Allí esperaron la llegada de las barcazas procedentes de Saraqusta, y una vez conformado el ejército partieron hacia Barsaluna al encuentro de las tropas francas. El intento de defensa dirigido por un inexperto conde de nombre Odalric no evitó que la ciudad fuera arrasada por las tropas de Musa al mando de Mutarrif y de Ismail, ansiosas por hacerse con el botín. Los numerosos prisioneros capturados en la acción fueron canjeados en los días siguientes, y la extensa vega que ocupaba el ejército pronto se vio atestada de carros cargados con los más variados y diversos objetos.

Musa recordaría el regreso a Saraqusta como uno de los momentos más plenos de su existencia. Aunque lento a causa de las pesadas carretas repletas de mercancías que debían arrastrar, las continuas muestras de contento de sus hombres hacia él, y sobre todo hacia sus dos hijos, henchían su corazón. Mutarrif e Ismail se habían ganado el respeto de sus hombres, que ahora regresaban a sus hogares con la seguridad de contar con el sustento asegurado para sus familias durante una buena temporada. El quinto del botín que les correspondía era una auténtica fortuna, y se había conseguido en una exitosa campaña sin apenas bajas que contabilizar en sus filas.

—¿Cuáles son ahora tus planes? —preguntó Mutarrif.

Musa y su hijo avanzaban al paso por las tierras llanas de la gran depresión del

Uādi Ibru poco antes del mediodía. En pocas horas alcanzarían el puente que daba acceso al recinto amurallado de Saraqusta. En las últimas jornadas, en plena canícula, habían evitado avanzar durante las horas centrales del día y, apenas surgían los primeros rayos de luz, la columna se ponía pesadamente en marcha.

—Hice una promesa antes de partir —respondió—. Ampliaré la mezquita de Saraqusta. La ciudad ha crecido y los fieles se apelotonan durante la oración. Es hora de ofrecer a Allah un lugar digno donde dar gracias por los dones que de él hemos recibido.

—Hace tiempo que piensas en ello, ¿no es cierto? Te he visto conversando con los arquitectos en varias ocasiones.

—Desde mi primera visita a Qurtuba, Mutarrif. En medio de aquel magnífico bosque de columnas, parecía que el cielo estuviera a mi alcance. Desde entonces anhelaba la ocasión de ofrecer al Todopoderoso un lugar semejante donde los fieles puedan recitar sus alabanzas.

—Ya lo hiciste en Tutila...

—Sí, es cierto. El arquitecto que diseñó su reforma conocía como yo la gran aljama de Qurtuba. No fue necesario mucho esfuerzo para hacerle captar el estilo incomparable de aquel lugar. Pero ni las necesidades eran tantas ni los fondos de los que disponíamos entonces permitían más de lo que se hizo allí.

Musa seguía hablando absorto, en un tono que demostraba a las claras que aquélla era una idea que ocupaba su mente desde hacía mucho tiempo.

—Usaremos los mismos planos, el mismo sistema de construcción que se utilizó en Tutila...

—Pero esta vez sin limitación de gasto —añadió Mutarrif—. El quinto del Profeta debe ser suficiente, teniendo en cuenta las riquezas que arrastran las mulas. El emir Muhammad estará satisfecho cuando reciba en Qurtuba el importe del botín. Ni doscientas mulas serán suficientes para trasladarlo todo.

Musa detuvo su caballo por un instante y quedó mirando a su hijo con rostro sonriente. Entonces estalló en una carcajada y lo azuzó de nuevo para no interrumpir el avance.

La cara de Mutarrif expresaba toda la perplejidad que sentía.

—No va a salir nada hacia Qurtuba. Hace años que no sale nada hacia Qurtuba.

Mutarrif acentuó su expresión de extrañeza arrugando el rostro y encogiéndose de hombros.

—Creo que debo ponerte al tanto de los pormenores de las finanzas de la Marca, hijo mío —siguió Musa risueño—. Sí, Mutarrif: hace tiempo que los tratos con Muhammad son de igual a igual. La administración del tesoro de la Marca es prácticamente autónoma. Ni se envían tributos a Qurtuba ni se reciben sus asignaciones. Y lo mismo sucede con botines, rescates y demás ingresos. Las

finanzas se administran en Saraqusta.

—¿Y el emir transige?

—Hace ya tiempo que el emir y yo actuamos como aliados, si bien Saraqusta reconoce su primacía. Las fronteras de la Marca están bien aseguradas gracias a nuestros esfuerzos. Y Muhammad sabe que las cosas pueden seguir así... mientras respete nuestra soberanía.

Mutarrif permaneció pensativo unos instantes, como asimilando la revelación que acababa de recibir.

—No iba muy descaminado quien se refirió a ti como el «tercer rey de Isbāniyā» —dijo al fin.

Musa seguía avanzando con la mirada puesta en el horizonte, donde comenzaba a asomar el *yamur* del minarete de la mezquita mayor de Saraqusta.

—Quizá no, hijo mío. Pero no es plena mi satisfacción. Si esto hubiera sucedido sólo unos años antes, el sueño que compartía con Enneco podría haberse hecho realidad. Pero es inútil lamentarse por acontecimientos pasados: ahora lo que importa es afrontar el futuro, y venimos de dar un gran paso.

Las murallas se encontraban ya al alcance de la vista, y su presencia ya había sido advertida por los habitantes de la ciudad, que comenzaban a arremolinarse en la margen izquierda del río preparando el recibimiento.

—Deseo que seáis Ismail y tú quienes entréis en la ciudad al frente de las tropas. Yo me mantendré en un lugar más discreto.

—Pero... ¡padre! —protestó Mutarrif.

—Quiero que tu prestigio y el de tu hermano se extiendan por el territorio. Necesito que tu autoridad sea reconocida. —¿En qué estás pensando, padre?

—Debes preparar tu partida: Uasqa se encuentra en estos momentos sin gobernador.

—¿Quieres decir...?

—Sí —le interrumpió—. Serás el nuevo *wāli* de Uasqa.

Capítulo 24

Año 859,244 de la hégira

El aspecto de Tutila cambiaba de día en día. La escuela de Ziyab seguía atrayendo a un número cada vez mayor de discípulos, además de a estudiosos de diversas latitudes. Y no sólo a hombres de letras musulmanes, sino también judíos y cristianos, seducidos por el ambiente de tolerancia y dedicación al conocimiento que el viejo maestro había sabido imprimir a su establecimiento.

La comunidad judía había acogido así a una docena de eruditos, algunos acompañados por toda su familia, que se instalaron en el barrio situado junto a la muralla oriental próximo a la Puerta de Saraqusta. Su presencia supuso un soplo de aire fresco para la aljama, y la noticia de su asentamiento atrajo a su vez a nuevos pobladores antes dispersos en villas cercanas. Ziyab contaba por ello con la simpatía y el aprecio de toda la comunidad hebrea, y en particular del nasí y del rabí, que no dudaban en acogerlo con frecuencia en sus propios hogares, con la certeza de que disfrutarían de una conversación amena, en veladas que se prolongaban hasta altas horas de la madrugada.

En el caso de los cristianos mozárabes que se asentaban junto a la Puerta del Río, alrededor de su antigua iglesia, la situación era parecida, aunque las noticias procedentes de Qurtuba relacionadas con los martirios cristianos habían enfriado unas relaciones antes calurosas. Nadie olvidaba que Ziyab había sido en la corte del emir uno de sus asesores más cercanos, y las murmuraciones habían corrido de boca en boca. Sin embargo, las buenas relaciones que Ziyab seguía manteniendo con los monjes de diversos monasterios y en particular con el abad de Leyre habían hecho olvidar en la práctica las posibles rencillas que hubieran surgido.

La escuela de Ziyab era un hervidero de estudiantes, eruditos, copistas y lectores. Sus muros habían quedado pequeños, y se había hecho necesario trasladar los alojamientos de los estudiantes a un nuevo edificio y habilitar las estancias de la planta baja como lugar de estudio.

El número de volúmenes no dejaba de crecer por el continuo intercambio con monasterios y otras bibliotecas, e incluso había surgido entre la escuela y la mezquita un pequeño mercado semanal de libros, donde Ziyab acudía puntual en busca de eventuales sorpresas.

Aproximadamente dos veces al año, Ibrahim, un comerciante de telas cordobés, llegaba a Tutila con sus mulas cargadas de ricos tejidos procedentes del *tiraz,* las afamadas fábricas de la capital. Pero el interés de Ziyab no se centraba en los brocados y sederías, sino en los fardos que puntualmente el mercader descargaba

delante de su escuela. Un sirviente se encargaba de trasladarlos al interior de sus dependencias, y cada año, tras la llegada de Ibrahim, Ziyab desaparecía durante varios días.

El segundo proyecto más preciado de Ziyab concernía también a la enseñanza. Durante su estancia en Qurtuba asistió maravillado a la construcción de magníficas obras de ingeniería hidráulica, con las cuales se convertían campos y jardines en auténticos vergeles, a pesar del extremado clima de Al Ándalus. Las aceñas y los pozos se encargaban de proporcionar el agua necesaria, que era almacenada en grandes aljibes cuando así lo requería la situación, para después ser distribuida mediante ingeniosos sistemas de acequias, sifones e incluso tuberías de cerámica.

Los estantes de su biblioteca incluían varios tratados de agronomía, ciencia en la cual los autores árabes destacaban por sus conocimientos y su capacidad de compilar todo el saber del momento. Dos tratados de botánica especialmente apreciados por Ziyab lo acompañaban en muchos de sus paseos alrededor de la ciudad portados por un esforzado sirviente, sobre todo en los templados días de primavera en los que se perdían por los exuberantes sotos del río. Durante el verano, las expediciones se alargaban y alcanzaban las montañas situadas más allá de Tarasuna, donde el maestro y algunos de sus discípulos se deleitaban durante días contemplando especies desconocidas y disfrutando del frescor de la altura.

A estas pequeñas expediciones pronto se unió con especial entusiasmo Iosef ben Asher, un físico judío recién establecido en Tutila sumamente interesado en las aplicaciones médicas y dietéticas de las especies que estudiaban. Cuando Ziyab le mostró su biblioteca, extrajo de los estantes el volumen de *De materia medica* de Dioscórides, la recopilación de todos los saberes botánicos y farmacológicos de su tiempo, recién traducida al árabe. A partir de ese momento, su amistad quedó sellada.

Las conversaciones con Fortún también dieron su fruto, y éste accedió a emprender algunas obras destinadas a mejorar la captación de aguas de la ciudad. Una de las más audaces, en la que trabajaron todos los carpinteros de la ciudad durante meses, había despertado la curiosidad de todos los vecinos y viajeros que llegaban a través del puente del Uādi Ibru: se trataba de una gran aceña, una noria colocada bajo la primera arcada del puente, accionada por la fuerza de la corriente, que elevaba una gran cantidad de agua por encima del margen del río para verterla en una conducción preparada al efecto. Este simple artefacto abastecía todos los abrevaderos y lavaderos situados aguas abajo, y aún la sobrante servía para regar las huertas más próximas a la muralla. Pronto se instalaron artefactos similares aguas arriba de la ciudad en ambas orillas, lo que proporcionaba agua de riego abundante

pará amplias zonas de cultivo, ya de por sí feraces por la inundación anual en la época de deshielo.

Las huertas de Tutila, situadas en ambas márgenes del río, constituían para Ziyab un perfecto campo de experimentación para los nuevos conocimientos traídos de Qurtuba. Reclutó a varios jóvenes estudiantes, a quienes instruyó en las técnicas de cultivo y en novedosos sistemas de riego. Los herreros de la ciudad llevaron a la práctica los dibujos de nuevas herramientas que había traído con él, más adecuadas para el trabajo de la tierra. Un ejemplar del *Calendario de cultivos* sirvió como inmejorable guía para la enseñanza a sus alumnos. Hortalizas como la berenjena o la zanahoria habían llegado a la zona con las primeras expediciones musulmanas y se habían adaptado bien al clima, de manera que ya formaban parte de los cestos que traían los campesinos a sus casas antes de la llamada a la oración de la tarde.

Entusiasmado con el avance de sus experimentaciones, estableció contacto con comerciantes cordobeses y les dio instrucciones para que le hiciesen llegar algunas de las plantas y semillas de nuevas especies que arribaban a Qurtuba desde Persia, la India o Mesopotamia.

Ziyab se complacía, como había visto hacer a su casi homónimo, el músico Ziryab en la corte de Abd al Rahman, deleitando a sus invitados con nuevos platos en los que incluía, junto a los ingredientes más habituales, productos novedosos como los espárragos, las espinacas, las alcachofas o el arroz. El abanico de nuevos aromas proporcionados por las más variadas especias se amplió, y sus platos y dulces mezclaban cártamo, azafrán, albahaca, comino, sésamo, cilantro, cardamomo y un sinnúmero de semillas aromáticas originarias de Oriente. Sorprendió con los melones del Sind y con una curiosa planta de raíz dulce y sabor característico llamada regaliz. Cosechó también sonoros fracasos con frutos que se adaptaban bien al clima suave de la costa pero que quedaban arruinados con los hielos invernales de Tutila, y por este motivo desistió del cultivo de palmeras datileras y de cualquier tipo de cítrico.

Pronto las cenas en la casa de Ziyab se hicieron conocidas, y los miembros de las mejores familias pugnaban por acudir a ellas. La amena conversación de cortesano deleitaba a sus comensales tanto como sus platillos, y tan pronto hablaba de las últimas modas en el vestido y el peinado entre la *jassa* cordobesa, como de las nuevas composiciones musicales destinadas a ser interpretadas con el laúd de cinco cuerdas que el propio músico Ziryab había inventado.

Si algo trataba de rehuir Ziyab eran las conversaciones sobre asuntos políticos, decidido como estaba a romper con su vida anterior y dedicarse a lo que en verdad le gustaba. Sin embargo, esto no era posible cuando las celebraciones eran presididas por Fortún o por el propio Musa, que con cierta frecuencia, y sobre todo en verano, regresaba a la *almúnya* que poseía junto al Uādi Qalash.

En una de estas veladas, en la que se hallaban presentes Musa y sus hijos, Ziyab tuvo noticia del reciente matrimonio de García Íñiguez con Leodegundia, la hija de Urdun, el rey de los *yilliqiyin*: un matrimonio largo tiempo anunciado que al fin se había hecho realidad. Asistió, una vez más, a la discusión sobre los motivos que habrían tenido ambos reyes para concertar aquel casamiento, que ponía una distancia definitiva entre los Arista y los Banu Qasi.

Quien más afectada se sentía, sin duda, era Assona, que había visto cómo se celebraba el segundo matrimonio de su propio hermano sin que nadie tuviera la deferencia de comunicárselo. Desde la muerte de su anciana madre, durante una de las campañas de Musa, Assona no había tenido ocasión de visitar Banbaluna, y ni siquiera entonces había podido verse a solas con su hermano. Hasta el momento, se había resistido a creer que la creciente desafección de García hacia Musa y hacia los musulmanes en general pudiera afectar a su relación familiar, pero ahora la evidencia se abría paso, y ello laceraba su ánimo.

En su vieja casa de Tutila, ocupada por Fortún, pasaba largas horas en compañía de la esposa de su hijo, con la que mantenía una excelente relación, mientras llegaban hasta ella las voces de los hombres de la familia que en la sala principal prolongaban su sobremesa.

—Esa unión no es sino la expresión visible de un pacto político, una declaración de intenciones —opinaba Fortún.

—Así debe ser, porque de creer a los comerciantes leoneses que han tenido ocasión de verla en persona... su fealdad es difícil de superar—dijo Mutarrif, entre las risas de los comensales—. ¿No es cierto, padre?

Musa no reía como los demás.

—Así la describieron, es cierto —repuso—. Pero el hecho cierto de su matrimonio a pesar de todo no debe movernos a la risa. El rey Urdun es astuto y sagaz, y sabe que con ese enlace se abre las puertas de nuestro flanco septentrional... si quisiera lanzar un ataque. Si Carlos el Calvo no estuviera empantanado por sus luchas familiares, incluso sería de temer una ofensiva conjunta.

—¿A pesar de las embajadas cargadas de regalos que el rey Carlos ha enviado a Saraqusta recientemente?

—No te engañes, hijo mío. Esas embajadas sólo significan que en este momento no está en disposición de dar batalla en más frentes de los que tiene abiertos. Esa situación puede cambiar en cualquier momento.

—Pero el esfuerzo realizado en estos años en la mejora de nuestras defensas y las nuevas fortalezas fronterizas debería garantizar nuestra seguridad —insistió Ismail.

—Sin embargo, debemos pensar en trasladar efectivos desde Qala't Ayub, Daruqa o Al Burj a las fortificaciones de la muga con territorio cristiano.

—¿Kabbarusho y Al Qastil? —aventuró Ziyab, no demasiado al tanto de los

asuntos militares.

—También, pero pienso sobre todo en la guarnición de Al Bayda, nuestro bastión más próximo a las tierras de Alaba, que están bajo la jurisdicción de Ordoño. Las obras de construcción de la nueva fortaleza están concluyendo y...

—Y es necesario dotarla de una guarnición más fuerte capaz de responder y resistir en caso de ataque hasta recibir refuerzos —concluyó Ismail.

—Así es... pero éstos son temas que deberíamos tratar en el Consejo, y no en una velada como ésta —interrumpió Musa al reparar en la deriva de la conversación—. Dinos, Ziyab, ¿en qué estás trabajando ahora? Tienes a todos los habitantes de Tutila embelesados con tus proyectos. Esta tarde he tenido ocasión de visitar la nueva *assánya* junto al puente... y debo decir que no tiene nada que envidiar a las que tuve ocasión de contemplar en Qurtuba.

—De ellas tomé el modelo... pero ha sido tu hijo Fortún quien ha aportado lo más necesario: la bolsa repleta de dinares de oro con la que pagar a los artesanos.

—Es una mejora que va a facilitar enormemente la vida en la ciudad. Toda la parte baja dispone ahora de conducciones de agua, y se están levantando nuevos lavaderos, abrevaderos, baños públicos... Por eso Ziyab se está convirtiendo en el personaje más popular de Tutila...

—No irás ahora a tener celos —bromeó Ismail—. Su escuela y sus proyectos están en boca de todos, pero no sólo aquí: los ecos de tu trabajo llegan hasta Saraqusta.

Ziyab, un tanto azorado, iba a responder a aquellos halagos, pero un revuelo y fuertes golpes procedentes del exterior llamaron la atención de todos los presentes. Fortún se levantó con rapidez, y los demás lo siguieron hasta la puerta que comunicaba la sala con el patio. Uno de los sirvientes acudía en dirección contraria.

—*Sahib*, es el oficial de la guardia. Desea hablar contigo de inmediato.

No hubo tiempo para que el sirviente regresara a la puerta, porque el oficial ya cruzaba el zaguán a grandes zancadas.

—Acaba de llegar un jinete que dice traer graves noticias de Banbaluna. Desea hablar con el gobernador.

Fortún corrió tras el guardia y encontró a un muchacho a todas luces agotado, recostado sobre las crines de su caballo y a punto de desvanecerse.

—¡Bajadlo del caballo! ¡Aguamiel! —ordenó Fortún.

Mientras lo recostaban sobre una bancada, uno de los sirvientes mojó su cabeza con agua fresca y le ofreció un cuenco del que bebió con avidez.

—¡Habla! —pidió Fortún.

El muchacho afirmó con la cabeza, tragando saliva y respirando con fuerza mientras se incorporaba recuperado ya el aliento.

—Señor... nuestro buen rey... García... ha sido capturado.

—¿Qué dices? ¡Habla! ¿Cómo ha sido? —exhortó Musa.

—Los normandos, señor. Atracaron sus barcos en la costa y se adentraron hasta amenazar las tierras de Pampilona. Alertado el rey, para evitar el saqueo de la ciudad y el secuestro de mujeres y niños, armó apresuradamente a cuantos hombres pudo reunir y salió a su encuentro. Al parecer la batalla se produjo a una jornada de la capital, más allá de los montes que separan la ciudad del océano.

El muchacho hizo una pausa para tomar aire, y prosiguió.

—Cuentan que los normandos eran miles, y tan fieros como los describen. Se ha producido una auténtica carnicería. El rey ha conseguido interrumpir su avance hacia Pampilona... pero ha sido apresado con muchos de sus hombres.

Un ahogado grito de angustia brotó de la garganta de Assona, que escuchaba tras el grupo.

—Entonces ¿sigue vivo? —inquirió Musa, impaciente.

El muchacho asintió con la cabeza.

—Han liberado a uno de nuestros oficiales, que es quien ha llevado las noticias hasta Pampilona... y las condiciones para su rescate.

Fortún y Musa se miraron con gesto de estupefacción.

—Exigen setenta mil monedas de oro a cambio de su vida.

—¡Setenta mil! —repitió Fortún—. ¡Eso es una fortuna!

Musa se retiró ligeramente hacia atrás mientras se atusaba la barba, tratando de valorar las implicaciones de aquellos hechos inesperados.

—Banbaluna no puede hacer frente a ese pago —dijo en un tono quedo, que sólo pudieron escuchar quienes se encontraban a su lado.

—Fortún Garcés, el hijo del rey, reclama vuestra ayuda.

El Consejo de la Marca se había convocado de forma extraordinaria en Tutila. Los notables, consejeros, gobernadores locales y funcionarios habían ido llegando desde las *kurah* tras la llamada que Musa había realizado con urgencia. Todos ellos conocían las noticias procedentes de Banbaluna. El cabecilla de las hordas normandas había amenazado con asesinar a todos sus rehenes si el pago de su rescate no se satisfacía con celeridad, y para afirmar sus palabras el mensaje había llegado junto a la cabeza cortada de uno de los vascones que acompañaban a García.

La reunión se celebraba en el gran salón ubicado en la planta noble de la fortaleza de Tutila. Musa había efectuado el relato de los hechos y había dado cuenta de la petición de ayuda por parte de Fortún Garcés, y a partir de ahí se había desencadenado una agria discusión.

—¡Estamos hablando del hombre que luchó con las tropas de Urdun contra nosotros en Uādi Salit! ¡Algunos de mis hombres cayeron bajo su espada! —gritaba el valí de Baqira—. ¡De ninguna manera debemos acudir en su rescate!

Fortún observó la dificultad de Musa para oponerse a un argumento de semejante peso, y decidió ser él quien defendiera la opción por la que sabía que su padre se inclinaba.

—Essam —dijo dirigiéndose a su interlocutor—, las relaciones entre los Banu Qasi y los Arista siempre han sido de cooperación, a, menos hasta la muerte de Enneco. Quizás esa colaboración pueda recuperarse si ahora acudimos en su ayuda. Después de todo, los lazos familiares siguen ahí: García es mi tío carnal, el hermano de mi madre...

—Que no dudó en aliarse con Urdun y los toledanos contra nuestras tropas, contra los de su propia sangre. ¡Por Allah, que guía nuestros pasos! ¡Hace sólo cuatro años de aquello, Fortún! ¿Acaso lo has olvidado?

—No sabíamos que García había comprometido su ayuda con Urdun hasta que lo vimos aparecer en el campo de batalla. Quizás a él le sucedió lo mismo: quizás esperaba enfrentarse tan sólo a las tropas del emir. De aquello han pasado cuatro años, como dices, pero hace pocos más luchábamos juntos contra Abd al Rahman. La política hace y deshace alianzas. ¿Quién sabe si no puede ser ésta la ocasión para recomponer nuestras maltrechas relaciones con Banbaluna?

Uno de los notables del gobierno de Saraqusta tomó la palabra tratando de serenar el acalorado debate.

—Permitidme que, como consejero político, os recuerde la necesidad de mantener al margen las cuestiones personales. Los intereses de nuestro pueblo deben guiar nuestras acciones. El pago de un rescate de tal magnitud dejará a Banbaluna sin capacidad de reacción militar durante años, hasta que logre recomponer el quebranto de sus arcas.

—Sin embargo, también es cierto que una ayuda en este momento dejaría a García en una situación de deuda con los Banu Qasi —intervino el gobernador de Tarasuna.

—La gratitud es un cimiento poco fiable sobre el que edificar una política de alianzas. Si acudimos al rescate, los recursos de Banbaluna quedarán intactos para continuar su política de ataque a los creyentes. Quizá la agresión no se produzca contra nosotros, pero no dudéis de que lo hará contra otros territorios de Al Ándalus.

—No obstante puede suceder que, ante nuestra negativa, quien acuda en su ayuda sea el propio Urdun, lo que sellaría definitivamente su alianza. Y sin duda Urdun sabrá cobrar su deuda, obligando a García a luchar junto a él —opuso Musa.

—Debo recordarte que la alianza de la que hablas ya existe... y sellada firmemente con el matrimonio con Leodegundia —intervino de nuevo el *'amil* de Baqira.

Un murmullo generalizado de asentimiento siguió a estas palabras, a medida que los asistentes empezaban a tomar partido en la discusión. Sin embargo, Essam

continuaba aportando argumentos:

—¿Cómo interpretaría nuestro emir Muhammad, que Allah proteja y guarde, que su gobernador en Saraqusta acuda al rescate del rey cristiano que le ha dado batalla?

Esta vez los murmullos se convirtieron en vocerío de aprobación.

—El fortalecimiento de la alianza entre Urdun y García es un riesgo que nos amenaza ya, y que tenemos que afrontar. En cualquier caso, con el pago de semejante rescate las arcas de ambos quedarán mermadas para una buena temporada.

Musa y Fortún cruzaron sus miradas conscientes de que su intento era vano.

—Musa... debes decidir —añadió Essam en tono solemne forzando la situación.

Musa respiró hondo con gesto desencajado. Por su mente pasaban las horas de conversación con Enneco, sus sueños de juventud, los momentos de comunión con sus hermanos vascones al alzar juntos sus espadas en las montañas del norte para celebrar las victorias contra los francos...

—Musa... —apremió Essam.

—Nadie me dijo que dirigir a mi pueblo fuera a ser fácil —se lamentó con tono de profundo disgusto, dejándose caer sobre su asiento—. Que Allah Todopoderoso ilumine nuestros pasos en adelante. ¡Escribano! ¡Redacta nuestra respuesta!

El verano había llegado anticipadamente y con inusitada fuerza a Tutila, y la vida parecía discurrir sin sobresaltos. En las horas centrales del día sólo los muchachos se aventuraban fuera de las viviendas que guardaban entre sus muros la frescura de la noche, para refrescarse en cuadrillas a las orillas del Uādi Qalash bajo la sombra que proporcionaban los frondosos olmos.

Musa se había establecido en Tutila casi permanentemente, pues sabía que la decisión del Consejo abocaba a los Banu Qasi a desplazar su atención hacia la frontera occidental de sus dominios. Pocas semanas después de comunicada la negativa, Auriya y su esposo García Garcés hicieron su aparición acompañados por sus hijos.

—La situación en Banbaluna no era segura para nosotros —explicó Garcés después de un emocionado recibimiento.

—Temíamos por vosotros —respondió Musa—. Suponíamos que entre tus paisanos no habrá sentado bien nuestra respuesta negativa. Pero confiaba en tu buen juicio, y sabía que, si las cosas empeoraban, sabrías tomar la mejor decisión... y es lo que has hecho —dijo dando a su yerno una amistosa palmada en la espalda.

—Es comprensible su enfado: el retraso en la entrega del rescate tuvo consecuencias. Los normandos cumplieron su amenaza y enviaron las cabezas de otros dos caballeros hasta las puertas de Banbaluna. Fue Ordoño quien acudió en ayuda de su yerno, pero su tesoro no disponía de una cantidad de oro tan desmesurada como la que reclamaban los *mayûs.*

—¿Quieres decir que aún no han liberado a García?

—Se enviaron de inmediato negociadores para dar cuenta de la situación. Por fin, el jefe de esos bárbaros accedió a liberar al rey a cambio del pago parcial del rescate... y el cautiverio de sus dos hijos...

—¿Fortún y Sancho están en poder de los *mayûs*? —casi gritó Assona.

Garcés asintió un tanto cabizbajo. Serán liberados cuando se complete el pago. Se han enviado embajadas a Aquitania para solicitar crédito mientras se recauda la cantidad exigida. En Banbaluna ha habido quienes no han tardado en buscar culpables de la situación...

—Willesindo... sin duda —aventuró Fortún.

—No ha perdido el tiempo para arremeter contra los infieles, como se refieren a los musulmanes... y contra los Banu Qasi en especial. Ha soliviantado al pueblo, y la presencia de tu hija en la ciudad se había convertido en una temeridad.

—Sin duda Auriya era la más significada, pero ¿y el resto de nuestros correligionarios?

—Se disponen a marchar igualmente. Algunos tienen previsto acomodarse temporalmente con familiares de las aldeas cercanas, pero otros se desplazarán a territorio de Al Ándalus. Supongo que no pasará mucho tiempo antes de que algunos empiecen a llegar a Tutila.

En las semanas siguientes Musa tomó la iniciativa. Convocó al Consejo, pero con la única finalidad de comunicarle sus decisiones y solicitar su aprobación.

—Urdun no tardará en querer cobrar su deuda con García... y si los francos entran en las negociaciones, la situación puede complicarse de forma extraordinaria —exponía Musa de pie ante la sala.

—Los *mayûs* han conseguido remover un avispero —intervino un consejero.

—Los *mayûs* y nuestra decisión de no acudir en ayuda de García, no lo olvides. Lo cierto es que ese avispero amenaza ahora con alterar la tranquilidad en todo el norte de la península, y una alianza entre los reyes cristianos de Yilliqiya, Banbaluna, Aragun y la Gallia envolvería a los Banu Qasi desde uno al otro mar.

—¿Qué es lo que nos propones entonces?

—La idea, de acuerdo con nuestros estrategas, es reforzar la frontera occidental, estableciendo como bastión principal la alcazaba de Al Bayda. Debemos tomar el control con nuestras guarniciones de las fortalezas situadas en la zona, desde Baqira hasta...

Miró a su alrededor con un gesto que indicaba que echaba en falta algo... Fijó la vista en la gran mesa de roble y se acercó a ella para apartar con un enérgico movimiento todos los objetos que pudieran molestarlo. Jarras, copas y pergaminos quedaron tras el estrépito amontonados en un extremo.

—Acercaos. —Musa tomó un trozo de yeso y comenzó a dibujar sobre el roble

oscuro de la mesa—. La idea es apoderarnos de las fortalezas situadas en este arco —explicó señalando el improvisado plano— e introducir una cuña entre Urdun y García apoderándonos de este lugar en concreto...

—¿Deio?

—Todas estas posiciones en nuestro poder servirán de avanzadilla y freno en caso de una posible agresión procedente del norte. Repoblaremos Al Bayda y su guarnición será la más numerosa de la Marca.

—¿Está el emir Muhammad al tanto de la situación?

—El emir ha sido informado adecuadamente... pero no lo importunaremos con alarmas injustificadas. Nuestros movimientos son estratégicos, y no responden a una amenaza real.

—Sin embargo...

—La noche se echa encima y debemos concretar aún muchos asuntos —cortó Musa sin contemplaciones.

El calor hacía penoso el avance por los polvorientos caminos que discurrían en paralelo al Uādi Ibru, cuyo curso remontaban desde su partida de Tutila cuatro días antes. La tarde anterior, en las campas que rodeaban la ciudad de Qala't al Hajar, a orillas del Uādi Zidaq, se habían sumado a la inmensa columna las fuerzas procedentes de Arnit, y ahora se disponían a vadear el gran río para seguir su camino hacia el norte, en dirección al monte de Deio, cuya fortaleza dominaba el paso desde y hacia Banbaluna.

Durante los dos días siguientes, el avance se hizo más llevadero gracias al viento del norte, que había conseguido refrescar el ambiente, arrastrando gruesas nubes grises que presagiaban incluso una inusitada lluvia de verano. En el atardecer de la tercera jornada, se dibujó ante sus ojos el imponente cerro situado en el centro de un amplio valle y en cuya cima se alzaba el renombrado *hisn* de Deio, desde donde se podía divisar la gran llanura atravesada por el Uādi Ibru hasta la gran cadena de montañas que se alzaba en el extremo opuesto, cerrando la gran depresión.

El formidable ejército comenzó a extenderse a las faldas del monte en batallones formados por un millar de hombres, cada uno de ellos al mando de un *qa'id*. Desde lo alto del monte, en el castillo de planta octogonal, el espectáculo debía de resultar sobrecogedor para unos ocupantes que, aun protegidos por los muros y por la altura de sus posiciones, se encontraban en franca inferioridad.

A nadie extrañó que, aun antes de caer la noche, un grupo de hombres a caballo abandonara la seguridad de la fortaleza y descendiera la empinada ladera occidental dirigiéndose al encuentro de las fuerzas que los amenazaban. Su intención no era otra que rendir el castillo y solicitar el *aman* para ellos y sus familias, aunque varios hombres armados abandonaron el lugar en dirección a Banbaluna antes de que las

tropas de Musa tomaran posiciones en la alcazaba, siendo ya noche cerrada.

En la tienda de Musa reinaba el buen humor, y tanto Fortún como su cuñado Garcés bromeaban sobre la facilidad con la que se habían adueñado de una fortaleza tan significada.

—No debiste dejar a Mutarrif en Uasqa —dijo Fortún—. Habría disfrutado con esto.

—No tanto como tú —bromeó Musa—. No sabrías vivir sin mezclarte con tus hombres en estas expediciones. Escucha sus voces y sus cánticos ahí fuera. Aprovecha esta noche para darte un baño de felicitaciones y agasajos entre las tropas.

—Espero que no hayas decidido regresar...

—Antes deberíamos internarnos unas millas más en dirección a Banbaluna, quizás hasta la villa de Lizarrara. Mañana al amanecer enviaremos una partida de reconocimiento. En cualquier caso, no está dentro de mis planes regresar de inmediato a Saraqusta. Antes debemos acudir a Al Bayda para comprobar el resultado final de su fortificación y dotar a su guarnición.

Hacía ya años que Musa precisaba pocas horas de sueño, y el amanecer le sorprendió fuera de su tienda. Ensilló él mismo su caballo e inició el ascenso hacia el recinto amurallado del castillo. Cuando llegó a lo alto, los primeros rayos de sol comenzaban a despuntar, y desde allí contempló cómo su hijo Fortún organizaba la columna que debía partir de inmediato. Siguió sus evoluciones desde la atalaya y cuando se perdieron de vista en la lejanía volvió su mirada hacia el sur. Al fondo se percibían con claridad las azuladas montañas que se alzaban a la espalda de la *madinat* amurallada de Al Bayda, y algo más cerca, la profunda depresión excavada por el Uādi Ibru.

Cuando poco después Fortún e Ismail se reunieron con él, Musa seguía abstraído en sus pensamientos, con la mirada perdida en la lejanía.

—Pronto podrás poner los pies en tu *madinat* Al Bayda —dijo Fortún provocando un ligero sobresalto a su padre.

—Se encuentra allí, fijaos, entre aquellas dos elevaciones que se divisan recortadas contra el horizonte.

—Desde un primer momento pensaste en dar a Al Bayda un destino brillante...

—Se trata de un lugar que ha estado ligado a acontecimientos importantes en mi vida. Allí se han gestado los grandes aciertos y los grandes errores que nos han traído hasta donde nos encontramos —repuso Musa evocadoramente.

—Ahora tendremos ocasión de comprobar el resultado de tantos años de esfuerzo para fortificarla. A juzgar por el relato de quienes la han visitado...

—¿Veis aquello? —interrumpió Musa.

Fortún e Ismail fijaron su atención en el punto donde su padre mantenía clavada la vista.

—Parecen jirones de niebla... o una gran polvareda.

—La distancia es demasiado grande para apreciar nada.

—Si es polvo... ¿qué puede producir una nube semejante? ¿Quizás una estampida?

Musa tragó saliva antes de responder, negando con la cabeza.

—Sólo una cosa. Es la misma polvareda que nuestro propio ejército ha venido levantando durante los últimos días mientras avanzaba por esta tierra reseca...

Fortún contempló a su padre y su actitud le recordó la del cazador que se enfrenta a una pieza valiosa: el gesto ceñudo, la mirada escrutadora, las pupilas dilatadas y las aletas de la nariz abiertas, quizá tratando de olfatear el peligro en el aire.

—Parece seguir el curso del río, hacia el este...

De repente Musa se revolvió y pareció caer preso de una necesidad frenética de actuar de alguna manera.

—Ismail, organiza de inmediato una partida. Quiero que los mejores jinetes con las mejores monturas salgan al galope. Fortún, reúne a todos los oficiales y ponlos en alerta. Que preparen a sus unidades para emprender el camino hacia Al Bayda. ¡Movilización general!

—¿Piensas que se trata de...? —empezó Ismail.

Musa no le dio tiempo de terminar.

—¡Es Urdun!

No fue necesario esperar al regreso de la partida, porque dos jinetes de la guarnición de Al Bayda, vadeando el río con dificultad para sortear a la columna que se aproximaba, trajeron la confirmación de lo que Musa había ya adivinado. Un numeroso ejército cristiano avanzaba siguiendo la antigua vía romana que procedía de las tierras de Liyun, después de cruzar los montes Obarenes, y al frente, si el informante no se equivocaba, parecía encontrarse el propio rey de los *yilliqiyin*. Habían asentado su campamento en las cercanías de Vareia esa misma mañana, y ésa era la polvareda que habían divisado. Ahora se dirigían a la ciudad fortificada de Al Bayda remontando la corriente del Uādi Eyroqa con la evidente intención de ponerle sitio.

El pabellón de Musa era un hervidero de entradas y salidas. Se había puesto en marcha el sistema habitual de informadores, que cada pocas horas llegaban con las noticias del avance de las tropas de Urdun. Y las noticias no eran tranquilizadoras: al

parecer el rey cristiano había recurrido a una leva extraordinaria, porque los espías insistían en lo numeroso de sus huestes.

Los cinco *qa'id* al mando del grueso de las tropas se encontraban en el interior de la tienda junto a los estrategas y topógrafos convocados por Musa y algunos oficiales oriundos de la zona que conocían el terreno a la perfección.

—Debimos reforzar la guarnición de Al Bayda antes de atacar Deio —se lamentaba Fortún, expresando en voz alta lo que todos pensaban pero quizá no se atrevían a pronunciar.

—Es tarde para arrepentimientos. Nadie esperaba esto —repuso Musa con sequedad—. Ahora debemos concentrar nuestras energías en la defensa. Los infieles han ascendido por el valle hasta los pies de las murallas de Al Bayda. Es impensable seguir sus pasos, así que debemos utilizar una vía alternativa.

A una señal de Musa, dos sirvientes acercaron una gran plancha de piedra negra que dejaron bien apoyada contra uno de los mástiles que sujetaban la tienda. Los topógrafos, utilizando fragmentos de yeso, habían trazado una representación de las inmediaciones de la fortaleza asediada. Con un ingenioso juego de líneas y sombras, habían conseguido dar una sensación muy efectiva del tortuoso relieve que dominaba la zona. Al Bayda se encontraba en la margen derecha del río que descendía de las montañas en busca del Uādi Ibru, apoyada sobre las estribaciones de la cordillera. Tras la ciudad, en dirección al amanecer, se alzaba la sierra que separaba el Uādi Eyroqa del valle contiguo.

—Colocadla en el suelo —pidió Musa.

Los dos sirvientes se apresuraron a cumplir su orden.

—Coloca este guijarro en la posición de Al Bayda —pidió a uno de los topógrafos.

—¿Cuál es el *hisn* más próximo?

Uno de los oficiales se adelantó.

—Con tu permiso, *sahib*. En la sierra que separa los dos valles, que los lugareños conocen como Monte Laturce, hay una fortaleza que actualmente se encuentra sin guarnición. Sólo unas decenas de familias la habitan. Pero su situación es ahora estratégica para nosotros: está a sólo dos millas de Al Bayda, y desde sus escarpadas alturas queda al abrigo de ataques, a la vez que podría permitir dominar a los *yilliqiyin*[50]

Musa tendió otro guijarro al oficial, y éste lo depositó sin dudar sobre una de las líneas que marcaban la zona de separación de ambas vertientes.

—¿Cómo es el camino hasta allí?

—En dos jornadas puedes tener a tu ejército apostado en los alrededores del castillo. Vadear el Uādi Ibru no será problema a esta altura del verano.

—Pareces conocer la zona a la perfección.

—Nací en Al Bayda, *sahib*. Y en mi juventud he recorrido esas sierras en mil ocasiones. La caza es abundante entre su frondosa vegetación.

—¿Cuáles son tu nombre y tu grado?

—Me llamo Qasim, y mi rango es el de *'arif*, al mando de cuarenta hombres.

—Que releven a este oficial de sus funciones —dijo Musa, y se dirigió de nuevo a él—. Te quiero a mi lado en la campaña.

La guarnición de Al Bayda, aunque poco numerosa, era suficiente para resistir el asedio durante al menos unas jornadas. Musa confiaba en que fueran capaces de hacerlo hasta que pudiera lanzarse el ataque desde monte Laturce con todas las tropas, de manera que Urdun se viera obligado a abandonar el sitio. Había enviado un correo a Baqira, el castillo situado aguas arriba de Al Bayda sobre el mismo Uādi Eyroqa, para que su guarnición acudiera en defensa de la ciudad amenazada y entrara en ella para reforzar su custodia si el embate de los Banu Qasi conseguía su objetivo.

Sin embargo, el movimiento de los batallones era necesariamente lento, y los estandartes verdes que los identificaban parecían trepar a duras penas por las empinadas laderas que conducían a la cima del monte. Los días eran largos, y el ambiente, caluroso, se hacía necesario prever el abastecimiento de tropas y monturas, y el agua no abundaba en aquellas cimas. El transporte de los odres a lomos de mulas podía retrasar el ataque alguna jornada más, pero una vez que Urdun había establecido el asedio y los defensores habían rechazado el primer envite, el momento elegido no tenía demasiada trascendencia. Además, tomadas las posiciones, se haría preciso reconocer el terreno que mediaba entre su ubicación y la *madinat* Al Bayda.

La vanguardia alcanzó los muros del castillo al atardecer del viernes, y un mar formado por las pequeñas tiendas de la tropa se fue extendiendo por los alrededores del escarpado promontorio sobre el que se alzaba, a cuyos pies se plantó el pabellón de Musa, donde se alojarían sus hijos y también su yerno Garcés. Entre las últimas luces, se escucharon las plegarias recitadas frente a una rústica hornacina excavada en la piedra de su muro oriental.

Desde lo alto de la muralla, no podía divisarse la cercana *madinat* Al Bayda, porque una elevación se interponía entre ambas fortalezas. Sin embargo esa noche, sin más iluminación que el débil resplandor de la luna, Musa ascendió con sus hijos a lo alto de aquel monte cubierto de vegetación y desde allí contemplaron la escena que se extendía dos millas más allá, cerca del fondo del valle. En el interior de la ciudad amurallada se apreciaba tan sólo lo que podía ser el reflejo de alguna antorcha que permaneciera encendida para romper con la total oscuridad del recinto. Alrededor de los muros se extendía una zona de nadie que semejaba un gran cinturón negro, y más allá el destello de cientos de pequeñas hogueras que poco a poco se iban consumiendo revelaba la situación de las tropas de Urdun.

—Al amanecer saldré con una partida para reconocer las posiciones de esos infieles —anunció Musa.

—Padre...

Fortún había hablado sin retirar la vista del frente, como cegado por el punteado de los fuegos en la lejanía.

—Habla, hijo —respondió Musa al ver que no continuaba.

—Ismail y yo estábamos pensando... Quiero decir... si algo te sucediera en la batalla, nuestra madre... no podría superarlo. Tienes ya setenta años, padre. Ambos queríamos pedirte que nos permitas comandar a nuestras tropas cuando dé inicio la lucha... y que te mantengas en lugar seguro hasta que la batalla se decante.

—Quizá tengas razón, hijo. Soy un hombre ya viejo. Con seguridad ésta será mi última batalla. Y por eso deseo enfrentarme a Urdun.

—No debes hacer de ello una cuestión personal.

—No tuve ocasión de hacerlo en Tulaytula. Pero éste es un lugar muy especial para mí. En los últimos años he puesto todo mi empeño en reforzar los muros de esa ciudad... y sin haber podido comprobar el resultado final, ha caído sobre nosotros esta horda de infieles, como una nube de moscas acude a la miel.

—Aun así soy de la misma opinión que mi hermano —terció Ismail—. Si la lucha no discurre por los cauces que esperamos, ¡Allah no lo quiera!, Urdun no perderá la ocasión de saldar sus viejas cuentas contigo.

—Tu cabeza sería el mejor trofeo con el que regresar a sus dominios, padre.

—Si Allah Todopoderoso y Clemente ha velado por mí hasta ahora, no veo por qué iba a dejar de hacerlo. ¿Cuántos hombres creéis que hay ahí abajo?

Ante el evidente cambio de asunto que su padre imponía, ambos se miraron y con un gesto de impotencia dejaron de insistir.

—Es un gran ejército, padre —respondió Ismail—. Y esta vez la premura de tiempo nos ha impedido hacer una valoración exacta de sus fuerzas... ¿Quince mil, veinte mil hombres?

—Más cerca de los veinte mil. A caballo la mitad de ellos —apostilló Fortún.

Musa confirmó sus valoraciones con un gesto afirmativo. Sería un enfrentamiento igualado en cuanto a fuerzas.

—¿Crees que Urdun conoce ya nuestra presencia sobre sus cabezas?

—No tengas duda de ello. Confío en que nuestro ataque lo aparte de la *madinat* y nos permita romper el cerco. Pero ahora debemos retirarnos y tratar de descansar, el día ha sido agotador y la jornada de mañana traerá nuevos trabajos. El ataque ha de ser inminente.

—¿Dos días?

—Mañana ha de quedar todo ultimado. El día sagrado para los cristianos traerá su destrucción.

Ni siquiera el cansancio tras la agotadora jornada de viaje había conseguido vencer aquel maldito insomnio que lo acosaba. Le resultaba difícil calcular el tiempo, y no supo cuándo su cuerpo se rindió por fin. Su descanso, agitado por extraños sueños, tampoco resultó reparador. Alguien le gritaba y tiraba de él en medio de un gran revuelo, pero se resistía a abandonar su posición. Le llamaban por su nombre. «¡Padre!» Se sintió zarandeado, y sólo entonces abrió los ojos para comprobar que la claridad se había instalado ya en la tienda. La luz dañó sus ojos y, cuando por fin pudo abrirlos, comprobó que era Fortún el que lo sacudía y lo llamaba con gesto descompuesto.

—¡Padre! ¡Nos atacan!

Al principio no supo dar sentido a las palabras que escuchaba. Se encontraba cansado, y su mente se resistía a pensar con claridad.

—¡Nos atacan, padre! ¡Las huestes de Urdun se aproximan por poniente!

El nombre de Urdun fue el aldabonazo que activó su entendimiento, y la realidad cayó sobre él como una losa. Miró por un momento a los ojos de su hijo y salió apartando de un manotazo la lona que hacía las veces de puerta.

Las tropas se encontraban ya en estado de alerta. Cada hombre preparaba su equipo y sus armas para disponerse a esperar las órdenes que surgieran del puesto de mando.

Musa ascendió las toscas escalinatas labradas en la piedra que conducían a lo alto del promontorio, y allí se encontró con varios de sus altos oficiales.

—Nuestros vigías han advertido movimiento en el campamento cristiano desde antes del amanecer, pero sólo se ha dado la voz de alarma cuando hemos visto que se ponían en marcha hacia nuestras posiciones.

—Urdun no quiere darnos tiempo a organizamos. Sin embargo, partimos con ventaja. La altura nos proporciona superioridad en el enfrentamiento.

—¿Saldremos a su encuentro, padre? —preguntó Ismail al llegar junto a Musa.

—De ninguna manera. Esperaremos en nuestras posiciones para apartarlos todo lo posible de Al Bayda. Este promontorio nos ofrece una buena defensa, y a sus pies se extiende el campo donde presentar batalla —dijo señalando la ladera que descendía con una leve inclinación hacia el valle.

Los primeros gallardetes blancos y escarlatas asomaron sobre la loma que impedía la vista del valle cuando el sol comenzaba a alzarse y su calor se hacía ya notar a sus espaldas. En poco tiempo una auténtica muchedumbre compuesta por hombres a pie provistos de lanzas ocupaba el borde de terreno que se recortaba contra

el horizonte, en una línea sólo interrumpida por los portaestandartes, que daban una nota de color a la monotonía parda de sus vestimentas. Muchos de ellos protegían sus cabezas con rudimentarios cascos redondeados, y sus pechos, con lorigas que reflejaban la luz del sol. La mayor parte portaba también pequeños escudos redondeados, sin duda para compensar la fragilidad de su posición en el campo de batalla. A medida que el grupo de vanguardia avanzaba al grito de sus comandantes, hicieron su aparición las primeras unidades de caballería y, tras ellos, arqueros y ballesteros comenzaron a tomar sus posiciones.

Un jinete subió con dificultad por la empinada rampa que conducía al castillo, y descabalgó con prisa antes de dirigirse hacia Musa.

—*Sahib*, Urdun ataca pero no descuida el sitio de Al Bayda. La *madinat* sigue rodeada por los infieles.

—¿Los suficientes para impedir que el cerco se rompa?

—Desde luego, *sahib*. Podrían ser hasta dos millares.

Musa y sus hijos se miraron sin ocultar su extrañeza.

—Dividir es vencer —dijo Ismail.

—El perro no quiere soltar su presa, pero se lanza al ataque de una segunda pieza más apetitosa.

—Debe de estar muy seguro de sus fuerzas... o es un inconsciente —intervino Garcés.

—Esperemos que sea cierta la segunda posibilidad —repuso Fortún con prudencia.

—Debemos prepararnos para entrar en batalla —dijo Musa mirando a sus hijos —. Acudid junto a vuestros hombres. Que Allah el Misericordioso nos proteja frente a sus enemigos.

Dejó de hablar por temor a que el nudo que sentía en la garganta atenazara su voz definitivamente. Observó cómo sus hijos y su yerno se alejaban, y rogó al cielo con toda vehemencia que no fuera aquélla la última vez que tuviera ocasión de verlos.

Los tambores y las trompas comenzaron a tronar con su ritmo monocorde en las campas que se extendían a los pies del castillo. A medida que la intensidad del sonido aumentaba y los hombres sentían que se acercaba el momento decisivo, una oleada de excitación se iba extendiendo entre las escuadras alineadas para el choque. De aquellos centenares de gargantas comenzaron a surgir los gritos enardecidos que servían para reunir el valor necesario antes de precipitarse colina abajo blandiendo la lanza, el sable o la maza. Los estandartes se alzaban mientras los oficiales arengaban a sus unidades tratando de hacerse oír entre el estruendo, a la espera de la orden definitiva. La vanguardia de Ordoño se encontraba a sólo quinientos codos de distancia cuando el sable de Musa se fue elevando, permaneció en alto un instante y

cayó con fuerza al costado de su caballo. Un rugido inundó en ese momento el valle, y la masa de hombres y caballos se arrojó hacia las banderas blancas y escarlata.

El sonido metálico producido por el chocar de las espadas, sables y cimitarras precedió a los gritos de dolor y de agonía, y los primeros cuerpos sin vida comenzaron a cubrir la vegetación reseca del campo de batalla.

Musa dominaba el panorama desde un altozano acompañado por algunos de sus *qa'id*, junto a la enseña verde que servía como referencia al resto de sus oficiales. Los arqueros y ballesteros respondieron a una nueva orden, y una lluvia de proyectiles, cuyo alcance se veía favorecido por la pendiente de la ladera, comenzó a caer sobre las tropas cristianas, que trataban de proteger inútilmente sus cuerpos con las escuetas rodelas. La temida caballería musulmana había entrado en acción y con su empuje el avance de los infieles se detuvo. Desde su atalaya, Musa contempló cómo se trababa combate entre los hombres a caballo. Los Banu Qasi contaban con la ventaja de su ligereza y agilidad, que los hacía menos vulnerables a la espada de los cristianos, pero éstos oponían la solidez de su protección y el contundente efecto de sus armas más pesadas. Retiró la vista cuando una de esas espadas se abatió desde un costado sobre el hombro de uno de sus jinetes, que durante un instante vaciló sobre el caballo mientras, con el terror pintado en el rostro, veía caer al suelo el miembro limpiamente amputado. Rogó a Allah por que la agonía de aquel desgraciado fuera breve, y trató de concentrarse en el curso de la batalla.

Buscó con la mirada la posición de Urdun, pero no halló rastro de la enseña real. Las tropas visibles parecían dirigidas por un jinete provisto de una brillante loriga sobre sus ropas de buena factura, pero no se apreciaban en él la compostura ni la complexión del monarca de los *yilliqiyin.* Tras el empuje inicial de la caballería musulmana, las tropas cristianas parecían haberse recompuesto, y presentaban ahora batalla cuerpo a cuerpo con especial ferocidad. Los cadáveres empezaban a contarse por centenares, y las bajas se hacían notar en un combate menos trabado. Los infantes cristianos comenzaban a dar muestras de flaqueza mientras defendían su posición, pero a medida que pasaba el tiempo la superioridad numérica de los musulmanes se hacía más y más patente.

Musa contemplaba a sus hijos y a Garcés desde el alto, batiéndose con fiereza contra aquellos soldados que en muchos casos habrían sido reclutados por la fuerza y carecían a todas luces de experiencia en la guerra. Trataba de encontrar sentido a la estrategia de Urdun, pero no hallaba explicación al hecho de que enviara a sus hombres montaña arriba en busca de un enemigo que lo superaba en efectivos y cuya situación estratégica le proporcionaba evidente ventaja. Sentía que algo se le escapaba. Urdun no era ya un hombre sin experiencia, y no parecía verosímil que por segunda vez estuviera conduciendo a su ejército a la derrota de una forma tan pueril. El paso del tiempo parecía decantar la lucha a su favor, pero lejos de sentir la euforia

de la victoria cercana, una sorda inquietud se adueñaba de él. Se decía que no era extraño: la angustia y el olor de la sangre tan cercana, la pérdida de sus hombres ante sus propios ojos, siempre le habían supuesto un trauma cuyas marcas tardaban en desaparecer. Pero en esta ocasión se trataba de algo más.

Vislumbró a Fortún abajo en la ladera, girando su caballo hacia él. Alzaba el brazo señalando en su dirección, pero Musa no alcanzaba a ver su expresión. Parecía que un grito desaforado salía de su garganta: quizás una señal de euforia dentro de la borrachera de sangre y violencia que se apoderaba de un guerrero en plena batalla, la expresión del despecho al comprobar que la victoria no estaba lejos y que tanto sufrimiento no iba a ser en vano. Lo vio espolear a su caballo y forzarlo ladera arriba, lanzando con su sable estocadas al aire. Y al aproximarse a su posición, distinguió la expresión de su rostro: su vista no se fijaba en él, sino en algún punto situado a sus espaldas, en lo alto del monte. Y la mirada que se vislumbraba en sus facciones descompuestas era de pavor.

Entonces lo comprendió todo: la ausencia de Urdun del campo de batalla, la estrategia suicida de los cristianos que luchaban a sus pies...

Musa volvió la cabeza antes de tirar de la rienda del caballo con el brazo izquierdo, sabiendo lo que iba a ver a continuación. Sobre el borde recortado de la cima, en una línea que se extendía entre el promontorio del castillo y la loma situada hacia poniente, una fila apretada de jinetes acababa de tomar posiciones, y al frente de todos ellos, sobre un espléndido caballo tordo, destacaba por su porte y su actitud quien no podía ser sino el rey de los *yilliqiyin*.

Esta vez fue Musa quien contempló, como si el tiempo se hubiera ralentizado, cómo Urdun alzaba su espada, y a su señal todas sus huestes, formadas por centenares de jinetes e infantes, se lanzaban colina abajo cerrando cualquier escapatoria.

De nada sirvieron los toques de las trompas ordenando la retirada. La única esperanza era la huida de sus hombres hacia la vaguada que se abría al este, cubierta por una espesa vegetación que podría darles cobijo y la oportunidad de escapar a una muerte cierta.

¡Era eso! ¡Cómo había podido estar tan ciego! Si los efectivos que había presentado Urdun eran escasos era porque la mitad de ellos habían coronado la sierra al sur de Al Bayda en un movimiento envolvente. Un sencillo movimiento estratégico... ¡que no había sabido prever!

Con todos los sentidos alerta, se lanzó colina abajo en busca de sus hijos mientras ordenaba la retirada a gritos a todo el que pudiera oírle. El cerco se estrechaba por momentos, y lo único que permitiría escapar al menos a la infantería que luchaba a pie era frenar a las huestes de Urdun con la caballería, que aún permanecía intacta. Cualquier rastro de organización en las tropas había desaparecido, y por momentos

pareció instalarse en cada uno de los musulmanes el convencimiento de que la única opción era ya tratar de huir de aquel infierno utilizando sus propios medios.

Musa fue uno de los últimos en alcanzar el portillo entre el campo de batalla y la ladera oriental que desembocaba en el valle situado tras el monte Laturce. Al coronar la cima fue consciente de la magnitud de su derrota. Sus hombres se lanzaban monte abajo sin reparar en el peligro que suponían barrancos y precipicios, pensando tan sólo en poner tierra de por medio con sus perseguidores. En aquella posición, a lomos de su caballo, era un objetivo demasiado visible y sólo perdió un instante decidiendo cuál sería la ruta mejor para descender hacia el valle.

Al principio no sintió el dolor, sino un golpe seco en la parte superior de la espalda que lo impulsó hacia delante. Una piedra, quizá. Pero cuando volvió su cuerpo para comprobar de dónde venía el proyectil, un dolor lacerante, agudo, como jamás había sentido, le impidió seguir respirando. Giró los ojos al máximo porque mover el cuello le resultaba insoportable y vio el extremo del virote de ballesta clavado en su carne. Sintió que la vista se le nublaba, pero trató por todos los medios de no perder el sentido. Supo que tenía dos cosas que hacer si no quería dejar allí la vida. Con un aullido más propio de un animal, se pasó el brazo izquierdo por detrás de la espalda, asió el extremo de la saeta y tiró de ella con todas las fuerzas que le restaban. A continuación, se dejó caer del caballo hacia el lado más abrupto de la pendiente.

Assona recibió la noticia de la desaparición de su esposo en Tutila, donde se había recluido durante la expedición. La compañía de Ziyab le había resultado de gran ayuda en aquellas jornadas de incertidumbre previas a la batalla, pero la llegada de la noche, y la constatación de la ausencia de Musa en el lecho, la sumían en un estado de angustia que le impedía conciliar el sueño.

Durante el día soportaba el paso de las horas centrando toda su atención en las actividades cotidianas, y tampoco faltaba a ninguna de las oraciones colectivas en la mezquita. Pero había descubierto que si algo la ayudaba a recuperar la paz de espíritu era la visita a la pequeña iglesia del barrio mozárabe, donde comprobó que las viejas letanías aprendidas en su niñez seguían vivas en su memoria y conseguían aún traer algo de sosiego a su espíritu atormentado, segura de que sus plegarias eran escuchadas.

Sin embargo, al tener noticia del ataque de Ordoño, sus pensamientos se habían llenado de los más oscuros presagios, y por ello no tuvo ninguna duda de cuáles eran las noticias que portaba su hijo Fortún cuando hizo su entrada en la ciudad, al frente de la exigua tropa reunida tras la desbandada.

Al principio, el hecho de que el cadáver de Musa no hubiera aparecido le sirvió para albergar alguna esperanza. Asistió serena al relato de su infructuosa búsqueda en

la zona donde, herido, se le había visto caer del caballo. Pero con el transcurso de los días sin noticias, no pudo sino aceptar la explicación más verosímil: que a esa hora la cabeza de su esposo viajaría hacia Liyun ensartada en una pica.

Resignada y destrozada, se cubrió de luto, se recluyó en sus estancias privadas y se negó a aceptar cualquier otro alimento que no fuera un mendrugo de pan y una jarra de agua.

Estaba oscuro, olía a humedad y tenía frío. Sin embargo, no sentía ningún dolor. Hacía tiempo que había abierto los ojos, y su mente se negaba a recordar por qué estaba allí. Intentó incorporarse, pero apenas logró cambiar de posición. Parecía encontrarse en una cueva excavada en la roca por la mano del hombre, y la poca luz que se filtraba lo hacía a través de varias rendijas entre las toscas tablas que formaban la puerta de acceso. Poco a poco los recuerdos, aunque confusos, comenzaron a regresar de forma inexorable, y un gemido de angustia se escapó de la garganta de Musa. Su propia voz le produjo un sobresalto. Se sentía agotado, sin fuerzas, pero la imagen de sus hijos en el campo de batalla le hizo tratar de incorporarse de nuevo. Sólo consiguió caer al suelo de la cueva desde la estrecha plataforma cubierta por un jergón de paja donde se hallaba y, antes de perder el conocimiento de nuevo, percibió una sombra al otro lado de la puerta que impedía el paso de la luz del sol a través de sus aberturas.

—¡Bendito sea Dios! —dijo el hombre, ataviado con un tosco hábito parduzco—. ¡Al fin han sido escuchadas mis plegarias!

Musa abrió los ojos y contempló a un anciano de cuerpo rechoncho y expresión bonachona. Por su hábito y la tonsura que exhibía supo que se encontraba ante un monje cristiano.

El hombre se llevó un dedo a los labios indicando a Musa que debía guardar silencio.

—Yo te pondré al corriente. Debes guardar tus fuerzas y hablar no te hará bien —dijo con tono afectuoso—. Sé quién eres... de hecho lo sé todo sobre ti.

Musa lo interrogó con el gesto.

—Mi nombre es Sebastián... soy uno de los hermanos de este humilde cenobio mozárabe. Como ves, nuestras míseras celdas son estas covachas excavadas en la roca, que no son gran cosa, pero nos ofrecen protección contra los rigores del invierno y contra los calores del verano. Dios ha querido que la tranquilidad de nuestras vidas se haya visto interrumpida bruscamente con la llegada de la milicia a los pies del monte donde te encuentras.

»Fuimos requeridos para asistir a los capellanes que se desplazan con el ejército,

y por ello tuve ocasión de presenciar el desenlace de la batalla... y de ver cómo caías herido.

Musa abrió la boca haciendo un esfuerzo por articular la pregunta que le quemaba en las entrañas, pero sus palabras resultaron casi inaudibles:

—Mis hijos... —musitó.

—Te preguntarás cómo has venido a parar aquí, por qué un monje como yo ayuda a un musulmán.

Aquel viejo seguía con su perorata y no atendía a sus palabras.

—¡Mis hijos! —repitió alzando más la voz esta vez.

—Perdóname, ¡cómo puedo ser tan desconsiderado! Me preguntas por tus hijos. Claro... ¡tonto de mí! ¡Cómo debes de estar sufriendo por su suerte! Tus hijos salvaron la vida, y a estas alturas estarán en alguna de las fortalezas que los Banu Qasi ocupáis cerca de aquí...

El gesto de Musa se relajó, pero el fraile siguió hablando.

—Sin embargo, otro de los hombres que te eran cercanos cayó en la batalla... el que dicen que era tu yerno, de nombre García.

Musa cerró los ojos y apretó los labios con fuerza.

—Lo lamento —dijo el monje al reparar en cuánto había afectado la noticia al herido.

—¿Quién eres? ¿Por qué... me ayudas? —murmuró casi sin fuerza en la voz.

—Sólo te devuelvo el bien que tu familia me hizo. No te impacientes, vas a entenderlo enseguida...

»Hace treinta años yo era un miembro de la comunidad mozárabe de Tutila. Estoy seguro de que me reconocerás cuando podamos salir de la oscuridad de esta cueva. Vivía en paz con mi esposa y nuestros tres hijos, hasta que aquel infausto año en que el río entró en la ciudad y trajo la peste consigo... los tres pequeños enfermaron, y detrás de ellos mi mujer. —Su voz amenazaba con romperse—. Creí volverme loco de dolor. Con mi María enferma, no sabía qué hacer, cómo atenderlos, yo era tan sólo un labriego ignorante... pero hubo alguien que sin preguntar entró en mi casa y se hizo cargo de todo. Los lavaba, cambiaba las ropas de sus lechos manchadas con las miasmas de aquella enfermedad y les aplicaba remedios que calmaban sus sufrimientos.

—Mi madre... Onneca—susurró Musa.

El fraile asintió con la cabeza.

—Los cuatro murieron en pocos días y yo, roto por el dolor, abandoné todo lo que tenía... todo me recordaba allí a mi buena esposa... y a mis tres... ángeles —pronunció las últimas palabras con el tono extrañamente agudo que producía el llanto que aún no podía controlar, treinta años después—. Me tiré a los caminos, y poco tiempo después recalé desfallecido en una comunidad de religiosos que me acogió

temporalmente. Supongo que fue la paz interior que poco a poco me ayudaron a recuperar lo que me hizo aceptar los votos y profesar como un miembro más de su comunidad. Yo mismo pedí voluntariamente ser trasladado a este cenobio, el más humilde y retirado de cuantos posee la orden.

Musa había comprobado que el simple hecho de permanecer con los ojos abiertos le producía un cansancio insuperable, así que escuchaba el relato inmóvil y con los ojos cerrados.

—Experimenté una pena infinita al ver desde lo alto cómo el curso de la batalla ponía en peligro tu vida y la de los tuyos. Y cuando te vi caer desplomado por aquel barranco, sentí que Dios me daba la oportunidad de saldar la deuda que tenía con tu familia desde hace treinta años. Aguardé a que cayera la tarde, y rezando a Dios con todas mis fuerzas para que te mantuviera con vida, arrastré mi borrico hasta el pie de la hondonada. Encontrarte no me costó demasiado trabajo. Por suerte habías caído sobre un grupo de encinas jóvenes que amortiguaron el impacto. Debiste de seguir consciente durante un tiempo, porque te encontré acomodado en una oquedad fuera de la vista de cualquiera. Pero luego quedaste sin sentido por la pérdida de sangre. Lo que me supuso un esfuerzo casi insoportable fue arrastrar tu cuerpo por aquel pedregal y alzarte hasta el lomo del asno. De ninguna manera podía pedir ayuda, porque sin duda habrías sido delatado y entregado a los hombres de Ordoño. Así que, amparándome en la noche, conseguí traerte hasta aquí. He curado tus heridas y te he administrado las drogas necesarias para mitigar el dolor. La amapola, el beleño y la corteza de sauce han hecho su trabajo, pero perdiste demasiada sangre, y aún estás muy débil.

»Ahora que has recuperado el sentido, cambiaremos ese emplasto de tu espalda. Aquí no faltan las telas de araña. Son buenas para hacer cicatrizar las heridas.

El monje se levantó en busca de lo necesario para hacer lo que se proponía, pero sin dejar de hablar en ningún momento. Musa se preguntó si haría lo mismo cuando estuviera a solas en la soledad de su celda.

—Afortunadamente, estabas inconsciente cuando hube de lavar la herida con vinagre de buen vino. Tuviste suerte: era profunda, pero no entró en tus pulmones.

Tomó un cuenco de barro y echó un puñado de cenizas del fuego, que permanecía apagado, luego añadió miel de abeja y se levantó en busca de las telas de araña, que recogió del ángulo posterior de la cueva, donde formaban una densa maraña. Removió la pasta negruzca que se había formado e introdujo en ella varias tiras de lino blanco.

—Ahora te daré la vuelta. Vamos a ver esa espalda.

—¿Cuánto... cuánto tiempo...? —dijo Musa dirigiendo su mirada a la puerta de lo que ahora sabía que era la celda de fray Sebastián.

—Diez días y sus diez noches —respondió el fraile sin dar importancia a la cifra

—. Vamos a cambiar ese apósito. Te ruego, eso sí, que ahora que estás despierto no emitas ningún quejido en voz demasiado alta. Si se descubriera tu presencia aquí, la vida de ambos correría peligro.

Capítulo 25

Año 860,246 de la hégira

Por mucho que tratara de apartarla, la imagen recurrente de su *madinat* reducida a escombros se dibujaba en su mente cada vez que ésta se encontraba ociosa. Y sólo Allah sabía cómo necesitaba el descanso en los últimos meses. Aún recordaba con angustia el momento en que fray Sebastián le había revelado la muerte de Garcés y la captura de Al Bayda. No habían dejado piedra sobre piedra. Sin duda Ordoño había sabido de su interés por aquella fortaleza, y no iba descaminado, porque casi la había considerado una obra propia. De ahí la inquina y el ensañamiento demostrados con sus habitantes durante la semana que se prolongó el asedio. Todos muertos. Todos pasados por la espada. Hombres, mujeres y niños. Su gran fortaleza occidental demolida hasta no quedar un sillar sobre otro.

Fray Sebastián... ¡Cómo podría agradecer a aquel viejo monje lo que había hecho por él! Se había jugado hasta la vida en el empeño de ayudarle. Y él no había colaborado demasiado: la impaciencia por salir de aquel agujero oscuro había creado a Sebastián más problemas de los necesarios. Había insistido tanto que el fraile no tuvo más remedio que montarlo en su asno para recorrer, amparados en la noche, la distancia que los separaba de Arnit. Verlo aparecer a las puertas del castillo al despuntar el alba debió de ser para la guardia como contemplar una aparición. Lo creían muerto. Y casi lo estaba, después de un esfuerzo semejante en sus condiciones. Apenas pudo distinguir a quienes lo bajaron del borrico y lo trasladaron a las dependencias de la fortaleza. Sólo acertó a preguntar por el fraile, pero éste había dado ya media vuelta, sin duda temeroso de que el resto de sus hermanos lo echaran en falta en el cenobio y le hicieran demasiadas preguntas.

Al día siguiente había sido presa de la fiebre y el delirio. Cayó en un sueño convulso y no fue consciente de la llegada de Assona y Fortún, que habían sido avisados de inmediato por un mensajero que cabalgó sin descanso para cubrir las treinta millas que separaban Tutila del que era el solar originario de los Banu Qasi.

Assona casi se alegró de que su esposo no pudiera verla en aquellas condiciones. En cuanto recibió la noticia de la aparición con vida de Musa, pidió que le preparasen una montura y partió hacia Arnit con la única compañía de una escolta formada por cuatro jóvenes guardias. El propio Fortún a duras penas logró darle alcance durante la jornada. Sólo cuando ya había recorrido un tercio del camino, Assona reparó en que vestía las ropas del luto que se había impuesto tras la desaparición de su marido.

Obligó a uno de los guardias a adelantarse hasta Qala't al Hajar, donde el *'amil* le proporcionó una indumentaria más adecuada perteneciente a su propia esposa. Entre las ramas de un frondoso tejo, al abrigo de las miradas de su escolta, Assona lloró de felicidad mientras se arrancaba aquella odiosa ropa para arrojarla con desdén al fuego que los hombres habían prendido. Pero el rostro demacrado por el sufrimiento y el llanto de las últimas semanas no era tan sencillo de ocultar. Se apreciaba el efecto de las privaciones que se había impuesto, y bajo sus ojos habían aparecido unos cercos cárdenos que le daban un aspecto lamentable. Sin embargo allí, con la mano de Musa entre las suyas, había vuelto el brillo a su mirada.

Durante cuatro jornadas más, Assona no se separó ni un solo momento de su esposo. Hizo que le instalaran un pequeño catre junto a su litera y pasaba los días limpiándole la frente, hablándole y sujetando su mano con un cariño infinito. Con una esponja menuda, mojaba los labios de Musa con agua fresca, e incorporándole trataba de que tomara pequeños sorbos de aguamiel, siguiendo las indicaciones de los médicos.

Cuando Musa abrió los ojos, Assona se encontraba a su lado. Aterrado por la posibilidad de que sólo fuera un sueño, volvió a cerrarlos, temiendo que la visión hubiera desaparecido al abrirlos de nuevo. Sin embargo, la presión de su mano le proporcionó la certeza de que estaba con él. Y su voz, llamándole por su nombre. Una lágrima se deslizó por su mejilla y se perdió en la barba recién recortada.

Durante varias semanas Musa permaneció en Arnit torturado por los médicos, que se negaban a darle permiso para volver a su forma de vida habitual. ¡Si hasta le negaban la posibilidad de montar a caballo! La primera vez que lo hizo entendió por qué. Un simple paseo por los alrededores de la *madinat* lo dejó tan extenuado que hubo de tumbarse en el lecho para recuperar el aliento.

Los primeros fríos del otoño lo sorprendieron aún en Arnit y cuando, ya con fuerzas suficientes, emprendió el camino de regreso hacia Saraqusta, la escarcha empezaba a cubrir el camino al iniciar cada una de las etapas.

El vacío de poder en la Marca había sido remediado por la presencia de los tres hijos de Musa. Mutarrif desde Uasqa y Fortún desde Tutila habían estado al tanto de las decisiones que hubieron de tomarse, pero había sido Ismail la cabeza visible de la familia en Saraqusta. Si el regreso de Musa fue recibido con alegría, ésta no se manifestó exteriormente, porque el sufrimiento por la tragedia de Al Bayda había golpeado con mayor o menor furia a todas las familias de la *kurah*.

Aquél fue un invierno largo y duro para todos. La cosecha en la mayor parte de las tierras de los Banu Qasi se había llevado a cabo por los hombres imposibilitados

para acudir a la guerra y por las mujeres, muchas de ellas viudas que cargaban sobre sus espaldas los fardos con los recién nacidos que no podían dejar solos en sus casas vacías.

Una inquietud había asaltado a Musa durante su larga recuperación, y era que el emir Muhammad considerara la derrota del monte Laturce como una señal de incapacidad para asegurar el buen gobierno de la zona. Era seguro que entrado el invierno no podía ponerse en marcha ningún tipo de expedición, pero la primavera tampoco tardaría en llegar. Decidió que lo más sensato era enviar a Qurtuba una misiva dando cuenta de los sucesos de Al Bayda y de la recuperación del control del gobierno de la Marca. Sabía que cuanto pudiera decir no conseguiría engañar a Muhammad sobre el estado precario en que habían quedado sus fuerzas y el riesgo que esto conllevaba, pero debía ofrecerle las máximas garantías, y confiar en que nuevos acontecimientos no vinieran a empeorar más la situación. Necesitaría meses de tranquilidad para recuperar la capacidad de respuesta, pero lamentablemente eso no era algo que dependiera de él.

La noticia que más temía llegó con los primeros días de la nueva estación. Musa sostenía la evidencia entre sus manos mientras esperaba a Ismail, a quien había mandado llamar con urgencia.

—Un despacho de nuestros hombres en Banbaluna —explicó a su hijo al tiempo que le tendía el rollo de pergamino—. Los normandos han cumplido su palabra y, tras completar el pago de esas setenta mil monedas de oro, han liberado a los hijos de García.

—Una buena noticia en ese caso. Al fin y al cabo son nuestros parientes, y de paso las arcas de Banbaluna han debido quedar vacías —objetó Ismail.

—No tengo ninguna duda de que parte del botín capturado por Urdun en la campaña de Al Bayda habrá ido a parar a manos de tu tío. Lee el despacho.

Ismail bajó la vista hacia el pergamino y, a medida que avanzaba en la lectura del texto escrito en un árabe descuidado, su rostro se iba tornando más serio.

—Así pues, si nuestras fuentes no se engañan... la partida es inminente.

—García se propone el asalto a las fortalezas fronterizas... y no puedo decir que me coja por sorpresa una acción de ese tipo. Nosotros mismos haríamos algo similar de estar en su lugar. Sabe que en este momento nuestra capacidad de respuesta es casi inexistente.

—¿Temes que esta operación haya sido instigada por Urdun? —dijo Ismail, formulando como una pregunta lo que era más bien afirmación.

—Poco importa de quién haya surgido la iniciativa. Me preocupan más las consecuencias. Y no tanto por el valor estratégico de las fortalezas fronterizas... como por la reacción que un ataque cristiano a nuestro territorio pueda provocar...

—... en Muhammad —terminó Ismail.

Con los hombres de los que disponía, Musa reforzó las posiciones en segunda fila tras las fronteras, tratando de evitar que los vascones, ayudados por los *yilliqiyin* avanzaran más allá de la primera línea defensiva. García Íñiguez descendió con dos nutridas columnas por los valles del Aruad y el Aragun, y en pocas jornadas se había apoderado de una decena de enclaves, alcanzando posiciones tan meridionales como Fala'san, Kabbarusho, Kara y Al Qastil. Sus defensores se replegaron hasta plazas más atrasadas, y al hacerse fuertes en Balma y Balterra consiguieron detener el progreso de las tropas cristianas.

Musa se había trasladado de nuevo a Tutila y, junto a Fortún, se mantenía informado a diario del avance y los movimientos de su sobrino y cuñado. No les sorprendió saber que con las tropas, y al lado del rey de los vascones, avanzaba el obispo Willesindo. Sobre la indumentaria propia de su magisterio, que no le impedía montar a caballo, vestía cota de malla, y a su costado colgaba una deslumbrante espada que hacía desmerecer la que portaba el propio rey. Acompañándolos, a pie, caminaba un diácono que portaba una gran cruz de madera cuyo extremo superior se elevaba por encima de la cabeza coronada del monarca, quizá como símbolo de la sumisión del poder terrenal ante la supremacía de la autoridad divina.

Musa sentía que los acontecimientos se sucedían fuera de su control. Tenía la sensación de que se había puesto en marcha una enorme noria, como la que Ziyab había mandado construir en las orillas del Uādi Ibru, que la corriente movía de forma inapelable y en cuyas palas todos ellos se hallaban encaramados sin posibilidad de apearse. Quizá cada vuelta de tan descomunal máquina llevara semanas o meses, pero lo que había de ocurrir a continuación era tan previsible como inevitable.

Y lo inevitable se anunció a principios del verano. Al contrario que en ocasiones anteriores, no hubo comunicación oficial de Qurtuba anunciando los preparativos de la aceifa, y Musa tuvo conocimiento de la misma cuando ya las tropas del emir avanzaban desde Tulaytula en dirección a Saraqusta. Se trataba de las habituales órdenes enviadas a todas las coras por las que tenía que atravesar la expedición emiral, en las que se solicitaba a sus gobernadores que aportaran las tropas disponibles y la intendencia precisa para su subsistencia.

Poco tenía Musa que aportar, pero reclamó los hombres disponibles en Uasqa y Larida, que permanecieron en Saraqusta a la espera de la llegada del emir. Sin embargo, en un inusual cambio de planes, el ejército de Muhammad se desvió hacia el norte en Qala't Ayub, y por Al Burj llegó hasta Tutila sin alcanzar la capital de la Marca. A juzgar por la impresionante multitud formada por miles de hombres, caballos, mulas y carros que durante una jornada entera atravesaron el río por el puente de Tutila, la importancia que Muhammad concedía a la expedición contra los

cristianos debía de ser máxima.

En las semanas posteriores, Musa conoció de segunda mano los sucesos que se desarrollaban en lo que hasta hacía bien poco habían sido sus dominios. A juzgar por sus informes, nada más cruzar las montañas de Balterra, el ejército del emir se había encontrado con pruebas de insumisión, y su reacción fue drástica. Dio orden a sus generales de arrasar cualquier aldea o fortaleza que ofreciera resistencia, con todos sus cultivos, cosechas y ganados. Durante días el avance del descomunal ejército se vio marcado por las columnas de humo de los incendios que el calor y la sequedad del verano se encargaban de extender por doquier. El inconfundible olor de los animales y las cosechas calcinados se había extendido por las estepas y las vaguadas que atravesaban, hasta detenerse al fin ante la frontera natural marcada por el Uādi Aragun . Una tras otra, las fortalezas que habían caído en manos cristianas fueron desalojadas, y las caravanas de los desahuciados, hombres, mujeres y niños con todos sus enseres a cuestas, atravesaron aquellas tierras en dirección al norte en busca de la protección de los muros de Banbaluna o quién sabe si de las montañas vasconas.

Nada de ello había sorprendido a Musa, que ya conocía la manera de actuar de Muhammad, pero lo que no esperaba era la noticia del apresamiento de Fortún Garcés, uno de los hijos de García. Al parecer, se había visto rodeado por las tropas cordobesas en las inmediaciones de Al Qastil y se había refugiado con sus hombres en el interior de la fortaleza, donde presentó batalla a los sitiadores. Sin embargo, de ser ciertos los relatos que llegaban a Saraqusta, había sido capturado con vida.

Con el heredero del trono de Banbaluna en su poder, el resto de la campaña fue un paseo militar para Muhammad. Se dirigió hacia el norte arrasando tierras, alquerías y castillos, destruyendo cosechas y moradas. Devastó el territorio vascón durante treinta y dos días, pero no puso sitio a su capital, detrás de cuyos muros se había hecho fuerte el grueso de las tropas de García. Ninguno de sus informadores supo explicar a Musa por qué el emir había decidido no ocupar la ciudad, en especial teniendo en cuenta que Fortún Garcés era la llave con la que doblegar la voluntad de los defensores.

Quizás el joven príncipe de Banbaluna resultaba más útil en los planes de Muhammad como ilustre prisionero en una de sus jaulas doradas en Qurtuba. Decididamente, su captura había sido providencial, porque iba a garantizar la ausencia de nuevos ataques cristianos en la zona una vez que la aceifa hubiera concluido.

Cinco semanas después de su paso hacia el norte, Muhammad atravesó de nuevo el puente sobre el Ibru en Tutila, pero esta vez no enfiló hacia el sur, sino que ordenó

a sus tropas seguir el curso del río en dirección a Saraqusta. Plantó sus tiendas extramuros, en la gran explanada occidental de la *madinat* junto a la Puerta de Tulaytula, y convocó al gobernador a su pabellón.

La entrada en la ostentosa *haymah* evocó en Musa el momento en que por primera vez había acudido a la llamada de Abd al Rahman, el padre de quien ahora esperaba su llegada, en un pabellón real semejante. Salvo por los aromas, que esta vez recordaban las notas florales de los jardines cordobeses, el aspecto de aquel pequeño palacio ambulante lo retrotrajo a aquel lejano encuentro ocurrido tantos años atrás en las proximidades de Tutila, que había supuesto el inicio de su intensa relación con el anterior emir.

Un joven chambelán lo condujo junto a la plataforma donde se hallaba ubicado el sitial de Muhammad, a un codo de altura sobre el resto del piso, sin duda para que ninguno de los interlocutores que allí acudían durante la larga campaña olvidara el lugar que ocupaban respecto al soberano de Al Ándalus.

El emir se hizo esperar durante un tiempo que a Musa le pareció una eternidad. Estaba convencido de que sólo unos años atrás habría sido recibido sin dilación, y una especie de resentimiento lo invadió. La impaciencia se convirtió en indignación cuando varios esclavos con pequeñas teas de madera entraron en el pabellón para dar fuego a los cientos de lamparillas que debían iluminar el recinto durante la noche. Por un momento sintió la tentación de abandonar el lugar y regresar a su residencia, pero no hubo de recapacitar en exceso para darse cuenta de que no se encontraba en situación de poder provocar una ofensa hacia el que, quisiera o no, debía obediencia porque era su soberano. Cuando por fin el chambelán anunció al emir, Musa sentía una sorda opresión en el pecho provocada por la rabia y el rencor.

Muhammad apareció en aquel teatral escenario con rostro inexpresivo, y Musa efectuó ante él la inclinación a la que obligaba el protocolo. Con el gesto de quien está hastiado de excesos de vehemencia, el emir le indicó que se pusiera en pie, algo que sus cansadas rodillas no le permitieron hacer con demasiada ligereza.

—Excusa mi falta de cortesía por no haberme detenido en Saraqusta de camino hacia Banbaluna —dijo mientras tomaba asiento—. Mis astrólogos habían vaticinado un periodo propicio para cumplir mis objetivos, y el tiempo se acababa.

Musa miró con extrañeza al soberano. No sabía con certeza si hablaba en serio o se estaba burlando de él de manera velada, aunque sabía por Ziyab de su afición a la astrología y las artes adivinatorias.

—Me honra que el emir de Qurtuba me considere digno de recibir explicaciones de sus actos —repuso Musa en el estilo ampuloso al que tan aficionados eran, no lo había olvidado, en la corte cordobesa.

—Lamento los acontecimientos del pasado año en el monte Laturce. Por aquella

derrota me encuentro hoy aquí —dijo utilizando un premeditado tono neutro—. Confío en que estés recuperado de tus heridas.

Musa no sabía hasta qué punto aquellas palabras encerraban una censura a sus actos, de manera que respondió de la forma en que se esperaba.

—Agradezco tu interés. Ciertamente fue una gran pérdida para los Banu Qasi.

A nadie pasó desapercibido el hecho de que se refiriera en exclusiva a los Banu Qasi y no ampliara la repercusión de la derrota al conjunto de Al Ándalus.

—En cualquier caso, lo importante es que las fortalezas que habían caído bajo el yugo de esos politeístas han vuelto a nuestras manos.

—Sin embargo, los frutales tardarán años en crecer de nuevo, y costará gran esfuerzo repoblar las tierras devastadas por tus tropas.

Aun antes de terminar de hablar, sabía que sus palabras habían sido inconvenientes. Observó cómo se intensificaba el color habitualmente rubicundo en el rostro del emir, y se marcaban dos pequeñas venas en sus sienes.

—Tu osadía no parece conocer límites —dijo mientras se ponía en pie con brusquedad y comenzaba un paseo nervioso sobre el estrado.

A esas alturas, Musa había tenido tiempo de arrepentirse de aquel reproche que había hecho montar en cólera a Muhammad. Quizás era la excusa que el soberano estaba esperando para estallar, pero resultaba evidente que no había sabido valorar su estado de ánimo, y quizás ahora pagara las consecuencias.

—¿Debo recordarte, Musa, que toda la Marca Superior ha estado todos estos años sometida a tu tutela? ¿Debo recordarte que nada de esto habría sucedido si tus decisiones políticas, tomadas todas ellas al margen de Qurtuba, hubieran obtenido mejores resultados? ¿Me acusas a mí ahora de arrasar estas tierras que tú has dejado caer en manos de infieles?

Muhammad seguía su incesante ir y venir de un lado a otro del estrado, mientras Musa permanecía en pie en el suelo, un codo por debajo de él.

—Me pregunto si te molesta más el daño infligido a las tierras que dices tuyas o la acción contra esos politeístas de Banbaluna. Después de todo sois parientes, ¿no es así?

—Eres injusto conmigo, Muhammad, al dudar de mi lealtad. Sabes que se ha mantenido intacta desde tu llegada al trono, y estoy seguro de que tienes presentes los servicios prestados a Qurtuba desde entonces.

El emir lanzó una risa breve pero aguda.

—Una lealtad que se ha mantenido mientras Qurtuba te ha dejado hacer. Supongo que ser considerado el tercer rey de Isbāniyā satisfacía tu orgullo sobremanera.

Durante un instante, Musa reflexionó sobre la alusión del emir. Aquel apelativo casi jocoso había llegado a sus oídos... y había sido interpretado de manera equivocada. Pero las acusaciones del emir habían herido su orgullo, y no sería él

quien se aviniera a dar explicaciones.

—He prestado mayores servicios al emir que perjuicios le haya podido causar. Podría parecer por tus palabras que Qurtuba estuviera esperando esta derrota de tu fiel aliado para imponer su autoridad...

—Tus servicios te han sido reconocidos, otorgándote cargos de responsabilidad y confianza... a los que has añadido atribuciones que no les eran propias. Quizás haya que retomar la discusión sobre ciertos impuestos recaudados en Saraqusta que no han tenido entrada en las arcas cordobesas.

El emir hizo una pausa para dejar que sus últimas palabras calaran en su interlocutor.

—Has sido un hombre con buena estrella —continuó—. Pero a todos nos llega el momento en que nuestra estrella empieza a declinar. Cede el testigo a otros. Tenías la misma edad que mi padre Abd al Rahman, pero él murió hace ya diez años. Te ofrezco regresar conmigo a Qurtuba y te garantizo un retiro dorado hasta que se acaben tus días... para ti y para tu familia.

—Lamento tener que declinar tu generosa oferta —repuso Musa despechado—. Pero mi intención es acabar mis días en estas tierras que mi estirpe ha gobernado durante generaciones.

El rostro de Muhammad aparecía ahora congestionado, y las aletas de su nariz se abrían y cerraban al ritmo de su agitada respiración. Airado, apartó uno de los cortinajes que conducían a sus aposentos con la intención de retirarse. Pero antes de hacerlo giró sobre sus talones y, tratando de controlar su voz, habló con tono claro, pausado y tajante.

—En ese caso, mi decisión está tomada. A mi regreso a Qurtuba nombraré un nuevo gobernador de la Marca. Puedes conservar si es tu deseo el cargo de *'amil* de Tutila... para ti o para alguno de tus hijos.

Capítulo 26

Año 862, 247 de la hégira

Soplaba viento del norte y la mañana era extremadamente fría. Sobre los túmulos del cementerio, en las zonas que aún no habían sido caldeadas por el tímido sol invernal, un manto de escarcha pintaba de blanco la tierra apelmazada. Los únicos sonidos que se oían procedían de las palas que terminaban de extraer la tierra caída en el foso, además del furioso golpeteo de las túnicas azotadas por el viento. Fue Musa en persona el que, ayudado por los operarios, descendió a la tumba abierta para acoger a su mejor amigo. Con cuidado exquisito, el cuerpo de Ziyab fue depositado en el fondo, más estrecho, dispuesto así para que el cadáver quedara sujeto en dirección a la Qibla, y Musa se inclinó sobre él. Tratando de contener las lágrimas que inundaban sus ojos, retiró las ataduras del sudario y acomodó la noble cabeza de forma que quedara dispuesta, siguiendo los cánones del rito musulmán, en dirección a la ciudad santa del Profeta. Insistió después en ser él mismo quien colocara las losas que habrían de cubrir el cubículo, empezando por la cabeza, y lo hizo recordando en voz alta quién era el que allí reposaba, cuáles eran su Dios y su fe, cuál su Profeta y el nombre de sus imanes.

Salió de la sepultura, y los presentes fueron acercándose lanzando tierra al foso con el dorso de sus manos, mientras recitaban la fórmula del ritual: «De Allah somos, y a Él volvemos.»

Una vez rellena la tumba, Musa y sus hijos, los más allegados a falta de familiares directos de Ziyab, se dispusieron a recibir los testimonios de pesadumbre. No hubo un solo vecino de Tutila que, sin estar impedido, dejara de hacerlo. «Entereza y sosiego» era la frase más repetida. Otros se conformaban con hacer notar su presencia, sin hablar. La muerte del viejo maestro había causado en la *madinat* una conmoción parecida a la que hubiera causado el fallecimiento del propio emir, y todos ellos habían querido demostrar su respeto por aquel anciano venerable que tanto había hecho en los últimos tiempos por el progreso y el bienestar de la ciudad.

Sólo dos días atrás, según contaban los jóvenes discípulos que presenciaron su muerte, el viejo maestro se había sentido indispuesto en mitad de una de sus lecciones. Con gesto de dolor y de agonía se había llevado la mano al pecho, luego había aferrado su brazo izquierdo, y ante el estupor de todos había caído desplomado en el suelo. Aunque fueron avisados los médicos a toda prisa, nada pudo hacerse por salvar su vida.

También Musa fue llamado de inmediato. Desde su desalojo en el gobierno de la Marca había vuelto a instalarse junto a Fortún y su familia en la vieja residencia junto

a la muralla, en Al Rawda, donde trataba de recuperar la paz de espíritu que no encontraba desde el desastre de Al Bayda. Había optado por mantener a su hijo al frente de los asuntos de la ciudad en su cargo de *'amil,* aunque Fortún intentaba consultar con él las decisiones de mayor trascendencia.

Si Musa albergaba la esperanza de recomponer su relación con el emir Muhammad, el verano anterior había sufrido otro desengaño, pues el nuevo gobernador de Saraqusta, Abd Allah ibn Yahya, había emprendido una expedición con sus propias fuerzas y sin contar con los Banu Qasi.

Quizá fue en ese momento cuando los recelos de Musa respecto a Qurtuba se hicieron más evidentes. La correspondencia oficial prácticamente había desaparecido, ya no disponía de información fiable sobre los planes del emir, y sus colaboradores más cercanos pudieron comprobar cómo su carácter se volvía más huraño e irritable a medida que su desconfianza iba en aumento. Sin embargo, la relativa inactividad durante el invierno le había proporcionado una tregua, y en las últimas semanas la tranquila vida familiar junto a Assona y junto a sus nietos, las partidas de caza y las veladas junto a Ziyab habían contribuido a ahuyentar aquellos fantasmas.

Pero ahora Ziyab yacía enterrado bajo aquel túmulo de tierra helada.

Fortún era consciente del golpe que la muerte del viejo maestro había producido en su padre, y cualquier pretexto era bueno para llamarlo junto a sí a la alcazaba, pidiendo su consejo y su colaboración ante cualquier asunto. Convocaba en su casa a sus más fieles amigos, prolongando las veladas, pero en el rostro arrugado de Musa ya no se veía la alegría ni la vitalidad de tiempos pasados.

—Sigues contando con el mismo prestigio de antaño entre tu pueblo.

Fortún lanzó la afirmación mientras atacaba su guiso de cordero. Musa y él mismo ejercían como anfitriones en una velada a la que habían acudido el *qādi* de la ciudad, el *sahib al suq,* el jefe de la milicia, el *imām* de la mezquita y varios miembros de algunas de las familias más influyentes de la *madinat.*

—Sólo tienes que dar una orden, y miles de hombres se pondrán a tus órdenes y se presentarán a las puertas de la ciudad —apostilló el *qādí.*

—No dudo de la fidelidad de los Banu Qasi —repuso Musa—. Pero la situación ha cambiado... desde Al Bayda.

—Piensa, padre, que nuestra posición actual no es muy diferente de la de hace tan sólo diez años atrás, antes de que Muhammad te nombrara gobernador de la Marca.

—Debes actuar como entonces... pensando en lo mejor para nuestro pueblo —intervino el *imām.*

—He ahí la dificultad —repuso Musa—. Saber qué es lo que conviene hacer en estas circunstancias. Hace diez años Enneco estaba vivo, y el sueño que compartía con él era aún posible. Ahora la sangre ha corrido entre nuestros pueblos y los lazos que nos unían han sido rotos por la fuerza de la espada.

—Nada podemos hacer ante eso, y no debes culparte por ello. Allah Todopoderoso así lo ha querido —insistió el *imām*—. No ha sido la espada la que ha roto los lazos de la sangre... sino la diferencia entre la fe de nuestros pueblos.

—Mejor dirás la actitud de sus caudillos amparados en la diferencia de su fe —corrigió Fortún—. Entre los muros de nuestra *madinat* coexisten hombres y mujeres pertenecientes a las tres religiones del Libro, y nunca se ha levantado la espada entre nosotros. Mi padre mismo debe la vida a la caridad de un monje cristiano.

Durante un momento, se instaló un silencio reflexivo entre los comensales, que rompió el propio Musa.

—Mi objetivo es averiguar cuál es el mejor camino para el futuro de nuestra gente. García Íñiguez, ésa es la realidad, se ha convertido en nuestro enemigo... y desconfío de las intenciones de Qurtuba respecto a nosotros.

—¿Sospechas que Muhammad podría intentar asumir el control en la tierra de los Banu Qasi? —intervino el militar con su característico pragmatismo.

Musa giró su rostro hacia él, sonriendo.

—Eres joven, y quizá no recuerdes que Qurtuba ya ha hollado estas tierras en varias ocasiones...

—Entonces deberíamos tomar precauciones y adelantarnos a los acontecimientos...

—Buscando aliados —apuntó Fortún.

—¿En qué piensas? —dijo Musa con gesto de interés.

—En establecer alianzas... si es preciso mediante lazos matrimoniales.

—¿Tienes algún candidato? —insistió Musa casi divertido.

—En los últimos meses se oye hablar mucho del joven gobernador de Uādi al Hiyara.

El enlace entre la joven Aisha e Izraq ibn Mantil se había llevado a cabo con todo el boato posible, tal como demandaba la posición de los contrayentes. Los primeros contactos epistolares habían dado paso a una visita del joven gobernador a Tutila, tras la cual habían quedado superados los temores que guardaba Fortún, el padre de la novia, ante un posible rechazo de su hija al enlace. La fama que precedía a Izraq, uno de los hombres más apuestos de Al Ándalus según todos los testimonios, no era exagerada. A su proverbial belleza unía un carácter afable y un trato exquisito en las formas que no tardó en cautivar a la joven Aisha, de modo que, antes de la salida de Izraq de la ciudad para regresar a sus dominios, quedaron firmadas las capitulaciones matrimoniales.

A finales de la primavera, una nutrida comitiva abandonó las orillas del Uādi Ibru para ascender por la ruta que debía conducirla hasta las templadas planicies de la meseta donde se ubicaba la *madinat* del Uādi al Hiyara. Aisha era una joven alegre y

extrovertida, pero su actitud desde que se pactara el compromiso era de auténtica euforia.

Se había convertido en el centro de todos los comentarios y en la envidia del grupo de muchachas que la acompañaban..., y ella disfrutaba del momento.

Siete días duraron las celebraciones en las que participaron toda la ciudad y el numeroso grupo de invitados que acompañaban a la novia, después de los cuales Fortún y su esposa hubieron de despedirse de Aisha, teniendo por seguro que habría de adaptarse bien a su nueva vida.

Regresaron a Tutila a tiempo para la cosecha y durante los primeros meses de aquel verano la existencia de Musa transcurrió plácidamente a la sombra de los sauces de la *almúnya*. Se sentía satisfecho con su último movimiento estratégico, que establecía una sólida defensa en el flanco meridional y le permitía centrar sus esfuerzos en la protección de la frontera superior.

Nada hacía pensar en el vuelco que se iba a producir antes de que finalizara el mes de Yamada al Awal. Fortún se encontraba en el patio central de la alcazaba cuando un revuelo en la puerta de acceso llamó su atención. Los guardias se apartaron para dar paso a un jinete que acababa de ascender al galope la pronunciada pendiente, a juzgar por el resuello de su montura. Era media mañana, pero el sol calentaba ya la explanada desprotegida y no resultaba recomendable espolear el caballo de aquella manera, a menos que el asunto fuera realmente urgente. Pero la sorpresa se dibujó realmente en su rostro cuando, al aproximarse, reconoció a su padre sobre una cabalgadura que no era la suya.

Musa expresaba cólera en sus facciones. Tiró de las riendas con brusquedad, y buscó entre los pliegues de su delicada túnica de lino hasta dar con un rollo de pergamino que tendió hacia Fortún sin mediar palabra. Erguido sobre el caballo, casi inmóvil, esperó a que su hijo desenrollara el mensaje.

—¿Quién es Umar ibn Hassan? —preguntó Fortún con la vista directamente al pie del escrito.

—Recuerdo que Ziyab me habló a menudo de él. Un buen amigo de la corte de Qurtuba, si la memoria no me traiciona.

El gesto impaciente de su padre hizo que empezara la lectura de inmediato, pasando la vista con rapidez sobre las retóricas fórmulas introductorias. Centró su atención en el pasaje donde el remitente comenzaba por presentarse a sí mismo.

> *... y de no ser por la amistad forjada entre ambos durante los largos años de su estancia entre nosotros, no me vería en la obligación de enviarte esta advertencia. Ziyab me habló largamente sobre ti y sobre tu familia, con una*

devoción que excedía de la admiración que toda Al Ándalus te profesa por tus grandes gestas al servicio de nuestros soberanos. La noticia de su muerte fue para mí un duro golpe, un golpe del que aún no me he repuesto, pues si hoy disfruto de una posición desahogada y un cierto reconocimiento en la corte, sólo a la ayuda de Ziyab lo debo.

Por ello me siento obligado a ponerte al corriente de los acontecimientos de los que he tenido conocimiento por razón de mi cargo cerca del emir. Debes saber que Muhammad recibió con gran recelo y preocupación la noticia del enlace matrimonial entre tu nieta y el joven gobernador de Uādi al Hiyara, y con urgencia ordenó que fuera traído a la capital. Sin embargo no fue necesaria la admonición, pues Izraq se presentó a las puertas del alcázar tan sólo unas horas después de dictada la disposición. El emir dio orden de que fuera conducido de inmediato a su presencia, y con gesto grave le pidió cuenta de su conducta. Si puedo relatar con detalle lo que allí se habló es porque yo mismo fui el introductor ante el emir de Izraq ibn Mantil.

Muhammad le reprochó duramente haber contraído matrimonio con tu nieta, y las palabras que pronunció en respuesta son las que me mueven a mandarte recado en el mayor de los secretos, pues respondió Izraq: «¿Qué daño puede causarle a nadie que tu amigo se case con la hija de tu enemigo? Si me es posible atraerlo por este enlace a la obediencia, lo haré; de lo contrario, yo seré uno de los que le combatirán para que se someta.»{51}

Después de estas palabras, el emir lo alojó y lo trató espléndidamente en su palacio durante unos días, luego lo colmó de regalos y le permitió marchar. Así pues el que ahora es tu pariente juega un doble juego, y debo advertírtelo en razón del aprecio que nos unía a nuestro común amigo Ziyab.

Fortún comprobó que la carta había sido fechada casi un mes antes, y levantó la vista apesadumbrado.

—Ziyab ha prestado el último de sus servicios a los Banu Qasi —dijo Musa tirando de las riendas para dar la vuelta con su caballo—. Sólo a mí corresponde ahora vengar esta afrenta.

—¿Qué dices, padre?

—Reuniré mis tropas y pondré sitio a la *madinat* de ese bastardo.

Fortún quedó clavado en su sitio, abriendo la boca en señal de asombro.

—¿Qué conseguirás con ello? —inquirió iracundo.

Musa había puesto en marcha su montura, y volvió la cabeza hacia atrás para responder.

—Devolver el honor a nuestro pueblo.

Ni sus propios hijos eran capaces de quitar a Musa tal idea de la cabeza. A partir de aquella mañana, todos sus esfuerzos se concentraron en la tarea de reunir un número de hombres suficiente para presentar batalla a Izraq y poner cerco a Uādi al Hiyara.

Fortún pensaba en su hija, pero también en las consecuencias que podría acarrear un acto de hostilidad hacia Ibn Mantil, al fin y al cabo recién confirmado en su puesto de gobernador por el propio emir. A medida que se acercaba el momento de la partida, las esperanzas de que su padre se volviera atrás fueron desapareciendo. Musa estaba trastornado por este nuevo golpe, y se había encargado de enardecer a sus hombres presentando los tratos de Izraq y el emir como una afrenta y una traición a los Banu Qasi, que de buena fe habían establecido con él una alianza sellada por el matrimonio con Aisha.

Apenas diez días después de la llegada del correo desde Qurtuba, las tropas de Musa estaban dispuestas para la marcha. Fortún había decidido partir con él, no sin antes pulsar el último resorte que le restaba: Assona. No en vano era quien mejor conocía al que era su esposo desde hacía ya cincuenta años, y la que tenía acceso a sus pensamientos más íntimos. Quizá por ello miró a su hijo con la tristeza reflejada en sus ojos y movió la cabeza en señal de resignada negativa.

El amanecer del decimocuarto día de Yumada al Tanny sorprendió al ejército de Musa recibiendo los estandartes recién bendecidos en la mezquita durante la primera celebración de la mañana, y la música militar que anunciaba la partida inminente volvió a atronar la gran explanada de la *musara,* tantas veces hollada antes por los cascos de los caballos que ahora piafaban nerviosos ante aquella actividad inusitada. Siguieron el curso del Uādi Qalash hasta las proximidades de su nacimiento y bordearon las montañas por su extremo occidental, para adentrarse en los desfiladeros que los conducirían al altiplano que ocupaba el centro de la Península. El calor durante el día era sofocante, y el polvo del camino cubría a los hombres y los animales con una capa que el sudor se encargaba de fijar sobre la piel, hasta hacerlos parecer un ejército de figuras de barro en movimiento. La pericia de los guías conseguía que la columna alcanzara al final de cada jornada el cauce de un río o las orillas de una laguna, donde hombres y bestias podían refrescarse y despojar sus rostros y sus brazos de aquella indeseable capa reseca.

Las últimas etapas discurrieron en paralelo al río que debía conducirlos a su destino, pero la mayor placidez en el camino por la presencia del agua y la sombra abundante se veía enturbiada por la inquietud ante la proximidad del enfrentamiento.

Fortún confiaba en ser capaz de evitar el recurso a las armas para resolver la afrenta, y para ello había insistido en convocar a Izraq a un encuentro en el que tratar

de obtener explicación a la actitud de aparente doblez de su yerno.

El último día del mes, ocho después de la partida, Musa y Fortún contemplaban desde las lomas que rodeaban la ciudad por el levante las escasas columnas de humo que se alzaban sobre ella. La presencia de los estandartes verdes de los Banu Qasi debía haber sido ya advertida, porque todas las puertas de la *madinat* se encontraban cerradas y protegidas por nutridos contingentes de soldados. Los caminos que llevaban a ellas se encontraban también desiertos a pesar de ser hora propicia para el viaje o el paseo, y sólo en las lejanas huertas al otro lado de la ciudad, junto al cauce del río, se observaba algún indicio de actividad.

Mientras contemplaba alejarse en dirección a la ciudad al enviado que debía citar a Izraq, Fortún se vio invadido por un sentimiento de pesadumbre. Tan sólo unos meses antes, había entrado en aquella ciudad llevando a su hija de la mano para entregarla al hombre que tan poco había tardado en romper su palabra. Podía parecer incluso que nunca hubiera tenido otra intención distinta... lo que suponía que habían sido engañados desde el primer momento. Reprimió el sentimiento de rabia que lo embargaba y decidió dar al que seguía siendo su yerno la posibilidad de explicarse antes de juzgarlo.

La oportunidad llegó tan sólo una jornada después, la que correspondía al primer día del mes de Rajab. La apuesta figura de Izraq destacaba entre el grupo de hombres que avanzaban en formación hacia ellos, cubriendo la milla escasa que separaba los muros de la ciudad de sus posiciones. A medida que se acercaban, Fortún pudo comprobar que las ropas que vestía su yerno, además de mostrar la excelente calidad de los tejidos, seguían las últimas modas de la corte cordobesa que los avispados mercaderes se encargaban de extender por todo Al Ándalus. El reducido turbante con el que tocaba su cabeza resaltaba unas facciones marcadas y un mentón fuerte cubierto por una barba cuidadosamente recortada, que enmarcaba una dentadura blanca y perfecta.

Ése fue un detalle que llamó la atención de Fortún. ¿Acaso sonreía mientras se aproximaba? Su apariencia era resuelta y desenfadada. ¿Era ésa la actitud de quien ve su ciudad a punto de ser sometida a asedio?

Izraq avanzó hasta situarse a menos de veinte codos de distancia, tiró de las riendas para detener a su caballo y desmontó casi de un salto. Sus acompañantes hicieron lo mismo y avanzaron apresurados tras él mientras caminaba decidido hacia ellos.

—Fortún... Musa.

Su tono de voz parecía más propio de quien recibe a dos viejos conocidos, y su gesto, con los brazos abiertos, no dejaba lugar a dudas. Fortún dudó durante unos instantes, pero Izraq se encontraba ya a los pies de su caballo. Con cierta parsimonia

puso el pie en el estribo y pasó la pierna sobre la grupa hasta pisar la hierba. Su yerno lo tomó por los hombros para saludarlo como si aquélla fuera una visita de cortesía.

Una mirada de reojo le permitió observar a su padre por un momento. Hierático sobre el caballo, tenía el rostro congestionado, y sus cejas casi se unían, proporcionándole una expresión a media distancia entre el asombro y la ira.

Izraq empezaba a aflojar el abrazo a Fortún sin perder la sonrisa que sin duda conseguía encandilar a muchos de sus interlocutores, y no pareció sobresaltado cuando escuchó a Musa pronunciar su nombre con un tono de voz que no dejaba dudas sobre su estado de ánimo.

—¡Izraq ibn Mantil ibn Salim!

El joven gobernador dirigió su mirada hacia él sin permitirse perder su expresión de afectado regocijo, aunque por un breve instante había descompuesto el gesto dejando entrever un poso de desconfianza.

—¡Cómo te atreves a venir a nosotros... como si fueras el mejor de los yernos, y el más fiel de nuestros aliados!

Musa había pronunciado estas palabras con un deje pausado pero firme y arrastrando cada sílaba.

Izraq compuso entonces como mejor pudo un gesto de asombro.

—¿A qué viene esa actitud, Musa? ¿Acaso tienes queja del trato que he dispensado a tu nieta?

El tono que había utilizado pretendía sin duda simular asombro, pero Musa sólo percibió cinismo en sus palabras. El color moreno de su piel impedía ver la congestión de su rostro, pero las venas hinchadas que surcaban su cuello no dejaban lugar a dudas.

—¿Niegas acaso tus tratos con Muhammad? ¿Niegas que sólo esperaste el tiempo necesario para satisfacer tus necesidades de recién casado para correr a traicionar a quienes te habían ofrecido su lealtad?

Mientras hablaba, Musa bajó del caballo, quizá para poder enfrentarse cara a cara con su interlocutor.

Esta vez el rostro de Izraq se torció en una mueca de disgusto.

—No sé quién os ha informado, pero ha actuado de mala fe. Me temo que sólo pretendía sembrar la discordia entre nosotros, y tú has caído en su trampa.

—Los motivos de quien me ha informado son sagrados para mí, y no te permito que los pongas en duda —gritó Musa fuera de sí—. Conozco palabra por palabra tu conversación con Muhammad, y eso me permite decirte lo que eres: un traidor.

Por un momento Izraq pareció temer que la actitud amenazante de Musa fuera más allá, y discretamente colocó la mano sobre la empuñadura de su espada, más para sentir la seguridad de su presencia que pensando en desenvainarla, pero no dio un paso atrás mientras Musa seguía desgranando sus acusaciones.

—Así que has de ser tú quien someta a los Banu Qasi a la obediencia del emir... —espetó dibujando un gesto de desprecio—. ¿Y si no lo consigues? ¿Cumplirás la promesa que hiciste al emir? ¿Alzarás tus armas contra nosotros?

Izraq, a medida que se convencía de que no tenía sentido seguir negando lo evidente, borró de su rostro cualquier rastro de la amabilidad que había mostrado hasta entonces.

—¿Acaso pretendías que me enfrentara al mismísimo emir de Qurtuba sólo por haber metido a tu nieta en mi cama?

Fortún también recibió aquel golpe. Sabía que sólo pretendía defenderse atacando, aun cuando sus palabras fueran injustas. Necesitaba hacer el mayor daño posible, pero sabía tan bien como él que ambos habían contraído matrimonio plenamente enamorados, y no habían perdido la ocasión de demostrar su amor a los cuatro vientos durante las fiestas que siguieron a sus esponsales. Sin embargo, vio que Musa estaba fuera de sí: los nudillos de sus manos se habían vuelto blancos por la presión que ejercía sobre la empuñadura de su espada, y Fortún dio un paso hacia él con su brazo derecho extendido temiendo que su padre perdiera el control.

Sin embargo, ahora era Izraq el que, una vez caídas las máscaras, no tenía intención de detenerse, y ni siquiera dio oportunidad a una respuesta.

—¿Iba a perder la confianza de Muhammad justo cuando es uno de tus hijos quien nos traiciona?

La incomprensión debió reflejarse en los rostros de los Banu Qasi, porque Izraq se detuvo posando la mirada en cada uno de ellos.

—¡No estás al tanto de los tratos de tu hijo Lubb con los infieles! —Una sonrisa sarcástica se pintó en su rostro—. Al parecer sus convicciones no eran muy sólidas, pues han bastado unos años para que abrace las creencias de los rebeldes mozárabes a los que fue a combatir.

—¡Mientes, bastardo! —gritó Musa.

Pero Izraq no estaba dispuesto a dejar de ahondar en la herida.

—¿No te has parado a pensar por qué no asistió a nuestro casamiento? ¿Creíste sus explicaciones? —Esta vez salió de su garganta una carcajada cargada de desprecio—. ¡Para entonces ya estaba en tratos con el propio Urdun, el mismo que destruyó tu poderío en Al Bayda!

—¡Mientes! —aulló de nuevo Musa... pero esta vez acompañó su bramido con el sonido metálico del sable al ser desenvainado—. ¡No te permitiré que ultrajes así a mi propio hijo!

—¡Al sol que más calienta, Musa ibn Musa! ¡Nada más propio en los de tu sangre!

Durante un instante Fortún fijó su mirada en Izraq, tratando de comprender lo que aquel hombre enloquecido intentaba decir. Fue suficiente para que Musa, con un grito

de rabia que fue ganando en intensidad, se impulsara hacia delante mientras alzaba su espada por encima de su hombro.

A pesar de su edad, el golpe habría bastado para partir en dos a un hombre, de no ser porque Izraq supo calcular el impulso de su atacante y en el último momento desplazó su cuerpo hacia un lado alzando instintivamente su propia espada.

Fortún, paralizado, volvió la mirada hacia su padre cuando ya era tarde. Contempló la escena como si todo sucediera con una lentitud insólita. Fue consciente de haber gritado con todas sus fuerzas, y todavía con el grito en su garganta, vio suceder lo que más temía. Fallado el golpe, Musa continuó con su impulso hasta que el extremo de la espada de su oponente, de forma inexorable, atravesó su costado. El choque brutal dobló su cuerpo, y su propio sable cayó al suelo. Antes de terminar de desplomarse de rodillas, Izraq tiró de su espada para extraerla del vientre perforado. Musa se llevó las manos a la herida y con expresión desencajada contempló cómo entre sus dedos comenzaba a manar de forma incontenible una sangre extrañamente oscura.

Fortún cayó de rodillas junto a él en el instante siguiente, y sólo acertó a colocar la mano tras la cabeza de su padre para ayudarlo a tenderse sobre el suelo.

Su instinto, aún alerta, hizo volver el rostro hacia Izraq. Su expresión inmóvil reflejaba una mezcla de odio e incredulidad: parecía mirar sin ver al padre y al abuelo de su esposa, mientras su brazo derecho caía a lo largo de su costado sosteniendo aún, sin fuerza, la espada ensangrentada.

—Traed a los médicos —ordenó con voz apenas audible.

El movimiento le producía un sufrimiento atroz, pero debía soportarlo en silencio si quería conseguir su propósito. Los cirujanos habían hecho su trabajo, aunque él no había sido consciente. En cuanto pusieron junto a su boca la esponja con el brebaje que debía calmar su dolor, tragó con fruición las escasas gotas cuyo olor traía a su mente el día posterior a cualquier batalla. Quizá por ello, al despertar de aquel sueño provocado, tuvo la sensación de haber sanado casi milagrosamente. No sentía ningún dolor, y tan sólo un gran apósito en su costado izquierdo le recordaba su herida. Se levantó con precaución del camastro que ocupaba en su jaima con la intención de ir en busca de Fortún, pero antes de alcanzar la lona que servía como puerta cayó al suelo desmayado.

Lo primero que escuchó al recobrar el sentido fue la voz de varios hombres que hablaban junto a la litera con voz queda. Trató de despejar la mente para asimilar sus palabras, pero mantuvo los ojos cerrados y el cuerpo inmóvil.

—... ¿habéis hecho una inspección interna? —preguntaba uno de ellos.

—Así es. La fortuna ha querido que la espada no haya seccionado sus intestinos. En ese caso ya estaría muerto. Nos limitamos a acomodarlos en su lugar y limpiamos

el vientre con vino caliente para evitar que proliferen los malos humores. Después cosimos los bordes de la herida.

Era evidente que el recién llegado disfrutaba de mayor grado de experiencia o de autoridad, porque su tono era el de quien somete a un discípulo a un detallado examen.

—¿Qué tipo de ungüento habéis aplicado?

—Utilizamos miel con extractos de amapola, tomillo, ajo y equinácea en forma de cataplasma. Y debajo hemos introducido una buena cantidad de tela de araña para favorecer la cicatrización.

—Buen trabajo —dijo con gesto satisfecho, aunque enseguida cambió su semblante—, pero me temo que va a necesitar la ayuda i Allah Todopoderoso para salir adelante. Sabéis como yo que este tipo de heridas no conducen a buen final.

Le administraremos los mismos principios en forma de infusión.

No permitáis que beba más de lo imprescindible... sólo lo necesario para evitar la consunción, y para administrar esas medicinas de las que me habláis. Y el reposo debe ser absoluto; de otra manera la herida se abrirá de nuevo. Si trata de moverse cuando despierte proporcionadle una nueva dosis de opio.

Así lo haremos. Y rogaremos a Allah para que le conceda la curación.

Hacedlo con todas vuestras fuerzas... lo va a necesitar. Musa mantuvo los ojos cerrados hasta que los tres físicos se alejaron lo suficiente. Tal como habían indicado, si comprobaban que había vuelto en sí podrían sumirlo de nuevo en el sueño sin darle oportunidad de hacer lo que se proponía. Era evidente que los efectos, del opio estaban pasando, porque el despertar se había acompañado con una sensación de quemazón en el vientre que palpitaba al mismo ritmo que su pulso. Y la sed. Hacía calor en el interior de la jaima pesar de estar plantada bajo la sombra de una gran encina, y a juzgar por la posición del sol, se encontraban a primeras horas de la tarde. Apretando los dientes ante las punzadas de dolor cada vez más frecuentes, soportó el paso del tiempo. Tuvo tiempo para reflexionar acerca del juicio que acababa de oír en boca de los médicos, y eso le confirmó en la necesidad de hablar cuanto antes con su hijo.

Fortún apareció al atardecer. Se acercó al camastro de su padre y colocó la mano sobre su frente.

Hola, hijo —dijo Musa abriendo los ojos.

— ¡Padre! Creía que dormías.

Eso es lo que he hecho creer a esos matasanos —trató de reír distender la situación.

Es bueno que reposes, padre. De otra manera no podrás recuperarte para emprender el regreso cuanto antes.

De eso quería hablarte, Fortún... Quiero que dispongas lo necesario para partir de

inmediato.

Fortún miró a su padre de hito en hito.

—¡Eso no es posible! Los médicos dicen...

—¡Ya sé lo que dicen los médicos! —atajó Musa—. Pero precisamente por ello te lo estoy pidiendo. La herida es grave, ya lo sabes, y no quiero desfallecer... antes de contemplar una vez más las aguas del Uādi Ibru lamiendo los muros de Tutila.

—Padre, debes ser sensato. La herida puede abrirse y...

—¡Fortún! —cortó de nuevo. Hizo una pausa y continuó con un tono de voz mucho más suave—: Tal vez ésta sea la última petición que te haga. No puedes negarte.

—No debes hablar así, padre.

—Sólo prométeme que dispondrás todo lo necesario... mañana mismo.

Musa había tomado a Fortún por el antebrazo y apretaba con fuerza. Su mirada expresaba todo su deseo y toda su determinación.

—¡Dime que lo harás! Aunque esos físicos traten de convencerte de lo contrario...

Fortún tardó en responder. Poco a poco su cabeza empezó a moverse arriba y abajo en un gesto de afirmación, mientras un rictus en su boca expresaba una aceptación resignada.

—Haré que preparen unas buenas angarillas.

Hacía el trayecto adormecido por los brebajes que le administraban, pero aun así un dolor intenso irradiaba desde su costado. Cualquier inoportuno tropezón de los porteadores suponía un aguijonazo insoportable que arrancaba de su garganta un gemido de dolor y le producía accesos de vómito incontenibles, aunque la ausencia de alimento en su estómago hacía que sólo expulsara un líquido amargo y verdoso. Pero la mayor tortura estaba siendo la sed. Apenas le suministraban el agua necesaria para acompañar las pócimas que le hacían tragar, y que se habían convertido para él en lo más preciado. Estrujaba con fruición los trozos de tela empapados que le acercaban a los labios y con la mirada buscaba el cuenco donde se había preparado el bebedizo con la esperanza de ver en él una cantidad mayor de la habitual.

Fortún avanzaba junto a él la mayor parte del camino, y sólo se separaba de las angarillas cuando el sopor se apoderaba del herido.

Cuando volvía en sí, allí estaba su hijo de nuevo, con una expresión de ánimo en el rostro. Y si no estaba, no tardaba ni un momento en aparecer avisado sin duda por algún miembro del séquito.

No hablaban sobre su estado cerca de él, salvo cuando estaban seguros de que dormía. Por ello había vuelto a utilizar el pequeño truco de mantenerse con los ojos cerrados y la boca entreabierta simulando incluso ligeros ronquidos. Sólo así los físicos transmitían a Fortún sus impresiones de forma que él pudiera escucharlas.

Supo de esta forma, cuando llevaban ya tres jornadas de viaje, que la fiebre había aparecido. Sólo fue para él una confirmación, porque los frecuentes escalofríos que había sentido durante la jornada, a pesar del intenso calor del día, no dejaban lugar a dudas. Esa noche cambió el sabor del bebedizo.

Fortún entró en la *haymah* antes de que la luz del sol desapareciera por completo. Se acercó al camastro y apoyó la palma de la mano sobre la frente de Musa sin decir nada. Hizo un gesto de satisfacción.

—Parece que estos médicos saben lo que hacen. Esta mañana ardía... —dijo con el tono de voz más optimista que pudo encontrar—. ¿Cómo te sientes?

Musa respondió con una ligera sonrisa cargada de resignación.

—¿Dónde estamos? —dijo con voz apagada.

—Mañana haremos noche en Madinat Salim... casi a mitad de camino.

Musa cerró los ojos, y fijó una mirada cargada de preocupación en las sombras que las lamparillas proyectaban sobre la pared de la tienda.

—Fortún...

Con los ojos le indicó un pequeño taburete que se encontraba a los pies del lecho. Fortún lo acercó con la mano izquierda y tomó asiento junto al camastro.

—Cúbreme. Tengo frío —dijo, presa de un ligero temblor.

—Así estarás mejor.

—Fortún... —repitió—. Hace tiempo que quería hablar contigo, pero he ido dejando pasar las ocasiones. —Un gesto de dolor cruzó por su cara—. Creo que ahora ya no puedo permitirme tal «osa... Desde que naciste siempre has sido mi hijo más querido. Aunque me esforcé por tratar a todos por igual, tu alegría y tu obediencia cuando eras niño... y tu nobleza y tu respeto después, inclinaban hacia ti mis preferencias.

Fortún lo sabía, y esbozó una sonrisa dejándolo continuar.

—Tienes ya... ¿cuarenta y cuatro años?

Fortún asintió, y Musa quedó durante un momento pensativo.

—A tu edad yo aún conservaba todas mis ilusiones... mis ambiciones intactas. Había tenido que luchar mucho para conseguir lo que Enneco y yo habíamos planeado en nuestra juventud. Un sueño que conseguimos mantener en pie hasta su muerte, ¡y por Allah que me esforcé por mantenerlo vivo después!

Su rostro se contrajo de nuevo.

—¡Diez años ya desde su muerte! ¡Quién podía imaginar entonces lo que el destino nos deparaba! Han sido los diez años de mayor gloria para nuestro pueblo... pero ahora veo claro que el futuro estaba escrito. Nuestro pacto de sangre nos protegió a ambos: a los vascones de las iras del emir... y a los Banu Qasi de la ambición de los reyes cristianos.

»Cuando García Íñiguez rompió los lazos que nos unían a los vascones... lo que

después sucedió fue inevitable... era sólo cuestión de tiempo.

Fortún colocó su mano sobre el brazo de su padre y aprovechó la pausa.

—No debes excitarte, padre... te conviene descansar.

—Tienes razón, hijo. Me desvío del verdadero motivo de esta conversación. Hasta ahora las cosas no han sido fáciles para ti. Me has acompañado siempre en los peores momentos... y nunca me has fallado. Pero quizá lo peor esté por llegar. Por eso quiero que seas tú quien tome las riendas, el que conduzca a nuestro pueblo al lugar que merece. Me hubiera gustado dejarte en una situación menos comprometida... la situación que disfrutábamos, ahora lo veo claro, hace tres años, antes de Al Bayda.

Al pronunciar aquel nombre, la voz de Musa se rompió, y Fortún apartó la vista discretamente hacia el otro lado del camastro, para permitir a su padre enjuagar la lágrima que se deslizaba por el costado de su cara.

—No debes culparte por aquello, padre.

—Pequé por exceso de orgullo. Confiaba demasiado en mi buena suerte... pero en Monte Laturce la *baraka* me abandonó definitivamente. Creí que no lo haría mientras viviera —dijo esbozando una sonrisa de añoranza—. *Baraka...*, así se llamaba mi primer caballo... ¿lo sabías? Fue un regalo de Fortún, mi hermano mayor, después de la muerte de mi padre... y antes de su propia muerte. Tú llevas su nombre.

Ahora sus ojos aparecían anegados, y ya no tenía ningún sentido tratar de disimular.

—No es bueno que te aflijas con los recuerdos, padre.

—Me hace bien, hijo. Me ayuda a comprender que mi hora ya ha pasado y que otro debe ocupar mi lugar.

—Aún no ha llegado el momento...

Musa sonrió.

—Mi buen Fortún..., si Allah se apiada de mí, conseguiré llegar con vida hasta Tutila. Allí tomarás posesión de tu cargo, al frente de la ciudad y al frente de los Banu Qasi. Si alguien puede afrontar las dificultades del futuro, ése eres tú. Y no van a ser pocas. Urdun, García y los francos por el norte. La pérdida de la confianza del emir... Vas a tener que emplear todas tus capacidades para la política... y me temo que para la guerra.

—No pienses ahora en ello, padre. Trata de conservar tus fuerzas hasta que lleguemos a Tutila. Allí todo será diferente.

Musa asintió, visiblemente agotado.

—Sólo una cosa más, Fortún, hay algo que me atormenta... Las palabras de ese bastardo, de Izraq, sobre tu hermano Lubb..., ¿son ciertas, verdad? Tú estabas al tanto de ello...

Fortún no respondió, y Musa cerró los ojos de nuevo.

La fiebre regresó al día siguiente con más fuerza, y los escalofríos sacudieron su cuerpo durante toda la jornada. Por fortuna, esa noche pudieron recogerse en la alcazaba de Madinat Salim, donde el *'amil* se deshizo en atenciones y proporcionó los servicios de sus propios médicos y los remedios de su botica. Alojaron a Musa en una habitación caldeada con un brasero y procedieron a realizar la cura como cada día. El propio Musa percibió el olor a putrefacción que emanaba de la herida. A pesar de las maniobras de los físicos apenas sentía ningún dolor, pero era consciente de que eso, lejos de ser un buen presagio, indicaba que las carnes que bordeaban el orificio estaban muertas y que la úlcera purulenta progresaba hacia el interior de forma inexorable. Trató de incorporarse para contemplar la herida destapada, pero sólo alcanzó a ver una masa entre negruzca y verdosa que le hizo retirar la vista y apoyar de nuevo la cabeza sobre los cojines.

Durante las siguientes etapas, Musa no salió de un duermevela próximo a la inconsciencia, lo que permitió agilizar el ritmo del viaje. Si en las primeras jornadas no habían alcanzado las quince millas, en las últimas estaban duplicando esa distancia, y Fortún comenzó a albergar alguna esperanza de poder llegar a tiempo.

En los últimos días no había sido necesario mostrarse fuerte delante de su padre, porque los momentos de lucidez se habían espaciado cada vez más, y por eso quizá se había dejado llevar por el desánimo y la aflicción. Hubo momentos en que se negaba a creer que aquel hombre pálido y demacrado que era zarandeado sobre las parihuelas fuera su padre. No tenía nada que ver con el hombre fuerte, valeroso y decidido que había conocido hasta hacía bien poco. La falta de alimentos y la sed lo consumían de día en día, y si de algo estaba seguro era de que sólo se mantenía con vida para cumplir su empeño de humedecer el rostro por última vez con las aguas del Uādi Ibru. Sin embargo, al atravesar la cordillera que separaba la meseta del valle, el estado de Musa empeoró notablemente. Rechazaba ya incluso la bebida, y los intentos de los físicos por administrarle los remedios terminaban en un vómito por muy pequeña que fuera la cantidad.

Fortún vivía en un estado de zozobra continua. A la angustia de asistir hora tras hora a la larga y penosa agonía de su padre, se sumaba la de presentarse a las puertas de Tutila, ante su madre y sus hermanos, con el cadáver de su padre aún caliente. Por eso había enviado a galope a uno de sus más veloces jinetes para dar aviso de su proximidad.

La imposibilidad de hacerle ingerir una sola gota de líquido había minado las pocas fuerzas que le quedaban, pero también había tenido un efecto inesperado: sin el opio, Musa se encontraba extrañamente lúcido, hasta tal punto que fue capaz de identificar el alminar de la mezquita en la *madinat* a cuyas puertas se aproximaban.

—¡Es Tarasuna! —dijo con un susurro apenas audible que consiguió sorprender a

Fortún.

—Estás en tus tierras, padre.

El esbozo de una sonrisa pareció asomar en sus labios.

Junto a la muralla, un hortelano se afanaba cortando con el hacha los gruesos troncos que habrían de servir como leña durante el próximo invierno.

—Es curioso... cómo ese olor a madera recién cortada... me devuelve a las tardes que pasaba junto a Ziyab en el taller de carpintería de su padre.

Con un gesto de comprensión, Fortún se llevó un dedo a la boca, aconsejándole que dejara de hablar.

—Llévame a la orilla del río, te lo ruego.

—Padre, los médicos...

—Que se vayan ya de mi lado... ya no los necesito —siguió susurrando. El esfuerzo hizo que cerrara los ojos y abriera la boca para tratar de tomar aire.

Fortún hizo una seña a los porteadores, que abandonaron el camino que les conducía a la puerta oriental de la muralla. Frente a ella, atravesando el puente sobre el río, se iniciaba la vía que se dirigía a Saraqusta. Tomaron una vereda lateral en suave pendiente y descendieron por el talud cubierto de vegetación que encauzaba el agua, a veces turbulenta durante las lluvias y el deshielo de la primavera. Ahora, sin embargo, la hierba empezaba a agostarse, sobre todo junto a la senda recorrida a diario por caballerías y ganados que descendían hasta la orilla para abrevar.

Un azud remansaba el río aguas arriba del puente, y en el lado opuesto a la ciudad la corriente se desviaba hacia una profunda acequia que sin duda alimentaba las huertas que se divisaban desde lo alto. En el lado izquierdo, la reducida presa dejaba caer con estrépito una pequeña cascada que llenaba de salpicaduras la orilla cubierta de musgo, y junto a ella depositaron el cuerpo de Musa sobre sus angarillas.

—Coge en tus manos el agua del Uādi Qalash, Fortún, te lo ruego.

Fortún se inclinó sobre el salto y, disponiendo ambas manos en forma de cuenco, acercó el agua hasta el lecho. Musa alzó su brazo derecho y con esfuerzo mojó sus dedos en ella antes de extender el líquido por su cara y por su frente. Luego volvió a introducirlos en el improvisado recipiente.

—Ahora arrójala de nuevo al río. No tardará mucho en alcanzar los muros de Tutila, y los besará por mí. Allah en su sabiduría no me va a permitir hacerlo. Esa agua tocará sus murallas antes de verterse en el Uādi Ibru, y él llevará la noticia de mi muerte hasta Saraqusta.

Un círculo de gente se había congregado en torno a ellos, y ocupaban ya toda la ribera del río y las rampas de acceso hacia la ciudad. En su mayor parte eran oficiales y soldados de los Banu Qasi pertenecientes a la expedición, pero también se habían concentrado en los alrededores los habitantes de Tarasuna, conmocionados por la noticia que había circulado de boca en boca.

—Siento... que la vida se me escapa..., pero no siento dolor—dijo Musa con los ojos entrecerrados.

Fortún tomó la mano de su padre.

—Quiero... que me des sepultura junto a mi madre, Onneca, entre su tumba y la de Zahir. Así descansaré junto a ellos y junto a Ziyab.

Fortún asintió con la cabeza, incapaz de articular palabra, ahogado por el llanto que atenazaba su garganta. Ahora entendía por qué Musa había insistido en dar sepultura a su mejor amigo junto a su propia madre: quería reposar cerca de ambos.

—Siempre pensé que moriría ajusticiado en castigo por mi rebeldía o en el campo de batalla atravesado por una espada... o decapitado como mis dos buenos hermanos, Mutarrif y Fortún. Y, sin embargo, aquí me tienes, rodeado por los míos, en mi lecho de muerte. Sólo lamento no tener aquí a...

Su voz se rompió en ese momento. A la vez, una ligera conmoción y un murmullo comenzaron a escucharse detrás de ellos. Las filas apretadas de gente que se apelotonaba tratando de escuchar se fueron abriendo para formar un pasillo. Quienes se retiraban dejando paso agachaban la vista en señal de respeto hacia la venerable anciana de pelo cano que pugnaba por avanzar hacia el azud.

—¡Padre! ¡Mira al frente!

Imperceptiblemente, el círculo en torno a las parihuelas se fue ampliando, y en él desembocó Assona, que se detuvo frente a su esposo con los ojos arrasados y un incontrolable temblor en su boca entreabierta. Tras ella aparecieron Mutarrif e Ismail, y para asombro de Fortún, su propia esposa y sus dos hijos varones, que se lanzaron en silencio a abrazarlo.

Assona avanzó hacia el camastro. Le resultaba imposible controlar el llanto, y sólo con un esfuerzo pudo articular las palabras que todos pudieron escuchar.

—Esposo mío..., ¿qué te han hecho?

Con infinita ternura se inclinó sobre Musa y acarició su rostro demacrado con suavidad, secando con sus dedos las lágrimas que se derramaban sobre las sienes plateadas.

—¡Allah el Clemente, el Misericordioso... ha escuchado mis plegarias! —dijo sin voz apenas.

Assona levantó la mirada hacia Fortún, que trataba de contener la emoción mientras negaba con la cabeza.

—Me muero, Assona...

La anciana apoyó la cabeza en el pecho de Musa, quizá para ocultar su llanto, mientras con su mano derecha seguía acariciando su rostro.

—Pero ahora sí..., ahora muero lleno de dicha.

Su voz era apenas audible y extrañamente aguda. Con un esfuerzo supremo abrió los ojos y extendió también su brazo izquierdo.

—Hijos míos..., tomad mi mano.

El brazo que antaño blandía sin esfuerzo el más pesado de los sables pendía ahora inerte sobre el musgo de la orilla, y sobre él se posaron las manos de Fortún, Mutarrif e Ismail.

—Que un solo pensamiento... gobierne vuestros pasos... —Pronunciar cada palabra le exigía un esfuerzo insoportable y tomaba el aire por la boca con dificultad —. Guiad a vuestro pueblo por el buen camino... y sed siempre fieles... a vuestra sangre. A la sangre... de los Banu Qasi.

La cabeza exánime de Musa venció hacia un lado y quedó apoyada sobre la mano de Assona. Los lamentos comenzaron a elevarse entre la multitud. Atardecía ya sobre Tarasuna, y la sombra alargada del minarete se proyectaba en el puente sobre el Uādi Qalash. Tan sólo quedaban dos días para el fin de Rajab, 248 años después de la hégira.[52]

Fin

Glosario

'amil: caudillo o jefe local.

'arif: oficial de baja graduación.

albáytar: albéitar, precursor del actual veterinario.

alfaquí: Sacerdotes y maestros, especializados en temas religiosos, tanto en cuanto a su enseñanza como a su aplicación.

alhínna: alheña, tinte utilizado por sus propiedades mágicas y cosméticas. Se utilizaba para teñir los cabellos y para embellecer las manos y los pies.

Almúnya: casa de campo utilizada como residencia ocasional, ubicada en una zona fresca, con abundancia de agua y vegetación.

amān: amán, perdón a cambio de deponer las armas, tratado de capitulación.

asfarag: espárragos.

assánya: aceña, noria.

bābus: babuchas, zapato ligero y sin tacón.

bait al mal: «tesoro de la comunidad religiosa», montante de dinero destinado al socorro de los más necesitados y al pago de los gastos derivados del funcionamiento de las mezquitas.

baraka: suerte, bendición.

baskiya: denominación en las fuentes árabes de la lengua vasca, jerga incomprensible para ellos, por lo que es calificada como «lengua bárbara».

baskunish: vascones.

bilawr: adornos hechos a base de cuentas ensartadas, origen de la palabra castellana «abalorio».

Burj: torre.

dar al raha 'in: «casa de los rehenes».

dimmi: miembro de las minorías cristiana o judía sometido al islam.

dinar: moneda de oro utilizada durante el emirato, junto al *dírhem* de plata y otras monedas fraccionarias *(fals)* de cobre.

diwān: conjunto de oficinas agrupadas dentro del alcázar que componían la administración central.

drakaar: dragón.

fata: esclavo, eunuco.

funduq: almacén donde los comerciantes depositaban sus existencias. Origen de la palabra castellana «alhóndiga».

galasqiyin: gascones.

gallasa: encargada de la zona femenina en los baños públicos.

ghasul: arcilla elaborada con clavo, lavanda y pétalos de rosa para embellecer el cabello.

hadra: capital de la *kurah* o provincia.

hammam: baño árabe.

haram: sala principal de oración de la mezquita.

harem: harén.

hasis: hachís. El consumo de opio en Al Ándalus se atestigua a partir del siglo X, por la aparición de restos de cazoletas utilizadas para fumarlo.

hayib: cargo de máxima responsabilidad en la corte de los emires cordobeses, jefe directo de la administración central, militar y provincial.

haymah: jaima, tienda de campaña, normalmente de piel de camello.

hisba: tratados de la administración y regulación del mercado.

hisn: castillo, fortaleza.

Id al Adhà: fiesta del cordero, una de las celebraciones principales del calendario

musulmán, que se celebra el décimo día de Dul Hiyyah.

Imām: imán, jefe espiritual o religioso de una comunidad musulmana.

jarayaira: prostituta que ejercía su trabajo en un prostíbulo o *dural jaray.*

jassa: grupo formado por la aristocracia, las familias dominantes de la sociedad y los principales dignatarios de la administración y el ejército.

jatam: sello real.

Kuhl: kohl, polvo realizado con antimonio, huesos de aceituna y de dátil tostados, y clavo, que embellece los ojos y resalta la mirada.

kurah: cora, cada una de las divisiones administrativas del emirato, similar a una provincia o distrito.

madinat: ciudad.

maula: sometido a relación de clientela.

maylis: tertulias literarias.

mayûs: también *madchüs o machüs,* normandos, vikingos. Los cronistas árabes utilizan asimismo las denominaciones *alurdumâniyûn* o *nordumâni.*

mihrāb: nicho situado en el muro de la mezquita orientado hacia la qibla, y en dirección hacia La Meca.

minbar: especie de pulpito, normalmente de maderas preciosas y marfil, donde se colocaba el predicador para pronunciar el sermón en la mezquita.

muladí: descendiente de aquellos habitantes de la Península que, tras la llegada de los árabes, se sometieron espontáneamente y abrazaron la religión musulmana. Constituían el grupo mayoritario de la población junto con los *mozárabes* (del árabe «mustarib»: arabizado), que mantuvieron la práctica del cristianismo, sometidos sólo al pago de tributos especiales.

musalla: recinto exterior en muchas ciudades musulmanas, orientado hacia La Meca, que servía como oratorio al aire libre.

Musara: almozara, espacio abierto y amplio en el exterior de las ciudades en el cual se realizaban ejercicios ecuestres, carreras de caballos, demostraciones y desfiles militares.

muzdamín: jefe civil de la aljama judía. (El rabí era el líder religioso.)

nabarrus: parece probable que desde el siglo VIII se conociera en la región pamplonesa como *nabarrus* a los usuarios del *nabar* o «reja de arado», es decir, la población campesina.

naggafat: maestras de ceremonia.

naqib: jefe de un batallón de doscientos hombres en el ejército del emirato.

nazir: jefe de una escuadra de ocho hombres en el ejército del emirato.

neggacha: mujer especializada en cumplimentar con la novia el ritual previo a las bodas musulmanas.

parasanga: Medida itineraria equivalente a 5.250 m usada por los persas desde tiempos remotos.

politeístas: término utilizado habitualmente en las crónicas árabes para referirse a los cristianos, en alusión a la concepción de Dios como tres personas distintas.

qa'id: jefe de un batallón de mil hombres en el ejército del emirato.

qabila: comadrona musulmana.

qādi: juez musulmán.

qamís: prenda de vestir abotonada por delante.

qass: narradores. En los días de mercado era habitual encontrar a los *mubahrich* (titiriteros), *la 'ib* (prestidigitadores), *muhli* (juglares), *hasib* (decidores de la buenaventura) junto a otros personajes que distraían a la multitud.

qumis: denominación arabizada del antiguo «comes» cristiano, jefe de la comunidad mozárabe en cada ciudad, encargado de las relaciones con la autoridad musulmana y en especial del cobro de los impuestos.

sabun: jabón. En la España musulmana se utilizaba un rudimentario jabón fabricado a base de aceite de oliva y ceniza de madera.

sahib al'ard: intendente general, encargado de pasar revista (*'ard)* al armamento y al equipo. Del término árabe *al 'ard* procede el castellano «alarde».

sahib al suq: jefe del zoco, posteriormente se convertiría en el *muhtasib* o «almotacén», funcionario encargado de velar por el cumplimiento de las normas

islámicas, y en concreto por el buen desarrollo de las transacciones comerciales en el zoco.

sahib: señor, fórmula de respeto ante un superior.

Sa'ifa: Las aceifas eran expediciones del ejército cordobés contra zonas cristianas que se llevaban a cabo durante el periodo estival, en algunos momentos con carácter casi anual. En muchos casos era el propio emir o alguno de sus hijos quienes las encabezaban.

salat: las llamadas a la oración eran cinco: *salat alfayr*, también llamada *salat alsubh* (oración del alba), *salat alzuhr* (en el instante en el que el sol comienza a declinar), *salat al 'asr* (oración de la media tarde), *salat al magrib* (unos minutos después de la puesta de sol) y *salat al 'asa* o bien *salat al 'atama* (una hora más tarde de la puesta de sol).

samra: fiesta nocturna, velada, sarao, origen del término castellano «zambra».

sarauil: calzones o zaragüelles.

sirtaniyin: cerretanos, aragoneses.

suak: corteza de nogal.

sudda: presa.

suq: zoco, mercado.

tafaya: plato elaborado con caldo de cilantro, pimienta, cebolla, aceite y agua cocidos lentamente, a los que se añaden luego albóndigas y almendras trituradas.

Tahlil: pequeña caja de cuero en la que los soldados musulmanes solían llevar reliquias, oraciones y exclamaciones de profesión de fe.

Tiraz: talleres controlados por el emir en los que se confeccionaban telas consideradas objeto de lujo.

umm uallad: concubina madre de alguno de los hijos del emir.

wāli: gobernador de una provincia o parte de ella.

wazir: visir.

yabal: monte.

yamur. remate del minarete formado por esferas doradas de tamaño decreciente.

yenun: genios malignos.

yihad: guerra santa.

yilliqiyin: también *gilliqiyin*, denominación que los cronistas árabes dan a los asturianos.

zakat al suq: derechos de mercado.

zanáti: origen de la palabra castellana «jinete».

{1} Finales de julio del año 799.

{2} Un codo equivalía a 0,47 metros.

{3} «Dios es el más grande.»

{4} «En el nombre de Dios, Clemente, Misericordioso.»

{5} Principios de enero del año 800.

{6} *Haritz* en euskera significa «roble». La denominación de Enecco Íñiguez Arista en las fuentes árabes y latinas es muy variable e incluye formas en lengua vascona (Eneko Aritza), latina (Enneco Enneconis, Enneco Aresta) o árabe (Wanako ibn Wanako, Wanako al Baskunish).

{7} Este relato puesto en boca de Ahmed está tomado casi literalmente del *Al Muqtabis* II—1: «Crónica de los emires Alhakam I y Abderraman II entre los años 796 y 847», obra del cronista árabe Ibn Hayan.

{8} Mediados de diciembre del año 802.

{9} Madinat al Bayda: «Ciudad Blanca.» Así describe Zaragoza el geógrafo árabe Al Idrisi en el siglo XII, no sólo por sus enlucidos de cal, sino por la presencia en sus murallas, palacios y edificios del material más usado en su construcción: el alabastro.

{10} «Estaba escrito, estaba escrito...»

{11} 29 de diciembre del año 802.

{12} El texto que sigue está basado casi literalmente en el pacto de capitulación entre el propio Musa ibn Nusayr y Teodomiro, el «comes» godo de Murcia (Tudmir),

que tuvo lugar un año antes. Este texto pertenece al *Kitab al-bayán al-mu*grib fi *ajbar muluk al Andalas wa l-Magrib*, obra del historiador árabe Ibn Idari, escrita en el siglo XIII.

{13} *Al jurs*: «los mudos»,

{14} Milla: unidad de longitud utilizada durante el emirato para distancias largas. Equivalía a 3.000 codos, unos 1.420 metros actuales.

{15} Musa ibn Musa y el príncipe Abd al Rahman nacieron en el mismo año, 788.

{16} El relato del ataque a Toledo aparece así descrito en el *Al Muqtabis II*, de Ibn Hayyan.

{17} El relato de la revuelta del arrabal está tomado del Al MuqtabisII de Ibn Hayyan: «Crónica de los emires Al Hakam I y Abd al Rahman II entre los años 796 y 847».

{18} 28 de abril del año 822, lunes.

{19} Agreda, en la provincia de Soria.

{20} Bab Rumiya: Puerta de Roma, también conocida como Bab Tulaytula; Bab al Uādi: Puerta del Río.

{21} Ibn Hayan en su *Al Muqtabis* fecha la muerte de Al Hakam catorce noches antes del fin de Dul Hiyah del año 206, es decir, aproximadamente el día 16°, que corresponde a la fecha cristiana del 12 de mayo de 822.

{22} La tradición dice que Abd al Rahman I, el primer emir, trajo consigo a la Península en su viaje desde Damasco las primeras palmeras, que mandó plantar en el alcázar de Qurtuba, y de ellas descienden todas las que más tarde se extendieron por Al Ándalus.

{23} Sólo se conservan los nombres de algunas salas de recepción del primitivo alcázar cordobés, como este *Maylis kamil,* o Salón Perfecto.

{24} La disposición de las distintas zonas del zoco corresponde al plano de la Medina de Qurtuba y la descripción que hace Menéndez Pidal en *Historia de España,* tomo V, «España Musulmana», 711-1031, pág. 239.

{25} La coronación de Abd al Rahman II se produjo el 23 de mayo de 822.

{26} Así los describe por ejemplo Ehgenart, el cronista de Carlomagno, en su *Vita Karoli Magni,* refiriéndose a la batalla de Roncesvalles que tuvo lugar en 778: «... en la misma cima de los Pirineos, tuvo que experimentar la perfidia de los vascones cuando el ejército desfilaba en larga columna, como lo exigían las angosturas del lugar...»

{27} Se trata del conocido escudo de Iñigo Arista, que según la tradición incluye la visión que tuvo en una de sus batallas: una cruz de plata recortada contra el azul del cielo, que habría contribuido a enardecer los ánimos de las tropas hasta barrer al enemigo.

{28} Se trata del conocido escudo de Iñigo Arista, que según la tradición incluye la visión que tuvo en una de sus batallas: una cruz de plata recortada contra el azul del cielo, que habría contribuido a enardecer los ánimos de las tropas hasta barrer al enemigo.

{29} Referido al cólera.

{30} Al Rawda: El Jardín.

{31} *Jatam:* sello real. Abd al Rahman II ordenó grabar en el suyo la siguiente inscripción: «Abd al Rahman está satisfecho con la sanción divina.»

{32} Se refiere al castillo de Tiebas, cerca de Pamplona, y el lugar reseñado para la batalla corresponde a las inmediaciones del actual puerto del Carrascal. Mediados de julio del año 843.

{33} 20 de agosto del año 844.

{34} 10 de septiembre del año 844

{35} 30 de Muharram del año 230 de la hégira: 17 de octubre del año 844.

{36} 11 de Safar del año 230 de la hégira: 28 de octubre del año 844.

{37} 26 de Safar del año 230:12 de noviembre de 844. La luna nueva de Safar de ese año se pudo observar sólo dos noches más tarde.

{38} Ibn Hayan ubica esta batalla junto a la aldea de Talyata, que los autores modernos, entre ellos Leví Provengal, han venido identificando como Tablada, al sur de Sevilla.

{39} La ampliación de la mezquita de Córdoba emprendida por Abd al Rahman II dio comienzo en el año 833 y no finalizó hasta 848.

{40} 12 de Sawal del año 232:1 de junio de 847.

{41} Aproximadamente, el 10 de julio del año 847.

{42} «A éste, a quien hoy ensalza el fasto del emirato sobre todos los nobles de Iberia, y su glorioso poderío lo enaltece hasta el cielo en esta parte occidental, en el transcurso del año venidero no llegará el día en que ha decidido mi ejecución.» *Memorial de los Santos,* San Eulogio.

{43} Tomado del *Documentum Martyriale* de San Eulogio.

{44} 3 de rabí II: 22 de septiembre del año 852.

{45} 2 de Rajab del año 238:18 de diciembre de 852.

{46} Texto extraído del *Bayan al Mugrib,* de Ibn 'Idari, atribuido al citado poeta Ibn Firnás.

{47} «Allah es más grande. Doy fe de que no hay más verdad que Allah. Doy fe de que Muhammad es el mensajero de Allah. Acudid al Salat. Acudid a la felicidad, Allah es más grande. No hay ídolos, sino Allah.»

{48} El término *Tertium regem in Spania* referido a Musa ibn Musa aparece en la Crónica asturiana de Alfonso III (Crónica ad Sebastianum, *año 885).*

{49} Indiculus luminosus, *Álvaro de Córdoba.*

{50} Se trata del castillo de Clavijo.

{51} Respuesta que aparece en el relato del historiador árabe del siglo X, Ibn Qutiya.

{52} 28 de Rajab del año 248: sábado, 26 de septiembre de 862.